Colección El Tiempo de la Política

Director José Aricó

Edición preparada y anotada por José Aricó
Traducción del alemán, inglés
e italiano de
José Aricó, Stella Mastrángelo
y Eduardo Molina y Vedia
Revisión de María Teresa Poyrazián

Portada: Elsa Amado

Primera edición en español, 1982

Obra completa, ISBN 968-478-023-0
Primer volumen, ISBN 968-478-024-9

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Karl Korsch

Escritos políticos
I

Introducción de
Gian Enrico Rusconi

Índice

Introducción
de
Gian Enrico Rusconi

Agradecemos a la dirección de *Cuadernos Políticos* la gentil autorización que nos ha otorgado para utilizar su traducción del texto de Rusconi publicada en el núm. 14, de octubre-diciembre de 1977, de esa revista. La traducción del italiano fue hecha por Roberto Gómez Ciriza y la reproducimos aquí con algunas leves correcciones de forma. [E.]

Autonomía obrera y contrarrevolución

I

Al dar a esta nota interpretativa de los escritos políticos de Karl Korsch el título de *Autonomía obrera y contrarrevolución* queremos hacer hincapié en algo que no es únicamente una temática continua del autor. Estos dos términos –cuya consistencia y sobre todo correlación deben estudiarse– constituyen los polos, a veces explícitos y a veces subterráneos, de la problemática korschiana madura. Ambos integran y expresan plenamente los temas ya conocidos del Korsch teórico de los consejos y del Korsch crítico del marxismo histórico en sus formulaciones dogmáticas.

A mediados del decenio de 1930-1940, en una carta escrita desde su exilio en Londres a su amigo y discípulo Paul Partos, Korsch se definía a sí mismo como "marxista en el sentido general, crítico y no vinculante de la expresión". He aquí una definición que muchos intelectuales de entonces (y de hoy) se habrían dado a sí mismos con una pizca de narcisismo. Pero en Korsch marxista existe una intransigencia, una integridad y una susceptibilidad que lo convierten en un *ortoxo al revés*. Durante su vida, esta actitud le costó el aislamiento político e intelectual (además del veto académico), y al ser "redescubierto" a partir de mediados de la década de 1960-1970, una serie de equívocos de interpretación que apenas ahora pueden aclararse.

Fue sobre todo esta actitud la que le permitió no sólo "protestar cuando la teoría revolucionaria degenera en una mera ideología que es la fachada ideológica de una práctica de hecho oportunista", sino también juzgar los errores políticos (verdaderos o supuestos) de la clase obrera de una manera tan severa y absoluta

que sólo es igualada por lo absoluto del concepto de "acción proletaria autónoma" mantenido ininterrumpidamente por Korsch durante sus cuarenta años de producción. Se trata de un concepto que no requiere más determinación analítica que la referencia global a acontecimientos tales como, por ejemplo, la revolución de octubre de 1917 o las iniciativas de los anarcosindicalistas españoles en la década de 1930-1940. Para Korsch, en el fondo, el concepto de la acción autónoma proletaria es evidente por sí mismo: se define mediante la negación de los errores cometidos históricamente. Cuando el proletariado actúa, se convierte en el sujeto constitutivo de la historia. La ausencia o la derrota de su acción autónoma coincide inmediatamente con el surgimiento de la "contrarrevolución" como realidad totalizadora.

Con lo anterior hemos indicado cuál es el eje central del pensamiento político korschiano. Sobre este eje se inserta la problemática más compleja de la relación entre la economía y la política; no en abstracto, sino como acción económica y/o política de la clase obrera y de su antagonista (ya se llame capitalismo, fascismo o sencillamente contrarrevolución). En esta perspectiva debe releerse la crítica de Korsch al marxismo como ideología (que coincide con una parte de su aprobación política) y todos sus razonamientos teóricos. Ésta es una invitación a reinterpretar al autor no tomando únicamente en cuenta sus méritos y perplejidades filosófico-teóricas, sino comparándolo con sus intenciones políticas. Éste es el único criterio de crítica inmanente al autor.

La contribución teórica específica misma de Korsch al marxismo alemán coincide con el intento de verificar si resiste, por así decirlo, ante las exigencias de *acción* impuestas por los acontecimientos más recientes. En realidad, la secuencia trágica e ininterrumpida de errores y derrotas del movimiento obrero alemán durante la primera mitad del siglo se traduce en Korsch en una continua denuncia de la ausencia o ineptitud de su práctica política (o mejor dicho de la práctica de sus partidos y sindicatos) respecto a la que debería ser la "acción" revolucionaria auténtica. *Sólo como consecuencia de esto* se denuncia que el marxismo tradicional es *teóricamente* inadecuado para los fines del movimiento obrero.

A lo largo de este esquema de base se desarrolla la evolución del pensamiento político korschiano. desde una posición fabiana y socialdemócrata en un principio, hasta una fase de "ortodoxia"

leninista después de su experiencia de los consejos; y de allí, por medio de una polémica sostenida dentro y en contra de la Tercera Internacional, su llegada a posiciones que convencionalmente se designan como de "ultraizquierda" y que señalan la madurez del autor o cuando menos su llegada a un punto irreversible.

La producción política de Korsch tiene un gran valor documental, aun para quien no acepte su posición crítica, que tal vez en la lectura de sus textos encontrará una confirmación de sus juicios. La perspectiva extremista con que se observa coherentemente la historia política del movimiento obrero alemán y europeo del último medio siglo es una ocasión para hacer reconsideraciones históricas y reflexiones políticas singularmente densas.

II

A diferencia del concepto de contrarrevolución –en su valor específico– que puede datarse en Korsch hacia 1923-1924, o sea cuando tuvo lugar el primer corte violento en su desarrollo político, la idea de la autonomía de la acción del proletariado está presente siempre en el autor, desde el momento en que puso su atención en los movimientos sindicalistas prebélicos. Aquí no nos ocuparemos de analizar al Korsch teórico y político del movimiento de los consejos,[1] sino únicamente delinearemos el aparato teórico-político con el cual afrontó su experiencia clave de 1923, aparato que se formó durante los diez años anteriores.

La espontánea expansión de la acción obrera y proletaria en el bienio de 1918-1919 tenía fatalmente sus límites –a juicio del mismo Korsch– en su incapacidad para dar eficacia organizativa a sus propias fuerzas. El paso de Korsch al leninismo tiene lugar bajo el signo de la búsqueda de una organización política eficiente, ya que él nunca abrazó la hipótesis "pura" de los consejos ni compartió las visiones "espontaneístas" de tipo anarquista, sino que siempre tuvo presente la falta de preparación de las masas para hacer funcionar ellas mismas la economía moderna. Esto debe decirse claramente para no malinterpretar ciertas retrospectivas tardías del autor, que no siempre son coherentes. Por otro

[1] Una reflexión sobre este período de los consejos obreros puede verse en G. E. Rusconi, *La problematica dei consigli in Karl Korsch*, Annales del Instituto Giangiacomo Feltrinelli, *Storia del marxismo contemporaneo*, Milán, 1974, pp. 1197-1230.

lado, Korsch puso su atención en el leninismo por medio de una perspectiva singular: como movimiento teórico y práctico que sigue la línea heterodoxa del sindicalismo revolucionario. También atribuyó al sindicalismo el origen del movimiento espontáneo de masas por la socialización, que tuvo lugar durante los meses más agitados de la revolución alemana: la exigencia de hacerse cargo directamente de la propiedad y de la gestión de la producción se salía del marco tradicional de la "conquista del poder", sobre la cual se había fosilizado hacía decenios la ortodoxia teórica y práctica de la socialdemocracia. Ningún medio "político" así comprendido –escribía entonces Korsch– lleva al socialismo hacia el cual tiende la acción espontánea del proletariado. Es sintomático que en 1920 Korsch haya visto en el leninismo el elemento capaz de conciliar la acción espontánea "económica" de masas con su eficacia "política". Los actos democráticos de los soviets, organizados como "sistema" con un centro, serían capaces de conciliar las aspiraciones obreras a la autogestión con las necesidades técnico-productivas.

Este tipo de referencia al leninismo y al sovietismo estaba muy lejos de cualquier verificación concreta de las dificultades y contradicciones a que se enfrentaba en ese momento la experiencia. Más que nada, parece que Korsch no tenía un concepto de la política que comprendiera el sentido de las disyuntivas leninistas. La contraposición de la acción "económica" de las masas con la "política" refleja una concepción reductiva y pragmática de la política, la cual se identifica sencillamente como el conjunto de medidas legales e institucionales que se deciden desde arriba. El concepto de "economía", a su vez, permanece en la ambigüedad: por una parte, parece indicar la totalidad de la estructura social –que está determinada marxistamente por el sistema económico– pero por la otra este mismo sistema económico tiende a identificarse de manera específica con la concepción y constitución del trabajo (*Arbeitsverfassung*) que existe en cada período. En efecto, en su ensayo de 1922 sobre la *Legislación del trabajo para los consejos de empresa*, Korsch esboza una nueva "constitución del trabajo" que el proletariado debe expresar e imponer con la lucha contra la concepción burguesa, proponiendo así un nuevo modo de asociar la política a la economía, contrapuesto al que la burguesía formula y la socialdemocracia acepta.

Es un planteamiento que no desaparecerá ni siquiera al desvanecerse la preocupación de emplear estratégicamente la legislación como impulso de la lucha ideológica. En realidad, según el

concepto korschiano de la economía, la idea de las leyes objetivas del capitalismo (que en parte siguen existiendo dentro de la nueva economía socialista de transición) coexistirá con la idea de que es necesario que la parte obrera controle, dirija y modifique hasta la raíz estas reglas de funcionamiento económico. La economía es pues vista como "el modo de trabajar", desde el punto de vista subjetivo del proletariado, que a su vez es la fuerza de trabajo. En este sentido, la transformación "económica" califica el contenido "político" de la acción obrera.

III

Ya hemos mencionado el fuerte corte en la evolución política de Korsch que causó el "octubre alemán" (1923). Los motivos y consecuencias de aquella derrota, a causa de la cual los "gobiernos obreros" de la coalición SPD/KPD en Sajonia y Turingia se vieron obligados a renunciar ante la intervención del ejército por orden del presidente de la república, el socialdemócrata Ebert, son expuestos por Korsch en el discurso que pronunció ante el Landtag de Turingia el 28 de febrero de 1924, algunos de cuyos pasajes centrales expondremos a continuación.

Según la versión taquigráfica de la sesión, el discurso de Korsch se basó desde el principio en la comparación de los hechos y del trato diverso recibido por Sajonia-Turingia respecto a Baviera, donde Hitler había intentado dar un golpe de estado. Surge la visión de un "fascismo" bávaro en el cual Hitler y los suyos no tienen más que un papel subalterno y ocasional en los planes de las autoridades "legales". En comparación con los proyectos del fascismo nacional para marchar sobre Berlín, los supuestos actos "terroristas" de las "centurias proletarias" sajonas (que por lo demás estaban integradas en su mayor parte por socialdemócratas) no eran más que un pretexto para desembarazarse de los gobiernos obreros del centro de Alemania, como primer paso hacia la instauración de un fascismo "nacional", a cuya cabeza estaría el jefe del ejército von Seeckt. En las palabras de Korsch tenemos ya toda la teoría del fascismo como expresión directa de la democracia capitalista, más allá de sus variables a veces legales y a veces ilegales, y de la socialdemocracia como "ala izquierda del fascismo". A estos argumentos se mezcla –en significativa contradicción– la tesis de la necesidad de defender la legalidad republicana (sobre la línea de la acción obrera de marzo

de 1920 contra el putsch de Kapp), desde el momento en que la socialdemocracia no quiere o no puede cumplir con su tarea democrática. "No niego con ello –prosigue Korsch– que los comunistas hayan perseguido no únicamente el objetivo de defender la democracia contra el fascismo bávaro [*¡Ah! –interrupción desde la derecha del diputado Herfurth– sino la creación de una república de consejos*]. Nuestro objetivo histórico es la instauración de la dictadura del proletariado, y al enemigo que teníamos enfrente, al ataque fascista que contaba con una cercana guerra civil, le responderíamos con la guerra civil. La violencia contra la violencia."[2] El que los comunistas no perdieran de vista su objetivo final –precisa Korsch– no significa que pensaran tontamente en una insurrección sin ton ni son, como en un disparo de revólver (así en cambio piensan algunos en torno a Hitler). Los comunistas sencillamente saben que en la fase actual el proletariado está bajo una constante amenaza, la cual lo autoriza a defenderse no solamente con los medios políticos y económicos, sino también militares.

Entre la agresión directa de octubre de 1923 y la nueva situación "legal" de febrero de 1924 (cuando está hablando Korsch), el fascismo ha cambiado sólo de forma, no de esencia. En realidad, únicamente el "fascismo" podía salvar en 1923 a Alemania de la bancarrota total (ocupación del Ruhr, hiperinflación, estado de sitio permanente), pero no el fascismo de Hitler sino el de Ebert y von Seeckt, el fascismo de la política de la producción a todo trance, de la abolición de la jornada de ocho horas, de la prohibición del partido comunista y de la represión generalizada contra la clase obrera revolucionaria. Si después de la represión inesperadamente las cosas mejoraron, no fue por un milagro de la "democracia", sino porque Alemania tomaba su puesto en el contexto del fascismo y del capitalismo internacional, vestido con formas democráticas.

Éstos son, indudablemente, los pasajes más tensos del razonamiento de Korsch, en los cuales se intenta distinguir el fascismo "bávaro" hitleriano del otro fascismo, más general y esencial, que coincide con la contrarrevolución.

"Entendemos el movimiento que hoy se llama 'fascismo' como la contrarrevolución consciente y planeada de la burguesía, que en algunos países progresa por obra principalmente de ciertas

[2] *Stenographische Berichte über die Sitzungen des III. Landtags von Thüringen*, vol. I, Weimar, s.f., p. 132.

capas pequeñoburguesas, y en otros –como en el nuestro– de la gran burguesía y de sus agentes a sueldo, como son en su mayor parte nuestros agentes fascistas: agentes pagados por los capitalistas alemanes y franceses." [3]

Sin hacer caso de la creciente impaciencia de los miembros del Landtag, especialmente los socialdemócratas que lo interrumpen cada vez con mayor frecuencia y descortesía, Korsch emprende un ataque brutal contra la socialdemocracia, a la que llama sin tapujos "una fracción del fascismo alemán". "Con el pretexto de escoger el mal menor, los socialdemócratas han apoyado todas las infamias de la dictadura fascista, y las han promovido y usado criminalmente contra el mismo proletariado."[4]

No podemos detenernos más en el largo y despiadado, aunque paciente, análisis que Korsch hizo de la conducta de los socialdemócratas en octubre y noviembre de 1923, el cual inevitablemente hizo volver la mente hacia atrás, a los acontecimientos de la revolución de noviembre de 1918. Pero nos interesa hacer notar que en Korsch, desde un principio, se manifiesta la condena sin remisión de la socialdemocracia, y sobre todo la tesis de la fascistización total e irreversible de la democracia burguesa. Estas actitudes korschianas nacen en un terreno de experiencia que todavía no conoce las expresiones más aberrantes del totalitarismo nazi (como por otra parte la denuncia de la contrarrevolución en la Unión Soviética será anterior a las degeneraciones estalinistas). Se trata de evaluaciones estrictamente políticas, cuyas raíces están en el esquema mental profundo del autor; estas evaluaciones filtrarán y seleccionarán rígidamente todas las experiencias ulteriores posibles.

En realidad, el fascismo y la contrarrevolución no son para Korsch fenómenos política y psicológicamente circunscritos y circunscribibles, sino contrafiguras totales de la derrota obrera, la cual a su vez no es analizada de manera determinada. El fascismo "verdadero" es el de la economía estabilizada a expensas del trabajo obrero, especialmente con la abolición de la jornada de ocho horas, cualquiera que sea su forma política.

La experiencia de octubre y noviembre de 1923 modifica los términos de la cuestión de la autonomía obrera sólo en el sentido de que ya no se considera que ésta se mueve casi en un vacío político, como podía erróneamente parecer en 1918-1919, sino

[3] *Ibid.*, p. 138.
[4] *Ibid.*, p. 141.

ante la contraofensiva del capital. Todo esto, por otra parte, no altera la génesis y la naturaleza de la acción obrera. Al concluir su violenta catilinaria contra la socialdemocracia en el Landtag de Turingia, Korsch hace una declaración iluminante:

"Ningún partido, ni siquiera el comunista, puede inventar como por arte de magia ninguna lucha contra el capital, pero la única función de un partido es organizar estas luchas, hacerlas conscientes y guiarlas de manera que no sean ni ciegas ni terminen en la derrota o en el sacrificio, sino conducirlas con claridad y sin ilusiones hasta el objetivo final. Un partido puede quitar obstáculos, hacer trabajo preparatorio por ejemplo destruyendo las ilusiones que los obreros todavía tienen y cultivan acerca de la democracia y el carácter de la socialdemocracia, pero las luchas mismas se originan en la situación económica y de ésta deben surgir sobre todo en la Alemania de los próximos años, se podría decir, como necesidad natural."[5]

Si no conociéramos la hostilidad que por aquellos años demostró Korsch hacia Rosa Luxemburg, documentada por casi todos los escritos de su período leninista, se sentiría la tentación de hablar de luxemburguismo. En realidad, se trata de un punto en el que es evidente la influencia de la herencia de los consejos de obreros. Lo que es interesante señalar es la afirmación de que las luchas surgen espontáneamente de la "situación económica", como "necesidad natural". La aclaración de "se podría decir" atenúa pero no anula la afirmación que está presente en todo el contexto del discurso de que la economía es el factor objetivo determinanté. Así se funden la visión objetivista de la economía y la expectativa de la acción subjetiva de clase, cuya falta de realización da origen a la contrarrevolución. Esta conexión directa que al principio permite distinguir rigurosamente la acción revolucionaria de la operación reformista, después facilitará un giro imprevisible: la denuncia de la construcción del socialismo en la Unión Soviética como una restauración del capitalismo, y en consecuencia como operación contrarrevolucionaria.

[5] *Ibid.*, p. 159.

IV

La temática de la acción obrera adquiere nuevos tonos apenas Korsch rompe con el movimiento comunista oficial. Ya el primero de mayo de 1927 nuevamente aparece, en la revista de oposición *Kommunistiche Politik*, el concepto de la lucha económica sindical como impulso para la "construcción del proletariado como clase" (*Konstituierung des Proletariats als Klasse*).

"El verdadero objetivo de las luchas económicas que guían el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida dentro del orden existente de la sociedad capitalista no consiste en los éxitos más o menos positivos que así podrían alcanzarse o de hecho se alcanzan, sino en la constitución del proletariado como clase que se logra con las victorias y las derrotas durante y mediante estas luchas."

El nuevo interés de Korsch por la acción sindical no se limita a contraponer a los sindicatos reformistas socialdemocráticos el sindicalismo revolucionario representado por las uniones y ligas industriales autónomas (como por ejemplo la Deutscher Industrie Verband, en cuyo periódico colabora). El análisis del comportamiento de los sindicatos da motivo a un razonamiento más general sobre la "ley dialéctica", según la cual ciertas formas de autonomía y de desarrollo de las fuerzas productivas (como fueron los sindicatos en su acepción original) se transforman en "cadenas" de las mismas fuerzas productivas. En su caso específico, Korsch piensa en las tendencias monopolistas de los sindicatos socialdemócratas alemanes (y de sus aliados cristianos y liberales) a representar –por medio de la obligación legal de formar coaliciones– a la totalidad de los trabajadores, dejando así fuera de la ley a los sindicatos revolucionarios. Con agudos argumentos, Korsch demuestra que los sindicatos reformistas, autolimitando su acción al campo económico, se enredan en una serie de contradicciones formales y esenciales. Y sobre todo, de organismos de luchas se convierten en aparatos de la represión estatal. Lo que Korsch denuncia es la corporativización de la clase obrera, la cual, con la ilusión de obtener garantías legales de algunos derechos adquiridos (olvidando haberlos obtenido sólo mediante la lucha), sacrifica su propia autonomía. Según Korsch, este proceso está teniendo lugar no únicamente en la Alemania de Weimar, sino también en la Italia fascista y en la Rusia soviética. Esta hipersimplificación del análisis korschiano (que quizás todavía es aplicable a algunos de nuestros contemporáneos), al cancelar

toda determinación específica de los tres contextos mencionados, en realidad excluye toda posibilidad sensata de compararlos. Esta polarización sólo es posible porque en el momento en que Korsch identifica al proletariado como "fuerza productiva" (y en consecuencia como elemento constante y objetivo de cualquier sistema industrial), lo *postula*, en cuanto tal, como *sujeto* político autónomo y antagonista de la economía existente. Mientras que cuando el proletariado está presente sólo como elemento económico (en el capitalismo liberal, en el capitalismo fascista y también en los países donde hay dictadura del partido stalinista), es inevitable que en el plano político domine la contrarrevolución, cualquiera que sea el disfraz con que se vista.

Ésta es una construcción lógica sugerente pero también abstracta porque postula, en lugar de investigar para conocer la realidad históricamente determinada del proletariado. No es casual que Korsch, encerrado en esta construcción lógica, llegue a la abstracción de una "ineluctable necesidad histórica", por la cual cualquier forma de "libertad" se convierte en una "nueva coartación y en antilibertad". Esta "diálectica" llega a su clímax en la oposición entre "libertad" y "estado".[6]

El concepto de libertad que aparece en los escritos de Korsch de aquel período (1930, el período de la *Anticrítica* y *Marxismo y filosofía*) debe entenderse correctamente: no se trata de la libertad en sentido democrático y liberal, pues aun cuando habla de libertad de expresión para el individuo o para el grupo contra la dictadura del partido, se entiende unívocamente esta libertad como alternativa para la radicalidad revolucionaria. La "libertad" es la negación de cualquier vínculo revolucionario, en última instancia la negación del estado mismo. En esta perpectiva, es claro que puede verse cómo se cierra el círculo de la contrarrevolución contra la libertad obrera por medio de los eslabones continuos de las organizaciones estatales o paraestatales "democráticas", "fascistas" o "soviéticas".

V

La "cuestión rusa" tiene una parte demasiado grande en la historia teórica y política de Korsch para que no nos detengamos en ella aunque sea brevemente.

[6] Cf. "Das Problem Staatseinheit-Föderalismus in der französischen Revolution", en *Archiv für die Geschichte des Arbeiterbewegung*, XV, 1930, p. 144.

En su fase leninista, Korsch no podía cerrar los ojos ante las contradicciones en que Rusia se debatía apenas terminada su fase de "comunismo de guerra". En la reseña del libro de Lukács sobre Lenin figura resumidamente la lista de estas contradicciones, presentadas enfáticamente desde el punto de vista burgués: "el mantenimiento, por parte de los bolcheviques, de la vieja estructura del partido y de la vieja dictadura 'antidemocrática' del partido, aun después de su 'regreso' al capitalismo; su obstinación en la tarea de preparar y organizar la revolución mundial, mientras el estado proletario ruso trata de hacer la paz con las potencias imperialistas y de atraer al capitalismo imperialista a que colabore en la construcción de Rusia; la enérgica limpieza ideológica y el fortalecimiento del partido proletario, mientras al mismo tiempo la política económica de la república de los soviets trata ansiosamente de impedir que se debilite la alianza con los campesinos".

No obstante, para Korsch éstas eran contradicciones cuya solución "dialéctica" se había iniciado ya. Más forzado todavía era el modo en que el autor, al criticar el libro de Stalin sobre el leninismo, se enfrentaba al espinoso tema del papel dirigente de los comunistas rusos ante los comunistas de Europa occidental, a quienes consideraba con excesivo celo como "principiantes del leninismo". Era un material explosivo que no podía permanecer contenido mucho tiempo en estos compromisos verbales tan frágiles.

Lo que Korsch debe afrontar, a partir de 1925, es un *conjunto de datos reales* que, tomados uno por uno para analizarlos serenamente, tienen peso y significado distinto, pero que combinados tienen un efecto destructivo. Se registra, sobre todo, la llamada "estabilización" económica y social de Alemania y de Europa, con la que se inicia un período de rápido desarrollo interrumpido luego con brusquedad por la crisis de 1929; para el estado soviético, el principio de este período coincide con la urgente necesidad de emprender la marcha económica con base en el equilibrio político interno (relaciones entre la masa obrera y la masa campesina), que a muchos ya no les parece "socialista". La lucha de facciones y personalidades es sólo una variable del cuadro político ruso que erróneamente es considerada (entonces y ahora) un elemento determinante de decisiones, cuyo motivo profundo, en cambio, es la dinámica objetiva del nuevo sistema. Más allá de la babel de lenguas ideológicas, la esencia del choque que tiene lugar en la Internacional Comunista es la interpretación y reac-

ción política de ese conjunto de hechos, comenzando por la prioridad que se debe asignar a cada uno y por el tipo de relación que existe entre ellos.

Korsch pone en primer plano las luchas de facción, aunque presentadas como manifestación directa del choque de intereses objetivos que tiene lugar en el país. La facción vencedora (Bujarin y Stalin) es considerada el portavoz no tanto de los intereses nacionales del estado soviético, sino de los intereses específicos del "pueblo ruso".

No obstante, hojeando la revista korschiana *Kommunistische Politik* impresiona sobre todo el siguiente hecho: a pesar de la abundancia de datos, informaciones y consideraciones socioeconómicas, el eje del razonamiento se concentra en las acusaciones ideológicas de "revisionismo", "oportunismo", etcétera. Se presenta un recurso paradójico a la ortodoxia, en un momento en que la realidad da concretamente la oportunidad de llevar a la práctica la actuación histórica del marxismo proclamada por Korsch. La "cuestión rusa" pone a Korsch entre la espada y la pared: o acepta y racionaliza los acontecimientos de Rusia como continuación y realización del marxismo en un contexto nuevo, reconociendo ante la falta de acción de las masas proletarias ("gigante hueco que desconoce su propia fuerza", como dice utilizando una imagen muy plástica) la necesidad de que el papel político del partido y del estado sea casi exclusivo, o debe rechazar y condenar estas realidades de hecho, basado en un llamamiento ideológico a la ortodoxia. He aquí una contradicción de la cual prácticamente nunca se liberará.

A pesar de este planteamiento defectuoso, son innegables la exactitud y penetración de cada uno de sus análisis críticos, que hasta hoy siguen conservando toda su fuerza. A este respecto puede verse, por ejemplo, su crítica a la idea del "socialismo en un solo país", o su negativa a considerar al estado soviético como "la totalidad que comprende el movimiento obrero mundial" en vez de una de sus partes, aunque sea prominente. No faltan tampoco análisis, como por ejemplo en el ensayo *La cuestión de Trotski*, que anticipan sus observaciones sobre el jacobinismo político de los años siguientes.

El hecho de que Korsch interprete la "estabilización" del capitalismo en Europa como una invención "oportunista" requiere otro tipo de consideraciones.

A primera vista es comprensible que Korsch y otros representantes de la "izquierda intransigente" hayan podido negar la

evidencia de un nuevo equilibrio económico y político de la república de Weimar a partir de 1924-1925 (que en cambio, Korsch aceptaría tranquilamente años después, en sus escritos históricos retrospectivos). La ultraizquierda podía ciertamente referirse a la permanencia de algunos desequilibrios estructurales graves, como las altas cifras de desocupación, el bajo nivel de vida de la clase obrera y su relativa debilidad. Pero estos datos no interesan a Korsch, porque la lógica del diagnóstico que se presenta en la *Plataforma de la izquierda* (1926) se mueve en otro nivel: en la catastrófica situación económica y social de Europa y del mundo, la estabilización es sencillamente una contraofensiva política del capital. Así, la estabilización iniciada mediante el plan Dawes, "es sólo el primer paso en la búsqueda de los caminos con los cuales el capitalismo y el imperialismo estadounidense y europeo tratan de salir de sus crisis y de su fase de depresión, procurando organizar más eficientemente el capital, al mismo tiempo que conquistan nuevos mercados y explotan los ya existentes con mayor intensidad. Todos estos intentos están condicionados por la explotación y la represión cada vez más dura de la clase proletaria. El capitalismo sólo puede tener esperanzas de prolongar su vida sobre la base de una nueva derrota y represión del proletariado."

Esta interpretación ultrapolítica de la estabilización como contraofensiva del capital sacrifica todas las consideraciones específicas del dato económico en aras de su significado político final. Reaparece así el esquematismo, que en la economía ve la necesidad objetiva de una caída (y en la política burguesa un mero ejercicio de coacción y de represión), a la cual el proletariado no contrapone una estrategia articulada y realista,[7] sino únicamente la necesidad de la acción revolucionaria. Está completamente ausente el análisis del desarrollo específico del aparato económico capitalista dentro del marco de las democracias liberales ante el fascismo y, más adelante, del New Deal. Consecuentemente, falta también el cuadro específico de referencia, dentro del cual se *constituye*, inclusive subjetivamente, el proletariado industrial moderno. Ante la política obrera se coloca una disyuntiva imposible: adaptarse a la economía capitalista (ésta es, para Korsch, la alter-

[7] Korsch y la "izquierda intransigente" proponen sin duda el "control revolucionario de la producción", la reiniciación del movimiento de los desempleados en coalición con la lucha sindical general, y dar nueva vida al movimiento de los consejos de empresa y de los comités de control. Pero la proposición es tan genérica que en el plano realista no se diferencia de las "consignas" de los comunistas oficiales y de la misma ala izquierda de la socialdemocracia.

nativa de la socialdemocracia y del estalinismo), o –en ausencia de acciones directas de autogestión obrera (como las que aparecerán después parcialmente en la España revolucionaria)– proyectarse en una mera negación de la economía existente y de su estado. "Quien tome como punto de referencia los medios de producción existentes en la actualidad lógicamente debe no sólo renunciar a la revolución proletaria en favor de una reforma capitalista, sino también capitular finalmente ante el fascismo." El contexto de donde procede esta afirmación (1935) –la crítica al programa del American Workers Party– es en verdad mucho más convincente, pero el resultado final de la crítica es el mismo.

VI

La visión política de Korsch a principios del decenio de 1930-1940 es tan carente de perspectivas realistas que la llegada de Hitler al poder y la rápida consolidación de la dictadura nazi no parecen representar para él el mismo trauma que para otros marxistas alemanes. Es como si todo se diera ya por hecho, inclusive la persecución a la que se le sometió. Las características histórico-sociológicas y psicológicas del nacional-socialismo son absorbidas en el juicio global sobre el fascismo como fenómeno temporal (diríamos hoy). Sin embargo, Korsch hace un análisis crítico detallado en su trabajo *Nuevo orden de la constitución alemana del trabajo*, publicado en 1934 por un grupo comunista internacional en Holanda. La posición ultraizquierdista de Korsch tiene por objeto diferenciarse de la posición, a primera vista análoga, de los comunistas oficiales en el período de 1930-1933. Éstos –según nuestro autor– quizás se equivocan acerca de los resultados del nazismo (como última fase del capitalismo, después de la cual se llegaría indudablemente a la dictadura del proletariado) de manera análoga al autoengaño de Marx en ocasión de la contrarrevolución bonapartista en Francia. En *Estado y contrarrevolución*, ensayo publicado en 1930 en la revista *Modern Quarterly*, se lee:

"Hay poca diferencia entre este autoengaño de Marx (y también de Guizot y de Proudhon) y las grandes ilusiones cultivadas por los comunistas alemanes y sus protectores rusos desde que en 1933 Hitler tomó el poder. Aclamaron la victoria de un fascismo abierto y no falsificado sobre el que hasta entonces habían definido como disfrazado y por ello más odioso, el socialfascismo, o

sea el predominio político del partido socialdemócrata. Preveían una rápida caída del nuevo gobierno contrarrevolucionario, que llevaría a la revolución proletaria, y aclamaron su propia derrota y la de todas las tendencias progresistas de Alemania y de toda Europa como una victoria del comunismo."[8]

Éste es un punto crucial para la revisión crítica del marxismo por parte de Korsch. Al aislarse progresivamente de cualquier compromiso político, en realidad intensifica su reflexión teórica e histórico-política. Ésta se mueve en diversos planos: uno más estrictamente científico, que gravita alrededor de su monografía sobre *Karl Marx* y los trabajos aparecidos bajo el título de *Dialéctica y ciencia en el marxismo*; una reconstrucción histórico-política de las más significativas experiencias de la acción proletaria y revolucionaria, que le dan pie para un razonamiento sobre el estado; la insistencia casi obsesiva en que el fascismo y la contrarrevolución son un fenómeno de la época; y en fin una reflexión crítica sobre el pensamiento político de Marx.

A lo largo del decenio de 1929-1939 se publica una serie de trabajos en que se encuentran expuestas las principales tesis de Korsch sobre el estado.

Según las célebres palabras de Marx, el "verdadero secreto" de la Comuna de París consistió en que era el gobierno de la clase obrera, "producto de la lucha de clase de los productores contra la clase propietaria, o sea la forma, finalmente descubierta, con la cual podía realizarse la liberación económica del trabajo". De manera análoga, todos los revolucionarios marxistas vieron en el sistema de consejos (soviets) de la Rusia revolucionaria la continuación de la Comuna y la realización del socialismo. Todo esto es cierto –precisa Korsch en *La comuna revolucionaria*– pero sólo históricamente, porque hoy en día "nosotros los militantes de la clase proletaria no podemos ni siquiera subjetivamente seguir creyendo, sin ningún cambio ni verificación, en el significado revolucionario de la idea de los consejos ni en el carácter revolucionario del gobierno de los consejos como directa continuación de la forma política de la dictadura proletaria descubierta hace medio siglo por los comuneros parisinos."

Ante la flagrante contradicción entre el nombre y la realidad de la "república soviética", no basta recriminarle su "traición" y su "degeneración". Es necesario comprenderla y explicarla admi-

[8] "State and Counterrevolution", en *Modern Quarterly*, 1939, núm. 2, p. 65.

tiendo, también para las organizaciones e ideas de la clase obrera, aquella dialéctica histórica según la cual toda forma de desarrollo de las fuerzas productivas y de la acción revolucionaria se convierte en una cadena de las mismas. Por lo demás, la forma de la Comuna es una invención de la burguesía en los albores de su proceso revolucionario: fue un momento del mecanismo de su constitución como clase. Marx no esperaba ningún resultado milagroso de la "forma política de la constitución comunal en sí", aparte de su contenido de clase. Precisamente por ser indeterminada, la "forma" comunera se prestó al cambio de su función de clase.

En verdad –prosigue Korsch en su segundo ensayo sobre la Comuna– en Marx existe una contradicción entre la exaltación de la "forma política finalmente descubierta" de la acción emancipadora obrera y la falta de determinación y polivalencia de dicha forma política. Si históricamente es innegable que sólo la experiencia de la Comuna convenció a Marx de la necesidad de destruir la estructura existente del poder constituido, y no limitarse simplemente a conquistarlo (como había dicho todavía en 1864, en el *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*), es igualmente cierto que Marx "tuvo buen cuidado de no predicar como forma política de la dictadura proletaria un régimen del tipo de la Comuna". La misma directiva del consejo general de la Asociación Internacional de 1871 no debe considerarse una evaluación objetiva e independiente de los acontecimientos, sino un escrito con el cual Marx pretendía no sólo ligar el marxismo a la Comuna, sino también la Comuna al marxismo. En la polémica contra los anarquistas y federalistas, Marx se vio obligado a acentuar directa o indirectamente las características centralistas de la Comuna que eran incongruentes con su verdadera esencia y a insistir en diferencias meramente formales (la milicia, la unión de los poderes ejecutivo y legislativo, la sustitución de funcionarios). Así se creó una gran confusión no solamente acerca de la interpretación correcta de la Comuna histórica, sino también sobre las posiciones y expectativas ante el estado de "los consejos". Así surgió la convicción errónea de que hay "formas constitucionales" que, en cuanto tales, eluden el carácter represivo del estado. Korsch también rechaza la tesis leninista de que un estado "de la mayoría del pueblo contra los opresores" es el principio de su propia extinción. Sobre este punto Korsch es intransigente: hasta que no surja una sociedad sin clases, el estado de transición (ya sea el estado tradicional conquis-

tado sin transformaciones radicales según las ilusiones de los reformistas, o el estado del nuevo tipo anhelado por los leninistas), se distinguirá del estado burgués únicamente por su naturaleza de clase y por su función social, pero no por su forma política. O sea, como se lee en otro texto de la misma época: "Mientras la clase obrera tenga necesidad del estado, es decir, durante todo el período de la transición revolucionaria de la sociedad capitalista a la comunista, este estado de la dictadura revolucionaria del proletariado seguirá siendo en su forma política un estado burgués."[9]

En la medida en que prohíbe cualquier prefiguración afirmativa de la estructura política de la sociedad futura, y en la que tiene buen cuidado de evitar cualquier afirmación enfática de la creatividad espontánea del proletariado, Korsch no puede ir más allá de la reflexión detallada de las formas políticas revolucionarias del pasado. Son pues éstas unas formas burguesas, que de manera más o menos subrepticia se incorporaron como modelo a la ideología socialista, aun a la de matriz marxista.

Korsch recorre dos caminos para llegar a esta tesis: el primero, decididamente teórico, es la reflexión de la relación Hegel-Marx como "transferencia" de categorías y conceptos de la dialéctica idealista (nacidos de la revolución burguesa) en un sistema teórico que, por el contrario, habría debido responder a criterios originalmente proletarios; el otro es la delineación más precisa de las características "jacobinas" aparecidas en el debate histórico de federalistas y unitaristas durante la revolución francesa y con referencia a ella.

Si es verdad que el estado unitario centralizado es el resultado final de las luchas de la burguesía contra las clases que le eran hostiles, lo contrario es falso: que el principio federalista signifique automáticamente la superación del estado burgués. La historia de ayer y de hoy demuestra cuáles y cuántos son los contenidos regresivos que están tras el principio federalista. No es una casualidad que los revolucionarios de convicción federalista, como Proudhon, hayan renunciado a este prejuicio para salvar en el centralismo los contenidos de la revolución. Otro error típico (de perspectiva historicista) es el de dar por sentado el tipo de estado que finalmente se afirma como criterio de evaluación de la revolución y de su significado. Por el contrario, es necesario –afirma Korsch– partir de la contradicción entre el "movimiento" revolucionario y el "resultado de hecho" que se ha creado. He

[9] *Das Problem Staatseinheit–Föderalismus*, cit., p. 141.

aquí la verdadera contradicción que anima a la revolución, y no la que existe entre la "política" y la "economía", sobre la cual insisten hasta ciertos marxistas. Tal idea, lejos de ser opuesta, es complementaria de la teoría burguesa jacobina del estado. Y en efecto una gran parte del socialismo francés y europeo ha creído ser "lo que completa social y económicamente" la constitución de 1793, como si únicamente se tratara de extender el ámbito económico y social de una democracia que ya existe en el plano político. Por razones diversas, Marx y Lenin rompieron con esta contradicción proclamando la necesidad de un "nuevo" estado proletario. "pero la diferencia esencial de este nuevo estado de la dictadura del proletariado con la dictadura burguesa jacobina reside a su vez en sus fines, en sus funciones y en sus gestores –en suma, en su esencia económica y social– y no en alguna diferencia en su forma política".[10]

Obsérvese que Korsch no pretende dar una versión del estado proletario distinta de la de Marx y Lenin: sencillamente pone en guardia contra su naturaleza. Por lo demás, también la necesidad de destruir el antiguo estado ya había sido suficientemente demostrada por el desarrollo de la gran revolución burguesa, por los Sièyes y Brissot, por los Robespierre y Saint-Just, y por los jefes anónimos de la insurrección comunera de 1792. Pero hay algo más. La concepción marxista del estado como "violencia organizada y centralizada de la sociedad", aprovechada por la burguesía contra el proletariado pero también utilizable en sentido inverso por el proletariado contra sus enemigos, presupone la existencia de un estado "sin clases" en su forma política. Es de nuevo la concepción jacobina de Robespierre, quien en un famoso discurso pronunciado ante la Convención habló del "puñal ensangrentado que brilla tanto en las manos del asesino como en las del héroe de la libertad". Un estado así concebido encarna la contradicción de la revolución en cuanto tal, contradicción que no debe buscarse, como en la doctrina burguesa, entre un partido revolucionario y otro contrarrevolucionario, ni como en la doctrina marxista tradicional, entre la economía y la política, sino "en el movimiento inmanente de la revolución misma, considerado conscientemente de manera activista y subjetiva".[11]

En realidad, y a pesar de esta afirmación, Korsch seguirá moviéndose precisamente entre dos maneras de concebir la contra-

[10] *Ibid.*, p. 139.
[11] *Ibid.*, p. 143.

dicción política: relación entre revolución y contrarrevolución, relación entre economía y política. A propósito de esto merece una breve consideración la crítica que Korsch hizo en 1935 al programa del American Workers Party.[12]

Korsch aprecia que en el programa existe la voluntad subjetiva de no dejarse encantar por el New Deal, cuyas características semifascistas son percibidas claramente, de rechazar el concepto estadounidense de la política, y de proclamar un "estado obrero basado en los consejos, entendido como instrumento democrático para resolver las contradicciones del sistema capitalista mediante el paso a la transición a la sociedad comunista". Toma nota de que la plataforma económica del AWP considera la crisis actual -aun cuando pueda ser superada temporalmente- como el principio del fin del capitalismo. Pero le falta -objeta Korsch- una serie de análisis del concepto de "economía planificada" y de sus características capitalistas-fascistas, y sin embargo, se habla positivamente de la planificación en la URSS y de la futura planificación en la "nueva sociedad". Esto es un síntoma de que el programa en cuestión, en lugar de ser un "ataque revolucionario contra la totalidad del capital" podría resultar un medio de promover ataques parciales.

El enfoque crítico de Korsch, guiado por el acostumbrado esquematismo de ortodoxia negativa, tiene algunos puntos interesantes cuando trata el tema de la economía. Ve el defecto fundamental del programa en la manera en que se denuncia la contradicción central del sistema capitalista, pues se habla en él de contradicción entre el "aparato productivo" capaz de satisfacer las necesidades básicas de la humanidad, y el "sistema de relaciones sociales" que impide dicha satisfacción. Para Korsch esto es equivalente a abandonar la contradicción marxista entre "fuerzas productivas" y "relaciones de producción", que se traduce inmediatamente en contradicción y lucha entre la clase propietaria y la clase proletaria. Si la contradicción se ve en la "distribución", de que se ocupa mal la clase capitalista, y en cambio se deja fuera la "producción", se olvida que esta última es absolutamente una función de la "distribución" capitalista; se olvida que según el

[12] El American Workers Party se formó por iniciativa de la Conference of Progressive Labor Action, que en 1929 se había separado de la American Federation of Labor. A fin de 1933 se constituyó un comité provisional del AWP, al cual se adhirieron, entre otros, intelectuales como Sidney Hook y James Burnham. En 1934 fue publicado su programa, con el título de *Toward an American revolution labor movement. Program of the American Workers Party*.

sistema actual de trabajo y de división del mismo, el obrero y su máquina forman una sola unidad, y que el ejército de desempleados es una de las funciones que determinan tal aparato. Aceptar el actual sistema de producción significa no sólo renunciar a la revolución, sino capitular ante el fascismo. Sólo el "estado fuerte" es capaz de hacer frente a las crisis generadas por la competencia desenfrenada en los mercados y por la rebelión de los obreros. Este estado fuerte es capaz de defender al sistema capitalista no sólo contra los trabajadores, sino también contra los capitalistas individuales o agrupados. He aquí una verdad conocida no sólo por la pequeña burguesía aun cuando padece bajo el fascismo, sino también por amplias capas populares, obreras y subproletarias.

Naturalmente, a Korsch no le interesa ni la dinámica ni la extensión de este potencial consenso popular para el estado contrarrevolucionario. Se preocupa únicamente de proclamar la inconsistencia de este estado porque existe la clase obrera, que es "la mayor fuerza productiva". Pero una vez más, aparte de la denominación genérica de los obreros de la industria básica, la clase obrera no se determina de modo más preciso.

El examen de la parte del programa dedicada a la acción sindical da a Korsch la ocasión de volver sobre el problema de la supuesta prioridad de la política sobre la economía, la cual, según él, en el mejor de los casos tiene sello revolucionario-jacobino (Lenin), y en el peor lo tiene radical-burgués (la socialdemocracia). La fórmula con la cual aparece de nuevo este error en el programa del AWP es la subordinación de todas las "organizaciones de masas" a la actividad política del partido, inclusive los sindicatos, cuyo carácter especial en comparación con otras formas de organización no se reconoce.

"Como sucedió una vez en la socialdemocracia alemana, ahora también en el AWP, tras la pretensión ideológica de la primacía del partido sobre los sindicatos, se esconde en realidad una tendencia práctica opuesta a someter su teoría política revolucionaria al predominio de las organizaciones sindicales de masas y a su práctica, que se orienta hacia sus propios intereses y no a los de la revolución."

Con inexorable exactitud, la experiencia alemana y europea se convierte en el modelo negativo de la historia y el destino del movimiento obrero extraeuropeo. La superación y la síntesis de la economía y la política, afirmadas unilateralmente por el leninismo y el sindicalismo, se proclaman realizadas exclusivamente

en la acción revolucionaria efectiva. Ésta es la lección que darán pocos años más tarde los acontecimientos sobrevenidos en España, aun cuando Korsch echará en cara a la CNT y a la FAI el error opuesto: el menosprecio del momento político en la conducción de la acción revolucionaria.

VII

El encuentro de Korsch con Estados Unidos, a pesar de las esperanzas que en un principio depositó sobre todo en el desarrollo de las ciencias exactas y sociológicas, se reveló estéril aun desde el punto de vista político; a ello se agregó la frustración por no haber obtenido reconocimiento académico. En una carta escrita el 12 de junio de 1939 a su amigo Partos, se lee lo siguiente: "En lo que a mí respecta, desgraciadamente no he podido hasta ahora llegar a ninguna conclusión tampoco en este país. Esta vez es culpa de mi indolencia y aversión al comportamiento realista, características que tú bien conoces, más intensas que cuando me encontraba en Alemania o emigrado en Europa."[13] Por muy sutiles que sean estas interpretaciones psicológicas, el sentido de frustración de Korsch hace pensar en razones mucho más profundas que forman parte de su aparato teórico, construido sobre un universo ya cerrado a la experiencia y que por ello lo obligaba a moverse únicamente en una espiral autocrítica y depresiva. Es natural que en una carta escrita pocas semanas después se formule una tesis que introduce directamente uno de los temas dominantes durante su exilio en Estados Unidos.[14] En ella dice:

[13] Las cartas que citaremos a continuación figuran en la selección aparecida bajo el cuidado de M. Buckmiller y Götz Langkau en el núm. 2 del *Jahrbuch Arbeiterbewegung. Theorie und Geschichte*, a cargo de C. Pozzoli y editado por Fischer Taschenbuch, Francfort, diciembre de 1974; esta cita está en la p. 218. Señalemos que el núm. 1 del *Jahrbuch*, de diciembre de 1973, fue dedicado en su totalidad a Karl Korsch. Mencionaremos otros pasajes que figuran en este anuario. Aquí, quisiera únicamente recordar las largas conversaciones que sostuve con mi amigo Buckmiller, siempre ricas en reflexiones y conocimientos estimulantes.

[14] Naturalmente, no hay que olvidar que de 1934 a 1938 una de las preocupaciones centrales de Korsch fue la redacción de su libro sobre *Karl Marx*, que era un trabajo *sui generis* para el "público culto burgués" (como escribió a Mattick el 10 de mayo de 1935), redactado también con la intención de ganarse un lugar, mediante él, en el mundo académico de Estados Unidos. Por lo demás, acerca de este punto Korsch es bastante ambivalente. Por una parte, no está dispuesto a abandonar por oportunismo ninguna de sus posiciones "revolucionarias" (su renuncia a criticar abiertamente a Marx y a señalar sus limitaciones, como en cambio estaba haciendo al mismo tiempo en sus colaboraciones a las revistas de la izquierda radical, es una señal de esta actitud); por la otra, su interés en las cien-

"todo el movimiento obrero del pasado, en todas sus formas, realmente sólo ha preparado el progreso interno del capitalis-

cias sociales estadounidenses es auténtico, y responde a su profundo componente científico-pragmático. Cultiva con atención particular sus relaciones con su amigo el psicólogo Kurt Lewin (que había conocido desde el decenio de 1920-1930 cuando Lewin publicó en la serie editorial de que se encargaba Korsch un trabajo sobre la socialización). Fruto de esta colaboración fue la ponencia presentada en 1939 al V Congreso Internacional de la Unity of Science.

Korsch también tuvo frecuentes contactos con los miembros del Instituto de Investigaciones Sociales de Francfort, para entonces en el exilio, especialmente con Pollock y Horkheimer, a quienes estimaba personalmente (a diferencia de otros miembros, de los cuales ha dejado mordaces retratos no muy diferentes de los de Brecht, que son mucho más cáusticos). Sus contactos con Horkheimer parece que tenían el objetivo de obtener su colaboración para un libro acerca de la "dialéctica" (la que habría sido la *Dialéctica del iluminismo*, proyecto que pronto fue abandonado). Korsch se mantuvo en contacto con otras instituciones y universidades estadounidenses, pero con excepción de breves y esporádicas colaboraciones y financiamientos, no logró ganarse un lugar permanente. Uno de los obstáculos que le impiden abrazar la vida académica es que se le considera un marxista serio (cosa que en el fondo lo halaga). A pesar de ello, en julio de 1937 todavía le escribe a Brecht que proyecta escribir dos libros de sociología (y en otra parte habla de que quiere tomar como modelo el trabajo de Thomas y Znaniecki sobre los campesinos polacos), que respectivamente serían uno acerca de *Social Forces and Social Movements*, y el otro un libro de texto acerca de las *Social Theories*. Ninguno de estos proyectos se realizará: el planteamiento mental y la tensión política de Korsch son demasiado diversos.

El círculo de sus interlocutores, aun políticos, es siempre muy restringido. Escribe en las revistas de la izquierda estadounidense más radical, especialmente en las de Paul Mattick: *International Council Correspondence* (1934-1937), *Living Marxism* (1938-1941), y *New Essays* (1942-1943). Korsch está consciente de los objetivos de estas revistas y de su irrelevancia para la opinión pública. (Véase una descripción y evaluación de ellas en C. Camporesi, *Il marxismo teorico negli USA, 1900-1945*, Feltrinelli, Milán, 1973.) Los mismos lazos con Mattick (intelectual de origen obrero, militante del partido comunista alemán, emigrado a Estados Unidos en 1926 y organizador de grupos obreros radicales en Chicago [su obra más reciente, publicada ya en español, es *Marx y Keynes*, Ediciones Era, México, 1975]) no le impiden hacer de él un juicio limitativo: en una carta a Partos del 26-29 de julio de 1939 Korsch escribe que Mattick y la gente como él creen tener un espacio político sólo porque el partido comunista no hace nada, "pero siempre se trata sólo de una nueva estrofa de la vieja y larga canción según la cual KAP (para resumir con este nombre histórico todo lo que está a la izquierda del KPD y que es mejor que la designación inadecuada de trotskismo, inventada por el mismo partido) puede y debe hacer lo que el partido comunista habría debido hacer en una situación completamente carente de perspectivas, cuando cualquier iniciativa sólo puede conducir a la desilusión, al perjuicio de los obreros y al descrédito". En el epistolario korschiano encontramos juicios aun más negativos sobre Anton Pannekoek, a pesar de sus elogios oficiales al libro escrito por éste sobre Lenin. A Pannekoek lo juzga como ingenuo incurable que cultiva utopías sovietistas en la ultracapitalista Holanda.

mo, iniciado por el 'fascismo' en forma contrarrevolucionaria pero desarrollado y asegurado a nivel mundial por todos los sistemas capitalistas". La historia se ha detenido bajo el signo de la contrarrevolución mundial, pero también se ha detenido el propio razonamiento korschiano. La guerra contra el nazismo, lejos de abrir nuevas perspectivas, es solamente "otro paso gigantesco hacia la fascistización de Europa, si no es que de todo el mundo" (dice en *The Fascist Counter-Revolution*, en 1940). Se trata de un tema que, de modo obsesivo y paralizante, reaparece en todos sus escritos de aquellos años. Se reproduce, exasperado, el esquematismo lógico de la década de 1920-1930, inclusive el postulado de la acción obrera antagonista. También vuelven a aparecer contradicciones, o por lo menos graves incertidumbres. Así, por una parte se asegura que el "secreto de la actual guerra" es su totalización, que podría crear las premisas para el poder social y político de los "obreros de uniforme y consecuentemente de la clase obrera en su conjunto"; por otra parte, sin embargo, se recuerda que las guerras burguesas siempre han terminado con un imperialismo contrarrevolucionario, razón por la cual las luchas revolucionarias deberán esperar hasta que termine la guerra, En un contexto dedicado a la contrarrevolución en la Unión Soviética no desaparece la esperanza de que se produzca una pura y simple "insurrección de las masas contra Stalin".

En nuestra opinión, no se debe buscar en este nivel de enunciación de tesis generales la posible contribución de Korsch a la reflexión crítica de nuestro tiempo, aun cuando algunos de sus pasajes sean sugerentes, como el que se refiere al desarrollo político de la URSS, que se desvía del modelo cíclico burgués de revolución-termidor-restauración.

Lo que interesa, más que otra cosa, es ver cómo bajo la influencia de las perspectivas políticas negativas evolucionan las reflexiones de Korsch sobre Marx, hasta llegar a su ensayo de 1948 y a su tesis de 1950 acerca del marxismo. Para documentar esto nos serviremos de las cartas escritas por Korsch a Paul Partos, de cuyo conocimiento el lector podrá deducir elementos importantes para la comprensión de los textos por así decirlo "públicos", que aparecieron en las revistas.

En una carta (escrita todavía desde Londres) del 26 d abril de 1935, se lee que para Korsch "ahora ya no es posible hacer previsiones positivas de manera determinada sobre la acción de mañana". Naturalmente, un teórico siempre puede hacer previsiones que tengan importancia práctica, como decenios antes había

hecho Sorel. Pero Sorel tenía todavía a sus espaldas la realidad de un movimiento obrero, aunque estuviera en decadencia, y una tradición burguesa todavía no destruida. En cambio, en la situación de ese momento y particularmente en Estados Unidos, todo depende no de lo "subjetivo", sino del decurso de la crisis, en el sentido del más vulgar economicismo. En una carta de cuatro años más tarde (26-29 de julio de 1939) figura una descripción más precisa políticamente:

"Aquí en Estados Unidos todo es aún prehistoria, ciertamente prehistoria de una historia grande y radical. Ausencia de todo punto de contacto. Aquí se pueden hacer y decir cosas erróneas, no entendidas e incomprensibles, si no se quiere uno encerrar y tener una parte muy limitada en el trabajo de Sísifo contra la acción envenenadora del partido comunista. Pero de esta manera difícilmente podría evitarse provocar una lucha de los intelectuales burgueses contra la clase obrera. Lo mismo es válido para el trabajo sindical revolucionario. Si se quieren combatir los *closed shops* y otros 'elementos fascistas', o siquiera la más estentórea corrupción y las monstruosidades burocráticas cometidas contra los mismos obreros, se actuaría inevitablemente *en favor* de la burguesía y el capital y *contra* la clase obrera."[15]

Este juicio inquietante lo repite Korsch también con relación a Europa, aunque en modo diverso, en relación a las probabilidades de que al terminar la infausta guerra civil en España, exista allí una "resistencia obrera".

"Tu opinión [de Partos] sobre las mejores posibilidades de organizar la resistencia en España, que en Alemania o en Italia, son bastante interesantes. Pero creo que en un breve período de tiempo todo esto llevaría otra vez a un estrangulamiento trágico. La inmensa energía revolucionaria y el valor y la preocupación de los obreros españoles para evitar todos los errores no bastarían por sí mismos. Casi es mejor no hacer nada mientras a nivel europeo no hayan cambiado profundamente las relaciones existentes."[16]

En una carta posterior (la ya mencionada de julio de 1939), Korsch trata de explicar en forma más general el fracaso de los obreros: "Creo que se puede identificar la causa del 'fracaso en realizar las tareas revolucionarias' de los últimos veinte años en el hecho de que se quería y se debía encontrar un camino

[15] En *Jahrbuch*, núm. 2. cit., p. 225.
[16] *Ibid*., p. 218 (carta del 12 de junio de 1939).

que representara algo más que un simple 'completar' idealmente al partido comunista. En este sentido, la única contribución histórica efectiva la han dado los anarquistas españoles, pero bien sabes lo doloroso y breve que fue."[17]

Estas evaluaciones histórico-políticas acompañan en la carta a ciertas consideraciones teóricas más generales. Siempre respondiendo a algunas afirmaciones de Partos sobre las "nuevas formas *políticas*" que éste creía ver en el nuevo capitalismo, Korsch lo rebate: "¿Y por qué precisamente políticas? Me parece que 'lo económico' se está convirtiendo cada vez más en el elemento principal y dominante de todas las formas políticas. El nacimiento de una reacción revolucionaria, consciente y madura de la clase obrera yo no lo veo en mi imagen del futuro (imagen que, por supuesto, no es mucho más clara y completa que la tuya; hoy en día hay que escoger sólo entre ideas claras pero indudablemente equivocadas y obsoletas, y una cierta confusión sobre el futuro cercano)."[18]

La visión política más pesimista del "maestro" Korsch ante su "discípulo" Partos no impide al primero tomar a menudo posiciones en favor del marxismo, de su método y su *Weltanschauung*, contra la crítica demasiado destructiva y negativa de Partos. A este propósito debemos remontarnos a una carta de algunos años antes (del 25 de noviembre de 1935) –cuando Korsch estaba trabajando en su *Karl Marx*– para encontrar confesiones y consideraciones que echan una luz importante sobre los tiempos y modos en que se desarrolló el pensamiento korschiano en su conjunto.

"Como sabes –escribe Korsch– en mi período ortodoxo siempre afirmé que el núcleo propiamente revolucionario de la teoría económica de Marx está en su crítica, o sea en la disolución crítica de la economía política burguesa por su misma naturaleza [...] En mis últimas clases del invierno de 1932-1933 he cambiado un poco mi punto de vista. He demostrado que –visto con mayor atención– la contribución crítica es muy modesta en comparación con el contenido económico de *El capital*, y que sus puntos críticos están muy poco desarrollados; también he demostrado que una crítica real, aun de la economía clásica, sólo se encuentra en el primer volumen de *El capital*, redactado por el mismo Marx, mientras en los manuscritos elaborados y publicados por Engels y Kautsky (segundo y tercer tomos de *El capital* y

[17] *Ibid.*, p. 226.
[18] *Ibid.*, p. 222.

Teorías sobre la plusvalía) Marx se presenta únicamente como crítico de la economía vulgar, demostrándose en cambio fiel discípulo y seguidor de la economía clásica en ciertos detalles de las teorías del dinero, de la ganancia, etcétera. Entonces yo, para cambiar, he hecho de la posición teórica y práctica de Marx hacia la *política* mi punto de partida para distinguir entre lo que está vivo y lo que está muerto del marxismo. Había un nexo entre el carácter burgués de la política de Marx y el no haber perseverado en la transformación crítica de la economía burguesa en una ciencia directamente social, y por consiguiente en una praxis directamente revolucionaria.[19]

"Marx –continúa Korsch– que se había acercado a la teoría revolucionaria proletaria por medio de los comunistas franceses y de Proudhon, se comportó como demócrata radical durante los acontecimientos de 1848-1849, no haciendo caso a las peticiones autónomas de clase ni a la organización obrera específica. También en los años subsiguientes, adoptando conceptos y palabras blanquistas, hizo hincapié en sentido exclusivamente político en los términos de la revolución proletaria. El aspecto teórico de esto fue que Marx ciertamente desarrolló relativamente bien la crítica *histórica* de las categorías económicas (y Sorel va demasiado lejos al poner esto en duda), pero proclamó sólo en abstracto la superación de la economía hasta convertirse en una ciencia *directamente social*, en vez de llevarla a la práctica –excepción hecha de algunas frases (por ejemplo política = economía concentrada; la violencia misma es una potencia económica), citadas a menudo por los marxistas como tranquilizantes para la conciencia revolucionaria, frases que ilustran de manera todavía más cruda que se sostiene la oposición en la elaboración científica normal. También aquí la teoría corresponde a la praxis: partido político y lucha económica de los sindicatos se integran a la totalidad, por medio de la dirección política del partido revolucionario. Desde el punto de vista de la caracterización histórica, puede decirse que la radicalización de la lucha política mediante la economía y la indicación del carácter político de la propiedad son genuinamente jacobinas."[20]

Los dos pasajes de la carta escrita a Partos son demasiado importantes (aun para releer críticamente su obra *Karl Marx*) para no transcribirlos ampliamente. A través del esquema crítico de

[19] *Ibid.*, pp. 160-161.
[20] *Ibid.*, pp. 161-162.

Marx se reflejan los posibles contenidos de la perspectiva política korschiana ("posibles" porque, como hemos visto, están todavía muy lejos de convertirse en realidad).

A la matriz jacobina de la posición política de Marx se atribuye la prematura parálisis de la crítica teórica a las categorías económicas de la ciencia burguesa y la consecuente falta de desarrollo de una "ciencia directamente social" que corresponda a una práctica social revolucionaria en sentido proletario. Precisamente esta última había sido sacrificada por Marx en 1848-1849, envuelto en la dinámica revolucionaria burguesa que jacobinamente subordina a la lucha "política" la lucha y los contenidos "económicos". O como dice Korsch en su ensayo de 1938 *El marxismo y las tareas actuales de la lucha proletaria de clases*: "Marx, desde el principio hasta el fin, definió su concepto de clase en términos en última instancia políticos, y en los hechos –si no en las palabras– subordinó las numerosas actividades desarrolladas por las masas en su lucha cotidiana a las actividades que los líderes políticos realizan en interés de dichas masas."

Pero ¿por qué habría hecho Marx este sacrificio de la autonomía obrera, si poco antes de la explosión revolucionaria había puesto en el *Manifiesto* las bases teóricas y políticas del nuevo movimiento obrero? ¿Por qué renunció Marx a un programa de revolución proletaria –ciertamente utopista– a cambio de una mitología no menos utópica basada en los conceptos burgueses de "democracia revolucionaria", "guerra revolucionaria" contra Rusia, etcétera. Korsch no encuentra otra explicación que la persistente herencia jacobina, que entre otras cosas se sigue expresando en la comprensión equivocada del significado y las dimensiones de la "contrarrevolución" que necesariamente sigue a la derrota obrera. En su ensayo de 1948 sobre *La posición de Marx en la revolución europea de 1848*, Korsch dice: "la tesis de que la política de la contrarrevolución bonapartista y bismarckiana debe verse como una simple continuación del desarrollo revolucionario precedente recibió una gran aprobación en el período siguiente, no sólo de los historiadores burgueses, sino también de los marxistas y otros teóricos socialistas entre los cuales ciertamente no se hallaban los peores".

Las consecuencias de esta ambigua posición volverán a aparecer en la polémica entre Marx y Lasalle, y aún más tarde en la polémica sostenida por Marx y Liebknecht contra Lasalle y Schweitzer. Éstos pretendían llegar de las posibilidades revolucionarias implícitas en la contrarrevolución a una alianza táctica

con el poder contrarrevolucionario mismo. Por el contrario, según Marx, que no dejaba de reconocer el carácter progresista de algunas concesiones hechas por la reacción a los obreros y contrarias a la burguesía, el partido obrero de ninguna manera podría comprometer con la reacción su propia autonomía.

Como se ve, a pesar de todas las críticas, Marx es siempre un punto positivo de referencia para Korsch, aun en la producción de sus últimos años, de la cual sólo quedan fragmentos inspirados que vuelven con insistencia, una y otra vez, a la lección de la economía marxiana. En realidad, Marx es siempre un punto firme no sólo porque es autor del *Manifiesto* y enemigo de cualquier "conciliación" táctica al estilo de Lasalle (éste es un motivo que se relaciona directamente con las evaluaciones hechas a este propósito en el remoto 1922), sino sobre todo porque el análisis económico del capitalismo hecho por Marx sigue siendo válido. Al margen de sus críticas al Marx político, en la carta dirigida a Partos anteriormente mencionada Korsch afirma: "así como el capitalismo de hoy y de mañana, tan distinto del de tiempos pasados, es siempre y de todas maneras capitalismo, así se puede llamar todavía socialismo-comunismo-marxismo a la teoría y la praxis del único movimiento realmente anticapitalista, con todo y que necesariamente haya sufrido mutaciones".

Nos encontramos así nuevamente ante la ortodoxia de la lección económica del marxismo, que en la evaluación general de Korsch tiene un papel ambiguo, si no es que contradictorio. Desde este punto de vista merecen ser interpretadas con atención las *Diez tesis sobre el marxismo de hoy* (1950). Tomadas aisladamente, sobre todo las tres primeras, fuera del contexto del desarrollo del pensamiento korschiano, son la enunciación de una radical relativización del marxismo; pero en realidad son una formulación externa y ocasional de una problemática mucho más compleja, que aquí hemos tratado de delinear. Si las tesis representaran la formulación definitiva de la crítica korschiana al marxismo, no se comprenderían muchas partes de los escritos inéditos contemporáneos y posteriores (nos referimos, por ejemplo, a un trabajo mecanografiado de 1952, en donde se recoge positivamente el concepto leniniano del "desarrollo desigual" del capitalismo).[21]

[21] Este manuscrito mecanografiado de pocas páginas es uno de los muchos que se conservan en el Instituto Internacional de Historia Social en Amsterdam. Se trata de trabajos fragmentarios y de poca extensión (excepto el ensayo intitulado *Buch der Abschaffungen*, de unas treinta páginas), que son más un testimonio de la

No se entendería "el sueño" de los últimos años, formulado de manera total en una carta dirigida a Ruth Fischer (y repetido a Erich Gerlach en diciembre de 1956): "estoy siempre poseído por mi sueño: restaurar teóricamente las ideas de Marx aparentemente destruidas después del episodio Marx-Lenin-Stalin.

El problema de la "restauración" del marxismo no es filológico sino político. Se trata de volver a crear una teoría política del quehacer revolucionario que esté a la altura de las sociedades industriales avanzadas y cuyo objetivo sea "la intervención planificada en la estructura económica por parte de las clases hoy excluidas". Es la única manera de incorporarse a la herencia del marxismo histórico,[22] que irreversiblemente ha pasado por las

fase más inspirada de las últimas reflexiones korschianas que un desarrollo propiamente dicho del pensamiento.

[22] "Una crítica absolutamente pertinente de las concepciones leninistas y después sobre todo stalinistas no puede ser llevada realmente adelante por Korsch porque la cuestión más importante aquí aludida, en la cual se concentran todas las dificultades de su pensamiento, o sea la *constitución de los objetos y de la objetividad de la experiencia*, mediando la praxis histórica, no es desarrollada en su aspecto *formal* ni siquiera por Marx, y en consecuencia Korsch no la puede hacer suya." Tal es la tesis central del ensayo de Negt dedicado a la "problemática de la constitución de Korsch": *Theorie, Empirie und Klassenkampf. Zur Konstitutionsproblematik bei Karl Korsch*, en *Jahrbuch Arbeiterbewegung. Theorie und Geschichte*, 1, *Über Karl Korsch*, a cargo de C. Pozzoli, Fischer Taschenbuch, Francfort, diciembre de 1973, pp. 107-137 (esta cita está en la p. 130). Es un intento muy interesante aunque no lineal en su desarrollo ni tampoco carente de incongruencias, que en el fondo expresa más la problemática sobre la que está trabajando Negt, interpretando las amplias necesidades teóricas de la nueva izquierda alemana, que un criterio adecuado para interpretar a Korsch. Ambas cosas, naturalmente, están conectadas. Korsch es siempre un autor profundamente ligado al movimiento teórico y político de la segunda mitad de la década 1960-1970, y es interesante que siga siendo leído críticamente por quien representó en ese movimiento un momento teórico importante.

Para empezar, la *Konstitutionsfrage* que ha sido enunciada más arriba, comprende muchos aspectos: a] el problema de la "verdad objetiva" (*gegenständliche Wahrheit*) en el sentido de sus tesis sobre Feuerbach; b] la determinación de la praxis revolucionaria como dialéctica entre la producción y la lucha de clases constituía precisamente las estructuras objetuales y necesidades de las sociedades; c] la necesidad de una "investigación social materialista", sin la cual la teoría de Marx perdería su contenido empírico. Ante esta articulación del problema de la constitución, se reconoce a Korsch un modo particular de declinarla en tres contextos: la praxis revolucionaria como socialización, la formación del proletariado como clase y el problema del derecho al trabajo. Pero en Korsch sobre todo la problemática de la constitución estaría presente como "fundamento de su crítica de la teoría del reflejo" de la cual por lo demás descienden todas las dificultades gnoseológicas de su teoría. En realidad, no nos parece que Negt logre llevar adelante de manera orgánica y convincente todos los elementos mencionados más

experiencias de la socialdemocracia clásica, de la socialdemocracia weimariana y del leninismo-stalinismo.

El blanco de la crítica de Korsch es la pretensión "monopolista" del marxismo tal como se ha ido codificando históricamente, de interpretar y guiar la acción proletaria. Ésta última es, histórica y políticamente hablando, mucho más vasta y amplia que el marxismo histórico, forjado por experiencias particulares e irrepetibles.

arriba. En definitiva, el razonamiento crítico de Negt gira alrededor de dos ejes: el problema de la formación de la experiencia proletaria, y la determinación de la praxis como un todo que comprende la producción y la lucha de clases -todo ello desde el punto de vista de la subjetividad del proletariado. Es innegable que se trata de una perspectiva legítima, que sirve también para interpretar el pensamiento korschiano, en gran parte planteado del lado del sujeto proletario, siempre que se demuestre que sus límites teóricos y sobre todo *políticos* derivan de la falta de desarrollo de esta problemática. Negt demuestra sin muchos trabajos que el razonamiento de Korsch sobre el proletariado como fuerza productiva se queda siempre en lo "ya conocido", de este lado del análisis determinado de cómo se constituye concretamente el proletariado (objeción que hemos hecho en varios pasajes de nuestro texto). Negt precisa: "en cuáles *formas* la clase obrera, entendida como fuerza productiva, modifica y constituye la realidad empírica determinada por la producción de mercancías, por la abstracción real del valor y sus formas fenoménicas de racionalidad técnica, derecho formal y burocracia -estas interrogantes, para Korsch, no se ponen al nivel de la investigación histórico-material" (op. cit., p. 130). Por el contrario, se trata de un razonamiento sumamente importante para comprender el nacimiento y la lógica del revisionismo, contra el cual Korsch luchó tan encarnizadamente. No obstante, tampoco Negt desarrolla de esto un razonamiento político. Excepto su reconocimiento del valor "constitutivo" de la lucha organizada (que trataremos más adelante), su preocupación fundamental es la de afirmar la existencia de una "experiencia" específicamente proletaria, de "contextos vitales proletarios" y, en consecuencia, de una ciencia capaz de abarcarlos. "La ciencia materialista ligada a un determinado modo de producción y de comunicación está comprendida en el *contexto vital proletario* en el cual se organizan de manera específica las experiencias de las masas. Los momentos de mediación que determinan el *continuum* de experiencia entre la ciencia proletaria y la lucha de clases, o sea las formas fenoménicas deformadas por la esencia de la producción capitalista, las únicas que el proletario individual puede experimentar [. . .], están completamente ausentes de la teoría de Korsch" (p. 134). Es innegable que en Korsch no existen estas dimensiones; es más, agregaremos que la denominación, presente en algunos de sus escritos, de la dialéctica materialista como fantasía crítica capaz de disolver los mundos cerrados de la experiencia dada en un nuevo mundo libre del pensamiento, no tiene otro efecto que el de exacerbar -aun cuando sea con una utopía positiva- la ausencia de análisis del horizonte real de la experiencia.

Pero la ciencia proletaria que quiere Negt, que afirma de modo aproblemático la existencia de una experiencia "proletaria" contrapuesta a la "burguesa", anticipando a nivel categorial lo que debería ser el núcleo mismo de la investigación, ¿resuelve los problemas eludidos por Korsch? Si es verdad que "la lucha de clases

El intento de Korsch, que no carece ni de contradicciones ni de paradojas, consistió en llevar esta tesis a sus últimas y extremas consecuencias, no mediante un razonamiento teórico y político alternativo, sino siendo siempre firmemente fiel a las "ideas de Marx", en caso necesario contra el mismo Marx.

no es más que *una* forma de la constitución objetual, y ni siquiera la más importante en el interior de la producción de mercancías", si es verdad que la lucha se desarrolla en un contexto objetual-institucional "preconstituido" por el modo capitalista de producción y por el dominio burgués, aun cuando se anticipen proposiciones alternativas, ¿cuáles son las consecuencias teóricas y prácticas que hay que sacar, para evitar el callejón sin salida a que llegó Korsch? Aquí el razonamiento de Negt, a pesar de los numerosos elementos que comprende y quizás por ellos precisamente, se hace incierto y va más allá de la crítica de Korsch. Puede atribuir la falta de una correlación fundada entre los componentes del pensamiento korschiano (necesidad de una ciencia empírica objetiva, crítica de la economía política, lucha de clases) a que la praxis no se concibe como "totalidad concreta de la producción, del proceso material de la producción, del proceso constitutivo de los objetos de las clases en lucha", totalidad que en Korsch se sustituye por la ambigua especulación entre teoría y praxis. Pero en el plano de la estrategia y de la teoría política, encontramos también en Negt el mismo postulado de la "actualidad" histórico-mundial de la "revolución", aun cuando no esté en el orden del día. Se trata de una "contradicción que hay que comprender y llevar a sus consecuencias prácticas organizativas", y Korsch –según la opinión de Negt– sería útil para este fin porque su teoría "está cerrada a cualquier utilización afirmativa orientada hacia fines institucionales. En su contenido crítico-revolucionario esencial, es la contraparte neta del marxismo como ciencia legitimadora" (p. 137).

Karl Korsch

Escritos políticos

PRIMERA PARTE

De la socialdemocracia al comunismo (1912-1922)

Los trabajos comprendidos en esta primera parte señalan las principales etapas de la evolución política de Korsch desde el período prebélico fabiano y socialdemócrata a la experiencia consiliar y luego al ingreso al partido comunista alemán (KPD), *luego de una breve permanencia entre los socialdemócratas independientes* (USPD). *Son textos que delinean el terreno político de partida del pensamiento korschiano y se integran a los escritos ya conocidos en las recopilaciones* ¿Qué es la socialización? *y* Lucha de clases y derecho del trabajo.

El primer ensayo de 1912 "La fórmula socialista para la organización de la economía", escrito en Londres durante una estadía de estudio y trabajo, es el único de los escritos prebélicos al que Korsch hace referencia en los años posteriores. El ensayo deja ver las líneas de formación no ortodoxa –con respecto al marxismo de la Segunda Internacional– del autor y su interés por el sindicalismo revolucionario.

El segundo ensayo, "Socialización y movimiento obrero" (1919), fija bastante claramente la problemática práctica y teórica en que se enmaraña el proyecto de socialización dentro y fuera de la "Comisión para la socialización" en que Korsch participó por algún tiempo junto a R. Wilbrandt. Naturalmente esa problemática se revelaba completamente abstracta mientras no se enfrentara y resolviera en la raíz el problema político de fondo. Cosa que no ocurrió.

El tercer ensayo, "El problema de la socialización antes y después de la revolución" (1919) y el cuarto, "El programa de socialización socialista y sindicalista" (1919), giran también en torno al modelo de socialización. En el primero de estos ensayos, Korsch desarrolla un programa de transi-

ción en el que el control de la producción es efectuado desde la base y la cúspide mediante un sistema de consejos sin socialización inicial de los medios de producción. En el segundo se ocupa del sindicalismo, sin cuya presencia el socialismo no podría cumplir con sus propósitos de dignificación del modo de vida de los trabajadores.

El quinto ensayo, "La división del trabajo en manual e intelectual y el socialismo", también de 1919, es destinado por Korsch a demostrar que el socialismo no puede limitarse exclusivamente a acabar con la división de clase entre capitalistas y obreros, sino que debe proyectar la superación de esa otra contraposición aún más radical, heredada y profundizada por el capitalismo, entre los hombres dedicados a un trabajo estrictamente corporal y los trabajadores de la inteligencia apartados de todo trabajo físico. Las transformaciones ocurridas en el seno del modo de producción capitalista, y en la profunda revolución de las conciencias producida a consecuencia de los movimientos estudiantiles y de los acontecimientos del mayo francés de 1968, han vuelto a suscitar el tema de la relación entre obreros e intelectuales mostrándolo como un problema de vital importancia, aunque no ya en los términos en que se planteó en 1919. Es por ello de sumo interés conocer el estudio hecho en esos años por quien fuera uno de los más importantes teóricos del primer movimiento consiliar.

El sexto ensayo ("Aspectos fundamentales vinculados a la socialización") y el séptimo ("Socialismo y reforma social"), ambos de 1920, son indicativos del cambio operado en la perspectiva política de Korsch. Mientras los escritos anteriores manifiestan una posición predominantemente constructiva en torno al proyecto de una ordenación socialista, en éstos ocupa el primer plano la crítica de los partidos socialistas y la naturaleza de su recepción del marxismo. Aquí comienza el debate de Korsch con la ortodoxia kautskiana que acabará por convertirse en una crítica general de la ideologización de la teoría revolucionaria, iniciada en Marxismo y filosofía. *Como señala Erich Gerlach, compilador de las obras de Korsch en alemán, "Korsch cifró la causa del fracaso de la primera ola consejista y de la renovada estabilización de la sociedad burguesa en la ausencia, en una situación objetivamente revolucionaria, del 'factor subjetivo', es decir, de la voluntad revolucionaria de acción, en la ausencia, en fin, de una clara imagen del programa a realizar. Los consejos habían intentado elaborar un programa. En aquel momento pasó a primer término el partido 'leninista', cuyo propósito era transformar en acción la voluntad basada en el conocimiento, consiguiendo de este modo una efectividad instrumental de la misma. Pero tampoco en esta fase leninista llegó Korsch a ser partidario de la dictadura de un partido. Consideró más bien como tarea suya la propagación incansable del sis-*

tema de consejos y la lucha, en última instancia, por la transmisión del poder a los mismos."

En este sentido, y no obstante diferencias que luego habrán de tornarse evidentes en relación al tema del partido político del proletariado, se pueden establecer notables coincidencias entre el Korsch de esta etapa y el Gramsci "ordinovista", partidarios ambos de los consejos fabriles como órganos de autoeducación y de preparación para una función dirigente del proletariado en la transformación de la sociedad.

El octavo ensayo, "Cambios en el problema de los consejos políticos de los obreros" (1921), deja ya atrás en forma crítica la experiencia de los consejos y de la socialización. Cuando lo escribe, Korsch ha pasado ya al partido comunista, en el cual cree encontrar esa conciliación entre espontaneidad del movimiento de masas y eficaz organización revolucionaria que le había faltado al movimiento consiliar.

En octubre de 1920, en el congreso extraordinario de Halle, Korsch fue uno de los más convencidos defensores de la fusión de la USPD *con el* KPD, *con la aceptación incondicionada de las famosas "Veintiuna condiciones" para el ingreso a la Tercera Internacional. Sólo una minoría, que comprendía a las personalidades más eminentes como Rudolf Hilferding y Rudolf Breitscheid (que desempeñarían un papel muy grande en la* SPD *de los años futuros), permaneció en la* USPD. *A su fusión con la* SPD *tradicional está dedicado el ensayo "La muerta* USPD *y el vivo Stinnes" (1922). El ensayo es un ejemplo del pasado clima político que se había instaurado en Alemania después del repliegue del movimiento obrero, al día siguiente de la hazaña, por lo demás políticamente estéril, de la huelga general victoriosa contra el intento de golpe de estado de Kapp (el* putsch *de Kapp) en marzo de 1920 y después de las convulsas agitaciones comunistas en la llamada "acción de marzo" de 1921. Ahora están al contraataque las fuerzas económicas capitalistas, guiadas por la industria pesada y representadas por la actitud agresiva del magnate de la industria Hugo Stinnes, presidente de la Confindustria y patrón del partido "democrático" Deutsche Volkspartei. La* SPD, *gravemente redimensionada en las elecciones, redactó en Görlitz un nuevo programa que ya tenía poco de marxista; intenta revitalizarse reabsorbiendo los restos de la* USPD, *fieles al menos de palabra a los viejos programas radicales. Frente a esta situación, el partido comunista proclama el "frente único" (consigna que se revelará ambigua) en el sentido de cerrarse sin vacilación hacia los vértices de las organizaciones socialdemócratas (partido y sindicato) pero de abrirse hacia la base obrera ampliamente fiel a la socialdemocracia. El décimo y último ensayo, la "Introducción a la crítica del programa de Gotha" de Marx puede considerarse como una exitosa síntesis de la posición política de Korsch después del bienio de militancia en las filas del*

KPD. *El comentario al texto marxiano se da teniendo presente la realidad contemporánea, la polémica entre marxismo y lassallismo es actualizada con la polémica entre comunismo y socialdemocratismo de los veintes.*

La fórmula socialista para la organización de la economía *

Resultará arduo para la generación futura comprender con qué simple fórmula podía contentarse el socialismo de nuestros días y cuántas aspiraciones diversas y en parte opuestas se hallaban implícitas en esa fórmula. "Socialización de los medios de producción" es la simple fórmula con que el socialismo ha trabajado hasta ahora y con la que seguirá adelante en Alemania presumiblemente por mucho tiempo más. Es una fórmula común, que se adapta a socialistas de estado, sindicalistas, cooperativistas y otras varias tendencias.

Si se le pregunta a un socialista qué entiende por "socialismo" se recibe como respuesta, en el mejor de los casos, una descripción del "capitalismo" y la observación de que el "socialismo" eliminará ese "capitalismo" con la socialización de los medios de producción. Todo el énfasis está puesto en el aspecto del negativo, es decir que el capitalismo debe ser eliminado; también la expresión "socialización de los medios de producción" significa en primer término no otra cosa que la negación de la propiedad privada de los medios de producción. Socialismo significa anticapitalismo. El concepto "socialización de los medios de producción" tiene un claro significado negativo: en su aspecto positivo, está vacío y no dice nada.

Esta falta de contenido de la fórmula socialista para la organización de la economía no era y no es perjudicial mientras la acti-

*"Die sozialistische Formel für die Organisierung der Volkswirtschaft", en *Die Tat*, IV, 1912, núm. 9, pp. 507-509.

vidad práctica del socialismo esté limitada a la lucha y a la eliminación de los inconvenientes existentes.

Se vuelve, en cambio, perjudicial apenas llega el momento en que el socialismo desde alguna parte y de alguna manera llega al gobierno y por lo tanto se le pide que realice la organización socialista de la economía. Si esta situación se verificase hoy, encontraría al socialismo sin preparación para esa tarea: el socialismo tendría que reconocer que no ha hallado todavía una suficiente fórmula de elaboración para la organización de la economía.

Para Alemania ese momento todavía no ha llegado, y quizás por esto los socialdemócratas alemanes tienen razón cuando, como ocurre hasta ahora, se niegan a hacer una formulación detallada en positivo de su programa económico.

Tampoco para Inglaterra habría quizás, por el momento, ninguna necesidad política de sustituir el concepto "socialización de los medios de producción" por una formula más precisa y más completa, si no se hubiera verificado desde el exterior, desde Francia, una invasión que comienza a conmover al viejo socialismo en su consolidado patrimonio: la invasión del sindicalismo (anarcosocialismo sindical). Pero entonces se hace evidente la contradicción inmanente, apenas superficialmente cubierta por la fórmula "socialización de los medios de producción". No puede ser pasado por alto porque es claramente manifiesto y también porque los propios sindicalistas son conscientes en forma suficientemente clara de su diferencia con el viejo socialismo: estado y comunas aparecen a los sindicalistas como medios absolutamente inutilizables para la formación económica socialista.

Pero el estado, o bien las comunas del estado descentralizado, eran precisamente las organizaciones a la cuales la mayoría de todos los socialistas más viejos habían pensado trasladar la propiedad y la administración de todos los medios de producción.

Si se reconoce sobre este punto la insuficiencia de la fórmula "socialización de los medios de producción" no se hace difícil descubrir sus ulteriores carencias y contradicciones. Y vemos que también allí donde las formas capitalistas han sido sustituidas por "formas socialistas" y realmente se ha producido una "socialización de los medios de producción", este proceso se ha cumplido en modos tan variados y diversos que la expresión "socialización" sólo puede abarcar todas esas diversas formas precisamente porque ella misma no tiene ningún contenido determinado.

El término "socialización de los medios de producción" es una fórmula que no dice nada, que no reúne realmente las diversas formas de la realidad económica deseada y hasta ahora realizada, sino que las reúne sólo en una unidad aparente.

Para quien haya percibido la falta de contenido de dicha fórmula no es de mayor ayuda cerrar voluntariamente los ojos; tiene que comenzar a pensar en cuál de los diversos modos conceptualmente representables quiere ver realizada la "socialización" de los medios de producción. En otros términos, debe impulsarse más allá la fórmula de la "socialización de los medios de producción" hasta llegar a una fórmula constructiva utilizable con fines *positivos* para la organización socialista de la economía.

A este esfuerzo verdaderamente actual sirve la reciente gran empresa de la Fabian Society, el *Committee of Inquiry on the Control of Industry* reunido ahora bajo la dirección de Beatrice Webb. Los organizadores de esta iniciativa están convencidos de que "la viva descripción y la elocuente denuncia de las actuales condiciones de la sociedad han cumplido su tiempo. Con la caótica confusión de las opiniones socialistas actuales sobre todas las propuestas constructivas, unida a nuestra propia incapacidad de precisar con cierta unidad y claridad nuestras reivindicaciones sobre la organización futura de la industria y el comercio, perderemos toda influencia sobre los jóvenes intelectuales. El socialismo ha suscitado grandes expectativas en torno a la construcción del nuevo ordenamiento social futuro. Si no vamos al encuentro de esas expectativas con propuestas específicas escrupulosamente delineadas y verificadas, la futura generación de intelectuales y de trabajadores nos declarará intelectualmente fracasados."

Hay una objeción fácil contra esta generosa iniciativa: "no es científica, es 'utópica' ". Pero basta ver la forma y el modo en que el proyecto entero debe ser realizado y cómo inicia su realización para reconocer que aquí observación, experimentación, estudio teórico, fantasía y fuerza de juicio cooperan para un trabajo que está tan lejos del subjetivismo utópico como la descripción más fiel de los datos de hecho de situaciones pasadas o presentes. Más de cien personas colaboran según un plan unitario en la elaboración del material que se ordena desde el principio bajo determinados puntos de vista, a modificar de tanto en tanto y a reagrupar de distinto modo (sistema de fichas). Los resultados del trabajo de cada individuo llegan a conocimiento de todos los demás del modo más sencillo y más práctico. Es de imaginar qué

gran cantidad de energía experimental se reúne allí libre y gratuitamente al servicio de una única idea.

Se puede mirar el próximo informe de ese comité con las más grandes esperanzas, también en Alemania. Porque también en Alemania es preciso que los socialistas tengan las ideas más claras sobre este problema. No porque haya que esperar que sean llamados dentro de poco a fundar el estado socialista del futuro, sino porque dentro de poco también entre nosotros las reivindicaciones del sindicalismo, tanto más simples y próximos al obrero de fábrica, conmoverán fuertemente los dogmas dominantes del marxismo. Después, frente a la disgregación que se creará, se planteará el problema de encontrar un nuevo medio que una internamente al movimiento socialista de Alemania y lo distinga de otros movimientos. Pero ese nuevo medio no puede ser otra cosa que una fórmula determinada, meditada y verificada, que sea expresión de la que, entre todas las formas imaginables de organización de la economía, merece ser llamada "socialista" y ser reivindicada por "socialistas".

Socialización y movimiento obrero*

El problema

En la "propiedad privada de los medios de producción" del actual ordenamiento económico capitalista hay un doble tipo de derecho:

1] un derecho a la utilidad de la producción realizada con y por estos medios de producción, sustraído a todos los gastos en materia prima, salarios, impuestos, etc. (según Marx, un derecho usurpado por el capitalista sobre el "plusvalor");

2] un derecho al dominio del proceso de producción, limitado por el derecho público común, en particular por la llamada legislación social.

Frente a esto, el movimiento obrero socialista, con la reivindicación de la "abolición de la propiedad privada de los medios de producción", de la "socialización de los medios de producción", pide a su vez dos cosas:

1] un derecho a la utilidad del trabajo para los trabajadores;

2] una participación de los trabajadores en el dominio del proceso de producción, correspondiente a la importancia del trabajo para la producción.

1. La participación en las utilidades. Si observamos las distintas formas de socialización hoy propuestas según cómo se subdividen las utilidades de la producción, tenemos el siguiente resultado. La socialización de los medios de producción es:

a] indirecta desde el punto de vista del obrero productor: la

*"Sozialisierung und Arbeiter bewegung", en *Freies Deutschland*, I. 1919, núm. 4, pp. 40-43.

propiedad de los medios de producción pasa de los capitalistas privados al estado o a la comunidad o a una cooperativa de consumo. En todos los casos, el trabajador sigue siendo trabajador asalariado.

b] o bien directa: todos los medios de producción de la empresa o de un ramo entero de producción pasan a los trabajadores que participan en la producción. En lugar del salario hay un derecho a las utilidades, pero no como un derecho a las utilidades "enteras", de toda la producción. A los trabajadores ocupados por una sola empresa (ramo de producción) les toca sólo la parte correspondiente a su prestación de trabajo. Esta parte es naturalmente tanto menor cuanto mayor es en las empresas, con respecto al número de trabajadores, el valor del terreno y del capital empleado. La otra parte del total de las ganancias corresponde, si no se quiere transformar nuevamente a los trabajadores de una fábrica (ramo de producción) particular en capitalistas privados, no a este grupo particular de productores sino a la totalidad de los productores y consumidores. En otras palabras: terreno y capital, también en el sentido de la socialización directa, son entregados sólo en préstamo a los trabajadores que participan en la producción de una empresa (ramo de producción) particular; pero como base económica común de toda la producción y de todo el consumo pertenecen no a un grupo individual de trabajadores sino a la colectividad que supera a todos los grupos particulares.

El resultado de todas estas formas de socialización, tanto de la directa como de la indirecta, es, después de lo que hemos visto, solamente esto: en lugar de la lucha de clases entre "capital" y "trabajo", la contradicción se plantea entre los productores de una empresa determinada (ramo de producción determinado) por un lado, y la totalidad de los productores restantes, es decir de los consumidores, por el otro.

La única diferencia con respecto a la situación anterior es en ambos casos que el capitalista privado ha desaparecido, ese capitalista privado que hasta ahora pretendía representar

a] a los trabajadores frente a los intereses de los consumidores;

b] a los consumidores frente a los intereses de los trabajadores como productores.

En realidad, el capitalista se aseguraba una renta sin trabajar, sustrayéndola de las partes correspondientes ya sea a los trabajadores participantes en la producción o a la colectividad de los

consumidores. Si desaparece este inútil miembro intermedio aparece más que nunca la contradicción necesaria y natural de intereses entre productores y consumidores, trabajadores y usuarios (del trabajo). La cuestión se plantea en estos términos tanto en la socialización directa como en las diversas formas de la socialización indirecta. Resulta, en efecto, evidente en ambas cuestiones aparentemente tan distintas –es decir la cuestión de cuánto de las utilidades totales de una empresa (en el caso de socialización directa) deben entregar los miembros de una empresa al estado, a la comuna o a otros órganos de la colectividad, y la cuestión de cuán elevados deben ser los salarios (en el caso de socialización indirecta) en una empresa del estado, de la comuna o de una cooperativa– que se trata en realidad de hallar la solución necesariamente igual en cada caso de un mismo problema: qué parte del total de los beneficios debe ir a los productores en cuanto tales y qué parte debe ir a la colectividad. En ninguno de estos casos es posible determinar aritméticamente esas partes. Tanto en la socialización que asume la forma de capitalismo de estado, de comuna, de cooperativa, como en la socialización directa, sigue siendo tarea de los propios trabajadores asegurarse la posibilidad de realizar su derecho a la plena utilidad del trabajo con su acción colectiva.

Por lo que se refiere pues a la subdivisión de las utilidades de la producción, desde el punto de vista de los trabajadores da lo mismo, en lo esencial, que la socialización de los medios de producción se haga de uno u otro de los modos antes examinados. Se trata sólo de una diferencia técnica si en una empresa cooperativo-productiva, después de haber entregado una parte considerable de las utilidades a la colectividad, el resto se reparte como beneficios entre los participantes en la empresa, o si en una empresa estatal pura se paga a los trabajadores un salario correspondiente más elevado. En el caso límite de una empresa estatal pura que (precisamente como lo han hecho ya algunas empresas capitalistas) diera a sus trabajadores, como salario estable, una parte de las utilidades producidas por la empresa en forma de "participación en las utilidades", desaparecería incluso esa diferencia técnica, y entonces socialización directa e indirecta, en lo que se refiere a la distribución de las utilidades de la producción, conciden plenamente.

II. La participación en la gestión (democracia industrial). Se llega a un resultado en parte diferente si se consideran ahora las diversas

formas de la socialización también desde otro punto de vista: ¿qué ocurre con la subdivisión del dominio del proceso de producción? En las empresas estatales que han existido hasta ahora, así como en las empresas comunales y en empresas productivas asociadas a cooperativas de consumo, el trabajador como tal, igual que en la empresa capitalista privada, estaba en general sustancialmente excluido de la codeterminación en el proceso de producción. Los trabajadores de dichas empresas no tenían una influencia inmediata sobre ninguna de las decisiones con que se crea la gestión de las empresas industriales:

1] ni sobre la decisión de qué cosa se debe producir, es decir qué determinada mercadería o prestación de servicio debe ser dada a los consumidores;

2] ni sobre la decisión acerca del tipo y el modo en que debe desarrollarse la producción, es decir la elección del material y del proceso de trabajo y de los instrumentos de trabajo humano;

3] ni, finalmente, sobre la elección de las condiciones en que esos instrumentos de trabajo deberán ser usados (temperatura, ambiente, disposiciones sanitarias, intensidad y duración del trabajo, salario, etc.).

Todo eso lo decidía más bien el encargado del propietario –fuese público o privado– de los medios de producción, como único amo de todo el proceso de producción. Sólo indirectamente, a través de la lucha política y a través de la lucha específica de trabajo, es decir con la conquista de reglamentaciones jurídicas y de contratos de trabajo colectivos, podían hasta ahora los trabajadores ejercer una acción sobre las condiciones de trabajo (véase el punto 3), y quizás también sobre la elección del proceso de trabajo (véase el punto 2), en la medida en que influían sobre las condiciones de trabajo. Fuera de la empresa, como ciudadano y como miembro del sindicato, el trabajador se hallaba frente al representante del patrón en cierto modo con iguales derechos; en la empresa este último era amo y el obrero esclavo, dotado, en el mejor de los casos, incluso en empresas con un derecho del trabajo socialmente ejemplar, del derecho de que su comité (comité de los trabajadores, comité de empresa) debiera "ser escuchado" por la dirección con respecto a sus propias demandas.

Por el contrario, en la socialización directa cada obrero que toma parte en la producción se convierte automáticamente en patrón junto con los demás en la administración de la empresa.

Ya no es más esclavo asalariado, sino patrón colectivo de toda la producción.

Parece pues que en este sentido la socialización directa es decididamente preferible, desde el punto de vista del movimiento obrero, con respecto a las diversas formas de la socialización indirecta (de ahí la enorme fascinación que inevitablemente ejerce la idea del moderno "sindicalismo" europeo-occidental: "las minas para los mineros", "los trenes para los ferroviarios", precisamente para los simples trabajadores de fábrica que sólo ven con sus propios ojos lo que tienen cerca).

Sin embargo esta preferencia vale sólo mientras la empresa socializada en forma indirecta sigue ligada a la forma antidemocrática, producida por el capitalismo, de la organización empresarial. Pero esto no responde en absoluto a su esencia. Incluso empresas capitalistas privadas, como veíamos antes, han aceptado con frecuencia ya en tiempos pasados, prerrevolucionarios, el principio de la "participación en las utilidades"; y vemos justamente en estos momentos, en el proceso más reciente, inconteniblemente progresivo de la revolución, iniciado con la ley del servicio auxiliar de 1916, cómo en la gran mayoría de las empresas, administradas por lo demás en forma capitalista, el capitalista se ve irresistiblemente obligado a conceder una fuerte participación en la gestión a todo el personal de la empresa. ¡Cuánto más fácil será este proceso organizativo en la empresa no ya capitalista, sino socializada, es decir en la empresa estatal, comunal o de cooperativa de consumo!

Una influencia decisiva sobre la determinación de las condiciones de trabajo (véase el punto 3), una participación en la decisión sobre el modo y el tipo de producción que se debe desarrollar (véase el punto 2), y una voz al menos consultiva sobre la naturaleza y la cantidad de bienes de consumo a producir en una empresa (véase el punto 1): todo eso puede ser asegurado al trabajador también en la empresa estatal, comunal o de cooperativa de consumo. Pero no se le podría dejar, aun en la socialización directa (sindicalización), un poder ulterior sobre el proceso de producción, porque la totalidad de los consumidores del mundo obrero no debe ser dejada a merced de una sola empresa (o de un solo ramo de producción). Ni siquiera la fábrica individual autónoma o la unión nacional de los productores de determinado ramo industrial que la preside podrían tener un poder ilimitado para decidir qué y cuánto producir en esa industria (véase el

punto 1); la decisión normativa sobre ese problema pertenece a la totalidad del pueblo que produce y consume. De modo que también aquí llegamos, por distintos caminos, al mismo resultado ya sea que extendamos ulteriormente la esfera del poder del trabajador asalariado, en sí privado de todo poder en la empresa, o bien que delimitemos ulteriormente la esfera del poder del trabajador, único patrón en la empresa autónoma. Cuán grandes deben ser en realidad las disposiciones de poder del productor en el proceso productivo, es un problema que no depende para nada de esta construcción teórica, sino de la energía con que los trabajadores mismos sepan garantirse la realización de su derecho a participar en el dominio del proceso de producción. También aquí se da un gran adelanto si de la lucha por el dominio de la producción se elimina como tal al capitalista que no trabaja, que sólo hace de patrón. Pero también aquí, después de la eliminación de este miembro intermedio, aparecerá en primer plano el conflicto verdaderamente decisivo de los intereses. No ya trabajador contra dador de trabajo, sino comunidad de productores contra comunidad de consumidores; así se opondrán las partes en este conflicto que seguirá existiendo.

Conclusiones

Se llega al resultado de que aun en relación con la subdivisión del poder sobre el proceso de producción, desde el punto de vista de los trabajadores, ni la forma indirecta de la socialización ni la directa merecen preferencia. Ambos caminos deben ser recorridos el uno junto al otro. Pero es preciso exigir siempre que se asegure al obrero en las empresas socializadas del modo que sea, además del salario y la eventual distribución de utilidades, también una medida adecuada de participación en la gestión. La participación en las ganancias sin participación en la gestión es, desde el punto de vista del movimiento obrero, sólo una ilusión inútil; se entrega al trabajador inerme a un cálculo de las utilidades, sin que él tenga la posibilidad de ver sus bases. Una participación adecuada en la gestión y en el dominio de la producción hace del esclavo asalariado el ciudadano del trabajo en posesión de todos los derechos, ya sea que reciba su parte de las utilidades de toda la producción o bien en parte en forma de un salario horario o semanal. Lo principal no es bajo qué nombre recibe los beneficios de su trabajo, sino que éste le sea realmente

pagado por entero. Para que esto ocurra él puede actuar ya sea indirectamente a través de la lucha política o económica, o bien directamente a través de su participación por medio de consejos y decisiones (consejos de fábrica, asambleas de fábrica) en la gestión de la empresa en general y en la determinación de las condiciones de trabajo en particular.

Toda socialización que quiera reconocer los intereses de la clase productora, de la clase obrera, debe pues, más allá de las diversas formas en que se ponga de manifiesto, realizar esta única reivindicación: participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, como gestión por parte de los obreros de sus propias atribuciones y como cooperación de los trabajadores en la decisión sobre el modo y el tipo en que la demanda de producción hecha por la colectividad debe ser realizada en la empresa productiva. La clase trabajadora que se autogestione podrá decidir por sí misma con esta justa división de los poderes muchas importantes cuestiones que hasta ahora han quedado sin solución, porque no podían ser resueltas en forma satisfactoria por ninguna otra instancia. Pienso, sobre todo, en el problema de los criterios según los cuales la totalidad de los trabajadores que forman parte de la empresa (director, empleados, obreros) subdividirá todas las utilidades disponibles para el propio trabajo común entre los diversos grupos de trabajadores, en el problema de qué principio seguir en la realización de la exigencia de Mill de una "igual participación de todos en las ganancias de la colectividad de trabajo". También aquí falta un modo de distribución justo y universalmente reconocido. Se ofrecen los principios de la simple igualdad, la idea del "igual salario por igual trabajo", incluso la exigencia de respetar la diversidad de las necesidades (aprendices y padres de familia). Sólo aquellos cuya conciencia de los derechos y cuya conciencia ética deben ser satisfechas, pueden con razón decidir en la mejor forma qué principio debe ser aplicado en las diversas circunstancias. Su propio interés en la prosperidad de la empresa por un lado, y su sentido de solidaridad con los hermanos obreros por el otro, serán para ellos una guía segura en el camino de esta decisión.

El problema de la socialización antes y después de la revolución*

Se puede afirmar sin duda alguna que hasta el momento de acceder al poder político la socialdemocracia alemana se preocupó bien poco por encontrar una fórmula positiva para la organización socialista de la economía nacional, es decir, por la organización. En el rechazo de cualquier posible esfuerzo de cara a una clarificación del problema de la fisonomía que habría de ostentar realmente el futuro mundo socialista como un "utópico" comenzar por el final cifraba, efectivamente, el partido del "socialismo científico" todo su orgullo; el ulterior desarrollo de las relaciones de producción desde el estadio de la propiedad privada al de la "socialización" tenía que discurrir, con la (mal entendida) teoría de los maestros, por sí mismo, sin intervención nuestra. Como es obvio, los enemigos del socialismo tampoco estaban en condiciones de ocuparse científicamente de los problemas planteados por la edificación del futuro estado socialista; en sus rasgos fundamentales consideraban el mundo de la economía privada, tal y como se lo habían encontrado, a la manera de algo dado de una vez para siempre, hasta el punto de que ni siquiera hoy, y por mucho que ésta tenga lugar ante sus propios ojos, aciertan a creer en la demolición del viejo mundo, considerándola simplemente como la visión terrible, pero por fortuna pasajera, de un mal sueño.

Resulta, pues, hasta cierto punto natural que incluso en nues-

* *Arbeiter-Rat*, 1919.

tro más riguroso presente falten casi por completo, tanto en la teoría socialista como en la antisocialista, conceptos claros acerca de lo que positivamente se entiende como "socialización de los medios de producción". La inmensa mayoría se ha dado por satisfecha con el conocimiento negativo de que la socialización equivale a la supresión, eliminación, superación de la "propiedad privada" o del "capitalismo", preocupándose bien poco de la nueva relación destinada a ocupar el lugar de la abolida propiedad privada.

Sólo unos pocos teóricos y prácticos del socialismo se fueron esforzando por acceder también, frente al dogma aceptado, a un conocimiento *positivo* de las propugnadas formas sociales de cuño socialista, llegando a conclusiones tan totalmente diferentes entre sí, que no puede menos de resultar difícil considerar puntos de vista tan opuestos como manifestaciones de una y la misma línea política fundamental. La mayoría de ellos identificaron, sin más, "socialización" con "estatalización", pensando asimismo con mayor o menor nitidez que, como "es obvio", el "estado" de la era socialista, llamado a regular producción y consumo de manera íntegra y unitaria, habría de ser un estado totalmente diferente del anterior "estado clasista". Frente a esta "concepción de un socialismo de estado" (ampliamente difundida, como es sabido, en los círculos socialdemócratas) se ha perfilado la concepción cooperativista, que cifra la socialización única y exclusivamente en la libre unión de la comunidad abierta a una economía de consumo de cuño cooperativista, respetando las empresas estatales o municipales solamente a condición de que adopten formas cooperativistas, es decir, propias de una economía de consumo y se liberen de manera progresiva del carácter de obligatoriedad por el que hoy vienen informadas; todo ello como satisfacción aproximativa, al menos, de su ideal.

Llegada la hora del socialismo se percibe con toda claridad que sin una transformación radical ninguna de estas formas es capaz de implantar satisfactoriamente esa rápida "socialización" del conjunto de la vida económica que de manera irreprimible exige la gran masa de la población obrera. Es por completo evidente que con la "cooperativa" no hay que contar a este respecto; el verdadero espíritu cooperativista sólo puede ir tomando cuerpo con el paso del tiempo. La gran masa de los obreros aún no poseídos de este espíritu todavía no está madura para la toma y explotación de fábricas y demás empresas industriales y agrícolas en régimen cooperativista; en la nueva organización su producti-

vidad no sería la misma, y ni siquiera encontrarían las nuevas condiciones laborales tan satisfactorias como la vieja relación de trabajo asalariado a que están acostumbrados. En cuanto a la estatización o municipalización global e inmediata hay dos objeciones de peso que deben ser consideradas: allí donde las viejas formas estatales aún no han sido "trituradas", la "empresa estatizada", no existiendo todavía los fundamentos espirituales del nuevo orden, sólo puede equivaler a dominio de la burocracia, esquematismo, anulación de la iniciativa y del gusto por la responsabilidad, multiplicación del mando, rigidez y parálisis. Entregar las anteriores –por lo menos hasta la guerra– creaciones florecientes de la economía libre y sindicalizada a este mecanismo no sería realizar el socialismo, sino acabar con los supuestos económicos previos, de manera indiscutible, a toda transición a una economía colectiva de cuño socialista; equivaldría, en definitiva, a someter la economía enferma a una cura tan contraria a sus necesidades reales que con la enfermedad se liquidara al mismo tiempo el cuerpo enfermo de la misma. Pero aun cuando esto no ocurriera seguiría siendo posible oponer a la estatización una objeción todavía mucho más importante. Aun en el supuesto de que la "estatización" no involucrara la parálisis de las fuerzas productivas, no por ello accederíamos en virtud de la misma *al* socialismo que anhela el pueblo trabajador. La urgente aspiración de las masas a obtener algún tipo de compensación espiritual a esa increíble carencia de libertad que padece el obrero individual en las grandes empresas no puede ser satisfecha –en las modernas relaciones de producción de la gran industria– con un simple cambio de empresario; mediante este recurso, el obrero como tal no gana en libertad, su forma de vivir y trabajar no se humaniza más porque el director-gerente nombrado por los propietarios del capital privado sea sustituido por un funcionario nombrado por el gobierno estatal o por la administración municipal. De ahí que en la conciencia de amplios círculos de obreros haya ido siendo progresivamente sustituida la vieja teoría socialista de acuerdo con la cual debe conquistarse primero, con ayuda del voto, el "poder político" estatal y consumarse después "la transmisión de los medios de producción a la colectividad" mediante medios legales, o sea bajo la forma esencialmente de estatización y comunalización, por una imagen de todo punto diferente de la naturaleza de la "socialización" exigida por el socialismo moderno. Puede muy bien afirmarse que a esta altura de los tiempos ningún plan de socialización, tenga el aspecto que tenga, será

aceptado como expresión satisfactoria del pensamiento socialista de no dar amplio curso, de una forma u otra, a la idea de la "democracia industrial", esto es a la idea del control directo y de la determinación conjunta en todas y cada una de las ramas industriales –cuando no en cada una de las empresas– por parte de todo el personal que interviene en el proceso laboral y mediante órganos propios, determinados por él mismo. Cuando hoy se pide "socialización", detrás de esta palabra late algo más que la mera exigencia de traspaso de los medios de producción a la propiedad de la colectividad o su sometimiento a un "control desde arriba". Antes bien ha de intentarse junto a este control desde arriba, cualquiera que sea la forma de su realización, un "*control desde abajo*" no menos efectivo, un control posible gracias a la determinante y general participación de la propia masa trabajadora (obreros manuales e intelectuales) en la administración de las empresas o en el control de esta administración.

De manera, pues, que en la exigencia actual de "socialización" están contenidas *dos* exigencias orgánicamente complementarias, tendientes a obtener una auténtica restricción de la anterior "economía libre"–"libre" para los capitalistas, para los propietarios privados de los medios de producción, desde luego, pero en modo alguno para la inmensa mayoría de no propietarios, para los que no pasaba de representar una falta de libertad especialmente opresora. En primer lugar, se insiste en la necesidad de sustituir de manera creciente la regulación de la producción de bienes de acuerdo con el libre arbitrio de un número más o menos reducido de empresarios capitalistas por una administración planificada de la producción y distribución por parte de la sociedad. En segundo lugar, en cada una de las ramas industriales, y, dentro de ciertos límites, hasta en cada una de las empresas, ha de ser inmediatamente anulado, incluso antes de la plena puesta en funcionamiento del control desde arriba, el exclusivo dominio de la clase empresarial capitalista. Los dueños de las empresas, responsables hasta ahora sólo ante sí mismos y quizás ante sus acreedores, han de convertirse en los primeros servidores de sus empresas y deben rendir cuentas de su gestión a la masa de obreros y empleados que constituyen el personal de las mismas.

Desde luego, no deja de ser cierto que a diferencia de lo que algunos parecen creer hoy, con la inmediata y general realización de semejante "control desde abajo" no se alcanza una socialización auténtica, real y plenamente válida de la vida económica, es

decir, una ordenación "socialista" de la sociedad, ya que para ésta resulta imprescindible la elaboración y puesta en práctica de un plan económico general. Mediante la inmediata entrada en vigor de dicho control desde abajo la producción entera deja de ser, no obstante, asunto privado de los diversos explotadores individuales de la producción para convertirse en asunto colectivo de todos cuantos intervienen en ella, pasando así el "esclavo asalariado" del viejo sistema a ser, de golpe, el "ciudadano obrero" de un estado social de derecho, dotado de codeterminación.

El camino de la realización a un tiempo segura y rápida de estas *dos* exigencias contenidas en el lema de la socialización, la de un control desde arriba (por la colectividad) y la de un control desde abajo (por los inmediatamente implicados en el proceso de producción) no es otro, hoy, que el representado por el tantas veces citado y tan escasamente comprendido "*sistema de consejos*". Únicamente así y con la condición inexcusable de que éste sea realmente configurado de acuerdo con los principios básicos impuestos por su doble tarea, será posible lograr que el control desde abajo y el control desde arriba no entren en conflicto y puedan ser utilizados el uno contra el otro por un empresariado temeroso de cualquier tipo de control; únicamente así será, por el contrario, posible una coordinación armoniosa de ambos en la lucha contra ese enemigo común cuya progresiva sustitución hay que ir consiguiendo y en la edificación orgánica de una economía global perfectamente regulada. En este mismo lugar nos ocuparemos, en otra ocasión, de las consecuencias que de esto se desprenden para la estructura de una construcción consiliar plenamente adecuada a sus tareas económicas y políticas.

El programa de socialización socialista y sindicalista*

Si se *examina el desarrollo total del programa de acción socialista* a partir del momento de la revolución, se debe admitir que las nuevas ideas constructivas que aquí tomaron forma no provienen en realidad de la teoría socialista en sentido estricto, tal como fue elaborada por los socialistas marxistas de Europa central desde la muerte de Marx. Nos encontramos más bien en gran medida con ideas que provienen de una teoría en su origen relacionada con Marx, pero que desarrolla sus tesis en una dirección totalmente distinta: se trata de la teoría socialrevolucionaria del "sindicalismo", poco conocida entre nosotros pero muy difundida en Europa occidental. Dicho "sindicalismo" ha influido primero en el bolchevismo ruso en el momento en que éste intentó llevar a la práctica el marxismo; en la actualidad influye de manera análoga en el socialismo y en el comunismo alemán allí donde éstos llegan a la importante conclusión de que el momento nodal de la lucha revolucionaria por la socialización se encuentra no ya en el ámbito de la política estatal sino más bien en el económico, de que la monopolización del comercio, la nacionalización de la producción, el socialismo comunal y los restantes "medios políticos" no son suficientes por sí solos "para mejorar la suerte de la clase obrera, para elevar su espíritu y para aumentar la pasión por el trabajo". Este resultado se obtendrá, una "socialización" suficiente en el sentido de la clase trabajadora y productiva podrá

**Der Sozialist*, 1919.

realizarse sólo en el momento en que los obreros, siguiendo la vía de la socialización directa, lleguen a ser los protagonistas de la producción con pleno derecho. Ninguno de los "medios políticos" para la liberación de la clase obrera de la explotación capitalista, a los que en un primer momento la teoría socialista se refirió de modo exclusivo, está en condiciones de conducirnos *al* socialismo al que aspiran las masas de trabajadores. El impulso de las masas hacia cualquier compensación psíquica para contrarrestar la tremenda falta de libertad del obrero individual de la gran empresa, subordinado a las modernas relaciones de producción de la gran industria, no puede ser satisfecho por un simple cambio del dador de trabajo. La clase de los obreros –que es la única productiva– no se vuelve más libre, su modo de vida y de trabajo no se humaniza más por el hecho de que al director nombrado por el poseedor del capital privado lo suceda un funcionario nombrado por el gobierno o por la administración comunal. De ese modo, en la conciencia de vastos estratos de la clase obrera la vieja teoría socialista que primero se proponía conquistar el "poder político" en el estado a través de la boleta electoral, para después decretar el "pasaje de los medios de producción a la colectividad" a través de medios legales, o sea, en esencia, a través de la nacionalización y la municipalización, ha sido suplantada por otra concepción de la naturaleza de la "socialización" exigida por el socialismo moderno. Se puede afirmar que actualmente un plan de socialización, cualquiera que sea el modo como se presente, no será aceptado como realización satisfactoria de la idea de la socialización, si tanto una como otra forma no tienen en cuenta en gran medida la idea de la "democracia industrial", es decir la idea del control y de la administración directa en cada rama de la industria, si no directamente en cada una de las empresas, por parte de la colectividad de los que participan activamente en la actividad productiva de la empresa y por parte de los órganos que la misma elige. Si hoy se reivindica la "socialización", detrás de este término no está sólo la exigencia general y abstracta de la transferencia de los medios de producción a las manos de la colectividad. La exigencia de socialización se resume más bien en la reivindicación más concreta de que tal transferencia de los medios de producción a manos de la colectividad tenga lugar de modo tal que en todas partes la masa de los trabajadores participe directamente y de manera determinante en la gestión de las empresas, o por lo menos en el control de tal gestión.

Tan importante como esta convergencia entre sindicalismo y

moderna teoría socialista (y comunista) es su radical diversidad y su insuperable contraposición respecto de otro problema: en ninguno de sus más importantes seguidores, es decir radicales, espartaquistas y comunistas en Alemania, y desde luego en ninguno de los máximos exponentes de los "bolcheviques" rusos, se encuentran rasgos de recaída en las veleidades anárquicas que se manifiestan en la segunda concepción fundamental de la teoría sindicalista: la concepción del "socialismo antiautoritario". Lejos de soñar con el retorno a las formas de producción más simples y naturales de un piadoso pasado, los representantes más decididos del socialismo y del comunismo modernos están completamente imbuidos de la convicción marxista de que en la época socialista la *gran industria mecanizada* generada por el desarrollo de la época capitalista, junto con todas sus inevitables consecuencias, no sólo será conservada sino que deberá desde luego ser ampliada y perfeccionada técnicamente. En efecto, sólo ella ha encaminado el desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas sin el cual ni la economía capitalista, ni mucho menos el sistema más elevado de la economía colectivista socialista, pueden asumir sus tareas económicas. Pero la *inevitable* consecuencia de toda gran industria mecanizada es la subordinación y la falta de libertad; también en este punto, en directa contraposición con el "socialismo antiautoritario" de los "anarcosindicalistas", los defensores del socialismo moderno han aclarado irrevocablemente y en profundidad sus ideas. Toda gran industria mecanizada es, en efecto, trabajo organizado, y trabajo organizado quiere decir subordinación continua de todos los que participan en el trabajo, a la voluntad unitaria de la dirección. Precisamente el máximo portavoz del bolchevismo (Lenin) no se cansa de subrayar que "para el éxito de los procesos de trabajo organizados según el tipo de esta gran industria mecanizada, es absolutamente necesaria la *subordinación sin objeciones* de centenares y miles a una voluntad individual". También en la "democracia industrial" plenamente realizada de la época socialista se debe por tanto aplicar, incluso aplicar mucho más sólidamente, un principio: *durante el trabajo* la masa de los trabajadores debe estar pasivamente subordinada a quien dirige el proceso de producción (el cual a su vez obedece las leyes de la máquina); éste es el único autorizado a tomar decisiones. Pero quién debe desempeñar esta función y por cuánto tiempo, lo decide la democracia obrera soberana de la sociedad socialista, lo decide en las asambleas de empresa que se realizan en cada fábrica y en el sistema de los consejos de los obreros de la industria

estructurados de abajo hacia arriba; lo decide en plena libertad reservándose el derecho de cambiar en todo momento la decisión tomada. De ese modo, a través de la indispensable liberación de los hombres activos en la producción, se nos asegura que no se acarree ningún perjuicio a las leyes económicas de la forma de producción más moderna y provechosa. La máquina, sin embargo, y con ella todo el mecanismo vital del trabajo y de su organización, debe dejar de esclavizar al hombre. Los hombres que desempeñan su función dentro del mecanismo basado en las máquinas no deben ser instrumentos carentes de voluntad, sino que deben en cambio poder afirmar su humanidad a través de la viva conciencia del hecho de que, aun sirviendo individualmente al que controla el mecanismo total como si fuesen sus engranajes, en su totalidad son patrones del mecanismo y de quien lo guía. Ésta es la democracia industrial, ésta es la real propiedad colectiva sobre los medios de producción y, por lo tanto, el verdadero "socialismo". Ésta es, al mismo tiempo, la realización de esa parte de las reivindicaciones obreras "sindicalistas" que en el actual nivel del desarrollo económico y social puede ser efectuada sin recaer en formas de producción económicamente atrasadas.

La división del trabajo en manual e intelectual y el socialismo*

I

El Programa de la Internacional Comunista, aprobado en Moscú en marzo de 1919, "quiere sustituir la división entre trabajo manual e intelectual practicada por el capitalismo, por su unificación, y de ese modo aunar ciencia y trabajo". Con una intención análoga, ya el viejo *Manifiesto comunista* de Marx y Engels reclama, además de la educación pública y gratuita de todos los niños, "la unificación de la educación con la producción material".

Hablar en este momento, en los términos en los que se entiende hacerlo, de tales problemas –problemas que tal vez implican los aspectos últimos de la revolución social y cultural– puede aparecer en gran medida inactual, si no directamente perjudicial desde el punto de vista de la revolución. La más importante novedad en la restructuración política ocurrida después de la Revolución de Noviembre consiste precisamente en la circunstancia de que finalmente los trabajadores del brazo, los "obreros" que trabajan físicamente y los que trabajan intelectualmente se encuentran unidos en una alianza política. Es en primer lugar la realización de esta alianza la que decidirá si la inevitable socialización de nuestra vida económica podrá efectuarse siguiendo la vía de una transición en apariencia pacífica, continua y en cierto sentido orgánica, o si en cambio entre el viejo sistema ya incapaz de vivir y el nuevo sistema todavía no realizado se insertará un interregno de terror, un período de hechos de violencia "económicamente

* *Arbeiter-Rat*, 1919.

insuficientes e insostenibles", pero "inevitables", como medio de trastocamiento de todo el modo de producción. La primera posibilidad se da si empresarios e ingenieros, docentes y científicos, todos los cuales viven no ya de la posesión de los "medios de producción" sino de los beneficios de las propias prestaciones intelectuales, dejan de sabotear el mundo del trabajo que sustituye al viejo mundo de la propiedad y se unen a los trabajadores proletarios reconociendo su interés común. La segunda alternativa es inevitable si todos los "ingenieros y especialistas" del viejo sistema y todos los que hoy en base a su talento, su educación y su anterior posición poseen una visión total de los nexos de la vida económica, se oponen al curso de la historia y, como en el pasado, en la dura lucha que enfrenta a la clase obrera privilegiada de los dominantes y la clase obrera sometida, se inclinan electoralmente y en toda su actividad práctica en favor de la parte dominante.

Ellos han estado mucho tiempo, demasiado, del lado equivocado, en particular entre nosotros en Alemania. Incluso en las jornadas de noviembre pasaron efectivamente por encima de posiciones revolucionarias: de belicosos defensores de la patria y de conquistadores del mundo se transformaron en pacifistas y en antimilitaristas convencidos... pero no en socialistas. Por lo demás, ¿qué sabían del socialismo? Breitscheid nos dice que cuando asumió el cargo, en el Ministerio del Interior prusiano encontró una lista de obras históricas y económicas cuya lectura se aconsejaba oficialmente a los jóvenes juristas que entraban en la administración. A la cabeza de esta lista estaba la *Historia alemana* de Treitschke, y junto a ella, los *Fundamentos* de Chamberlain, de triste memoria. En toda la lista no se encontraba nada, absolutamente nada de toda la literatura del movimiento socialista que está conmoviendo el mundo, excepto la minúscula *Quintaesencia* de aquel Schäffle muerto hace ya mucho tiempo. Conclusiones análogas acerca de la naturaleza de la formación política de estos ambientes se pueden extraer de la circunstancia de que en este Ministerio del Interior, hasta el momento de la revolución, hubiera existido una "comisión" cuyas competencias se definían con simplicidad y claridad en cuatro palabras: "socialismo, anarquismo, espionaje y alta traición". Hechos análogos se podrían referir respecto de una serie de otras oficinas. En toda la vida pública del estado alemán, en la medida en que era vida oficial, es decir, "burguesa", acerca de lo que el socialismo –además del hecho de ser "apátrida– realmente quería y hacía, imperaba una

ignorancia que hoy parece casi increíble e inimaginable. Era ésta precisamente la atmósfera en la que crecía el "trabajador intelectual" alemán, el alumno del sistema burgués alemán, el frecuentador de las escuelas secundarias, de las profesionales y de la universidad, una atmósfera a la que no podían sustraerse salvo en el caso de particularísimas circunstancias individuales. Allí formaba su sentido del gusto, su comportamiento y toda su personalidad, su modo de presentarse, de ser, de sentir, de pensar, y por lo tanto también su comportamiento social, su juicio político y su voluntad social, política y cultural.

No debemos asombrarnos si este trabajador intelectual, frente a la presión de las corrientes socialistas que en el curso de los últimos años se ha vuelto sensible, pudo como máximo sentirse amenazado en su existencia, rechazado por el "materialismo" de la clase obrera y si no ha sabido ver en las ideas de esa clase nada que lo involucrase directamente. Por lo demás, se han cometido errores de una y de otra parte. La obra de difusión y toda la obra de agitación del socialismo dirigida hacia los problemas cotidianos ha insistido excesivamente sobre el derecho y sobre la potencia del brazo fuerte y de la mano callosa. En efecto, no reconocía como "trabajo" el que podía ser realizado sin polvo, humo y hollín y sin esfuerzo físico, vistiendo correctamente dentro de un estudio, de una oficina o de un laboratorio. El que desempeñaba una actividad de este tipo y sentía inclinación sólo por la misma, debía temer no poder sustraerse de algún modo, en el "estado-penitenciario" del futuro socialista, a la suerte de prestar un trabajo físico en mameluco y dentro de una fábrica humeante, día tras día durante toda la vida, si quería sobrevivir. Su preferencia antes que por esta "justicia" del futuro por un presente del que tal vez había reconocido la injusticia, sería totalmente humana. ¡En realidad, su ataque al ordenamiento social existente era muy profundo, dado que, convencido como estaba de la necesidad de su participación para el funcionamiento del conjunto, no estaba sin embargo en condiciones de tomar conciencia de las injusticias evitables incluso en el seno del orden actual de las cosas!

Si actualmente numerosos "empleados" de grado medio y alto en los bancos, en el comercio y en la industria, profesionales liberales y otros "trabajadores intelectuales" tienden la mano a sus hermanos que visten el mameluco sucio, y si la solidaridad de intereses que liga a los "trabajadores del brazo y de la mente" es

afirmada constantemente por ambas partes, en la base de este cambio de actitud no hay tanto una "conversión" interna o una transformación del modo de pensar, sino más bien una situación que ha cambiado profundamente desde el punto de vista *práctico*. La "revolución", el hecho de que en la extraordinaria alteración de todas las relaciones cristalizadas producida en el quinquenio transcurrido, el trabajador de la mente, habituado con toda naturalidad a pensar en términos burgueses, haya sido excluido de su ambiente y de su modo de vida habitual, no ha bastado por sí mismo para coordinar de modo nuevo el trabajo intelectual con el trabajo manual; lo han probado con mucha claridad las primeras semanas posteriores a noviembre y las elecciones de enero. Sólo la noticia, difundida progresivamente pero de manera generalizada, de que incluso un Lenin –después del intento inicial de pagar por las prestaciones intelectuales de nivel alto un salario igual al fijado para el trabajo manual común– se había visto obligado a un comportamiento distinto y hoy está dispuesto a pagar hasta 100 000 rublos y más los servicios prestados por los ingenieros y por los especialistas, por los científicos y por los expertos del país y del extranjero, sólo esta noticia ha puesto fin al temor muy difundido en el pasado de que en la futura sociedad socialista no habría lugar para el trabajador de la mente. Ahora, en efecto, se ha visto en la práctica que a los trabajadores intelectuales acreditados por el viejo sistema el socialismo no sólo les ha mantenido sin cambio la antigua función, sino que incluso les ha concedido, precisamente como lo hizo ahora el capitalismo, una posición económica privilegiada. Hoy entre nosotros, en Alemania, todos los dirigentes del socialismo radical y revolucionario subrayan con fuerza y frecuentemente que en nuestro país los errores de Lenin se evitarán desde el comienzo y que por lo tanto en la construcción de la nueva economía socialista se tendrá desde el primer momento respecto de los trabajadores intelectuales un tratamiento adecuado a su importancia. Dadas estas circunstancias, no sería necesaria una profunda transformación del modo de pensar, porque hoy en Alemania los trabajadores de la mente y del brazo se unificarían cada vez en mayor medida en un frente único.

El problema serio que se trata de afrontar aquí concierne, no obstante, al aspecto de si a partir de esta base en gran medida materialista puede realmente realizarse y llegar a ser fructífera la alianza libre y sincera, hoy necesaria al interés común de todos

los revolucionarios, entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre prestaciones intelectuales de alto nivel y trabajo simple (trabajo manual y trabajo de rutina), en síntesis, la alianza entre todos los productores contra todos los parásitos. En contra de una respuesta afirmativa a tal problema se levanta una serie de graves objeciones. Desde el punto de vista de uno de los aliados, es evidente a priori que "una medida de ese tipo es un compromiso, una desviación de los principios de la Comuna de París y de todo poder proletario, los que exigen una equiparación de las retribuciones según el salario del obrero y una lucha en los hechos y no sólo en las palabras contra el 'puestismo' ". Y también el otro miembro de la alianza, el trabajador intelectual, en un reordenamiento social de este tipo está expuesto a un serio peligro. En este fraterno abrazo entre trabajo intelectual y trabajo manual de algún modo se siente hoy que falta esa total franqueza que sería necesaria. Para estar en condiciones de ocupar su justo lugar en el nuevo mundo socialista, el trabajador intelectual debe comprender plenamente, antes que nada, el papel que desempeña y que todavía continúa desempeñando en la vieja sociedad. Debe darse cuenta de que en el mundo capitalista burgués, motivos reales y concretos lo inducen a sentirse más cercano en su modo de ser a la clase dirigente que a la clase obrera, tal como sucedía en el mundo feudal precapitalista. La cultura era un privilegio y el saber era poder; la actividad intelectual, y hasta el simple hecho de disponer de un cierto grado de intelectualidad (en tanto puro ser, ni siquiera en tanto actividad o prestación en cualquier forma tangible) era por lo demás sólo uno de los numerosos métodos a través de los cuales, en todas las épocas de la historia, determinados grupos intentaron sustraerse a la parte de trabajo socialmente necesario que recaía sobre sus espaldas. Uno de los grandes medios a los que se recurría (¡y se recurre todavía!) para ese fin, era el "servicio" militar, otro la propiedad y el comercio. La creatividad intelectual que transforma el mundo y las condiciones del trabajo en su seno, en lugar de comenzar con la asunción, en el mundo dado y en las condiciones dadas, junto a todos los demás, de la propia parte de trabajo constantemente necesario para la supervivencia de la colectividad, constituye la tercera de las mayores formas de "descargo de trabajo". (En toda época, junto a éstas, han existido otras, como la "prestación" de amor de la prostitución y las innumerables pequeñas estratagemas con las que la fértil fantasía del gran número de los ociosos

ha sabido asegurarse, en el transcurso de los tiempos, una vida parasitaria al margen del trabajo.)

II

Aquí no se propone sostener en absoluto que en el futuro mundo socialista las personas intelectualmente creativas deberán de alguna manera ser obligadas a desempeñar un fatigoso y desgastador trabajo manual o de rutina. Al contrario, precisamente en la fase de la sociedad socialista y comunista se alcanzará *por primera* vez el nivel de organización de la humanidad gracias al cual, a través de la colaboración voluntaria de la enorme mayoría, las necesidades vitales de cada uno serán satisfechas a punto tal que respecto del individuo indisciplinado no será siquiera necesario recurrir a la constricción, todavía necesaria en el período de transición, expresada en la fórmula "el que no trabaja no come". Sólo en este estado de la sociedad se podrán realizar la intelectualidad y la productividad realmente libres que hoy pueden afianzarse sólo en excepcionales casos individuales. Pero hasta que no se asegure el mínimo indispensable para que ambas puedan vivir de manera natural (ya que no sólo unos pocos individuos privilegiados, sino hasta clases enteras tienen la posibilidad de rechazar de uno u otro modo "por derecho" su participación en el trabajo productivo socialmente necesario y por lo demás para la satisfacción de sus necesidades suntuarias consumen gran parte de la fuerza de trabajo que debería servir antes que nada para la ejecución de trabajos socialmente necesarios), mientras se mantenga ese estado de cosas, será tanto menos peligroso hablar de una "división del trabajo" entre producción intelectual y trabajo manual común, que se resuelve en el hecho de que un hermano lustra los zapatos del otro mientras éste en ese tiempo se ocupa, en beneficio del primero, de los valores eternos.

No se trata pues de negar de algún modo el *valor* de la prestación intelectual productiva. Esta idea es del todo ajena al proletariado y proviene precisamente de la ideología *burguesa,* que reconoce sólo los estratos que de uno u otro modo pueden ser reencauzados al común denominador del *beneficio.* De esta relación entre la prestación intelectual y la manual se trata no obstante de eliminar totalmente la idea de la "división del trabajo". Entre María y Marta no existe división del trabajo: Marta cumple sola, en cambio, el trabajo de las dos. Y lo que María en cuanto persona puede y debe hacer en una situación totalmente excep-

cional sería, si fuera realizado por toda una clase de Marías en una situación común y de ninguna manera excepcional, un oficio divino posible sólo gracias a la explotación de la clase de las Martas.

También entre actividad intelectual y manual, en tanto ambas pueden ser "necesarias" en los diferentes significados del término, no subsiste, por lo tanto, ninguna "división del trabajo". La producción intelectual más elevada no es un "trabajo", y el "trabajador intelectual" que enajena su productividad a cambio de una compensación, no por esto se convierte en un asalariado. La clase actual de los trabajadores intelectuales se compone de dos partes totalmente heterogéneas. La primera y la más grande está constituida por elementos parasitarios en las tres cuartas partes, que en cualquier otro ordenamiento social distinto del actual deberían desempeñar un trabajo común, con el que serían mucho más útiles a sí mismos y a la comunidad de lo que lo son con su actual producción intelectual. La otra parte considerablemente más pequeña de los actuales trabajadores intelectuales es, en cambio, sólo un elemento de esa productividad de la naturaleza que sin ningún trabajo, por el simple hecho de existir y de crecer, produce sus frutos por necesidad interior. Al hacer las comparaciones, el proletariado demuestra un gran respeto por esta productividad natural del intelecto humano, como para humillarla ofreciéndole una retribución, como ha hecho el capitalismo desde sus orígenes, a fin de someter al uso privado también a estos espíritus selectos, así como a todas las otras cosas preciosas y maravillosas de nuestro mundo. Sólo en una situación de extrema dificultad como la que atraviesa Rusia hoy, y como la que tal vez haya en Alemania mañana, un poder estatal proletario deberá dar *un paso atrás* y atraerse, mediante el reclamo de unas remuneraciones especialmente altas, aquello que pueden rendir quienes no son sino los portadores de una fuerza valiosa e irrenunciable, y que de acuerdo con la severa exigencia de la idea sólo debería ser rendido a la manera de un regalo libre y voluntario. Pero aquellos "trabajadores de la mente" que se declaren solidarios con los trabajadores manuales sólo a condición de una parecida división del trabajo y de una paga astronómica, no están entonces en una libre y sincera relación de alianza con la clase obrera real. La suya es entonces, exactamente, la misma relación en que se encuentran respecto de la clase de los capitalistas. La alianza efectiva entre producción intelectual y material puede lle-

varse a cabo sólo siguiendo la vía de la superación de la tradicional "división del trabajo" burguesa entre producción manual e intelectual. Así como debe ser superada la división de clase entre capitalistas y asalariados, así también debe ser superada la contraposición de clase mucho más profunda entre los *trabajadores manuales que desempeñan sólo una actividad física* y los *trabajadores intelectuales eximidos de todo trabajo manual.* Para esto es necesario antes que nada la supresión de la retribución privilegiada del trabajo intelectual, apenas se supere la difícil situación del período de transición que impuso un considerable retardo de la práctica respecto de la idea. Sin embargo, es necesaria además la total abolición de esta forma burguesa de división del trabajo en general.

Mientras que la retribución privilegiada del trabajo intelectual una vez superado el primer período de transición, puede ser eliminada de modo relativamente rápido y simple, el objetivo más lejano, la supresión de la *clase de los trabajadores intelectuales*, a través de la unificación del trabajo manual con el trabajo intelectual, no se puede alcanzar de un golpe. Por ejemplo, no puede hacerse estableciendo a través de una ley de socialización universalmente válida en el curso de la primera sesión del parlamento socialista o del congreso de los consejos, que "quienquiera que sea hábil para el trabajo debe someterse a la obligación de contribuir con el trabajo común a la creación de todos los bienes de consumo necesarios para satisfacer las necesidades vitales". Se trata más bien de asegurar al intelectual una participación cada vez más elevada en la producción material y al obrero una participación cada vez más elevada en la vida intelectual, por medio de toda una serie de transformaciones que se integran entre sí en todas las actuales instituciones de la producción material e intelectual. A este fin es necesario, en primer lugar, la "combinación de la educación con la producción material" requerida por Marx, que obviamente no debe inducir a pensar sólo en la vinculación de toda educación con el trabajo productivo material, sino por el contrario también en la vinculación de todo trabajo productivo material con la educación. En la práctica, esto significa que por una parte, en todas las escuelas, la educación impartida en los cursos superiores se vincula al trabajo real de producción material en la industria y en la agricultura, y que por la otra también después del período de formación escolar, se tiende a asegurar a todos los trabajadores que tienen capacidad para ello una formación ulterior y continua. Sólo de este modo, y no limitándose a

garantizar con la institución de la "escuela única" el acceso a la tradicional formación intelectual burguesa a las clases pobres que hasta ahora han estado excluidas de la misma, se puede realizar una efectiva "socialización de la formación"; de monopolio de clase, la instrucción puede ser transformada en derecho colectivo de todos los que pertenecen al pueblo. Una formación tan "refinada" que su beneficiario se desmoronaría *si se le impusiese desempeñar durante una parte del día un trabajo manual común durante una pequeña parte de su vida* dejará realmente de existir salvo en casos individuales excepcionales. Por otra parte, no se trata tampoco de limitar la productividad intelectual de personas excepcionalmente dotadas imponiéndoles una cantidad excesiva de trabajo común y pesado, una vez que haya llegado a ser posible la sociedad socialista gracias a la total liberación de todas las *fuerzas productivas*, incluidas las intelectuales. Son innumerables las formas en que, con la distribución del trabajo socialmente indispensable entre los miembros de toda la sociedad, se puede asegurar la necesaria cantidad y oportunidad de una ulterior producción material e *intelectual* libre. Naturalmente, no se recurrirá tampoco al método de vincular uniformemente la obligación del trabajo material de todas las ramas profesionales y de todos los ámbitos de la producción a un tipo único de edad (¡según los criterios del "servicio militar" ya superados!) ya que eso implicaría precisamente la exclusión de este grupo de la participación en la producción intelectual de tipo más elevado. Sobre la base de las diferentes exigencias que cada uno de los ámbitos de la producción material planteen de por sí a los que allí actúan activamente, se asegurará de algún modo automáticamente la más rica multiplicidad y posibilidades de elección. Por otra parte, no será necesario tampoco repartir mecánicamente y en cantidades iguales entre todos las cuotas de participación en el común trabajo de producción. ¡En la comunidad socialista, en efecto, existirán una jornada individual de trabajo y una prestación de trabajo individual! Es necesario y también posible, sin perjuicio para la producción intelectual de tipo más elevado, que aquel que por necesidad interior realiza prestaciones intelectuales de tipo superior no debe por esto tener la posibilidad de sustraerse *a priori* de toda participación en el "trabajo" en sentido propio, impuesto a todos por la necesidad exterior de la supervivencia. Quizá sea eximido de ella en interés de la sociedad, no porque la contraprestación que él proporciona le garantice de por sí un derecho,

sino en la medida en que la sociedad está interesada en concederle tiempo libre para futuras prestaciones. Que puedan tener lugar también producciones intelectuales cuyo valor la sociedad presente no está en condiciones de apreciar, está asegurado –mañana más libremente que ayer– por la necesidad interior que impulsa a la creación a quien tiene la capacidad para ello. Siguiendo este camino, el socialismo del futuro se propone, pues, superar la división burguesa del trabajo en trabajo material y trabajo intelectual y, a través de la unificación del trabajo común con el intelecto, alcanzar un grado más elevado de desarrollo de la humanidad.

Aspectos fundamentales vinculados a la socialización*

> Los filósofos *no han* hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.
>
> *Karl Marx*

El término "socialización" comenzó a formar parte del lenguaje corriente sólo después de la Revolución de Noviembre. También había sido usado aisladamente antes. Por lo que pude comprobar, en 1875 lo utilizó por primera vez el insignificante filósofo universal Eugen Dühring, quien conquistó un lugar en la historia gracias a que Friedrich Engels lo hizo literalmente pedazos.[1] Pero ni en Dühring ni en otros escritos del período no revolucionario en los que hallamos el término "socialización" tiene el *particular* significado que hoy le atribuye la conciencia de las masas.

Las "socializaciones" de las que habla Dühring son perfeccionamientos del mundo motivados ideológicamente y cuando en otra parte se habla de socialización, la palabra significa el proceso de desarrollo histórico considerado en términos puramente teóricos, de una "socialización" que se realiza por sí, o bien algo todavía más distante del actual concepto revolucionario de "socialización", es decir el perfeccionamiento meramente reformista del estado existente, en el sentido de los ideales de política social que Eduard Bernstein y los suyos consideran como la realización del "socialismo".

* En *Arbeiter-Rat* y *Die Tat*, 1920.

[1] Cf. E. Dühring, *Cursus der Philosophie*, Leipzig 1875, capítulo VII: *Sozialisierung aller Gesamttätigkeiten*, y F. Engels, *Herrn Eugen Dühring Umwälzung der Wissenschaft* (escrito entre 1877 y 1878) [véase *Anti-Dühring o La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*]. En la literatura socialista de otros países encontramos relativamente pronto el término "socialización" en los escritos de los fabianos ingleses, un poco más tarde en una obra del belga Vandervelde, traducida al alemán por Südekum.

Con los tres elementos que hemos mencionado (mejoramiento utópico del mundo, consideración teórica de la historia, reformas de política social), contrasta radicalmente lo que hoy *existe como ideal de socialización* en la mente de los elementos revolucionarios organizados como clase. Para ellos el ideal de la socialización, si en un primer momento queremos aprehenderlo en su universalidad formal y no todavía en sus determinaciones particulares de contenido, significa antes que nada algo sustancialmente revolucionario. *La socialización es la revolución social,* es la idea socialista que se transforma en realidad a través de la actividad práctica, humana y sensible.

Con retraso, desconocida y mal entendida por muchos, incluso por quienes se consideran "marxistas", en nuestros días hace sentir sus efectos esa parte de la construcción teórica que es la concepción marxista del mundo, a través de la cual el socialismo como ciencia se transforma en socialismo como acción, como revolución, como "actividad crítica-práctica" o "praxis revolucionaria". Quien hasta ahora consideró la concepción materialista de la historia de Marx y Engels sólo como una particular *teoría* del conocimiento histórico que no compromete a *acción* alguna, hoy (¡finalmente!) está obligado a entender que debe aprender todavía los conceptos fundamentales del "socialismo científico" en el sentido de Marx y Engels. Para Marx, el conocimiento "materialista" del desarrollo social en contraste con el conocimiento materialista de la naturaleza, consiste desde el comienzo no ya en la comprensión puramente teórica de algo existente en forma de objeto o de concepción, sino más bien en la actividad subjetiva, humano-sensible, crítica-práctica, o sea en la actividad "revolucionaria".[2] En efecto, la organización de los elementos revolucionarios como clase presupone siempre "la existencia completa de todas las fuerzas productivas que tienen la posibilidad de desarrollarse en el seno de la vieja sociedad". Y el momento de la revolución social se produce sólo cuando se ha alcanzado un nivel en el que las "fuerzas productivas ya adquiridas y las instituciones sociales vigentes *no pueden* seguir coexistiendo unas junto a otras". Una vez que se llega a este momento, que se alcanza este nivel, entre todas las fuerzas productivas que hacen saltar el viejo

[2] A propósito de lo que sigue véanse en particular las once *Tesis sobre Feuerbach* de 1845, en las que fue formulada por primera vez y con insuperable plenitud la gnoseología de la voluntad revolucionaria que poco después fue expuesta con más detalle en la *Miseria de la filosofía*.

ordenamiento social "la fuerza productiva más poderosa es la misma clase revolucionaria". Una vez llegada su hora, las circunstancias externas del orden tradicional no se transforman por sí, sino sólo a través de la actividad humana. La contradicción entre las fuerzas productivas que han alcanzado un determinado nivel de desarrollo y las tradicionales relaciones de producción incluida su superestructura crean sólo las condiciones materiales para la asunción de una *tarea* respecto de la cual se debe comprender que puede ser asumida y que hay que tratar de asumir con la praxis revolucionaria. Sólo en esta unificación de teoría y praxis se concreta la nueva concepción científica del mundo en la que el espíritu de Marx ha fundido, en la *identidad del conocimiento y de la actividad material*, el conocimiento inactivo de la antigua ciencia social y la voluntad de acción carente de conocimiento del viejo utopismo. Así y sólo así se puede comprender que, en el instante histórico en que el edificio del viejo ordenamiento social capitalista cruje con fragor, destruido por el antagonismo que lo corroe, la *idea activa* de la socialización se apodere de modo impetuoso de los marxistas más verdaderos, de los socialistas más "científicos". Sólo así se comprende por qué el término "socialización", que en momentos todavía no maduros suena como acientífico y utópico, en la época revolucionaria pierde completamente lo que tiene de utópico; mientras que la concepción que desearía seguir considerando a la "revolución social" como un *desarrollo histórico* que se cumple casi de acuerdo con leyes naturales –en el instante en que puede ser concebida, entendida y resuelta sólo como *tarea práctica*– se manifiesta precisamente como ideología distanciada de la realidad.

Si a esta altura comprendemos que en una determinada época del desarrollo social, desde el punto de vista de la concepción "materialista" de la historia correctamente entendida, se vuelve indispensable que el socialismo científico en tanto "expresión teórica del movimiento proletario" pase con decisión de la actividad teórica a la crítica-práctica "revolucionaria" y que la teoría y la profecía socialista "debe probar en la práctica la verdad, es decir la realidad y la potencia, el carácter terrenal de su pensamiento" (Marx), ahora nos queda por analizar en qué medida y de qué modo, el socialismo científico de nuestro tiempo estuvo a la altura de su última y más importante tarea. Preguntamos: ¿en qué medida la teoría socialista de la "clase llamada a la acción", después de haberle "hecho tomar conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su acción" (Engels), le ha indicado también el

camino práctico para el cumplimiento de esa acción, le ha proporcionado al debido tiempo las *formas* en las que el *socialismo* puede llegar a ser praxis y realidad?

Si nos planteamos esta pregunta quienes hoy reivindicamos la herencia de Marx y Engels, sentimos un profundo sentimiento de vergüenza. Los pocos pensadores realmente revolucionarios que tuvo el proletariado alemán después de la desaparición de Marx y de Engels y que anunciaban la próxima necesidad de la acción como realidad viviente, debieron agotar sus mejores energías en la lucha contra los que cada vez en mayor número se servían todavía de fórmulas aprendidas de memoria y acusaban intolerantemente de herejía a cuantos en esa fase intermedia no revolucionaria rehusaban adscribirse a una profesión de fe puramente formal aun cuando en la práctica habían perdido hacía tiempo la confianza y la real disposición a la acción revolucionaria. Así se explica que en las obras de Marx y Engels encontremos muchos pasajes todavía hoy preciosos sobre la realización práctica del socialismo, es decir la "socialización", mientras que toda la literatura marxista del período sucesivo, hasta el bélico, no proporcionó contribuciones sustanciales a la ulterior elaboración de estos problemas prácticos. Durante el largo período de creciente estancamiento de la Segunda Internacional –un proceso primero imperceptible, que progresivamente se hizo más evidente–, la mayoría de los portavoces del socialismo revolucionario intentó en cambio preservar el carácter "científico" de la teoría marxista rechazando a priori por considerarlo una recaída en la ideología premarxista o en el utopismo, todo esfuerzo dirigido a aclarar el problema de cómo, a nivel del desarrollo económico y sociopsicológico alcanzado, sería posible realizar prácticamente la reivindicación socialista de la "socialización de los medios de producción". Tomamos como ejemplo las siguientes frases extraídas de la *Explicación de los aspectos fundamentales del programa de Erfurt de* Kautsky: "La socialdemocracia puede, por lo tanto, hacer *propuestas positivas* sólo para la sociedad actual, no para la futura. Las propuestas que van más allá no pueden basarse en *hechos* sino sólo en *presupuestos* imaginarios, y son por lo tanto fantasías, sueños que en el mejor de los casos no surtirán ningún efecto. Si su autor dispone de talento y de vigor suficientes para hacerles ejercer cierto efecto sobre los ánimos, tal efecto se limitará sólo a crear desorientación y a malgastar energías." Estas frases de Kautsky son totalmente obvias, tomadas en sí, son absolutamente correctas en cuanto nadie que haya retomado incluso sólo en

parte el espíritu de Marx puede esperar una solución cualquiera de puras y simples "propuestas". Totalmente distintas a estas propuestas y a estos proyectos inventados desde el inicio para resolver rápida y definitivamente la cuestión social –y el pasado año revolucionario volvió a traernos muchos– son las ideas de realización que resultan de la plena comprensión de la situación económica y psicológica total y de sus manifiestas tendencias de desarrollo. A través de tales ideas la ciencia anticipa individualmente la realidad social que está en vías de afirmarse y precisamente a través de esta anticipación intelectual plantea una de las condiciones del paso creativo de las antiguas a las nuevas formas del ser social e individual. Es cierto que el conocimiento científico puede asumir esta particular configuración sólo en la fantasía creativa de un *revolucionario* que ya en el pensamiento ha anticipado el pasaje del viejo al nuevo mundo. Precisamente el hecho de que Kautsky y cuantos le son cercanos no posean esta fantasía creativa, confiada, revolucionaria, explica su rechazo prolongado de toda idea práctica relativa al futuro, explica también el carácter desteñido –que no contenta a nadie y mucho menos a las masas que hoy ejercen una presión tan fuerte– de los programas de acción y de los planes de socialización que, aun dudando de su utilidad, elaboraron en distintas ocasiones antes y después de la Revolución de Noviembre. En definitiva, y recapitulando, se puede decir que incluso en pleno período de la guerra y de la revolución, el pensamiento socialista de la época pasada descuidó toda investigación sobre las formas de la construcción socialista y cada vez más fue presa de la convicción fundamentalmente no revolucionaria de que "el paso (de la sociedad capitalista a la socialista) debería producirse de un modo casi automático, dado que el desarrollo capitalista prepararía tan perfectamente el terreno a la sociedad socialista que se trataría sólo de modificar las relaciones de propiedad, mientras que la organización de la economía se podría utilizar tal como está para los nuevos fines".[3] Los pocos que consideraban peligroso y funesto este estado de creciente pasividad en la mayoría de los casos estaban fuera del movimiento socialista propiamente dicho, de modo que sus juicios no podían llegar a ser fructíferos para el socialismo.[4]

[3] Cf. Eduard Heimann, "Die Sozialisierung", en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 45, fasc. 3, p. 528.

[4] Los peligros que se derivan de esto para la realización del socialismo ya han sido aclarados años antes por el autor en el ensayo "Die sozialistische Formel für

No se puede, por lo tanto, remitir a una casualidad puramente exterior el hecho de que en los meses decisivos que siguieron a noviembre de 1918, cuando la organización del poder político de la burguesía había dejado de existir y nada impedía exteriormente la transición del capitalismo al socialismo, haya pasado en un primer momento la gran hora sin que se aprovechase la ocasión; faltaban, en gran medida, las premisas *psicológico-sociales* que habrían permitido aprovecharla: nadie cultivaba –junto con la clara comprensión de la naturaleza de los pasos preliminares a cumplir– una *confianza* decidida, capaz de arrastrar a las masas hacia la realización inmediata del sistema económico socialista. Es cierto que también contribuyó a este fracaso la confusión total producida en las filas proletarias como consecuencia del hecho de que en la larga guerra la clase obrera haya estado completamente ganada para las condiciones normales de vida del obrero asalariado de la industria y que por lo tanto, en el instante decisivo, no podía de ningún modo ser nuevamente organizada como clase revolucionaria. Además de estos factores externos, existió también el retroceso –que desde el punto de vista revolucionario parece hoy casi incomprensible– de la *teoría* socialista respecto de todos los problemas de realización práctica, al punto que el "grito por la socialización", que se elevó dos o tres veces en alta voz en el curso del año entre las masas y que fue escuchado con miedo y temblor en el campo de la clase burguesa y de su ejército de funcionarios, no dio lugar siquiera al mínimo efecto práctico. Al contrario, 1919 entró en la historia como el año en que la burguesía alemana, liberándose de la supervivencia de formas de gobierno preburguesas y de la servidumbre de la economía bé-

die Organisation der Volkwirtschaft" [incluido en la presente recopilación], aparecido en 1912 en la revista (burguesa) *Die Tat*. Partiendo del hecho de que en la fórmula de la "socialización de los medios de producción", definida sólo negativamente y absolutamente indefinida y carente de significado desde el punto de vista positivo se reconocían posiciones distintas como "los sostenedores del socialismo de estado, los sindicalistas, los defensores de la cooperación y tantos otros", él afirmó entonces que "esta ausencia de contenidos que marca la fórmula socialista para la organización de la economía fue y es inocua mientras los efectos prácticos del socialismo se limitan a la lucha contra las aberraciones existentes y a su eliminación. Se convierte en perjudicial, sin embargo, cuando llega el momento en que el socialismo se encuentra, en alguna parte y de algún modo, en el deber de gobernar y cuando por lo tanto se le requiere llevar a cabo la organización socialista de la economía. Si ello se produjese hoy (1912), el socialismo no se encontraría preparado; el socialismo debería reconocer que todavía no encontró una fórmula de construcción adecuada para la organización de la economía."

lica, se afirmó en el plano político y económico como clase dominante. (Son piedras miliares de esta evolución el 11 de agosto de 1919, cuando entró en vigencia la nueva constitución alemana, y el 18 de agosto de 1919, cuando se rechazó definitivamente la concepción de la "economía planificada" de Wissel y se proclamó el retorno a la economía libre también en el ámbito del comercio de exportación.)[5]

Esta breve consideración de la historia de la idea de la socialización en Alemania desde el nacimiento del socialismo científico hasta el comienzo del nuevo período revolucionario, cuya ejecución práctica esperamos, debería haber probado de manera irrefutable al menos una cosa: en el momento actual, para el ulterior avance de la revolución social, además de los movimientos proletarios de masa orientados superficialmente a la obtención de objetivos inmediatos (salarios más altos, mejores condiciones salariales, mayores derechos dentro del ordenamiento social capitalista), gracias a los que alcanza su fin la organización del proletariado de los trabajadores manuales e intelectuales como clase revolucionaria, también adquiere un peso que crece cada día el desarrollo y la clarificación consciente de la *idea de la acción* orientada en definitiva a la realización del socialismo. O sea que se trata de dar un contenido a la consigna de la "socialización" que en un primer momento tuvo sólo el efecto formal de un llamamiento a la acción. No obstante, es también claro desde el punto de vista marxista que dar un contenido a la idea de la socialización no puede lograrse con el puro pensamiento ni con la voluntad ideológica de hábiles "técnicos sociales". Para ese fin es necesaria, en cambio, la unificación de la actividad teórico-histórica del pensamiento con la crítica-práctica, en última instancia una actividad del pensamiento que sea práctica y capaz de transformar la realidad, cuyo modelo todavía inigualado lo proporcionó Marx en casi todas sus obras. Enfrentando con esta actitud la cuestión de las *formas de la socialización* podemos, si temporariamente prescindimos de aspectos particulares menos importantes, individualizar tres grandes conjuntos de realidades económico-históricas de los cuales, desde el punto de vista histórico-crítico, práctico, "marxista", podemos extraer los perfiles de tales formas. También podemos comprobar que ninguno de estos tres conjuntos de

[5] A propósito véase mi artículo en el número 4 de *Der Sozialist* (24 de enero de 1920).

realidades encontró su expresión particular en la rica literatura relativa a la socialización producida en el período posterior a noviembre y en parte también en el período bélico. En el futuro próximo estas tres direcciones principales de la idea de la socialización deberán ser analizadas en detalle, de modo que por último, en la síntesis que se logre, se pueda delinear en sus rasgos fundamentales un cuadro total que corresponda, de manera aproximada, al nivel actual de existencia y de conciencia de las transformaciones del ordenamiento económico vigente perseguidas por el socialismo y el comunismo revolucionarios. Por el momento, nos limitamos a bosquejar en términos muy generales los tres grandes grupos de realidades económico-históricas que hemos distinguido. Es inevitable que procediendo a un similar reagrupamiento generalizador, cada uno de los proyectos de socialización mencionados parezcan más unilaterales de lo que en realidad son. Los autores de tales proyectos, además del conjunto particular de realidades del que obtuvieron el estímulo decisivo, en mayor o menor medida tuvieron en cuenta también las restantes realidades evidentes a todos por igual y ninguno concibió la propia verdad como síntesis de diferentes verdades individuales. Pero es obvio que aquí no nos interesa considerar los méritos de algunas personas sino exclusivamente el objeto, y precisamente en interés de tal objeto y de su descripción posiblemente completa y clara escogemos este tipo de representación y de reagrupamiento, que tal vez no rinda plena justicia a las intenciones de los autores de los diferentes proyectos de socialización hoy relevantes.

El primer grupo de realidades económico-históricas del que obtuvieron estímulos decisivos algunos de los más importantes ejemplos de literatura relativa a la socialización, es el de la *economía bélica* alemana. El reflejo literario más importante de estas realidades lo constituyen los planes de socialización de Otto Neurath (Schumann y Kranold) por una parte,[6] y la economía planificada de Wissel-Möllendorf por otra.[7] Pese a que ningún socia-

[6] Los principales escritos de Neurath son los siguientes: 1) *Durch die Kriegswirtschaft zur Naturalwirtschaft*; 2) *Wesen und Weg der Sozialisierung*; 3) *Die Sozialisierung Sachsens*; 4) *Können wir heute sozialisieren?*, en colaboración con Schumann. Todos fueron publicados en 1919; el 1 y el 2 en Callwey, Munich; el 3 y el 4 en Chemnitz y Leipzig. Además, 5) *Vollsozialisierung*, Jena, 1820.

[7] Véase especialmente R. Wissel, *Praktische Wirtschaftspolitik*, Verlag Gesellschaft und Erziehung, Berlín, 1919, que incluye todo el material oficial.

lista o comunista pueda ver una *realización* siquiera parcial de sus aspiraciones en las formas de dirección y reglamentación económica *estatal* ejecutadas hasta este momento en época de paz y de guerra, pese a que ya Engels combatió y describió con ironía la equiparación de la socialización y de la nacionalización,[8] pese a que precisamente hoy es necesario subrayar incansablemente que el socialismo de estado no sería todavía socialismo, pero que el capitalismo de estado existente hasta ahora no es siquiera socialismo de estado, no obstante todo esto, sigue siendo absolutamente cierto que la *organización central de la administración* antepuesta a todas las unidades económicas existentes, a la que en la mayoría de los casos se refieren de modo exclusivo quienes sostienen la idea de la estatización y de la nacionalización cuando usan la palabra "estado", es realmente indispensable para toda economía socialista comunitaria orientada a cubrir las necesidades.[9] Tanto más cuanto que en el curso de la última guerra el estado alemán junto a sus obligaciones militares debió hacer frente también a responsabilidades económicas presupuestarias. Explotando al máximo todas las fuerzas productivas disponibles, además de la obligación de cubrir un presupuesto militar cada vez mayor, en una situación en la que la carencia de materias primas y de mano de obra se hacía cada vez más gravosa, debía cubrir en forma permanente el presupuesto mínimo de un pueblo numeroso, para evitar al menos que fuesen centenares de miles o directamente millones –y no sólo miles o decenas de miles– los ciudadanos activos en la producción que muriesen de hambre o de enfermedades debidas a la subalimentación. También hay que reconocer que, basándose en una extraordinaria multiplicación del papel moneda y en una política financiera totalmente malsana (¡y precisamente por eso fue evitada dentro de lo posible en Inglaterra!) basada en la recurrencia ininterrumpida al crédito, intentó con gran valentía superar el punto de vista de la *rentabilidad* de la economía privada, es decir el punto de vista fundamental de toda la conducción económica del capitalismo privado. Precisamente como en la *economía administrativa* que calcula y decide en términos de economía natural y no ya de

[8] "De serlo éstos, también serían instituciones socialistas la Real Compañía de Navegación, las Reales Manufacturas de Porcelana y hasta los sastres de compañía del ejército" (Engels, *Anti-Dühring* [p. 289]).

[9] Heimann destaca correctamente este hecho en el estudio ya citado sobre la socialización, en especial en las páginas 544 a 587.

economía monetaria –y es así como en última instancia se configuraría una economía socialista profundamente socializada–, durante toda la guerra fue la valoración de las posibilidades sociales de producción y de las necesidades sociales de consumo y no el beneficio de la economía privada la que proveyó el criterio del sí y del cómo de la producción social de mercancías. El socialismo práctico sería profundamente antimarxista si en la búsqueda de las formas que permitirían el paso de la economía capitalista basada en el beneficio a la economía social fundada en lo que es necesario, pasase junto a este gigantesco experimento de regulación económica centralizada sin tenerlo en cuenta. Es obvio que no tratará de ningún modo de ceñirse a la imitación de las medidas y de las instituciones de la economía bélica, viciadas evidentemente por su carácter de instrumentos de emergencia sino, por el contrario, tratará de aprender el máximo entendiendo sus elecciones erróneas, sus incongruencias e insuficiencias.

Esta consideración nos conduce automáticamente al segundo de los tres grupos principales de las actuales formas que preceden a la organización socialista de la economía. Éste consiste, en pocas palabras, en el más reciente desarrollo de las modernas *formas económicas del capitalismo privado* mismo.

La comprensión de que el capitalismo abre el camino al socialismo no sólo negativamente, preparando su propio derrumbe con el desarrollo y la acentuación cada vez mayor del propio antagonismo interno sino también *positivamente*, desarrollando en gran medida ya en su propio seno las formas de organización social suprapersonal de la economía que los sujetos económicos individuales ya no están en condiciones de controlar en su totalidad y por lo tanto de regular, forma parte hasta tal punto del ABC de la teoría marxista que no es necesario ocuparse con más detalle de ella aquí. Me limito a mencionar rápidamente los fenómenos más importantes de la moderna literatura relativa a la socialización que me parecen haber tomado en particular este ámbito de experiencias. Se trata de todos los diferentes planes de socialización que, en antítesis con todas las tendencias del socialismo de estado y centralistas, en una u otra forma ponen en primer plano la idea de la *autogestión económica de las unidades autónomas*. En primer lugar está Rathenau, que en sus escritos más recientes sostiene cada vez con mayor decisión esta concepción de la "economía autónoma".[10] En este ámbito se incluye también

[10] En los escritos: *Von kommenden Dingen* (1917), *Die Neue Wirtschaft* (1918), *Der Neue Staat* (1919), *Die Autonome Wirtschaft* (1919). [En español, véase Walther Rat-

toda una serie de otros proyectos de socialización de distintos autores,[11] que después deberemos analizar más cerca, y sobre todo el programa de socialización de la socialdemocracia austríaca escrito por Otto Bauer,[12] sumamente importante para todo el movimiento de socialización del período posrevolucionario. La ampliación más importante de este "principio de la corporación" a un sector económico particular, es el *Informe acerca del carbón* elaborado por la comisión alemana oficial para la socialización,[13] un documento que no ha sido valorado en toda su importancia. La autogestión económica en una empresa sin capital privado fue practicada de manera ejemplar para esa época en los Talleres Zeiss de Jena, socializados en 1889 por Ernst Abbe (aunque su estructura organizativa obviamente no satisface las exigencias actuales, y en general el organismo normal de autogestión económica se ve más en la asociación industrial de tipo trust que en la empresa autónoma individual).[14]

El tercer y más importante grupo de realidades de las que la idea general de la socialización puede extraer un contenido más determinado y una configuración más sólida se presenta en las organizaciones de composición puramente proletaria que el pro-

henau; *A través de sus obras*, Editorial del Instituto Americano de Investigaciones Sociales y Económicas, Buenos Aires, 1942, que incluye las tres últimas obras aquí mencionadas.]

Es interesante señalar que esta dirección de estudios sobre la socialización tiene un precursor en una época anterior, todavía poco influida por el desarrollo capitalista más moderno, en el estudioso de economía política Schäffle. En su trabajo más importante *Bau und Leben des sozialen Körpers* y en su folleto *Quintessenz des Sozialismus* (1875), conocido en todo el mundo, no sólo utilizó el concepto de la autogestión económica, sino que en la revista *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* (vol. 45) en el año 1889, en ocasión de la gran huelga en las minas de carbón, publicó un estudio particular sobre *Die Trennung von Staat und Volkswirtschaft*, cuyos agudos y profundos análisis no deberían ser ignorados por ningún estudioso del problema, aunque hasta ahora lo hayan sido sistemáticamente.

[11] Los planes de socialización conocidos hasta el comienzo de 1919 fueron discutidos críticamente en mi escrito: *¿Qué es la socialización?* aparecido en Hannover en ese período, que ahora se puede obtener en las ediciones Gesellschaft und Erziehung, de Berlín. En su parte positiva, el escrito bosqueja un plan detallado de socialización que, en antítesis con el centralismo socialista y con el federalismo sindicalista, es definido como *socialización* en la forma de la *autonomía industrial.*

[12] Citado parcialmente en el apéndice a mi escrito sobre la socialización mencionado antes, e íntegramente en Wilbrandt, *Sozialismus*, Jena, 1919, pp. 191 y ss.

[13] Aparecido en R. v. Deckers Verlag, Berlín, 1919.

[14] Acerca de la organización de los Talleres Zeiss véase en particular Korsch, *op. cit.*, p. 28; Wilbrandt, *op. cit.*, pp. 153 y ss. y E. Zschimmer, *Die Sozialisierung der optischen Industrie Deutschlands*, Jenaer Volkbuchsandlung, 1919.

letariado alemán y sobre todo el proletariado ruso victorioso han creado en la lucha de clase prerrevolucionaria y en la lucha revolucionaria final y que aún hoy están consolidando: nos referimos a las organizaciones profesionales de los obreros y en particular a las *organizaciones consiliares* revolucionarias. El estudio de Heimann, por lo demás tan bueno e instructivo ya que resume en una síntesis inteligente una serie de impulsos a la socialización, lamentablemente es deficiente porque el autor no ha comprendido de ninguna manera la importancia de los consejos para la construcción de una economía verdaderamente socialista. En su opinión, "la introducción de los consejos de fábrica no tiene nada que ver con la socialización en el plano conceptual". El socialismo necesita los consejos de fábrica no por el hecho de ser socialista sino porque también es democrático, porque quiere la participación de todos los ciudadanos y la selección de todos los ciudadanos; por lo tanto, tales organismos deben participar sólo en las decisiones relativas "a todos los problemas vinculados a las condiciones de trabajo" y, en consecuencia, deben tener la posibilidad, como es obvio, "de conocer cuanto sucede en el proceso de conducción de los negocios"; además, en la organización económica elaborada por Heimann no se les concede "un espacio" (pp. 580-582). Si recordamos en cambio cómo precisamente en la *acción conjunta de los consejos de grado más elevado y más bajo*, que se viene practicando con éxito en Rusia, se puede lograr al mismo tiempo, de un modo enteramente satisfactorio, el equilibrio entre una gran autonomía y una inserción rigurosa de todos los cuerpos económicos individuales en una *administración total planificada*,[15] resulta difícil comprender que el socialista Heimann pueda considerar que una socialización de tipo socialista, es decir la completa sustitución de la economía capitalista basada en el trabajo no libre por "una reglamentación social y planificada de la producción de acuerdo con las necesidades *de la colectividad y de cada individuo*" (Engels), pueda ser llevada a cabo hoy de otro modo que no sea a través de los consejos. Si no obstante se analiza el asunto de más cerca, se advierte que esta sorprendente toma de posición no tiene sólo una causa sino dos: en primer lugar, a Heimann le falta la concepción marxista de la socializa-

[15] Una exposición más detallada de esta evolución en acción en Rusia se encuentra en el informe "Die Verwaltung der Produktion durch die Arbeiter im Sowjetrussland", publicado en 1919 en *Kommunistische Rätekorrespondenz*, citado también en el número 48 de la *Rote Fahne* de Viena y en diversos diarios alemanes.

ción como identidad del proceso de desarrollo histórico y de la actividad revolucionaria del hombre; para él, como para tantos otros técnicos de la organización de la socialización, ésta no es, en última instancia, sino "un sistema racional de medidas organizativas" (p. 582). En segundo lugar, no se ha producido en él la superación de la ideología burguesa-mecanicista del estado: a sus ojos, el estado no es una *organización del poder* que con la violencia resume en una unidad artificial múltiples intereses, de diferente naturaleza, sociales e individuales, y que un día, en la comunidad socialista, deberá "extinguirse" para dar lugar a las formas de organización, coordinadas de un modo infinitamente más elástico, de la "sociedad" sin estado. A sus ojos, el estado coincide en cambio todavía con "la totalidad, en la que en verdad todos los intereses particulares encuentran una satisfacción equilibrada" (pp. 586 y 544). A partir de esta concepción, Heimann no puede obviamente llegar a la comprensión del contraste, que no es posible eliminar completamente a través de ningún tipo de "compensación" estatal, por el cual hasta en una comunidad totalmente socializada, al *interés* particular de *productos* de los grupos individuales de obreros asociados en las unidades productivas, seguirá contraponiéndose el *interés general de los consumidores*.[16] Por lo demás, ¿cómo podría ser posible tal contraste visto que "el estado", en cuanto totalidad, incluye como consumidores a los productores con los que se ha de enfrentar asimismo a todos los otros grupos de productores en una organización total democrática y unitaria? Sólo después de la superación de este último residuo de la *ideología* formal-democrática *del estado* podrá ser entendida en su esencia más profunda la necesidad de los consejos para la construcción de la *sociedad* socialista sin clases y sin estado.

[16] Acerca de esta contraposición que más adelante deberá ser analizada más de cerca como un problema central de toda la cuestión de la socialización, véase por ahora mi escrito sobre la socialización, pp. 16 y ss.

Socialismo y reforma social*

La contraposición entre socialismo revolucionario y reforma social no es un hecho nuevo en el movimiento obrero. Ya el economista burgués Lexis, en su libro sobre los sindicatos franceses (Leipzig, 1879) formuló las siguientes frases que hoy tienen un eco casi profético: "El postulado de la política de solidaridad de los obreros por el que toda la masa de su clase debe elevarse en la misma medida, seguirá siendo solo un postulado teórico. El movimiento obrero genera involuntariamente una nueva estratificación. Y si se logra elevar a todo un estrato se trata ya del efectivo progreso social. Además, podrá parecer un objetivo alcanzar la continua reducción del estrato inferior. A *través de esta disolución de la clase obrera en estratos, la cuestión social pierde no obstante la abstracta simplicidad requerida para alcanzar una solución absoluta*."

Quien tenga ojos para ver advierte que este desarrollo profetizado por Lexis ya se ha producido hoy en gran medida en Europa y en América del Norte. Los estratos económicos privilegiados de la clase obrera que se han convertido en pequeñoburgueses por su modo de pensar y de sentir, y sobre todo sus jefes que personalmente dejaron atrás hace tiempo el modo de vida proletario, comenzaron hace decenios a pensar y a sentir de manera contrarrevolucionaria. Si, según la famosa fórmula de Marx, "de todos los instrumentos de producción la mayor fuerza productiva es la clase revolucionaria misma", en esta evolución

* "Sozialismus und Sozialreform", en *Arbiter-Rat*, 1920.

debemos ver un extraordinario peligro para el socialismo. Si la clase de los obreros asalariados deja de ser una clase revolucionaria y unitaria, se pone en duda la realización del socialismo.

En esta fase crítica del movimiento socialista, los que reivindicamos la herencia de Marx no debemos limitarnos a denigrar e insultar en el plano personal a los "socialtraidores". Debemos más bien interrogarnos seriamente y sin preconceptos si en la situación en la que efectivamente nos encontramos hoy no tienen razón justamente, desde el punto de vista del conocimiento marxista, quienes renuncian por ahora a hacer avanzar la revolución y (análogamente a lo que antes de la guerra hacía el "revisionismo"), a través de reformas particulares en el ámbito del ordenamiento social capitalista intentan sólo elevar económica y socialmente a la clase obrera en su conjunto y a estratos particulares de esta clase. Si queremos y podemos creer en sus palabras, están aún hoy de acuerdo con nosotros en lo que respecta al objetivo último. Para un futuro lejano también ellos se orientan a la supresión total del ordenamiento social capitalista. Para el presente y el futuro próximo, sobre la base del caos y del colapso de nuestra economía provocado por la guerra y por sus consecuencias, sólo consideran posible una reconstrucción de la economía capitalista y toda idea de una transformación lineal orientada al logro del objeto del socialismo les parece imposible y utópica.

Si queremos enfrentar esta doctrina profundamente y en el espíritu de Marx debemos antes que nada tratar de asumir a nuestra vez el punto de vista del adversario y, partiendo de él, desarrollar sus contradicciones inmanentes. Digamos por lo tanto que tal vez nuestros adversarios oportunistas tienen efectivamente razón. Quizás la idea del socialismo decidido y revolucionario, la idea de llegar ahora a un sistema económico completamente nuevo partiendo del colapso total del viejo sistema económico, del estado social del capitalismo totalmente destruido al de la construcción de la sociedad socialista, tal vez esta idea y el modo que imaginamos para traducirla a la realidad sea realmente utópico. ¿No se trata acaso de un intento de saltar etapas necesarias del desarrollo? Tal vez el socialismo para no ser *utópico* sino, por el contrario, *realizable prácticamente* en *base a los conocimientos científicos,* dadas las perentorias necesidades del presente, deba renunciar en su praxis durante cierto período a la aproximación en línea recta a su *objetivo último* y dar un paso atrás para no dejar de pisar sobre el terreno de la realidad, único terreno sobre el que se pueden dar todos los futuros pasos hacia ade-

lante. Es posible que la *Realpolitik* exija hoy en verdad lo que muchos economistas burgueses, absolutamente sinceros desde el punto de vista subjetivo, piden hoy desde las catédras en un tono cada vez más urgente y a quienes empiezan a creer no sólo los secuaces y los beneficiarios del viejo estado de cosas, sino también, siempre de buena fe, sus antiguos adversarios llegados al poder sin un programa. Tal vez en nuestra actual situación una conciencia efectivamente realista de la política exija primero y antes que nada la reedificación de la "libre" economía capitalista, a fin de contar nuevamente con una economía. ¡Obviamente, una economía domesticada por la *política social,* por una política fiscal que equilibre los patrimonios, por una gran protección de los obreros y por un derecho del trabajo más avanzado en las fábricas dirigidas según la constitución y no ya de un modo despótico! Es cierto, sobre esto estamos todos de acuerdo: ¡la economía capitalista que teníamos *antes de la guerra,* el capitalismo desenfrenado, sin inhibiciones, que avanza sobre los cadáveres de sus víctimas, no *debe* y no *puede* retornar más! Una reconstrucción de la economía capitalista sin un simultáneo y decidido reforzamiento de nuestra política social pre y posrevolucionaria, o que renunciase directamente a ese mínimo de conquistas de política social que a través de la guerra y de la revolución son ya, aunque sea *provisoriamente,* un dato de la realidad, sería insoportable y, más aún, totalmente imposible desde el punto de vista de la psicología social.

Si, por lo tanto, entre los que hoy se definen socialistas, y hasta en los propios ámbitos burgueses, existe *concordancia* sobre la necesidad de una *política social de la historia de la distribución* que satisfaga al poletariado que en Europa y América reivindica un nivel de vida más alto, y si, por otra parte, nosotros como socialistas decididos hacemos nuestro el punto de vista de una política *práctica* que no obstante todo el radicalismo de su concepción se propone no ya el objetivo de la catástrofe de la economía capitalista en vía de disgregación sino el de la *construcción* de una economía socialista capaz de satisfacer las necesidades vitales de la colectividad, ahora, gracias a eso, la opción entre teoría social de la reforma y socialismo revolucionario se vuelve sorprendentemente más simple. Tal opción puede ser transferida de la esfera de los deseos y de las pasiones personales a la de los conocimientos concretos que puedan ser comprobados y refutados según un método científico. Nos encontramos entonces frente a una pregunta estrictamente concreta, a la que se da respuesta en el puro

plano del conocimiento: *¿hasta qué punto* debe ser revolucionado el orden tradicional para que ese futuro pueda satisfacer de modo estable las exigencias sociales hoy reconocidas *en general* por todos los partidos? ¿Es realmente suficiente para este fin –como hoy considera la mayoría de los que están alejados de los problemas económicos y un número cada vez mayor de los políticos que en el pasado pensaban en términos socialistas– la adopción de una política social impulsada hasta los límites de lo posible dentro de un sistema capitalista a construir *ex novo*? Si así fuese, exigir una economía y una cultura "socialistas" y poner en segundo plano las miserias del presente por amor a un lejano sueño socialista, en una situación en la que todo depende antes que nada de llegar a *tener* de nuevo *una economía,* una economía capaz de funcionar, que nos asegure nuevamente a todos la satisfacción de las necesidades esenciales muy amenazadas, sin la cual no podemos vivir ni tener una cultura en cualquier sentido del término, sería una exuberancia que el gran número de los que tienen poca fe tendría toda la razón en no tolerar. ¡*Un capitalismo que desde el punto de vista de la política social esté perfeccionado hasta los límites de lo que es económicamente posible,* sería durante todo un período el objetivo inmediato común de una política alemana que, elevándose en una situación de emergencia por encima de todas las luchas faccionales se orientase sólo a lo que es absolutamente indispensable desde el punto de vista económico! Pienso que tal vez sea así como se bosquejan en las cabezas de los más honestos entre los "socialistas" llegados al poder sus tareas políticas presentes. Y tendrían razón absoluta si la *efectiva irreconciliabilidad* de lo que ellos en su cabeza consideran conciliado no hubiese sido probada con absoluta certeza por los descubrimientos científicos de un Karl Marx, ese renovador copernicano de la ciencia económica. Si el capitalismo fuese posible como sistema capaz de crear condiciones de vida dignas para todos los productores, si fuese posible sin el oscuro *revés* de la explotación y de la miseria que hasta aquí marcó a todo capitalismo real –y si al menos el capitalismo en cuanto sistema económico estuviese también en condiciones sólo de soportar duraderamente *esa parte de política social* que hoy le ha sido impuesta por los decretos del período bélico y por la legislación revolucionaria– ¡quién de nosotros, si compartiese esta convicción, tendría una solidez ideológica capaz de contraponerse a la realización de esta condición relativamente mejor, frenándola y destruyéndola, por amor de un objetivo último absolutamente bueno pero alcanzable sólo en

un futuro lejano! Sólo si sobre la base del *conocimiento científico* hemos comprendido las profundas razones de la *imposibilidad*, del carácter totalmente ilusorio de la combinación en apariencia tan "realista" de una política de producción capitalista y de una política de distribución socialista, sólo entonces –pero en ese caso con absoluta necesidad– dejaremos de ser hombres prácticos y reformadores que piensan y desean en términos "sociales" para transformarnos en verdaderos socialistas, es decir, en seguidores de un socialismo en el que la ciencia, la fe y la disposición a actuar se funden indisolublemente en la *acción socialista*.

En definitiva, lo que distingue al socialismo y al comunismo firmes y revolucionarios de la difusa política ilusionista del socialismo mayoritario convertido en pequeñoburgués es, por lo tanto, el conocimiento "científico". Todo el programa reformista del socialismo mayoritario contradice la más elemental de las afirmaciones fundamentales del socialismo científico o marxista, según la cual es absolutamente imposible una transformación de fondo de las *relaciones* sociales de *distribución* sin el trastocamiento de las *relaciones de producción* en las que aquéllas se basan, y por lo tanto toda reforma seria de la política social, toda mejor y más justa distribución de los bienes *en el seno* de una economía capitalista tiene límites precisos y que *no se pueden trasponer*. Renunciando a esta comprobación económica fundamental, el socialismo reformista de nuestros días cae por debajo no sólo del conocimiento económico burgés y aparece efectivamente como una debilitada reedición del ideal proudhoniano aniquilado por Marx, ideal que como se sabe quería "eliminar de toda categoría económica lo que contenía de malo" para "mantener en ella sólo lo bueno". En el conflicto que de tal modo se desarrolla entre el *modo de producción* capitalista que permanece inalterado y que requiere irresistiblemente una distribución de los bienes adecuada y necesaria para su propia existencia, y la *buena voluntad* confusa e irresoluta de los políticos pequeñoburgueses llenos de ilusiones, que sobre el ordenamiento capitalista de la producción se proponen injertar un ordenamiento socialista de la distribución y por lo tanto privar al capitalismo precisamente de la base en la que se sustenta, en una lucha dispar como ésta necesariamente debe prevalecer el partido más fuerte. El socialismo reformista que –cayendo en concepciones premarxistas, precientíficas– confunde las formas fenoménicas *históricas* de la producción capitalista de mercancías con las leyes *válidas en absoluto* de toda producción de bienes no puede imaginarse en consecuencia ni siquiera un radi-

cal abandono de las que son efectivos fundamentos del sistema capitalista (de las relaciones de producción capitalistas) y debe por lo tanto terminar con el renunciamiento, sin tener otra opción, también de la política "social de distribución a la que apuntaba, en la medida que ésta pone seriamente en juego los intereses vitales del capitalismo".[1]

Resumiendo, tratemos ahora de aclarar qué vías de la política económica son posibles hoy y cuáles en cambio son totalmente imposibles desde el punto de vista de la ciencia económica. La apariencia exterior que podría inducir al observador superficial a considerar posible desde el punto de vista económico una economía fundamentalmente *capitalista* combinada con una *política social* eficiente, capaz de excluir totalmente la miseria como estado duradero de la masa y de la clase no debe llamarnos a engaño. Si las posibilidades de la reforma social parecen *hoy* ilimitadas, ello se debe (como lo señalan constantemente los economistas más lúcidos de todos los sectores) exclusivamente a la circunstancia de que en la actualidad *todo* aumento de los costos de producción provocado por el mejoramiento de las condiciones de los obreros puede ser transferido totalmente y a menudo de modo directo a un aumento sobre los *consumidores*, así como durante la guerra todos los gastos improductivos y todo nuevo aumento de los costos de producción se "cubrían" recurriendo al empréstito. Quien tenga ojos para ver y la sinceridad necesaria para pronunciarse debe admitir –independientemente del hecho de ser socialista o capitalista– que con la prosecución de nuestra actual política económica nos encaminamos cada vez con mayor rapidez hacia el *inevitable colapso del ordenamiento económico capitalista* ya que cubrimos los costos corrientes de producción no con los beneficios corrientes de la producción sino consumiendo y dividiendo el mismo capital productivo existente. Quien observe

[1] Como se sabe, este paso ya lo cumplió Bernstein, el más cuidadoso, sincero y coherente de todos los socialistas no socialistas, quien subrayó con fuerza en un artículo de *Vorwärts* "los límites de resistencia de un sistema económico (léase: ¡capitalista!)" (al respecto cf. *Arbeiter-Rat* núm. 38, pp. 11 a 13). Por cierto todo socialista revolucionario luchará encarnizadamente contra esta posición de Bernstein. Se debe admitir, sin embargo, que desde el punto de vista de su coherencia interna la posición de Bernstein se levanta como una torre por encima de la concepción sostenida por la mayoría de los actuales socialistas de gobierno que, en términos absolutamente nada claros, quieren al mismo tiempo dos cosas que se contradicen entre sí, y se dedican por lo tanto a una política ilusionista que necesariamente debe concluir en el desastre total.

sin preconceptos nuestra actual situación económica y psicológico-social en su conjunto debe llegar a la conclusión de que en esta situación sólo quedan abiertas dos vías. La primera un capitalismo desenfrenado, basado en la libre concurrencia y que no tiene respeto por nadie, libre de toda influencia de política social, de política fiscal o de otro tipo sobre la distribución de los bienes que amenace seriamente el "beneficio", la "rentabilidad" y la "capacidad de concurrencia". La segunda vía se constituye por la guerra. Aparte de éstas no existe una tercera vía que se pueda recorrer. En cambio, todo lo que el utopismo pequeño-burgués vestido de socialismo mayoritario presenta hoy como solución alternativa –la reforma político-social del sistema de distribución, dejando intacto en lo fundamental el sistema de producción capitalista– se resuelve en una frase vacía frente al poderío del sistema capitalista o conduce, si a las palabras y a los deseos siguen real y seriamente los hechos, directamente al desastre. En efecto, tal política destruiría en su totalidad la economía capitalista existente sin preparar al mismo tiempo el camino a la futura economía socialista. Nos conduciría a la catástrofe y al desastre, al caos del cual, después de infinitas complicaciones e inenarrables miserias, en el mejor de los casos renacería una vez más el antiguo orden social capitalista que se está acabando, pero del cual en ningún caso emergería por sí un orden más elevado, socialista. Ahora bien, si comprendemos claramente tal estado de cosas, sólo nos quedan para elegir dos posibilidades: confiar el futuro de la sociedad humana al *capitalismo,* o confiarlo al *socialismo.* En el conflicto entre los dos sistemas, no es posible para nosotros la neutralidad y mucho menos el compromiso consistente en tener la cara buena de la medalla rechazando la mala, lo que se resuelve no teniendo a mano nada real, sino sólo una vana ilusión. Por lo tanto, quien de entre nosotros esté convencido de que el capitalismo desenfrenado, el capitalismo de libre competencia como el que existió antes de la guerra no debe retornar (aunque *pudiese* no obstante reafirmarse la oposición de una clase obrera unida de nuevo precisamente a causa de *tal* peligro), tiene ante sí –ya que la idea de una *reforma* capaz de mejorar realmente las cosas se ha mostrado utópica– sólo un camino: el de la construcción socialista, el único que *tal* vez pueda todavía preservarnos del caos y de la destrucción, hacia el cual debemos volver la mirada y nuestras más profundas aspiraciones para hacer que en los días de la miseria material que pronto vendrán todas nuestras fuerzas psíquicas no se extingan en una pasiva resignación.

Cambios en el problema de los consejos políticos obreros en Alemania*

El carácter contrarrevolucionario de todo el proceso político en Alemania desde el 9 de noviembre de 1918 se revela en forma más clara en la historia de los consejos políticos de los obreros. De los consejos revolucionarios de los obreros y de los soldados que en noviembre de 1918 ejercían, como depositarios universalmente reconocidos de la soberanía, la dictadura proletaria en el Reich, en los estados, en las comunas y en el ejército, de esos consejos, en noviembre de 1919 no quedaba más que algún "consejo obrero comunal" privado de poder y de medios, al cual se miraba todavía con indulgencia como a un modesto vestigio de una época revolucionaria considerada ya como "pasado", pero que ya no era respetado en modo alguno. Los consejos obreros comunales de diversos lugares sobrevivieron en esa mísera forma por mucho tiempo y todavía hoy en algunas localidades muy pequeñas ejercen ocasionalmente cierta función, cuando surge un conflicto entre los órganos de la administración comunal y el proletariado de esa comuna. Pero desde fines de 1919 ya no existen entre nosotros verdaderos consejos políticos en sentido revolucionario. Los "consejos de empresa", legales y los otros organismos constituidos según el principio de los consejos y existentes por su propia autoridad (fiduciarios y funcionarios en las empre-

* "Wandlungen des Problems der politischen Arbeiterräte in Deutschland", en *Neue Zeitung für Grossthüringen. Organ der Kommunistischen Partei*, Jena, III, 7-9 de marzo de 1921, núms. 56-58. (Hemos traducido aquí sólo el primero de la serie de tres artículos publicados en el periódico, que será citado de aquí en adelante como *Neue Zeitung*.)

sas, ligas consiliares y centrales consiliares, consejos de desocupados, consejos de amas de casa y similares) ejercen ocasionalmente una función incluso política en forma similar a los sindicatos, pero por su propia naturaleza son solamente consejos económicos y en ocasiones no son ni siquiera consejos. Los "consejos de soldados" revolucionarios, como se ha establecido recientemente ante el estupor general en un proceso, todavía no han sido abolidos formalmente y declarados inadmisibles. Pero de hecho naturalmente de los consejos de soldados desde hace ya mucho tiempo no queda nada.

Existe pues una historia de los consejos políticos de los obreros, como instituciones efectivamente existentes en Alemania cuando mucho hasta fines de 1919. Desde entonces es posible observar cambios en el problema de los consejos políticos de los obreros sólo en la medida en que se ha modificado la posición de principio y la táctica de las diversas tendencias políticas, aquí y allá, en el curso del tiempo, sobre esta problemática.

Si observamos retrospectivamente el desarrollo general de los consejos políticos en Alemania, junto a las notorias causas principales, que naturalmente se hallan en el terreno del proceso económico y político global, podemos aducir también algunas causas secundarias ideológicas para explicar el rápido ocaso y caída de las instituciones consiliares. Aun en el breve lapso en que en Alemania existían de hecho los presupuestos reales para la realización y la construcción de una dictadura proletaria estable, esos presupuestos estaban destinados a permanecer inutilizados porque en amplios sectores del proletariado revolucionario, que abarcaban incluso "consejos" en funcionamiento, faltó casi completamente un conocimiento correcto tanto de las bases organizativas como también de las tareas esenciales que debe desarrollar un sistema consiliar revolucionario.

I

El más importante error organizativo consistió en el hecho de que los consejos políticos en su mayoría no eran elegidos –única modalidad que correspondía al sentido del sistema consiliar– por los proletarios mismos reunidos por empresas y oficios, sino que eran formados por los partidos socialistas, y habitualmente en forma paritaria. Eso era casi inevitable al principio, cuando, de golpe y casi en un mismo día, en cada lugar se formó un "consejo

obrero" (¡hasta pequeños municipios campesinos, de carácter totalmente no proletario, eligieron entonces su "consejo obrero" por una especie de mimetismo político, para defenderse contra los ataques del consejo obrero de la ciudad *más próxima*, en sus asuntos municipales internos!). Este error todavía habría podido remediarse si a continuación se hubiera aclarado y reforzado la voluntad de una auténtica constitución consiliar. Esto no ocurrió casi en ninguna parte. Miembros mal vistos fueron "revocados"; otros, desilusionados románticos de la revolución, salieron espontáneamente. La gran mayoría de los miembros de los consejos políticos de los obreros, sin embargo, "se pegó" a su puesto hasta que más o menos inevitablemente se puso fin a todo el poder de los consejos.

II

El desconocimiento de las tareas de los consejos políticos más grave por sus consecuencias fue el hecho de que los consejos "soberanos" se contentaron a menudo o en la mayoría de los casos con un control absolutamente ineficaz, mientras que hubieran debido valerse de su pleno poder legislativo, ejecutivo y judicial. Por causa de esa autolimitación no sólo se preparó el terreno para la sucesiva supresión y abandono de los consejos por obra de los reconstituidos órganos democráticos del poder estatal, sino que se permitió subsistir a gran parte de las autoridades prerrevolucionarias y del derecho prerrevolucionario, que quedaron intactos desde un primer momento. Así fue posible no sólo para los tribunales prerrevolucionarios y la vieja burocracia sino también para una parte de los órganos legistativos de la época prerrevolucionaria continuar sus actividades anteriores casi sin ser molestados, después de una pequeña pausa. Solamente el "consejo ejecutivo" de Berlín intentó, mientras tuvo fuerzas, barrer con los viejos poderes: reivindicó el pleno poder legislativo y de control y dejó sólo el "ejecutivo" al "consejo" de los seis "comisarios del pueblo" encargado de él por los consejos de los obreros y los soldados de Berlín. En cambio, en la mayor parte de los municipios urbanos y campesinos los consejos se limitaron, incluso frente a las representaciones "legislativas", a un puro control.

Así pues no fueron considerados disueltos los órganos legislativos municipales (¡elegidos en Prusia y otros lugares según el derecho electoral de las tres clases!), y lo mismo ocurrió con los

órganos legislativos del Reich y de todos los estados más grandes y de la mayor parte de los chicos (¡no todos!); incluso fueron reconocidos como válidos. En forma análoga, sólo excepcionalmente hubo destituciones en los órganos del ejecutivo del Reich, de los estados y de los municipios (consejeros, presidentes de gobierno, etc.), pero en general no se pasó de un "control" de su actividad cada día más ineficaz; ya no se tenía confianza en la "magistratura independiente", pero fue suficiente con el hecho de que tales órganos en los primeros tiempos no dieran señales de vida. Junto a la falta de claridad en los depositarios locales de los poderes consiliares, una gran parte de la culpa por estos pecados de omisión recae sobre el "Consejo de los comisarios del pueblo", hostil a los consejos, pero no es posible absolver totalmente de responsabilidad ni siquiera al consejo ejecutivo de Berlín (tan revolucionario más tarde) puesto que éste había emitido el 11 de noviembre de 1918 una disposición que comenzaba diciendo: "Todas las autoridades de los municipios, de los Länder, del Reich y las autoridades militares continúan con su actividad."

¡Tan poca claridad imperaba en los primeros tiempos siguientes a la Revolución de Noviembre sobre las tareas esenciales de la dictadura proletaria, incluso entre los más calificados representantes del pensamiento consiliar en Alemania!

III

Otro desconocimiento de los deberes de los consejos políticos, que en sus consecuencias también tuvo efectos sumamente perjudiciales, fue que no se supo separar las tareas de los consejos políticos de las de los consejos económicos; cosa que en el período del pasaje de la sociedad capitalista a la socialista es aún sumamente necesaria. Todavía muchos meses después de noviembre subsistían sobre esta distinción las mayores confusiones, por lo cual el gobierno, la burguesía, la SPD, los sindicatos y otros enemigos abiertos y encubiertos del sistema consiliar tuvieron la posibilidad de contraponer las tareas económicas a las tareas políticas de los consejos obreros (así por ejemplo, por algún tiempo al principio de 1919 algunos dirigentes del partido socialista de derecha pidieron una limitación de los consejos a tareas "económicas", mientras los dirigentes de los sindicatos socialistas de derecha pedían por el contrario la limitación de los consejos a tareas "políticas"). Todo esto llegó a su fin cuando el artículo 165 de la

nueva Constitución del Reich previó junto a los consejos obreros (consejos de empresa, consejos obreros regionales, consejo obrero del Reich) limitados a tareas puramente económicas, también consejos económicos (¡formados según el principio de la "comunidad de trabajo"!): consejos económicos regionales, consejo económico del Reich. Éstos podían expresar su parecer y formular propuestas sobre "proyectos de ley de fundamental importancia en el campo de la política social y la política económica", y se les podía incluso conferir cierta "facultad de control y de gestión".

En estas formulaciones de la Constitución del Reich, pues, encontró su expresión escrita no sólo todo el sistema económico consiliar, sino también todo lo que en la Alemania posrevolucionaria se ha vuelto institución legal del sistema político de los consejos.

La muerta USPD y el vivo Stinnes*

Consideraciones sobre el programa de acción de la VSPD

La broma cruel de la historia ha dado un significado muy superior a las intenciones de sus autores al crimen perpetrado contra el ministro democrático Rathenau, asesinado por estudiantes germano-nacionales. En efecto, unió a la primera víctima de esta acción homicida otra segunda, aproximando así también en la muerte a quienes ya en vida habían estado en estrecha colaboración y acuerdo, a quienes habían sido los principales intérpretes de la política alemana de las reparaciones. Al funeral de Rathenau sigue el funeral de la USPD alemana, y ya ayer llegó a nuestro conocimiento también el texto del discurso fúnebre que será pronunciado en Augsburgo, en Gera y en Nuremberg. El "programa de acción de la VSPD", publicado ayer en el *Vorwärts* y en la *Freiheit* en los mismos términos, aunque comentado de diversa manera, contiene en sí claramente ese carácter de discurso fúnebre. El odio realmente irreconciliable, vivo aún después de la muerte, de un redactor del *Vorwärts* al decir la ofensiva verdad con palabras claras, expresa que naturalmente en estos discursos fúnebres se trata solamente de un par de frases "de validez circunscrita", totalmente carentes de significado, que no comprometen a nada, y no en cambio de un "programa de acción" efectivo y por lo menos pensado seriamente.

Aun sin esta precisión fuera de lugar, cualquiera que conociese la situación hubiera comprendido lo que significaba el hecho de que el "programa de acción" se aproximase a la ideología pro-

* "Die tote USPD und der lebendige Stinnes", en *Neue Zeitung*, IV, 7 de septiembre de 1922, núm. 210.

letaria socialista en su fraseología, conservada de palabra por la USPD alemana hasta su amargo fin, no sólo algunos centímetros sino –en una desmesura de lo más sospechosa– un par de kilómetros. Se leen allí aseveraciones que para cualquier viejo "abanderado del socialismo revolucionario" suenan tan bien, como la de que este programa "partiendo de los principios del socialismo científico" coloca sus "objetivos de lucha" en la aspiración a reunir a todas las fuerzas del "proletariado" en la "lucha de clase" "para la conquista del poder político", para "la eliminación del dominio de clase" y para "la realización del socialismo". Junto a una serie de reivindicaciones de tono muy enérgico en pro de la defensa de la república, de la "radical y total" reforma de las finanzas y de la "superación" de la política imperialista de potencia y de guerra, no falta ni siquiera el caballo de desfile especial hilferdinguiano de la "socialización de las industrias clave, en particular de las minas", ni el "sistema de consejos económicos" (!), la "libertad de asociación" y el "derecho de huelga". Los servicios sanitarios y las instituciones de educación y formación deben ser "socializados", todo el derecho y la enseñanza deben ser transformados y organizados según "principios socialistas". Precisamente sobre la cuestión de la educación, donde el radicalismo verbal no presenta peligros particulares con respecto a la práctica real, podemos leer literalmente la famosísima frase del *Manifiesto comunista* de 1848, que pide "la unión de la educación con la producción material". (¡Como si también ésta fuera una reivindicación a alcanzar en la sociedad capitalista!) Hasta la aceptación de principio de la "república democrática" se formula, pese a todas las leyes de la lógica y de la gramática, con el refinamiento de hábiles manipuladores, de modo tal que se puede interpretar siempre legítimamente, según la necesidad y la pertenencia, en forma marxista revolucionaria ("espacio de acción para la lucha de los trabajadores") y en forma reformista ("base y punto de partida para la realización del socialismo").

Y ésta es la parte seria en la confusa fraseología de este programa de transición, que no se puede dejar pasar en silencio con una sonrisa de desprecio. En efecto, evidentemente no fueron sólo las necesidades sentimentales surgidas de tan solemne ocasión las que determinaron a los hábiles inspiradores de las diversas fracciones del socialreformismo a preparar un "programa verbal de acciones" aparentemente tan revolucionario. Cualquiera que conozca a las personas y las cosas, sabe ver detrás de la máscara pintada de rojo de frases enfáticamente revoluciona-

rias la mueca perversa de un astuto engaño. A las masas sentimentalmente revolucionarias de la USPD está destinada toda la desvergonzada burla. Cuando éstas estén nuevamente dentro del "viejo partido", entonces, como ya hoy en su comentario al programa de unificación lo expresa con encomiable concisión el *Vorwärts*, "será el momento de tratar más extensamente la cuestión de si un programa del socialismo científico no debe tener en cuenta las tendencias de desarrollo dadas, las posibilidades o también los obstáculos (!) presentes en ellas, en medida más amplia de lo que se ha hecho en el 'programa de acción' ". En forma completamente distinta, la *Freiheit* quisiera dar a entender a sus lectores proletarios, con la marcada ingenuidad de un verdadero niño político, que el programa de acción mostraría "la comunidad de puntos de vista que afortunadamente hoy reina nuevamente en ambos partidos".

En esta situación de hecho, mantenida deliberadamente ambigua, se plantea pues para nuestros compañeros la urgente tarea de ayudar a abrir los ojos a los destinatarios de esta vergonzosa e infame comedia. Los trabajadores todavía organizados en la USPD, a los cuales su propia prensa centenares de veces con fuerte empeño ha mostrado el carácter de sus aliados de mañana, deben reconocer hoy que corren el riesgo de ser estafados por octava vez por esos embaucadores que siete veces han demostrado serlo. Ya ahora, antes de que el gran engaño haya logrado su objetivo, deben volver la espalda a esos malhechores que hoy están empeñados en hacer de la lucha de clases del proletariado un grotesco juego de partidos de hojas programáticas rojas y amarillentas y en su frenética actividad ni siquiera se dan cuenta de que en ese juego también ellos mismos al final son solamente engañadores engañados. Aquel sabio hombre de mundo que fue La Rochefoucauld, en sus reflexiones morales expresó una vez la sutil observación de que nunca es tan fácil ser engañado como cuando se intenta engañar a los demás. Se puede dar un ejemplo de cuán verdadera es esta frase en relación a los estafadores que hoy claman con un engañoso carrusel de palabras revolucionarias por la unificación de una gran parte del proletariado alemán en el campo del socialreformismo, si se compara una frase sumamente interesante del programa de acción de la VSPD, recién deliberado, con una frase particularmente coincidente en los términos que se encuentra en la introducción al pacto, hecho público simultáneamente, entre el alemán Stinnes y el francés de Lubersac.

La VSPD "reconoce que la reconstrucción de las zonas destruidas

del norte de Francia y de Bélgica es un deber moral para Alemania y el instrumento indispensable para mejorar las relaciones entre los pueblos a través de esa reconstrucción".

El señor de Lubersac "destacó la influencia pacificadora sobre las relaciones franco-alemanas que resultaría de una colaboración efectiva de Alemania en la reconstrucción de las zonas destruidas. El señor Hugo Stinnes hizo suyo el punto de vista del señor de Lubersac y, para documentar su propia intención de solicitar esa reconstrucción, el señor Stinnes convino lo siguiente con el señor de Lubersac [. . .]."

Esta comparación demuestra muy claramente la estrecha correlación existente en la fase actual del proceso histórico entre los acontecimientos de política interna e internacional. Hasta los autores de una acción aparentemente tan "revolucionaria" como la reunificación de dos fracciones hasta ahora separadas de la clase proletaria para la lucha común contra el capitalismo sirven en última instancia, en la fría realidad, a un objetivo completamente distinto e incluso opuesto, al cual ellos, guiados por manos invisibles, se adecúan obedientemente. Al final quien gana verdaderamente con el regreso de la USPD al socialreformismo de la VSPD, es el hombre de cuya actividad un observador por encima de las partes, el escritor norteamericano Brisbane, ha dado la siguiente descripción característica:

"En Alemania existe cierto señor muy rico con muy buen sentido. Su nombre es Stinnes. Posee todo tipo de cosas en Alemania, Rusia, América del Sur: palacios, minas, periódicos, etc. Su diario más importante es el *Deutsche Allgemeine*, de quien ha hecho redactor en jefe a Paul Lensch, un socialista moderado. Stinnes personalmente es tan socialista como vegetariano puede ser un tigre. Pero es un capitalista inteligente y sabe que lo mejor para un capitalista inteligente es preparar el heno mientras brilla el sol. Con ese fin utiliza todo lo que cae en sus manos: del hierro al mercurio, del conservadurismo al socialismo."

Introducción a la Crítica del programa de Gotha*

Lema: yo conozco tus obras, sé que no eres ni frío ni caliente. ¡Ah, si tú fueras frío o caliente! Ya que eres tibio y no eres ni frío ni caliente te escupiré de mi boca.

Tú dices: yo soy rico y no tengo necesidad de nada, y no sabes que eres miserable y desgraciado, pobre, ciego y desnudo.

Al sector del proletariado alemán que todavía no lucha

1. *La historia externa de la carta sobre el programa de Gotha*

Junto al *Manifiesto comunista* de 1847-1848 y a la *Introdución* a *Contribución a la crítica de la economía política* del 23 de agosto de 1857 no hay entre los escritos menores de Marx uno que exprese de modo tan exhaustivo, claro y convincente los conceptos de fondo y las consecuencias de su economía y doctrina social como las *Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán* de 1875. Precisamente por esto, sin embargo, no es de las obras más fácilmente comprensibles del maestro. Ya desde el punto de vista estrictamente exterior su comprensión se hace difícil por el hecho de que no está escrita en forma de exposición orgánica, sino en forma de simples "glosas" alineadas "al margen" de los párrafos de un esbozo de programa que tampoco estaba estructurado en forma rigurosamente lógica. Pero también desde el punto de vista del contenido el lector, para poder asimilar su rica y profunda sustancia, debe tener algunas nociones preliminares para su comprensión. En cierto modo debe tener ya conocimiento de determinados hechos y situaciones de la historia contemporánea, además del significado teórico de algunos conceptos particulares en el sistema marxiano. De otro modo, podría sucederle como a los destinatarios originales de este escrito de Marx de 1875, que no comprendieron en absoluto el alcance teórico y práctico de la crítica de Marx y por lo tanto no estuvieron en condiciones de hacer, sobre la base de esa crítica, una modificación importante al

* *Einleitung* a Karl Marx, *Randglossen zum Programm der Deutschen Arbeiterpartei*, Viva Verlag, Berlín-Leipzig, 1922, pp. 5-21.

proyecto de programa. En consecuencia, la versión definitiva del programa aceptada por el congreso de Gotha en el mismo mes de mayo de 1875 demuestra, en comparación con el "esbozo" criticado por Marx, tan pocos e insignificantes cambios que ni una sola de las objeciones críticas de Marx ha perdido validez. Ni siquiera en las pequeñeces lo comprendieron. Esto se demuestra por ejemplo en el hecho de que olvidaron incluso borrar del proyecto el "reglamento del trabajo en las prisiones", criticado por Marx al final de su escrito como "mezquina reivindicación en un programa general obrero", o bien llevarla a un nivel más alto de acuerdo con el modo indicado por Marx. Y esto era, según la apropiada expresión de Marx, "lo mínimo que podía esperarse de socialistas". Esa reivindicación, tal como quedó en el programa, como una de las "ocho grandes" reivindicaciones actuales de la clase de los trabajadores unidos en Alemania, tiene en realidad el mismo efecto que si un nuevo partido revolucionario escribiera en sus banderas "¡Eliminación del impuesto a los perros!". Para quien quiera tener una impresión más exacta de la escasa comprensión que encontró entonces el escrito de Marx, incluso entre los mejores representantes de la causa marxista dentro de las fronteras alemanas, basta con leer el amplio informe que proporciona August Bebel en sus recuerdos sobre toda la cuestión del programa. El juicio final de Bebel era de satisfacción:

"Es evidente que no ha sido cosa fácil entenderse con los dos viejos [Marx y Engels] en Londres. Lo que para nosotros era cálculo inteligente, táctica perspicaz, era visto por ellos como debilidad e irresponsable disposición a rendirse. En el fondo, sin embargo, la cosa más importante era el hecho de la unificación. Ésta implicaba lógicamente el desarrollo ulterior y en eso pensaron como siempre nuestros amigos: los 'enemigos'."

El único núcleo justo de estas consoladoras observaciones del viejo jefe del partido está en la última frase: los enemigos del socialismo también esta vez, como ya a menudo en el pasado y aún todavía en la historia del movimiento socialista, han hecho lo posible por remediar la falta de principios de sus amigos. Y este motivo histórico de consuelo en cierto sentido reconcilió posteriormente también a Marx y Engels con este programa "extremadamente desordenado, confuso, inconexo, ilógico y humillante". Esto se aclara expresamente en una última "carta sobre el programa" que Friedrich Engels escribió el 12 de octubre de 1875 a August Bebel en nombre suyo y de Marx. En esa carta

Engels confirma primero una vez más el juicio condenatorio fundamentado previamente por él y por Marx en el programa, que sin duda precipitaría al partido en un "gran ridículo", "si en la prensa burguesa hubiera un solo cerebro crítico" que lograse desarrollar en forma tangible las "contradicciones y los disparates económicos" contenidos en el programa. Engels prosigue, sin embargo, en cierto modo tranquilizado,

"Los asnos de la prensa burguesa han tomado muy seriamente este programa, han leído en él lo que no hay y lo han interpretado como comunista. Los trabajadores parecen hacer lo mismo. Fue solamente esa circunstancia la que permitió que Marx y yo no nos disociásemos públicamente del programa. Mientras que tanto nuestros adversarios como los trabajadores atribuyen a ese programa nuestras ideas, estamos autorizados a callar respecto a él."

La crítica dirigida por Marx contra el proyecto de programa de Gotha se convirtió así, sin quererlo, en una crítica al mismo programa aceptado por Gotha. De tal modo el lector que quiera tener una visión general del objeto de la crítica de Marx, necesaria para la comprensión de sus glosas marginales críticas, puede alcanzar ese objetivo ya sea con la lectura del esbozo de programa definitivo, criticado por Marx, como también con la lectura del programa definitivamente decidido por el congreso partidario. En su contenido sustancial son perfectamente concordantes.

2. *El fortalecimiento del movimiento obrero: 1849-1875*

En la década de los sesenta del siglo XIX se podía finalmente observar, después de un largo período de inmovilidad de los intentos emancipatorios de la clase proletaria sangrientamente reprimidos en los años 1848-1849, un "resurgimiento de las clases obreras en los países más industriales de Europa", como consecuencia del cual se fundó el 28 de septiembre de 1864, con participación directa de Marx, la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional) que existió hasta 1874-1876. En el "manifiesto inaugural", redactado por Marx para la fundación de la AIT, encontramos una exposición breve pero densa de la época posrevolucionaria de 1848 a 1864 que precedía a la fundación:

"Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones de partido y todos los periódicos de partido de las

clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la república de allende el océano, y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política. Debido en parte a la diplomacia del gobierno inglés, que obraba a la sazón, como ahora, guiada por un espíritu de solidaridad con el gabinete de San Petersburgo, la derrota de la clase obrera continental esparció bien pronto sus contagiosos efectos a este lado del Estrecho. Mientras la derrota de sus hermanos del continente llevó al abatimiento a las filas de la clase obrera inglesa y quebrantó la fe en la propia causa, devolvió al señor de la tierra y al señor del dinero, la confianza un tanto quebrantada. Éstos retiraron insolentemente las concesiones que habían anunciado con tanto alarde. El descubrimiento de nuevos terrenos auríferos produjo una inmensa emigración y un vacío irreparable en las filas del proletariado de la Gran Bretaña. Otros, los más activos hasta entonces, fueron seducidos por el halago temporal de un trabajo más abundante y de salarios más elevados, y se convirtieron así en 'esquiroles políticos'. Todos los intentos de mantener o reorganizar el movimiento cartista fracasaron completamente. Los órganos de prensa de la clase obrera fueron muriendo uno tras otro por la apatía de las masas, y, de hecho, jamás el obrero inglés había parecido aceptar tan enteramente un estado de nulidad política. Así pues, si no había habido solidaridad de acción entre la clase obrera de la Gran Bretaña y la del continente, había en todo caso solidaridad de derrota."

Cuando luego de semejante período de depresión resurgieron las primeras esperanzas, hasta Marx y Engels, aunque dispuestos a aprovechar la primera oportunidad para "actuar en forma más penetrante", práctica y políticamente con mayor amplitud en la lucha por la liberación de la clase obrera, vieron con claridad que "la audacia del lenguaje" utilizado en el *Manifiesto comunista* de 1847-1848 ya no era permitida en ese momento. La tarea consistía más bien en hacer políticamente eficaz una toma de posición concreta decidida, sin renunciar a nada en el plano de los principios, pero en una forma más prudente y amplia, que no excluyese a priori a ningún voluntario que quisiera combatir a nuestro lado. En este sentido Marx emprendió la redacción del *Manifiesto inaugural* y de los *Estatutos generales* de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que más tarde (1866) fueron adoptados definitivamente con pocas variaciones en el congreso de Ginebra.

El lector notará que esta declaración de principios, independientemente de su conclusión insignificante, agregada por Marx contra sus deseos y obedeciendo únicamente a la necesidad, expresa efectivamente desde el punto de vista de los contenidos los conceptos básicos y las consecuencias del comunismo en forma tan auténtica como la forma lingüística más apasionada e imponente del *Manifiesto de la Liga de los comunistas* del 1847-1848. En la década transcurrida entre 1864 y 1874 "la comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación de los trabajadores" estaba, según Marx y Engels, de nuevo notablemente fortalecida en la mente de las masas trabajadoras de Europa. Friedrich Engels nos da en la introducción de 1890 al *Manifiesto* la siguiente descripción del significado de ese lapso de tiempo:

"Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Ésta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a toda la clase obrera combativa de Europa y América. No podía, pues, *partir* de los principios expuestos en el *Manifiesto*. Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassalleanos alemanes. Este programa –el preámbulo de los Estatutos de la Internacional– fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el *Manifiesto*, Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban en la agonía, e incluso las tradeuniones inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: 'El socialismo continental ya no nos asusta'. Pero, en 1887, el socia-

lismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el *Manifiesto*."

Así, a mediados de la década del setenta, según la opinión de Marx y Engels, para el movimiento socialista-comunista de los países más desarrollados se daba nuevamente la posibilidad, en mayor medida que diez años antes, de volver en la redacción de "un programa de principios" a "la antigua audacia" del 1847-1848. De todos modos el proceso histórico, en su valoración, estaba ahora tan avanzado que una regresión con respecto a lo que se podía decir ya en 1847-1848 debía parecerles un delito imperdonable contra el futuro del movimiento obrero. Obsérvese lo que el propio Marx dice al respecto en la carta que acompaña el escrito sobre el programa: que no es absolutamente necesario hacer un "programa de principios" si las circunstancias no lo permiten, pero que en modo alguno debe el partido "desmoralizarse" con un programa chato y carente de principios, ahora que las condiciones están de lejos mucho más desarrolladas que las de 1864.

De esto se desprende ya una parte de los puntos de vista de los que partió Karl Marx para la crítica del programa de Gotha: del "programa de principios" del partido nacional socialdemócrata más avanzado él pedía como mínimo el mismo grado de resolución de la declaración de principios y de las reivindicaciones concretas basadas en ella, que él mismo diez años antes, en condiciones menos favorables, había sido capaz de dar; una declaración de principios que debía representar el programa común para las más diversas corrientes totalmente, a medias o un cuarto socialistas de Europa y América. Allí donde el programa de Gotha no alcanza el objetivo mínimo está, según Marx, por debajo del punto alcanzado en ese momento por el movimiento y así, aun cuando parezca en un primer momento exteriormente favorecer el desarrollo del partido, sigue siendo en todos los casos una ofensa al movimiento histórico del futuro.

3. *Marx y Lassalle*

La profundización de las relaciones y de las contradicciones históricas e intelectuales entre los dos personajes de estatura histórica mundial, Marx y Lassalle, hace avanzar todavía un paso más adelante en la comprensión de las tesis fundamentales de la carta sobre el programa. El lector debe aprender a entender la car-

ta sobre el programa como el gran enfrentamiento entre Lassalle y Marx, es decir entre el socialismo alemán idealista filosófico, tal como había llegado a constituirse, y el comunismo materialista internacional que con sus más potentes dimensiones estaba todavía en el primer proceso de su devenir. La ocasión externa para que tal enfrentamiento fuese considerado necesario por Karl Marx, precisamente en ese momento, fue dada por las circunstancias en que tuvo lugar el congreso de unificación de Gotha. Como es sabido, en Gotha se unificaron los lassalleanos (Asociación obrera alemana) con los eisenachianos (Partido obrero socialdemócrata) en un "partido obrero socialista alemán unitario". Hasta aquel momento la corriente eisenachiana era considerada como la verdaderamente marxista debido a situaciones históricas y en parte puramente personales y casuales, sobre las que puede hallarse mejor información en la biografía de Marx hecha por Mehring y en su historia de la socialdemocracia alemana. Sin embargo sorprende con cuánta unilateralidad Karl Marx, que en la fundación y dirección de la Internacional había demostrado tanta prudente tolerancia frente a todos los principios no comunistas de numerosas secciones de la Asociación, en su crítica del proyecto del programa del partido unitario alemán imputa precisamente a esa tendencia "lassalleana" todas las imperfecciones y los errores del proyecto. El propio Lassalle, muerto más de diez años antes, no había podido asistir ya a la fundación de la AIT en 1864, pero los "lassalleanos", como se desprende de sus escritos teóricos y de su toma de posición práctica frente a muchos problemas y en particular como lo demuestran irrevocablemente las exposiciones de Mehring, estaban lejos de ser "malos marxistas" en comparación con los que entonces se hallaban en las filas de la corriente eisenachiana. También el "programa de Eisenach" de 1869 se atenía en realidad exteriormente y en algunas de sus formulaciones generales a los estatutos internacionales, y por lo demás todavía se reconocía firmemente en los principios "lassalleanos" como el mismo proyecto de programa de Gotha. Para comprender plenamente las acusaciones de Marx aparentemente excesivas sobre el efecto desmoralizador y banalizante del lassallismo sobre el proyecto de programa en su verdadero significado y en su justificación histórica y teórica, es preciso descender a lo profundo y reconocer que para el filósofo y político Karl Marx "que trabajaba para el mundo", altamente consciente de su responsabilidad histórica, en toda la cuestión del programa no se trataba en absoluto de estimular la lucha de la corriente eisena-

chiana contra la lassalleana en el ámbito de la socialdemocracia alemana, sino que se trataba de la lucha y de la aniquilación del espíritu lassalleano, todavía más fuerte entre los eisenachianos y los lassalleanos que el espíritu marxista.

Karl Marx escribió la mayor parte de su carta sobre el programa contra el "Lassalle vivo". Está en juego la ulterior y definitiva superación de la concepción lassalleana de la sociedad, basada en la filosofía del derecho y del estado, concepción por lo tanto "idealista", y su sustitución teórica por la concepción materialista de la sociedad que se basa en la economía, para afirmar la cual él había luchado y trabajado por más de treinta años con los pocos que realmente lo comprendían. Puede decirse que desde 1843 (cuando Marx con la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel* había adquirido su decisiva visión "materialista") todos los escritos y todas las acciones de Marx estuvieron en última instancia al servicio de la afirmación de esa concepción y práctica "materialista" contra el ejército de los adversarios siempre creciente intra y extramuros, y nosotros hoy sabemos que la prosecución de esa lucha es aún hoy tan importante como hace cincuenta y ochenta años. La ironía de la historia ha querido que precisamente en nuestros días la corriente socialista numéricamente más fuerte en Alemania, la SPD, en su nuevo programa de Görlitz del 23 de septiembre de 1921 renuncie formalmente a todo marxismo y haya escrito nuevamente en su estandarte la consigna de Lassalle, por cuya aniquilación trabajaba Marx en la crítica del proyecto de programa de Gotha. Ciertamente se trata sólo de palabras: en efecto, el Partido socialdemócrata alemán que rechazó el marxismo en 1921, naturalmente ha actuado en tan escasa medida en el sentido del espíritu de Lassalle como en el del espíritu de Marx. En el gran discurso de Lassalle *Sobre la particular relación del actual período histórico con la idea de la clase obrera* de 1862 (el llamado "programa obrero") entre muchas otras sentencias que destruyen el programa de Görlitz de 1921 se encuentra también la clara frase de "que el período histórico en que hemos entrado con la primavera de 1848 no tolera más ningún estado que, no importa si en forma monárquica o republicana, quiera imprimir a la sociedad o mantener en ella el carácter político dominante del tercer estado". Sin embargo la referencia a las palabras de Lassalle todavía tiene cierto sentido en boca de los defensores del programa de Görlitz. En efecto, si nosotros hoy escribiéramos 1862 en lugar de 1922, el programa de un "partido del pueblo trabajador", que en un pasaje llama a la lucha de clase por la libera-

ción del proletariado "necesidad histórica" y "exigencia moral" y anuncia la decisión de combatir por el dominio de la "voluntad del pueblo organizada en el libre estado popular" a través de la economía y la sociedad, se podría considerar todavía como un producto de doctrinas lassalleanas "bajo los tilos"; aunque ciertamente sólo a condición de que "en casa" se hable de otra manera.[1] En efecto, sobre todo lo que dijo y escribió Lassalle sobre el "sufragio universal" y temas similares cae una luz nueva y extraordinaria con la frase que pronunció en un círculo de confianza: "¡Todas las veces que digo 'sufragio universal', ustedes deben entender 'revolución' y siempre 'revolución!" Comoquiera que sea, hoy desdichadamente ya no tenemos entre nosotros a ese "Lassalle vivo", para refutar a los "muertos" Braun, Cunow, Kampffmeyer y compañía. Frente al criminal abuso de las palabras de 1862 para la credibilidad histórica y el ornato de un programa no revolucionario y antirrevolucionario, pequeñoburgués y, pese a su modestia, al mismo tiempo de reformas utópicas sin esperanzas, un Lassalle convertido en letra impresa y literatura se encuentra mucho más inerme que el propio Marx, todavía bastante refractario a ese uso en forma de letra impresa.

4. *La concepción materialista y la concepción ideológica de la sociedad*

El real objetivo de ataque, contra el cual se dirigen todas las argumentaciones críticas de la carta sobre el programa de Gotha, parece ser esa concepción completamente ideológica de la sociedad y del estado lassalleano-socialdemócrata, que por entonces dominaba aún a la mayor parte de los socialdemócratas alemanes y que se expresaba en forma particularmente evidente en el proyecto de programa. En aquella hora histórica del movimiento socialista en que se creó el partido socialista obrero, el más fuerte hasta hoy en todo el mundo por el número de sus afiliados, tocó una vez más a Marx protestar con dureza, sin miramientos, desafiando todo oportunismo, contra los errores ideológicos del socialismo lassalleano, errores científicos superados desde mucho antes pero aún presentes en el proyecto del programa. Marx les opuso en todo su rigor y en todas sus consecuencias aquel principio "materialista" cuyo contenido sustancial había ya compendiado

[1] Es decir que hacen falta dos modos distintos de comportamiento, según que nos dirijamos al exterior o al interior del campo proletario.

algunas décadas antes en la rica tesis de que "las relaciones jurídicas como las formas políticas no podían comprenderse por sí mismas ni a a partir de lo que ha dado en llamarse el desarrollo general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida, cuya totalidad agrupa Hegel, según el procedimiento de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de sociedad civil; pero que era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política".

En contraste directo con esta concepción materialista-económica de Marx, el programa de Gotha se reconoce de inmediato, en la primera frase, en la concepción totalmente ideológica de Lassalle, según la cual el derecho de todos los miembros de la sociedad a todo el producto de su trabajo debe basarse en la idea de un "derecho igual". De ahí procede lógicamente, sobre esta base construida en el aire en la segunda parte, la propuesta del "estado libre", en el cual deben ser eliminadas "todas las desigualdades sociales y políticas, para después plantear como única demanda económico-social las cooperativas de producción a constituir 'con ayuda estatal' ". A esto se añaden en el proyecto (¡y también en el programa definitivo!) no menos de siete demandas puramente políticas, es decir democrático-burguesas, que según Engels "concuerdan directamente y letra por letra con el programa del partido popular y de la democracia pequeñoburguesa". Como único "internacionalismo" se inserta un reconocimiento abstracto, también expresado únicamente en términos ideológico-políticos, de la idea de la "hermandad internacional de los pueblos" (¡en el programa definitivo modificado en "hermandad de los hombres"!). Indudablemente está claro cómo un Karl Marx, que había dedicado toda su vida a la transformación del socialismo de ideología teórica y utopía práctica en ciencia y praxis realista-materialista, tenía que sentirse profundamente decepcionado e indignado por semejante programa.

Así, toda la carta sobre el programa se convirtió en una única ardiente acusación contra ese "programa completamente reprobable con efecto desmoralizador sobre el partido", según la convicción expresada por Marx sobre su contenido. La teoría y la praxis del socialismo científico son materialistas, el esbozo de programa es lassalleano, es decir ideológico y utópico. Pero aun cuando se quisiera y se pudiera prescindir de eso, el programa tomado en sí y por sí "no sirve para nada". Karl Marx considera por lo tanto su "deber" "no reconocer ni siquiera con un silencio diplomático" semejante programa, carente de fundamento tanto

en el aspecto teórico como en el práctico, y más bien en cambio "glosarlo" y "criticarlo" con el mayor radicalismo.

5. *El método dialéctico*

Extremadamente característica de todo el modo de pensar de Marx es, sin embargo, *la forma* en que realizó su decisión de criticar el programa. Aquí aparecen con una luz particularmente clara las excelencias de ese método "materialista" trasladado por Marx también a la producción intelectual teórica, que comúnmente se define, en relación con el uso tradicional mantenido también por Marx y Engels, como "método dialéctico". Según la concepción materialista de Marx, hasta para pensar, como para cualquier otra producción, es necesario un material determinado y concreto, que se elabora en forma de pensamientos. Totalmente estéril es el pensar que produce pensamientos solamente abstractos "en lo universal". También del pensar puede nacer un producto mental real "material", sólo aplicando la fuerza del pensamiento a un material a elaborar mentalmente. Así, pues, Marx critica incluso el proyecto de programa no ya de modo tal que, después de haber puesto al descubierto el principio universal errado y superficial que evidentemente se halla en la base de todas sus proposiciones y demandas particulares, le oponga simplemente el principio más verdadero y más profundo de su materialismo en forma igualmente universal. Por el contrario, en la carta sobre el programa comienza por criticar cada proposición individual en forma muy extensa. En un trabajo intelectual sumamente refinado, cuyas afirmaciones particulares pueden parecer a primera vista a veces construcciones arbitrarias o directamente pedanterías, pero consideradas más atentamente resultan siempre en cambio importantes y necesarios pasos dentro del proceso intelectual global, se extrae de las proposiciones del proyecto, con frecuencia en un primer momento completamente inocentes, toda la oscuridad de principios, la débil superficialidad, la nulidad ampulosa que en ellas se esconde. En esta forma *mediata* se clarifica de la manera más aguda también la falsedad abismal del principio general que se encuentra en la base de todas esas posiciones. Así pues la gran contradicción de principios entre la concepción de la sociedad materialista-marxista y la ideológico-lassalleana, que en realidad domina de principio a fin todas las expresiones de la carta sobre el programa, no es enun-

ciada en la carta misma en algún punto en forma universal, sino que corre a lo largo de todas las "glosas marginales" como un hilo rojo claramente visible en todas partes para el experto, haciendo de ellas una unidad compacta. Nunca, sin embargo, el dialéctico positivo y revolucionario Karl Marx (ese carácter excepcional de su espíritu se impone a los ojos de todos precisamente con la carta sobre el programa) se deja llevar en la exposición de su trabajo crítico a una mera negación de las falsedades o estupideces inherentes al programa. En cambio, tiende siempre más allá, a una deducción o directamente a una indicación de lo positivo y verdadero que debe reemplazar la falsedad y estupidez criticada por él. No se contenta con refutar críticamente las proposiciones del programa reconocidas como consecuencias de un principio superficial y errado, sino que al final esa refutación se transmuta en un desarrollo positivo de las consecuencias de la posición más profundizada y más verdadera de la propia concepción materialista y encuentra sólo en ese desarrollo positivo ulterior su conclusión efectivamente satisfactoria para el "dialéctico materialista".

6. *De Marx a Lenin*

Precisamente en esos sus desarrollos positivos se encuentra obviamente el significado concreto más importante de la carta sobre el programa de Gotha para la actual teoría y praxis del marxismo. Allí encontramos no sólo resumidas en la forma más ceñida y cargada de significado una serie de ideas marxistas ya expresadas de distinto modo en otra parte, sino también la aplicación consecuente realizada por el propio Marx de su principio materialista a una serie de problemas sociales de grandísima importancia, sobre los cuales nunca se expresó en ninguna otra ocasión con tanta claridad y profundidad. Nos referimos aquí sobre todo a la aclaración de principio, realizada por Karl Marx contra la ideología lassalleana del derecho y del estado, sobre la verdadera relación teórica y práctica entre la actual y futura "sociedad" y el "estado" (presente y futuro). No es necesario insistir aquí sobre la inmensa importancia que adquiere, con relación a todos estos problemas, la carta sobre el programa de Gotha. El lector puede encontrar la valorización crítica en el más puro espíritu marxista y el ulterior desarrollo de todos los puntos de la carta en el capítulo v de la obra clásica sobre la teoría y la praxis

de la concepción marxista del estado: *El estado y la revolución* de Lenin. Todas las expresiones de esas densísimas veinte páginas de Lenin sobre el problema de la relación entre sociedad y estado y los problemas, vinculados a éste, de la transición del capitalismo al comunismo, a través de las diversas formas de democracia y dictadura y su superación gracias a la gradual evolución de la sociedad comunista del futuro, emergente de la sociedad capitalista y en un primer momento determinada todavía por largo tiempo por sus formas y tradiciones y por lo tanto frenada en su "libre" desarrollo, aparecen claramente con el ulterior desarrollo coherente de aquellas proposiciones básicas que Marx desarrolló por primera vez sobre estos problemas precisamente en la carta sobre el programa de Gotha de 1875. Carta que redactó en el apogeo de sus conocimientos, en contraposición estridente con la concepción del estado lassalleana y germano-socialdemocrática, al mismo tiempo ideológica y utópica, que ha seguido siendo la predominante hasta hoy en el movimiento obrero europeo y americano. Y como la política práctica de un verdadero marxista no puede ser otra cosa que la prosecución de su trabajo teórico de conocimiento y de propaganda con otros medios,[2] en un sentido determinado todo el grandioso acontecimiento histórico mundial de la revolución proletaria en Rusia en 1917 representa solamente una consecuencia llevada a la realidad práctica de este mismo principio materialista del desarrollo de la historia y de la sociedad por cuya afirmación teórica Karl Marx trabajó y luchó en todas sus obras y del modo más enérgico precisamente en la crítica del programa de Gotha.

7. *La estructura de la carta sobre el programa*

Conforme a la estructura del proyecto de programa criticado (modificado en el programa definitivo sólo en algunos detalles), las "glosas marginales" de Marx se subdividen en cuatro secciones, o cinco si se consideran como una sección independiente las primeras declaraciones sobre el concepto de "estado libre" de la IV parte. De éstas la última se refiere a las demandas políticas y

[2] Quien quiera tener una fuerte impresión a este respecto, lea el célebre *postscriptum* de pocos renglones a *El estado y la revolución* que Lenin escribió el 30 de noviembre de 1917 en Petrogrado y que termina con la frase: "Es más agradable y útil hacer la experiencia de una revolución que escribir sobre ella."

culturales inmediatas del proyecto. Sobre la crítica profundizada, extremadamente clara formulada por Marx a esas demandas no es necesario agregar nada más detallado, porque todo resultará fácilmente comprensible al lector. Para un estudio más detallado de esta parte de la crítica marxista comunista de los programas de partido socialdemocráticos, véase sobre todo la carta de Engels *Crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891* (programa de Erfurt), publicada en 1901 en *Die Neue Zeit* (año XX parte 1), que representa en cierto sentido una continuación de la crítica hecha por Marx y Engels conjuntamente al proyecto de programa de Gotha. Lo que Marx o Engels dirían sobre el programa de Görlitz de la socialdemocracia alemana de 1921 es preferible dejarlo al juicio personal del lector, agudizado gracias al estudio de los documentos publicados aquí. Quien desee informarse más precisamente, puede leer los escritos sobre el tema de Rosa Luxemburg, Lenin, Trotski y Rádek.

La parte fundamental para todo el resto de la carta sobre el programa es la amplia primera parte, que contiene por un lado, junto con la breve segunda parte, una especie de economía política del marxismo en su forma más concentrada. Por otro lado, junto con la tercera parte sirve como preparación para las importantes exposiciones de la cuarta parte sobre la relación entre sociedad y estado en el presente y en el futuro, a la que se añadió después, ya en nuestros días, el ulterior desarrollo teórico y práctico de Lenin. Finalmente, se formulan también algunas observaciones, particularmente importantes hoy, sobre la relación histórica de la clase obrera con las otras clases en la diversas fases del desarrollo de la sociedad capitalista y sobre el contenido necesariamente internacional del movimiento proletario de clase y en forma especial sobre las tareas internacionales de la clase obrera alemana, que en esencia continúan lo que ya el *Manifiesto comunista* había afirmado sobre esos problemas.

Es naturalmente imposible e inútil en este breve ensayo discutir una vez más en forma detallada todos los conceptos y las enseñanzas básicas de la economía política del marxismo, a cuyo esclarecimiento la primera y segunda parte de la carta, aun con toda su brevedad, han proporcionado una contribución sumamente importante. El lector que todavía encontrara dificultades en estas partes de la carta sobre el programa puede leer mi *Quintaesencia del marxismo*, recientemente publicado por esta misma editorial. Allí encontrará en la forma más breve y precisa posible, en 37 preguntas y respuestas, una explicación de todos los con-

ceptos y doctrinas de la economía marxista, así como del contenido esencial de la doctrina marxista sobre la sociedad. Así estará preparado para comprender incluso aquellos puntos de la carta sobre el programa que es imposible entender sin algunos conocimientos marxianos y su significado en el sistema económico-social global del marxismo, que hasta hoy son con frecuencia mal entendidos en forma catastrófica, incluso por buenos seguidores de la doctrina marxista.

8. *Dos problemas difíciles (ley de bronce del salario y las cooperativas de producción con ayuda estatal)*

De estos puntos, más bien difíciles y que fácilmente se prestan a equívocos, de la carta sobre el programa sólo es posible discutir aquí detalladamente los dos puntos que en mi opinión dan más trabajo al principiante. Son las tesis de la segunda y tercera sección sobre la llamada "ley de bronce del salario" y las "cooperativas de producción con ayuda del estado". Precisamente sobre estos puntos a menudo se ha entendido en forma radicalmente errónea la severa crítica de Marx al programa de Gotha, y se ha querido ver en ella la expresión "exagerada" de una particular enemistad, por así decirlo personal, de Marx hacia Lassalle. En realidad Marx, con toda la indiscutible aspereza personal del tono usado por él y por Engels en este período contra Lassalle, sigue también en estas afirmaciones sólo la rigurosa consigna de una imprescindible necesidad objetiva. Precisamente allí donde las tesis y las exigencias del marxismo materialista comunista y del lassallismo ideológico socialista se acercan muchísimo exteriormente, pero simultáneamente es tanto más amplia su contradicción interna, el no considerar esa contradicción pondría en peligro muy serio el mantenimiento y desarrollo ulterior de la visión científica finalmente conquistada.

Empezaremos por la ley de bronce del salario y nos referiremos ante todo a la observación crítica de Marx en la carta, según la cual el "fruto del trabajo" es una imagen "vaga" (es decir imprecisa) con la que "Lassalle ha suplantado conceptos económicos concretos". Los "conceptos económicos concretos" de que habla aquí Marx son evidentemente los conceptos de su doctrina del valor y el plusvalor, y entre ellos particularmente la tesis científica, básica para comprender plenamente el comunismo mar-

xista, y sin embargo hoy frecuentemente considerada "sin significado" por todos sus adversarios e incluso por muchos de sus seguidores: la tesis de que el salario no es, como pretenden los economistas burgueses, el valor (o el precio) del trabajo, sino "sólo una forma disfrazada del valor (o del precio) de la fuerza de trabajo" que se vende en el mercado de trabajo como mercancía, aun antes de que su uso productivo (el trabajo) empiece en la fábrica del proletario capitalista. Para una fundamentación teórica más detallada de estos conceptos y tesis, remito a mi *Quintaesencia del marxismo*. Lo que el lector ha aprendido a comprender sólo en forma teórica en la *Quintaesencia*, ahora aprenderá a conocerlo en la carta sobre el programa como aplicación práctica importantísima. No es en forma imprecisa ni por ciega aversión a Lassalle y sus seguidores que Marx refuerza con tanta insistencia este núcleo de su doctrina del plusvalor y combate con despiadada energía la consigna lassalleana de la "ley de bronce del salario". A primera vista, por lo demás, no parece existir ningúna contradicción objetiva entre las afirmaciones marxianas y las de Lassalle.También el *Manifiesto comunista* enseñaba que los "costos" causados al capitalista por el trabajador se "limitan casi exclusivamente a los medios de subsistencia de que tiene necesidad para su mantenimiento y la reproducción de su raza". Y con esta tesis indudablemente se intentaba verificar la misma realidad que había sido expresada en primer lugar por los economistas burgueses Malthus y Ricardo en la que después sería llamada "ley de bronce del salario". La razón del duro ataque de la carta sobre el programa de Gotha contra esa "ley de bronce" lassalleana surge solamente del conocimiento de los análisis más profundos de la estructura global de la sociedad capitalista y de las leyes de su evolución histórica que el marxismo hace derivar como consecuencias de su concepto central de "plusvalor". La concepción del salario como valor de la fuerza de trabajo y no del trabajo no debe permitir solamente (como lo ha sostenido más de uno) una conceptualización más clara y sencilla para la teoría y la ciencia económica del marxismo. En esa concepción está ya en germen toda la concepción de la verdadera naturaleza de los conflictos de clase en la sociedad capitalista. Consecuentemente aplicada, dicha concepción explica las causas materiales de esos conflictos de clase, de su ulterior desarrollo e intensificación a pesar del aumento continuo de la fuerza productiva del trabajo social, y con eso explica simultáneamente también la posibilidad y necesidad "material", finalmente creada por ese aumento de la productivi-

dad, de la superación total de los conflictos de clase en una sociedad comunista. Por el contrario, la teoría de la "ley de bronce del salario", construida mitad sobre el modelo de la ciencia natural y mitad sobre la filosofía del derecho, no puede explicar el origen real social de los conflictos de clase, ni puede (y precisamente en esto reside el particular peligro de este dogma lassalleano, retomado por los economistas burgueses, para la lucha práctica de emancipación de la clase obrera) indicar otra "necesidad" que la ético-idealista de la "abolición" real de esa ley y de la "maldición" impuesta con ella a la clase trabajadora. Una vez aclarada esta importante correlación, es posible comprender también el pleno alcance de esa impresionante comparación del final de la segunda parte de la carta sobre el programa, donde la justificación del movimiento proletario de emancipación en base a la "ley de bronce del salario" de Lassalle se compara con la justificación de una rebelión de esclavos en base al bajo nivel de vida vinculado al sistema esclavista.

Motivos igualmente complejos y no inmediatamente comprensibles a primera vista se encuentran en la base de la irreductible violenta hostilidad de Marx en la tercera parte contra la única demanda económico-social presentada por el programa de Gotha, la demanda de "cooperativas de producción fundadas con la ayuda del estado". Tampoco aquí el áspero ataque de Marx se dirige en realidad contra la demanda de cooperativas de producción en cuanto tales, sino solamente contra el papel particular que tienen en el sistema lassalleano. Marx ya había incluido diez años antes "la fundación de asociaciones productivas y otras instituciones útiles para la clase obrera" entre las demandas prácticas de los estatutos de la AIT (Asociación Internacional de los Trabajadores) y había saludado en su *Manifiesto inaugural* al movimiento de las cooperativas junto con la ley sobre las diez horas de trabajo como "las más grandes victorias alcanzadas hasta ahora por la economía política del trabajo sobre la economía política de la propiedad", y entonces había solicitado expresamente el "desarrollo del trabajo cooperativo con dimensiones nacionales" con ayuda de "medios estatales". También aquí parece pues, en una primera consideración superficial, que no existe en absoluto una contradicción real entre la posición marxiana y la demanda del proyecto programático. En realidad, sin embargo, también en este punto la forma feroz empleada por Marx no es sino la implacable expresión de una profunda contradicción sustancial entre su concepción y la de Lassalle. En la situación de hecho, de-

masiado conocida por Marx y en muchos puntos reforzada por el resto del contenido del programa, en el proyecto de las asociaciones cooperativas de la década de 1870 pensado "a la Lassalle" (es indiferente lo que el propio Lassalle puede haber pensado originariamente al enunciar esta demanda)[3] importaba mucho más la ayuda a obtener del estado para poner en práctica esa medida que la realización de la economía cooperativista en sí. En el fondo, por lo tanto, se pretendía obtener por medio de la astucia, con ayuda de las asociaciones productivas, sólo una transformación del "estado limitado en sentido burgués" en el "estado socialista que cumple plenamente la idea ética de libertad", en lugar de ver en la afirmación de la economía política de la clase trabajadora (a promover eventualmente también a través de las cooperativas de producción) contra la economía política de la propiedad el fundamento material irrenunciable para el logro de la sociedad socialista. Era un duro golpe contra el gran principio expuesto en la declaración programática de la AIT, según el cual "la emancipación económica de la clase trabajadora es la gran meta, a la cual se debe subordinar todo movimiento político como simple medio". Esta concepción de los "cooperativistas con crédito estatal" (que hoy encuentra en las ideas igualmente infundadas de muchos socialistas alemanes a través de consignas como "socialización" o "elevación de los valores reales" sus dignos seguidores), esa concepción que lleva de vuelta a torpes errores ideológico-utópicos, Karl Marx la quiere destruir críticamente en la tercera sección de la carta sobre el programa, haciendo resaltar nuevamente contra ella el verdadero sentido materialista revolucionario de la consigna de las "cooperativas de producción a escala nacional": "que los obreros quieran establecer las condiciones de producción colectiva en toda la sociedad y ante todo en su propia casa, en una escala nacional, sólo quiere decir que laboran por subvertir las actuales condiciones de producción y eso nada

[3] A este respecto véase la anotación de Engels en la nota al prefacio de 1890 al *Manifiesto comunista*, donde se dice sobre los seguidores de Lassalle: "Personalmente Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era 'discípulo' de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del *Manifiesto*. Otra cosa sucedía con sus partidarios que no pasaban más allá de su exigencia de cooperativas de producción con crédito del estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos."

tiene que ver con la fundación de sociedades cooperativas con la ayuda del estado".

9. *El núcleo de la carta*

El significado de esta frase, con la cual Karl Marx desarrolló las consecuencias de la posición rigurosamente materialista sólo en referencia a las "cooperativas de producción con ayuda del estado", no se limita en absoluto a ese problema del pasado. Por el contrario, su principio es directamente aplicable también a los esfuerzos más recientes del movimiento de emancipación de los obreros: por ejemplo a la "socialización" de 1918-1920 y a la "elevación de los valores reales" de 1921-1922. Y el principio expuesto aquí por Marx puede servir también en nuestros días como punto de comparación a partir del cual se dividen los espíritus al tomar posición sobre tales problemas. Más bien su importancia aumentará en el curso del proceso futuro, cuando poco a poco las grandes decisiones tácticas de la revolución social y las tareas prácticas aun mayores del largo período de transición del capitalismo al comunismo se hagan cada vez más próximas y terrestremente concretas. Precisamente esto constituye la característica más evidente de toda la carta sobre el programa de Gotha. Como ningún otro escrito de Marx y Engels, esa carta es capaz de darnos una clave atendible para la solución de los grandes problemas políticos y sociales a cuya superación será llamada la clase obrera en el período a la vez más difícil y más espléndido de su desarrollo histórico, cuando deberá realizar el gran pasaje del ordenamiento social y enonómico capitalista al comunista, no ya simplemente en teoría sino en la dura realidad de la vida. El propio *Manifiesto comunista*, en otros aspectos una cantera riquísima para el conocimiento de la posición marxista en todos los problemas que van más allá del ámbito puramente económico, nos deja en blanco sobre este punto. Aparte de la conocida enumeración de las diez medidas de transición pensadas sólo para el período revolucionario y una definición todavía muy abstracta y filosófica de la meta final comunista,[4] sólo existe esa única indicación

[4] "En el lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones de clase habrá una asociación en la cual el libre desarrollo del individuo es condición para el libre desarrollo de todos." Esta determinación del concepto comunista de libertad supera ampliamente el imperativo categórico de Kant; sin

perentoria siempre repetida de que los comunistas, en todos los movimientos revolucionarios (entre los cuales se cuenta evidentemente también un largo período *posterior* a la creación de la dictadura proletaria) deben plantear "el problema de la propiedad" como "el problema fundamental". Esta relevancia dada al "problema de la propiedad" es sin embargo susceptible de una doble interpretación. Puede ser considerado como un problema jurídico de distribución, que podría resolverse modificando la forma estatal, o bien puede ser considerado "materialistamente" como un problema de la producción social, que sólo podría resolverse subvirtiendo la estructura de la sociedad. Y precisamente mediante una aclaración, llevada hasta sus consecuencias extremas, de este problema de interpretación, Marx desarrolla ahora en la carta sobre el programa de Gotha el sentido más profundo de la contradicción entre el socialismo de estado ideológico-lassalleano y el comunismo materialista-marxista. Lo que los seguidores de Lassalle tienen por delante, como dice Marx incansablemente pero en distintas formas en la carta, como meta final absoluta de sus esfuerzos es no ya una sociedad comunista, sino sólo una confusa etapa intermedia, en la cual será ciertamente eliminada la propiedad privada de los medios de producción con las "desigualdades" e "injusticias" vinculadas a la distribución de los bienes, pero que en todas las demás relaciones, económica, ética y culturalmente, lleva todavía el sello de la vieja sociedad capitalista de hoy. Una sociedad en la cual en particular el derecho burgués y el estado burgués todavía no se han convertido en un elemento completamente superado y casi olvidado de una prehistoria bárbara. También Karl Marx es plenamente cons-

embargo por su parte representa solamente una simple inversión del concepto hegeliano de libertad, cuya descripción más exacta está contenida en la siguiente frase de Hegel, por lo demás bastante complicada: "Primero aparece la vacía abstracción de un concepto de la libertad universal de todos, que estaría separada de la libertad de los individuos: luego por la otra parte precisamente esa libertad del individuo, igualmente aislada. Cada una de por sí es una abstracción sin realidad; sin embargo, planteadas ambas como absolutamente idénticas y por lo tanto en esa primera identidad de fondo, son algo completamente distinto de esos conceptos que tienen su significado solamente en la no-identidad." Ciertamente Hegel vincula la libertad de los individuos en cuanto igualdad de derechos con la libertad de todos, pero con eso quiere ver esa libertad de los individuos realizada sólo en aquella libertad del todo y por lo tanto *a través* de ella. Marx por el contrario hace del libre desarrollo de cada uno la condición para la libertad de todos vinculada con ella. Este concepto abstracto-filosófico no encuentra todavía en el *Manifiesto comunista*, sin embargo, una exposición terrestre-material.

ciente del problema; él ilustró claramente esa "concepción materialista" precisamente en la carta sobre el programa con la lógica más aplastante para cualquiera: con la constitución de una dictadura proletaria y la consiguiente eliminación de la propiedad privada capitalista de los medios del trabajo todavía no se habrá creado una sociedad comunista realizada en sí, que se desarrollará con posterioridad "libremente" según sus propias leyes naturales, hasta alturas inimaginables. Antes bien, "entre la sociedad capitalista y la comunista está el período de la transformación revolucionaria de la una en la otra", y el ordenamiento social de la economía común creado después de la constitución de la dictadura proletaria es "una sociedad comunista, no como se ha desarrollado sobre sus propias bases, sino por el contrario como emerge precisamente de la sociedad capitalista"; por eso dicha sociedad sigue por largo tiempo sometida también al dominio de las leyes naturales de la época capitalista, que son íntimamente extrañas y hostiles a su nueva naturaleza e inhiben y perturban su libre desarrollo. Todo esto es inevitable para una sociedad comunista, que ha "salido tras largos dolores" de la capitalista. Pero el socialismo de Lassalle, basado en la filosofía del derecho y del estado, y por lo tanto prácticamente también el socialismo socialdemócrata de estado de nuestros días con su programa de Görlitz teñido de lassallismo es ahora, juzgado desde la superior posición marxista, culpable de la criminal estupidez de confundir ese simple estado de transición inevitable, necesario por razones históricas, con un estado final ideal, y eso naturalmente por el hecho de no haber superado en absoluto el "horizonte limitado" de la concepción burguesa del derecho, del estado y de la ética. Por eso mezcla ideológica y utópicamente la idea de una "distribución equitativa" y de la creación de una completa "igualdad social y política" en un "estado libre", mientras que en realidad el fin máximo y último, hoy ya visible, del desarrollo comunista consiste precisamente en el hecho de volver completamente inconsistentes todas las imágenes todavía semibárbaras de libertades garantidas jurídica y estatalmente y de sustituirlas en la "nueva vida" de la "fase más alta de la sociedad comunista" por nuevas formas de conciencia de las cuales nosotros hoy, que vivimos apenas en la "prehistoria de la sociedad humana", no podemos hacernos ninguna idea realista.

Debido a que Marx y Lenin querían ver alcanzadas estas altas metas no a través del puro pensamiento o de una fantasía febril en un reino de sueños del espíritu, sino sobre la base del desarro-

llo material de las fuerzas productivas en la realidad humana e inmanente de la vida social real, se les define como "materialistas", y se cree con eso haber dicho algo contra ellos. Los burgueses tienen sus buenas razones materiales, que no es posible sustraerles con medios teóricos inmateriales. Las cosas son distintas para los proletarios, que deben sufrir en las condiciones "materiales" del presente así como también bajo los efectos "ideales" de esas condiciones, y que sólo pueden ser ayudados "idealmente" y "materialmente" subvirtiendo esas condiciones; a ellos nadie puede darles ni les dará esa ayuda "material" si no se la dan solos. Por eso finalmente deben volverse materialistas.

SEGUNDA PARTE

La ortodoxia leninista (1923-1925)

Con los siete escritos de esta parte entramos en lo vivo del compromiso político de Korsch: del "gobierno obrero" de octubre de 1923 a la explosión de la lucha de fracciones en la Internacional Comunista.

El primer escrito, El gobierno obrero *(febrero de 1923) ubica netamente a Korsch como defensor de la Dirección (entre cuyos miembros eminentes se cuentan Heinrich Brandler, August Kleine, August Thalheimer) sobre la cuestión de la táctica del "gobierno obrero". Se trata de la verificación y del banco de prueba de las controvertidas decisiones tomadas en el IV Congreso mundial de la Tercera Internacional. En la Land de Sajonia la* SPD *con 40 bancas contra las 46 de los partidos burgueses está dispuesta a colaborar con los comunistas (10 bancas) con un programa político avanzado. En el congreso de la* KPD *(Leipzig, del 28 de enero al 1 de febrero de 1923), Brandler sostiene la oportunidad de esa coalición para enfrentar la situación contrarrevolucionaria creada en el Reich. No se trata, desde luego, de instaurar la "dictadura del proletariado" sino de proceder a una etapa intermedia hacia ella. La izquierda de la* KPD*, que expone sus tesis en el congreso en el informe de Arkadi Maslow (quien junto con Ruth Fischer representa la oposición, respaldada por fuertes consensos obreros en los distritos de Berlín, Hamburgo y Francfort) no rechaza en principio la táctica propuesta por la Dirección, pero insiste en la necesidad de que el gobierno de coalición se base "en movimientos de masa, en órganos de lucha obrera armada". De ahí la intervención de Korsch centrada en el problema del armamento obrero. El octubre de 1923 también Turingia sigue el camino de Sajonia, y el 16 de octubre Korsch (que tiene 37 años y poco antes se ha convertido en profesor ordinario de derecho civil y del trabajo en la universidad de Jena) ocupa el cargo de ministro de Justicia. Pero la experiencia fra-*

casa luego de algunas semanas. El gobierno central del Reich considera ilegítimos los gobiernos de coalición SPD/KPD *y –por expresa autoridad del presidente socialdemócrata Ebert– hace intervenir al ejército. El 12 de noviembre Korsch se ve obligado a la renuncia y a la rebeldía. La resistencia obrera al ejército es esporádica y desorganizada. El gobierno obrero que hubiera debido presentar resistencia a la dictadura "fascista" y a todas las iniciativas antiobreras, que hubiera debido depurar el aparato estatal de los elementos hostiles y someter la policía a republicanos leales responsables, que hubiera podido contar con el apoyo de todas las organizaciones proletarias (sindicatos, consejos de empresa, comités de control, centurias y milicias republicanas), se desmorona por la deserción de los socialdemócratas. Ésta es al menos la interpretación posterior de Korsch. En ausencia de otros elementos autocríticos (presentes en cambio en la vasta literatura comunista de la época dedicada a las "lecciones del octubre alemán", que hubieran sido ocasión más o menos instrumental para la lucha interna en el partido, en la Dirección y en la propia Internacional) Korsch habla solamente de "ilusiones" incautamente cultivadas –empezando por él mismo– con respecto a los socialdemócratas. En su "rendición de cuentas" al Landtag de Turingia de febrero de 1924 declara: "El proletariado internacional y especialmente el proletariado alemán ha aprendido de esta lección histórica de octubre-noviembre que fue una ilusión haber creído que fuera posible en la batalla decisiva entre capitalismo y proletariado encontrar a la socialdemocracia como partido, aunque sólo fuera por cierto período, del lado justo de la barricada."*

Con el ensayo Lenin y la Comintern *lo ocurrido en octubre de 1923 es ya sólo una "comedia", cuyo trauma actúa de manera radicalizadora en el proceso político subsiguiente. En el congreso de la* KPD *de abril de 1924, en el que la izquierda de Ruth Fischer y Maslow asume la dirección del partido, Korsch pasa a ser responsable de* Die Internationale, *revista teórica del partido alemán. Quiere hacer de ella un instrumento de educación política y un arma de combate en la propia Internacional comunista. Con el ensayo antes mencionado, escrito en preparación para el V Congreso, Korsch hace explícitas sus ideas sobre leninismo y bolchevización. Son conceptos y directivas asumidos por él sin reservas, aun cuando precisamente a partir de la determinación de sus contenidos se delinean los insuperables contrastes que llevarán a la ruptura con la Internacional –desde la "izquierda" (o "ultraizquierda", como dirán sus detractores). Los primeros signos inequívocos de ese contraste aparecen durante el propio V Congreso en el que Korsch, presente como delegado, recibe una censura verbal por boca de Bujarin y Zinóviev ("deberíamos dar al camarada Korsch el consejo amistoso de que estudie en primer término el*

marxismo y el leninismo"). La ocasión inmediata de esa censura, repetida por Bujarin, es un artículo de Boris Roninger publicado en la revista en el que se pone en guardia contra una alianza de los comunistas en los países coloniales con las burguesías locales; un ataque indirecto a la política "exterior" de la Internacional y de la Unión Soviética que pone el dedo en problemas demasiado delicados y explosivos. En cuanto al "consejo" de estudiar el marxismo y el leninismo, no puede decirse que Korsch no lo siga celosamente, aunque a su manera. El incidente del congreso no puede ser considerado como la "excomunión" oficial del stalinismo in fieri *del que después hablaría Korsch. Es el inicio del choque de fracciones, cuyo desenlace aún está abierto. Sólo en marzo de 1925 Korsch es obligado a renunciar a la dirección de* Die Internationale, *no sin una enérgica autodefensa pública en las páginas de la misma revista. En las reseñas de los libros de Lukács y Stalin sobre Lenin y el leninismo (que incluimos en esta colección) sólo un atento desciframiento de la jerga ideológico-política logra individualizar las líneas del choque que se produciría abiertamente un año después. Todavía hasta marzo de 1926, Korsch escribe regularmente en la* Rote Fahne, *órgano nacional de la* KPD, *y sobre todo en la* Neue Zeitung, *órgano comunista de Turingia.*

De esa producción hemos seleccionado aquí algunos de los escritos más significativos. No hace falta decir que muchas tesis contenidas en ellos serán modificadas incluso hasta su opuesto en los años siguientes, en particular las referentes a la historia y la naturaleza de la Unión Soviética.

El gobierno obrero

Una de las principales contradicciones sobre las cuales se discute aquí consiste en el hecho de que algunas cosas, por ejemplo el armamento del proletariado, son consideradas por una parte *tareas* del gobierno obrero y por la otra *condiciones* para la participación en el mismo. Precisamente en este problema se ve de manera particularmente clara cómo buena parte de las contradicciones entre las dos orientaciones deben atribuirse al hecho de que las condiciones de la acción proletaria son vistas por una parte en forma dialéctica y viva, y por la otra en forma adialéctica y rígida. El camarada Maslow compara la tarea que nosotros confiamos al gobierno obrero de crearse su propia base sólida con el armamento del proletariado con una "partenogénesis". En realidad, lo que aquí el camarada Maslow llama "partenogénesis" es, de hecho, lo que Marx y Engels describieron como proceso dialéctico.

Quisiera ahora –en los límites del tiempo que se me ha concedido– mostrar en detalle cómo toda la problemática del gobierno obrero es planteada del principio al fin por la llamada izquierda en forma absolutamente no dialéctica. Quisiera a la vez contraponer a esa pasiva y estéril concepción adialéctica la concepción realmente dialéctica, única que puede conducirnos a la acción transformadora. Comienzo por un punto sobre el cual estamos todos de acuerdo. Todos convenimos en que el primero y prácti-

* "Um die Arbeiterregierung. Diskussionsrede des Gen. Korsch aus dem Leipziger Parteitage", en *Neue Zeitung*, v, 10 de febrero de 1923, núm. 35.

camente más importante significado de la consigna del gobierno obrero es propagandístico. La resolución del IV Congreso mundial comienza con la afirmación: "se debe usar casi en todas partes el gobierno obrero como fórmula propagandística general." Éste es el punto de partida de donde procede todo el resto. Miremos atrás a aquella otra consigna que debe ser considerada históricamente precursora, es decir la consigna de Jena de la "elevación de los valores reales". De hecho, en la práctica de los últimos seis meses el significado de esta consigna ha sido exclusivamente un hecho propagandístico. Debemos entonces convenir en que el valor de la consigna del gobierno obrero es ante todo y sobre todo propagandístico.

Pero la "propaganda" puede comprenderse de dos modos distintos: adialécticamente como la entienden el camarada Maslow y Ruth Fischer o bien dialécticamente como la entienden los camaradas Brandler y Kleine. También la llamada izquierda quiere hacer propaganda, pero concibe esa tarea abstractamente. Pide el gobierno obrero pero al mismo tiempo adelanta una precisión de ese pedido que revela a primera vista hasta al más desprevenido que aquí el término "gobierno obrero" no es en realidad otra cosa que un seudónimo de la dictadura del proletariado. El armamento de los obreros, en efecto, planteado como condición del gobierno obrero, significa que el autodenominado gobierno obrero es ya la dictadura. En forma igualmente adialéctica entiende la izquierda la consigna del frente único. En efecto, ésta –como escribió en un artículo Ruth Fischer y como lo dijo también en su informe el camarada Maslow– es en realidad "la dirección de la lucha por parte del partido comunista solamente." El congreso mundial sin embargo no dice en ningún momento que la lucha deba ser conducida por el partido comunista solo, sino que habla expresamente de una "coalición de partidos obreros". También nosotros queremos usar el frente único y el gobierno obrero como propaganda, pero sabemos que el verdadero objetivo de la actividad propagandística de un partido comunista consiste en la organización de la lucha revolucionaria real de la clase proletaria. Si queremos alcanzar ese objetivo no puede servirnos en este momento la pura fórmula química de la "dictadura del proletariado" porque no puede alcanzar el objetivo de organizar la lucha real de la clase proletaria de hoy. Ése es el único objetivo al que deben apuntar todas nuestras reflexiones, discusiones y discursos: queremos llegar a la acción, a ese *movimiento real* sobre el cual dijo Marx que un paso del movimiento real es más impor-

tante que una docena de programas. La tendencia contraria, en cambio, con su pura fórmula química de la dictadura del proletariado etc., permanece en el reino del puro opinar, del cual ya el filósofo Hegel habló como de un "elemento vago con el cual se puede fácilmente *imaginar* algo". Pero a nosotros no nos interesa imaginar algo, sino transformar la realidad. Por esto debemos aprender a comportarnos dialécticamente.

Hasta qué punto el camarada Maslow ve las cosas adialécticamente es aún más evidente en la tesis sostenida por él y en sus artículos al afirmar que la SPD como partido no estaría en condiciones de luchar, y de que si lo estuviese, nosotros los comunistas seríamos superfluos como partido y deberíamos desaparecer. De manera igualmente adialéctica ha expuesto también la tesis de que el partido comunista no es un partido como los demás. Estas dos afirmaciones no son falsas en un sentido absoluto. Son falsas si se entienden, como lo hace Maslow, de modo no dialéctico. Son correctas, en cambio, si se entienden en forma dialéctica. Ante todo ciertamente no se puede negar que hoy, ateniéndonos a los puros datos de hecho, el partido comunista es solamente un partido proletario como los demás. También la SPD es hoy sin duda todavía un partido proletario. Más aún, es una organización proletaria de masas exactamente como la organización de los consejos de empresa de la ADGB y los propios sindicatos. Para mostrar en qué sentido la afirmación de Maslow de que la SPD como partido no estaría en condiciones de luchar, es una afirmación verdadera y falsa al mismo tiempo, utilizaré una comparación muy simple. Imagínense un cañón, un gran cañón con una fuerte carga explosiva, apuntando no al enemigo sino a un objetivo falso. No sólo está orientado hacia un objetivo falso sino que está tan sólidamente fijado que no es posible moverlo fácilmente. No se necesita el cerebro de un intelectual para demostrar que tal cañón no puede disparar sobre el enemigo. A pesar de eso, si queremos penetrar en la fortaleza enemiga, es nuestro deber dirigir ese cañón hacia el enemigo verdadero, coordinar bien las fuerzas explosivas existentes pero mal encaminadas. Análogamente, podemos organizar el material explosivo de las armas proletarias que hoy en la SPD están orientadas hacia un objetivo falso, en el sentido de la lucha de la clase proletaria.

"Lucha del proletariado" tiene dos significados. En un primer sentido, lucha siempre ha habido. Marx en el *Manifiesto* dice: "la lucha del proletariado contra la burguesía empieza con su existencia misma". En un segundo sentido, sin embargo, esa lucha ni

siquiera existe hoy verdaderamente porque todavía no está plenamente organizado uno de sus objetivos reales, no es todavía claramente una lucha consciente. Es, en efecto, pura ideología querer imponer a todos los combatientes esa claridad sobre el fin último ya en los primeros pasos de la lucha. Debemos más bien ser conscientes de que una visión absolutamente clara y consciente de ese fin estará presente en las masas sólo cuando se haya librado la batalla decisiva y conquistado el poder.

El tiempo de que dispongo ha terminado y no puedo, por lo tanto, llevar a su término estas argumentaciones. De otro modo podría mostrar todavía con mayor precisión en todas las demás declaraciones de Maslow y de Ruth Fischer, además de en las resoluciones presentadas por ellos, cuán adialéctica es la mentalidad que éstas evidencian. Con una mentalidad semejante nuestro partido seguiría siendo siempre una simple secta que procede de puras formulaciones de sus objetivos a formulaciones cada vez más puras, pero se queda siempre en el puro hablar y pensar y nunca llega a ser lo que debe llegar a ser un partido comunista: un partido proletario de masas en condiciones de actuar.

Lenin y la Comintern*

I

Figura en el primer punto del orden del día del V Congreso internacional de la IC el tema "Lenin y la Comintern. Fundamentos y propaganda del leninismo." Esto no significa solamente una adhesión del congreso al espíritu del leninismo y una manifestación muy patente de la voluntad de los participantes en el mismo de resolver con un espíritu de verdadero leninismo todas las cuestiones que a aquél se le puedan plantear. No puede significar tampoco que ciertos problemas, que en el último año de la IC ocuparon en Europa central y occidental el centro de la polémica y que sólo figuran en el orden del día en lugares ulteriores, deban resolverse en este congreso anticipadamente, esto es, antes del análisis de la situación económica mundial, que ocupa el segundo lugar. Sin duda, entre todas las tareas del comunismo centro-europeo-occidental y americano, la de la "conquista de la mayoría entre las capas más importantes de la clase trabajadora", que nos ha sido legada por Lenin, constituye con mucho, en el período actual de la evolución de la IC, la más importante. Y no cabe duda que esta tarea, todavía no llevada a cabo por nosotros, sólo puede realizarse verdaderamente conforme al espíritu del leninismo o, más concretamente, conforme al espíritu de aquellas "conclusiones" que de manera impresionante extrae Lenin en su obra clásica sobre *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* de la historia de los bolcheviques rusos y de las expe-

* "Lenin und die Komintern", en *Die Internationale,* VII, 1924, núms. 10-11, pp. 320-327.

riencias de los partidos europeos. "Encontrar, sentir y realizar el plan concreto de las medidas y los métodos aún no totalmente revolucionarios que *conducen a las masas a la verdadera, última y decisiva gran lucha revolucionaria*", en esto consiste verdaderamente todavía hoy, en el año 1924, exactamente tal como lo proclamara Lenin hace cuatro años –y aún hoy, después de tres años de sedicente "táctica de frente único", de modo más manifiesto que entonces–, la tarea principal del comunismo contemporáneo en Europa occidental y en América. Está dedicada a la solución de este problema práctico principal toda una serie conjunta de puntos en el orden del día del congreso, y de ningún modo sólo uno de ellos en particular, y sólo en este sentido le está dedicado también, juntamente con todos los demás, aquel primer punto que habla de "los fundamentos y la propaganda del leninismo". Se trata aquí de que la Comintern puede y debe demostrar, y hoy –después de la muerte conmovedora de Vladimir Ilich Lenin, su gran jefe y fundador– más que nunca, que está en condiciones de aceptar también *teórica e ideológicamente* y que está dispuesta a realizar la herencia de Lenin; que está dispuesta a conservar y seguir llevando a la práctica en su teoría y su práctica, de modo vivo y actual, el "espíritu" de Lenin como realidad histórica, como leninismo, y a reemplazar, pues, de este modo en la realidad histórica de la Comintern, al Lenin fallecido también en su función teórico-ideológica, por una poderosa colectividad de leninistas vivos. (Véanse más detalles especialmente en la última sección del artículo "V. I. Lenin-Genie, Lehrer, Führer und Mensch" [El genio de V. I. Lenin, maestro, jefe y hombre], de Zinóviev, en los núms. 31-32 de la IC, y en un artículo especial de Bela Kun sobre "Die Propaganda des Leninismus" [La propaganda del leninismo], en el núm. 33, pp. 320).

Al poner el tema "Lenin y la Comintern" en el orden del día del V Congreso internacional, el Comité ejecutivo ha proclamado a la faz del mundo que en la realización de esta gran tarea, tarea gigantesca como nunca se la ha planteado todavía en esa forma partido alguno en toda la historia universal, deben colaborar teórica y prácticamente no sólo el heredero principal de Lenin, el partido bolchevique ruso, sino también todas las demás secciones de nuestro gran partido comunista, de la Internacional comunista. Y ya el propio congreso deberá emprender por esta senda los primeros pasos importantes. Le corresponderá la tarea, en efecto, de formular de modo claro, completo, detallado y válido

para la Comintern entera la consigna de la "Propaganda del leninismo", que en el orden del día sólo se indica vagamente; habrá de señalar a cada sección de la IC las tareas parciales particularmente importantes para ella, en su situación y en su estado de evolución actuales, y habrá de definir las grandes directrices de acuerdo con las cuales deberá procederse en la realización de todas estas tareas.

Pero es el caso que el significado del punto primero del orden del día del V Congreso internacional aún va mucho más allá. Debemos percatarnos, en efecto, de que, mediante la definición más precisa de las múltiples tareas parciales de que consta la "Propaganda del leninismo", el congreso sólo se habrá pronunciado en cierto modo con respecto al aspecto técnico del "leninismo". Por supuesto, también este aspecto técnico reviste una importancia extraordinariamente grande, ya que la "Propaganda del leninismo" forma una parte importante de la gran tarea comunista de la "organización de la revolución". Y no cabe duda alguna de que la realización de esta tarea propagandística se presenta en grado extraordinario como mucho más difícil, aun en condiciones legales, y no digamos ya en condiciones ilegales, en aquellas secciones de la IC que no han conquistado todavía el poder estatal, esto es, en todas las secciones europeas y americanas, que en la Rusia soviética proletaria, y deberá por consiguiente adoptar en aquellas secciones formas en gran parte distintas, formas adaptadas con exactitud a la situación peculiar de cada país y que necesitan ineludiblemente un estudio y una definición más precisos por parte del órgano supremo de la IC, esto es, del Congreso internacional. Sin embargo, estas cuestiones más o menos técnicas no constituyen en modo alguno el núcleo del problema.

En realidad, con la cuestión de "Lenin y la Comintern. Fundamentos y propaganda del leninismo" se ha inscrito en el orden del día el *método de la teoría bolchevique* como tal. Por medio del esclarecimiento de los "Fundamentos del leninismo" y la elaboración, en todas las secciones de la Internacional comunista, de un sistema de propaganda leninista construido sobre dichos fundamentos, la Comintern en su conjunto habrá de soldarse ideológicamente en una sólida unidad, en el terreno común del *método marxista revolucionario, en aquella forma en que Lenin, el teórico del bolchevismo, lo ha "restablecido" y lo ha opuesto a los falseamientos y las confusiones de los llamados "marxistas" de la Segunda Internacional unificada*. Así como en el tercer punto del orden del día se examina

el *programa* de la IC, así se discute, en la cuestión del "leninismo", el *método* de nuestra teoría bolchevique (p. 321).

II

¿Estará el V Congreso internacional en condiciones de resolver este problema tan importante pero al propio tiempo enormemente difícil? ¿Podrá fijar los fundamentos metódicos del "leninismo" de modo tan preciso y correcto, como para que sobre esta base pueda construirse una propaganda leninista metódica y sistemática? ¿Habrá progresado el proceso de la unificación ideológica en el seno de la IC hasta el punto de reunir todas las secciones y todos los grupos de la Comintern en la adhesión a un método teórico que, en sus rasgos esenciales, debería ser el mismo para todos? Surgen aquí dificultades enormes que casi excluyen una solución del problema que llegue a las raíces más profundas. Por una parte, hasta ahora no puede hablarse, en las diversas secciones de la IC –y en particular tampoco en el PC alemán–, del reconocimiento uniforme del "leninismo" como único método válido de la teoría marxista. Además, subsisten todavía actualmente, con respecto a la pregunta acerca de en qué consiste la esencia del "leninismo" como método, aun entre aquellos que adhieren al mismo, algunos puntos de vista divergentes en varios rasgos esenciales. En efecto, una gran parte de los teóricos marxistas, dirigentes y dirigidos, que se consideran pertenecientes de modo orgánico a la IC y están dispuestos, en su política práctica, a obrar "leninísticamente", rechazan con rotundez la afirmación de que el método de Lenin deba considerarse, también teóricamente, como el método restablecido del "marxismo científico". Aceptan el método leninista como método suficiente, con miras a los fines políticos prácticos de la lucha proletaria de clases en el período actual (o sea, pues, en un período que en el plano internacional, y en Europa y América ni siquiera en el plano nacional, no representa todavía el de la toma política del poder), para la orientación de esta lucha, pero no lo reconocen en absoluto, en cambio, como el método más concreto y verdadero de la dialéctica materialista, como el método restablecido del marxismo revolucionario. Consideran más bien como tal el método de Rosa Luxemburg, fundadora del PC alemán, o declaran como unilaterales tanto el método leninista como el luxemburguiano, y sólo quieren reconocer como método verdaderamente marxista el

método aplicado por el propio Marx en su período de madurez científica. No es posible, en este breve artículo, iniciar siquiera una discusión a fondo con estos adversarios absolutos del método leninista (como uno de los métodos o, respectivamente, *el* método del marxismo científico). Esta tarea sólo se emprenderá en los cuadernos siguientes de esta revista, en cooperación con un círculo lo mayor posible de teóricos comunistas. Por hoy nos limitaremos, pues, a decir que, para nosotros, la práctica política del bolchevismo y la forma "restablecida" por Lenin de la teoría marxista revolucionaria constituyen un todo tan indisolublemente coherente, que no acertamos a ver cómo es posible estar, como "político práctico", y en lo que respecta al papel del partido comunista en la revolución proletaria por ejemplo, a favor del punto de vista comunista de la resolución del II Congreso internacional (p. 322) y, al propio tiempo, comprender, en cuanto "marxista científico", la conexión entre la evolución económica y la lucha proletaria de clases en las formas específicamente luxemburguianas del método dialéctico materialista. Nos parece que la concepción bolchevique del "papel del partido" sólo puede comprenderse cabalmente a partir del punto de vista de aquel materialismo totalmente "materialista" de Marx, "restablecido" por Lenin y llevado por éste un paso más allá todavía, que incluye también en su verdad objetiva la actividad y la práctica sensible humana como tal, en tanto que el punto de vista de la dialéctica luxemburguiana, que del lado práctico no es todavía una dialéctica tan "materialista" como la leninista, sigue adhiriendo todavía a esta concepción leninista del papel del partido un penoso residuo de "subjetivismo". Pero en cualquier caso parece claro que una resolución sobre los "fundamentos del leninismo" y un sistema de "propaganda leninista" que en el V Congreso internacional aprobaran conjuntamente marxistas "luxemburguianos" y "leninistas" (a los que se añaden además, a título de terceros, aquellos marxistas que no reconocen como verdadero y cabal marxismo ni el desarrollo ulterior luxemburguiano ni el restablecimiento leninista) habría de resultar ineludiblemente tan poco satisfactoria como un programa comunista aprobado de conformidad para toda la IC por aquellos mismos teóricos. El esclarecimiento completo de la relación entre los métodos luxemburguiano y leninista de la teoría marxista constituye la premisa indispensable para la determinación "de los fundamentos y la propaganda del leninismo".

Aun prescindiendo por completo de la disputa entre luxem-

burguianos y leninistas, actualmente tampoco existe acuerdo general alguno sobre la cuestión de la esencia del leninismo como método teórico o, más exactamente, hoy este acuerdo existe menos que antes. Y es pues perfectamente comprensible que en una época en que, a causa de una crisis aguda, se han convertido las cuestiones más importantes de la práctica bolchevique en objeto de una disputa encarnizada de fracciones, también la cuestión del método teórico del leninismo se vea arrastrada en el fragor de esta lucha, porque es verdad que la conciencia metódica de un partido comunista marxista no queda en absoluto fuera ni por encima de la práctica del mismo en sentido alguno, sino que antes bien constituye un elemento importante de esta práctica. No debe sorprendernos pues que en los intentos emprendidos actualmente desde diversos lados para determinar el método de la dialéctica leninista, volvamos a encontrar todas aquellas tendencias que, en la disputa sobre la táctica y otras cuestiones de política práctica, se enfrentan hoy, también prácticamente, en el seno de la Comintern. Es particularmente interesante en este aspecto un artículo "sobre el empleo de la dialéctica materialista por Lenin en algunas cuestiones de la revolución proletaria", del camarada Thalheimer publicado en el fascículo 1-2 de la nueva revista comunista *Arbeiterliteratur* [Literatura obrera].

III

El camarada Thalheimer quiere ilustrar el método leninista, que también según él no es más que el método marxista de la dialéctica materialista utilizado por Lenin con la misma audacia (p. 323) pero a la vez con la misma precaución y exactitud que las del propio Marx, a la luz de la evolución de tres cuestiones particulares; la cuestión de la dictadura del proletariado, la cuestión agraria y la cuestión de la guerra civil e imperialista. La sección referida a la cuestión de la dictadura proletaria finaliza con la observación de que Lenin no ha designado la forma soviética del estado como "la forma política finalmente descubierta" de la dictadura de la clase trabajadora sino sólo como "un nuevo tipo" de estado, en la que se halla contenida ya la posibilidad de "variedades, clases y formas" de dicho tipo. La sección relativa a la cuestión agraria plantea que, al tratar esa cuestión, Lenin había mostrado "una aplicación particularmente instructiva y exacta del método materialista dialéctico". (Según la exposición de Thal-

heimer, esta aplicación consistió en el hecho de que, para salvar la esencia de la causa de la revolución proletaria, esto es, la transición del poder político al proletariado, Lenin dejó de lado todas las exigencias "rígidas" del programa agrario bolchevique anterior y confió en que, en el curso de la "vida", todo lo demás se iría encontrando "por sí mismo", como "resultado de la fuerza del ejemplo, como resultado de consideraciones prácticas".) En la tercera y última sección, el camarada Thalheimer define como "un verdadero modelo ejemplar de análisis dialéctico concreto" la circunstancia de que, en el tratamiento de la cuestión nacional, Lenin aniquile críticamente por una parte los falseamientos del patriotismo social, mientras subraya por la otra que, en determinadas condiciones, aun en la Europa de la guerra mundial, la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil "no es probable", sin duda, pero "tampoco es teóricamente imposible".

Ahora bien, nada está más lejos de nuestro ánimo que el quedarnos siquiera un ápice atrás de la admiración que tributa el camarada Thalheimer a la solución leninista de estas tres importantes y difíciles cuestiones. Pero debemos plantear muy seriamente la pregunta acerca de en qué medida, mediante un tratamiento de estas cuestiones tal como el camarada Thalheimer lo describe, Lenin ha proporcionado precisamente esos modelos ejemplares "particularmente" instructivos y exactos de la aplicación del método dialéctico materialista del marxismo. ¿En qué consiste, por ejemplo, la aplicación particularmente instructiva y exacta del método dialéctico materialista en la actitud de Lenin frente a la cuestión agraria? También Karl Marx, como es bien sabido, atribuyó a la clase revolucionaria en rebelión la facultad de "encontrar directamente en su propia situación el contenido y el material de su actividad revolucionaria, esto es, de matar enemigos, de adoptar medidas impuestas por la necesidad de la lucha, etc.: las consecuencias de sus propios actos la empujan hacia adelante; no procede a investigación teórica alguna de su propia tarea" (*Klassenkämpfe in Frankreich* [*Las luchas de clases en Francia*]. Ed. Dietz, p. 31). Con igual derecho podría confiar el teórico y el práctico de la revolución rusa, en medio de la batalla, en aquella dialéctica inmanente, inconsciente y natural que "por sí misma" se afirma en la "vida" y en la lucha de la clase revolucionaria como parte de esta vida. ¿Pero es precisamente aquí, donde Lenin renuncia a "investigaciones teóricas" (para decirlo con Marx), el lugar en que es aplicado el método dialéctico? ¿Es precisa-

mente aquí donde es aplicado de modo "particularmente instructivo y exacto"? Nosotros pensamos, por el contrario, que aquí chocamos con el punto en el que hasta la dialéctica materialista extremadamente desarrollada, que según la idea de Thalheimer debería captar en forma plena el proceso histórico de la revolución proletaria, llega a su límite. Aquí, el proceso histórico concreto transcurre todavía dialécticamente en su realidad material, pero de este curso el dialéctico no puede ya comprender mucho. Uno de los requisitos de una teoría correcta del método marxista es no ignorar la existencia de tales límites, pero una cosa muy distinta es ver precisamente en ellos el núcleo auténtico de la "dialéctica materialista" de Marx y de Lenin. Así hace en cambio, aunque de distinta manera, el camarada Thalheimer en los otros dos ejemplos escogidos por él para ilustrar el uso leninista del método dialéctico, a propósito de ciertos rasgos del método de Marx y de Lenin –rasgos que son por cierto también típicos de un método realmente materialista y no ya metafísico, pero no constituyen la esencia íntima de ese método materialista dialéctico que es el corazón y el núcleo fundamental del materialismo, del marxismo y del leninismo en general. Y a esta deformación de la esencia del método marxista-leninista, que efectúa concretamente en sus tres ejemplos, le añade además, en la introducción y en otras observaciones dispersas de su artículo, una teoría general, igualmente deformada, de la esencia de dicho método. Exagera, en efecto, el pensamiento fundamental de Marx, de que la verdad es siempre concreta, hasta convertirlo en la caricatura de que los resultados del pensamiento materialista dialéctico tanto en Lenin como en Marx nunca y en forma alguna pueden aplicarse con un sentido más general, más allá del círculo momentáneo de la experiencia de que han sido derivados y al que están destinados; como si los propios Marx (p. ej. en la carta a Mijailovski) y Lenin (p. ej. en la introducción al *Izquierdismo* que lleva el título de "¿En qué sentido puede hablarse del significado internacional de la Revolución Rusa?") no hubieran distinguido ellos mismos muy exactamente entre aquellos resultados de su investigación materialista dialéctica que admiten un significado más general y los que no lo admiten. ¿Y qué vale, en suma, un método "materialista dialéctico" que no nos dé absolutamente nada que vaya más allá de la experiencia actual, que ya conocemos, y que sólo produzca resultados históricos, según lo expresa Thalheimer, esto es por una parte reflejo teórico (!), análisis de un tiempo concreto, y por la otra norma para la lucha del prole-

tariado de un momento también determinado? En realidad, este nuevo método creado por el camarada Thalheimer mediante la deformación de la dialéctica materialista marxista-leninista ya nada tiene que ver con la dialéctica materialista. En efecto, en su empeño por comprender el método materialista de Marx y Lenin de modo totalmente "materialista", como el método de una ciencia y una práctica de la experiencia histórica, el camarada Thalheimer ha rebasado el límite de lo que puede designarse como dialéctica materialista y ha desembocado en un historicismo, un positivismo y un practicismo totalmente adialécticos. Así, pues, mientras Rosa Luxemburg (p. 325) no se ha hecho todavía totalmente materialista en su concepción de la práctica humana y sigue siendo en este aspecto, según lo hemos indicado hace un momento, una dialéctica hegeliana, el camarada Thalheimer, en cambio, ha expulsado del método de la ciencia marxista, juntamente con los restos de la dialéctica hegeliana, todo el elemento dialéctico. En efecto, el método dialéctico materialista de Marx, que es esencialmente la comprensión concreta de la revolución proletaria como proceso histórico y como acción histórica de la clase proletaria, se transforma, en él, en un mero "reflejo" ideológico, pasivo, de contingencias históricas particulares, distintas en el espacio y el tiempo. Este falseamiento teórico de la esencia del método materialista dialéctico marxista-leninista conduce prácticamente a una desvalorización de todos los resultados obtenidos mediante dicho método por Marx, Engels, Lenin y otros marxistas. Y resulta bastante fácil percibir de dónde proviene esta tendencia hacia la desvalorización de los resultados del método de investigación de Marx y Lenin y adónde conduce. Tomemos a título de ejemplo la afirmación de Thalheimer, cien veces repetida, de que el estado soviético sólo es designado por Lenin como un tipo, susceptible de gradaciones y variaciones. Ahora bien, estos resultados del método marxista-leninista sólo pueden desvalorizarse a tal punto si lo que se quiere es, deliberada o inconscientemente, desprenderse de ellos. La concepción del estado soviético como un tipo nada más de la dictadura proletaria, con múltiples variaciones posibles, permite al teórico del "leninismo" desprenderse de las formas "rígidas" de la dictadura de los consejos (que según el verdadero Lenin sólo designa, sin duda, el "comienzo", susceptible de desarrollo ulterior, de la forma socialista del democratismo, ¡pero sólo el "comienzo"!), hacia las diversas "gradaciones, variaciones" y degeneraciones de dicho tipo y, entre otros, hacia el "gobierno de trabajadores" tipo

sajón. Y así con todos los demás "resultados" de la teoría marxista y leninista. Porque es el caso que si todos no son más que "productos históricos", ligados a sus premisas históricas concretas y aplicables solamente a las condiciones de un momento y de un país determinados, resulta obvio que, en nuevas condiciones, frente a nuevas experiencias y a necesidades políticas diferentes, todos los "resultados" anteriores del marxismo pierden su validez y pueden y deben sustituirse por los nuevos conocimientos y las nuevas normas en los que la nueva situación se "refleja" para el manipulador "leninista" de la dialéctica materialista. Así, pues, al transformar el camarada Thalheimer el materialismo dialéctico y revolucionario de Marx y Lenin en una ciencia y una práctica experimentales puramente históricas, no ya dialécticas y, por consiguiente, tampoco revolucionarias (o inversamente, no ya revolucionarias y, por consiguiente, tampoco dialécticas), bajo el disfraz tentador del "leninismo" pone en lugar del método revolucionario del marxismo, un método oportunista y reformista en su tendencia.

IV

Nos hemos ocupado de la concepción del método leninista sustentada por Thalheimer con particular detenimiento (p. 326) no sólo porque el camarada Thalheimer figura como segundo ponente de la cuestión del programa en el V Congreso internacional y, por consiguiente, su voz será sin duda escuchada también con particular atención por el congreso en relación con el punto relativo a la esencia del leninismo como método, sino que nos ha interesado más todavía mostrar de modo extenso y claro, sirviéndonos de un ejemplo típico, que el intento de una determinación de los "fundamentos del leninismo" y, especialmente, de la fijación, en el V Congreso internacional, de lo esencial del método leninista está ligado no sólo a grandes dificultades, actualmente casi insuperables todavía, sino también a ciertos peligros que son tanto mayores cuanto que, precisamente en este terreno puramente teórico y muy alejado de la lucha práctica de las fracciones, pueden pasar más fácilmente inadvertidos. Bajo la bandera revolucionaria del "leninismo", que a todos nosotros nos es cara, se intenta introducir ahora subrepticiamente en la práctica y la teoría del comunismo revolucionario toda clase de contrabando revisionista, reformista y oportunista. Y en su motivo más profundo, la teoría del método leninista formulada ahora por el ca-

marada Thalheimer sólo significa una teoría falsa para una práctica política falsa. De modo análogo a como se relaciona en Alemania la táctica oportunista y reformista del frente único empleada desde el Congreso del partido en Leipzig, con el método revolucionario de la agitación y de la movilización de las masas, así se relaciona el método "leninista" de Thalheimer y de los camaradas que piensan como él con el verdadero método del leninismo revolucionario, esto es, con el método dialéctico-materialista, restablecido y completado por Lenin, del marxismo revolucionario. Al igual que en relación con todas las demás cuestiones directamente prácticas de la política comunista, el V Congreso internacional deberá levantar también en el examen de los fundamentos teóricos de esta política, en la cuestión del programa y en la de los fundamentos del leninismo, ciertos muros protectores contra la marea ascendente del revisionismo comunista. Mediante la realización de esta función negativa, puede contrarrestar vigorosamente la decadencia inminente del método de la ciencia revolucionaria marxista, restablecido y completado por Lenin, que en su esencia no es más que la conciencia teórica de la acción revolucionaria de la clase proletaria. Para una fijación positiva, en cambio, de la esencia del leninismo como *método,* el momento actual del desarrollo de la Comintern es tan poco indicado como lo es para la fijación de un programa comunista definitivo, válido para una época entera de la política comunista.

Sobre Lenin y el leninismo*

I

El tema de este nuevo libro de Lukács lo constituyen los problemas fundamentales del leninismo. Y el camarada Lukács ha sabido esclarecer todos estos problemas fundamentales en una forma asombrosamente concisa (en 70 páginas), con un lenguaje sencillísimo y fácilmente comprensible, pero a la vez de una manera sumamente profunda y minuciosa. La *actualidad de la revolución proletaria* es el pensamiento esencial que caracteriza la teoría y la práctica de Lenin, y que al mismo tiempo determina la relación entre este "leninismo" y la teoría y práctica de Karl Marx. Ya el materialismo histórico de Marx, en cuanto teoría de la revolución proletaria, tiene como premisa la actualidad histórica de la revolución proletaria. Sólo los epígonos reprimieron esta premisa fundamental del marxismo, sostenida por Karl Marx y Friedrich Engels incluso después de 1850, de una manera (Bernstein) u otra (Kautsky). Al retomar dicha premisa, Lenin "restauró" la doctrina marxista, y al mismo tiempo la formuló con mayor claridad y precisión al incorporarle el aporte del proceso histórico posterior a Marx. La actualidad *histórico-universal* de la revolución proletaria en el marxismo se ha convertido, en el leninismo, en la actualidad de la revolución en cuanto *problema de*

* Recensiones a las obras de Lukács y Stalin: "G. Lukács: *Lenin, Studie über den Zusammenhang seiner Gedanken*", en *Die Internationale*, VII, 1924, núm. 12, pp. 413-414; "Stalin: *Lenin und der Leninismus*", en *Die Internationale*, VII, 1924, núm. 21-22, pp. 668-670. [De ambas obras hay edic. en español: Georg Lukács, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*, México, Grijalbo, 1970; José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1946.]

actualidad inmediata del movimiento obrero. La teoría reformista y menchevique de la unión "necesaria" de desarrollo capitalista y democracia, válida para la época pasada del movimiento proletario, se convierte de esa manera en una idea carente de veracidad para la presente época capitalista-imperialista. "Tal como lo demuestran los hechos, tanto el capitalismo como el imperialismo se desarrollan bajo *cualquier* forma política, y se someten a *todas* las formas" (Lenin). Por eso, en esta época debemos romper con la caótica fusión del proletariado con los estratos burgueses "progresistas" y con el oscuro concepto de "'pueblo", teórica, práctica, y definitivamente. La *clase proletaria* debe actuar, teórica y prácticamente, como *la fuerza decisiva, como la clase conductora.* Pero esto no significa que hayamos entrado ahora en la era de la "revolución proletaria pura" y que el proletariado pueda desdeñar y rechazar todos los movimientos de descomposición y fermentación que se producen dentro del sistema imperialista-capitalista mundial (en los problemas agrario, colonial, de las nacionalidades) y que se hallen por debajo del nivel de una revolución proletaria pura. "Quien espere una revolución social pura, jamás la verá, y sólo es un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución." (Lenin.) Por el contrario, la clase proletaria debe imponerse como clase conductora para el proceso total de la verdadera revolución actual. En este proceso revolucionario general, la revolución proletaria constituye el factor trascendente, y todos aquellos momentos que, abstractamente considerados, sólo completan la transición de las condiciones precapitalistas medievales a las capitalistas modernas se han convertido para la consideración histórica concreta del leninismo en meros factores parciales de este proceso global. Así, la alianza revolucionaria entre el proletariado y el campesinado en Rusia, la alianza revolucionaria de los proletarios de todos los países y de los pueblos oprimidos en la Internacional comunista no falsea ni debilita la hegemonía de la clase proletaria en cuanto clase dirigente de la actual revolución universal, sino que sólo gracias a ellas adquiere una realidad práctica y concreta. Sólo bajo esta idea fundamental de la "actualidad de la revolución" puede comprenderse también en su totalidad el concepto leninista del "*papel del partido*" y todos los problemas *organizativos* del leninismo. "No puede separarse mecánicamente lo político de lo organizativo, y quien apruebe o repruebe la organización partidaria bolchevique independientemente de la cuestión de si vivimos en la época de la revolución proletaria, seguramente no habrá com-

prendido nada de su esencia". (Lenin.) Sólo en este contexto se torna unilateral e insuficiente la idea de Rosa Luxemburg en el sentido de que la organización sería un producto del movimiento revolucionario de masas. Las ingentes tareas que plantea al proletariado la época de ocaso del capitalismo imponen al estrato dirigente consciente del proletariado una descomunal responsabilidad *actual*; los "comunistas" deben asumir consciente y activamente el papel de la conducción de la clase proletaria, y con el fin de cumplir su misión –la organización de la revolución– y en su carácter de partido revolucionario que guía y organiza al proletariado, deben organizarse y disciplinarse ellos mismo. La actualidad de la revolución convierte en una cuestión vital para el proletariado el que éste vea con claridad el pensamiento y la acción realmente correspondientes a su situación de clase, en una figura visible, la del partido proletario dirigente: los partidos comunistas nacionales y los partidos comunistas generales internacionales de la Tercera Internacional. De esta relación surge asimismo la correcta comprensión de la *teoría leninista del estado*. Lenin planteó el problema del estado como un problema actual del proletariado en lucha, señalando concretamente la naturaleza del estado como *arma* en esa lucha. Al estado burgués, que también siendo una democracia pura constituye la organización del dominio de una minoría (una organización con la función de hacer valer a la clase burguesa dominante en forma concentrada y formando un frente unitario, y al mismo tiempo de desorganizar y atomizar las clases oprimidas), se le enfrentan los "consejos obreros", que ya en sus primerísimas formas sin desarrollar exhiben su carácter fundamental de *contragobierno* revolucionario . . . Por eso, dichos consejos obreros deben ser difundidos permanentemente en el seno del proletariado por el partido leninista, que es el partido de la actualidad de la revolución proletaria, mientras que su existencia real, si no ha de constituir una farsa, ya significa inexcusablemente la primera lucha seria por el poder estatal: la guerra civil. Después del triunfo de la clase proletaria se perfecciona la naturaleza del consejo obrero en cuanto aparato estatal, como arma en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía, la cual al comienzo de la república e incluso durante su sometimiento político sigue siendo la clase más poderosa, y por ello la clase proletaria victoriosa debe combatirla, desintegrarla, aislarla y aniquilarla mediante su arma más importante: el arma del sistema de consejos como organización del estado. La aplicación (consecuentemente proseguida aún después de con-

quistado el poder) del mismo método histórico dialéctico del marxismo restaurado, concretado y actualizado por Lenin, a los entonces actualizados problemas económicos y generales del socialismo, constituye la esencia de lo que trata Lukács en el último capítulo de su opúsculo como la *"política realista revolucionaria"* de Lenin. Bajo ese enfoque se disuelve la vacua apariencia de todas las "contradicciones" que los socialistas oportunistas y los políticos burgueses creyeron haber encontrado en el partido bolchevique durante los últimos tres años. Y señalemos algunas de esas contradicciones: el mantenimiento por parte de los bolcheviques, después de su "retorno al capitalismo", de la antigua estructura partidaria y de la antigua dictadura "antidemocrática" del partido; su mantenimiento de la tarea de preparación y organización de la revolución mundial, mientras que el estado del proletariado ruso trata simultáneamente de acordar la paz con las potencias imperialistas y de atraer al capitalismo imperialista hacia la construcción económica de Rusia; la enérgica depuración ideológica y consolidación organizativa del partido proletario, mientras que al mismo tiempo la política económica de la República de los soviets aspira temerosa a impedir todo aflojamiento de la alianza con el campesinado, etc. La rigidez mecánica del pensamiento no dialéctico ni revolucionario no logra comprender que todas esas "contradicciones" son *contradicciones objetivas y en devenir de la era presente,* y que la política del Partido comunista de Rusia, la política de Lenin sólo es contradictoria en la medida en que busca y encuentra las *respuestas dialécticamente correctas* a las contradicciones objetivas de su propio ser social. Si remitimos de esta manera todos los problemas individuales de la práctica leninista a la cuestión fundamental del método materialista dialéctico, comprendemos al mismo tiempo en qué sentido se justifica hablar del leninismo como de una *nueva fase* en la evolución de ese materialismo dialéctico. Lenin no sólo "restauró" la pureza de la doctrina marxista, rescatándola de la vulgar deformación y simplificación marxista. Antes bien, el leninismo significa un peldaño inalcanzado hasta ahora del pensamiento y de la acción materialista dialécticas concretas, no esquemáticas, no mecánicas, y que apuntan totalmente hacia la práctica. Mantener el movimiento comunista mundial a la altura de esta teoría y de esta práctica marxista-leninista, tal es la principal tarea de los leninistas.

Al proseguir hasta este punto sus investigaciones acerca de la cohesión de las ideas leninistas esenciales –que aquí sólo se esbozan en forma abstracta e incompleta– el camarada Lukács ha

demostrado, al mismo tiempo, la actualidad inmediata de estas investigaciones suyas para las tareas presentes de la Comintern. Ha efectuado una importante contribución al problema de "Lenin y la Comintern. Fundamentos y propaganda del leninismo", que constituye el primer punto del orden del día del próximo V Congreso de la Internacional comunista. Esta contribución es sólo teórica, y para algunos lectores no habituados a las investigaciones metódicas generales acaso por momentos sea "demasiado teórica". Pero creemos que los comunistas deben estar con Karl Marx, quien dijo que: *"También la teoría se convierte en fuerza material, apenas se apoderan de ella las masas."*

II

> También debemos buscar todos los medios para explicar a los extranjeros los comienzos de esta resolución [Lenin en el IV Congreso de la IC con referencia a la resolución del II Congreso acerca de la estructuración organizativa de los partidos comunistas y del método y contenido de su tarea.]

Debe ponerse el leninismo en ejecución: en eso consiste la gran tarea prescrita por el primer congreso mundial del futuro partido comunista mundial, el V Congreso de la Internacional comunista, a los partidos comunistas de Europa, América y todo el mundo, para su labor *práctica,* política y organizativa, al igual que para su labor *teórica.* En su prólogo a la edición alemana del libro de Stalin sobre el leninismo, el camarada Bela Kun señala con razón que en el V Congreso se le planteó esta tarea a los partidos europeos-occidentales *por primera vez en toda su amplitud.* Hasta el V Congreso bastábale a un partido reconocer los *principios comunistas* proclamados por el I Congreso y cumplir las *condiciones organizativas* fijadas en sus rasgos fundamentales por el II Congreso, y elaboradas por el III y IV Congresos, demostrando no sólo con palabras, sino con los hechos, la separación llevada a cabo en la realidad con respecto a reformistas y centristas, para lograr la pertenencia a la III Internacional. Pero no constituía más que un programa y una promesa el que los partidos pertenecientes de ese modo a la Internacional comunista se calificaran de "sección de la Internacional comunista". En su estructura y

calidad interna aún distaban mucho de ser verdaderas partes constituyentes de un partido comunista universal. Pertenecían exteriormente a una Internacional bolchevique, leninista, pero ellos mismos aún no eran, ni en la teoría ni en la práctica, totalmente leninistas. (En cuanto a esto último, recuérdese que hasta 1923 las enseñanzas de Rosa Luxemburg constituían "la teoría" del Partido comunista alemán, y que partidos comunistas íntegros, como por ejemplo el inglés, en el fondo no poseen aún "teoría" alguna.) La novedad aportada por el V Congreso consiste en que el proceso de "bolchevización" comenzando desde arriba, en la propia Internacional comunista, ahora se expande teórica y prácticamente hacia abajo, abarcando por primera vez la estructura interna de las corporaciones partidarias hasta llegar a sus "células" individuales. Al principio sólo el Partido bolchevique ruso lo era. A partir de esa célula germinal comenzó el proceso de "bolchevización", el cual se aplicó primeramente a la Internacional comunista en cuanto tal. La directiva impartida por el V Congreso mundial establece que de ahora en adelante deben "bolchevizarse" todas las secciones de la Internacional comunista.

El cumplimiento concreto de esta directiva no le resulta fácil a ningún partido comunista europeo. La tarea de adoptar no sólo formalmente el leninismo, limitándose a pura cháchara, sino de *aprenderlo* en un sentido *especial, comprender* verdaderamente la *organización,* la *construcción,* el *método* y el *contenido* de la tarea leninista y de *realizar* concretamente el leninismo, plantea las mayores exigencias a todos los partidos europeos, no sólo en el aspecto práctico-organizativo sino también en el *teórico.* Lo que debe realizarse dentro del partido (en su cuerpo de funcionarios y en sus afiliados) y por parte del partido (frente a toda la clase proletaria y frente a los actuales y futuros aliados del proletariado) en materia de labor *teórica leninista,* no puede ciertamente lograrse como subproducto de los esfuerzos organizativos ni de las acciones políticas. Pensarlo constituiría una ominosa recaída en la teoría de la espontaneidad (de Rosa Luxemburg), que por lo demás se considera superada. De nada sirven aquí los remilgos, la fijación de términos perentorios para la transformación en células de empresa y para el reingreso a los sindicatos libres. Todo esto hace falta *obviamente* para la "bolchevización del partido", tal como hace falta fruncir los labios para silbar. Pero la cuestión reside en que también aquí, en la teoría, no basta con fruncir los labios: también hay que silbar realmente. "Debo acla-

rar que el anhelo de los prácticos, en el sentido de eludir la teoría, contradice el leninismo y alberga grandes peligros para la causa proletaria" (Stalin, p. 27). La "ejecución del leninismo, también en la teoría", debe formularse y llevarse a cabo concretamente, en el sentido que le daba Lenin, como una *tarea parcial especial dentro* de la tarea general de la "bolchevización del partido".

Al igual que todas las restantes tareas parciales de la "bolchevización", tampoco es posible resolver este problema teórico "de la noche a la mañana". Lo dicho por el camarada Lenin en uno de sus últimos discursos en el IV Congreso, con especial referencia al aspecto organizativo de la bolchevización, es válido igualmente para todos los aspectos del proceso de bolchevización del partido, y de esa manera más general es como debemos entenderlo hoy en día. Al igual que la organización partidaria bolchevique, todo el bolchevismo y el leninismo –su práctica, y en no menor proporción también su teoría– son "demasiado rusos" para una comprensión rápida y sin esfuerzo por parte de los "extranjeros". Refleja "la experiencia rusa". Por eso "los extranjeros no entienden". Sin embargo, los "extranjeros" (vale decir, los partidos comunistas de Europa y América) ya no deben contentarse actualmente con "colgarlo de la pared como un icono, y adorarlo". Con ello nada se logra. Deben "incorporar una parte de la experiencia rusa". Y para esto los "rusos" deben ayudar a los "extranjeros" y deben hacerles comprender que también para ellos lo más importante para el período que se inicia es la "doctrina leninista" (como lo es también, en otro sentido, para los propios rusos).

En buena hora para esta *necesidad doctrinaria* leninista *real*, que la masa de afiliados a nuestro partido también *siente ya realmente*, aparece la edición alemana del libro sobre el leninismo del camarada Stalin, dedicado a la "proclamación leninista". Este libro, del cual "aprendió la nueva generación de trabajadores del partido en la Universidad de Sverdlov, en Moscú, los fundamentos del leninismo" (Bela Kun, prólogo a la edición alemana), es también para nosotros, "extranjeros", un medio apropiado de aprendizaje con el que podemos *comenzar a aprender* el leninismo.

Un manual de aprendizaje para principiantes en leninismo sería realmente la calificación más apropiada de lo que debe buscarse y lo que no debe buscarse en este libro. Desde luego que no es una primera introducción para principiantes, un ABC para alumnos elementales de la filosofía proletaria de clases ni de la ciencia de

las clases en general. "Lenin es marxista, y el fundamento de su cosmovisión lo constituye obviamente el marxismo" (Stalin, p. 3). "Explicar el leninismo significa señalar lo especial y novedoso en los trabajos de Lenin, agregado por él al rico venero del marxismo y ligado a su nombre" (*ibid.*). Es decir, que el camarada Stalin sólo trata particularmente *lo especial y lo novedoso* de la teoría leninista, en virtud de lo cual dicha teoría se presenta como una forma nueva del marxismo, desarrollada a partir del punto de vista marxista, bajo las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha proletaria de clases. Con ello posibilita realmente que los "extranjeros incorporen una parte de la experiencia rusa", en ese sentido especial de la expresión "experiencia *rusa*" que la misma ha asumido a comienzos del siglo xx, y sobre todo desde 1917 para la clase proletaria revolucionaria. Para los marxistas-leninistas, la "teoría" no es otra cosa que la expresión general de la experiencia del movimiento obrero. La teoría del "marxismo" en general es "la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada como un todo" (Stalin, p. 27). Y lo "nuevo y específico" del leninismo es precisamente la "experiencia rusa", es decir, más exactamente, la experiencia de la clase obrera revolucionaria en el siglo xx, vista desde la perspectiva del proletariado al cual la historia le había planteado la *misión inmediata* de "destruir el más poderoso pilar de apoyo no sólo de la reacción europea, sino también de la asiática" y el cual, gracias a la "*concreción de esa misión*", fue convertido en "vanguardia del proletariado revolucionario internacional". Esta "experiencia rusa", en cuanto teoría, es lo específico de la doctrina leninista que nos transmite a nosotros, principiantes del leninismo (¿y qué marxista europeo-occidental no sería un principiante de esa índole?), el libro sobre Lenin del camarada Stalin. *¡Un manual para marxistas, para aprender el leninismo!*

Pero por otra parte sería erróneo y significaría pensar de una manera muy exterior y absolutamente antidialéctica, si de ello se pretendiese concluir que el libro de Stalin sobre el "leninismo" ya "presupone conocido al marxismo", de modo que *sólo* pueden leerlo con provecho aquellos lectores que ya estudiaron el "marxismo" hasta el final. Ya la propia circunstancia de que todas estas "clases" en las que dividió el camarada Stalin su libro, escrito de una sola pieza (la historia exterior de su génesis es inversa: se trata de clases individuales unidas para formar un libro), fueran dictadas frente a la joven generación obrera de Moscú, hace que, a pesar de poner el mayor énfasis en lo novedoso, en lo espe-

cíficamente leninista del marxismo, las mismas den por resultado un conjunto comprensible del marxismo-leninismo, una descripción del *marxismo como leninismo, como la "teoría de la revolución" en la época del imperialismo y de la actualidad inmediata de la revolución proletaria*. Nuestra nueva generación "extranjera" de obreros y "revolucionarios profesionales" tampoco tendrá que hacer ya, en el futuro, lo que nosotros, la generación anterior, debimos hacer por la fuerza, y que en lo sucesivo sólo harán aún los especialistas en la historia del marxismo-leninismo: estudiar primeramente el "marxismo en general" (o, mejor dicho, las etapas evolutivas preleninistas del marxismo, desde el comunismo de la década de 1840 hasta el marxismo de *El capital* y hasta la desintegración en la Segunda Internacional y la antítesis de esa desintegración –"en la abyección, la indignación por la abyección"– de la teoría de Rosa Luxemburg), y luego lo nuevo y específico del leninismo, como un apéndice a posteriori. Ellos, en cambio, estudiarán desde un principio la forma perfeccionada, el leninismo, y estudiarán en él, al mismo tiempo, el marxismo. "En la época del desarrollo imperialista y de la revolución proletaria, sólo es posible propagar eficazmente el marxismo en la forma del leninismo" (tesis propagandísticas del V Congreso mundial). En consecuencia, el libro del camarada Stalin, pese a tratar el marxismo solamente como leninismo, e incluso precisamente por ello, es un libro propagandístico y un medio de aprendizaje apropiado no sólo para "marxistas" de instrucción completa, sino también para aquellos proletarios que junto con su estudio del leninismo –y a través de ese mismo estudio– también deben estudiar primeramente el marxismo. Pero es natural que la obra del camarada Stalin no pueda cumplir plenamente ese designio, en la medida en que sólo se lo difunda como libro impreso en el comercio editorial. En él se lo admira y lee en profusión, pero –a pesar de su cristalina claridad y de la fuerza ejemplar de su lenguaje– sólo se lo logra entender muy poco en virtud de su *excesivo peso específico*. Su finalidad práctica principal en relación a la "bolchevización del partido" como medio de aprendizaje para el estudio del marxismo-leninismo sólo se cumplirá cuando se lo *explique* a los círculos más vastos de funcionarios y miembros del partido, en cursos especiales de difusión, a cargo de profesores especialmente instruidos para ello, y que posean la capacidad de enseñar el marxismo en el leninismo y el marxismo como leninismo, y al mismo tiempo concebir y afirmar las ideas fundamentales de la *teoría* marxista-leninista como concreción, expresión e instru-

mento de la *práctica* bolchevique. Difundido de esta manera, el libro del camarada Stalin se convertirá en una poderosa palanca para la bolchevización del partido, para la imposición del leninismo en el partido comunista alemán y en las restantes secciones europeo-occidentales de la Internacional comunista.

Además de su importancia como *escuela del leninismo, la obra* de Stalin también tiene la significación de ser el primer libro existente en idioma alemán que presenta al verdadero leninismo en forma integral. Acerca de su libro dice el camarada Stalin que "en el mejor de los casos es un bosquejo denso de los fundamentos del leninismo". Casi todos sus nueve capítulos, preñados de contenido ("Las raíces históricas del leninismo; el método; la teoría; la dictadura del proletariado; la cuestión campesina; la cuestión nacional; estrategia y táctica; el partido; el estilo de trabajo") comienzan señalando que "sólo se escogen" algunos problemas del tema total. Sin embargo, creemos que en cada uno de estos capítulos consagrados a un tema especial, el camarada Stalin ha entresacado nada menos que la esencia y el núcleo de todo el tema, y mediante esta serie de felicísimas "tomas" ha captado finalmente todo Lenin y todo el leninismo. Pero hace más aún. No sólo expone la doctrina de Lenin sino que también la libera de sus agregados, la consolida contra las distorsiones que la amenazan. Muchos capítulos comienzan con un "planteo individual" sumamente notable: el planteo del "planteamiento" (por ejemplo, el capítulo sobre *la cuestión campesina*: "Algunos creen que en el leninismo lo fundamental es la cuestión campesina. Esto es completamente falso. El fundamento del leninismo, su centro de gravedad no lo constituye la cuestión campesina, sino el problema de la dictadura del proletariado [. . .]"), pero incluso donde ello no se produce en forma expresa, esta clase de "aclaraciones" aparecen a cada paso. No sólo es importante cuanto dice el camarada Stalin, sino también cómo lo dice, e inclusive lo que no dice. En mi artículo "Lenin y la Comintern" (que en el V Congreso se entendió, injusta e infundadamente, como una crítica al leninismo, y que aparece en el fascículo 10-11 de *Die Internationale* del año en curso), en el curso de la polémica contra los deformadores del marxismo-leninismo, como el camarada August Thalheimer, yo había señalado los "peligros" que pueden originarse precisamente en este "terreno en apariencia puramente teórico, y sumamente distante de la lucha práctica de las fracciones" al hacer la tentativa de "introducir subrepticiamente, bajo la bandera revolucionaria del leninismo, que tan cara nos es a todos, algunos

contrabandos revisionistas, reformistas, oportunistas y liquidadores en la práctica y en la teoría del comunismo revolucionario". La imposición del "leninismo" de cuño stalinista en los partidos comunistas "bolchevizados" desbaratará todos los intentos de esta índole.

Derrotas proletarias, victoria proletaria*

Karl Marx, que analizó las experiencias de todas las derrotas proletarias del siglo XIX para extraer de ellas la esencia de la revolución social y las lecciones para una victoria definitiva de la clase proletaria, nos ha enseñado a comprender el nexo profundo entre estas derrotas aparentes y transitorias de la clase proletaria y su victoria real y definitiva. Toda la experiencia histórica desde ese entonces hasta los hechos de 1917, 1923 y 1924, ha confirmado nuevamente esa visión de Marx. "Las revoluciones proletarias", escribe Marx en su magnífico epílogo a la primera gran derrota del proletariado parisiense en julio de 1848, el acontecimiento más colosal en la historia de las guerras civiles y europeas, "se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de los primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan *Hic Rhodus, hic salta!*"

También en el V Congreso de la Comintern hubo que extraer las lecciones de una grave, sumamente grave derrota del proleta-

* "Proletarische Niederlagen, proletarische Sieg", en *Neue Zeitung*, VI, 21 de julio de 1924, núm. 104.

riado en el continente europeo: la derrota búlgara, la derrota alemana de octubre de 1923. También aquí se trataba de derrotas que en sus consecuencias no se limitan al país en que se produjeron sino que involucran la cuestión de la revolución social en toda Europa, o más bien en el mundo entero. Una vez más se confirma la comunidad de los proletarios de todos los países que no ha podido todavía mostrarse en una gran comunidad de acción llevada hasta el fin y por lo mismo aparece tanto más clara en la comunidad de la derrota. Todo el movimiento revolucionario del proletariado –después que no los obreros alemanes, pero sí su dirección en bancarrota hubo retrocedido una vez más "ante la indeterminada enormidad de sus objetivos"– apareció empujado hacia atrás, en una fase ya superada.

La creación del *Rentenmark* como símbolo de la aparente estabilización del capitalismo en Alemania, el gobierno MacDonald en Inglaterra, el gobierno del bloque de las izquierdas en Francia, el nuevo evangelio para aplacar las inquietudes mundiales bajo la forma de la consulta al experto y Gran Sacerdote, el general Charles G. Dawes (empleado de la banca Morgan), han iniciado en toda Europa e incluso en América una fase en apariencia democrático-pacifista. La burguesía, bajo la creciente marea roja, se había visto obligada a combatir por el mantenimiento de su dictadura con los medios del estado de sitio, de las leyes sobre los plenos poderes y de las bandas fascistas ilegales. Especialmente en Alemania intentó después de octubre aplastar a toda la organización y la prensa del partido comunista con el brazo de hierro de la violencia y de eliminar en los otros países a centenares y millares de los mejores combatientes y jefes del proletariado, de encerrarlos en la cárcel o enviarlos al exilio. Pero ahora se siente suficientemente segura como para esconder las garras de su dictadura que lacera el cuerpo del proletariado, de los campesinos pobres y de las capas medias arruinadas dentro del guante de terciopelo de frases brillantes y actitudes democrático-pacifistas

Al V Congreso mundial correspondía la tarea de definir la naturaleza de esa derrota y de la nueva fase de la política europea y norteamericana iniciada con ella y esclarecerla ante la masa del proletariado y para la parte de la población trabajadora que se halla bajo su hegemonía. Asumió esa tarea sin ocultar la gravedad de la derrota pero mostrando también al mismo tiempo la naturaleza ilusoria y la intrínseca nulidad de la actual "era democrático-pacifista".

El movimiento revolucionario de los años 1923-1924 no se

puede comparar con aquellos primeros movimientos convulsivos del gigantesco cuerpo de la clase obrera europea ante los cuales temblaron de presentimiento, en la primera mitad del siglo XIX, los patrones más o menos democráticos o reaccionarios de Europa. El comunismo, el marxismo se ha transformado desde entonces, de espectro de terror todavía sin cuerpo, en una realidad maciza, en el partido mundial organizado del bolchevismo, en la III Internacional del leninismo. La clase obrera revolucionaria ya no tiene necesidad, como sus precursores de 1848, de esperar quince años para volver a crear una nueva organización obrera internacional, para lanzarse nuevamente contra el poder de la clase dominante. Sólida a través de todas las derrotas y los fracasos, no sólo interiormente en su calidad, en la férrea disciplina, en la claridad de sus objetivos, sino también en constante crecimiento exteriormente (como muestran los 4 millones de votos en Alemania, el medio millón de obreros en huelga en el Ruhr, las elecciones en Francia y en Italia), la III Internacional de Lenin se mantiene firme, guiada por un colectivo de auténticos marxistas-leninistas que continúan la obra de Marx y Lenin en medio del caos del mundo actual. Sólido se mantiene el estado proletario, la Rusia soviética, cuyo esplendor no puede ser opacado a los ojos del proletariado consciente por el "gobierno obrero" de Su Majestad británica ni por las untuosas frases del experto señor general Dawes.

Si queremos aclarar el significado real, la naturaleza verdadera de las derrotas proletarias de 1923 con un paralelo histórico, no es necesario volver atrás tres cuartos de siglo hasta la derrota de la insurrección de junio del proletariado parisiense, ni siquiera medio siglo hasta la insurrección de la Comuna del mismo heroico proletariado. Precisamente en estos días, el 16 y el 18 de junio de 1924, recordamos el séptimo aniversario de los acontecimientos en los cuales el proletariado ruso de Petrogrado-Leningrado realizó un intento de restaurar su dictadura que se reveló prematuro y fue derrotado por los cómplices de la violencia del estado mundial capitalista-imperialista. También entonces, pocos meses antes de la victoria definitiva de la revolución mundial en su primera barricada, en la Rusia soviética, el proletariado consciente sufrió una derrota. Pero como la situación misma gritaba fuerte, cada vez más fuerte su *hic Rhodus* y el gran maestro de danza, Lenin y su partido bolchevique, había ya empezado a enseñar a las masas instintivamente revolucionarias el arte de la danza revolucionaria, aquella derrota no esperó ni siquiera un

par de años para el nuevo asalto revolucionario y la completa victoria de la clase proletaria.

La misma situación vivimos nosotros en los años 1923-1924 a nivel internacional. El V Congreso ha extraído de las recientes experiencias de la lucha de la clase proletaria y del análisis preciso de toda la situación económica y política mundial la conclusión de que el problema de la toma del poder está más que nunca en el orden del día a nivel internacional, en una forma en que nunca lo ha estado antes de la guerra imperialista.

"Los actuales gobiernos democrático-pacifistas, y análogos gobiernos que podrían formarse todavía, no sólo no conducirán ninguna real política de paz sino que evolucionarán muy rápidamente en dirección al fascismo. La lucha de clases no sólo no se aplacará sino que arderá aún más agudamente en el marco de la "democracia" y del "partidismo". El cambio de los regímenes (democracia-fascismo-democracia) minará más aún las bases del capitalismo en descomposición. Después de cada cambio, las masas populares y en primera línea las masas proletarias mostrarán una mayor riqueza de experiencia y una más vigorosa voluntad de lucha, mientras la burguesía y los dirigentes socialdemócratas a su servicio saldrán debilitados, desmoralizados, con una confianza cada vez menor en sí mismos y en su política. Por este camino habrá un acrecentamiento de las fuerzas de la revolución proletaria hasta la victoria final."

Todas las secciones del partido comunista mundial, los representantes y los sectores obreros revolucionarios de todo el mundo y con conciencia de clase han aceptado unánime y entusiastamente esta consigna. Regresan ahora a sus países donde algunos de ellos –los alemanes, por ejemplo– encontrarán ya casi desaparecido, después de tan pocas semanas de ausencia, el fantasma de la oleada democrático-pacifista e instaurado al desnudo y sin velos el régimen de la dictadura blanca. Y se dedicarán a la tarea de organizar como partido la victoria de la clase proletaria para realizar para el proletariado europeo, después del histórico *julio* mundial de 1924, el *noviembre* histórico mundial del futuro.

El fascismo ha muerto ¡Abajo el fascismo! *

¿Qué significado tiene para el partido revolucionario del proletariado, en las condiciones actuales de la lucha de clases, la lucha contra el fascismo? ¿Cuán fuerte, cuán peligroso es este enemigo y con cuáles medios se puede combatirlo? Para responder en forma clara y completa a estas preguntas debemos comprender en forma clara y completa qué es el fascismo.

Si entendemos por fascismo solamente esa forma particular de violencia ilegal de que se ha servido transitoriamente la clase capitalista en algunos países para enfrentar el primer asalto de las masas obreras en rebelión bajo la presión de la crisis bélica y posbélica, entonces actualmente la lucha contra el fascismo ya no tiene una importancia prioritaria. Ese sistema de métodos ilegales violentos y de su sucesiva legalización, que encontró su terreno clásico en la Italia de Mussolini y fue observado en formas más o menos confusas y discontinuas en una serie de otros países también, pertenece ya al pasado, históricamente hablando. Ese "fascismo" ha muerto, aun allí donde parece todavía conservar un breve respiro de semanas o de meses. Ese fascismo al cual sólo los embaucados y los embaucadores atribuyen una presunta misión autónoma ha cumplido la tarea que a sus dirigentes y héroes había sido asignada por sus mandatarios. Y tendrá que cumplirla todavía en momentos y lugares determinados. En esta coyuntura histórica, sin embargo, es inútil y para sus financiadores aparece

* "Der Faszismus ist tot – nieder mit dem Faszismus!", en *Neue Zeitung*, VI, 5-6 de noviembre de 1924, núms. 197-198.

como un ejercicio caro y un gasto superfluo. Las pompas de jabón irisadas y las frases romántico-pequeñoburguesas se desvanecen. Queda la prosaica, sucia, incolora arma del normal "estado de orden" burgués *sans phrases*.

Si el fascismo ha muerto, entonces la consigna "abajo el fascismo" parece no tener significado. ¿Qué sentido puede tener para el partido obrero revolucionario combatir contra los restos de la ideología y de la organización en un momento en que los sólidos hombres de negocios de la gran burguesía y sus *valets* socialdemócratas han hecho de esa "lucha" su propia tarea?

Es evidente que nuestra lucha revolucionaria contra el fascismo no tiene nada en común con estos esfuerzos negro-rojo-oro.* Para comenzar hay que comprobar que en realidad en esa actitud contra los fascistas no hay una "lucha" sino una especie de conflicto de negocios. La casa central trata de liquidar, en una situación conyuntural vuelta a la normalidad, a la sociedad filial que se había visto obligada a crear como empresa particular bajo la presión de una coyuntura determinada. Una auténtica lucha entre el llamado "fascismo" y los republicanos negro-rojo-oro no es necesaria ni posible desde el momento en que, en el fondo, ambos están en el mismo terreno capitalista y en ese terreno desde el principio el peso mayor está de parte del partido negro-rojo-oro. Las manadas de lobos fascistas y demás monstruos romántico-pequeñoburgueses se mueren solos de hambre apenas dejan de ser alimentados por las cajas fuertes de la industria pesada y además se sienten muy felices si pueden encontrar asilo como perros guardianes bien domesticados en la sociedad de vigilancia y custodia negro-rojo-oro. Lo que sin embargo subsiste, después de la disolución de la forma fantástica, es todo el disfraz aventurerista fascista como núcleo de una mentalidad y una actitud burguesa reaccionaria y que debería ser realmente liquidado y eliminado por medio de la lucha, cosa que no hacen en lo más mínimo los republicanos negro-rojo-oro. Esos republicanos burgueses, junto con sus cómplices socialdemócratas, en este período sólo quieren librar una lucha verdadera contra la izquierda y ya no contra la derecha. Un primer deber parcial para nuestra lucha revolucionaria contra el fascismo en la fase actual consiste en librar las luchas en lugar del partido burgués, el bloque negro-rojo-oro, que hoy no sabe ni quiere hacerlo. Nosotros continua-

* Son los tres colores de la nueva bandera nacional, los colores de la República de Weimar cuestionados, por lo demás, por la derecha nacionalista.

remos la lucha encarnizada que hemos librado antes contra el fascismo vivo y próspero con inalterada dureza también contra el fascismo declinante y moribundo, y cuando esté muerto haremos pedazos hasta los restos de su cadáver. Con todo esto, sin embargo, la verdadera significación de nuestra lucha contra el fascismo no se ha agotado, antes bien la esencia misma de esa lucha no ha sido siquiera tocada. Nosotros conducimos nuestra lucha contra el fascismo no sólo con medios y fines diferentes de los del bloque negro-rojo-oro, sino que además la conducimos contra un enemigo completamente distinto. Como en todas nuestra luchas, también en la lucha contra el fascismo distinguimos sus formas particulares casuales de su contenido histórico esencial. Debemos entender que el contenido histórico del fascismo no consiste en las formas exteriores más o menos casuales con las que atrajo la atención en un primer momento: camisas negras, cruces gamadas, aclamaciones. No está en la "marcha sobre Roma" ni tampoco en la ideología de la lucha contra "los criminales de noviembre". Su verdadera esencia histórica consiste en ser la suma de todas las formas con las cuales la clase burguesa libra su lucha por el mantenimiento y la restauración de su dominio de clase en la época de la revolución proletaria.

Así como la teoría y la praxis de la lucha de clase proletaria en la época del imperialismo y de la revolución proletaria incipiente culmina en el bolchevismo, así también la teoría y la praxis de la lucha de clase burguesa alcanza en esta época revolucionaria una nueva fase de desarrollo en el fascismo. Al partido de los bolcheviques, que considera como su tarea inmediata la organización de la revolución, se contrapone como polo opuesto a nivel nacional e internacional el partido de los fascistas que con conciencia igualmente plena se plantea como objetivo la resistencia organizada contra la revolución proletaria y la organización nacional e internacional de la contrarrevolución. Se crea así esa gigantesca intensificación de las contradicciones y de las luchas de clase que es necesaria para la preparación de la lucha histórica decisiva y que ya sentimos hoy en nuestra alma y en nuestro cuerpo.

Todas las formas del dominio de clase burgués que antes actuaban fundamentalmente como coerción latente –economía, derecho, estado, iglesia, escuela, etc.– se invierten en este período histórico en formas de aguda y descarnada violencia ejercida y sentida como coerción consciente. No sólo la ley y la magistratura se despojan completamente de su apariencia de estar "por en-

cima de las partes", de su "apartidismo" y se transforman en instrumentos conscientes de una directa operación de clase. La fascistización alcanza también a las actividades que en apariencia sirven a los fines humanos más universales como la "ciencia libre" y su aplicación. No más política social sino solamente política de producción, es hoy el grito de batalla de los representantes profesorales de la ciencia político-social alemana, otrora tan orgullosos de sus sentimientos "progresistas" y "sociales". En los últimos años se han convertido, literalmente a la carrera, de instrumentos más o menos inconscientes de los intereses de clase del capitalismo en siervos conscientes pagados por el patrón (léase: por la "economía" alemana). Y sus colegas de las facultades médicas proponen en el campo de la "higiene social" verdaderas masacres de inocentes (en forma de previsiones económicas de ahorro, de operaciones de esterilización y aniquilación de "vidas indignas de vivir") con la noble finalidad de "desgravar las cajas mutuales que tienen dificultades para existir y elevar la capacidad de trabajo de la población", y así hacer ahorrar al estado "las grandes sumas de capital improductivo" que le cuesta la atención de muchos millares de enfermos graves, de enfermos mentales, cancerosos, inválidos, tuberculosos y otros proletarios que no están plenamente en condiciones de trabajar.

Con esta progresiva fascistización cotidiana de todos los sectores de la vida social, la lucha revolucionaria del proletariado contra esta sociedad clasista y su aparato de poder debe desarrollarse cada vez más como lucha contra el fascismo. Ha llegado el momento en que todo el frente burgués, los germano-nacionalistas, los partidos burgueses de izquierda y el "tercer partido" de la clase burguesa –el Partido socialdemocrático– han aceptado la invitación de Engels y han comenzado verdaderamente a "tirar primero". A nosotros corresponde la tarea de preocuparnos para que también el proletariado adecúe en forma consciente, seria y duradera sus modos de lucha a estas nuevas condiciones.

En este sentido se puede decir que la "lucha contra el fascismo" constituye hoy la tarea decisiva de la lucha de clase revolucionaria. Esa lucha tiene poco que ver con las contradicciones "internas" entre populares, germano-nacionales y bloque negro-rojo-oro. Nuestra lucha se dirige en idéntica forma contra todas esas *fracciones del fascismo* y ve diferencias entre ellas sólo en el sentido que de las tres fracciones fascistas la relativamente más débil e inocua es precisamente la "fascista" en el significado original del término (la germano-popular). Nuestro ataque principal debe di-

rigirse más bien contra las otras dos fracciones del alineamiento fascista, los fascistas germano-nacionales y negro-rojo-oro.

Si hoy el bloque democrático pacifista negro-rojo-oro que se formó para combatir al "fascismo", combate únicamente las formas particulares que la violencia contrarrevolucionaria burguesa asumió en una fase determinada (y asumirá de nuevo en otras circunstancias), nuestra "lucha contra el fascismo" se ha propuesto una tarea mucho más amplia. Nosotros debemos combatir toda la violencia burguesa contrarrevolucionaria en todas las formas en que aparece. El error fatal de nuestra política de 1923 fue precisamente el haber reconocido en teoría la naturaleza "fascista" de la socialdemocracia y de todos los demás "demócratas" burgueses, que en su contenido de clase equivalen al fascismo de Hitler, y el haberlo dicho también en el trabajo de agitación; pero no extrajimos de ese conocimiento con decisión suficiente las consecuencias de nuestra acción práctica.

Después de las experiencias de los duros doce meses que el proletariado vivió a partir de octubre de 1923, no queda duda de que entre la forma del fascismo "ilegal" y su forma de "orden" negro-rojo-oro, desde el punto de vista de la clase la fracción negro-rojo-oro debe ser considerada hoy como el ejército de clase de la burguesía contrarrevolucionaria más peligroso, y por lo tanto debe ser más duramente combatido.

Nos encontramos en una fase histórica en la cual, pese a todos los hipócritas discursos sobre "paz y democracia", todo el aparato del estado burgués democrático se transforma cada vez más perfectamente en un puro aparato represivo del proletariado. Pisotea sin consideraciones todo lo que antes simulaba respetar y defender, como "derecho, ley, libertad, humanidad". En un momento en que un presunto "partido obrero" como la SPD en Alemania (y a nivel internacional todos los partidos de la II Internacional) deja de lado todos los contrastes "internos" con los republicanos burgueses y junto con ellos en calidad de "tropa de defensa" negro-rojo-oro defiende este estado fascista y en muchos puestos de gobierno y otros sectores de influencia contribuye en forma notable a su ulterior fascistización, en tal momento todos los proletarios y los demás estratos sociales hoy pisoteados, aplastados y oprimidos por el talón de hierro de este fascismo que avanza de manera cada vez más represiva, deben unificar en masa sus fuerzas. Bajo la dirección de la KPD, el único partido proletario revolucionario, deben escribir en sus banderas: "abajo el fascismo, abajo sus tropas negro-rojo-oro".

Leninismo y trotskismo*

La forma en que debemos debatir hoy el trotskismo, aquí en el club leninista, es distinta de la utilizada en nuestra agitación y propaganda del leninismo entre las grandes masas. Aquí finalmente debemos hacer algo para la "autocomprensión" teórica del partido. El luxemburgismo no fue liquidado el año pasado en el Partido alemán como ahora el trotskismo en el partido ruso, es decir con verdaderas discusiones que se remontan hasta los fundamentos teóricos. Al luxemburguismo nosotros lo liquidamos por así decirlo –pero no me entiendan mal– un poco demasiado "según las órdenes". Por lo tanto, debemos aprovechar la discusión sobre el trotskismo para liquidar también al mismo tiempo y en forma definitiva el luxemburguismo. También en nuestras discusiones internas sobre el trotskismo, nuestra tarea principal consiste en su extirpación sin miramientos .

El camarada L. ha definido en la discusión la esencia del bolchevismo como la organización de las masas para la preparación y realización de la revolución. Creo que esta definición de "organización de las masas" es absolutamente insuficiente. El término "masas" en la cuestión del leninismo-trotskismo es una de las maneras típicas en que se intenta eludir la cuestión de las clases. "Masa" no es un concepto marxista. La discusión sobre el leninismo-trotskismo exige conceptos marxistas rigurosos. El camarada Trotski en su teoría de la "revolución permanente" parte

* "Leninismus und Trotzkismus. Discussionsrede der Gen. Korsch auf der ersten Tagung des leninistischen Klubs der KPD", en *Neue Zeitung*, VII, 28 de febrero de 1925, núm. 50.

del supuesto de que solamente el proletariado es una clase revolucionaria. Muy distinto piensan el camarada Lenin y los leninistas. El camarada Lenin habla (y yo quiero por una vez expresar en forma leninista algo que hasta ahora no hemos aceptado en nuestro uso lingüístico, pero que quizás aceptemos en el futuro) especialmente en sus escritos más antiguos de "revolución popular" [*Volksrevolution*]. Naturalmente, esa revolución popular hoy ya no la hace la burguesía sino el proletariado. El proletariado tiene la hegemonía en esa revolución. Pero el leninismo se diferencia del trotskismo por el hecho de que para él el proletariado no hace una revolución proletaria "pura" con sus solas fuerzas y solamente por los objetivos de clase del proletariado, sino que (exactamente como en una época precedente lo hizo la clase burguesa revolucionaria) hace una especie de "revolución popular".

Este aspecto del leninismo sólo ahora comienza a ser comprendido correctamente por nosotros. Cuando hace algunos años se plantearon a los partidos europeos las veintiuna condiciones, internacionalmente no se puso muy en evidencia este aspecto del leninismo. En ese momento se trataba exclusivamente de separarnos ante todo de la socialdemocracia. No se asignaba todavía tanta importancia a las sutiles diferencias entre la teoría revolucionaria de Lenin y la de Trotski. Lo importante era destacar la actualidad inmediata de la revolución proletaria y afirmar que esa revolución debe ser permanente y no puede detenerse en las formas burguesas. El error de Trotski no consiste en declarar permanente la revolución, sino en el modo como él imagina esa revolución permanente, que no es exactamente permanente sino integral, una revolución toda de un golpe. Lenin dice que la dictadura del proletariado no es sólo un medio para derrotar a la burguesía, al mismo tiempo es también un medio para ganar a la mayoría del "pueblo". El proletariado conquista el poder sólo conquistando a la mayoría del pueblo y conquista a la mayoría del pueblo conquistando el poder.

En el informe del camarada L. siento la falta de una respuesta clara a la pregunta: ¿en qué consiste y en qué se basa, según Lenin, el papel del partido? L. ha dicho solamente que debemos separarnos de los oportunistas para organizarnos y afirmarnos como partido de la revolución. Eso está muy bien, pero no es suficiente. Otros partidos quieren hacer la revolución a su manera. Nosotros a la nuestra. ¿En qué consiste nuestro modo de hacer la revolución según las enseñanzas de Lenin, en oposición al método del camarada Trotski? En el hecho de que nosotros –el

partido de clase del proletariado– netamente separados de la burguesía y de todos sus secuaces, arrastramos a esa lucha también a aliados que se someten a la dictadura de la clase proletaria y de su vanguardia consciente, la KPD.

Otra diferencia, y aún más importante, entre Lenin y Trotski con relación a la pregunta sobre el papel del partido se basa en el hecho de que Lenin habla siempre solamente de "esta" revolución, iniciada de 1905 a 1917 en Rusia y hoy todavía en curso. No habla de "la" revolución en general. Práctica y teóricamente, Lenin se orienta por entero hacia ese único, concreto proceso histórico, cuyo desenlace no está determinado de antemano por leyes cien por ciento seguras y que se distingue de todos los demás por particularidades específicas. Lenin expresó estas dos ideas ya en 1923 en sus *Notas sobre Sujánov:*

"[...] Napoleón escribió: "On s'engage et puis... on voit", lo que traducido libremente quiere decir: 'Primero hay que entablar el combate serio y después ya veremos qué pasa'. Pues bien, nosotros, en octubre de 1917, entablamos primero el combate serio y después ya hemos visto los detalles del desarrollo (desde el punto de vista de la historia universal, éstos, indudablemente, son detalles), tales como la paz de Brest, o la nueva política económica, etc. Y hoy no cabe ya duda de que, en lo fundamental, hemos obtenido el triunfo."

Y en otro punto Lenin prosigue: "Nuestros Sujánov, sin hablar ya de aquellos socialdemócratas que están a la derecha, incluso no se imaginan que las revoluciones, en general, pueden hacerse de otra manera. Nuestros pequeños burgueses europeos no piensan ni por ensoñación que las ulteriores revoluciones en los países del Oriente, con una población incomparablemente más numerosa y que se diferencia mucho más por la diversidad de las condiciones sociales, les brindarán sin duda más peculiaridades que la revolución rusa."

Por el contrario, el camarada Trotski habla cada vez más abstractamente de "la" revolución del proletariado en general. Y de estas dos diferencias en la concepción de fondo debe necesariamente derivar una diversísima concepción del papel del partido antes, durante y después de la toma del poder. Téngase presente la visión leninista de la revolución proletaria: una revolución conducida por el proletariado, no solo sino en alianza con otras clases y, por otra parte, una revolución completamente determinada que ya ha comenzado y todavía dura. Se evidencia entonces la importancia que adquiere el partido, qué tareas absolutamente

distintas de las contempladas por Trotski debe asumir el partido del proletariado en el proceso de esta revolución leninista.

Del imperialismo al capitalismo de estado proletario*

Cuatro tesis para cursos leninistas

I

El imperialismo es una fase histórica determinada en el desarrollo de la sociedad capitalista (la concepción burguesa es distinta). Es una fase necesaria de ese desarrollo (Kautsky piensa de otro modo); es la última fase del desarrollo capitalista (difiere de la teoría del ultraimperialismo).

II

Los caracteres particulares de la fase imperialista, en comparación con las primeras fases del desarrollo capitalista, no se encuentran sólo en el sector político sino sobre todo en el sector económico (es distinta la terminología de Hilferding y Bujarin). Con el cambio de los fundamentos económicos se modifica también toda la superestructuración política, social y cultural de la sociedad capitalista proyectada hacia el imperialismo.

III

Con el desarrollo de la sociedad capitalista en la fase imperialista no desaparece el carácter capitalista de esa sociedad. Todas las características que califican la sociedad imperialista son sólo transformaciones de características de la sociedad capitalista. El

* "Vom Imperialismus zum proletarischen Staatskapitalismus. Vier Thesen für leninistische Kurse", en *Neue Zeitung*, marzo de 1925.

monopolio imperialista no es más que la ampliación y el acrecentamiento de la competencia capitalista. La economía planificada imperialista es sólo una falta de plan ampliada y aumentada. El poder económico y político de los grandes grupos del capital financiero y de los estados y bloques de estados imperialistas es sólo un desarrollo de la propiedad capitalista. La lucha de clase contra clase es sólo una continuación de la contradicción entre capital y trabajo asalariado.

IV

El desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en la fase imperialista aparece al mismo tiempo como la preparación inmediata del pasaje revolucionario de la sociedad de la formación social capitalista a otra más elevada. Después de la creación de las condiciones materiales de existencia de la formación social socialista (fuerzas productivas sociales más altas), la sociedad capitalista en su última fase imperialista crea ya también las condiciones formales de existencia de esta formación social (la forma de las nuevas relaciones sociales de producción, por ejemplo según Marx en los bancos las formas de la contabilidad social) y de la división social de los medios de producción. La aplicación consciente, planificada y sin rémoras de esas nuevas formas para la sustitución general y completa de los modos de producción sociales y por lo tanto para el desarrollo real de la producción social más allá de los límites capitalistas es la tarea del capitalismo de estado prolerario.

TERCERA PARTE

La polémica y la ruptura con la Internacional comunista (1926-1927)

Los seis trabajos presentados en esta parte constituyen el núcleo del enfrentamiento de la posición de Korsch y de las "izquierdas intransigentes" con la posición ideológica y política que se va afirmando en el interior del partido comunista ruso y de aquí, a través de la Internacional, en todos los partidos comunistas.

Durante el año 1925, la presión desde Moscú sobre los elementos de "ultraizquierda" más conocidos –Scholem, Katz, Rosenberg (el futuro historiador de la República de Weimar)– se hace cada vez más pesada; luego es la propia dirección de Fischer (apoyada en esta fase también por Hugo Urbahns) la que a su vez resulta acusada de "doble contabilidad" política porque detrás de la fraseología de izquierda hace el juego a la burguesía, no teniendo en cuenta la nueva situación económica (la "estabilización") y los nuevos peligros políticos "monárquicos", "feudales", revanchistas que reclaman nuevas estrategias. A partir de un análisis económico y político divergente, los "ultraizquierdistas" denuncian en cambio al nuevo curso impuesto por Moscú como una adaptación oportunista del movimiento comunista internacional a las exigencias del estado soviético, deseoso de colaborar con los estados burgueses ahora en una fase democratista y pacifista.

La "carta abierta del EKKI*" (sigla alemana del Comité ejecutivo de la Internacional comunista) de los primeros días de septiembre de 1925 a todas las organizaciones y a los miembros de la* KPD*, que sugiere de manera perentoria un cambio de estrategia en el partido alemán, es la ocasión para Korsch (que hasta ese momento se había mantenido relativamente al margen) de lanzarse a la polémica directa. En una ardua discusión durante una conferencia partidaria en Francfort el 6 de septiembre de 1925, deja escapar la expresión de "imperialismo rojo". A despecho de*

los posteriores desmentidos y rectificaciones, son estas palabras las que lo convierten en un símbolo viviente de antisovietismo y por lo tanto *de anticomunismo. Se inicia así, con un lento crescendo, una campaña de prensa en su contra que no cesará ni siquiera después de su expulsión del partido. Korsch reacciona decididamente y pasa a la contraofensiva en el plano publicístico y organizativo. Se constituye el grupo de las "izquierdas intransigentes" que realiza su primera conferencia nacional el 24 de junio de 1926.*

Pero la iniciativa que más califica la actividad de Korsch es la publicación de la Kommunistische Politik. Diskussionsblatt der Linken *[Política comunista. Hoja de discusión de las izquierdas] que desde fines de marzo de 1926 se publicará quincenalmente hasta diciembre de 1927.*

El 16 de abril de 1926 Korsch tiene la última ocasión de hablar en una sede oficial ante los miembros del partido, durante la conferencia de los secretarios y redactores políticos de los distritos alemanes. Lee el texto El camino de la Comintern, *con que se inicia esta parte tercera, seguido de la* Plataforma de las izquierdas.

A ésta le seguirá la Declaración al Reichstag *del 10 de junio en ocasión del debate sobre el tratado ruso-alemán, rechazado por Korsch en nombre del "Grupo de los comunistas internacionales", sigla con la que se autodesignan los parlamentarios comunistas expulsados de la* KPD.

Los otros cuatro escritos de nuestra recopilación fueron tomados de la Kommunistische Politik *y esbozan con suficiente claridad la posición korschiana. No es posible asignar directamente a la pluma de Korsch tres de los textos aquí reproducidos* (El terror en Rusia *es seguramente de él). Pero las ideas expresadas son, sin duda alguna, las de nuestro autor. La revista, puesta bajo la responsabilidad formal legal de Heinrich Schlagewert, era en gran parte redactada y elaborada por el propio Korsch con la colaboración de Rolf Katz y Boris Roninger.*

El camino de la Comintern*

Declaraciones preliminares

He sido invitado por el Comité central "a participar en esta conferencia y a exponer mis puntos de vista en la discusión sobre el VI Ejecutivo ampliado". Acepto esta invitación aun cuando aquí no esté presente ningún órgano competente para decidir sobre la política y la táctica del partido y si bien la manifestación de esta aparente discusión debe servir solamente para disimular ante los miembros que en realidad se reprime toda discusión sobre los asuntos fundamentales de la revolución. Hablo por lo tanto de por qué considero justo expresar mis puntos de vista sobre el partido, dondequiera que se presenta la ocasión. Por estos motivos, pero también porque sé por experiencia, confirmada por el informe actual del compañero Thälmann, que cada palabra mía es tergiversada y mis desmentidos son rechazados, he planteado por escrito las formulaciones esenciales de mi discurso, que leeré ahora.

Una aclaración más: pueden hacer ustedes una discusión o un linchamiento. Si quieren un linchamiento, dejaré de hablar de inmediato porque yo estoy aquí únicamente por invitación de ustedes. Si quieren una discusión, tienen que tener bien en claro que desde mi posición opositora lo que tengo que decir no puede sonar agradable a los oídos del aparato del partido aquí reunido.

* *Der Weg der Komintern. Diskussionsrede des Gen. Korsch auf der Konferenz der politischen Sekretäre und Redakteure der KPD (16.4. 1926)*, Berlín, 1926.

El ejecutivo y el XIV Congreso del partido comunista de la Unión Soviética

¡Compañeros! Los asuntos que hoy son tratados aquí son de extraordinaria seriedad. ¿Qué puede ser más serio e importante para un comunista que un viraje decisivo en la política de la Comintern, nuestro partido comunista mundial? Y los asuntos que esta vez son tratados bajo el título de *Informe del Ejecutivo ampliado*, ¿no son doble y triplemente serios e importantes por el hecho de que esta sesión del Ejecutivo ampliado ha sido precedida por el XIV Congreso de nuestro hermano partido ruso donde, como se dice expresamente en la resolución del Comité central recibida por la conferencia de enero de los secretarios políticos y de los redactores, estaban en gran parte a la orden del día no sólo "asuntos específicos rusos" sino también "importantes problemas de la revolución proletaria internacional, del leninismo internacional"?

Cada uno sabe aquí que estos asuntos de fondo de la revolución proletaria internacional no sólo estaban en el congreso a la orden del día, sino que han constituido el punto central de una encarnizada lucha de fracciones. Una lucha de fracciones en la que la vieja guardia bolchevique se ha quebrado en dos campos hostiles. Todos saben también que estos mismos asuntos, que no fueron formalmente discutidos en el Ejecutivo ampliado –puesto que se sentía y sabía que de este modo se habría cuestionado la existencia de la propia Comintern –estaban también, no obstante, de una manera oculta, a la orden del día del Ejecutivo ampliado. Y que también las fracciones del XIV Congreso se han enfrentado nuevamente, pero dilatadas a un plano internacional, una

vez más en el Ejecutivo ampliado. Sólo que aquí no abierta, dura, directamente con contabilidad simple sino de un modo velado, amortiguado con maniobras diversivas y con un uso abundante de la llamada "doble contabilidad".

El compañero Zinóviev, que en el XIV Congreso había sostenido el punto de vista de la lucha de clases revolucionaria, proletaria de los obreros de Leningrado frente a la política oportunista, influenciada por los campesinos, de Stalin y Bujarin, se ha callado en lo referente a estos asuntos importantísimos de la Internacional comunista en el Ejecutivo ampliado. Y cuando tomó la palabra, en el pleno o en comisiones, evitó separarse formalmente de Bujarin, de la opinión colectiva del presidium del CEIC, de la delegación rusa. Es una incomprensión de la verdadera situación de hecho cuando el grupo Urbahns, aceptando las tesis políticas decididas por el Ejecutivo ampliado, las caracteriza en la propia plataforma como las "tesis presentadas por el compañero Zinóviev". Estas tesis políticas no son en realidad en ningún sentido, ni formal ni sustancial, específicamente zinovievianas. Sobre todo después de las 38 modificaciones que han sufrido, con la aprobación de Zinóviev en la Comisión política, no representan ningún punto de vista particular de Zinóviev. Como tampoco la firma de Ruth Fischer al pie de la *Carta abierta* del CEIC en agosto-septiembre de 1925 expresaba un punto de vista específico de Ruth Fischer –a menos que se quisiera caracterizar concluyentemente la esencia del punto de vista de Ruth Fischer con la "doble contabilidad", cosa que sería falsa. La "doble contabilidad" no es monopolio de Ruth Fischer. Ésta revela el comportamiento no sólo de uno, sino de muchos compañeros dirigentes de diversas corrientes en el último Ejecutivo ampliado y más tarde, hasta el momento actual.

La llamada "doble contabilidad", las contradicciones y ambigüedades en el balance político del ejecutivo ampliado

Están muy lejos de ser liquidadas las contradicciones evidentes en el punto de vista político del grupo Ruth Fischer y de su plataforma, hoy aquí ilustradas por el compañero Urbahns, simplemente con el golpe de la "doble contabilidad". Tales contradicciones no se basan en la simple maldad, oscuridad o vileza de una sola persona. La contradicción en el comportamiento del grupo Ruth Fischer-Urbahns es solamente la forma particular de una contradicción más general y profunda que aparece en el comportamiento de los otros dirigentes y grupos. Exactamente como el grupo Ruth Fischer-Urbahns ha votado en contra de la resolución sobre la cuestión alemana en el Ejecutivo ampliado, pero ha aprobado las tesis políticas generales, también el compañero Zinóviev en el congreso del partido ha votado en contra de las resoluciones políticas, pero ha aprobado la resolución sobre la cuestión de la Comintern y ha sostenido esta línea en el Ejecutivo ampliado. Todas estas aparentes contradicciones están condicionadas por la oscura ambigüedad de todo el resultado político de la última sesión del ejecutivo ampliado, de todas las decisiones que allí se tomaron, y de todas las decisiones que consciente o inconscientemente fueron o no tomadas. Cuando por lo tanto el compañero Stalin grita al compañero Urbahns que manifieste claramente de qué parte está: de parte del Comité central o de la de sus encarnizados adversarios, esta invitación equivale a aquella otra dirigida al compañero Meyer* reclamándole que admita que

* Ernst Meyer, figura eminente en el partido comunista de Alemania de los años veinte, representante tenaz de una posición "centrista".

no ha sido el Comité central el que se acerca a su punto de vista, sino que al contrario, él mismo, Meyer, es quien lo hace al punto de vista del Comité central. O bien como la dura declaración del mismo Stalin en contra de la evidente fraseología oportunista "de algunos compañeros" del Partido comunista alemán y de otros países europeos occidentales que se refirieron al hecho de que, cuando los intereses de la Unión Soviética lo requirieran, los partidos comunistas europeos habrían debido "amortiguar" un poco su política revolucionaria y llevar a cabo una "política de derecha".

Todas estas ambigüedades y oscuridades tienen su origen fundamental no en una teoría oscura, ni siquiera en la dudosa moralidad de sus sostenedores. Tienen razones objetivas, materiales, práctico-políticas, un fundamente de clase que se debe aclarar para comprender de una manera marxista el verdadero significado político del VI Ejecutivo ampliado, y con esto también la necesidad de la oposición de izquierda que está dirigida en contra de las tendencias oportunistas que surgen.

Esta tarea tan necesaria no puede ciertamente ser resuelta por un grupo que sostiene su oposición de una manera tan cauta y equívoca, como el grupo Urbahns-Fischer y las figuras más importantes que se encuentran detrás de ellos. Pero si nuestros adversarios comunes tuvieran ahora que frotarse las manos satisfechos frente al espectáculo ofrecido por la oposición de izquierda que se presenta dividida en dos, tres corrientes que se combaten teóricamente enfrente del adversario común, deberíamos decirles que están en un grave error si extraen de allí cualquier conclusión sobre nuestro comportamiento práctico en la confrontación con el enemigo común, el Comité central y los derechistas que están detrás de él. Asignamos valor a una clara y directa confrontación teórica con el grupo Urbahns justamente porque esta confrontación teórica es más importante para el desarrollo vital de nuestro partido, para el progreso del partido de la lucha de clases, revolucionario, internacional, proletario, que las alambicadas controversias sobre el asunto de si el compañero Meyer se ha movido en dirección del Comité central o si el Comité central se ha movido en dirección del compañero Meyer. Naturalmente hoy ya no es el Comité central sino la derecha el verdadero sol en nuestro sistema de partido. Y del actual Comité central, Galileo-Meyer puede decir: *¡e pur si muove!* Y si él, como Galileo, dice esto solamente en secreto y exteriormente reniega de sus pecados de derecha y se pronuncia por la teoría "centrípeta", en-

tonces acaba la cuestión. El contenido objetivo de la actual línea política del CEIC hace necesarios hoy todos estos disfraces, estas máscaras históricas. Lo vemos no sólo en el compañero Meyer, en el que tal máscara es formalmente impuesta, sino también en figuras más grandes del escenario de nuestra Comintern, en Zinóviev ¡y aun en Stalin! Pero nuestro deber marxista consiste en reconocer detrás de esta apariencia y forma la esencia real, histórica de clase.

El grupo Urbahns-Ruth Fischer

La contradicción principal en la plataforma y en todo el comportamiento del grupo Urbahns-Ruth Fischer está en su toma de posición sobre las tesis políticas generales. La plataforma del compañero Urbahns aprueba estas tesis políticas generales y rechaza la resolución alemana, pero ambas son fruto del mismo espíritu. Urbahns acepta las tesis políticas que prohíben expresamente la transferencia de los asuntos controvertidos del XIV Congreso del partido ruso a las secciones de la Comintern y reclama al mismo tiempo esta discusión. A los asuntos del XIV Congreso los llama "los asuntos de la Comintern" y aprueba estas tesis políticas de la Comintern en las cuales no se dice una palabra sobre los "asuntos de la Comintern". Opina que con la "confusión de estos asuntos teóricos" se alienta necesariamente a todas las corrientes de derecha, a todas las tendencias liquidatorias y revisionistas en todas las secciones de la Comintern y ve al mismo tiempo en las tesis políticas, que conservan esta confusión de los asuntos fundamentales, una "directiva para la lucha de todas las tendencias de los grupos de derecha de revisión al V Congreso".

El compañero Urbahns declara expresamente en el párrafo siguiente de su plataforma que en Alemania actualmente los peligros de la derecha son los más grandes. Pero acepta las tesis políticas que "ha presentado el compañero Zinóviev", en las cuales se encuentra la lapidaria frase que concluye un período de la ideología de la Comintern y también de la KPD: "Para superar definitivamente la crisis originada con los eventos de 1923, es necesario que la KPD consiga una victoria definitiva sobre las desviaciones

ultraizquierdistas cuyos representantes (Scholem, Ruth Fischer, Maslow) hacen retroceder al partido." Éstas son las "lecciones del octubre alemán" elaboradas por Zinóviev y aceptadas por Ruth Fischer y Urbahns. Aceptadas también por Scholem que, sin embargo, en la votación sobre la resolución alemana ha declarado no querer renegar del propio pasado.

Tomemos ahora el problema del futuro: el compañero Urbahns en su primera demanda programática rechaza toda versión de la consigna de los "Estados Unidos de Europa" que "signifique cualquier otra cosa que no sea las repúblicas soviéticas revolucionarias de Europa". Con esto, sin embargo, está absolutamente claro que esta palabra en la versión en la cual es formulada en las tesis políticas aceptadas por Urbahns significa algo muy lejano a la sovietización de Europa o del mundo entero, o aun solamente un "sinónimo" para esta sovietización. Un análisis preciso de las tesis políticas muestra unívocamente que con esta palabra de los "Estados Unidos de Europa" o de los "Estados Unidos de la Europa socialista" no se trata totalmente de una mera palabra revolucionaria de agitación y movilización, cuyo implícito pero también muy concreto y actual contenido real consiste en la lucha revolucionaria por la sovietización de Europa y del mundo entero. Se trata más bien de un "programa de salvación europea" con el cual la Comintern, en consciente y "positiva" alianza con las ilusiones de la Sociedad de las Naciones, de Locarno y de la Paneuropa, se dirige a los "pueblos oprimidos" por el supercapitalismo y superimperialismo americano en Europa y a sus obreros y campesinos con el objeto de conquistarlos para una política en cierto sentido "anticapitalista".

De esta manera, en la plataforma de Urbanhs y en todo el comportamiento de este grupo surge con claridad la contradicción en la cual está involucrado. En su modo particular, ésta expresa aquella contradicción general y mayor que se ha revelado recientemente en la política del partido comunista ruso y de la Comintern y por lo tanto también en la política de la KPD, y por cuya solución dialéctica es conducida hoy la lucha en el partido comunista ruso y en toda la Comintern y por lo tanto también en la KPD alemana.

¿El cuatro de agosto de la Comintern?

Aprovecho la ocasión para aclarar un grave equívoco que, según mi convicción, constituye la base más profunda de todos los otros malos entendidos, mentiras y calumnias que se difunden en contra del único grupo claro y decidido de oposición de izquierda en la KPD, el llamado grupo Korsch-Schwarz-Rolf. No es cierto que este grupo parte de la convicción de que para la Comintern y su partido-guía, el partido ruso, el "cuatro de agosto de 1914"* sea ya un hecho cumplido.

Esta convicción, a despecho de todas las afirmaciones contrarias de enemigos y falsos amigos, no es la concepción individual de nuestro grupo y ni siquiera la de uno de sus llamados jefes.

En la plataforma política de nuestro grupo, que doy por escrita en mis declaraciones actuales, se encuentra una frase que expresa nuestra posición sobre este punto en la forma más clara. Es la frase sobre el XIV Congreso del partido ruso que dice que este congreso ha demostrado a todo el mundo que "en el interior de nuestro hermano partido ruso el oportunismo ha obtenido ya la delantera".

¿Qué quiere decir esta frase de la "delantera" de la tendencia oportunista en el partido comunista ruso sobre las tendencias contrarias, revolucionarias? ¿Quiere decir que "agosto de 1914" es un hecho de ahora en adelante cumplido o bien indica sólo

* Esta fecha, marcando la adhesión formal de la socialdemocracia alemana a la guerra, ya desencadenada por los imperios centrales, se toma como símbolo de la capitulación política y moral de la propia socialdemocracia.

aquella lucha de tendencias que se ha llevado a cabo en la socialdemocracia alemana y en los sindicatos libres ligados a ella antes de la guerra en el decenio precedente a 1914?

Aquí se habla claramente sólo de una lucha de dos tendencias, de las cuales una ha alcanzado la delantera, pero la otra no ha sido todavía plena y definitivamente aplastada. Y la frase en nuestra plataforma que sigue inmediatamente a la frase citada arriba demuestra claramente cuál es la leva sobre la cual queremos hacer apoyar la poderosa, aún invencible e invicta contratendencia revolucionaria en contra de esta invasora tendencia oportunista. Esta frase dice que las decisiones y las resoluciones del Ejecutivo ampliado demuestran que "este oportunismo debe ser extendido al interior de la Comintern". Por lo tanto, no ha sido transmitida todavía a la Comintern, al partido comunista mundial de Lenin: aquí vemos nuestro campo de lucha, sobre el cual queremos librar en el interior del partido nuestra batalla contra la tendencia oportunista en avance, apoyados en la fuerza victoriosa de todo el proletariado universal, del proletariado ruso y del proletariado de todos los países capitalistas y de su vanguardia consciente reunida en las secciones del partido comunista mundial.

La lucha de clases proletaria internacional contra las tendencias revisionistas y oportunistas en la Comintern

Opinamos, por lo tanto, que el sostén que el proletariado extranjero y los partidos extranjeros deben dar al proletariado ruso y al partido comunista ruso para que sea dirigida al fin la obra de la construcción socialista, debe entre otras cosas consistir en la participación activa en la lucha contra el penetrante oportunismo, lucha llevada a cabo hoy en el interior del Partido comunista ruso y en toda la comunidad soviética rusa. También por este motivo nos parece una falsificación de la verdadera teoría leninista el hecho de que el compañero Stalin revise en los años 1925-1926 la propia formulación de la doctrina leninista sobre la cuestión de la victoria del socialismo en un solo país de abril de 1924, declarando que "el sostén de nuestra revolución por parte de los obreros de todos los países" y "la victoria de estos obreros al menos en algunos países" es sólo "la condición imprescindible de la plena seguridad del primer país vencedor en contra de las tentativas de intervención y restauración", pero no la condición para la "cons-

trucción de la sociedad socialista realizada en un solo país" (véase Stalin en "Zu den Fragen des Leninismus", *Inprekorr,* 1926, número especial 14, pp. 410 *ss.)* Nuestro punto de vista sobre este asunto, que no ha podido ser expresado en la sesión del Ejecutivo ampliado porque no estábamos representados allí, coincide perfectamente con el del compañero Bordiga, que en la discusión sobre el informe político del compañero Zinóviev ha formulado conclusivamente su posición en la frase: "los partidos europeos son los mejores guardianes contra el peligro oportunista en Rusia" (Informe telegráfico del *Inprekorr,* número especial 15, p. 435). Con esta audaz y clara palabra de un auténtico internacionalista podemos estar completamente de acuerdo. ¿Cómo están las cosas entonces con el llamado "cuatro de agosto" de la Comintern como un hecho ya acaecido? Sólo niños y tontos pueden afirmar tal insensatez. Si es cierto que Katz sostiene esa idea (cosa que dudo y que ahora no puedo probar), entonces no habría más nada que hacer.

En nuestra plataforma declaramos que en esta dirección vemos actuar fuertes tendencias en el interior de la Comintern, y que estas tendencias oportunistas –y aquí mismo está el peligro particular de la situación actual– no proceden ya de Brandler, Braun, Thalheimer, Smeral y otros comunistas socialdemócratas de varios países europeos occidentales, sino que son alimentadas por el creciente oportunismo en el interior del único partido que hasta ahora en la Comintern ha promovido la pretensión de ser íntegramente un verdadero partido bolchevique, un verdadero partido leninista. En el interior quiero decir del partido bolchevique ruso, guiado políticamente por Stalin y teóricamente por Bujarin.

Estas invasoras tendencias oportunistas se revelan hoy en toda la praxis política interna y externa de nuestro hermano partido ruso y de la Comintern. Se revelan también en la deformación claramente evidente de la teoría leninista.

Es sabido que la mujer de Lenin, la compañera Krúpskaia, en el mismo discurso en el que ha evocado el congreso de Estocolmo ante la mayoría del último congreso ruso –congreso aquel en el que la mayoría menchevique se había comportado injustamente en los enfrentamientos con la minoría bolchevique– ha citado también aquella amarga frase en *El estado y la revolución,* en la cual Lenin casi con presentimiento decía:

"En la historia hay casos en los cuales las enseñanzas de grandes revolucionarios han sido deformadas después de su muerte;

se ha hecho de ellos inocuos ídolos y mientras se rendía honor a su nombre, se limaba la punta revolucionaria de sus enseñanzas."

La compañera Krúpskaia ha extraído explícitamente de esta cita también las consecuencias: "Creo que esta amarga cita nos debe llevar no a ocultar con la invocación al 'leninismo' esta o aquella de nuestras visiones, sino que nos debe obligar a considerar cada cuestión según su sustancia."

La esencia histórica de la fase más reciente del llamado "leninismo"

Si se coloca el problema de la revisión y de la deformación que la teoría revolucionaria de Marx y Lenin ha sufrido en la fase más reciente del desarrollo del llamado "leninismo", se tiene que tener en cuenta desde el principio que esta deformación actual de la teoría marxista-leninista no puede de ninguna manera consistir en un simple retorno a las doctrinas explícitamente reformistas de un "marxista revisionista" como Bernstein ni solamente a las enseñanzas reformistas camufladas de un "marxismo ortodoxo" como Kautsky. El reformismo teórico de un Stalin, que en 1926 revisa las propias formulaciones leninistas escritas dos años antes, y el reformismo teórico contenido en el nuevo escrito de Bujarin sobre *El camino al socialismo,* son específicamente diferentes del reformismo revisionista y ortodoxo de preguerra de Bernstein y Kautsky, como también la política práctica del partido comunista ruso y de la Comintern es específicamente diferente a la política práctica de la socialdemocracia de preguerra. Pero con toda su diferencia específica, ellas son al mismo tiempo absolutamente análogas a las precedentes formaciones –o deformaciones– de la teoría comunista marxista. Comparando la naturaleza de esta nueva fase de desarrollo de la teoría marxista-leninista con la antigua, se la puede explicar del mejor modo como un "bernsteinismo" y "kautskismo" posterior a la toma del poder. Evidentemente, después de la toma del poder por parte de la clase proletaria cambia el significado de las "reformas". Todos nosotros conocemos y reconocemos las afirmaciones hechas por Lenin al respecto. Por otra parte y sin embargo, no se deriva del todo que ahora en un partido comunista que ha tomado el poder en su país no sea ya posible una deformación "reformista" de la teoría de la clase proletaria. Sigue siendo posible, ya sea en relación a las tareas que deben ser resueltas en este país, como

también particularmente en relación a las tareas de la lucha de clase proletaria internacional que se resuelven junto con la clase proletaria del país y de su partido comunista.

El que preste atención a estas cosas hallará en las publicaciones del partido y en la literatura de la Comintern desde hace un tiempo, y sobre todo algunos meses, cada vez más frecuente y directamente la afirmación, ahora confirmada también por las tesis políticas del Ejecutivo ampliado, de que en las afirmaciones de Otto Bauer y de sus amigos se habría notado recientemente un "cambio" profundo. En lo que quiera que consista este cambio, surge de la manera más clara por un nuevo slogan que Karl Rádek ha formulado ya el 10 de enero de 1926 con gran evidencia teórica en el órgano central de la KPD, anunciando en un gran artículo con el pomposo título de *¿Otto Bauer sobre el camino de Moscú?* que este "conocidísimo teórico de la Segunda Internacional" en su discurso del 21 de diciembre de 1925 sobre el problema de fondo del carácter de la Revolución rusa se ha "alejado de las posiciones más importantes del menchevismo internacional". Aun si Bauer en este análisis teórico no ha tratado "todas" las consecuencias –prosigue Rádek– estos preconocimientos suyos "representan una gran victoria de nuestro punto de vista, del punto de vista del comunismo internacional" y en las consecuencias que tienen que ser tratadas por los "obreros socialdemócratas" tienen una "importancia internacional". Este himno en pro del retorno del austromarxismo al leninismo y al comunismo, entonado por Rádek, está repetido en todos los tonos y retomado por los "teóricos" menores de toda la Comintern hasta en los artículos de fondo en los cuales ahora, en la semana después de Pascua, el órgano central de la KPD ha intentado oponer el "controvertido" Otto Bauer al pecador encarnizado Stampfer.* *Otto Bauer sobre el camino de Moscú:* así se regocija en la primavera de 1926 toda la prensa comunista, apresurándose a insertar esta nueva "victoria" de nuestro punto de vista comunista leninista en la discusión interna, acusando a los diversos grupos de la llamada "ultraizquierda", que se rehúsan a reconocer sin discusión los resultados del último congreso ruso como una incontrovertible manifestación de la teoría revolucionaria comunista leninista, de estar con su punto de vista "antibolchevique" y "antileninista" "mucho más a la derecha que Otto Bauer".

* Friedrich Stampfer, director del periódico socialdemócrata *Vorwärts*, representante del ala "derecha" de la SPD.

¿Otto Bauer sobre el camino de Moscú? Como dialécticos marxistas debemos probar críticamente este aparente proceso de cambio. Debemos preguntarnos si en realidad no es Moscú el que está sobre el camino de Otto Bauer. Al fin y al cabo, ¿no se ha desplazado hacia el punto de vista del Comité central? De ese modo se malograría el acercamiento de Otto Bauer a Moscú. En este contexto adquiere valor sintomático también una palabra que el actual líder teórico del Partido comunista ruso, el compañero Bujarin, ha pronunciado en su discurso sobre la Carta del CEIC del 12 de agosto de 1925. El compañero Bujarin, que como el gallo canta temprano en la mañana y algunas veces demasiado temprano –el *renovador* en nuestros días de la consigna del primer capitalismo: "enriqueceos"– ha dicho entonces la funesta y polivalente frase: "creo que nos encontramos en una situación en la cual debemos ser nosotros el grupo del centro marxista". Aun cuando esta afirmación ha sido formulada en otro contexto, sin embargo en un teórico y político como Bujarin también la elección de las palabras y de las expresiones tiene su significado y efecto determinado, como lo ha tenido sin duda también su consigna "enriqueceos" dicha tres veces o aun más.

El "leninista" Otto Bauer y la ultraizquierda "antileninista"

¿Cómo están realmente las cosas con la reciente conversión de Otto Bauer y de sus amigos austromarxistas al punto de vista del comunismo internacional y del leninismo? Otto Bauer –se nos dice– comienza a ver que la actual situación económica rusa ha dado pruebas de que "las cosas funcionan aun sin capitalistas", y que lo que en la actualidad hay en Rusia "no es ciertamente socialismo pero tampoco capitalismo", sino que es "un estado de transición" de la economía que contiene por cierto "muchísimos elementos capitalistas" pero también "muchísimos socialistas". "La industria pesada, el comercio exterior, grandes sectores del comercio interno pertenecen al estado, otro sector a las cooperativas, el capitalismo está excluido de una gran parte de la economía", etc., etc. En breve, si tomamos las formulaciones usadas en la última batalla fraccional en el XIV Congreso ruso, vemos que, actualmente, en todas estas controvertidas cuestiones Otto Bauer asume efectivamente el mismo punto de vista sostenido también por la actual dirección del partido comunista de la Unión Soviética en contra del punto de vista de la oposición de Leningrado.

Ya no hay dudas acerca de la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país, ni siquiera en un país agrícola industrialmente atrasado. Las administraciones estatales de las repúblicas obreras y campesinas son también para él administraciones de "tipo coherentemente socialista". La esencia de la NEP consiste también para él no ya en un capitalismo tolerado por el proletariado y mantenido bajo cadenas por el estado proletario (¡Lenin, Krúpskaia!) sino en una "fase de transición" al socialismo. Stalin ha comenzado ya a "desarrollar" la doctrina de Lenin sobre la posible y necesaria "alianza particular" entre el proletariado y los estratos no proletarios de los trabajadores, "en un ambiente muy peculiar, es decir en el clima de la guerra civil más rabiosa", en el sentido de una equiparación de la "dictadura del proletariado" con una duradera "alianza de clases del proletariado y de las masas trabajadoras de los campesinos", que sólo en su "éxito final" teóricamente entendido (la "victoria definitiva del socialismo") permanece en relación con la lucha de clases revolucionarias del proletariado (*Inprekorr*, 1926, p. 403). Y esta línea estaliniana es ulteriormente llevada adelante precisamente por Otto Bauer, que en el esbozo del nuevo programa agrario de la socialdemocracia austríaca ha redactado las siguientes clásicas afirmaciones acerca de "la posición del campesino en la sociedad socialista":

"Con la socialización de la propiedad de rapiña de la clase de los señores la propiedad del trabajo de los campesinos no es amenazada sino reforzada. El campesino existía antes de la sociedad feudal. Ha vivido en la sociedad feudal y vive en la sociedad capitalista. También en el ámbito de la sociedad socialista los campesinos vivirán como libres poseedores sobre sus propias glebas ["Leninismo", ¡qué más quiere!]. Pero como cada orden social antes de eso, también el orden social socialista transformará de este modo las relaciones jurídicas como también las condiciones de existencia económica de la propiedad campesina."

En efecto, nosotros, "pequeñoburgueses ultraizquierdistas", debemos declararnos culpables de no estar de acuerdo con Otto Bauer en todas estas cuestiones. No reconocemos que un capitalismo formado, en un cierto modo, en un país en el cual el poder del estado está preponderante pero no completamente en manos de la clase obrera y se ejerce en formas que todavía son llamadas "dictadura del proletariado" –pero que en realidad contienen ya poquísimos elementos, y también en fase decreciente, del concepto de "dictadura del proletariado" de Marx y Lenin–, sea ya un sistema económico socialista o pueda por sí mismo, por

las condiciones económicas y por las relaciones de clase del propio país, desarrollarse en un orden social y económico socialista y comunista gracias a algo que no sea la acción común de la clase obrera, que se libera con la propia acción en todos los países en los que existe la moderna sociedad burguesa capitalista. Comprendemos perfectamente el nuevo significado particular que, según la enseñanza de Lenin, adquieren las llamadas "reformas" en un país en el cual ya se ha conquistado el poder. Pero creemos que también para el período posterior a la toma del poder en un solo país o en algunos países, el signo principal de la desviación "reformista" por parte del marxismo-leninismo revolucionario consiste en el hecho de que ella toma por socialismo algo que sólo es un capitalismo transformado, ulteriormente desarrollado, un capitalismo de estado, cooperativista. En todas estas cuestiones estamos en contra de Otto Bauer y de los modernos "leninistas", que manifiestan su acuerdo con Otto Bauer, porque según nuestro parecer en toda esta problemática Otto Bauer y los llamados "leninistas" convertidos a su punto de vista están a la derecha del comunismo, a la derecha del marxismo y del leninismo. No obstante sus muchas y enfáticas aseveraciones de que, naturalmente, con la revisión de la línea táctica y política mantenida hasta hoy es absolutamente indiscutible el "fin último revolucionario del comunismo" y la llamada "misión histórica del movimiento comunista", en realidad, ciertamente no en las palabras sino en los hechos, han abandonado este fin último. Esto, en la época actual de la revolución social ya iniciada, es mucho más que una "misión histórica"; esto suministra la directiva a través de la cual deben ser concretamente dirigidas todas las actuales batallas de la clase proletaria internacional bajo la guía de su partido revolucionario, el Partido comunista mundial. Y basta con confrontar la efectiva toma de posición sobre estos problemas, que se expresa cada día en nuestros impresos comunistas o en las otras publicaciones del partido, con los criterios que en un tiempo Lenin ha usado hacia Kautsky para demostrar de una manera absolutamente inequívoca el proceso de desarrollo del marxismo-leninismo al reformismo oportunista, cumplido ya en gran medida por parte de aquello qúe es falsamente llamado "leninismo".

Dos choques históricos sobre el "uso revolucionario de la violencia" y la dictadura del proletariado

Cuando hace tiempo el partido obrero independiente de Gran Bretaña (ILP) decidió proponer en la sesión de abril de la Segunda Internacional la convocatoria a una conferencia común de la Segunda y Tercera Internacional, el órgano central de nuestro hermano partido ruso, el *Pravda* del 4 de marzo de 1926 (según la comunicación del *Inprekorr,* núm. 39, p. 534) en su toma de posición criticó mucho menos la propuesta en sí que el problema que, al decir de un representante del ILP, habría debido ser discutido en el proyectado congreso de unificación. El *Pravda* declaraba que el problema a debatirse sobre el "papel de las reformas y el papel del uso de la violencia" eran solamente "grandes asuntos político-sicológicos" que "no tocan inmediatamente hoy a las masas", y que por lo tanto otras exigencias más urgentes de las masas habrían debido ser puestas a la orden del día antes que dicha conferencia de fusión. Por más atención que se deba prestar a los simples aspectos de la oportunidad táctica que se observan en un problema de este tipo, está sin embargo claro que con esta evasiva toma de posición hacia un ataque directo del reformismo contra los principales revolucionarios del comunismo, la dirección responsable de nuestro hermano partido ruso ha hecho lo mismo que Kautsky cuando en un tiempo, a los ataques de Bernstein contra la doctrina de Marx de la dictadura del proletariado, respondió que a este problema "nosotros" lo "podíamos dejar con toda tranquilidad para el futuro". Pero cada comunista conoce también el veredicto aniquilador que Lenin dio en *El estado y la revolución* a esta polémica centrista de Kausky en contra del reformismo explícito de Bernstein.

"No es una polémica contra Bernstein sino, en el fondo, una concesión en sus confrontaciones, un abandono de posiciones frente al oportunismo; en realidad, los oportunistas no tienen por ahora otra necesidad que la de 'dejar con toda tranquilidad para el futuro' todos los problemas de fondo sobre las tareas de la dictadura proletaria."

Las consideraciones de Otto Bauer y el núcleo del "leninismo" de la "Rote Fahne"

Esta caída gradual del marxismo-leninismo revolucionario hacia la teoría y praxis de la Segunda Internacional y de la Internacional "dos y media" llega –por el momento– a su punto más bajo en el artículo de fondo en el cual el órgano central de la KPD, la *Rote Fahne*, del 8 de abril de este año ha tratado de discutir de acuerdo con los principios comunistas, el artículo programático de Pascua de la *Wiener Arbeiterzeitung* sobre el problema del "trabajo revolucionario". Aquí ya no se trata de la visión teórica de la Revolución rusa y de la construcción del socialismo en la Rusia soviética, aquí ya no se trata de declaraciones abstractas sobre los objetivos finales. Aquí se trata de las tareas concretas de la actual política real de los partidos comunistas en los diversos países capitalistas. ¿En qué otro lugar fuera de éste debe decidirse quién se acerca a quién –si Otto Bauer a Moscú o la Comintern a las Internacionales Segunda y "dos y media"?

El órgano central de la KPD, que primeramente tuvo cosas que objetar en contra de "la finalidad" de la *Wiener Arbeiterzeitung* por nuestro "trabajo revolucionario" ("¡conquistar el poder en el estado!") –es decir que "esta formulación ya hizo concesiones a la concepción de Stampfer por la cual el estado está por encima de las clases"– se declara explícitamente de acuerdo y sin ninguna reserva con el camino mediante el cual Otto Bauer en sus consideraciones pascuales en la *Wiener Arbeiterzeitung* quiere alcanzar este fin. La *Rote Fahne* cita algunas frases de Otto Bauer sobre el "camino para la conquista del poder estatal en nuestro país" (!) y declara con entusiasmo que con estas frases se formula correctamente el "núcleo de la doctrina leninista de la organización de la revolución", la "conquista de la mayoría del pueblo a la revolución proletaria, la alianza del proletariado con los estratos medios, los pequeñoburgueses" mucho más correctamente que cuando integra "la compañía pequeñoburguesa de Korsch".

Todo este júbilo en torno a la presunta conversión de un pecador arrepentido es expresado por la *Rote Fahne* porque en las afirmaciones de Otto Bauer citadas literalmente por la *Rote Fahne*, se encuentran las siguientes profundas prescripciones sobre el "camino para la conquista del poder estatal":

Primero: ¡ganarse a la mayoría del pueblo! Por lo tanto: ¡ganarse a los obreros industriales aliados sin los cuales el proletariado industrial no puede vencer! ¡Conquistar pues a los traba-

jadores de la mente, organizar a los trabajadores agrícolas, arrancar a los pequeños campesinos del descaro de los partidos capitalistas y atraerlos hacia nosotros! Éste es el primero de todos los presupuestos para la conquista del poder estatal. Trabajar sobre esto: he aquí la tarea revolucionaria.

La *Rote Fahne*, que se entusiasma por estas felices formulaciones del "núcleo de la doctrina leninista de la organización de la revolución" por parte de los austromarxistas y se indigna en contra de las izquierdas "pequeñoburguesas" que no ven y no quieren eso, olvida desgraciadamente en su entusiasmo y en su indignación citar otra frase del artículo de Bauer que sigue inmediatamente a aquellas citadas arriba y que documenta también exactamente la profundidad de la comprensión de Bauer del "núcleo del leninismo". Esta frase dice clara y simplemente: "Si somos la mayoría del pueblo, podemos conquistar con la boleta electoral el poder en la república." [*Interrupción del jefe de redactores de la Rote Fahne*: "¡Lea también más adelante! ¡También la frase sucesiva!".]

Si continúo leyendo, encontramos la bien conocida y vieja teoría menchevique por la cual si este poder del socialismo en la república, conquistado mediante la boleta electoral, se ve amenazado por actos de violencia reaccionarios, monárquicos y fascistas, el gobierno socialista que rige la república en virtud de la boleta puede y debe defenderse aun mediante la violencia contra estos actos de violencia reaccionaria.

"Por tanto: no atacar al ejército, a la policía, sino ponerla de parte nuestra, ¡educarla a la fidelidad a la república! Ganarse a la mayoría del pueblo y defender las decisiones de esta mayoría con la educación de nuestra juventud en verdadero republicanismo contra los ataques monárquicos y fascistas. ¡Éste es el camino en nuestro país para la conquista del poder estatal! ¡Éste es el trabajo revolucionario!"

¿Debo seguir leyendo? Cada frase de este artículo muestra a "Otto Bauer sobre el camino de Moscú". Y para que no pueda haber ninguna duda sobre cuán plenamente el "leninismo" de la *Rote Fahne* ya coincide hoy con este bolchevismo de Otto Bauer, el órgano central del Partido comunista alemán no deja en el mismo artículo –en el cual ataca a los "Stampfer y compañía" que quieren "contar con la boleta electoral" de la mayoría del pueblo y no comprenden nada de la justa "política de alianza" revolucionaria y leninista– de agregar: "Ejemplo típico de esta política de alianza son los plebiscitos y las propuestas de ley de iniciativa popular."

La "compañía pequeñoburguesa de Korsch" declara abiertamente que entre esta formulación del "núcleo del leninismo" de Otto Bauer, aceptada sin reservas por el órgano central comunista, y la propia concepción de la teoría revolucionaria de Lenin existe un contraste insuperable. Este contraste, por lo demás, es idéntico al contraste entre socialdemocracia y comunismo. Las pruebas suministradas expresamente por el órgano oficial de la KPD y de la Comintern certifican que, sobre esta problemática, los comunistas ya no están con Lenin sino con Otto Bauer, no están ya en el campo del comunismo sino en el de la socialdemocracia. Han olvidado lo que ha dicho Lenin en su escrito sobre las *Elecciones para la Asamblea constituyente* de aquella gente que dice que el partido del proletariado debe primeramente ganarse a la mayoría de la población y solamente después conquistar el poder: "Así hablan los demócratas pequeñoburgueses, los sirvientes de hecho de la burguesía que se llaman 'socialistas'." Así habla hoy como ayer el demócrata menchevique Otto Bauer, y así habla, de modo distinto que ayer, el Partido comunista alemán en su órgano central, la *Rote Fahne*.

Política exterior soviética y política internacional de la Comintern

No es posible en un informe de media hora examinar detalladamente todas las formas concretas en las cuales la misma deformación oportunista y reformista, que hemos mostrado difusamente en el ámbito de la teoría marxista-leninista, halla expresión aun prácticamente en los distintos sectores de la política de la Comintern y de sus secciones en la Rusia soviética y en cada país capitalista. Me detendré sólo brevemente sobre un tema hoy particularmente importante y bastante discutido en nuestro partido: la política exterior de la Unión Soviética y la política internacional de la Comintern. No voy a rechazar una vez más todas las vergonzosas mentiras que respecto a este problema todavía circulan en contra mía, no obstante todas mis explicaciones. Me limitaré a mostrar brevemente dónde está la verdadera diferencia entre la política y la táctica de la actual dirección del Partido comunista ruso y de la Comintern, y el punto de vista de la oposición de izquierda.

El órgano central del partido comunista, *Rote Fahne*, ha escrito justamente anteayer en el artículo de fondo sobre la *Nota del co-*

munista Chicherin al secretario general de la Sociedad de las Naciones que los jefes obreros que "alimentan en las cabezas obreras ilusiones sobre la Sociedad de las Naciones, en vez de destruirlas, cometen el más grande delito en contra de las clase obrera" (*Rote Fahne* del 14 de abril de 1926). Sin embargo, frente a las declaraciones que el compañero Chicherin ha hecho a los periodistas de Moscú algunos días antes del envío de esta nota y que fueron retomadas en la *Rote Fahne* del 7 de abril, es imposible mantener la afirmación de que tal "alimentación antes que una destrucción de las ilusiones sobre la Sociedad de las Naciones" sea excluida, en una forma un poco más refinada, ni siquiera por el compañero Chicherin, tanto en esta ocasión como en la anterior. El compañero Chicherin en sus declaraciones ha evadido por completo la cuestión de la naturaleza capitalista de la Sociedad de las Naciones, cuestión que para la política exterior tiene la misma importancia que tiene para la política interna del partido revolucionario la cuestión de la naturaleza del estado burgués. En estas cosas "evidentes" del ABC comunista, el compañero Chicherin no ha tenido cuidado. No ha dicho que la Sociedad de las Naciones de los capitalistas representa bajo cada forma una santa alianza de las grandes potencias capitalistas e imperialistas en contra de la Rusia soviética, la clase obrera internacional y los pueblos coloniales oprimidos. (¡Cuando algo similar es formulado por Bordiga en el Ejecutivo ampliado, es rechazado como una grave desviación "ultraizquierdista"!) El compañero Chicherin no ha definido a la Sociedad de las Naciones como una santa alianza. Sólo ha denunciado que el gobierno inglés abusando, por otro lado sin éxito, en Locarno de la Sociedad de las Naciones -inocente en sí y en ciertas circunstancias hasta benéfica–, la haya querido usar con este fin. Ha declarado textualmente, según la correspondencia de la *Rote Fahne*:

"Mientras las clases populares que sufren duramente bajo la crisis económica y los contrastes internacionales [¡ahora sabemos de qué sufren las clases oprimidas y explotadas!] esperaban de la Sociedad de las Naciones y de Locarno el alivio de su propia situación, Locarno ha significado para el gobierno inglés una nueva santa alianza."

Así habla el "comunista Chicherin", a quien obviamente aceptamos que no exprese aquí su convicción interna sobre la naturaleza de la Sociedad de las Naciones para no verse limitado a un discurso comunista de agitación en un sentido estrecho, sino que quiera referirse "diplomáticamente" a las ilusiones democráticas

y pacifistas de la Sociedad de las Naciones. Sin embargo, justamente anteayer la *Rote Fahne*, esa enemiga de toda "doble contabilidad", afirmaba que quienquiera que alimente estas ilusiones, antes que destruirlas, comete "el más grave delito en contra de la clase obrera".

Pero este mismo delito, cometido no ya por un hombre de estado comunista, que debe cumplir en el movimiento comunista una tarea parcial totalmente particular, sino esta vez por la dirección del propio Partido comunista mundial, es perpetrado en la formulación de la consigna central de los "Estados Unidos de Europa" o de los "Estados Unidos de la Europa Socialista". Con o sin el término "socialista", esta consigna está en neto contraste con la teoría revolucionaria de Lenin. Y no hay quizá prueba más clara de la deformación oportunista en nuestro partido comunista que el hecho de que todos aquellos compañeros que hoy aprueban entusiastamente esta consigna han llevado a cabo también un año atrás una verdadera cruzada en contra del compañero Trotski que puede atribuirse el hecho de haberla formulado tres años antes, en 1923 –año de la guerra en el Ruhr y de la guerra civil–, y por consiguiente no haber querido unirse "positivamente" a las ilusiones de la Sociedad de las Naciones, de Locarno y de la Paneuropa, como en cambio lo hace ahora expresamente el Ejecutivo ampliado.

El camino de la Comintern y las tareas de la izquierda

Todas estas formas degenerativas de la teoría y de la praxis en el actual período de desarrollo de la colectividad soviética, del Partido comunista ruso, de la Comintern y de todas sus secciones, como también la lucha de fracciones en el partido comunista ruso y alemán y en las otras secciones de la Comintern llevadas a cabo actualmente sobre todas las cuestiones aquí conocidas, son solamente expresiones de un coligamiento más amplio. En ellas se expresa el proceso real de desarrollo que hoy se desenvuelve en la Tercera Internacional comunista de una manera nueva y distinta específicamente, y sin embargo históricamente análoga a aquella que ha tenido lugar en la SPD y en la Segunda Internacional en el último decenio anterior a la guerra. En esto ya no se debe cerrar los ojos frente al hecho innegable de que una vez más en el movimiento proletario se cuestiona el problema del fin último comunista, y con eso también el del camino revolucionario

que conduzca a él. Se inicia una lucha decisiva en la cual la oposición de izquierda ve su tarea en la batalla sin cuartel contra todos los malos entendidos y las deformaciones visibles y ocultas, totales y parciales de la teoría y de la praxis para la defensa del carácter incondicionalmente internacional del movimiento proletario revolucionario, y por lo tanto, al mismo tiempo, para la defensa del carácter incondicionalmente revolucionario del movimiento de clase proletario internacional. Esto significa para nosotros, comunistas, que a las enseñanzas de Marx hemos agregado las de Lenin, a las precedentes experiencias de la lucha revolucionaria proletaria las nuevas experiencias de la primera revolución proletaria en la Rusia soviética: luchar por la defensa del papel del partido comunista, al que nada puede sustituir, porque representa tanto a nivel nacional como internacional el único agente consciente posible del movimiento de emancipación internacional revolucionario de la clase proletaria.

En la lucha sobre esta cuestión decisiva de la revolución proletaria internacional y del partido proletario internacional de los comunistas, ¿dónde están el compañero Zinóviev y el compañero Stalin?

Que el compañero Zinóviev aquí no toma una posición clara y unívoca, se lo ve en la flagrante contradicción de su doble participación en el congreso del partido ruso y en la sesión del Ejecutivo ampliado. Él combate en el partido ruso la tendencia a la limitación nacional, pero limita su propia batalla nacionalmente no transfiriendo la lucha contra la deformación y liquidación oportunista del comunismo internacional al campo de batalla internacional. Es sólo una tarea más grande que la de Ruth Fischer, que limita su oposición a la resolución alemana, y que la del noruego Hansen, que limita su oposición a la cuestión noruega. Sólo el compañero Bordiga en la última sesión del Ejecutivo ampliado ha emprendido la lucha abiertamente a nivel mundial contra la deformación del comunismo y la liquidación del Partido comunista. En él ve un verdadero aliado la clara y decidida oposición de izquierda en Alemania.

Con mayor dificultad todavía que la posición del compañero Zinóviev se deja determinar con precisión y univocidad la posición del compañero Stalin en las actuales luchas decisivas.

He oído que el compañero Salutzki, hoy disciplinado ex jefe de los obreros de Leningrado, ha comparado en una carta o en un artículo el papel histórico del compañero Stalin con el papel de Bebel en la socialdemocracia alemana. August Bebel mantuvo

una política revolucionaria en la SPD aun en el período en el cual en la SPD y sobre todo en los sindicatos "libres" a ella ligados, el oportunismo y el reformismo habían tomado la delantera en realidad desde hacía mucho tiempo, cuando la Comisión general de los sindicatos llamándose al "movimiento sindical actualmente en tan feliz florecimiento" estaba próxima a solicitar que debiera "desaparecer" del movimiento sindical y aun del partido la discusión sobre la huelga de masa revolucionaria. El camino que entonces mantenían Bebel, Singer y su teórico Kautsky tras las continuas polémicas ideológicas aparentes contra Bernstein y el reformismo, defendiendo pero en realidad neutralizando la verdadera, decidida y clara oposición de izquierda de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, condujo al cuatro de agosto de 1914, a la victoria del bernsteinismo en el interior de la socialdemocracia y de toda la Segunda Internacional, primeramente en la forma kautskiana y luego al final en la forma bernsteiniana. La historia y en particular la historia de nuestro movimiento proletario se hace porque aprendemos a evitar los antiguos errores. Ningún ocultamiento de las contradicciones a la manera de Bebel o a la de Kautsky, sino una lucha seria –la clara y decidida consigna de todos los buenos comunistas debe ser en este período la lucha total y la aniquilación de la tendencia nuevamente emergente del oportunismo y del reformismo.

Plataforma de las izquierdas *

Toda la economía mundial se encuentra hoy en una fase de depresión que constituye la oscura fuente de todas las crisis particulares, más o menos graves, más o menos avanzadas, que en los diversos países conmueven la estructura de la economía, que está lejos de ser estable y estabilizable. Precisamente en los países en creciente desarrollo (USA, la India, la Unión Soviética), la tendencia a la crisis es más fuerte que la tendencia a la coyuntura. Los países en desarrollo estancado son golpeados por crisis violentas después de las cuales todavía no es posible prever una nueva tendencia coyuntural. Las tentativas de las potencias capitalistas por superar realmente la fase de depresión con la reestructuración interna del modo de producción capitalista y la expansión interna de los mercados chocan siempre con las enormes dificultades económicas y técnicas, sociales y políticas que obstaculizan cualquiera intento de ese tipo. Sobre esta línea general de fondo, que caracteriza la situación actual de la economía mundial, surgen en los diversos grupos de los países capitalistas las distintas formas en que se expresa la lucha de las tendencias en conflicto en cada país.

En los Estados Unidos de América todavía prevalece en general la coyuntura, fruto del exitoso control de la crisis de 1921 y

* Resolución sobre la política y la táctica de la KPD y del Comintern. Conferencia internacional de las izquierdas intransigentes. Berlín, 2 de abril de 1926: *Plattaform der Linken. Resolution zur Politik der Kpd und der Komintern, angenommen auf der Reichskonferenz der Entschiedenen Linken in Berlin am 2.4.1926*, en apéndice a *Der Weg der Komintern*, cit., pp. 17-24.

1924. En la Unión Soviética, al impetuoso desarrollo que caracterizó el año económico 1924-1925 siguió en 1926 una tendencia a la crisis en la que afloraron todas las contradicciones latentes del actual desarrollo de la economía rusa y los conflictos de clase, nuevamente despertados. Esta crisis ha encontrado su manifestación más clara en las violentas luchas de fracciones desencadenadas en el seno del XIV Congreso del Partido comunista ruso, que dividieron a la vieja guardia bolchevique en dos secciones hostiles. En los demás países europeos la crisis ya está avanzada. Todavía poco en Francia y en Italia, donde contra la apremiante tendencia a la crisis actúan tendencias positivas y la inflación, que aún no ha llegado a su culminación, tiene como consecuencia una activación de la coyuntura. En Inglaterra las tendencias contrapuestas aún se equilibran provisoriamente. La burguesía inglesa apunta a la superación de la crisis por medio de una profunda reorganización del aparato productivo. El proletariado organiza su resistencia contra el deterioro de las condiciones de vida derivado de esa reorganización. La Europa central pierde cada vez más su papel autónomo dentro del desarrollo mundial: se convierte económicamente en "los balcanes" del mundo. Todas las tendencias de crisis se presentan en primer término aquí y en su forma más aguda: se transforman en el foco infeccioso de todas las epidemias de la economía mundial. También la desocupación masiva, difundida en todos los países capitalistas, se presenta con particular aspereza en Europa central.

El plan Dawes no significa, como piensan Trotski y actualmente incluso la dirección oficial de la Comintern, que el capitalismo norteamericano haya establecido su "hegemonía" sobre la economía mundial y ejerza el control planificado de Europa como salida de mercaderías excedentes y exportación de su capital financiero. Ni siquiera la común hostilidad contra la Rusia soviética elimina los contrastes violentos que impulsan hoy más que nunca a todas las potencias capitalistas a la lucha entre ellas y a la preparación de nuevas guerras imperialistas. El plan Dawes significa ante todo la agudización del ataque del capital mundial al proletariado alemán y con ello al proletariado internacional, cuyas condiciones de vida deben descender al bajo nivel del proletariado alemán. Es sólo un primer paso hacia la búsqueda de las vías por las cuales el capitalismo y el imperialismo norteamericano-europeo intenta sustraerse a su crisis y a su situación de depresión, tratando de lograr una organización más alta del capital al mismo tiempo que la conquista de nuevos mer-

cados y la explotación más intensiva de los viejos mercados. Todas estas tentativas están condicionadas por la explotación y la represión cada vez más duras de la clase proletaria. Sólo sobre la base de una nueva derrota y represión del proletariado puede el capitalismo tener esperanzas de llegar a prolongar su vida.

Así como la pacificación de Europa y del mundo entero no se logra con la Sociedad de las Naciones, el tratado de Locarno y el sistema de tratados de garantía, tampoco se llega a una estabilización de la economía europea y mundial con un plan Dawes y la penetración del capital nortemericano en todos los países europeos. Detrás de todos los discursos sobre la "estabilización" completa, parcial o relativa –todos sinónimos de una única ilusoria y engañosa idea– se esconde en realidad sólo la liquidación de la perspectiva revolucionaria de la Comintern, el abandono de la preparación y de la organización de las luchas revolucionarias por el poder para el momento actual.

La grave crisis que en estos momentos sufre Alemania muestra todos los aspectos negativos de una crisis "normal", pero no los aspectos positivos. No fue precedida por un período de desarrollo económico general sino cuanto más sólo por una artificiosa ampliación de la coyuntura de guerra y de la ilusión inflacionista. La eliminación forzosa de fuerzas productivas, de medios de producción masiva y de trabajadores sin un crecimiento simultáneo de las fuerzas productivas y sin apertura de nuevos mercados no puede llevar por sí sola a la superación de la crisis sino solamente a un estancamiento ulterior, al empobrecimiento y la revuelta de las masas esclavizadas. Aun con nuevos créditos extranjeros, con la momentánea disminución de la presión del plan Dawes, con la fuerza de acción de las masas trabajadoras, fuerza todavía no recuperada plenamente después de numerosas derrotas, es posible en el mejor de los casos obtener solamente un alivio momentáneo de la actual fase aguda de la crisis, pero no su superación. Por un período de tiempo imposible de prever la economía alemana estará bajo el signo de la decadencia, de la incesante presión de los crecientes conflictos económicos, sociales y políticos, de la cada vez mayor represión y empobrecimiento de la clase obrera alemana considerada ya como paria del mundo y de los estratos populares implicados en medida cada vez mayor, proletarizados. La desocupación masiva en Alemania se ha transformado de aguda manifestación de una situación de crisis en condición permanente que crece a pasos agigantados al estallar la

crisis propiamente dicha. Esta situación contiene todos los elementos objetivos para una política revolucionaria concreta.

Las tareas del partido

Ante esta situación, el partido comunista mundial, la Comintern, y la KPD no pueden limitarse a plantear como objetivos remotos de su política la revolución mundial y la revolución en cada uno de los países. Deben, en cambio, vincular todos los objetivos inmediatos de la lucha de clase económica y política con el objeto principal de nuestra política en la época actual: la preparación y la organización de la revolución y de la creación de la dictadura del proletariado.

En las luchas cotidianas económicas y políticas del proletariado –lucha por el tiempo de trabajo y por el salario, contra el ataque a los derechos de los trabajadores en la empresa y a los derechos de los sindicatos, lucha por la ampliación de tales derechos, por la inserción de los desocupados en el proceso productivo y por un subsidio mínimo según el nivel de vida del proletariado para todos los desocupados– el partido, en estrecho contacto con las masas en lucha, debe estar a la cabeza y dar órdenes guiando y organizando. En ningún caso debe hacer campañas parlamentarias en lugar de acciones reales.

Cuando la SPD y los jefes sindicalistas socialdemócratas se limitan a una lucha aparente contra las consecuencias de la crisis económica y adhieren parcialmente al llamado programa de racionalización de los capitalistas, es tarea del partido comunista la ampliación de las luchas de defensa de las masas contra su creciente empobrecimiento, la creación de consignas de lucha, la preparación y la organización de la resistencia ofensiva del proletariado contra la agudización del ataque del capital que lucha por todos los medios por su propia existencia y desarrollo. Ninguna "estatización" o simple "participación estatal con concesión de créditos" (que no es sino una reedición empeorada del "relevamiento de los valores reales" de los tiempos de Rádek-Brandler) puede ser el plan de lucha del proletariado contra el plan de racionalización de los empresarios alemanes. Bajo la guía del partido comunista los sindicatos, los consejos de empresa, las cooperativas y los consejos obreros proletarios –que deben elegirse de nuevo– tienen que impedir todo sabotaje de la producción por parte de los empresarios, cualquier reducción o redimensiona-

miento de las empresas, destrucción de medios de producción, falta de utilización de posibilidades de trabajo, a través de la cogestión y el control revolucionarios; deben expropiar a los saboteadores y tomar en sus manos la gestión de las empresas paralizadas. A los planes criminales de la clase capitalista y de los salvadores del capital, el proletariado debe oponer la lucha por el control revolucionario de la producción.

El partido no puede renunciar a comprometerse en favor de las reivindicaciones hoy más apremiantes de millones de desocupados y trabajadores de horario reducido y a guiar sus luchas en forma autónoma. La reiniciación del movimiento de los desocupados y su vinculación con la lucha de los sindicatos, de los consejos de empresa y del movimiento de los comités de control, que debe ser lanzado nuevamente, es una de las tareas más importantes del partido y no puede ser simplemente exigida a los sindicatos. En todas partes donde los vértices sindicales obstaculizan la organización de los desocupados para sus propios fines, el partido debe tomar directamente en sus manos esa tarea. No puede limitarse a reforzar la presión sobre los sindicatos con asambleas y manifestaciones de desocupados; debe crear consejos de desocupados, establecer vínculos entre ellos y las demás organizaciones proletarias de clase; debe además iniciar inmediatamente la organización de la convocatoria de un congreso nacional de los consejos de empresa y de los desocupados, con los sindicatos de la ADGB, si éstos ceden a la presión de las masas organizada por el partido, sin y contra ellos en el caso de que se opongan al movimiento.

Es evidente que el partido hace suya cualquier demanda política que le permita agrupar las actuales corrientes de oposición en una sólida unidad y conducir a amplias masas hacia una lucha real contra la clase dominante y sus gobiernos; incluso por propia iniciativa presenta tales demandas. La actual campaña por el referéndum acerca de la expropiación sin indemnización de los bienes imperiales ofrece una base adecuada para un movimiento real de masas de ese tipo. Sin embargo, el partido, precisamente en esas batallas libradas por un objeto que en sí mismo no es revolucionario, no puede bajo ninguna circunstancia ocultar su rostro y su carácter revolucionarios o dejarlos en segundo plano: por el contrario, debe adelantarse expresa y audazmente como el único defensor de las masas seguro de su objetivo y del camino elegido. En la prosecución de esta acción debe combatir con todas sus energías las actuales y nuevamente revitalizadas ilusiones

democráticas parlamentarias y colocar en cambio en primer plano la cuestión del poder; debe utilizar toda oportunidad para desenmascarar el carácter de la consulta popular como la última ilusión democrático-parlamentaria; debe mostrar claramente a las masas que sus objetivos reales no pueden ser alcanzados por vía del referéndum ni por ninguna otra vía parlamentaria. Sólo enfrentando la cuestión del poder, sólo mediante la realización de la revolución social bajo la guía de la vanguardia proletaria, del partido comunista, y con la instauración de la dictadura proletaria, puede ser realizada y asegurada la verdadera liberación de las masas explotadas y sin derechos. El partido debe destruir las ilusiones democráticas planteando cada vez más claramente el problema del poder, alejar a las masas de la SPD y así ganarlas para las reivindicaciones parciales y los objetivos finales sostenidos por el partido comunista.

Para un planteamiento claro del problema del poder que debe volver a ganar para la lucha revolucionaria y la meta final del comunismo a las masas desviadas y confundidas con la complicidad del partido comunista (la banal comedia parlamentaria de octubre de 1923, la teoría del bloque popular de Ruth Fischer-Maslow) *hoy ya no sirve más la palabra equívoca y comprometida del "gobierno obrero y campesino". A las combinaciones gubernamentales puramente burguesas y reformistas debemos contraponer el lema del poder exclusivo de los consejos obreros revolucionarios basados en las masas más vastas formadas por los trabajadores de la ciudad y el campo.*

Para sus reivindicaciones parciales económicas y políticas y sus objetivos finales, la KPD debe conquistar a la mayoría de los estratos determinantes de la clase obrera, preparar, organizar y guiar sus luchas. Para la realización de esta tarea se dirige a toda la clase proletaria y a todos los oprimidos y explotados que siguen sus luchas y sus directivas. Pero no se vincula ni se rebaja a establecer pactos con los partidos que abandonan la lucha de clase de hecho y de palabra, como los dirigentes de derecha de la SPD, ni con los que la niegan de hecho pese a las palabras revolucionarias, como los dirigentes de izquierda de la SPD.

Las formas organizativas con las cuales el partido comunista se adelanta en vista de las tareas llamadas económicas y culturales de la clase proletaria, que son para él al mismo tiempo también fines de lucha política, no están definidas de una vez para siempre. Deben adaptarse a las relaciones existentes en cada momento y están condicionadas por el grado de desarrollo de la lucha de clase proletaria. También allí donde la vanguardia revo-

lucionaria de la clase proletaria, unida en torno al partido comunista y guiada por él, realiza las múltiples tareas parciales de una política de clase proletaria realmente revolucionaria en todos los aspectos dentro de las organizaciones unitarias de lucha de todo el proletariado, en particular en los sindicatos, toda su actividad se desarrolla bajo la bandera de la política revolucionaria de clase de la KPD. Ateniéndose con firmeza y sin reservas a estos principios, en el momento de la victoria y en el de la derrota, en la retirada y en el contrataque, el partido comunista es y sigue siendo en la época actual el único partido revolucionario de clase del proletario.

La Comintern

La teoría y la praxis de la dirección actual de la Comintern se halla en contradicción cada vez más aguda con esta clara política revolucionaria de clase del comunismo. En el partido comunista mundial, desde la época de su fundación la dirección ha estado en manos del partido comunista ruso que detenta al mismo tiempo el poder estatal en la Unión Soviética. Durante todo el período en que la Tercera Internacional coincidía casi completamente, según las palabras de Lenin, con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y consideraba como su propia tarea concreta la realización de la dictadura del proletariado y de la sociedad socialista y comunista a nivel mundial, esa situación era la precondición evidente y justa de la realización de la política comunista en todos los países del mundo. Se plantea la contradicción cuando desaparece la identidad entre los intereses nacionales de la construcción económica y política de las repúblicas obreras y campesinas de la Unión Soviética y el interés internacional de la lucha de clase proletaria revolucionaria. En este nuevo período que ahora se inicia, se modifica la relación entre el partido comunista internacional y la Rusia soviética. En la revolución rusa iniciada en 1917-1918 como un resultado directo del movimiento revolucionario de clase producto de la guerra, el carácter proletario se fue desdibujando a medida que las sublevaciones revolucionarias del proletariado de Europa central eran sofocadas y el estado ruso, aislado, tuvo que desarrollarse bajo las condiciones impuestas por la relativa superioridad de fuerzas de la clase campesina sobre la clase obrera. El baluarte de la revolución proletaria internacional, el estado soviético, se convirtió, de

punto de referencia de la clase proletaria, cada vez más en una mera organización parcial que no puede ser considerada como totalidad abarcadora de todo el movimiento revolucionario de emancipación. Hacer de esa parte un todo autosuficiente, colocar al estado soviético en el lugar del partido mundial, declarar a la Unión Soviética "eje de la revolución proletaria internacional" significa actualmente abandonar los principios del comunismo revolucionario de Marx, Lenin y Luxemburg. Significa, en última instancia, preparar el 4 de agosto de 1914 de la Internacional Comunista.

El XIV Congreso del partido comunista ruso ha revelado a todo el mundo que dentro de nuestro partido hermano se ha impuesto el oportunismo. Las resoluciones y las decisiones del Ejecutivo ampliado de marzo de 1926 muestran que ese oportunismo debe ser extendido a toda la Comintern. En lugar de combatir duramente la expansión y el fortalecimiento de la NEP de 1921, convertida hoy en una política casi burguesa, se idealiza la NEP y la neo-NEP de 1926 como "la única política económica justa del proletariado triunfante en cada país". En lugar de combatir la creciente explotación de los braceros y de los campesinos pobres por parte de los campesinos acomodados (*kulaki*) que se enriquecen con los medios de la lucha de clases, se rompe la alianza entre proletariado urbano y población pobre del campo y se declara "figura central" al campesino medio que viaja a remolque del *kulak*. En lugar de contraponer con una política proletaria internacional las repúblicas soviéticas de la Unión, apoyadas en el proletariado internacional y en los pueblos coloniales oprimidos, al conjunto del mundo capitalista con un contraste incuestionable, el XIV Congreso compromete al CC del PCUS a "conducir una política de paz, que debe estar en el centro de toda la política exterior del gobierno soviético y permanecer en la base de todas sus iniciativas internacionales". Y el comisario del pueblo para el ejército y la marina, en ocasión del octavo aniversario del Ejército rojo, define como vergonzosa mentira la afirmación de que los comunistas rusos "piensan en cómo se puede instaurar en todo el mundo con las armas y en el tiempo más breve el orden social comunista". Igual que en la fraseología del militarismo burgués, el ejército, la marina y la aviación rojas, así como los pactos de alianza estipulados con potencias capitalistas particulares en contra de otras potencias capitalistas, no deben servir para otra cosa que el "fortalecimiento de las fuerzas de la defensa" y la "salvaguarda de la paz".

La transferencia de esta nueva política de la Unión Soviética y

de su partido a toda la Comintern aparece del modo más claro en la reactualización del lema de los Estados Unidos de Europa, en la liquidación de la Internacional sindical roja y en el inicio de tentativas de fusión con los partidos de la II Internacional.

En el mismo momento en que con el fracaso de la Sociedad de las Naciones de Ginebra, en cumplimiento exacto de las enseñanzas de Marx y Lenin y de las previsiones de todos los comunistas revolucionarios, se muestra a los ojos de todos la absoluta nulidad y falta de perspectivas de todas las esperanzas capitalistas y reformistas del plan Dawes y de los sueños de la Sociedad de las Naciones, la Comintern en la sesión del Ejecutivo ampliado de marzo de 1926 retoma el lema trotskista, ya combatido por Lenin más de diez años antes, de los "Estados Unidos de Europa" como un programa de salvación de los "pueblos oprimidos" de Europa y de sus obreros de la explotación y opresión del capitalismo e imperialismo norteamericano. Se aboga por los Estados Unidos de la Europa "socialista": esto no significa sovietización de Europa y unión revolucionaria de la clase obrera internacional victoriosa en una confederación de repúblicas socialistas soviéticas mundiales, sino expresamente "repúblicas obreras y campesinas unidas de Europa". Esta demanda significa, en realidad, una "comunidad de trabajo" económica y política de los capitalistas europeos con sus obreros que en alianza con los obreros y los campesinos y los nuevos burgueses de las repúblicas soviéticas deben luchar en la paz y en la guerra contra el invasor imperialismo norteamericano.

Es coherente con la perspectiva general y la línea política de este nuevo curso de la Comintern que en el último Ejecutivo ampliado no sólo se haya acordado la liquidación de la Internacional sindical roja sino que se haya considerado en las tesis sobre "los problemas inminentes del movimiento comunista internacional" (!) ya en referencia a los partidos políticos, como tarea a realizar próximamente, la "reconstitución de la unidad internacional de la clase obrera, la fundación de una internacional única que comprenda a todas las fuerzas de la clase obrera". Ningún comunista duda de la necesidad de llevar a la práctica el lema de Marx: ¡proletarios de todos los países, uníos! pero para la realización de esta unión no se puede plantear otro camino o "desviación" que no sea la unión de toda la vanguardia revolucionaria de la clase obrera internacional en el partido mundial comunista de Lenin, en la Internacional comunista.

Esta profunda transformación interna de la Internacional co-

munista y de su partido guía ha reforzado en todas las secciones de la IC y en particular en el partido alemán todas aquellas tendencias de derecha y de centro que apuntan a una liquidación política y, en última instancia, incluso organizativa del partido comunista. Así se liquidan sin distinción alguna todas las organizaciones especiales agrupadas en torno al partido y que están bajo su guía, incluyendo las organizaciones formadas para promover la lucha de clases. Igual que en Rusia, se transforma a la Federación de la Juventud Comunista en una organización apartidista de toda la juventud obrera. La táctica del frente único se va deformando cada vez más en política de alianza, bloque y fusión con la SPD. En algunos países (escandinavos por ejemplo) se realiza ya la fusión política del partido comunista con los partidos reformistas y centristas en un "partido obrero" unitario. En muchos países, como Italia y Francia, se resuelve la "coordinación" del proletariado, de la pequeña burguesía y de los campesinos en una lucha común no ya contra la clase capitalista sino sólo contra determinados estratos y grupos del capitalismo nacional y mundial. En la KPD se llega al punto de hacer propaganda seriamente y por largo tiempo de un frente único amplio con "vastos estratos de la burguesía" (véase el opúsculo *¡Ni un centavo a los príncipes!*). Un llamado oficial del CC, *Miremos a la aldea*, contiene, entre otras muchas insensateces, el abierto abandono de la defensa de las ocho horas de trabajo para los peones agrícolas en provecho de los campesinos propietarios medianos y grandes. Se reprime mecánicamente la insurgente oposición de izquierda y se comienza con ello a separar a los obreros revolucionarios del partido.

Contra estas tendencias oportunistas y reformistas, escisionistas y liquidatorias, todos los miembros de la KPD deben adoptar la postura más resuelta y enérgica, en la más estrecha convergencia con todas las izquierdas de las demás secciones de la Comintern. Con este objeto debe solicitarse finalmente al CC y a todas las direcciones una realización seria de la democracia interna del partido, muchas veces prometida, la eligibilidad incondicionada de las direcciones y la completa libertad de discusión sobre todos los problemas de la revolución proletaria. En particular, debe solicitarse la inmediata discusión de fondo y sin vínculos sobre el destino de la revolución proletaria hoy, sobre la cuestión del partido ruso y de la Comintern. Esa discusión debe ser llevada adelante contra todas las resistencias y tentativas de sabotaje.

Nuestro lema debe ser: ¡Todo por la unidad del partido de la

lucha de clase de los comunistas revolucionarios! ¡Ninguna separación de los obreros revolucionarios del partido! ¡Rechazo claro de todas las tentativas de liquidación política y organizativa de nuestro partido proletario mundial, la Internacional Comunista!

Declaración ante el Reichstag sobre el tratado ruso-alemán*

Considerando que
"la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma, que la emancipación de los obreros no es una tarea local o nacional, sino una tarea social [–*¡Oye! ¡Oye!– de la derecha*] que abarca a todos los países en que existe la sociedad moderna y cuya solución depende de la colaboración práctica y teórica de los países adelantados; que el actual despertar de la clase obrera en los países industriales europeos, mientras suscita grandes esperanzas, imparte al mismo tiempo solemnes advertencias contra una recaída en los viejos errores [*interrupción de la derecha: –¡Muy académico!*]"

por esas razones que Karl Marx ha escrito y expuesto en los Estatutos de la Asociación Internacional de los Obreros de 1864, el grupo de los comunistas internacionales [*de la derecha: –¡Finalmente algo nuevo!*], representado en esta sala por los diputados Schwarz, Schlagewert y Korsch [*–¡Oye! ¡oye! Hilaridad*], rechaza el tratado ruso-alemán [*repetidos gritos de derecha e izquierda*].

El actual tratado ruso-alemán es formalmente uno de los llamados "tratados de neutralidad". Pero con un tratado que incluye como partes contractuales a potencias capitalistas no puede darse nunca una verdadera neutralidad. La experiencia histórica hasta los tiempos más recientes nos proporciona numerosos

* En *Verhandlungen des Deutschen Reichstags*, III Wahlperiode 1924, vol. 390, pp. 7443-7444, sesión del 10 de junio de 1926. Entre corchetes figuran los comentarios de la sala registrados en las actas taquigráficas.

ejemplos de cómo de tales "tratados de neutralidad" ha nacido la necesidad de acciones de guerra entre los participantes. El tratado dice querer servir a la "paz general". Pero antes de la destrucción del sistema de los estados capitalistas y antes de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado a escala nacional e internacional no puede haber nunca paz general. El camino hacia la verdadera paz general pasa a través de la revolución proletaria internacional y la aniquilación del sistema de los estados burgueses y la instauración de la sociedad comunista sin clases.

En el intercambio de notas adjunto al tratado, el gobierno alemán declara, y el gobierno ruso se da por enterado sin contradecirlo, que el gobierno alemán está persuadido de

"que la pertenencia de Alemania a la Sociedad de las Naciones no puede crear impedimento alguno al desarrollo pacífico de las relaciones entre Alemania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [. . .]; que la Sociedad de las Naciones, de acuerdo con su idea fundamental está orientada al allanamiento pacífico y equitativo de los enfrentamientos internacionales".

El gobierno alemán de los señores Hindemburg y Wilhelm Marx declara además en este intercambio de notas –y el gobierno ruso se da por enterado nuevamente sin contradecirlo–,

"que la actitud de fondo de la política alemana hacia la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no puede ser perjudicada por la fiel observancia de los deberes que derivarían para Alemania de su entrada a la Sociedad de las Naciones (artículos 16 y 17 del Estatuto acerca de las sanciones)".

El gobierno alemán de los señores Hindemburg y Wilhelm Marx en el mismo punto de la nota en que expresa esa convicción, no llega sin embargo al punto de rechazar categórica e incondicionadamente en cualquier caso, sobre la base de los artículos 16 y 17, el compromiso de librar una guerra contra la Rusia soviética. Simplemente recuerda que no se sentirá comprometido a un acto hostil de ese tipo hasta que se haya decidido con su propio consenso que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es el agresor en un conflicto armado con un tercer estado. Nosotros, sin embargo, sabemos por experiencia según qué principios

se decide siempre en la realidad de la sociedad capitalista de clases la cuestión de quién es "el agresor" en una guerra.

La KPD ha tratado de ocultar el verdadero carácter de su adhesión a este tratado [*Interrupciones de la derecha. Hilaridad*]. Ha declarado que se niega categóricamente a apoyar cualquier ilusión de que el actual u otro gobierno de la Alemania capitalista pueda llegar a ser un interlocutor sincero de la política de paz de la URSS, y se declara convencida de que si los obreros y los campesinos rusos celebran este tratado a través de su gobierno proletario a pesar de esos peligros evidentes, lo hacen por confianza en la inflexible voluntad de paz y en las simpatías fraternas de las masas trabajadoras alemanas hacia el único estado proletario del mundo, hacia el país de la construcción socialista. El partido comunista ha declarado también que con su aprobación del tratado expresa la voluntad de las masas trabajadoras de Alemania de estrechar la mano fraterna de la paz que los obreros y los campesinos rusos tienden a través de su gobierno soviético al "pueblo alemán".

Con esta toma de posición frente al tratado ruso-alemán, la KPD se ha colocado de hecho en el terreno de la "comunidad de trabajo" entre proletariado y burguesía a nivel internacional [*Interrupción de los populares y socialdemócratas: –¡Muy cierto!*]. A pesar del enmascaramiento, con su aprobación da el actual gobierno alemán, que estipula el tratado con el gobierno ruso soviético, un voto de confianza en una cuestión de política exterior decididamente importante para toda su política. De hecho, con su comportamiento estimula las ilusiones que combate con palabras [*Irónicas intervenciones de los socialdemócratas: –¡Muy cierto!*]. Se sustrae a aquel deber fundamental de todo partido comunista que fue expresado en 1920 en las 21 condiciones para la aceptación de un partido en la Internacional y que dice:

"Todo partido que desee adherir a la Tercera Internacional tiene el deber de desenmascarar no sólo el socialpatriotismo explícito sino también la insinceridad y la hipocresía del socialpacifismo; de mostrar sistemáticamente a los obreros que sin el derrocamiento revolucionario del capitalismo ningún tribunal internacional, ningún acuerdo sobre la limitación de los armamentos, ninguna renovación 'democrática' de la Sociedad de las Naciones será capaz de evitar nuevas guerras imperialistas."

El partido comunista alemán ha justificado *ex post* el temor que la propugnadora del proletariado internacional Rosa Luxemburg

había expresado ya en septiembre de 1918 en la undécima carta de Espartaco al escribir:

"Y ahora sobre los bolcheviques, como última etapa en su camino lleno de espinas, pende la amenaza más tremenda: ¡como un fantasma siniestro se adelanta una alianza de los bolcheviques con Alemania! Sería el último eslabón de una cadena fatal que la guerra mundial ha ceñido al cuello de la revolución rusa: primero la retirada, después la capitulación y finalmente la alianza con el imperialismo alemán [. . .]. Una revolución socialista sobre las bayonetas alemanas, una dictadura proletaria bajo el protectorado del imperialismo alemán sería la cosa más mostruosa que podríamos ver todavía."

Frente al hecho de que precisamente hoy la Internacional Socialista y su sección alemana, la KPD, realiza uno de los pasos más significativos para la preparación del 4 de agosto de 1914 de la Tercera Internacional, es deber de todos los comunistas revolucionarios no participar en esta "maniobra táctica" de la KPD y atenerse en esta hora a los principios de Marx, Luxemburg y Lenin, ¡a los principios de la lucha revolucionaria internacional de la clase proletaria!

Delaración de las izquierdas sobre la crisis en el PCUS y en la Comintern *

Los acontecimientos ocurridos en Rusia, el surgimiento de la oposición de izquierda antes y durante el XIV Congreso del partido comunista ruso, su constitución en fracción y finalmente el debate de la sesión plenaria del CC y del CC del PCUS son solamente las señales de la progresiva profundización y agudización de la diferencia entre las clases en la Unión Soviética y del carácter insuprimible de la lucha de clase conducida de nuevo y originariamente por el proletariado.

Cada vez más claro se muestra el proceso de la Unión Soviética, esa gigantesca repetición de la gloriosa tentativa del proletariado parisiense en 1871 de instaurar la dictadura revolucionaria de la Comuna proletaria y de conservarla a pesar de su aislamiento en medio de un ambiente capitalista hostil.

Si en 1917 en la Rusia soviética existía la posibilidad, continuamente anunciada por todos los dirigentes revolucionarios del proletariado, de realizar la revolución proletaria a pesar de la modesta dimensión del proletariado con respecto a la preponderante mayoría de la clase campesina que produce de modo precapitalista y capitalista –es decir sin pasar a través de la larga y tormentosa fase preliminar al desarrollo y la plena expansión del capitalismo– o sea de dar comienzo a la construcción del socialismo, con el reflujo momentáneo del movimiento revolucionario del proletariado internacional se revela cada vez más evidente-

* "Erklärung der Linken zur Krise in der KPSU und in der Komintern", en *Kommunistische Politik,* I, mitad de agosto de 1926, núms. 13-14.

mente el carácter radical-burgués de la revolución rusa que ha quedado aislada en el cerco de la economía capitalista mundial.

Con la liquidación sin reservas de todos los límites feudales y *junker* que impedían el desarrollo burgués-campesino, con las nacionalizaciones de las grandes propiedades y de la gran industria, en la imposibilidad de construir el socialismo en ausencia de la revolución mundial –sobre todo con la reintroducción del modo de producción capitalista en la producción y en el intercambio– estaba abierta la mejor posibilidad no para la construcción del socialismo sino para el desarrollo rápido y radical del capitalismo en la Unión Soviética.

Vemos ahora desarrollarse este proceso cada vez más rápidamente. En medida creciente se hace efectiva la separación de los productores directos pequeñoburgueses y pequeño-campesinos de sus medios de producción, la concentración de esos medios en manos de los nuevos monopolistas privados con respecto a los cuales la organización capitalista de estado es sólo una fase pasajera. En medida siempre creciente también en Rusia se da, sobre la base de la llamada "acumulación originaria", la formación del crecimiento del capital. Capital y trabajo asalariado, capitalistas propietarios y proletarios sin propiedad: también en Rusia, como en todo el mundo capitalista, están en el escenario histórico las clases decisivas de la sociedad capitalista moderna."Una vez tomado el camino del desarrollo capitalista, sin embargo, tampoco Rusia puede esperar más ventajas sino que deberá atenerse a las inexorables leyes de este orden como todas las demás naciones" (Marx). Con este proceso previsto también por el marxista Lenin se crea ahora al mismo tiempo también la posibilidad de la "segunda" revolución rusa anunciada por el marxista Lenin.

El partido del proletariado, el partido comunista que llegó al poder en Rusia en 1917, tiene en esta situación deberes extremadamente difíciles y contradictorios, casi insolubles. Debe, por un lado, realizar lo más rápida y radicalmente posible el necesario desarrollo de las fuerzas productivas que en el aislamiento ruso equivale al desarrollo capitalista de las fuerzas productivas del capital privado y de estado, en suma, al desarrollo capitalista de Rusia, y defenderlo contra todas las tendencias y las tentativas contrarrevolucionarias. Por otra parte, el partido debe ser el representante de los intereses autónomos de la clase obrera, de la pequeña burguesía y de los campesinos en la medida en que los intereses de estos últimos coinciden con los del proletariado, intereses que en grado creciente están en contradicción con el de-

sarrollo capitalista de la economía, del estado y de la sociedad. Una solución de esta contradicción es posible solamente si el partido proletario considera su objetivo: fortalecer, iluminar y profundizar la conciencia de clase y en la prosecución ulterior del movimiento histórico preparar y conducir también en Rusia a la clase proletaria en plena conciencia a la solución de sus deberes revolucionarios en relación con el progreso de la revolución mundial.

Ya solamente el gran aumento de la concientización del proletariado difundido en Rusia y en todo el mundo por la Revolución de Octubre sería un resultado ampliamente suficiente para estigmatizar como traición inaudita al proletariado la tesis de los mencheviques internacionalistas según la cual nunca se hubiera debido tomar las armas.

Tanto menos era y es deber del Partido comunista en Rusia "renunciar voluntariamente al poder" después de una toma del poder transitoria o "morir gloriosamente" porque hoy todavía no está en el orden del día la organización inmediata de la realización de la "segunda revolución". Como partido del proletariado debe realizar también en este período una tarea revolucionaria completa. Debe guiar la conciencia de la clase obrera hacia el cumplimiento del deber histórico del proletariado, la preparación y la realización de la "segunda revolución". Al mismo tiempo debe subordinar en toda su política práctica todos los intereses actuales al interés de la revolución proletaria futura, sin miramientos y sin rémoras. Con toda su fuerza debe crear y reforzar la cohesión internacional de la vanguardia revolucionaria del proletariado del mundo entero en una Internacional de la acción, de la realización de la revolución mundial y de la realización del socialismo: una Internacional comunista.

El partido comunista de la URSS se ha desviado de este camino, del único camino del partido proletario revolucionario, es decir comunista. Presentando el desarrollo de las fuerzas productivas en sí como una "construcción socialista", corrompiendo de tal manera la conciencia de clase del proletariado en Rusia y en el mundo entero, cediendo en toda la política y la economía del estado sin resistencia y en forma cada vez más marcada a los elementos capitalistas (ley agraria, transformación de la guerra civil en "paz civil", desmantelamiento de la dictadura proletaria de clase en "democracia soviética", política exterior "pacifista"), anteponiendo "los intereses nacionales del propio país" a los intereses internacionales de la clase proletaria del mundo entero, el

partido comunista ruso recorre obstinadamente el camino de la construcción del capitalismo y de la liquidación política y también organizativa del comunismo. Paso a paso en el PCUS se cumple simultáneamente una fatal transformación de su carácter de clase. El partido de la clase proletaria se ha convertido en partido de estado que representa en apariencia los intereses de todas las clases del estado ruso y en la realidad los intereses de las clases económicamente dominantes que en consecuencia el partido coagula y organiza.

La lucha de clase del proletariado ruso que crece con el desarrollo y no puede ser detenida ni con los medios ideológicos ni con los del poder estatal, ya no encuentra su expresión en el curso emprendido por la dirección del partido sino en la constitución de la oposición de izquierda. Ésta tiene el deber de llevar adelante los compromisos de todo el partido. Sin dejarse bloquear, debe conscientemente y con instrumentos organizativos comprometerse a cumplir con esos deberes de clase aun contra el partido en su conjunto. No debe retroceder ni aun ante una escisión que será impuesta si los detractores del comunismo se vieran en la necesidad de coronar su obra con ese delito.

Ése es el deber que nosotros, con todos los comunistas de la Internacional, planteamos a la oposición en el PCUS y en la Comintern. Para la preparación y la realización de esa tarea todos los comunistas marxistas de todas las secciones de la Comintern y de todo el movimiento de clase del proletariado internacional deben unirse en una lucha ideológica y organizativa decidida contra los liquidadores "leninistas" del comunismo y del partido comunista en una *fracción internacional del comunismo* en cada país y en la Internacional. La liquidación de la Tercera Internacional, ya iniciada, no puede culminar en la ruina del movimiento comunista y en el enmascaramiento de esa ruina con una seudocomunista Internacional centrista. Contra la amenazada –y ya iniciada– disolución del partido comunista internacional ciertamente no basta con la unión de los centristas de izquierda y los comunistas en una nueva Zimmerwald. Contra los detractores: Zimmerwald. Por el mantenimiento y el desarrollo del comunismo internacional revolucionario y de su partido marxista: Zimmerwald e izquierda zimmerwaldiana.

Tesis y resoluciones sobre la política, la táctica y la organización del grupo "Política comunista" *

Premisa: Las tesis aquí enunciadas fueron presentadas a la Tercera Conferencia nacional del grupo "Política comunista" por cuatro miembros en ejercicio y aprobadas, después de amplia discusión y votación de cada punto, por unanimidad en la votación general, salvo cuatro abstenciones.

1. El partido comunista y la Internacional es en el momento actual sólo un partido en liquidación.
2. El comienzo de esta liquidación es marcado, desde el punto de vista histórico, por el pasaje a la llamada táctica del "frente único", ocurrido luego del III Congreso mundial de la Internacional Comunista. El viraje decisivo hacia la liquidación definitiva se llevó a cabo en el V Congreso con el pasaje a la "nueva política sindical".
3. El pasaje a la "táctica del frente único", que no fue sólo un cambio de táctica, ha significado una posición distinta y equivocada con respecto a la SPD.
4. La "nueva política sindical" se basa en una concepción errónea y no marxista de la relación entre organización política y organización del proletariado (partido y sindicato).
5. En esta situación a todos los marxistas se le impone el objetivo histórico de fundar de nuevo un verdadero partido revolu-

* "Thesen und Resolutionen zur Politik, Taktik und Organisation der Gruppe Kommunistische Politik", en *Kommunistische Politik,* II, 1 de mayo de 1927, núm. 3.

cionario proletario de clase a nivel nacional e internacional, una Internacional Comunista.

6. La realización inmediata de este objetivo es en este momento imposible debido a: *a)* la ausencia de luchas de clases de masas agudas y profundas por parte del proletariado contra la burguesía (a diferencia del período 1914-1919); *b)* la existencia de un problema como la "guerra a la guerra" de Zimmerwald.

7. La tarea de nuestro grupo y de todos sus miembros consiste en la ininterrumpida y máxima participación en la lucha de la clase proletaria contra la burguesía y su estado y en la agudización de esa lucha.

8. En el sector ideológico deben ser mantenidas e integradas las formas ya aplicadas hasta ahora: crítica, información, propaganda teórica y trabajo de investigación, desarrolladas por medio del periódico *Política comunista,* promoviendo la mutua formación e intercambio de opiniones sobre todos los problemas de la lucha de clases.

9-11. Estos puntos se refieren a la organización de este trabajo ideológico en relación con el "trabajo ilegal" estrechamente vinculados entre sí, según los puntos 3 y 4 de las Veintiuna Condiciones del II Congreso mundial de la Comintern.

12. En el sector económico y político las formas organizativas empleadas hasta ahora deben ser modificadas debido a que: *a)* de ahora en adelante ya no tenemos como deber principal el de presentarnos como fracción de la KPD; *b)* por otra parte, no formamos actualmente un nuevo partido.

13. Manteniéndose inmodificada la situación actual, es necesario: *a)* transportar todo el trabajo organizativo a los grupos regionales que se manejan y comportan bajo su responsabilidad según las condiciones locales; *b)* transformar la actual dirección nacional en un centro que sirva solamente para promoción y sostén.

14. Para el máximo refuerzo de la acción de nuestro grupo la Tercera conferencia encarga ya sea al centro recién elegido o a todos los grupos regionales la realización de un nuevo intento serio de reunificar a todos los comunistas revolucionarios a nivel nacional e internacional.

15. La invitación debe ser dirigida a todos los grupos, corrientes y organizaciones que, desde el campo del marxismo, rechazan y combaten: *a)* la actual política de la Comintern y de la KPD, *b)* así como también la política del llamado "bloque popular" (Maslow, Ruth Fischer).

16. La decisión sobre la forma de iniciación y desarrollo de

esta acción depende de los grupos regionales, en conformidad con el punto 13.

17. Los miembros de los grupos de *Política comunista* pueden organizarse en cualquier partido obrero que profese los principios de la lucha de clase proletaria, o bien estar fuera de todo partido. Sindicalmente pueden pertenecer a un sindicato "libre", a una "liga industrial revolucionaria" o a una "unión". No pueden pertenecer a un sindicato que se proponga la paz económica, al sindicato cristiano o Hirsch-Duncker.

18. Sobre la cuestión del parlamentarismo, los grupos de *Política comunista* se hallan en el ámbito de la doctrina marxista. La participación en las elecciones deberá decidirse en cada caso particular. El avance de la reacción no es, en general, un argumento contra la participación en las elecciones.

19. Los grupos de *Política comunista* auspician la más estrecha colaboración a nivel nacional e internacional con *a)* las oposiciones revolucionarias de los sindicatos "libres", *b)* con las "ligas industriales revolucionarias", etcétera.

Consideran la "conquista" o la "revolucionarización" de los sindicatos de la SPD (Amsterdam) como una utopía reaccionaria. Saben que un trabajo comunista revolucionario en los sindicatos conduce a la división.

Resoluciones de la Comisión Política
(aprobadas por unanimidad en su totalidad, sin abstenciones)

Resolución sobre la cuestión china

En la revolución china la burguesía lucha contra los vínculos feudales y contra la posición privilegiada de la competencia extranjera. El proletariado chino tiene el deber de luchar contra la explotación en todas sus formas. Revolución proletaria y revolución burguesa se realizan en China paralelamente. El proletariado no puede luchar al lado de su propia burguesía bajo la guía de sus organizaciones de lucha. Las perspectivas de la revolución china son:

1] La revolución proletaria si ésta desencadena la revolución por lo menos en algunos países capitalistas.

2] De otro modo es históricamente inevitable el transitorio desarrollo capitalista de China. El proletariado chino tiene en este caso el deber de preparar la revolución proletaria en una ininterrumpida y durísima lucha de clase contra su burguesía y su estado.

La Conferencia nacional condena del modo más firme la actitud de la Internacional comunista que aun frente a la total y manifiesta bancarrota de su falsa política y táctica no clasista en países como India y China, demostrada por el pasaje explícito de la burguesía nacional al campo imperialista y contrarrevolucionario, persiste a pesar de ello en la misma falsa política y táctica en forma modificada, impidiendo el pleno despliegue de la cuestión de clase a través del proletariado urbano y agrícola y tratando de colocar en el lugar de la lucha autónoma de emancipación social de la clase proletaria una mera persecución de la lucha de liberación nacional a través de un partido popular unitario, nacional-revolucionario (véanse *Las tesis sobre la táctica de la revolución china* de Stalin y el reciente libro de Roy *El futuro político de la India*).

Resolución sobre la cuestión agraria

La Tercera Conferencia rechaza el programa de los bolcheviques y de la Tercera Internacional del reparto de los latifundios, programa tomado de los socialistas revolucionarios. En él, en efecto, se abandona el punto de vista marxista.

La Tercera Conferencia retoma el programa marxista de Rosa Luxemburg:

Expropiación del terreno y de la propiedad de todas las empresas agrícolas. Inserción inmediata de las empresas grandes y medias en la industria socialista. Cooperativización y vinculación al sistema agrícola socializado para las empresas pequeñas que no explotan fuerza de trabajo extraña y cuyas entradas no van más allá de cubrir sus necesidades.

Resolución sobre la cuestión del carácter de la revolución rusa

1. La revolución rusa de 1917 fue un fuerte impulso de la revolución proletaria internacional.

2. En la propia Rusia la revolución en curso ha realizado el programa leninista de la realización de la revolución burguesa a través del proletariado.

3. Con el reflujo de la revolución mundial, se hace cada vez más claro el carácter burgués de la revolución rusa.

La conferencia condena del modo más decidido el intento de desmoralizar al proletariado internacional con el espejismo de la construcción socialista en la Unión Soviética, que es en realidad construcción capitalista.

Resolución sobre la cuestión de la defensa de la patria

La Tercera Conferencia rechaza toda forma de la llamada "defensa de la patria". Retoma el punto de vista del *Manifiesto comunista:* "Los trabajadores no tienen patria [. . .]. Aun cuando no en el contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es formalmente ante todo una lucha nacional. El proletariado de cada país debe naturalmente arreglar cuentas primero con su propia burguesía." La Conferencia condena del modo más claro la actitud de la Internacional y de la KPD hacia la Alemania de 1923 y su efecto desmoralizador y disgregante sobre el proletariado internacional (suministro de granadas, creación de bloques, etc. con estados burgueses).

Resolución sobre la cuestión de la guerra

1. Interrupción de la preparación ideológica para la guerra por parte de la burguesía y sus agentes (Segunda y Tercera Internacional).

2. Propaganda, apoyo activo y organización de la resistencia revolucionaria contra la guerra: *a)* huelga, huelga de masas, resistencia activa al reclutamiento obligatorio; *b)* derrotismo revolucionario; *c)* transfiguración de la guerra en guerra civil.

El terror en la Rusia soviética y las tareas del proletariado ante la guerra inminente*

Ayer durante el debate, el honorable doctor Breitscheid, en nombre del partido socialdemócrata, declaró sin vacilar que consideraba y condenaba los veinte fusilamientos del 9 de junio en Moscú como un simple asesinato de rehenes. Quisiera contraponer a lo declarado por el doctor Breitscheid las afirmaciones de un periódico socialdemócrata que en el pasado común de los socialdemócratas y los comunistas de hoy ha tenido un papel grande y –en sus momentos– glorioso, el *Leipziger Volkszeitung*. Allí se leía el día después de la noticia de los fusilamientos de Moscú en un artículo de fondo:

El movimiento socialdemocrático se ha distanciado desde siempre de los defensores del terror, y la máxima acción histórica de la Primera Internacional, de la Asociación obrera internacional de Karl Marx, consistió en la intrépida toma de posición en favor de la Comuna de París que durante décadas ha sido presentada al burgués en pantuflas [diputado Breitscheid] con tintes sangrientos como imagen de terror. Por eso tampoco nosotros somos, en principio, contrarios a provisiones de ese tipo, cuando son dictadas por la necesidad de defensa y parecen necesarias para parar los golpes de los ataques contrarrevolucionarios. Esto en principio. Que además existan hoy en Rusia esas condiciones, no estamos en condiciones de decirlo, aunque es probable. El es-

* "Über den Terror in Sowjetrussland und über die Ausgaben des Proletariats angesichts des näherrückenden Krieges", en *Kommunistische Politik*, II, 30 de junio de 1927, núm. 11-12.

tado soviético, en virtud de su posición geopolítica, no es atacable por medios militares ingleses. Se eligió pues el método de la teoría del desmoronamiento desde dentro y se intentó provocar al gobierno soviético para que adoptase medidas como las tomadas en Moscú.

Tenemos aquí el viejo punto de vista de la socialdemocracia prebélica, cuando aún contenía en su seno elementos revolucionarios. Este punto de vista vuelve ahora a la memoria traído por un órgano socialdemocrático que se autodenomina "de izquierda", en claro contraste con las tesis sostenidas hasta hoy por el doctor Breitscheid, otrora miembro de la USPD. Ni siquiera él podrá negar que se trata de un punto de vista marxista. Si se da el nombre de marxista a lo que dijo y sostuvo Karl Marx, entonces ése es un punto de vista marxista. Es al mismo tiempo una posición que evidentemente han adoptado todos los revolucionarios, incluidos los burgueses. También los revolucionarios burgueses, de Maquiavelo a Robespierre, a Saint-Just, hasta los revolucionarios del siglo XIX mantuvieron firme este punto de vista, exactamente como más tarde los representantes de la clase proletaria plantearon según su criterio *la distinción entre terror rojo y terror blanco.*

Pero quisiera también señalar en esta ocasión cuán poco correcta, cuán poco a la altura del problema de fondo fue la posición adoptada en estos días sobre el problema del terrorismo por un partido y una prensa que se dicen "comunistas". El tono se puede encontrar ya en las declaraciones de ayer del honorable Stoecker: dondequiera que miremos, encontramos el terror; el terror está en todas partes y es inútil detenerse más o menos en un acto de terror en particular. Cuán peligrosa es esta tendencia puede verse leyendo la *Rote Fahne* del 14 de junio, que polemiza con el artículo citado del *Leipziger Volkszeitung* y con otro artículo de Otto Bauer publicado en la *Wiener Arbeiterzeitung.* Para demostrar que realmente no hay otro motivo para agitarse tanto por el hecho de que el estado soviético fusile a sus enemigos, se dice literalmente: *"En todos los demás estados los alborotadores de ese tipo son liquidados en masa".* A este respecto se hace referencia a las acciones de Mussolini, a España, a Lituania, incluso a Alemania, recordando a un "pegatinero", el pegatinero comunista recientemente muerto por la policía berlinesa en Charlottenburg durante el congreso de los "yelmos de acero". Ante esta victoria de tan vergonzante terror legal, la *Rote Fahne* piensa: después de todo, ¿qué importa? En otros estados, alborotadores de ese tipo

son liquidados en masa. ¿Quiénes son los alborotadores en la Italia mussoliniana, en Lituania, en Alemania?

Aquí interesa mucho menos el hecho de que el desprevenido redactor haya cometido el enorme despropósito de llamar "alborotadores" a obreros revolucionarios. El peligro de esta tendencia consiste en el hecho de que presuntos revolucionarios, presuntos comunistas olviden la cuestión de fondo: la diferencia, de la cual depende todo, entre terror blanco y terror rojo. En el hecho de que en nombre de la razón de estado se legitima el terror a la manera burguesa, reaccionaria, como acto del poder estatal contra los elementos perturbadores y dañinos, contra los elementos peligrosos para ese estado, no se lo justifica como medio extremo de legítima defensa de la clase revolucionaria en su lucha contra el adversario más furte. [*Interrupciones desde la parte socialdemocrática: ¡Rosa Luxemburg!*]

Conozco las palabras de Rosa Luxemburg sobre el terror y creo estar de acuerdo con ellas en mi refutación de fondo, como usted mismo, honorable Crispien, podrá comprobar pronto si tiene la paciencia de escucharme.

Si el tiempo excepcionalmente limitado que se me ha concedido me lo permitiera, hablaría a todos los que en esta sala son representantes revolucionarios de los obreros, o por lo menos así se llaman, sobre una serie de hechos referidos a las víctimas del terror estatal en toda la faz de la tierra que hoy se hallan completamente indefensas –para las cuales no hay ni siquiera "Socorro rojo internacional"– y están expuestas sin defensa alguna al terror del estado. Los recuerdo aquí en términos generales: ante todo, *los comunistas encarcelados en la España de Primo de Rivera:* Maurín, Solín, Sala y sus compañeros. Son comunistas de oposición que no siguen ciegamente a los dirigentes del partido: ningún partido obrero, ningún socialdemócrata, ningún comunista se preocupa hoy por estas víctimas de la justicia fascista de Primo de Rivera. Y lo que sucede hoy en España podrá ocurrir mañana en *Italia,* donde un comunista de izquierda y un revolucionario como Bordiga languidece en las cárceles de Mussolini. Y si hoy en la Internacional Comunista ya se han presentado por parte de los españoles solicitudes de expulsión del comunista Maurín encarcelado por Primo de Rivera, mañana quizás llegue de parte de los comunistas italianos fieles a Stalin la solicitud de expulsión del militante revolucionario Bordiga. En la misma Rusia hace años que hay obreros revolucionarios no protegidos por nadie,

por ningún partido proletario. Hace poco tiempo dirigimos públicamente la siguiente pregunta a los detentadores del poder en Rusia: ¿dónde están los valerosos obreros revolucionarios de 1923 tales como Miásñikov, Kusñétzov y sus compañeros? Recibimos la respuesta, publicada en la *Internationale Pressekorrespondenz*, de la cual quiero leerles algunas frases para hacerles ver qué clase de información obtuvimos después de presiones públicas y morales. Leemos que Miásñikov trabaja en una institución financiera en el Cáucaso, en Erevan. Si alguien abrigara dudas sobre el sentido de semejante respuesta, la siguiente información a propósito de Kusñétzov lo aclara significativamente: "Nikolai Kusñétzov, en cambio, ocupa desde hace varios años un cargo de responsabilidad en Siberia."

Un cargo de responsabilidad en Siberia. Para colmo de escarnio, se agrega que cualquiera puede ir a visitarlo, cualquier delegación obrera de Alemania, de Europa o de América puede visitar a Kusñétzov. Pero en Siberia se puede buscar mucho tiempo. En efecto, mientras que para Miásñikov se indica el lugar de estadía, de Kusñétzov sólo se dice que tiene un cargo de responsabilidad *en Siberia*.

En tales circunstancias, cuando tal *peligrosa ambigüedad del terror se practica en la Unión Soviética*, adquiere un significado absolutamente especial la declaración de Stalin contra sus opositores actuales, Trotski y Zinóviev, declaración que se puede leer en la *Rote Fahne* del 15 de junio. Escribe Stalin:

"Los unos [Chamberlain, Johnson Hicks y compañía] amenazan al PCUS con la guerra y la intervención, los otros con la división. Se crea así una especie de frente único que va de Chamberlain a Trotski. No les quepa ninguna duda de que sabremos derrotar también a este nuevo frente."

Ahora –honorables señores– yo me dirijo a todos los representantes de los trabajadores reunidos en esta sala y declaro que estas frases son una locura. Esta locura, sin embargo, tiene su método, y la historia nos proporciona analogías según las cuales es posible destruir "frentes únicos" absolutamente inexistentes. Recuerdo aquí solamente la invasión de Bélgica por tropas alemanas en agosto de 1914 y las acciones realizadas en aquella ocasión por los alemanes. El honorable Crispien, que me interrumpió hace poco, quizás habrá entendido ya que también para mí un obrero revolucionario sensato debe saber hasta qué punto es de doble filo el arma del terror, aun en la plena afirmación de principio del terror revolucionario rojo como extremo, último medio

de lucha de la revolución obligada a ello por un ataque directo, peligroso, real de la contrarrevolución, que hasta Rosa Luxemburg hubiera aprobado. Sabemos que la clase revolucionaria, que en general es siempre ella el objeto del terror, lo usa excepcionalmente contra su propio enemigo cuando a la revolución no le queda otro camino. Pero la clase obrera revolucionaria no tiene motivos para entonar himnos al terror como lo hizo el 9 de junio de 1927 la *Rote Fahne*, bastante mal aconsejada. Hay una gran diferencia entre cuando Karl Marx, después del aplastamiento de la insurrección comunera de París, en el que habían sido masacrados millares de obreros por el terror blanco de la reacción legal, se declaró en favor de esos revolucionarios y defendió la ejecución de los 64 rehenes por parte de los comuneros, y la situación de hoy, cuando la *Rote Fahne*, a diez años de distancia de la construcción de un sólido estado en Rusia, reproduce en ocasión de la ejecución de los veinte prisioneros el himno de la GPU de Dzerzinski que comienza con las palabras: "La GPU, llamada anteriormente Cheka." Y la inoportunidad es tanto más evidente -honorables comunistas- cuando al mismo tiempo los Lissauer rusos de 1927 entonan cantos de odio contra Inglaterra en los que no aparece ni una palabra sobre la lucha de clases, sobre la revolución y el proletariado, sino precisamente, como en el canto de odio de Lissauer de 1914, el estribillo dice: "¡Maldita seas, Inglaterra!"

Pero ninguna palabra puede ser suficientemente dura para rechazar la *miserable* hipocresía con que en este debate, en esta sala, no sólo por parte del doctor Breitscheid sino también desde otros sectores se denuncia, de todo el terror ejercido hoy en todos los países, sólo el "asesinato de los rehenes" de Moscú. Las intervenciones expresan a la vez su reprobación ante el hecho de que instrumentos del estado sean usados contra un partido político. Pues bien, yo afirmo que *esta sala con todos sus partidos, de los germano-nacionales a los socialdemócratas y más aún, es una sala de terroristas blancos, y el uso de instrumentos estatales contra partidos políticos, contra militantes proletarios revolucionarios, es una costumbre constante a escala nacional e internacional de todos los poderes constituidos y de los partidos que los detentan.*

Ayer, cuando el doctor Breitscheid refería que en Ginebra se habría hablado de la agitación de la Comintern, el honorable Stresemann interrumpió con un "¡Sólo muy poco!". Y bien, yo quisiera comparar en este caso al honorable Streseman con la niña tonta que decía que el niño al principio era muy chico. No

importa mucho cuánto o cuán poco se habló en Ginebra de esta cuestión. Todos nosotros sabemos que si en esta sala se discutiera y en Ginebra se hubiera discutido únicamente sobre la creación de un *frente único para el uso de los medios estatales contra un partido político, revolucionario, contra una Internacional Comunista*, y bien, ese frente único se hubiera resuelto sin dificultad en Ginebra y también se hubiera confirmado aquí, en esta sala.

Pero en Ginebra se trató algo *más real*: todo lo que dice o hace la famosa Sociedad de las Naciones. Se trataron *los preparativos para la nueva guerra imperialista.*

En un punto los comunistas tienen fundamentalmente razón con respecto a todos los que han hablado en esta sala: cuando ellos, ante lo mucho que se habla de paz y de progresos cada vez mayores hacia la comprensión pacífica, declaran encarnizada y continuamente que *en el vértice de la organización del poder de la sociedad capitalista, en la Sociedad de las Naciones de Ginebra, con todo lo que se habla de paz, en realidad se piensa siempre y únicamente en la guerra*. Los comunistas se equivocan sólo cuando, como los niños, al plantear este problema no se preocupan por la *dimensión del actual peligro de guerra*, cuando hoy como ayer y anteayer, como hace un año o hace dos años, hablan siempre solamente *del* peligro de la guerra y, en forma análoga, cada semana, cada nuevo día cuentan siempre de nuevo que ahora "Alemania ha entrado definitivamente al frente antisoviético". Así hablan los niños, así nos metemos en situaciones ridículas, como por ejemplo ayer, cuando el honorable Stoecker desmintió todo lo que la prensa comunista sigue proclamando –como el pastor mentiroso que grita que viene el lobo– y tuvo que replegarse a la modesta afirmación de un "frente único moral", y además que recién se habría comenzado a formar con las actuales tratativas de Ginebra. Un marxista debería saber que con verdades abstractas como la de que la guerra es inmanente al sistema capitalista (Clausewitz ya había dicho que la guerra es sólo una prolongación de la política del estado –de la política del estado capitalista– con otros medios) no se hace nada. *La verdad real debe ser concreta*. Sólo hablando de la *verdad concreta sobre la guerra* un verdadero partido proletario de clase puede cumplir con su deber frente a un peligro de guerra realmente inminente. Y el peligro de guerra se ha acercado en los últimos meses. Y sería en primerísimo lugar tarea de los partidos que hoy evocan las palabras de Marx en el *Discurso inaugural* –como lo hizo Stoecker– *mostrar con claridad y sin*

vacilaciones al proletariado dónde, en qué grupo de las potencias enemigas existen hoy los reales peligros de guerra.

El partido comunista se encuentra hoy impedido de cumplir con ése su deber revolucionario de decir al proletariado la verdad sobre la guerra inminente y por lo tanto de poner a la clase obrera –según la indicación de Marx– en condiciones de "adueñarse de los secretos diplomáticos de los propios gobiernos". No está menos impedido que la socialdemocracia, que por boca del honorable Breitscheid aquí mismo ayer admitió que en diplomacia no es posible propalarlo todo. Al igual que la socialdemocracia que lo admite abiertamente, también el partido comunista, que no lo admite abiertamente, está imposibilitado de mostrar al proletariado los frentes, los agrupamientos de la guerra inminente porque él mismo en el frente de la próxima guerra imperialista está de un lado [*campanilla del presidente*]. Puesto que debo terminar, me reservo las demás consideraciones a este respecto para otra ocasión. Sólo quisiera ilustrar una vez más en toda su gravedad el peligro que hoy nuevamente como en 1914 amenaza al proletariado por parte de sus llamados partidos obreros, con algunas afirmaciones que el diputado comunista Eberlein escribió en ocasión de la marcha de la Liga roja de los combatientes del frente de Berlín en la *Rote Fahne* del 10 de junio de 1927. Este autodenominado "comunista" Eberlein escribe como los socialistas de la guerra de 1914: "Nosotros no boicotearemos la guerra según la receta de Paul Levi. ¡Ningún boicot, ninguna deserción! ¡El obrero no es un vil emboscado! ¡Ninguna vil fuga del frente, no, agitación revolucionaria en el frente!"

Esto –señoras y señores– se dijo también en 1914. Nosotros los comunistas revolucionarios nos oponemos con todas nuestras fuerzas –aun cuando tuviéramos que quedarnos solos como se quedó Karl Liebknecht y tuviéramos que ir aún más tenazmente contra la corriente– a todos los preparativos de la política de guerra, de la paz social, de la colaboración de trabajo en la nueva forma comunista y en la vieja forma socialdemócrata. Contra la nueva guerra que se perfila nítidamente en el horizonte, aunque sólo madurará en real explosión criminal abierta dentro de años, repetimos las antiguas palabras de todos los verdaderos revolucionarios: *¡guerra a la guerra! ¡Huelga, huelga general, rechazo al reclutamiento obligatorio, deserción, sabotaje, derrocamiento del propio gobierno, derrotismo revolucionario y transformación de la guerra en guerra civil en nombre de Rosa Luxemburg, en nombre de Liebknecht, y también en nombre de Lenin!* [aplausos irónicos de toda la asamblea].

La cuestión Trotski*

"Nuestro partido se apoya en dos clases, por lo tanto su inestabilidad sería posible, y su caída inevitable, si no pudiera establecerse el acuerdo entre las dos clases. En tal eventualidad, sería vano tomar tales o cuales medidas[. . .] Me refiero a la estabilidad de nuestro Comité central como garantía contra la escisión en un porvenir cercano. [Del *Testamento* de Lenin, redactado el 25 de diciembre de 1922.]"

"Para concluir quisiera decir todavía un par de palabras sobre un asunto personal. En 1925 cada uno de nosotros tuvo la sensación de que se producía cierta estabilización y parecía oportuno señalar con firmeza el carácter peligroso de algunos fenómenos. Por eso en 1925 me pareció correcto el punto de vista de la oposición. Pero ahora, en el momento de la lucha, en el momento en que es necesario reunir todas las fuerzas, me parece justo que todos los miembros de la oposición se aparten de la oposición y se unan estrechamente al Comité central. [Del discurso de la compañera Krúpskaia al Pleno del CC y del CCC del PCUS.]"

"Una línea justa siempre es necesaria. Y tanto más necesaria cuanto más difícil es la situación. Una línea justa en las condiciones actuales es para nosotros una cuestión de vida o muerte. Si se disimulan los errores, se llega con los ojos cerrados al borde del abismo. El reproche de que nosotros desorganizamos las filas en

* "Auseinandersetzung mit Trotzki. Kritische Bemerkungen über den gegenwärtigen Stand der Fraktionskempfe innerhalb der Kpus" [Observaciones críticas sobre el estado actual de las luchas de fracciones en el PCUS], en *Kommunistische Politik*, II, fin de agosto de 1927, núm. 15-16.

el momento de la ruptura de las relaciones diplomáticas con Inglaterra o, peor aún, de que nosotros queremos explotar las dificultades, ese reproche inevitable lo dejaremos pasar tranquilamente con la plena conciencia de estar en lo cierto. En la escuela de Lenin aprendimos a dejar de lado todo aspecto mezquino, hipócrita, superficial, ajeno a la política proletaria. Cuanto más graves son las tareas y las dificultades, con tanta mayor claridad se presentarán al partido todas las cuestiones de fondo de la política interna e internacional. En cuestiones tales como la revolución y la guerra, las pequeñas maniobras, el inmovilismo o la evasión nunca han ayudado a nadie ni a ninguna causa.

"No es necesario repetir aquí que necesitamos una política de paz. Pero en el caso de que verdaderamente se nos viniera encima la guerra, cada obrero, peón, campesino pobre por un lado, cada *kulak*, burócrata y *nepmann* por el otro se planteará categóricamente la pregunta: ¿qué tipo de guerra es ésta? ¿Guerra en nombre de quién? ¿Con qué método y medios será conducida? La guerra es la continuación de la política. Por esto el peligro de guerra plantea categóricamente también todos los interrogantes de fondo de la política. A esos interrogantes es preciso darles respuestas claras y precisas, en las palabras y en los hechos. De esa respuesta necesita hoy más que nunca también el proletariado internacional, y su ayuda nos es necesaria en este momento más que nunca. Lo que puede perjudicarnos son las ambigüedades, las pequeñas estratagemas, las oscilaciones entre las clases, las medias tintas. Lo que nos puede salvar, y seguramente nos salvará, es una clara y precisa línea revolucionaria leninista. [De la *Declaración* de los compañeros Trotski, Zinóviev y los más de 2 mil compañeros de oposición al CC del PCUS.]"

"La liquidación de la democracia interna de partido y con ella de la democracia obrera en 1923 se mostró solamente en ocasión de la inauguración de la democracia *kulak*-campesina. La política del CC no sólo no fue capaz de coordinar la actividad del proletariado, sino que además desencadenó la actividad de las clases no proletarias. Es preciso convencerse de que la fracción de Stalin sólo puede ser derrotada si la oposición hacia su clara política de clase conquista la simpatía y el apoyo activo de la clase obrera. [De la "plataforma" de los compañeros Saprónov y Smírnov, según las indicaciones de Jaroslavski.]"

En la prensa del partido y en las asambleas se proclama en la actualidad que hasta la viuda de Lenin, la camarada Krúpskaia,

ha revisado sus anteriores ideas de oposición de izquierda y se ha convertido al punto de vista del CC staliniano. Sin embargo esta afirmación –como cualquiera puede comprobarlo con la lectura de la cita transcrita anteriormente o aún mejor del discurso completo de Krúpskaia (véase en *Inprekorr* núm. 80 del 9 de agosto de 1927, pp. 1730-1732) en el último pleno del CC y del CCC– es sólo una verdad a medias. El verdadero punto de vista de la camarada Krúpskaia consiste en presentir la proximidad inevitable de la fractura entre las clases aliadas en la revolución de octubre y posteriormente, y la inevitable división del partido, tal como Lenin lo había previsto. Al mismo tiempo, intenta por todos los medios cumplir con el deseo expresado por Lenin en su testamento de impedir, mientras sea posible, esa fractura entre las clases y esa división del partido. Por este motivo en 1925, en un período de aparente "estabilidad", en el XIV Congreso del PCUS evocó el recuerdo del congreso de Estocolmo que precedió a la escisión del partido obrero socialdemocrático ruso en bolcheviques y mencheviques. Por el mismo motivo hoy, en un momento de agudo peligro de guerra, invita a la "paz civil" dentro del partido bolchevique en el gobierno que, según la expresión del testamento de Lenin, "se apoya en dos clases", por lo cual "el derrumbe del partido es inevitable si no hay acuerdo entre las dos clases". No es necesario demostrarle a los marxistas que toda la "teoría" de Krúpskaia, toda la teoría de Lenin sobre el mantenimiento artificioso de una paz civil "revolucionaria" dentro de un partido de dos clases es esencialmente una teoría de la paz entre las clases y como tal inaceptable para los tiempos de crisis y de guerra, exactamente igual que para el período de la llamada "paz". El obrero alemán, el proletario francés o inglés conocen por experiencia directa la "paz civil" de los años 1914-1918. La dialéctica de la historia que transformó en poco tiempo a los órganos particulares instituidos por Lenin para la preservación de la unidad del partido (Comisión central de control, Inspección obrera y campesina) en instrumentos criminales de la lucha de poder staliniano que lleva al partido a la destrucción, esa dialéctica de la historia ha demostrado nuevamente que aun en la "Santa Rusia", aun cuando se escondan bajo los nuevos nombres de "bolchevismo" revolucionario y de "leninismo", todos los experimentos utópicos del socialismo doctrinario pequeñoburgués que "fantasea eliminar la lucha revolucionaria de las clases y sus necesidades mediante pequeños artificios y grandes sentimentalismos" (*Las luchas de clases en Francia*), están condenados al fracaso.

No puede haber duda alguna para los marxistas de que en la cuestión relativa a la admisibilidad y necesidad de una discusión sobre problemas controvertidos en el partido en un momento de peligro de guerra inminente o ya en acto, no es Krúpskaia sino Trotski quien representa el punto de vista marxista correcto. Sin embargo, para cualquier buen conocedor de la teoría y la praxis de Lenin también está claro que en este debate sólo la camarada Krúpskaia representa el punto de vista de Lenin, un punto de vista no marxista y que no responde a las necesidades de la revolución proletaria internacional, lo cual sin embargo –en contraste con las falsedades sin principios del supuesto "leninismo" de hoy– es todavía un error respetable y honorable, tratándose de una teoría que ha servido como arma ideológica en el cumplimiento de las graves tareas históricas de la revolución rusa de 1917-1927.

En neta antítesis con este verdadero estado de cosas la tesis expuesta desde un principio por Trotski y sus partidarios viejos y nuevos en la actual lucha de fracciones repetida una vez más en su última "declaración" al CC consiste en la afirmación de que la línea de la oposición estaría en éste como en todos los demás puntos en pleno acuerdo con la verdadera *"clara y exacta línea revolucionaria leniniana"*.

Sería un espectáculo muy triste desde todo punto de vista si tuviéramos que pensar que detrás de esta profesión de fe de Trotski en la "línea revolucionaria leniniana" hay solamente superficiales necesidades contingentes de la lucha de fracciones. Significaría que Trotski, quien defendió contra la teoría bolchevique de Lenin, en ese punto no dialéctica y por lo tanto en última instancia "anti-revolucionaria", la doctrina marxista y por lo tanto *antileninista* sobre la verdadera relación entre las alianzas provisorias de las clases y la ininterrumpida lucha revolucionaria del proletariado contra todas las demás clases en la *revolución "permanente" proletaria,* por intereses tácticos del momento habría renegado hoy de su punto de vista marxista. Ya entonces Trotski, combatiendo simultáneamente "los aspectos contrarrevolucionarios del menchevismo" y los "rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo", hizo la siguiente profecía: "los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se revelan ya ahora a plena luz, pero el gran peligro que deriva de los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo sólo se verificaría en el caso de una victoria revolucionaria" (de *Nuestras diferencias,* publicado en 1909, reimpreso en el volumen de Trotski sobre la revolución rusa de 1905).

La actual actitud equívoca de Trotski hacia el leninismo no mejoraría sino que empeoraría con una retractación a medias de esa renegación del marxismo dialéctico y revolucionario en favor del leninismo no dialéctico y en este punto antirrevolucionario, hablando no de la "línea leninista" simplemente sino, con una precisión casi imperceptible para el lector desprevenido, de la "línea revolucionaria leniniana".

Es absolutamente falsa e infundada, para nada coincidente con la realidad histórica, la "teoría" del camarada Trotski en que se basa esta posición. Sostenida desde hace mucho tiempo, dice que "el bolchevismo en la primavera de 1917, o bien antes de la conquista del poder, sobre esta cuestión extremadamente importante (es decir sobre las diferencias entre Lenin y Trotski hasta 1917) habría realizado una transformación ideal –no sin lucha interna– bajo la guía del camarada Lenin". Con esta tesis el camarada Trotski simplemente confunde el claro frente entre marxismo y teoría efectivamente sostenido por Lenin en el debate teórico, impidiendo así al proletariado ruso y a todo el proletariado internacional extraer de modo completo y correcto de los grandes acontecimientos y procesos históricos de la revolución rusa todas las enseñanzas positivas y negativas para sus futuras acciones prácticas. Tales enseñanzas ya hoy –a diez años del octubre rojo de 1917, a siete años de la introducción de la NEP– deben ser tratadas y consideradas desde el punto de vista de la clase proletaria internacional como el resultado más importante de toda la revolución rusa.

En realidad, en la base de la obstinada insistencia por parte de Trotski y de toda la "oposición de izquierda" trotskista en el PCUS en la afirmación de que ella –la oposición– defiende el verdadero "leninismo revolucionario contra el CC staliniano, no hay sólo exigencias tácticas del momento de esa lucha de fracciones sino algo más profundo. El segundo jefe de la revolución de octubre muestra con esta profesión de la "línea revolucionaria leniniana" que también él, si bien en el pasado y en el presente en muchas cuestiones particulares ha extraído aparentemente las correctas consecuencias proletarias e internacionalistas, revolucionarias desde el verdadero punto de vista marxista en contra de los rasgos no dialécticos y en última instancia por lo tanto también "antirrevolucionarios" del bolchevismo y del "leninismo" viejo y nuevo, sin embargo en su posición de conjunto no está en el terreno de aquella teoría marxista que según Marx y Engels *no es otra cosa que la expresión general del movimiento efectivo de la lucha de*

clase proletaria revolucionaria. También para el "marxista" Trotski vale –ciertamente de modo diverso pero no en menor medida– lo que vale para el "marxismo" de Lenin, que lejos de elevar la teoría y la praxis marxista a un nivel más alto, se queda atrás de esa teoría y de esa praxis. Para ambos el contenido calificador de su "revolución" no está en el movimiento revolucionario de la clase proletaria (es sabido con cuánta firmeza insistió Lenin desde el principio en la tesis tomada de Kautsky de que el contenido "revolucionario socialdemocrático" podía ser llevado "desde el exterior" al interior del movimiento elemental "proletario"). Para ambos, la teoría revolucionaria del marxismo es sólo una *ideología,* y también el *movimiento real* del proletariado, de ésa que es "la clase más revolucionaria" (según la expresión empleada por Lenin en 1902 en su primera obra fundamental, *¿Qué hacer?*), es sólo una fuerza indispensable que ellos quieren utilizar como *medio* para los fines de un movimiento histórico. Este movimiento, aun habiendo aparentemente superado por un momento sus límites, se presenta en la historia mundial como movimiento revolucionario que todavía no ha alcanzado su *contenido específico de revolución proletaria.*

Estas polémicas en apariencia muy generales y abstractas, sobre qué significa o no significa el "trotskismo" de oposición en relación con el "leninismo" oficial de hoy y su punto de partida común, la praxis bolchevique y de Lenin antes y después de octubre de 1917, contienen la clave para la comprensión de una serie de acontecimientos de otro modo difícilmente comprensibles, que se manifestaron en la última sesión plenaria del CC y de la CCC del PCUS del 29 de julio al 9 de agosto de 1927.

Si al observador extranjero, poco enterado de las relaciones internas, la lucha sostenida en estos últimos dos años dentro del partido ruso con duro encarnizamiento parecía una lucha entre dos corrientes –la mayoritaria de Stalin en el gobierno y el "bloque de oposición de izquierda" guiado por Trotski y Zinóviev– los acontecimientos de este último Plenario muestran con claridad inmediata que ese modo extremadamente superficial de tratar las cosas ya no responde en absoluto a la situación real.

En realidad, en ese Plenario no hubo solamente dos, sino por lo menos cuatro partidos en lucha entre sí y como resultado al menos tres vencedores. El primer vencedor es la camarilla gobernante de Stalin. La resolución aprobada declara que la oposición se vio obligada a batirse en retirada, a abandonar una serie de errores y a declararse de acuerdo en lo sustancial, aunque con

reservas, con la propuesta del Plenario del CC y la CCC, y a emitir una "declaración" correspondiente. El segundo vencedor es el vértice de la "oposición", Trotski y Zinóviev, quienes hacen proclamar por el órgano de su fracción en Alemania, la *Fahne des Kommunismus* de Maslow y Ruth Fischer, el resultado de la sesión plenaria del CC y de la CCC como "un triunfo de la oposición rusa". En contraste con estos dos "vencedores" triunfantes, el tercero y más fuerte de los vencedores se encierra en el silencio más impenetrable. Pero quien ha participado de cerca, y sobre todo los participantes más inmediatos como el CC staliniano y el vértice zinovieviano de la oposición "de izquierda" de la KPD, saben bien –aun cuando, unidos solamente por ese punto, no dejan traslucir la más mínima cosa ante las masas de los miembros "comunes" de su séquito– que en este congreso tan importante para el ulterior desarrollo de las luchas había una tercera fracción en juego: la fracción de la "gente auténticamente rusa", todavía más a la derecha del punto de vista de clase de un hombre de aparato y de estado como Stalin, fracción representada en el Politburó por la coalición Rykov, Kalinin, Tomski y Bujarin.

Sólo la eficaz resistencia de Rykov y Kalinin en el Politburó y en el Presidium –y no la "presencia en el PCUS de viejos, probados y experimentados revolucionarios y proletarios que no seguirán el camino de Stalin" (como de mala fe quiere dar a entender a sus ingenuos lectores la maslowiana *Fahne des Kommunismus*)– impidió a Stalin llevar a cabo ya en este congreso la exclusión de Trotski, Zinóviev, etc. del CC y posiblemente también del partido, exclusión preparada por él hasta en el Plenario. En realidad, pues, en ese Plenario Stalin sufrió una derrota, que por otra parte no fue una victoria de la "oposición de izquierda". O bien, considerando la cosa de otro modo: si la oposición de Trotski y Zinóviev "triunfó" en este Plenario, no fue un triunfo de las mismas fuerzas de clase que todavía hace un año, cuando el "bloque" de oposición formado por la convergencia de todos los precedentes grupos de oposición de izquierda inició su lucha de fracción en un impetuoso *crescendo* de julio a septiembre contra el régimen de partido y de estado de Stalin, se reunieron detrás de ese bloque de oposición hallando en sus consignas y batallas su expresión todavía débil, confusa, incoherente pero inconfundiblemente de clase. Después de la ignominiosa capitulación en octubre de 1926 de los "jefes" Trotski y Zinóviev, desanimados por la ausencia de los rápidos "éxitos" que esperaban, quizás también atemorizados por las consecuencias enormes e inciertas de sus

indicaciones, también el frente "de izquierda" se desplazó en las luchas de fracciones que existían tanto antes como después de octubre en el PCUS, al principio lenta y casi imperceptiblemente, y luego cada vez más rápida y claramente. Lo que los zinovievistas Fischer y Maslow en su *Fahne des Kommunismus* callan a los obreros comunistas de izquierda alemanes, lo que ellos en su vergonzosa e indigna demagogia de camarilla dirigente no han mencionado con una sola palabra, se aprende en el largo artículo del presidente de la CCC del PCUS Jaroslavski, en un tiempo adversario de izquierda de Lenin, publicado en *Inprekorr* y en los diarios comunistas. Por sus declaraciones se viene a saber lo que antes sólo se podía presumir: es decir, que ya la declaración de capitulación de los jefes de la oposición del 16 de octubre de 1926 no correspondía en absoluto a la voluntad de los miembros obreros que estaban detrás de ellos; que la tentativa efectivamente hecha por Trotski y Zinóviev en un primer momento de disolver la fracción fracasó al chocar con la voluntad de lucha de esos simples militantes; que después los jefes trataron de manejarse confusamente entre la presión de las dos fuerzas, la presión terrorista del aparato partidario y estatal de Stalin por un lado y la creciente protesta de la mejor parte de sus seguidores por el otro. Muy pronto (Plenario de febrero del CC) sobre las cuestiones económicas de mayor importancia para la clase obrera rusa (por ejemplo la cuestión de la llamada "rebaja de precios"), votaron por las resoluciones del CC abandonando sus propias posiciones; muy pronto (Plenario de abril), sobre las importantes cuestiones políticas de la revolución internacional (política china, comité anglo-ruso) se negaron a adherir a las tesis de la mayoría, pero tampoco ahí votaron en contra, sino que simplemente se abstuvieron. El resultado final de este proceso fue que el grupo *sin duda más a la izquierda*, desde el punto de vista proletario, *del bloque de oposición*, el ex grupo del "centralismo democrático" bajo la guía de los camaradas Saprónov y Smírnov, no suscribió la "declaración" presentada al CC en lugar de una plataforma elaborada por Trotski, Zinóviev y una serie de camaradas más, sino que presentó una *plataforma política propia*. (Todo el proceso y el contenido extremadamente interesante e importante para todo comunista de izquierda de esta plataforma del sector proletario de la oposición rusa, que va más allá de la línea capitulante de los Trotski y los Zinóviev, son callados por la maslowiana *Fahne des Kommunismus*; y cuando ésta edita una colección de *Documentos de la oposición rusa no publicados por el CC de Stalin*, ignora este docu-

mento indudablemente importante. Los dirigentes de este grupo hacen hoy, con el disfraz de "oposición de izquierda", exactamente lo que hicieron en 1924 como "CC de izquierda" de la KPD, cuando durante el gran debate sobre Trotski reproducían en la prensa del partido alemana y en la *Internationale* sólo los artículos mentirosos e ignominosos de los Bujarin, Zinóviev, Stalin y Maslow, no permitiendo un solo artículo de Trotski o en favor de Trotski, ningún documento, ni siquiera una relación de alguna manera objetiva sobre las plataformas de las corrientes en conflicto. ¿Con qué derecho un grupo de esa índole protesta hoy porque sus documentos no fueron publicados por el CC de Stalin?)

En el próximo número de la *Kommunistische Politik* comenzaremos a enfrentarnos con la plataforma política de este "cuarto partido", surgido en la lucha de fracciones rusa. Lo haremos en la medida en que su contenido nos es conocido a través del espejo deformante de los numerosísimos artículos hostiles aparecidos en la prensa rusa contra este presunto grupito "insignificante", "de quince o veinte personas" y verosímilmente escritos en relación con los procedimientos casi judiciales pendientes ante la CCC contra esos "enemigos del partido". Limitémonos por hoy a repetir algunas frases que resumen el discurso de Jaroslavski, el único aparecido en la prensa alemana. A pesar de las indudables deformaciones, proporcionan una imagen fidedigna de la plataforma de este grupo de extrema izquierda y –entre otras cosas– un hermoso ejemplo de cómo los agentes sin principios de toda y cualquier parte dominante, que nunca saben alzar la voz lo bastante fuerte contra el radicalismo "pequeñoburgués" de los "profesores" y "literatos" de la oposición, consiguen en el mismo momento liquidar a auténticos proletarios, como el albañil Saprónov que hasta hace poco tiempo tenía entre sus manos la brocha de pintor de paredes, cuando éstos se adelantan como representantes sin reservas del punto de vista marxista revolucionario. Jaroslavski resume sus muchas páginas de larga exposición de la plataforma de los "izquierdistas extremistas" (*Inprekorr*, pp. 1619-1620; 1707-1711) en las siguientes afirmaciones:

"¡Así pues están las cosas! La revolución de octubre no pudo crear las condiciones para la transición a la economía socialista; el atraso del país impide que se transforme en un país socialista. Los soviets han perdido su esencia proletaria a tal punto que deben ser reconstituidos *ex novo*. No existe ni una democracia de partido ni una democracia obrera sino que se ha afirmado una

democracia *kulako*-campesina. La GPU no combate la contrarrevolución sino la legítima satisfacción de los trabajadores. El Ejército rojo está pronto para convertirse en instrumento de una subversión bonapartista. El CC ha pasado de los límites más allá de los cuales se inicia la liquidación del partido. Si esa liquidación del partido fuera llevada a cabo, sería el fin de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética. Ésta es la imagen trazada por la pluma del literato Smírnov y por el pincel del pintor Saprónov. (!) Aquí todo –las ideas, el tono, el color, las expresiones– proviene de la contrarrevolución, nada del leninismo."

Se ve cómo este grupo, aunque todavía no ha roto claramente con la ideología de fondo de la continuidad de la "dictadura del proletariado en la Unión Soviética", con todas las demás corrientes oficialmente expresadas en el Partido ruso, aunque en forma completamente distinta de la de los Trotski y Zinóviev que una vez más, como ya en octubre de 1926, pagaron su permanencia en el CC con el vergonzoso abandono de sus principios "proletarios" y "de izquierda", este grupo parece estar en condiciones de asumir esas tareas de clase enunciadas por nosotros hace un año. En efecto, mientras entonces el bloque de oposición, en el punto más alto de su ardor combativo y no comprometido todavía por ninguna capitulación de sus dirigentes, iniciaba su ataque más enérgico contra el régimen partidario y estatal de Stalin, nosotros expusimos esas tareas en nombre de todos los comunistas en la Internacional Comunista de la oposición en el PCUS y en toda la Comintern (véase la *Declaración de las izquierdas sobre la crisis en el PCUS y en la Comintern*, núm. 13-14, año I de la *Kommunistische Politik*). Trotski y Zinóviev en cambio, que todavía hace un tiempo habían acusado de "termidorismo" a los órganos dirigentes del partido gobernante y del estado, ahora bajo la amenaza de expulsión ya decretada formalmente contra ellos, no sólo retiraron explícitamente esa acusación suya con algunas débiles reservas sino que además, aceptando el apoyo que les ofrecían los "termidorianos" de derecha en el CC (Rykov, Kalinin, etc.), pasaron a ser objetivamente elementos del termidorismo irresistiblemente creciente en el país, se convirtieron en "termidorianos de izquierda."[1] Ellos, que ya durante el período de su lucha de oposi-

[1] El 9 de Termidor del año II del nuevo calendario de la revolución francesa (27 de julio de 1794) fue el día en que, con la caída de Robespierre por obra de los termidorianos de derecha y de izquierda (dantonistas y hebertistas) coaligados contra él, se puso fin al llamado "Terror" con la llamada "reacción termidoriana".

ción ninguna cosa temían salvo la lucha de clases corporalmente presente en toda su grandeza terrestre, que barre con cualquier fantasma "stalinista" o "leninista", evitaron mezquina y tímidamente en el Plenario del CC y de la CCC llegar aun con una sola palabra a las más claras y explícitas formulaciones de la plataforma Smírnov-Saprónov. Ellos presumiblemente quieren abandonar vergonzosamente a sus aliados a la expulsión terrorista del CC staliniano y a las consiguientes represalias económicas y políticas del terror estatal, como ya una vez en 1922-1923 Trotski abandonó a sus aliados de izquierda del grupo Miásñikov al terror de los dirigentes del estado y de la Comintern Zinóviev y Stalin, entonces aliados (en aquella ocasión también "nuestro" Maslow debe haber desempeñado su papel particular que habrá que aclarar mejor en otra ocasión). Con eso pasaron a ser "aliados" aunque no plenamente legítimos; objetivamente, sin embargo, abrieron el camino a aquella "gente auténticamente rusa" dentro y fuera del CC del PCUS que hoy aspira en forma completamente abierta a la liquidación incluso formal de la dictadura proletaria revolucionaria, ya sea en toda la Unión o ante todo en aquellos estados más avanzados del desarrollo burgués-campesino. Ellos dieron a la camarilla de Stalin, que hasta hoy dispone de manera casi ilimitada del aparato del partido y del estado, la oportunidad de poder obtener una victoria incluso para su corriente a pesar del fracaso de sus esperanzas de una derrota total de la oposición "de izquierda". Después de lo cual, a continuación de la vergonzosa retirada de Trotski y Zinóviev, la camarilla de Stalin logró dividir a la oposición que hasta entonces se había presentado unida hacia el exterior, y ahora pueden tener esperanzas de jugar más fácilmente con el ala "izquierdista extremista" aislada y dividida, es decir jugar más fácilmente con los proletarios rusos que vuelven a la verdadera lucha de la clase proletaria.

Así en este último Plenario del CC y de la CCC del partido "comunista" de la URSS hubo de hecho tres vencedores y un solo vencido. Vencedores son los "termidorianos de derecha" Rykov y Kalinin que aspiran a la democracia burguesa-campesina, es decir a la dictadura capitalista sobre la clase obrera de la ciudad y el campo. Vencedor es también Stalin, el hombre del aparato y del

Formalmente ésta se mantuvo todavía por algún tiempo como un gobierno de la dictadura revolucionaria, pero en la realidad no supo ya oponer seria resistencia a las tendencias reaccionarias y antirrevolucionarias que apretaban por todas partes.

estado que apunta a un poder de gobierno bonapartista en apariencia "sobre" y "entre" las clases. Vencedores son finalmente también -según ellos- Trotski y Zinóviev, salvados una vez más de la completa expulsión del aparato oficial y de la necesidad de plantear en forma clara y finalmente completa el problema de clase. El único derrotado es el gigante ridículo del proletariado, inconsciente en la "roja" Rusia, aún más que en otros países, de su propia fuerza real: la clase obrera rusa y al mismo tiempo toda la clase obrera internacional. Esta situación absolutamente objetiva está indicando un Termidor ya avanzado, ya inevitable, que se expande en una u otra forma.

CUARTA PARTE

Sindicatos y lucha de clases (1927-1928)

Hemos recogido en esta parte dos importantes escritos dedicados específicamente a la cuestión sindical. Junto a un renovado interés por los sindicatos, señalan el pasaje de la política interior del movimiento comunista oficial a la atención hacia los movimientos revolucionarios exteriores, en particular sindicalistas revolucionarios.

El primero, La recuperación del marxismo en la llamada "cuestión del sindicato", *proviene todavía de la* Kommunistische Politik *(1 de mayo de 1927). El segundo,* Sobre el derecho de contratación de las uniones sindicales revolucionarias, *de 1928, reúne los artículos publicados en la revista* Kampf-Front *del Deutscher Industrie-Verband, una organización sindicalista revolucionaria. Es la detallada contestación jurídico-política a las argumentaciones utilizadas por los Tribunales del Trabajo para impedir a las distintas Uniones revolucionarias el ejercicio de los derechos sindicales, reconocidos exclusivamente a los tres agrupamientos sindicales oficiales (socialdemocráticos o "libres", cristianos e Hirsch-Duncker, expresión de la "coalición de Weimar", es decir, de los partidos en que se basaba el frágil equilibrio de la democracia alemana: la* SPD, *el centro católico y la democrática y laica* DDP*). Korsch critica el "monopolio" sindical de estas organizaciones como forma última de la política de "paz social" con las estructuras del estado burgués, que prosigue a pesar del abandono formal de la "comunidad de trabajo" establecida en la inmediata posguerra con los empresarios. En el enredamiento de la acción sindical en la legislación arbitral, que lleva gradualmente a la anulación de la huelga como arma de lucha, Korsch ve la pérdida del carácter de lucha* política *que siempre debería acompañar a toda forma de batalla económica sindical. La previsión*

korschiana de que los sindicatos oficiales no estarían en condiciones de resistir a un renovado ataque patronal y estatal se revelaría trágicamente exacta cinco años después con la victoria del nacionalsocialismo.

La recuperación del marxismo en la llamada "cuestión del sindicato" *

> Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía, desde la comunidad urbana autónoma hasta su constitución como clase. Pero cuando se trata de darse cuenta exacta de las huelgas, de las coaliciones y de otras formas en las que los proletarios efectúan ante nuestros ojos su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen alarde de un desdén trascendental.
>
> Karl Marx, *Miseria de la filosofía*

En la discusión desarrollada hasta ahora sobre la llamada "cuestión sindical", sobre todo en la forma en que ha sido conducida en el último período, el posterior a la guerra, entre las tendencias diversas e incluso contrapuestas a este respecto en el movimiento obrero, normalmente ambas partes han cometido el mismo error de falsear la "cuestión del sindicato" sobre todo en el *sentido organizativo*. Discuten sobre la validez o la no validez de las organizaciones sindicales existentes y de las nuevas formas de organización que a ellas contraponen sus adversarios, en lugar de determinar en primer lugar *políticamente* la naturaleza y el significado de las *luchas* sindicales y por lo tanto, a partir de ahí, también la relación con las diversas *organizaciones* sindicales.

Sobre esta base superficial y falsa, totalmente no marxista, una de las tendencias, la de los adversarios en apariencia extremadamente "revolucionarios" del sindicato, sostuvo por mucho tiempo y en parte hasta hoy, la idea de que los sindicatos habrían estado ciertamente en condiciones, en el período inicial del "desarrollo pacífico, orgánico de la sociedad capitalista" de mejorar las condiciones de trabajo y de acrecentar el bienestar material de los trabajadores, pero que en el período actual, en que el desarrollo de la sociedad capitalista ha entrado en su fase crítica, ya no serían capaces de hacerlo, y por lo tanto deben ser abandonados por superados e inutilizables.

Pero es muy fácil ver cómo los enemigos "revolucionarios" del

* "Die Wiederhestellung des Marxismus in der sogenannten Gewerkshaftsfrage", en *Kommunistische Politik*", II, 1 de mayo de 1927, núm. 8.

sindicato, que con tales argumentos se arrojan a la liza contra el reformismo sindical, en realidad están sustancialmente en el mismo terreno que sus adversarios, los reformistas. Por lo tanto, en realidad son sencillamente "reformistas al revés". Ellos niegan el valor de las organizaciones sindicales existentes por una razón completamente idéntica a aquella por la cual los reformistas reconocen ese valor. Hacen depender su posición sobre los sindicatos de la utilidad o no de esas organizaciones en la defensa de los intereses materiales de los trabajadores en el ordenamiento de la sociedad capitalista existente. Totalmente idénticos en esto a esos antiparlamentarios, también presuntamente muy "revolucionarios" que se niegan a participar en elecciones y parlamentos porque por ese camino "hoy" en el estado capitalista no habría más conquistas positivas que alcanzar por parte de los trabajadores.

Todos estos "revolucionarios" que de esta manera "fundan" su hostilidad de principio contra el sindicato y la institución parlamentaria, deberían entonces coherentemente abandonar todo su antisindicalismo y todo su antiparlamentarismo, en el caso de que les fuera demostrado por los reformistas de derecha, o ellos mismos se convencieran, que la sociedad capitalista actual, en todo o en parte, se encamina hacia una etapa en que está nuevamente en condiciones de asegurar al proletariado las condiciones de su existencia proletaria e incluso de "mejorarlas" aquí y allá, parcial y transitoriamente.

Si recordamos en qué medida no sólo la KPD, la Comintern y la Profintern de otrora, sino de modo exactamente igual e incluso peor, también tendencias como la KAP y las AAU de hoy, en su lucha contra el reformismo sindical y parlamentario, se han apoyado y aún se apoyan precisamente en estos argumentos superficiales y falsos, podemos con razón preguntar con gran impaciencia si ahora, después que en la última conferencia nacional de las AAU (Pascua de 1927) el orador de la mayoría "estableció" expresamente que "nos encontramos frente a una estabilización de la economía capitalista a la cual debemos adaptarnos", también el "antirreformismo" sindical y parlamentario de la KAP no recorrerá fatalmente el mismo proceso de "desarrollo" que la KPD. También el antirreformismo de otrora de la KPD de la Comintern y de la Profintern, se ha convertido nuevamente desde entonces en el viejo reformismo puro de la Internacional de Amsterdam y de la Segunda Internacional, del cual un día se había apartado con una simple inversión de las posiciones.

Hay un profundo contraste entre estas concepciones falsas y

superficiales de los reformistas auténticos y de los "reformistas al revés" y la impostación realmente revolucionaria y marxista de la llamada "cuestión del sindicato", que parte no de la toma de posición sobre una determinada organización sindical existente o proyectada (comoquiera que se llame: "sindicatos libres", "ligas industriales revolucionarias", "uniones", etc.), sino de las enseñanzas de Marx sobre la *imprescindible necesidad de la lucha sindical como expresión económica de la lucha de clase revolucionaria proletaria*. Según la concepción de Marx, el verdadero objetivo de las luchas económicas, que guían y siempre deben guiar a los trabajadores en la defensa y el "mejoramiento" de sus condiciones de trabajo y de vida dentro del ordenamiento existente en la sociedad capitalista, consiste desde el principio y todavía hoy no en los "éxitos" más o menos "positivos" que podrían y pueden lograrse para los trabajadores dentro del sistema social capitalista existente y de su estado, sino más bien en la *constitución del proletariado como clase*, que se realiza en medio de victorias y derrotas, mediante esas luchas y en el curso de ellas.

Los marxistas saben que la lucha revolucionaria directa de la clase obrera con plena conciencia de sus propias tareas históricas no se encuentra al comienzo sino sólo al final de un desarrollo de la lucha de clase proletaria de larga duración e interrumpida por frecuentes fracasos; saben que en los períodos históricos que preceden e interrumpen esa lucha final directamente revolucionaria, precisamente las *llamadas luchas "económicas"* –ni políticas ni revolucionarias en su manifestación inmediata– constituyen el componente fundamental y más importante de la *verdadera política de clase del proletariado*, revolucionaria en su resultado final. Entonces estas luchas de los trabajadores conducidas por los sindicatos obreros –o a veces también al margen y aun contra ellos– en oposición a la potencia económica del capital son por su naturaleza de clase *luchas políticas* exactamente como las luchas de los trabajadores contra el poder político del capital, el estado burgués, conducidas por los llamados partidos obreros, y también a veces al margen o contra ellos. Sólo a través de la fusión de ambas formas de lucha en el combate de la clase proletaria plenamente desarrollado, unitario, en el combate a la vez económico y político, revolucionario, que derriba la organización del poder económico y político de la burguesía y que eleva en su lugar el poder estatal y económico de la clase obrera revolucionaria, del proletariado, sólo a través de esto se alcanza finalmente la verdadera meta, a cuyo logro en realidad contribuyen también todas las lu-

chas parciales, separadas en "económicas" y "políticas", del período precedente que, en su forma externa, parecen dirigidas hacia otros objetivos: *la constitución del proletariado en cuanto clase.*

De esta fundamental posición marxista frente a las luchas llamadas "económicas" de la clase obrera dentro del sistema social capitalista deriva lógicamente también la actitud de los marxistas frente a las *coaliciones* –mantenidas transitoria o permanentemente– de los llamados sindicatos que surgen de esas luchas y que son establecidas en pro de una mejor preparación, organización y gestión. En neto contraste con la visión *metafísica* presente tanto en un campo como en el otro, que considera a las diversas organizaciones sindicales existentes como verdaderos objetos metafísicos y a las luchas particulares por el salario, por el tiempo de trabajo etc., como la actividad desarrollada por esos sujetos, y que al mismo tiempo traza una línea de separación mecánica entre los "sindicatos" y sus acciones "económicas" por un lado, y los "partidos" y sus acciones "políticas" por el otro, la concepción dialéctica del marxismo consiste en comprender todos estos cambiantes fenómenos en el flujo de su movimiento y desarrollo y en su recíproca conexión. Karl Marx coloca los unos junto a las otras, huelgas, uniones y las demás formas "con las cuales los proletarios se organizan como clase" y presenta casi conjuntamente las dos consignas que, para la concepción metafísica vulgar, son completamente contradictorias: "La lucha del proletariado con la burguesía comienza con su existencia" y "Toda lucha de clase es una lucha política."

Sólo con una realización coherente de esta concepción marxista, dialéctica y revolucionaria de la relación entre la lucha sindical y su organización, entre economía y política, entre sindicato y partido, visión que se ha perdido en la teoría y en la praxis de los epígonos marxistas hasta quedar reducida a un moderado residuo, y que solamente fue mantenida firmemente en sus rasgos esenciales por Rosa Luxemburg, es posible llegar a una determinación de la posición concreta a tomar como marxistas revolucionarios frente a las diversas organizaciones sindicales hoy existentes históricamente, y frente a las tareas concretas que como verdaderos comunistas debemos desarrollar en esas organizaciones, dentro de su ámbito y contra ellas. En un próximo artículo se desarrollarán en forma más precisa estas consecuencias actuales, desde el punto de vista marxista rigurosamente definido en la "cuestión del sindicato", para nuestra línea política y para

nuestra línea táctica comunista en el sindicato. Por ahora bastará con plantear las dos consecuencias más importantes.

Hasta ahora hemos establecido que no es el sindicato el que genera la lucha de clases, sino que, por el contrario, de la lucha de clase surge, al servicio de esas luchas, la coalición de los trabajadores en lucha, el sindicato que continúa actuando más allá de una ocasión determinada. Ningún marxista que haya tomado conciencia de esa relación puede renunciar a librar incesantemente la más dura batalla contr la tendencia inevitablemente operante dentro de toda organización sindical, y hoy efectivamente favorecida y sostenida hasta por los dos llamados partidos obreros (la SPD y la KPD), que lleva a tratar de encerrar necesariamente a todas las luchas económicas de la clase obrera en el "*ámbito de las organizaciones sindicales existentes*". Cualquier comunista reconocerá por principio la organización en general, y específicamente la organización sindical, como una palanca importante para acrecentar y reforzar la lucha de clase del proletariado. Pero junto con ese fundamental reconocimiento, todo comunista verdadero, todo marxista revolucionario debe reconocer sin prevenciones también todas las otras formas en las cuales en cualquier momento, y en modo particular en los tiempos de luchas de clase radicalizadas, también la lucha económica de la clase obrera desborda el restringido ámbito sindical y lo hace estallar. Desde el punto de vista del objetivo revolucionario propiamente dicho y del objetivo de clase de todas las luchas conducidas por los trabajadores dentro de la sociedad capitalista y de su estado, es igualmente importante, y a veces más importante que la lucha legalista de los sindicatos conducida según reglas experimentadas tradicionalmente, la *lucha de los proletarios no organizados* en sus múltiples formas, a partir de la influencia personal inmediata de los compañeros de fábrica, hasta la formación de los diversos tipos de comités y de directivas transitorias o permanentes. Igualmente necesario para conducir y extender la lucha de clase, después de todas las experiencias hechas en el período más reciente del movimiento obrero, es también el *movimiento autónomo de los consejos de empresa y de los fideicomisarios*, que se mueve más allá del ámbito sindical. De grandísima importancia para la actual lucha de clases del proletariado es sobre todo *la lucha de clases de los desocupados*, que debe ser favorecida por todos los medios por todos los verdaderos comunistas, y el "anclaje" de esa lucha no sólo en algún comité "sindical" de los desocupados, sino en la sólida *unión organizada* de todos los desocupados, *de esa parte del proletariado que*

indudablemente es hoy la más explotada, para vincular sólidamente sus *consejos de desocupados*, libremente elegidos, entre sí y con los consejos de empresa y los fideicomisarios en una unidad de clase revolucionaria, indestructible.

La otra consecuencia importante que emerge de la rigurosa realización del punto de vista marxista para nuestra política y táctica sindical comunista se refiere por un lado a la relación con los llamados sindicatos "libres" (Amsterdam) y con los movimientos de oposición, real o aparentemente "revolucionarios", que se desarrollan en el seno de esos sindicatos de Amsterdam, y por el otro con las ligas industriales, las uniones etc., llamadas "autónomas" o "revolucionarias" que están surgiendo precisamente en contraposición a esos sindicatos libres en diversos países europeos (Francia, Checoslovaquia, Holanda y –aunque hoy sólo con fuerzas limitadas– en Alemania).

Como marxistas sabemos que la misma ley dialéctica de la historia, que en todas partes transforma con el tiempo inevitablemente las formas en las cuales se mueven las fuerzas productivas sociales en formas de desarrollo en cadenas, esa misma ley vale con la plenitud de su fuerza también para la "mayor fuerza productiva" que según la conocida expresión de Marx es "la misma clase revolucionaria". También los partidos políticos y los sindicatos que han recibido su contenido y su forma actual de las luchas pasadas de la clase obrera –y en particular los más fuertes y de masas, reunidos en la Federación sindical de Amsterdam bajo el nombre de "sindicatos libres"– han sufrido en carne propia esta dialéctica de la historia. Éstos –surgidos como formas para la organización, el fortalecimiento y el desarrollo de la fuerza de la lucha de clases del proletariado contra el capital– se han transformado desde hace ya mucho tiempo e irreversiblemente en cadenas que sujetan esa fuerza de clase. De ahí deriva para todos los verdaderos comunistas la validez actual, más bien hoy más actual que nunca, de aquel principio marxista, dialéctico y revolucionario, que hace siete años el II Congreso mundial prescribía a todos los comunistas que quisieran pertenecer al partido revolucionario comunista: "Los comunistas, puesto que colocan el fin y la naturaleza de la organización sindical por encima de su forma, no retroceden frente a una escisión de las organizaciones sindicales, si la renuncia a la escisión coincidera con una renuncia a la tentativa de hacer de éstos un instrumento de la lucha revolucionaria, con la renuncia a organizar la parte del proletariado explotada al máximo."

Compárese con este criterio la actual "política sindical" de la Comintern y de la KPD. Júzguese de manera marxista toda la política y la táctica de la llamada "conquista" y "revolucionarización" del sindicato y todas las grandilocuentes frases sobre el mantenimiento y la reconstitución de la "unidad sindical". Después de eso decídase si frente al estado actual de los sindicatos libres es posible en esos sindicatos un trabajo coherentemente marxista, verdaderamente comunista, sin la perspectiva histórica de la inevitable fractura, el reconocimiento práctico de la imprescindible necesidad de integrar ya el trabajo *comunista* de hoy dentro de los sindicatos libres a través del avance positivo por un lado de todos los movimientos de oposición revolucionaria y de las llamadas "alas izquierdas" que emergen dentro de los sindicatos libres, y por el otro lado también de todas las nuevas organizaciones sindicales que en el pasado, en la lucha contra la política reformista y de abierta traición de clase de esos sindicatos de Amsterdam, se apartaron de ellos mediante una separación impuesta o voluntaria.

Sobre el derecho de contratación de las uniones sindicales revolucionarias *

Introducción

El tema tratado en este escrito tiene un interés general más allá de su significado práctico inmediato. Hace referencia a las cuestiones más fundamentales del movimiento obrero, de la sociedad humana en su actual desarrollo histórico.

El problema teórico

En el libro *Legislación del trabajo para los consejos de empresa* (Berlín, 1922) escribía yo, concluyendo una presentación de las tendencias generales del desarrollo de la coalición proletaria: "todos estos reconocimientos del principio de coalición, obtenidos gracias a la fuerza siempre creciente de las organizaciones de los trabajadores, son ahora superados por un nuevo fenómeno, cuyos inicios se ubican ya en parte en el pasado, pero cuya importancia específica se refiere sobre todo al presente y al futuro." La "libertad de asociación" conquistada por las organizaciones proletarias en el pasado y disfrutada actualmente, muestra la tendencia a transformarse en una formal "obligación a la asociación". Puesto que en la "fase ahora iniciada de capitalismo avanzado y tardío", hasta los empresarios capitalistas han llegado en su propio interés a poner en práctica el principio de "asociación", que es lo contra-

* *Um Tariffähigkeit. Eine Untersuchung über die heutigen Entwicklungstendenzen der Gewerkschaftsbewegung*, Berlín, Prager Verlag, 1928. Versión ligeramente reducida.

rio de todos los principios de "libertad" del primer capitalismo, también favorece a sus intereses el "obligar a asociarse, con medios de presión económica, a quien presente resistencia" y es coherente con toda esta evolución "si al final el propio estado capitalista, introduciendo una 'obligación de asociación' legal suprime la individualidad del obrero particular libre así como la del particular dador de trabajo, aun sin e incluso contra su consentimiento". Y en una nota se insinúa la posibilidad de la "declaración generalizada de obligatoriedad para los contratos colectivos" y de la introducción coactiva de acuerdos "colectivos" a través de una sentencia arbitral y otras novedades más de nuestra constitución del trabajo y de la economía, en la cual se hacen más o menos evidentes ciertos "inicios de formación de una similar obligación de coalición". Todavía en la nota se repite que "la plena aplicación de tal obligación legal de coalición pertenece todavía al futuro", mientras se ve la posibilidad de que "en el intervalo provisoriamente haya todavía un período de desarrollo en sentido contrario".

Ya en estas líneas, escritas hace seis años, se observa claramente el contraste entre nuestra concepción marxista del desarrollo de las asociaciones obreras y la concepción completamente distinta del mismo proceso tal como se halla difundida, tanto en el pasado como en la actualidad, entre los progresistas burgueses y sus secuaces reformistas en el campo obrero. Está claro que no se trata aquí de un simple proceso sin contradicciones, por el cual las organizaciones obreras adquieren fuerza y poder cada vez mayores; se trata, por el contrario, de un desarrollo conducido por los empresarios capitalistas y por el estado capitalista en su lucha contra la clase obrera. La "obligación de asociación" por este camino (por impulso e interés del empresario capitalista y de su estado) no sirve en lo más mínimo, "en un primer momento", en el primer período de su introducción, como medio para el fortalecimiento de la clase obrera, sino "principalmente como medio para el mantenimiento más eficaz del dominio capitalista sobre la clase obrera". También en su desarrollo ulterior no se debe pensar en modo alguno que la obligación de asociación, "en un primer momento principalmente" instrumento de dominio capitalista, pase "en un segundo momento" poco a poco cada vez más "también" a servir como instrumento de liberación de la clase obrera. El progreso real que deriva para el movimiento de clase proletario de la aplicación futura de una obligación de asociación aplicada a ambas partes, consistirá más bien en la genera-

lización y en el acrecentamiento de la lucha de clase revolucionaria, provocado por ella.

"A la suma de 'libres' contratos de trabajo entre dadores de trabajo y trabajadores particulares, se sustituye una reglamentación de todas las relaciones derivadas de la relación de trabajo, reglamentación general también en su forma exterior y vinculante por fuerza de la obligación exterior. En torno a la determinación del contenido de esta reglamentación pública de las relaciones de trabajo gira ahora de modo completamente manifiesto la lucha de las organizaciones de clase, plenamente desarrolladas, de los dadores de trabajo y de los trabajadores, que se enfrentan como ejércitos rígidamente centralizados y disciplinados. 'Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política'."

Los seis años transcurridos hasta ahora, período no ya revolucionario sino de reacción, y los nuevos elementos surgidos en el desarrollo del sistema de asociación obrera han demostrado en forma aún más nítida y determinada el carácter contradictorio de todo el proceso, más de lo que era posible prever cuando estaba en sus primeros inicios. En efecto, en la perspectiva de una solución inminente los elementos negativos inmediatos para la clase obrera podían considerarse como fenómenos pasajeros de un período relativamente breve. Hoy, cuando en distintos países europeos se han realizado experimentos más o menos vastos de introducir la obligación de asociación tenemos experiencias concretas de cómo ese proceso en sus efectos inmediatos no condujo a un progreso revolucionario para la lucha de liberación de la clase obrera, sino por el contrario a su mayor esclavizamiento.

La situación en Italia

Ciertamente hoy deben ser muy pocos los que en el movimiento obrero europeo estén de acuerdo con el director de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, "el socialista reformista obstinado" (según su propia caracterización) Albert Thomas en su apreciación de los principios con que actualmente el gobierno fascista italiano "quiere no sólo asegurar a los trabajadores los beneficios de justas reformas sino reorganizar desde la base el edificio social" (*Discurso de Roma* del 4 de mayo de 1928). Y sin embargo no cabe duda de que entre los estados europeos ha sido precisamente Italia la que ha llevado más lejos el nuevo principio de la obligación estatal de asociación con la reglamentación de las

"relaciones colectivas de trabajo" de los últimos años. La ley fascista del 3 de abril de 1926 prevé que para cada sector profesional de dadores de trabajo, trabajadores o profesionistas libres "puede ser reconocida por ley una única asociación" y tal reconocimiento se concede solamente a las asociaciones que en todos los aspectos, "programática y efectivamente" hayan dado "pruebas de comportamiento político en sentido nacional". Las asociaciones obreras que llenan esas condiciones, o bien en realidad las asociaciones dirigidas por el partido fascista gobernante, obtienen el privilegio del reconocimiento si reúnen con la "colaboración voluntaria" aunque sólo sea el 10% de los trabajadores de la profesión o del sector en cuestión. Al 90% restante lo representan legal y extralegalmente y pueden cobrar además una contribución anual equivalente al jornal de un día. Está expresamente previsto que los contratos celebrados por estas asociaciones privilegiadas obligan a todo individuo perteneciente a un determinado sector profesional a reconocer que sólo ellas tienen derecho a recurrir a los Tribunales del Trabajo, y a enviar representantes a todos los "consejos" y organismos en que estén previstas por ley u ordenanza tales representaciones. Junto a estas asociaciones reconocidas y legitimadas pueden existir, según una norma expresamente agregada en el papel, otras asociaciones como "asociaciones de hecho". Pero se comprende que para estas últimas no se habla ni siquiera de una participación, legalmente permitida, en la defensa de los intereses de los trabajadores. Luchas de trabajo reales (huelgas y paros) están prohibidas en todos los casos, tanto para las asociaciones "reconocidas" como para las existentes de hecho, y todos los participantes son castigados con multas, mientras que los dirigentes, promotores y organizadores son castigados con penas de encarcelamiento, en ciertas condiciones incluso de por vida.

Este reciente proceso italiano muestra con toda evidencia que hasta un paso adelante "en sí" progresista, como el que va de la libertad de asociación a la obligación de asociarse, sólo en determinadas condiciones concretas de la realidad histórica representa para la clase obrera en lucha un progreso real, es decir sólo en el contexto de la revolución proletaria que se realice simultáneamente en toda la estructura política y económica de la sociedad. Por lo que se refiere a Italia, en cambio, está claro para cualquier observador desprevenido –a pesar de D'Aragona y Albert Thomas– que hoy no son las "corporaciones" fascistas con reconocimiento estatal, monopolizadas y consideradas como concesionarias, las

que abren el camino al verdadero progreso revolucionario de la clase obrera sino las uniones de lucha económicas y políticas de los obreros italianos que continúan existiendo ilegalmente y son recreadas constantemente, a pesar de los decretos estatales de disolución, las prohibiciones y las persecuciones. Y si bien la toma de posición actual de Albert Thomas representa una cierta desviación de la posición de conjunto sostenida hasta ahora, sin embargo todo el movimiento sindical italiano rechazó con la mayor unanimidad esa "constitución sindical" impuesta por el ex socialista revolucionario Mussolini y por el ex sindicalista revolucionario Rossoni. La IGB ha elevado una formal –aunque vana– protesta contra la admisión de esos "representantes obreros" fascistas en los organismos de la organización internacional del trabajo de la Sociedad de las Naciones, en base a los artículos 389 y 393 del tratado de Versailles. Y también la ADGB asumió una posición de claro rechazo de la "política sindical fascista" contenida en la ley del 3 de abril, con dos artículos publicados en su órgano central, la *Gewerkschaftszeitung*.

La situación en Rusia

Un resultado absolutamente similar –no obstante todas las enormes diferencias en sus intenciones originales– produce en su desenlace final el otro gran experimento histórico que se ha hecho recientemente con el paso de la libertad de asociación a la asociación obligatoria: el experimento bolchevique en la Rusia soviética. Aquí, donde en octubre de 1917 se inició una verdadera revolución proletaria que durante años defendió contra todos los ataques de un mundo hostil sus primeras conquistas, parecieron verificarse por primera vez en la historia todas las condiciones para la realización del paso de la libertad de asociación "prerrevolucionaria" a la obligación "revolucionaria" de asociarse, con miras a un real progreso de la clase obrera tendiente a su autoliberación. Y en efecto ese paso constituyó desde el principio un elemento constitutivo de la dictadura proletaria efectivamente existente en la Rusia soviética en los años del llamado "comunismo de guerra". Los sindicatos proletarios y el estado proletario mostraban en ese período una clara tendencia a crecer juntos y a fundirse por último completamente. Si bien en este primer período del "comunismo de guerra" la asociación obligatoria había mostrado ocasionalmente ciertos aspectos negativos, si el

propio Lenin junto con los grupos de oposición como el del "centralismo democrático" (Saprónov, Smírnov) y de la llamada "oposición obrera" (Schliápnikov), había puesto en guardia contra los peligros de una deformación burocrática, inevitables particularmente en las atrasadas condiciones del campo ruso, todavía esos aspectos negativos pudieron entonces ser considerados aún como abusos transitorios y superables en el desarrollo ulterior y la ampliación internacional de la revolución proletaria.

Esta posición en su conjunto positiva hacia la asociación obligatoria como elemento constitutivo de la dictadura proletaria en la Rusia soviética, no obstante todas las críticas a las contradicciones presentes, ya no puede ser mantenida para el segundo período de desarrollo de la revolución rusa iniciado en 1921 con el paso del "comunismo de guerra" a la NEP. A partir de ese momento en toda la estructura económica y política del nuevo sistema social ruso y también en los desarrollos del sistema de las asociaciones se agudiza cada vez más la enorme contradicción entre teoría y praxis, ideología y realidad, que tiene su motivación de fondo en el hecho de que –a pesar del abandono "serio y de largo alcance" de la prosecución inmediata y de la extensión internacional de la revolución y a pesar de la efectiva reintroducción de relaciones de producción capitalistas– se ha mantenido la *ficción de una continuidad de la dictadura de clase proletaria* en el sistema social ruso. La clase obrera rusa sufre, en consecuencia, bajo la existencia efectiva del modo de producción capitalista y bajo la ficción de su inexistencia que sirve como pretexto para privar a los obreros rusos hasta de las molestas posibilidades de salvaguarda autónoma de sus intereses de clase que los obreros de los viejos países capitalistas han arrancado a la fuerza, en una secular lucha de clases, a la clase burguesa dominante y a su estado burgués.

Esta contradicción general en la estructura económica y política del actual sistema social soviético encuentra expresión en el sistema de asociación en el hecho de que la asociación obligatoria, introducida en el período revolucionario del "comunismo de guerra", permaneció inmodificada en su sustancia aún después del regreso efectivo al modo de producción capitalista. Ciertamente con el paso a la NEP fue abolida formalmente la afiliación obligada de todo trabajador al sindicato correspondiente a su empresa y se reintrodujo el principio de la afiliación individual. Pero también el nuevo código de trabajo de 1922 prescribe en sus parágrafos 151 y siguientes expresamente que el uso del nombre "sindicato" y todos los demás derechos sindicales deben limitarse, incluso en

el futuro, a las asociaciones registradas en las modalidades prescritas por el Consejo General de la Confederación de los Sindicatos soviéticos panrusos (§ 153). Esto quiere decir que, en realidad, la única forma en que los obreros rusos pueden hacer uso de su "libertad de asociación" consiste en adherir a una de esas organizaciones "sindicales", únicas admitidas por el estado, estructuradas en forma totalmente centralista y estrechamente vinculadas al partido de gobierno y al estado. Y aunque el trabajador, a pesar de los motivos económicos y sociales extremadamente fuertes que lo empujan hacia esas organizaciones, quisiera usar de su derecho formal y no ingresase al sindicato, con eso no se sustraería a su poder. En efecto, también en Rusia los efectos de las tratativas emprendidas por esos sindicatos, los únicos admitidos legalmente y de hecho, se extienden no sólo a sus miembros sino a todos los trabajadores. Por ejemplo, según la norma explícita del § 16 del nuevo código de trabajo, el efecto de los contratos celebrados por el sindicato se extiende por ley, en todos los casos, a todas las personas que trabajan en la empresa en cuestión, sean o no miembros del sindicato que celebró el contrato. Presentando esta situación de hecho en los términos del código de trabajo alemán, se puede decir que los sindicatos bolcheviques no sólo poseen hoy en Rusia el monopolio exclusivo de la celebración de contratos, sino que por ley sus contratos tienen en todos los casos la propiedad de la "obligatoriedad general", como entre nosotros pueden tenerla sólo en determinadas condiciones a través de un acto administrativo particular de acuerdo con el § 2 de la ordenanza sobre contratos del 23-XII-1918 en un caso único.

Igual que en la Italia fascista, así también en la Rusia bolchevique el paso de la libertad de asociación al principio, más elevado "en la idea", de la asociación obligatoria se ha deformado por último en la práctica real hasta convertirse exactamente en su contrario. En lugar de un desarrollo más avanzado de la prerrevolucionaria libertad de asociación a la obligación revolucionaria de asociarse como parte integrante de la dictadura de clase proletaria se llega, al final, en la cruel realidad, a una mayor esclavitud de los trabajadores con el simple defraudamiento de la libertad de asociación. Los sindicatos han degenerado, de organizaciones de la lucha de clase proletaria, a elementos del aparato estatal de represión contra los obreros. Igual que en la Italia fascista, también en Rusia la tarea de la verdadera lucha por los intereses económicos de los trabajadores se desplaza de esos "sin-

dicatos" oficiales desclasados y transformados en órganos estatales de gobierno a las verdaderas asociaciones obreras, surgidas de nuevo ilegalmente, a pesar de la represión material e ideológica, en formas diversas: con acuerdos informales de los trabajadores para la no superación de las normas de producción establecidas, con comités de huelga ilegales y cajas de socorros mutuos. (La explicación marxista más penetrante de este proceso se encuentra en la *Plataforma de la oposición de izquierda en el partido bolchevique*, del grupo Saprónov-Smírnov, publicada en Alemania con el título *Frente al Termidor*.)

La situación en Alemania

Está claro que las experiencias de los dos países en los cuales –con intenciones completamente distintas y en condiciones históricas extremadamente diferentes– más ha avanzado la transformación del sistema de asociación de la libertad a la constricción estatal, son de la máxima importancia también para el movimiento obrero de los países donde la lucha histórica entre la "libertad de asociación" y la "asociación obligatoria" está en alguna forma a la orden del día. A la luz de estas experiencias históricas, también el movimiento obrero alemán tiene todos los motivos para reflexionar críticamente sobre ciertas tendencias hoy muy fuertes precisamente en el movimiento sindical alemán, que en su resultado llevan hacia la aplicación de la "asociación obligatoria". Una de las grandes controversias teóricas y prácticas del movimiento obrero actual que exigen una nueva verificación desde ese punto de vista crítico, junto con otras polémicas que duran ya desde hace tiempo (como el debate a favor o en contra del arbitraje estatal y la lucha a favor o en contra de la equiparación de los acuerdos concluidos por las representaciones legales de empresa, los llamados "acuerdos de empresa", con los contratos celebrados por las asociaciones sindicales libres) es la de la lucha, que ha llegado recientemente al primer plano, en torno al derecho de celebrar contratos. Las consideraciones que siguen intentan ser un aporte crítico a este problema.

De esta indagación crítica surge el hecho sorprendente de que esos círculos dominantes del movimiento sindical alemán que hoy con tanta vehemencia y sin duda con motivos objetivamente justificados protestan contra el "estado sindical" de Mussolini y Rossoni y contra la dictadura ejercida en Rusia "sobre el proletariado" por parte de las organizaciones de partido y sindicato bol-

cheviques, frente a las tendencias sostenidas por ellos ya no tienen subjetivamente una legitimación inatacable. En un examen más minucioso es posible individualizar con bastante claridad en su crítica de la actual "política sindical fascista" un fondo positivo, que deriva de la debilidad interna de su misma posición. El recordado artículo de fondo de la *Gewerkschaftszeitung*, por ejemplo, compara la situación actual del movimiento sindical en Italia con las persecuciones de los sindicatos alemanes en la época de las leyes antisocialistas y reconoce expresamente como un progreso el hecho de que el poder estatal fascista no pueda ya ignorar a los sindicatos y sólo pueda reprimirlos creando organizaciones sindicales propias.

"Para esto se sirve, sin embargo, de los conceptos y de las instituciones nacidas de la concepción y de la acción práctica de los sindicatos, habla del reconocimiento de las asociaciones, de la celebración de contratos colectivos y de la representación en los consejos; aunque sólo para subvertir todos estos conceptos y vaciar a esas instituciones de su contenido positivo (*Gewerkschaftszeitung*, 1926, p. 443)."

De este reconocimiento "teórico" de que los sindicatos fascistas "subvierten [...] los conceptos y las instituciones surgidas de la concepción y de la acción práctica de los sindicatos" y los "vacían de su contenido positivo" y sin embargo en esa forma deformada y vaciada en cierto modo los realizan, nace necesariamente también aquella falsa conclusión práctica con que en el mismo año de la revista otro crítico de la organización fascista (Rolf Reventlow) en lugar de proponer como única salida real la lucha de clase revolucionaria del proletariado italiano e internacional, llevada hasta las últimas consecuencias, deposita sus esperanzas más bien en una especie de "destrucción", "conquista" o "revolucionarización desde dentro" de esas organizaciones fascistas. Hace referencia al singular compromiso de la nueva legislación mussoliniana que "no ha elegido la unívoca obligación legal de organización" sino "una forma que da a las corporaciones (sindicatos fascistas) el derecho exclusivo de representación frente al tribunal y a los dadores de trabajo, para crear con eso, y con el deber de un tributo de los no organizados, una especie de incentivo a la entrada 'voluntaria' a las asociaciones del partido dominante". A este respecto cita los temores ocultos del ex sindicalista Rossoni, claramente visibles bajo las frases retumbantes, según los cuales "a la larga nadie se conformará con pagar las contribuciones sin convertirse en miembro de las corporaciones. Las masas obreras

italianas abandonarán finalmente los restos de las Ligas rojas y blancas (católicas) para participar en la acción de las corporaciones. Previendo esto me he preocupado por perfeccionar el núcleo fascista de las corporaciones. Cualquier perspectiva de inversión es vana: las asociaciones fascistas conquistan, no se dejan conquistar."

Después de estas alusiones indirectas, nuestro "crítico" habla todavía al final explícitamente del "peligro" siempre presente en las corporaciones fascistas de "contagio". Esto quiere decir –si las palabras tienen un sentido– que este sindicalista sueña con absoluta seriedad con la posibilidad de que en un futuro estos llamados "sindicatos", que en su existencia real no son sino una simple parte constitutiva del aparato de estado antiproletario, fascista, puedan ser transformados en verdaderas representaciones del interés de los trabajadores a través de un lento "contagio" y "conquista" socialdemocrático-sindical.

¡Singular circulación de la utopía de la "conquista"! Los políticos comunistas sueñan desde hace años con la "conquista" de los sindicatos libres. Los sindicalistas socialdemócratas quieren ahora por su parte "conquistar" para sí a los antisindicatos fascistas. Y cuando hace algunos años el entonces más radical propugnador de la idea del contrato colectivo entre los reformadores burgueses –el profesor Lujo Brentano– hacía propaganda a la idea socialfascista de la sustitución del sistema del contrato libre por un sistema coercitivo de derecho público de cuerpos representativos de los dadores de trabajo y trabajadores de cada profesión o región, elegidos en elecciones públicas y fijadas estatalmente, entonces la objeción principal, planteada en forma oficial o semioficial, consistía en las "dificultades excepcionales" que se creyó que había que temer de parte de "minorías radicales" eventualmente elegidas en esos cuerpos representativos y hostiles a cualquier contrato de trabajo. Esto quería decir que entonces desde un punto de vista burgués, defensor de la paz económica y hostil a cualquier lucha de clase, se daba preferencia a los "sindicatos libres" como responsables del proceso contractual en lugar que a las representaciones coaccionadas fascistas de Brentano, porque se pensaba que en las manos experimentadas de los sindicatos estaría asegurada de la mejor manera la paz económica y la defensa contra todos los radicales "perturbadores de la paz" (véanse las observaciones, interesantes también por otras razones, de la "motivación", publicadas en 1921 en el oficial *Reichsarbeitsblatt* por parte del Comité de derecho del trabajo, formado por los

principales representantes de la política social burguesa y reformista, sobre el proyecto de ley sobre los contratos de trabajo de Sinzheimer de 1921).[1]

Sobre el derecho a la celebración del contrato de trabajo

En la práctica de los Tribunales de Trabajo se multiplican en los últimos tiempos casos en los que a los funcionarios de organizaciones obreras que no forman parte de las tres "viejas" direcciones sindicales (libres, cristianos e Hirsch-Duncker) se les prohíbe representar a sus organizaciones y a sus miembros con el pretexto de que la organización por ellos representada no "puede celebrar contratos" y por lo tanto no puede ser reconocida como "una asociación económica de trabajadores" en el sentido del § 11 de la ley del Tribunal de Trabajo. Tales decisiones han sido adoptadas recientemente tanto contra la sindicalista Freie Arbeiterunion Deutschlands como contra las diversas tendencias de las Uniones industriales que operan sobre una base marxista (Deutscher Industrie-Verband, Bund revolutionärer Industrie-Verbände).

Es evidente que si esta interpretación del § 11 de la ley del Tribunal de Trabajo permanece incuestionada, resultan extremadamente perjudicadas las organizaciones interesadas y sus miembros. Es muy cómodo negarle toda importancia con un gesto "revolucionario", pensando que con decisiones de ese tipo se ha destruido otra ilusión acerca de la posibilidad para los obreros de ser ayudados en su situación de opresión y explotación por instancias burguesas como los nuevos Tribunales de Trabajo, y que de ese modo los obreros son empujados a la "lucha de clase revolucionaria" como único medio para lograr su total liberación. Pero prescindiendo también del hecho de que no todos los obreros que en teoría pronuncian estas grandes palabras se comportan en la práctica de acuerdo con ese principio, cuando llega el momento oportuno esta presunta teoría "revolucionaria" no es en absoluto correcta desde el punto de vista del

[1] Los cinco artículos aquí reunidos fueron escritos entre marzo y mayo de 1928 por exigencias prácticas inmediatas del momento y fueron publicados en los núms. 11-19 del *Kampf-Front*, órgano del Deutscher Industrie Verband. Desde el momento que en su contenido han superado con mucho el marco señalado por la ocasión inmediata, son difundidos aquí en forma unitaria y coherente a un público obrero más vasto [Berlín, 20 de mayo de 1928].

socialismo o comunismo científico, es decir marxista. La lucha de la clase proletaria contra la burguesía que constituye el contenido de toda la época histórica actual es en su esencia, en su conjunto y en su resultado, una lucha revolucionaria sólo porque al mismo tiempo en sus expresiones externas está constituida por grandes batallas concretas de obreros y organizaciones obreras concretas contra cada manifestación particular del orden social, económico y estatal existente.

En perfecta correspondencia con esta relación marxista entre reforma y revolución, entre objetivo inmediato y meta final, se indica por ejemplo en el § 2 del Estatuto del Deutscher Industrie-Verband como "meta final" el pasaje de la sociedad capitalista a la comunista, pero al mismo tiempo se afirma como objetivo inmediato para toda la actividad actual de la organización el de "elevar la situación social y económica de sus miembros". Y entre los medios concretos con que debe alcanzarse ese objetivo se menciona expresamente (§ 3, n. 4) la "defensa jurídica en todos los conflictos derivados de las relaciones de trabajo". La primera consecuencia inmediata de la nueva interpretación del § 11 de la ley del Tribunal de Trabajo, antes mencionada, consiste pues en impedir a las organizaciones económicas empeñadas en la lucha de clase, así proscritas, el cumplimiento de esa tarea que les asigna el programa marxista y está expresada en su estatuto. Con eso se hace sumamente difícil y en numerosísimos casos se impide efectivamente el ejercicio de sus derechos legales. Por este motivo es deber evidente de todos los revolucionarios hacer frente con firmeza a estas medidas de la justicia de clase burguesa que intenta suprimir derechos legítimos.

Aún más graves que este efecto inmediato de las decisiones recordadas hasta aquí son las consecuencias surgidas de la "motivación" adjunta. La exclusión de los funcionarios de las organizaciones en cuestión de la representación en las acciones procesales se fundamenta con el hecho de que tales organizaciones no están "en condiciones de celebrar contratos" y por lo tanto no son "asociaciones económicas de trabajadores" en el sentido de la ley del Tribunal de Trabajo y de las demás prescripciones que regulan el moderno derecho laboral. Con esta interpretación extremadamente artificiosa y prevaricadora de los dos conceptos de "capacidad contractual" y "asociación económica de trabajadores" –acoplados aquí, como en otros casos, en cierta medida arbitrariamente– estas nuevas tendencias se suman a una serie de veredictos judiciales, medidas administrativas y actos estatales que

persiguen un único e idéntico objeto. Desde el famoso "pacto de paz social" de 1914, la ley sobre el "servicio auxiliar" de 1916 y el acuerdo de la "comunidad de trabajo" de 1918, por toda la década siguiente, no obstante ocasionales estancamientos y retrocesos, en los sindicatos libres como en los demás grupos sociales vinculados a la "comunidad de trabajo" y entre sus "*partners* sociales" (los grupos de dadores de trabajo que participan en la "comunidad de trabajo" de 1918) y el estrato influyente de la burocracia estatal, se ha hecho cada vez más clara la tendencia a ampliar y transformar la libertad de asociación (art. 159 de la Constitución) y el reconocimiento del derecho de asociación (art. 165, I) –obtenidos en el período bélico y posbélico con la lucha económica y política de toda la clase obrera– en una posición especial de derecho público de un determinado círculo restringido de organizaciones sindicales, en un formal monopolio de coalición y por lo tanto en una obligación indirecta de coalición en provecho de esas organizaciones privilegiadas. Esta tendencia, constante pese al cambio de los tiempos y la mudanza de las relaciones de fuerza sociales, halló expresión durante la guerra en aquellas disposiciones del famosísimo servicio auxiliar, hasta hoy alabadas por el archirreformista Flatow, que "atribuían a las tres grandes direcciones sindicales el derecho exclusivo de representación para los comités paritarios a constituir y las hacía participar en forma sustancial también en la ejecución de las leyes" (cf. Flatow en *Grundfragen des Arbeitsrechts*, 1927, editado por la ADGB, p. 12). Esa tendencia halló en el período posbélico inmediato su primera realización en el reconocimiento exclusivo que se garantizaron recíprocamente las asociaciones de los dadores de trabajo y de los trabajadores participantes en la "comunidad de trabajo" mediante el acuerdo de noviembre y que en ese período fue aplicada en grandísima medida también por la legislación, la administración y la jurisprudencia, y prosigue hoy en el creciente número de sentencias con las cuales los tribunales, que presumen de "independientes" de cualquier influencia o tendencia política, y otros órganos estatales reconocen el carácter de "asociación económica con derecho de contrato colectivo", y todas las facultades y atribuciones consiguientes, exclusivamente a ese círculo privilegiado de organizaciones sindicales.

Detrás de este problema de la determinación conceptual de "asociación económica con derecho de contrato", aparentemente muy "específica" y en alto grado "teórica" y "jurídica", se esconde en realidad un problema práctico de una importancia política ge-

neral sumamente amplia. El reconocimiento exclusivo de los únicos tres sindicatos miembros entonces de la "comunidad central de trabajo" (sindicatos libres, cristianos e Hirsch-Duncker) como "organizaciones económicas con derecho de contrato", o bien el reconocimiento de un derecho monopólico de estas determinadas organizaciones a la celebración de contratos plenamente efectivos, insustituibles, no sería solamente un monopolio para la participación en todas las tratativas de arbitraje y, además de eso, también un monopolio de la participación en los relativos procedimientos para la declaración de obligatoriedad de una sentencia arbitral y sobre la "declaración de obligatoriedad general" de un contrato celebrado o de un arbitraje declarado obligatorio. De la "capacidad de contrato" depende, sobre la base del proceso histórico y de las condiciones existentes, también la plena utilización de las posibilidades que estas leyes ofrecen para la reglamentación de los salarios y de las condiciones de trabajo. En un gran número de esas leyes, por ejemplo en la ordenanza sobre el tiempo de trabajo y también en las leyes sobre los consejos de empresa, está prevista expresamente una concreción y ampliación de las prescripciones de esas leyes por medio de "reglamentaciones contractuales" agregadas. Se hace pues imposible la explotación óptima de esas posibilidades legales para las condiciones salariales y de trabajo sin la participación en las tratativas y la estipulación de tales acuerdos contractuales.

De importancia aún mayor es el monopolio detentado por los jueces sobre sindicatos libres (y sobre sus más próximos aliados de la ex "comunidad de trabajo"). En la legislación, en la práctica administrativa y en la jurisprudencia de los últimos diez años hay centenares y centenares de casos en los cuales a las "asociaciones económicas de los trabajadores" se les asigna gran número de facultades ulteriores, atribuciones y derechos de codeterminación efectiva en la estipulación de contratos y en los arbitrajes, en las reglamentaciones contractuales del tiempo de trabajo y en el ejercicio de derechos sindicales en base a la ley de los consejos de empresa (por ejemplo el acceso a las sesiones de las diversas representaciones de empresa y de la asamblea de empresa conforme a los §§ 31, 38, 47). Deben ser mencionadas aquí la "codeterminación" en la constitución del Consejo Nacional de la Economía y de los órganos de la Oficina Internacional del Trabajo, de la Oficina de Colocación, de los Comités de Arbitraje y de los Tribunales de Trabajo de los tres niveles, y otras cosas más. Podemos, o más bien debemos, desde el punto de vista de la

lucha de clase proletaria, mostrarnos críticos sobre todo hacia estos últimos derechos de "codeterminación" en la institución y estructura de organismos de poder estatales nacionales e internacionales. Pero una vez más en este caso –prescindiendo del hecho de que nosotros conocemos por lo menos a un dirigente de uniones industriales, particularmente "revolucionario", que todavía hace menos de un año hablaba radiante de orgullo ante la asamblea de la gran importancia de su nominación como miembro de una Cámara del Tribunal de Trabajo de Berlín– se debe reflexionar que en principio el rechazo radical de cualquier ilusión sobre la utilidad real de todos los "derechos legales de codeterminación" no significa para un revolucionario dejar pasar sin resistencia y sin lucha el reconocimiento arbitrario de esos derechos por parte de la administración estatal y de la justicia, y por lo tanto la creación de un monopolio de los llamados "sindicatos libres" aliados con la patronal y su estado hoy como ayer en una invisible "comunidad de trabajo".

Lo primero que se debe hacer, desde el punto de vista de la lucha de clase marxista, ante este nuevo curso de la "comunidad de trabajo" es el desenmascaramiento despiadado de la tendencia política que tan claramente aparece en todas las manifestaciones de la justicia burguesa en el plano del llamado derecho del trabajo, en particular en las ya recordadas sentencias de sus tribunales. En contra del buen principio del derecho democrático y burgués del período revolucionario y en la fase de ascenso del desarrollo burgués, que declara "indebidos" los "privilegios", en las decisiones adoptadas hoy por una parte determinada y bastante influyente de la justicia burguesa se favorecen las tendencias monopolistas de la burocracia de los sindicatos libres y otros vinculados a la "comunidad del trabajo". En realidad, según la actual legislación alemana, está fuera de toda duda la falta de fundamento de semejante pretensión monopolista de las organizaciones sindicales en cuestión. No obstante los numeros casos particulares en los cuales en estos últimos diez, doce, catorce años el ejercicio de los derechos sindicales directos e indirectos ha sido limitado de hecho, con disposiciones legales explícitas, a este restringido círculo de organizaciones sindicales y no obstante la tendencia ya fuerte en los ambientes de los sindicatos libres a transformar esas disposiciones particulares en un principio general, no está escrito en la Constitución ni en ninguna ley vigente, ni se puede deducir del nexo interno de estas normas de ley que estas tres organizaciones sindicales (políticamente vinculadas a los tres

partidos de la coalición de Weimar) deban disfrutar del privilegio legal de ser las únicas "asociaciones económicas de los trabajadores" en el sentido de la ley y por lo tanto de ejercer todos los derechos y las atribuciones consiguientes con efecto sobre sus miembros y en algún caso incluso más allá del círculo de sus miembros, como monopolio único. Y donde la justicia burguesa sin prevención en favor de las pretensiones reformistas procede a la determinación conceptual de la "asociación económica capaz de estipular contratos", por ejemplo en las muchas sentencias de las diversas instancias de los Tribunales de Trabajo, incluido el Tribunal Nacional, sobre la capacidad de estipular contratos de las asociaciones de los dadores de trabajo, también estos tribunales burgueses y en particular el Tercer Senado Civil del Tribunal Nacional han expresado con toda claridad que para los fines de la existencia o no de una asociación económica capaz de celebrar contratos por la parte patronal (y por lo tanto también por la parte obrera) "no interesa otra cosa" sino que "del carácter y de la naturaleza de la asociación, sola o vinculada al contenido global de su estatuto, se desprenda claramente y sin posibilidad de duda que la característica de los miembros como dadores de trabajo (o trabajadores) es por lo menos uno de los vínculos que los mantiene unidos y que la asociación actúa en el sector de las condiciones del trabajo y del salario y activamente quiere y debe actuar en él" (sentencia del Tribunal Nacional).

Finalmente, también en la ciencia del derecho del trabajo hay un solo grupo determinado, próximo a los sindicatos libres, que en los últimos tiempos ha apoyado científicamente la arbitraria, artificiosa y prevaricadora limitación del concepto de "asociación económica de los trabajadores". Y en ese restringido círculo de juristas sindicales del trabajo se ha notado ya cierta contradicción (véase el artículo de Nörpel en *Die Arbeit,* 1927, pp. 609 y ss., en particular p. 612). Así quizás se justifica la esperanza de que con un esclarecimiento verdaderamente profundo y exhaustivo de todo el alcance jurídico y político de estos problemas, hoy todavía poco aclarados en teoría y poco experimentados en la práctica, también una parte de los juristas sindicales del trabajo que hoy todavía enfrentan en forma más o menos acrítica el proceso en dirección a un monopolio sindical y por lo tanto de una obligación de sindicalización (por lo tanto una especie de "dictadura sindical sobre el proletariado", absolutamente comparable a la dictadura de partido bolchevique en la Rusia de hoy y en un desarrollo ulterior hasta el recientísimo "estado sindical" de Mus-

solini) se alinee críticamente contra esta tendencia perjudicial para los propios sindicatos libres. Ya hoy un espectador desprevenido comprueba que sin una revisión de ese tipo de todos los esfuerzos actuales de los sindicatos socialdemocráticos y de sus aliados del centro y democráticos, que hoy han obtenido por medio de una interpretación estrecha del concepto de "asociación económica" tal monopolio legal para sí –con la simultánea expulsión de las asociaciones abiertamente favorables a la paz económica (sindicatos amarillos) a la derecha y de las asociaciones económicas contrarias a la "comunidad del trabajo" a la izquierda– en la realidad del estado capitalista actual llevarán por fin inevitablemente al resultado de que la justicia burguesa dominante excluirá a las asociaciones económicas revolucionarias marxistas, pero en compensación reconocerá y considerará legítima con redoblado amor y "justicia" la peste amarilla de las asociaciones "por la paz económica".

Argumentos contra el derecho a la contratación de los sindicatos revolucionarios

[...] Naturalmente en este cruel mundo capitalista nada sucede porque sí. Una reseña crítica más precisa de los diversos argumentos jurídicos con que se sostiene la "interpretación limitante" recordada más arriba, lleva al resultado de que –después de la poda de todos los accesorios secundarios, la puesta en evidencia de todas las contradicciones internas y la refutación objetiva de todas las suposiciones demostrables como falsas– queda como único núcleo real de todas estas argumentaciones jurídicas un "asunto" bien determinado basado en la cuestión de prestación y contraprestación. Asunto que hoy los sindicatos libres proponen a la clase burguesa y a su estado burgués y que está dispuesto a aprobar un sector determinado de la clase burguesa dominante y sus representantes en la administración del trabajo, en la justicia y en la ciencia. El de los sindicatos oficiales representa un "favor legal" al cual "tienen derecho –como expresó con particular sinceridad y claridad un jurista burgués en un reciente libro sobre el tema– solamente las asociaciones que promueven el bien común con una prestación positiva, es decir una prestación que por su naturaleza nunca podría ser hecha directamente por las autoridades públicas" (Haussleiter, *La forma del derecho de los sindicatos obreros como problema legislativo,* 1927, p. 50). Y en forma casi

análoga se expresó el famoso jurista del trabajo Sinzheimer frente a sus colegas, reunidos en el último congreso de los juristas alemanes en Colonia, más o menos reaccionarios pero en definitiva todos burgueses: "Lo repito una vez más: las sociedades profesionales, especialmente los sindicatos, ejercen funciones socialmente necesarias. Si es así, nosotros (!) no podemos nunca poner en peligro a quienes tienen esas funciones. De otra manera nosotros (!) pondríamos en peligro a la sociedad en general." (Informe taquigráfico de las *Actas del 34º congreso de los juristas,* vol. II, p. 812.) Y si tampoco el orador socialdemocrático en el Congreso de Colonia expresó con mayor precisión en qué consiste esa "función socialmente necesaria" de los sindicatos que "nosotros" no podemos poner en peligro, su colega Haussleiter se expresó más claramente en el libro citado: "Esa prestación consiste en la disposición de las asociaciones a atenuar (!) la dureza de los conflictos de trabajo con acuerdos contractuales y en la autoridad de los dirigentes (!) de las asociaciones, basada en la confianza de la clase obrera, también para garantizar la observación de los contratos."

Si reagrupamos los argumentos más importantes con los cuales se intenta fundamentar la exclusión de los sindicatos revolucionarios del concepto de "asociación económica" en la jurisprudencia, en la praxis administrativa y en la literatura del derecho del trabajo, tenemos un reagrupamiento según tres puntos de vista. El desconocimiento de los derechos sindicales de las organizaciones en cuestión se fundamenta en su presunta no garantizada independencia del dador de trabajo, en su incapacidad de hecho de mantener los compromisos inherentes a una asociación económica, y por último en su carácter de organizaciones de lucha principalmente políticas (por lo tanto no económicas). Prescindamos provisoriamente del hecho de que entre estos diversos argumentos (entre el primero y el segundo, por ejemplo) parece haber una fuerte contradicción interna, y limitémonos a discutir y criticar cada grupo de argumentos.

Independencia. La primera afirmación presentada como argumento contra el derecho al contrato de las asociaciones revolucionarias es que en tales asociaciones no estaría suficientemente garantizada la independencia del dador de trabajo, necesaria para el concepto de sindicato auténtico. Esta afirmación tiene particular interés porque en ella sale claramente a la luz un discurso más general, que es importante y destacado aun prescin-

diendo de las cuestiones específicas tratadas aquí. La misma brutal violencia no hacia el enemigo de clase capitalista sino contra los que pertenecen a la propia clase, que en los aspectos más bajos de la constitución del trabajo, en su forma más primitiva, se expresa en los conocidos métodos con los cuales en las empresas los representantes de las organizaciones sindicales libres defienden para sí y para sus aliados próximos (cristianos y demócratas) el usurpado monopolio de la representación de los intereses obreros no sólo contra los no organizados, sino también y sobre todo, con perverso endurecimiento, contra los miembros de organizaciones diversas, la misma violencia se expresa en las formas "refinadas" con que al mismo tiempo en las altas esferas se conduce la llamada lucha "espiritual" por la interpretación jurídica de las disposiciones legales. Precisamente como en la empresa la mayoría sindical con todos los medios de la presión material y moral intenta instaurar su "dictadura sobre el proletariado", aun fuera del período de las luchas agudas (cuando frente a los verdaderos esquiroles está evidentemente justificada cualquier constricción desde el punto de vista de la lucha de clase proletaria) en forma de una obligación formal de organización, con la misma parcialidad o interés de grupo los teóricos y los prácticos pertenecientes o influidos por este grupo en la interpretación y aplicación de las disposiciones legales toman los intereses de su propia organización por los intereses generales de la clase obrera. Llegan así a la conclusión absolutamente ilógica y prevaricadora desde cualquier punto de vista siquiera medianamente imparcial, de que la independencia del dador de trabajo, que evidentemente se debe requerir a cualquier representación de trabajadores, se identifica simplemente con la pertenencia a su organización particular. Surge en esta forma la singular paradoja de que precisamente las organizaciones que por sus vínculos con los empresarios y su estado –vínculo de la "comunidad de trabajo" que pese al repudio formal se mantiene de hecho en otra forma– en la cruel realidad de su praxis sólo tienen una "independencia" muy dudosa con respecto al interés empresarial, son las que se asignan dogmáticamente a priori en el etéreo reino de las ideas jurídicas esa "independencia", casi como "indeleble cualidad" teológica, como carácter necesario de su organización, y en forma igualmente dogmática la niegan a todas las demás organizaciones de la lucha de clase obrera.

Para mostrar la clara arbitrariedad y prevaricación de esta argumentación, su parcialidad de grupo e interés de organización

(en lugar de conciencia de clase) y el inevitable ofuscamiento de la coherencia lógica en el modo de pensar, citaremos del conjunto de la literatura sindical al respecto un solo ejemplo particularmente significativo. Es el trozo del comentario de Flatow-Joachim sobre la sentencia de arbitraje de 1923, en que los autores, como necesaria connotación conceptual para una verdadera "asociación de trabajadores" con pleno derecho y de acuerdo con los principios siempre repetidos y confirmados en la fundamentación de las varias leyes relativas, declaran que "en todos los aspectos –material e idealmente– la asociación de trabajadores debe ser completamente independiente de los dadores de trabajo". En la afirmación inmediatamente siguiente, con un notable acto de prestidigitación absolutamente transparente, en lugar de esa exigida "independencia del dador de trabajo" adelantan la exigencia completamente distinta de un monopolio absoluto para un determinado número de asociaciones sindicales, indicadas por su nombre. Escriben textualmente los autores: "se reconocen recíprocamente esa independencia, sobre la base de una colaboración que tiene ya diez años, en particular a partir de la ley sobre el 'servicio auxiliar' de 1916, sólo [!] las siguientes cuatro organizaciones de vértice: Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund, Allgemeiner Freier Angestelltenbund, Deutscher Gewerkschafstbund y Deutscher Gewerkschaftsring".

¡Sí, así es! Se "reconocen recíprocamente" ese monopolio en base a su comprobada colaboración con los empresarios capitalistas y su estado, en el espíritu de la paz social y de la comunidad del trabajo desde hace ya casi 14 años "sólo" estas cuatro organizaciones de vértice. Pero ese monopolio no es idéntico a la independencia real de las organizaciones de los trabajadores de toda influencia material e ideal de los dadores de trabajo, tal como la exigen en primer término por motivos científicos los teóricos Flatow y Joachim para el cumplimiento del concepto de "asociación de trabajadores". Y para responder al interrogante de si existe o no esa independencia real en las diversas organizaciones económicas en cuestión, no interesa qué carácter algunas de las organizaciones sindicales existentes "se reconocen recíprocamente" en forma exclusiva, sino que interesa qué carácter poseen en la realidad material y práctica ésas y todas las demás organizaciones que toman parte en la lucha económica de la clase obrera. Esa realidad de hecho no podría cambiar en nada aun cuando en un futuro, bajo la creciente presión de esas potentes organizaciones sindicales que pretenden la posesión exclusiva de

tal "independencia", los tribunales y demás organismos de poder del estado burgués por último aceptaran real y definitivamente esas pretensiones monopolistas. En este caso, la interpretación y la aplicación de las leyes que –como sedimentación de relaciones de fuerza sociales formadas en la última fase de la lucha histórica entre capital y trabajo– tienen valor hoy en Alemania, recibirían un criterio interpretativo obligatorio para el juez estatal de clase. Pero desde el punto de vista de la lucha de clase (único punto de vista científico idóneo para la plena comprensión de esos nexos reales) es bastante fácil ver que precisamente en el momento en que las organizaciones sindicales, que todavía hoy se presentan como "libres", alcanzaran plenamente el reconocimiento estatal –por ellas deseado y en parte ya obtenido– como única organización económica "independiente", ya habrían dejado de tener en realidad esa independencia. Precisamente con la realización plena y definitiva de su objetivo de continuarse como única "organización de los trabajadores" reconocida estatalmente se convertirían, en realidad, de organizaciones de la clase de los trabajadores en un simple elemento constitutivo de la organización coercitiva existente en el estado burgués. Una organización, pues, que –por "positiva" que pueda ser la actitud hacia ella de los dirigentes sindicales reformistas del tipo de Leipart– no puede tener el único objetivo de ser considerada una "asociación económica de trabajadores" independiente de toda influencia patronal, al servicio solamente de los intereses de la clase de los trabajadores.

[...] En forma completamente análoga al primero, también el segundo argumento planteado contra el derecho de las asociaciones revolucionarias a estipular contratos, argumento que cuestiona a esas organizaciones la capacidad de hecho de cumplir realmente con los deberes de una asociación económica, se basa en la falsa aplicación de un principio, en sí justo, a un caso al que en realidad no se adapta ni puede adaptarse. Todo trabajador revolucionario aprobará el principio afirmado en la comunicación del Ministerio de Trabajo del 6 de marzo de 1925 que exige de una asociación que quiera presentarse como "asociación económica de los trabajadores" con plenos derechos y que incluye, por lo tanto, también el de celebrar contratos, no sólo una declaración programática formal sobre la representación de los intereses económicos perseguida por ella, sino también una demostración de que tal asociación "está efectivamente en condiciones de cumplir las tareas requeridas y de cuidar los derechos propios

y los de sus miembros". El ministerio señalaba el caso de una presunta "asociación" de trabajadores de un molino que, después de la decisión del comité de arbitraje, había sido "fundada" por iniciativa del dador de trabajo con el único objeto de celebrar con dicho dador de trabajo un contrato tendiente a ampliar el horario de trabajo. Totalmente análogo es el caso que estaba en la base del primer informe redactado en el mismo período por el célebre jurista berlinés Kaskel sobre este problema, por encargo de la asociación de encuadernadores y trabajadores del papel (registrado en el *Gewerkschaftszeitung*, 1926, núm. 16, pp. 229-231). Según lo referido por el periódico sindical de los encuadernadores del 21 de febrero de 1926, luego del despido de los 5/6 de la maestranza, el resto de los trabajadores había "fundado" una "asociación" que incluía a todos los obreros organizados, a iniciativa de la dirección de la empresa, con la finalidad de evitar, por medio de un contrato especial que se haría con el patrón, la aplicación de un contrato nacional declarado obligatorio, de conformidad con una disposición que preveía expresamente esa posibilidad. Análogamente, la posibilidad de un aumento contractual del tiempo de trabajo prevista en el § 5 de la ordenanza sobre el horario de trabajo ha conducido y sigue conduciendo en gran número de otros casos a la creación de autodenominadas "asociaciones de trabajadores" a las que les falta no sólo el requisito ya recordado de la "independencia con respecto al dador de trabajo", sino que además se presentan como pseudo-organizaciones sin ninguna fuerza ni voluntad de lucha. Se admitirá, ciertamente, que las asociaciones dudosas surgidas para tales fines y en tales formas no pueden pretender el nombre y los derechos de una asociación de trabajadores aun en los casos en que por excepción no hubieran surgido en forma demostrable por iniciativa del dador de trabajo (quien esto escribe conoce un caso en que la maestranza de una empresa apremió tanto por la prolongación del horario de trabajo que obligó a dimitir al consejo de empresa revolucionario, contrario a esa tendencia).

Pero apenas dejamos este limitado grupo de casos, donde en realidad habitualmente falta no sólo la capacidad efectiva de defender los intereses de los trabajadores sino también la voluntad autónoma e independiente de toda influencia patronal, no hay un solo motivo válido, según la ley vigente, para negar ese nombre y carácter a una asociación que se presenta como asociación económica de trabajadores, haciendo referencia a alguna otra carencia de hecho. Como la ley vigente reconoce, sin limitación

alguna, el derecho a celebrar contratos a cada particular dador de trabajo, aun cuando no estuviera en condiciones de cumplir los compromisos contraídos con sus trabajadores como consecuencia de contratos individuales o colectivos, así el carácter de asociación económica con derecho de contrato no está vinculado por el lado de los trabajadores a ningún requisito particular (dimensión *mínima*, duración, etc.). La admisión al derecho contractual no puede depender tampoco –como se intentó hacer en alguna parte– del hecho de que la asociación en cuestión ya haya celebrado realmente un contrato. En efecto, en primer término el derecho al contrato es premisa, no consecuencia, de la conclusión de un contrato válido; en segundo lugar con una decisión en sentido contrario sobre esta cuestión la parte patronal ejercería una influencia sobre la posibilidad e imposibilidad del nacimiento de una organización de los trabajadores, influencia que de derecho no puede ser admitida según la "paritariedad" establecida en la actual Constitución burguesa entre dadores de trabajo y trabajadores en la reglamentación de las cuestiones de salario y condiciones de trabajo (art. 165 de la Constitución).

En última instancia también en esta cuestión, como ya en la de la "independencia", detrás de los argumentos en apariencia teóricos y jurídicos con los cuales los sindicatos "libres", junto con sus aliados de la "comunidad de trabajo", quieren hacer depender el derecho al contrato de una asociación del cumplimiento de algún otro requisito práctico, en realidad se encuentra únicamente la tendencia monopolista, ya conocida por nosotros, que quisiera hacer uso de los derechos sociales preferentemente en favor de una sola dirección sindical, la libre, cristiana e Hirsch-Duncker y de los fines y métodos particulares de la representación económica por ella encarnada, reformista-burguesa, para la paz social y la comunidad de trabajo. El engaño monopolista sale a luz inmediatamente si se reflexiona sobre el variadísimo significado que puede atribuirse a la frase sobre la necesaria "capacidad de cumplir las tareas sindicales" de las distintas direcciones. La única cuestión que realmente interesa, la de si la asociación tiene un grado suficiente de capacidad de lucha para la defensa de los intereses económicos de los trabajadores, es dejada de lado en favor de otra cuestión completamente distinta, la de si la asociación interesada posee en medida suficiente la capacidad y la voluntad de celebrar y mantener contratos, de participar en el sistema de arbitraje voluntario y constructivo, de observar las sentencias arbitrales emitidas en los procesos de arbitraje, aceptadas

por las partes o declaradas obligatorias. En el desarrollo de nuestra investigación volveremos más de cerca sobre el relajamiento que se ha creado recientemente en medida bastante elevada bajo la influencia reformista. Por ahora concluyamos nuestras reflexiones señalando el hecho de que también en este caso el problema planteado por los sindicatos libres en forma oblicua, es decir desde el punto de vista de la "comunidad de trabajo" en lugar de hacerlo desde el punto de vista de la lucha de clases a propósito de la capacidad efectiva de las distintas organizaciones hoy existentes para cumplir con las tareas propias de una asociación económica de trabajadores, llevará por fin inevitablemente al reconocimiento del nombre y de los derechos de "asociación económica de trabajadores" a los sindicatos claramente favorables a la paz económica, o sea a los sindicatos amarillos, contrarrevolucionarios, mientras que será negado a los sindicatos revolucionarios de clase por su presunta incapacidad y falta de voluntad en mantener el "deber de paz" contractual. Así también aquí la lucha competitiva de las organizaciones conducida por los sindicatos libres en forma supuestamente "neutral" hacia las dos partes, en lugar de la real lucha de clase proletaria, se traduce en su práctica concreta en la inserción de esos mismos sindicatos libres en el frente común de los dadores de trabajo, de sus tropas "amarillas" –reconocidas finalmente por la justicia de clase burguesa y por la administración como poseedoras del derecho al contrato a pesar de las protestas formales de la burocracia sindical– y de todo el estado burgués, en oposición al sector del proletariado consciente que ya hoy reconoce y se comporta según la convicción de que los intereses económicos reales del proletariado no pueden ser defendidos en ningún caso por los medios explícitos u ocultos de la "paz económica" de una autodefinida "comunidad del trabajo", sino únicamente con la real lucha de clase proletaria.

Politicismo de las organizaciones

Si bien los argumentos de los teóricos y de los prácticos del derecho del trabajo de los sindicatos libres, además de los de los círculos de la administración y de la justicia en general bajo la influencia de los primeros, parecen más bien pretextos, en cierta medida la tercera y última argumentación es distinta. El desconocimiento de los derechos de los sindicatos revolucionarios fun-

damentado en el hecho de que serían organizaciones de lucha principalmente política, es decir no económica, deja entrever –aunque sea de manera deformada– algo más de los motivos reales por los cuales efectivamente es sostenida con tanto encarnizamiento la lucha contra los sindicatos de clase.

Como ya hemos visto muchas veces, esta lucha por el derecho a la celebración de contratos es, en su fundamento real, una lucha política. Su objetivo consiste en limitar el reconocimiento de los derechos de las organizaciones económicas, previstos en la nueva constitución, a aquellas organizaciones que se coloquen en el terreno de una concepción bien determinada de la relación entre dadores de trabajo y trabajadores, de la naturaleza y de las posibilidades de desarrollo del estado burgués de hoy, es decir en el terreno de una orientación política bien determinada. Como sin embargo ese objetivo no puede ser alcanzado por el estado democrático moderno por el camino simple, brutal y directo de Mussolini, prohibiendo y disolviendo sin más todas las organizaciones que se desvían de la orientación política deseada; como en cambio según las leyes de la república democrática los derechos sindicales deben ser reconocidos a todas las "asociaciones económicas de trabajadores" sin limitaciones y por lo tanto toda la ciencia y la administración del derecho del trabajo declara unánimemente que "para el carácter de asociación económica la opinión pública no tiene ninguna importancia" (Kaskel), entonces se alcanza la misma meta con una maniobra muy característica de la naturaleza de la democracia burguesa actual, de su derecho y de su ciencia. Se falsea la afirmación profunda y verdadera de Marx –presente en el programa de los sindicatos revolucionarios– de que toda lucha de clase, y por lo tanto también la lucha por los intereses económicos inmediatos de la clase obrera, es en su pleno desarrollo y en última instancia una lucha política revolucionaria, se la falsea en la banal y errada afirmación de que los sindicatos revolucionarios, que se mueven en el terreno marxista de la lucha de clases (y no en el terreno de la degeneración reformista de la "paz social" y de la "comunidad de trabajo") no quieren en general librar luchas económicas sino sólo "políticas", y por lo tanto no son asociaciones "económicas" sino simplemente "políticas", que en consecuencia no pueden pretender el nombre y los derechos de un sindicato.

En forma particularmente grosera aparece esta tendencia política de la justicia de clase republicana en un reciente veredicto de la 27ª sesión del Tribunal de Trabajo de Berlín, cuya funda-

mentación fue publicada por la sección berlinesa del sindicato de metalmecánicos (DMV) en la nueva revista jurídica de la AGDB (*Arbeitsrechtspraxis*, núm. 1, pp. 11-12). Si bien este juicio no se dirige en su parte principal contra todas las asociaciones económicas que están en el terreno de la lucha de clase revolucionaria, sino sólo contra la "Freie Arbeiter-Union" sindicalista que por su programa y su tipo de organización es la más alejada del viejo sindicato socialdemocrático, todavía es fácil ver que los motivos que se hicieron valer en este juicio contra los derechos de la unión sindicalista están determinados en función de una aplicación muchísimo más amplia de este caso particular. Según informaciones verbales a nuestra disposición, motivos idénticos o muy similares han sido enunciados ya, en efecto, en muchas decisiones judiciales (no publicadas) de diversas secciones del Tribunal de Berlín y de otros Tribunales de Trabajo contra los representantes del Deutscher Industrie-Verband y otras asociaciones industriales revolucionarias. Una refutación crítica de las evidentes contradicciones y falsedades de este juicio parece, pues, necesaria desde el momento que todavía no se ha emitido una nueva decisión de grado más elevado sobre este punto.

La sección que formuló su juicio contra la Unión sindicalista lo basó en la convicción, formada en base a la lectura de "todo el contenido del material impreso sometido a ella" (se trata de los *Principios programáticos* y del *Estatuto organizativo* de la FAU) de que "el objetivo principal de la asociación es político –y en segunda instancia económico– y por lo tanto no puede ser considerada como una asociación económica en condiciones de celebrar contratos." El tribunal llegó a esta convicción aun cuando –como él mismo lo declara– encontró en el programa de la Unión la afirmación de que ésta "representa y promueve los intereses económicos y políticos cotidianos de sus miembros" y que "su fin más inmediato es la elevación del estado económico, social y cultural de la clase obrera".

Pese a esta comprobación explícita, programática, del objetivo de la representación de los intereses económicos, según el criterio del tribunal el "objetivo principal" de la asociación debe ser "político", porque, según se desprende del programa, en la persecución de sus finalidades inmediatas la Unión "no perderá de vista su meta final" y declara "literalmente" que "rechaza toda participación en instituciones estatales y legales". En opinión del

tribunal, de ahí se deduce que la asociación "es hostil también al arbitraje y a la celebración de contratos de trabajo". Esto se desprendería también del "estatuto organizativo" en el cual "se habla ciertamente de huelga, pero no se habla de contratos".

Con esta demostración, el tribunal actuante, movido por su celo político, logró exitosamente subvertir todo lo que parecía subsistir como una base incuestionable en la literatura y en la praxis del derecho del trabajo. Hagamos abstracción del hecho de que según la doctrina y la praxis reconocida en la decisión de todas estas cuestiones interesa mucho menos lo que está escrito en los programas de una asociación que lo que ésta efectivamente hace o no hace en la práctica y de que, además de eso, no importa la "meta última" perseguida por una asociación (de otro modo los sindicatos cristianos no serían asociaciones económicas terrenales, sino religiosas celestiales); de que por último ni siquiera del rechazo en principio "de la participación en instituciones estatales y legales" deriva necesariamente la práctica de dejar de lado tales realidades de hecho; prescindamos de estos y otros puntos y limitémonos simplemente a afirmar que aquí un tribunal "apolítico", sin contradicciones, antes con el apoyo formal del órgano jurídico de los sindicatos libres, sostiene la impresionante tesis de que una asociación de trabajadores pierde el carácter de asociación económica (de sindicato) y se transforma en una asociación política, si hay algo en sus principios o (como podemos agregar) en su praxis que justifique la presunción de que "es hostil al arbitraje y a la celebración de contratos de trabajo" y sobre todo si en su estatuto "se habla ciertamente de huelgas, pero no se dice una palabra sobre contratos".

Esta argumentación del Tribunal de Trabajo burgués, apoyada expresamente por la ciencia jurídica sindical, revela toda la enorme contradicción que existe hoy en el derecho del trabajo entre la teoría y la praxis en la determinación conceptual de lo que es una "asociación económica". En la teoría, especialmente en los dos grandes debates conducidos recientemente por un lado sobre el reconocimiento del derecho a celebrar contratos a los sindicatos amarillos y otras "ligas de trabajadores", por el otro sobre la llamada "voluntad de contrato" de las asociaciones de dadores de trabajo, la decisión sobre la presencia o no de una asociación económica en condiciones de celebrar contratos se basó totalmente en la cuestión de si esa asociación conduce luchas reales de trabajo por el salario, el horario de trabajo y las demás condiciones de trabajo (ya sea que lo haga por estatuto y en la

práctica o bien eventualmente contra sus propios principios y sólo en la práctica) o bien existe en ella por lo menos una posibilidad objetiva de conducir tales luchas. En este caso se proclama la existencia de una asociación económica capaz de celebrar contratos aun cuando ella, como puede ocurrir por ejemplo en el caso de una asociación patronal que se atiene al principio del "amo en casa propia", haya declarado explícitamente que en ningún caso quiere celebrar contratos y no quiere participar en absoluto en un arbitraje ni por lo tanto reconocer la sentencia por él emitida. En caso contrario, si la asociación en cuestión carece en forma evidente (por ejemplo es demostrable su dependencia) de la capacidad objetiva de conducir una batalla laboral, se le niega la calidad de "asociación económica con derecho a celebrar contratos", aun cuando quiera celebrar contratos y esté dispuesta a aceptar arbitrajes. De la masa de declaraciones disponible, citemos como único ejemplo la formulación de la famosa relación (que volveremos a examinar más adelante por otros motivos) del conocido jurista berlinés Kaskel, altamente considerado incluso en el ámbito de los sindicatos libres.

"Un contrato de trabajo es un acto de paz en el campo de la relación de trabajo. Si el concepto de contrato está por lo tanto necesariamente ligado a la función de pacto de paz, es un supuesto previo a su celebración el de que cada una de las partes tenga al menos la posibilidad de emprender luchas de trabajo o bien iniciativas particulares de lucha en el marco de la relación de trabajo. Donde falta aunque sea sólo esta posibilidad, no hay lugar a un contrato."

Ésta es la teoría. Según ella, la facultad de celebrar contratos es decidida sólo por la posibilidad de conducir luchas reales (acompañada por la voluntad subjetiva de lucha, o bien, a pesar de la ausencia de ésta, presente al menos objetivamente en un "caso extremo"). Si existe esta capacidad colectiva de lucha, existe también la facultad de crear un "pacto de paz", es decir la capacidad de estipular contratos. Si falta tal capacidad de lucha, falta también la capacidad de contratación.

La decisión del Tribunal de Trabajo de Berlín, compartida por la ADGB, nos presenta la inversión formal de esta buena "teoría" en la cruel realidad de la praxis jurídica. De repente aparece como motivo determinante para el desconocimiento de la facultad de contratar el hecho de que en el estatuto de la Unión en cuestión "se habla ciertamente de huelgas pero no se dice una palabra de contratos", y de que la Unión –según toda su teoría y

praxis– está dispuestísima a conducir luchas de trabajo pero, como lo adivinó sutilmente el agudo Tribunal sobre la base del profundo análisis hecho por él del "material impreso a él sometido", no está tan dispuesta a sustituir esas reales luchas de trabajo por arbitrajes y contradicciones; en particular, es hostil al nuevo sistema de arbitraje coactivo y contratación por parte de la autoridad estatal.

No es por cierto una caracterización precisa y completa, aunque sustancialmente correcta, del punto de vista marxista de la lucha de clase de las asociaciones sindicales de lucha revolucionarias, si se dice que éstas "son hostiles al procedimiento arbitral y a la estipulación de contratos". La diferencia entre la actitud marxista de lucha mantenida hasta hoy por las uniones revolucionarias y la actitud reformista y colaboracionista de los actuales sindicatos libres consiste precisamente en el hecho de que las asociaciones revolucionarias se niegan a sustituir más o menos integralmente al instrumento de la lucha económica de la clase obrera, decisivo para las tareas de hoy y de mañana –es decir la huelga en sus diversas formas– por otros medios de reglamentación de la situación de trabajo: tratativas, contratos, arbitrajes obligatorios, reglamentaciones estatales, etc. Ellas ven en el contrato y en el arbitraje no ya la forma normal de la regulación pacífica de la situación de trabajo, a aplicar en todos los casos o en todos salvo los "casos extremos", sino una forma de lucha económica ventajosa sólo en determinadas circunstancias y que por lo tanto se adoptará según la oportunidad, desventajosa en otras circunstancias y por lo tanto no aplicable por los mismos motivos de oportunidad. Se trata de una forma de esa incesante lucha económica que la clase obrera debe librar en la sociedad capitalista actual, al igual que en el pasado y en el futuro, en lo inmediato, por el mantenimiento y el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, pero al mismo tiempo mediatamente por la formación y fortalecimiento de sus capacidades de lucha y finalmente para la subversión revolucionaria de la sociedad existente, la abolición del capital y del trabajo asalariado. Evidentemente la diferencia entre los sindicatos revolucionarios y los "libres" no consiste en el hecho de que los primeros hacen siempre y de todos modos huelga, nunca quieren tratar con los empresarios, estipular contratos y participar en acciones de arbitraje de conflictos pendientes. Los revolucionarios marxistas no son románticos reaccionarios que sueñan con un regreso a las simples formas de lucha de un pasado primitivo. Aceptan todo el desarrollo progresivo de la

táctica de lucha aplicada por la clase obrera contra el enemigo de clase. Ese desarrollo no es para ellos, sin embargo, como para los ideólogos del reformismo, para los defensores de la llamada "democracia económica" y del "pacifismo industrial" un pasaje de modos de lucha "toscos y groseros" de un pasado bárbaro a una táctica de tratativas más "refinadas" en el mundo "civilizado" de hoy. Es un desarrollo comparable más bien al realizado en la técnica militar del arma con retrocarga a la ametralladora, al nexo del potencial bélico de las potencias en guerra con su capacidades económicas y sociales en general.

Por esta contraposición entre la posición verdadera y la presunta de los sindicatos revolucionarios con respecto a los fines y los métodos de la lucha por la defensa de los intereses económicos inmediatos de la clase obrera, se ve no sólo la absoluta falta de fundamento del último argumento esgrimido contra el reconocimiento de los sindicatos revolucionarios como asociaciones económicas de pleno derecho y por lo tanto capaces de celebrar contratos. Se ve también la posición contradictoria, errada y perjudicial, ya ahora y aún más en el futuro, para los intereses de toda la clase obrera, que los sindicatos libres socialdemocráticos han tenido inevitablemente que adoptar aceptando las argumentaciones y las demostraciones de los Tribunales de Trabajo burgueses. Para quien posea cierto conocimiento, aunque sea limitado, de la historia y la teoría del movimiento obrero, resulta inequívocamente claro que entre la posición antes descrita de los sindicatos marxistas revolucionarios y la de los sindicatos libres hay una sola alternativa. Si se considera como determinante la "vieja" ideología marxista de la lucha de clase mantenida formalmente hasta hoy, entonces no existe diferencia alguna. Existe en cambio una diferencia enorme, si se considera la praxis efectiva de "paz social" y "comunidad de trabajo" de los últimos catorce años y la nueva ideología de la "democracia económica" elaborada por gente como Leipart y otros, con el apoyo burgués, para justificar y desarrollar esa línea práctica. En esta forma, sin embargo, los sindicatos llamados "libres" se aproximan de manera preocupante a los sindicatos amarillos, abiertamente favorables a la paz económica.

Concluiremos nuestra indagación abordando el grave problema histórico ante el cual se encuentra todo el movimiento obrero consciente y no en último lugar el propio movimiento obrero a consecuencia de su contradicción no resuelta entre la teoría y la praxis.

¿Adónde van los sindicatos libres?

[...] También en el artículo escrito en la revista científica de la ADGB por el más autorizado intérprete de estas cuestiones, precisamente con el fin de formular en forma de propuesta legislativa una definición de los términos conceptuales de un sindicato con derechos contractuales, para asegurarse contra todas las falsificaciones de la lucha sindical, encontramos precisada la posición de los sindicatos libres hacia el instrumento de lucha de la huelga en una forma tan insuficiente que no sólo no resulta inaceptable ni siquiera para las organizaciones amarillas, orientadas hacia la "paz social", sino que antes bien ya ha sido aceptada anticipadamente por ellas hace mucho tiempo. En efecto, en este contexto se exige como carácter conceptual de un sindicato auténtico, capaz por lo tanto de contratar, nada más que la declaración, que debe ser acogida en el estatuto de la asociación, de que éste para la representación de los intereses económicos y sociales de sus miembros "piensa usar como medio de lucha también la huelga, si todos los demás instrumentos no conducen a algún resultado aceptable" (cf. Nörpel, "La determinación del concepto de sindicato", en *Die Arbeit*, 1927, núm. 9, pp. 609 y *ss.*)

La huelga presentada como medio extremo de lucha. Así también Nörpel, que se había propuesto hallar una formulación que excluyera a las asociaciones orientadas hacia la "paz económica" del concepto de sindicato, ha abierto formalmente el camino a los antisindicatos amarillos, impulsado por la dialéctica interna de un proceso objetivo que es más fuerte que la voluntad subjetiva. Al contrario, como ya se ha mostrado, desde el punto de vista de la verdadera concepción marxista de la lucha de clase proletaria que en otro tiempo era sostenida programáticamente también por los sindicatos libres, no hay ningún motivo para una preferencia sentimental e idealista de la huelga en sí, pero tampoco ningún motivo para este auténtico desclasamiento y renuncia formal a la huelga como "medio extremo" que debe ser "usado también" (!) sólo si "todos (!) los otros medios no conducen a ningún resultado aceptable (!)" El motivo real que impulsa a sindicalistas como Nörpel (cf. sus afirmaciones al respecto en *Problemas de fondo del derecho del trabajo*, 1927, p. 43) convencidos de no haber estado nunca en el terreno de la "comunidad de trabajo" y sus inevitables consecuencias, a colocar a la huelga entre los últimos o más bien los ultimísimos instrumentos de lucha sindical –sin que eso sea justificable desde el punto de vista de la

lucha de clase– debe buscarse en la situación histórica objetiva por la cual en las últimas décadas los sindicatos libres, en un tiempo militantes según la lucha de clase proletaria, pasaron del terreno de la lucha de clase contra la burguesía al terreno de la "paz social" y de la "comunidad de trabajo" con la propia burguesía.

Este cambiado carácter histórico de los sindicatos libres se revela más o menos claramente en una gran serie de fenómenos, pero del modo más evidente y radical en la posición completamente cambiada de la praxis sindical, y ahora también de la teoría, hacia el arma de la huelga antes universalmente reconocida como el primero y más importante medio de la lucha económica de la clase obrera. Es un hecho digno de destacarse el de que entre todos los representantes de la ciencia jurídica contemporánea –incluyendo a los burgueses más reaccionarios– haya sido precisamente el teórico sindical Flatow quien trabajó en los últimos diez años en todos sus numerosos escritos con mayor coherencia y obstinación en el sentido de vaciar el concepto original de huelga y reinterpretarlo con todas las artes de la sofística, transformándolo de arma de lucha obrera inmediata en una forma de la "tratativa" entre contrayentes de un contrato colectivo recíprocamente dependientes, a pesar de todas las contradicciones aparentes, forma por último ya no fundamentalmente diferente de las "otras" formas de la tratativa, del contrato y del arbitraje. De este cambio del valor del concepto de huelga es corto el paso hacia la actitud de las asociaciones amarillas que por su parte están en favor de una reglamentación de la relación de trabajo y salarial en el marco de acuerdos colectivos y no simplemente a través de "libres contratos de trabajo individuales". Frente a esta fundamental coincidencia en el principio colectivo ya deja de parecer insuperable la diferencia por la cual las asociaciones orientadas hacia la "paz social" prefieren particulares "acuerdos de empresa" a los contratos estipulados para una categoría entera o un marco más amplio. (Y además, entre los juristas sindicales fue una vez más Flatow quien se empeñó en equiparar los llamados "acuerdos de empresa" con los "contratos" propiamente dichos.)

Si se quisiera objetar a esta argumentación el hecho de que las asociaciones favorables a la "paz social" reconocen sólo de palabra el "principio colectivo" en la forma de los "acuerdos de empresa", pero que en su praxis real no tienden en lo más mínimo a oponerse al dador de trabajo aunque sea solamente en esa forma

"pacífica" como autónomos contrayentes de la regulación colectiva, aun con esta corrección las cosas no van mejor para los sindicatos libres. Éstos no sólo en la ideología sino también en su práctica real, en lo que respecta a la huelga como medio de lucha, se han aproximado en su evolución reciente a un punto de vista que no se distingue ya inequívoca y unívocamente del de los sindicatos amarillos.

[. . .] En el desarrollo real de los sindicatos "libres" está la clave para la comprensión del hecho deplorable desde cualquier punto de vista proletario de que la batalla contra el llamado "movimiento de los trabajadores por la paz económica", antes conducida con tanta energía por el frente unido de los sindicatos libres, ha perdido cada vez más fuerza en los últimos tiempos y en la actualidad está casi solamente a la defensiva. Constituye una gran miopía histórica y una ilusión peligrosa el hecho de que hoy algunos sindicalistas, frente a los grandes éxitos aparentes obtenidos en los últimos diez años en el ámbito particular que aquí nos interesa de la lucha contra las asociaciones amarillas por medio de la llamada "comunidad de trabajo", olvidan el hecho de que aún antes de la era de la paz social y de la comunidad de trabajo, cuando ningún acuerdo común entre asociaciones patronales y sindicatos dificultaba el sostén patronal de los grupos amarillos, esas tropas auxiliares del capital, antisindicales y antiproletarias, nada pudieron frente a la creciente fuerza de los sindicatos de clase, a pesar de todo el apoyo patronal y la promoción por parte del estado (la consistencia numérica de todo el movimiento amarillo en su conjunto ascendía, según sus propias declaraciones, a 281 000 miembros en 1913, bajó en 1918 a 45 000 para volver a aumentar hasta tener hoy según se presume 247 000). Todavía más fatal que este error histórico sería el nuevo autoengaño de los dirigentes sindicales en el sentido de que en las actuales condiciones de la relación de fuerza entre las clases y en el momento actual del desarrollo de la lucha económica y política pensaran poder obtener una vez más de los dadores de trabajo y de su estado la confirmación y la prolongación del abandono total de las organizaciones amarillas, concesión que sólo en las condiciones completamente distintas de noviembre de 1918 la patronal atemorizada y el estado burgués conmovido acordaron a las tres corrientes sindicales participantes en la "comunidad central de trabajo". Ciertamente, los sindicatos libres junto con sus aliados cristianos e Hirsch-Duncker pueden obtener aún hoy del capital y de su estado una nueva "comunidad de trabajo", o bien mante-

ner la que nunca fue disuelta por completo. Pero ya no lo pueden obtener en las mismas condiciones. Todo indica que esta vez no sólo en la superestructura estatal política sino en el estrato profundo en que se libra la lucha de clases como lucha "económica" entre los dadores de trabajo y los trabajadores y sus asociaciones por la reglamentación del salario y de las condiciones de trabajo, la "pequeña coalición" de las corrientes sindicales socialdemocrática, democrática y del centro ya no puede dominar el campo por sí sola sino a condición de una apertura hacia la derecha.

Ya hoy la justicia burguesa está dispuesta a apoyar las tentativas monopolistas de los sindicatos libres en una sola dirección –es decir mientras se dirijan contra la izquierda, contra las organizaciones revolucionarias proletarias– plenamente y hasta el punto de arrojar por la borda todos los argumentos jurídicos que de otro modo tiene en tan alta consideración. Pero no está dispuesta a dar el mismo apoyo incondicional a las tentativas monopolistas de los sindicatos libres también en la otra dirección, es decir contra las asociaciones amarillas y las otras llamadas "Arbeiterverbände" que se adelantan hoy con renovada fuerza reaccionaria. Y los sindicatos libres que hoy, en el fragor de su lucha competitiva contra los sindicatos de clase revolucionarios, aceptan sentencias de la justicia burguesa por las cuales se niegan los derechos sindicales a las organizaciones económicas del proletariado capaces de luchar pero no suficientemente deseosas de "paz económica", facilitan consciente o inconscientemente la misma justicia burguesa en el futuro reconocimiento de los derechos sindicales incluso a asociaciones que no tienen capacidad ni voluntad de lucha económica, pero sí, precisamente por eso, una disposición mucho mayor a la "paz económica". Así favorecen el juego de las organizaciones amarillas que ya en este momento son para ellos, desde su propio superficial punto de vista competitivo, el verdadero adversario peligroso, como enemigo principal de todo el proletariado. Dan así un paso más por un camino que –como ya lo muestran bastante claramente los hechos– no puede llevar, en la actual relación de fuerzas sociales y políticas, más que a una nueva capitulación de los sindicatos "libres" también sobre este punto extremadamente importante por motivos ideológicos tradicionales aparte de los motivos prácticos actuales. Los sindicatos "libres" preparan por esa vía objetivamente su propia capitulación y al mismo tiempo una nueva derrota del proletariado alemán, una nueva victoria de sus enemigos más peligrosos. Y no

hay duda –después de las experiencias del período histórico reciente– de que recorrerán ese camino hasta el fin, si no los detiene a tiempo una fuerza más poderosa.

Esta edición de 3 mil ejemplares se
terminó de imprimir en la ciudad
de México el 6 de agosto de 1982,
en EDIMEX, S. A.

Edición preparada y anotada por José Aricó
Traducción del alemán, inglés
e italiano de
José Aricó, Stella Mastrángello
y Eduardo Molina y Vedia
Revisión de María Teresa Poyrazián

Portada: Elsa Amado

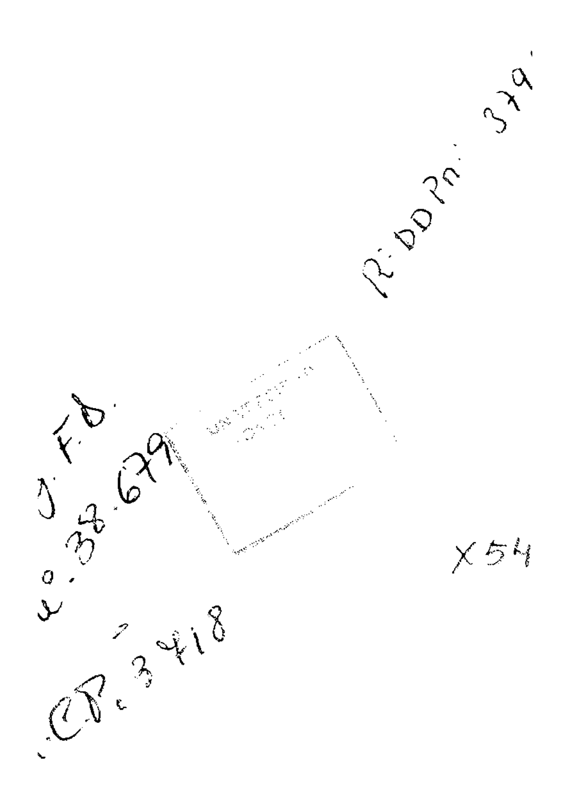
Primera edición en español, 1982

Obra completa, ISBN 968-478-023-0
Segundo volumen, ISBN 968-478-025-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Karl Korsch

Escritos políticos II



Folios Ediciones

Índice

QUINTA PARTE

Hacia el redescubrimiento de la acción proletaria (1929-1939)

En 1928 Korsch, aun sin disminuir su compromiso político personal, ahora orientado hacia los grupos sindicalistas radicales y la KPD *–respecto de la cual, por otra parte, continúa manteniendo sus reservas–, acentúa sus intereses teóricos. Organiza y participa en cursos de formación marxista fuera de las grandes instituciones obreras (aunque no se rehusará a ocuparse de una edición de* El capital *para los sindicatos socialdemócratas). Entra en contacto con personalidades intelectuales y círculos a menudo heterogéneos: desde el Instituto para la Investigación Social de Francfort hasta el grupo consejista holandés de Pannekoek; desde el círculo de intelectuales del "Café Adler" de Berlín, frecuentado por Brecht, Mühsan y Döblin, hasta la Sociedad para la Filosofía Empírica, donde se encuentran Reichenbach, Neurath, Carnap, Dubislav. Son los años del Antikautsky* (El materialismo histórico), *de la reedición de* Marxismo y filosofía *con la* Anticrítica, *del estudio sobre* El capital.

Los ensayos políticos que hemos recogido con criterio temático en esta quinta parte cubren un arco de tiempo bastante amplio (1929-1939), los años del fin de la república de Weimar, del advenimiento de Hitler al poder, de la revolución y la guerra de España.

En junio de 1931 Korsch viaja a Madrid, al congreso de la CNT, *junto con el anarcosindicalista berlinés Augustin Souchy, que durante la guerra española dirigía la oficina de propaganda exterior de la* CNT-FAI. *Korsch queda profundamente impresionado por estos contactos y desde entonces dedicará especial atención a la experiencia española y a sus movimientos anarcosindicalistas.*

El día del incendio del Reichstag, que sirve de pretexto a Hitler para la indiscriminada persecución de los militantes de izquierda, Korsch da su

última lección en el "Círculo para el marxismo crítico". Despedido de la universidad (donde había mantenido formalmente su puesto, aunque desde 1925 había renunciado a dar lecciones), obligado a ocultarse, emigra a fines del otoño a Inglaterra.

De enero a fines de marzo de 1935 vive en Svendborg, Suecia, a pocos pasos de la casa de Bertolt Brecht, con quien retoma estrechas y amistosas relaciones. Al regreso a Inglaterra ocurre el penoso episodio del suicidio, por motivos de carácter privado, de una amiga que involucra en la desgracia a otra mujer (ambas habían desempeñado cargos en la socialdemocracia alemana). En el ambiente tenso y encogido de los exiliados el triste episodio es usado contra Korsch, acusado por los comunistas de ser nada menos que un agente y espía de Hitler. Las autoridades británicas, aun liberándolo de toda sospecha, le quitan el permiso de estadía. Es un duro golpe para Korsch, obligado a moverse entre Suecia, Holanda, Francia, hasta que a fines de 1936 logra desembarcar en Estados Unidos, donde su mujer Hedda ha obtenido un puesto en el Wheaton College, cerca de Boston.

Los textos recogidos en esta parte naturalmente no dejan traslucir nada de estas vicisitudes personales. Están, por el contrario, entre las páginas más maduras y típicas de la reflexión histórico-política de Korsch. Los dos centros temáticos –la Comuna parisiense de 1871 y la revolución y la guerra de España de 1936-1939– son significativamente la ocasión para reinterpretar el otro gran momento de la acción revolucionaria proletaria, la revolución de octubre de 1917, desde el que se puso en marcha el proceso involutivo que desembocaría en la verdadera contrarrevolución.

La revolución española*

El último ministro de relaciones exteriores de la depuesta monarquía española, el conde Romanones, informa (y el corresponsal de *Europe Nouvelle*, Léon Rollin, al corriente de los secretos más íntimos de la oposición española, lo ha confirmado explícitamente) que la victoria arrolladora de los partidos republicanos en las elecciones conmunales del 12 de abril, en la que han conquistado la aplastante mayoría de los votos en casi todas las principales cabeceras de provincia (47 sobre 51), provocando como consecuencia en pocas horas la caída sin resistencia de la monarquía borbónica, "ha sido para todos una sorpresa". Una sorpresa para el rey que había deseado aquellas elecciones "sincerísimas" (pero por lo demás, previsor, había hecho transferir la mayor parte de sus bienes al exterior); para la prensa europea que todavía pocas semanas antes había festejado al último autócrata español, en ocasión de su breve viaje a París y a Londres, como "premier politicien d'Espagne"; pero también para los propios opositores victoriosos, que habían contado sólo con el éxito en las grandes ciudades y estaban ya dispuestos para una nueva acción revolucionaria.

En cambio, ahora de un golpe se derrumba íntegro el viejo orden sin ninguna tentativa de resistencia. Los sostenedores hasta ahora más fieles de la monarquía, el ejército y la iglesia dejaron plantado sobre sus dos pies al rey y se pusieron a disposición de los emigrados perseguidos, de los condenados por alta

* "Die spanische Revolution", en *Die Neue Rundschau*, 1931, vol. 42, núm. 9 pp. 289-302.

traición de ayer, con la misma lealtad y fidelidad tradicional puesta de manifiesto ya en 1808, cuando después de la abdicación forzada de Fernando VII por obra de Napoleón, una diputación de los Grandes de España se presentó al nuevo soberano José con las palabras: "Sire, los Grandes de España han sido en todo tiempo famosos por su lealtad hacia su soberano, y también Su Majestad encontrará en ellos la misma fidelidad y devoción." Lo mismo ha hecho el desprestigiado jefe de la monárquica Guardia Civil, el general Sanjurjo. Este individuo, pasado a la república apenas caída la monarquía y acogido con los brazos abiertos por los nuevos gobernantes republicanos, es el general que más tarde, al producirse las elecciones para las Cortes, reprimiría por encargo del ministro republicano-conservador Maura la presunta conjura del héroe revolucionario popular Ramón Franco, y un mes más tarde la gran huelga general y la insurrección obrera de la ciudad y de los campos de Sevilla y Andalucía con medidas de dureza tal que el conservador *Daily Mail* hubo de congratularse del gobierno revolucionario español por la firmeza mostrada en esta ocasión.

Pero de todo esto no se hablaba todavía en los hermosos días primaverales de abril de 1931. La revolución de abril de 1931, que jefes y testigos exaltarían después como más parecida a una fiesta popular que a una acción de lucha, fue efectivamente para la España de hoy lo que según la famosa caracterización de Marx había sido para la Francia revolucionaria a mediados del siglo pasado la "*hermosa* revolución" de febrero de 1848, a la que siguió en el mismo año la catástrofe social de la derrota de junio del proletariado parisiense y el 2 de diciembre de 1851 el golpe de estado de Napoleón III. Ella fue "la *hermosa* revolución, la revolución de las simpatías generales, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la monarquía dormitaban *incipientes* todavía, bien avenidos unos con otros, porque la lucha social que era su sustrato *sólo* había alcanzado una existencia etérea, la existencia de la frase, de la palabra".

En efecto, es sorprendente lo poco que en el período comprendido entre las elecciones comunales de abril y la asamblea de las cortes constituyentes de julio el nuevo gobierno provisorio, formado según la centrada descripción del *Economist* por "republicanos conservadores y socialistas moderados", se ha preocupado por el cumplimiento práctico, urgente, de las apremiantes necesidades sociales de clase del proletariado. Hay una notable diferencia entre las últimas dos revoluciones europeas, provo-

cada una en Rusia en 1917 por la crisis de la guerra mundial y la otra en España por la nueva crisis económica mundial "pacífica", que desde el otoño de 1929 ha arrollado al mundo. Esta diferencia se explica en parte por la diferente situación general en Europa, hoy profundamente cambiada respecto al lapso 1917-1920, y en parte también por el carácter absolutamente particular del movimiento obrero español, desarrollado no a partir de ahora sino desde hace más de sesenta años.

Ante todo, no ha existido y no existe hasta hoy en España prácticamente un partido comunista, ni hay signos de que se lo pueda formar en un futuro próximo. Hubo un tiempo en que los jornaleros de Andalucía y de Extremadura, que vegetan en una miseria indescriptible, y los *minifundios* de Galicia y de Asturias, que extraían de pequeñas parcelas con un supertrabajo continuo un miserable sustento y el odiado *fuero* para un desconocido latifundista, aguzaron el oído al escuchar hablar de la división de las tierras en Rusia. Pero esto es hoy un asunto del pasado. Lo que actualmente se presenta bajo el nombre de "comunismo" en el movimiento revolucionario español es sólo la sombra de una sombra, como han podido demostrarlo las elecciones de las cortes del 28 de junio incluso a los extranjeros escépticos. Hay tres sectas comunistas, más hostiles entre sí y hacia las auténticas organizaciones revolucionarias de masa del proletariado español que hacia los enemigos de clase. Una secta sigue las directivas de Stalin, la segunda las de los seguidores de Trotski, mientras sólo la tercera, el grupo de los comunistas federalistas de Cataluña, bajo la guía de Maurín, puede ser considerada un producto en cierta medida autóctono del movimiento español. Ninguno de estos tres grupos tiene alguna influencia real en el interior del movimiento obrero español. Ninguno está representado en las cortes constituyentes ni siquiera con un solo diputado.

Pero tampoco las dos tendencias que se presentan en el movimiento obrero realmente como grandes fuerzas sociales han perturbado en estos meses con excesivas presiones surgidas de sus específicas exigencias de clase la serena mañana primaveral de la joven república española. En lo que se refiere a una de estas tendencias –el movimiento sindical y el partido reformista socialdemócrata– esto es obvio, por toda su tradición filogubernamental y de apoyo al estado, conformada ya antes de la guerra. Es extremadamente sorprendente y extraño, en cambio, en lo que respecta a la otra tendencia –la sindicalista revolucionaria– dadas las características históricas de su movimiento.

"Si se considera al movimiento obrero al sur de los Pirineos desde el exclusivo punto de vista de la amenaza que puede representar para la paz social, el peligro me parece venir no tanto del socialismo como del anarquismo. Por supuesto no tanto bajo la forma ideológica que se ha dado desde hace algunos años, ni por las teorías platónicas que pueden profesar ahora algunos sobrevivientes de la Internacional, ni tampoco por atentados individuales de un cierto número de fanáticos, sino bajo el nuevo aspecto del 'sindicalismo revolucionario' a través del cual puede reorganizarse."

Esta previsión histórica, formulada en 1910 por el político burgués Ángel Marvaud, ha sido confirmada de manera sorprendente por la evolución de la realidad. Hoy, después de un desarrollo de veinte años de la socialdemocracia española sostenedora del estado desde el nacimiento y después del fortalecimiento de esta tendencia en todos los partidos socialdemócratas europeos provocado por la guerra, el partido socialdemócrata español, que a pesar del modesto número de sus inscritos representa con ciento treinta mandatos el partido más fuerte de la asamblea constituyente nacional y con sus tres ministros participa directamente en el poder gubernamental, está sólo formalmente a la izquierda en el interior de la coalición oficialista pero de hecho se encuentra mucho más a la derecha. Está a la derecha de la corriente revolucionaria radical burguesa, representada en el actual gabinete por el ministro de relaciones exteriores Lerroux. Y está mucho más a la derecha de los partidos federalistas republicanos de Cataluña, Andalucía y Galicia, en particular del partido popular federalista del presidente catalán Macia, que opone hasta hoy en su territorio una encarnizada y afortunada resistencia a todas las directivas provocadoras de los tutores del orden madrileños.

La ilustración más evidente de esta actitud de los socialistas gubernamentales está dada por el hecho de que su líder Largo Caballero, actual ministro de trabajo y presidente de la federación nacional socialdemócrata (UNT) sea sospechoso de colaborar con el gobierno incluso durante la dictadura, como consejero de Primo de Rivera. En un momento en que la burguesía radical íntegra, la pequeña burguesía y el sector revolucionario de la clase obrera combatían con todos sus medios al régimen anticonstitucional del dictador y en que hasta los ex ministros liberales y conservadores del período precedente boicoteaban al dictador y sus iniciativas, había en España un partido filogubernamental: la socialdemo-

cracia. Ésta sostuvo también los denominados "comités paritarios" introducidos por el dictador a imitación de la *Carta del lavoro* mussoliniana y aprovechó la obligación estatal indirecta de organización, vinculada a dicha institución, para instaurar un monopolio de hecho de sus dos ligas sindicales, primero relativamente débiles, y para combatir y golpear a las organizaciones "sindicalistas" prohibidas y perseguidas por la dictadura.

Esta situación ha cambiado un poco sólo excepcionalmente después de la caída de la dictadura y de la monarquía y de ningún modo en beneficio del sector revolucionario de los obreros. Todavía hoy los "comités paritarios" del dictador, mantenidos con vida por la república, y las medidas directamente represivas que el gobierno "revolucionario" hace aplicar contra los obreros "sindicalistas" en huelga por medio de Sanjurjo y sus *pistoleros* heredados de la dictadura, sirven mucho menos al fin general de la "defensa del estado" que al objetivo bastante más concreto del fortalecimiento de las confederaciones sindicales reformistas del ministro de trabajo y su secretario, Largo Caballero, y a la renovada represión de las uniones "sindicalistas" de la Confederación nacional del trabajo (CNT) desarrolladas con la revolución de modo inquietante y a sus expensas.

La aversión del partido socialdemócrata actual por toda defensa enérgica de las demandas de clase del proletariado revolucionario ha sido llevada tan lejos que a este partido le ha resultado inoportuna hasta su propia victoria en las elecciones de las cortes. En el plan secreto de la coalición, a los socialdemócratas se les había asignado en la asamblea constituyente el papel de oposición, que ahora tal vez corresponderá, en cambio, al ala derecha. Los socialistas habrían renunciado gustosamente por mucho tiempo a una más amplia participación en un gobierno de coalición burgués durante un período en el que, con extraordinaria celeridad, sobre el movedizo terreno revolucionario se produce un nuevo reagrupamiento de las fuerzas sociales. Después de su sorprendente éxito electoral, en cambio, debieron contentarse con hablar desde el punto de vista de los principios a favor de la no participación en el gobierno burgués, recomendando al mismo tiempo a los tres ministros socialistas permanecer en sus puestos hasta la definitiva promulgación de la nueva constitución. Y deberían estar todavía contentos de no haber obtenido en las elecciones la mayoría absoluta, pues de otro modo se habría puesto de manifiesto de modo todavía más penoso la desproporción entre las palabras socialistas y sus acciones burguesas, y habría sido

todavía más fuerte la presión de las masas para que se separase de los políticos burgueses e inaugurase el curso de la revolución social de la clase proletaria.

Mucho más importante que este comportamiento "mesurado" de la socialdemocracia ha sido, en la primera fase de la revolución, que ya probablemente está llegando a su fin, la táctica del otro grupo del movimiento obrero español. Todo aquel que se haya vinculado en estas semanas con los obreros revolucionarios y haya observado no tanto los programas teóricos como su actividad práctica y sus actitudes efectivas hacia la nueva situación creada con la revolución de abril, ha recibido sin duda una impresión profunda. Ya se trate de una fundada conciencia de la propia fuerza o bien, lo que es más probable, sólo de una confianza ingenua en la prosecución imperturbable de la libertad de acción alcanzada después de larga esclavitud, es un hecho que toda esta gran masa obrera, con más de sesenta años de propaganda revolucionaria y acción directa a sus espaldas y despertada a una nueva vida después de ocho años de violenta y creciente represión, fanáticamente fiel aún hoy a sus viejos objetivos revolucionarios, independiente, activa, pronta al sacrificio; es un hecho, repito, que esta masa, en esta circunstancia histórica de hecho, no ha pensado en proseguir desde un comienzo con la antigua y con acrecentada energía la "guerra abierta", declarada teóricamente por ella contra toda forma de estado, también contra este nuevo estado republicano. La república burguesa no responde en ningún punto a sus demandas programáticas pero le ha traído el momentáneo alivio en medio de una enorme opresión y la satisfacción de algunos pequeños y sin embargo humana y prácticamente importantes deseos, como la liberación de sus prisioneros, una pausa en las incesantes persecuciones y un reconocimiento parcial de sus organizaciones. Así, los obreros no se han puesto inmediatamente contra la nueva república sino que se dedicaron ante todo y sobre todo a la constitución de sus organizaciones revolucionarias de masas, que, luego de su casi total destrucción, en menos de dos meses han alcanzado la fuerza de seiscientos mil miembros y están todavía creciendo rápidamente, tanto la CNT como todos los demás posibles centros de una vida obrera realmente libre y autónoma, según su modo de concebirlo. Al reunirse ahora en junio en Madrid su primer congreso nacional –432 delegados de todas las partes de España donde hay obreros industriales o rurales– han vuelto a reafirmar sus viejos principios y han establecido expresamente que el congreso de la

CNT "se comporta hacia las cortes constituyentes como hacia todo poder representativo". Al mismo tiempo, sin embargo, han formulado un plan de demandas mínimas, dirigido a las mismas cortes y referente a los aspectos de la vida social para ellos más importantes: la escuela y la educación ("Mientras exista el estado se debe exigir de él que tome iniciativas capaces de vencer el mal del analfabetismo"), la libertad personal, el derecho a la libre opinión y a la libertad de prensa, el derecho de asociación, de huelga, la eliminación de la desocupación en la ciudad y en el campo y la ruptura de los restringidos conceptos burgueses sobre la propiedad, cuando éstos obstaculizan la realización de las exigencias productivas anteriormente mencionadas.

Es evidente que entre estas demandas no hay una sola que no pueda ser aplicada por una revolución burguesa, democrática, radical, fiel a sus propios principios, o que no haya sido reconocida como teóricamente legítima por los mismos monárquicos liberales del viejo régimen prerrevolucionario. Y sin embargo hasta ahora ninguna de estas demandas ha sido acogida o tomada seriamente en consideración en la España revolucionaria. El gobierno provisorio, que desde su primera hora se había negado a romper incondicionalmente con las viejas fuerzas sociales, se ha preocupado, en alianza con ellas, de volver a poner las antiguas cadenas a la libertad de movimiento de las fuerzas revolucionarias, surgidas de manera irresistible en el momento de la violenta caída del régimen. Aprovechó la huelga de los trabajadores telefónicos del 6 de julio en Barcelona, una huelga en un primer momento puramente sindical, y las huelgas de solidaridad que le siguieron en todo el país, para provocar la sublevación de Sevilla y de toda Andalucía. Reprimió entonces con brutalidad a este movimiento y por último, el 24 de julio, decretó la prohibición de las organizaciones "sindicalistas" en toda España y puso fuera de la ley al propio movimiento sindicalista. El gobierno provisorio del nuevo estado español, con este total retorno a los métodos del viejo sistema reaccionario de la represión militar, no sólo ha puesto –como quería y deseaba– un freno al movimiento cada vez más vasto del proletariado no satisfecho con la revolución burguesa; también ha perjudicado gravemente la realización de las tareas inmediatas reconocidas por él de palabra y consideradas inaplazables por la abrumadora mayoría del pueblo español.

Las tareas inmediatas de la actual revolución burguesa española son, sobre todo, las siguientes: 1] creación de una nueva

forma estatal que satisfaga la necesidad de un marco económico unitario, suficientemente vasto para el desarrollo de las fuerzas productivas modernas, y al mismo tiempo la demanda irresistible de Cataluña, Galicia y el País Vasco a la autonomía administrativa en las cuestiones de la escuela y de la educación, de las obras públicas, de los transportes, de la justicia y de la policía; 2] completa e inmediata separación entre iglesia y escuela, iglesia y estado, con la recuperación sin indemnización de los bienes muebles e inmuebles en posesión de la iglesia, de los muchos miles de conventos y de otras instituciones eclesiásticas; 3] por último, la tarea más importante, de cuya solución ha dependido en todas las grandes revoluciones del siglo pasado (desde la gran revolución francesa de 1789 hasta la gran revolución rusa de 1917) el desarrollo íntegro, la victoria o la derrota del principio revolucionario, y por cuya falta de solución ya fracasó también la última revolución española de 1868 y se fue a pique la primera república española de 1873: la realización de la revolución agraria.

Entre los problemas del orden del día de la revolución española aquel más fácil de resolver, al menos en su forma actual, es el problema del denominado "federalismo". Sólo desde un punto de vista exterior y superficial parece un peligro gravísimo para el nuevo estado republicano que el gobierno central de Madrid (en el que hay todavía algunos sostenedores del federalismo catalán) someta a las cortes constituyentes un proyecto de constitución no sólo unitario, sino ultracentralista, y que al mismo tiempo el "presidente del estado" catalán Macia organice en su territorio una consulta popular formal que decida por aplastante mayoría, más bien por casi unanimidad, un proyecto constitucional completamente diferente para las provincias unidas de Cataluña, el así llamado "Estatuto Catalán". Con razón el periódico inglés *Economist* atrajo ya la atención sobre la extraordinaria moderación de las atribuciones de hecho reclamadas con este estatuto para el "estado catalán, independiente en el interior de la república española" y que son absolutamente inferiores a lo que en la constitución no escrita del imperio británico es definido como *dominion status*. Otro inglés ha definido prosaicamente la situación a medio camino entre estado y mera unión de conveniencia entre provincias, que hoy se conoce bajo el nombre de *Generalitat de Catalunya*, muy irrespetuosamente, como "una especie de glorificado *County-Council*".

Sea como fuere, está claro que el en ese entonces separatista extremista Macia y sus amigos han reducido notablemente su

originaria demanda de independencia. No por azar el estatuto catalán deja al poder central, además de prerrogativas tales como las relaciones con el exterior, el ejército, la declaración de guerra, los servicios postales, también las "aduanas y los impuestos indirectos". La burguesía catalana sabe muy bien que dado que Cataluña es la región de España de lejos más desarrollada industrialmente, será también en el futuro dependiente para la venta de sus productos del mercado español, asegurada por los elevados impuestos aduaneros. Ya hace algunas décadas, en una situación análoga, el conocido ideólogo revolucionario Miguel de Unamuno acusó a la burguesía catalana de "haber vendido su alma por una tarifa aduanera" en las tratativas sobre la autonomía.

Por otra parte, el gobierno central de Madrid, precisamente frente a esta prudente moderación de las demandas catalanas, se encuentra en la situación de no poder negar fácilmente la aprobación de un proyecto constitucional para él inaceptable. Si hasta ahora no lo ha aprobado, si sobre esta cuestión en la actualidad aparentemente Madrid y Barcelona se contraponen como dos campos adversos, la razón está más allá de una confrontación política de principio formal. Se trata de un enfrentamiento más general entre el clima retrógrado, autoritario, burocrático y cortesano de Madrid y el clima totalmente diferente de Cataluña, mucho más desarrollada, no sólo industrial sino también socialmente, donde entre otras cosas también la clase obrera, que es compactamente sindicalista revolucionaria y anarquista, ocupa en la vida pública una posición completamente diferente a la que tiene en el resto de España. ¡La prohibición de las organizaciones "sindicalistas" decretada por el gobierno central madrileño en toda España es todavía hoy en Cataluña oficialmente y de hecho ignorada!

Incomparablemente más crítico que el enfrentamiento entre centralismo y federalismo para la prosecución de la revolución es el choque inevitable del nuevo estado republicano con la principal fuerza reaccionaria de la vieja España monárquica: la iglesia católica. No porque la iglesia se oponga al nuevo poder republicano con abierta hostilidad. Por el contrario, la iglesia católica, que ha sido una celosa sostenedora del régimen dictatorial hasta la caída del dictador Primo de Rivera, una aliada fiel de la monarquía hasta la caída de Alfonso XIII, se ha puesto el mismo día del derrumbe de la monarquía en el terreno de la nueva forma de estado republicana. Ni siquiera después del asalto de mayo a los conventos, tolerado por el gobierno, en el cual las más impor-

tantes propiedades fueron protegidas por dos hijos fieles de la iglesia –el jefe de gobierno Alcalá Zamora y el ministro del interior Miguel Maura–, le ha retirado del todo la confianza. Y cuando el reaccionario arzobispo de Toledo, el desprestigiado cardenal Segura, debió dejar el territorio español debido a una declaración imprudente, el arzobispo de Tarazona recordó de inmediato en una carta pastoral a los católicos españoles el ejemplo de la joven república alemana, en la cual el catolicismo pudo desarrollarse pacíficamente como nunca había ocurrido durante el imperio.

Pero precisamente en esta hábil adaptación de la iglesia a la derrota sufrida con la caída del orden estatal monárquico se oculta uno de los más grandes peligros para el desarrollo futuro de la revolución española. Como potencia nacional española e internacional europea, la iglesia católica ha iniciado inmediatamente después del crítico 12 de abril una magistral maniobra de retirada que incluye ya las premisas de un nuevo ataque. El partido católico, primero y único de los viejos partidos derrotados el 12 de abril, ya durante las elecciones de las cortes del 28 de junio reunió a sus seguidores y a una gran parte de los ex monárquicos en torno a la revista *El Debate* y su grupo parlamentario Acción Nacional. Entretanto, ha movilizado a nivel internacional a las más importantes revistas católicas europeas en una campaña de defensa contra la amenazada laicización del nuevo estado republicano (la *Vie intellectuelle* de los dominicos franceses, el *Correspondant* de la escuela católica de Montalembert, *Les études* de los jesuitas, *Vita e pensiero* de la Universidad Católica de Milán, *Hochland* de Alemania. La orientación adoptada hoy por todas estas modernas revistas católicas está bien expresada en las afirmaciones con las cuales *Vie intellectuelle* caracterizaba de modo claro y preciso la situación creada el 10 de mayo de 1931: "Se dice que la iglesia ha perdido la batalla: se lo dice demasiado apresuradamente. Ella ha perdido como máximo una batalla, y ésta no era tampoco suya, sino de su aliada, la monarquía. Ahora habrá otra, esta vez sobre su propio terreno: la batalla de la *democracia cristiana.*" Confróntese ahora la declaración formulada por el actual jefe de gobierno Alcalá Zamora al día siguiente de la creación de la nueva república: "Tenemos la necesidad absoluta de la colaboración de los elementos del orden, del capitalismo, del clero; sin ellos, la república sería efímera y finalmente una desgracia, desde el momento que su fracaso pondría en peligro la estabilidad de este régimen." Tenemos así una imagen bastante clara de una de

las posibles vías hacia la que se puede encaminar esta república y que adoptará si nuevas y más enérgicas fuerzas sociales no le imponen violentamente la ruptura radical con los viejos poderes reaccionarios evitada hasta ahora tan penosamente por los actuales republicanos en el poder.

La única forma en que podemos esperar el desencadenamiento de estas nuevas fuerzas sociales en la actual situación revolucionaria, y con buenas posibilidades (vistos los recientes terremotos revolucionarios en Andalucía), es el enfrentamiento sobre la cuestión agraria, que se impone como necesidad histórica. Sería preciso un informe aparte para dar un cuadro sólo aproximativo de la situación misérrima y opresiva de los jornaleros españoles, de los pequeños propietarios denominados "independientes" igualados por su miseria sin esperanza a los trabajadores sin propiedad, de la inmensa distancia y del contraste entre los gigantescos latifundios de los grandes propietarios terratenientes y la existencia esclavizada de los braceros, signada por constantes períodos de prolongada desocupación, sus desesperadas revueltas una y otra vez emprendidas y luego ahogadas en sangre, toda la pérdida y el bloqueo del desarrollo de las fuerzas productivas que de ello se deriva. Todos los partidos de la opinión pública española, desde tiempo inmemorial han reconocido unánimemente la intolerabilidad de esta situación. Todos los proyectos de reforma presentados, no obstante las buenas intenciones, han naufragado una y otra vez contra las innumerables resistencias secretas y abiertas que necesariamente debían surgir en un país en que el rey, el cuerpo de oficiales, la iglesia, los jefes de los grandes partidos que han operado en el gobierno pseudoparlamentario del período de la restauración (1876-1923) y sus dóciles instrumentos, los desprestigiados caciques que explotaban las tierras llanas y las pequeñas y medianas ciudades con brutal egoísmo según sus intereses personales y preparaban las elecciones para los hombres de gobierno en Madrid, en suma, todos los poderosos que más o menos oficialmente dominaban la ciudad, se aferraban con toda su fuerza a los privilegios y emolumentos que provenían de la gran propiedad. Así todas las relaciones agrarias permanecen desde hace un siglo y medio en aquella misma miserable inmutabilidad, que se ha vuelto aún más opresiva y activa en los últimos tiempos debido a las innumerables indicaciones científicas y experimentales acerca de las perspectivas técnicas y la productividad económica de una radical reestructuración. Si, además de esto, tenemos presente el hecho de

que se puede hablar de desarrollo social avanzado en España sólo en algunas provincias orientales y nororientales y que, como consecuencia de ello, la producción agraria condiciona la vida económica y social íntegra de la nación, en medida completamente distinta que en los demás países industrialmente avanzados, nos formaremos una idea de la enorme importancia que reviste la cuestión agraria para el destino final de la revolución española. Y piénsese, mientras tanto, en qué funesta e irresoluble dificultad se encuentra un gobierno revolucionario que frente a un grave problema, que puede ser resuelto con audacia revolucionaria sin miramientos para nadie, da marcha atrás asustado ante cualquier lesión a anticuados privilegios medievales y –como lo ha hecho el actual gobierno provisorio– se deja convencer de poner en marcha los primeros modestos e insuficientes proyectos de reforma parcial sólo después del estallido de una revuelta agraria y de su sangrienta represión.

La situación en la que cada vez más profundamente se está enredando el gobierno de la España republicana no puede ser descrita mejor que con las palabras del conde Romanones, opositor declarado del gobierno y uno de los más grandes latifundistas de la península, en su artículo, ya citado, de la *Revue des Deux Mondes:*

"Finalmente no serán las grandes ciudades las que impondrán sus directivas al nuevo orden político sino el campo. En el campo el régimen político tiene menos importancia que la cuestión de la división de las tierras. Y es en los asalariados de la tierra donde anida hoy la amenaza más grande.

"Si se saben comprender las lecciones de la historia, la agitación rural, en particular en las provincias andaluzas, no puede ser menospreciada. Todo lo que sucede en estas provincias desde 1870 hasta 1892, la *mano negra* (una especie de mafia de la España meridional), la sublevación de Jerez, los motines de Córdoba, Espejo, Montilla, etcétera–, todos estos episodios pueden ahora reproducirse con acrecentada fuerza destructiva. La mentalidad de la población rural española es la misma desde hace sesenta años, las condiciones económicas bajo las cuales vive no han mejorado, y los medios para frenarla son más débiles que ayer. Esta población rural, menos aislada desde hace medio siglo, visitada más a menudo por compañeros de las ciudades, vinculada en algunos lugares a sociedades de tendencia extremista, es empujada a una acción violenta y al tumulto en mayor medida que en 1873. No tiene necesidad de los estímulos de Moscú: en

su alma se desencadenaban terribles tempestades ya antes de que los aires de la Rusia soplasen sobre ella; puede impulsarla a una insurrección no sólo la propaganda de los soviets sino su propia inclinación desarrollada a consecuencia de las condiciones sociales en las cuales ha vivido por siglos."

Si estas palabras bien pensadas y seleccionadas para otros fines por el conde Romanones contienen solamente una caracterización de la situación efectivamente existente, no necesita de agregados. Si, no obstante, el fin implícito de su descripción es el desalentar a los vacilantes y oscilantes hombres de la república ante las enormes dificultades de su tarea, entonces se debe decir que una misión impuesta por toda la situación objetiva y considerada urgente por la abrumadora mayoría de las clases populares, como lo es la cuestión agraria, no se puede eludir con arranques de elocuencia ni con juegos de prestidigitación de carácter diplomático. Ya sea que quieran favorecerla u obstaculizarla los hombres llamados "provisoriamente" el 12 de abril y el 18 de junio a la conducción de la primera fase de la revolución española, será la lucha por la revolución agraria la que constituirá el punto de partida y la sustancia de la segunda fase de la revolución.

La comuna revolucionaria [I]*

¿Qué debe saber sobre la "comuna revolucionaria" todo obrero con conciencia de clase en este momento histórico que nos toca vivir, en el que la autoliberación revolucionaria del yugo capitalista por parte de la clase obrera figura en el orden del día? ¿Y qué es lo que sabe hoy de ella incluso la parte políticamente más formada y, en consecuencia, relativamente autoconsciente del proletariado?

Existen a este respecto un par de hechos históricos y algunas palabras de Marx, Engels y Lenin relacionadas con ellos que en la coyuntura actual, después de medio siglo de propaganda socialdemócrata –durante todo el período de preguerra– y de la serie de acontecimientos verdaderamente trascendentales de los últimos tres lustros, han pasado a formar parte decidida de la conciencia proletaria, por mucho que en las escuelas de la actual república "democrática" se hable, a pesar de todo, tan escasamente de estas cuestiones como en las de la vieja monarquía imperial. Se trata de la historia y del significado profundo de la gloriosa Comuna de París, que desplegó la bandera roja de la revolución proletaria el 18 de marzo de 1871 y la mantuvo enhiesta durante setenta y dos días de luchas encarnizadas contra un mundo exterior armado hasta los dientes y empeñado en un ataque a muerte contra ella. Se trata, en fin, de la comuna revolucionaria del proletariado parisino de 1871, de la que Karl Marx dijo en el Manifiesto del Consejo general de la Asociación internacional de traba-

* "Revolutionäre Kommune I", en *Die Aktion*, XIX, 1929, núms. 518, pp. 176-181.

jadores del 30 de mayo de 1871 sobre la guerra civil en Francia* que "su verdadero secreto" había radicado, fundamentalmente en ser un *gobierno de la clase obrera,* "el resultado de la lucha de la clase productora contra la que se apropia del trabajo ajeno, la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo". De manera similar arrojaba veinte años después Friedrich Engels al rostro de los filisteos aterrorizados, en un momento en el que la fundación de la Segunda Internacional y la institución de la fiesta proletaria de mayo como primera forma de la acción directa de masas a nivel internacional volvía a llenar de temor a las clases propietarias, las siguientes frases llenas de orgullo: "¿Quieren saber ustedes la forma que adoptará esa dictadura? Analicen la de la Comuna de París. Ésa fue la dictadura del proletariado." Y más de dos decenios después, el más grande político revolucionario de nuestra época, Lenin, volvió sobre este tema, llevando a cabo en la parte central de la más importante de sus obras políticas, *El estado y la revolución,* un detallado análisis de las experiencias de la Comuna de París y de la lucha contra el debilitamiento oportunista y la mistificación de las importantes enseñanzas que ya Marx y Engels supieron extraer de aquel período histórico. Y cuando pocas semanas después de la revolución rusa de 1917, que comenzó en febrero como revolución nacional y burguesa y acabó por convertirse, superando sus limitaciones de cuño nacional y burgués y ampliando y ahondando sus perspectivas, en la *primera revolución proletaria del mundo,* tanto Lenin y Trotski como las masas obreras de Europa occidental y los sectores más progresistas de la clase obrera de todo el mundo saludaron la nueva forma de gobierno creada por esta acción revolucionaria de las masas, es decir, el *sistema revolucionario de los consejos,* como la prolongación directa de la *comuna revolucionaria* gestada meduo siglo antes por los obreros de París.

Hasta aquí todo está muy bien. Por confusa que fuera la idea que, en el período de ascenso e impulso revolucionarios que siguió en toda Europa a las conmociones políticas y económicas desencadenadas por los cuatro años de guerra mundial, sustentaran los obreros revolucionarios al pronunciar la fórmula "Todo el poder para los consejos" y por muy profundo que fuera el abismo que ya entonces comenzaba a abrirse entre dicha imagen

* Se trata de uno de los escritos de Marx publicados bajo el título de *La guerra civil en Francia.*

y la realidad que iba forjándose en la nueva Rusia bajo el rótulo de "República socialista de los consejos", no cabe duda de que en aquellos años *la lucha por los consejos representaba una forma de evolución política positiva de la voluntad de una clase proletaria y revolucionaria en plena urgencia de realización*. A decir verdad, únicamente los filisteos amargados podían clamar entonces contra la indefinición que inevitablemente aquejaba a esta idea, al igual que a toda idea no plenamente realizada, y sólo los pedantes triviales podían acometer el intento de remediar esta deficiencia mediante "sistemas" artificialmente elaborados en el terreno de la imaginación, como el desacreditado "sistema de cajitas" de Däumig y Richard Müller. En todos aquellos lugares en los que, al igual que de manera tan efímera en Hungría y Baviera en 1919, el proletariado constituyó su dictadura revolucionaria de clase, la concibió, denominó y constituyó como "*gobierno de la clase obrera*", gobierno que era *el resultado de la lucha de la clase productora contra la clase que se adueña del trabajo ajeno*, y cuyo *objetivo último radicaba en la plena consecución de la "liberación económica del trabajo*", un gobierno definido, en fin, como "*gobierno revolucionario de consejos*". Y si en aquella época en alguno de los grandes países industriales, en Alemania por ejemplo, cuando la gran huelga de la primavera de 1919 o cuando el contragolpe a raíz del putsch de Kapp de 1929 o en ocasión de la llamada huelga de Cuniw, en el año de ocupación del Ruhr y de la inflación (1923), o en Italia, durante la época de la ocupación de fábricas de octubre de 1923, hubiera triunfado el proletariado, hubiera constituido su poder en forma de *república de consejos*, vinculándose a la ya existente Unión de Repúblicas Socialistas soviéticas en una Federación mundial de repúblicas revolucionarias de consejos. En las actuales circunstancias, sin embargo, *la idea de los consejos* y la existencia de un *gobierno de consejos* pretendidamente "socialista" y "revolucionario", tienen un significado totalmente distinto. Hoy, en que la superación de la crisis económica mundial del año 1921 y las consiguientes derrotas de los obreros alemanes, polacos e italianos, a las que ha seguido una cadena de nuevas derrotas proletarias hasta la huelga general inglesa y huelga de mineros de 1926 y *el capitalismo europeo ha inaugurado un nuevo ciclo de su dictadura sobre una clase obrera derrotada*, hoy, en fin, en que nos encontramos ante nuevas condiciones objetivas, los luchadores de la clase proletaria y revolucionaria de todo el mundo no podemos seguir aferrándonos de manera acrítica y estática a nuestra vieja fe en la importancia revolucionaria de la *idea de los consejos* y en el

carácter revolucionario del *gobierno de los consejos* como manifestación reciente y evolucionada de la *forma política de la dictadura proletaria* "hallada" hace medio siglo por los *communards* franceses.*

Frente a las flagrantes *contradicciones* que hoy existen entre el nombre y la realidad efectiva de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no podemos darnos por satisfechos con la constatación, por ejemplo, de que los actuales mandatarios rusos "han traicionado" el *primitivo principio "revolucionario" de los consejos*, de manera similar a como Scheidemann, Müller y Leipart "han traicionado" sus *principios socialistas* "revolucionarios" *de preguerra*. Limitarse a ello sería al mismo tiempo superficial y erróneo. Es obvio que se trata de una doble verdad indudable. Los Scheidemann, Müller y Leipart han traicionado, sin duda, sus principios socialistas; y, por otra parte, la "dictadura" que hoy es ejercida por la cumbre máxima del aparato de un partido gubernamental en extremo exclusivista –y del que sólo el nombre recuerda al primitivo partido "comunista" y "bolchevique"– sobre el proletariado y toda la Rusia soviética con la ayuda de una burocracia extraordinariamente desarrollada, tiene en común con las ideas revolucionarias de los consejos de 1917 y 1918 exactamente lo mismo que la dictadura del partido fascista del viejo socialdemócrata revolucionario Mussolini en Italia. Pero en ambos casos es tan poco lo que se explica hablando de "traición", que *más bien es el hecho de la traición misma lo que necesita ser explicado*.

La verdadera tarea que esta evolución contradictoria –que ha llevado del viejo lema revolucionario de "todo el poder para los consejos" al actual régimen capitalista y fascista del pretendido "estado socialista soviético– nos plantea a todos los socialistas revolucionarios con conciencia de clase de manera realmente urgente, no es, a decir verdad, sino una tarea de *autocrítica revolucionaria*. Hemos de reconocer que no sólo para las ideas e instituciones del pasado feudal y burgués, sino también para cuantos pensamientos y formas de organización ha ido procurándose la propia clase obrera en los anteriores y sucesivos periodos de su lucha de autoliberación histórica, tiene validez esa *dialéctica revolucionaria* en

* Que la crisis mundial del sistema capitalista esté ya superada es algo de lo que el capitalismo tomará nota con verdadera sorpresa, camarada Korsch. ¿Dónde demonios cabe mostrar una derrota del proletariado *provocada por la idea de los consejos*? ¡En ningún sitio! ¡Ni siquiera en Hungría o Munich! –*F. P.* [Franz Pfemfert].

virtud de la cual "el bien de ayer se convierte en el mal de hoy", por decirlo con palabras de Goethe, o, como vino a decir más clara y terminantemente Karl Marx, todo estadio histórico de una *forma evolutiva* de las fuerzas productoras revolucionarias y de la acción revolucionaria, así como de la evolución de la conciencia, puede convertirse, en un determinado punto de su proceso evolutivo, en una *rémora* para el mismo. A esta contradicción dialéctica de la evolución revolucionaria están sometidas, al igual que las restantes ideas y producciones históricas, también esas *formaciones en el orden del pensamiento y en el de la organización propias de una determinada fase histórica de la lucha revolucionaria de clase*, como la forma política "por fin hallada" hace casi sesenta años por los *communards* franceses y estructurada como forma de gobierno propia de la clase obrera al modo de *comuna revolucionaria* y su heredera, surgida en un nuevo período histórico de lucha a impulsos del movimiento revolucionario de los obreros y campesinos rusos, conocida con el nombre de "*poder revolucionario de los consejos*".

En lugar de lamentarnos sobre la "traición" a la idea de los consejos y la "degeneración" consiliar debemos proceder a sintetizar de manera sobria, serena e históricamente objetiva la evolución entera de este proceso, eleborando una *visión histórica de conjunto* que dé cuenta de sus fases sucesivas, haciéndonos, por último, la *pregunta crítica*: ¿cuál es, de acuerdo con esta experiencia histórica, *el significado real de orden histórico y clasista de esta nueva forma de gobierno*, cristalizada inicialmente en la *comuna revolucionaria* de 1871, aniquilada por la fuerza al cabo de setenta y dos días de vida y que ha encontrado su expresión más concreta y reciente en la *revolución rusa de 1917*?

Procurarse una nueva imagen, mucho más profunda y orientadora, del carácter histórico y clasista de la *comuna revolucionaria* y su prosecución en el *sistema revolucionario de consejos* resulta doblemente necesario si se piensa que incluso la crítica histórica más superficial muestra lo totalmente infundado de esa concepción, tan extendida hoy entre los revolucionarios. Dicha concepción, si bien desprecia teóricamente al *parlamento* como institución burguesa por su origen y su función y prácticamente predica la necesidad de "aniquilarlo", en el llamado "*sistema de consejos*" y en su precedente, la "*comuna revolucionaria*", vislumbra, al mismo tiempo, una forma de gobierno total y esencialmente proletaria, opuesta, por su propia naturaleza de manera inconciliable y contradictoria al estado burgués. En realidad la "comuna" repre-

senta, a lo largo de su evolución casi milenaria, no sólo una forma de gobierno burgués *más antigua* que el parlamento, sino que constituye –desde sus comienzos en el siglo XI hasta su punto culminante en el momento álgido del movimiento revolucionario de la burguesía, es decir, en la gran revolución francesa de 1789-1793– *la forma más pura*, precisamente, *en el orden clasista de la lucha que, bajo distintas modalidades, llevó a cabo durante todo este período histórico la entonces revolucionaria clase burguesa para conseguir la transformación del orden social feudal existente hasta el momento y edificar el nuevo orden social de cuño burgués*.

Cuando en la frase que citamos anteriormente –tomada de *La guerra civil en Francia*– Marx celebraba *la comuna revolucionaria de los obreros parisinos del año 1871 como "la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo"* era, al mismo tiempo, consciente de que la forma heredada de las seculares luchas burguesas de liberación de la "comuna" sólo podían asumir este *carácter nuevo* al precio de *una transformación radical de su esencia anterior*. Toma posición expresamente contra las falsas concepciones de cuantos querían ver, en su tiempo, en esta *"nueva comuna, aniquiladora del poder del estado"* una "versión renovada de las comunas medievales anteriores a dicho poder estatal y que sentaron, en realidad, las bases del mismo". Y estaba muy lejos, por supuesto, de esperar cualquier tipo de efectos milagrosos para la lucha de clases del proletariado de la *forma* política de la constitución comunal en cuanto tal, considerada independientemente del contenido clasista específico con el que, en su opinión, habían llenado los obreros de París esta forma política por ellos conquistada y puesta al servicio de su autoliberación económica en un determinado momento histórico. De acuerdo con su análisis de este problema, los obreros de París hicieron de la forma heredada de la "comuna" un instrumento de sus fines revolucionarios –opuestos radicalmente a la originaria finalidad histórica de la misma– en virtud, precisamente, de su carácter *poco evolucionado y relativamente indeterminado*. En tanto que en *el estado burgués plenamente desarrollado*, tal y como ha ido formándose –en Francia, sobre todo– en su versión clásica, es decir, como *estado representativo moderno centralizado*, el poder estatal no pasa de ser, de acuerdo con la conocida expresión del *Manifiesto comunista*, otra cosa que "un consejo de administración del conjunto de negocios de la burguesía", en las formas tempranas y poco desarrolladas de la estructura estatal burguesa, entre las que hay que situar la comuna "libre" medieval, este carácter cla-

sista específicamente burgués, consustancial a todo estado, cobra una fisonomía por completo diferente. Frente al posteriormente cada vez más evidente y cada vez más elaborado carácter del poder estatal burgués de "instrumento público coactivo para la opresión de la clase obrera", de "máquina para el dominio clasista" (Marx), en esta fase primitiva de su evolución todavía pesa más la finalidad originaria de la organización burguesa de clase como órgano de la lucha revolucionaria de liberación de la clase burguesa oprimida contra el dominio feudal medieval. Por muy poco que fuera lo que esta lucha de la burguesía medieval tenía en común con la lucha proletaria de emancipación de la época histórica contemporánea, era, no obstante, una *lucha de clases histórica*, y en esta medida –aunque, desde luego, sólo en ella– los instrumentos creados por la burguesía de acuerdo a las necesidades de su lucha revolucionaria no dejan de ofrecer también un punto de partida puramente formal para la lucha de emancipación revolucionaria que actualmente, sobre bases totalmente distintas, en condiciones harto diferentes y con vistas a otros fines, protagoniza la *clase proletaria*.

Marx llamó muy pronto la atención sobre la especial importancia que a esa serie de experiencias y conquistas tempranas de la lucha de clases sostenida por la burguesía, cuya expresión más importante puede verse en las diversas fases evolutivas de la *comuna revolucionaria burguesa de la Edad Media*, le ha ido correspondiendo en la formación tanto de la moderna conciencia proletaria de clase como de la lucha de clase del proletariado, y lo hizo mucho antes, incluso, de que el gran acontecimiento histórico del alzamiento de los *communards* parisienses de 1871 le incitara a saludar esta nueva comuna revolucionaria de los obreros de París como la forma política al fin hallada de la emancipación económica del trabajo. Debemos a Marx, a este respecto, la demostración de la *analogía histórica* existente entre *la evolución política de la burguesía* como clase oprimida y en lucha por su liberación en el seno del estado feudal medieval y *la evolución del proletariado en la moderna sociedad capitalista*. Una analogía de la que se ha servido, por cierto, como importante punto de partida en su teoría dialéctica y revolucionaria sobre *la importancia de los sindicatos y de las luchas sindicales* –una teoría aún no comprendida plena y adecuadamente, ni siquiera en nuestros días, por buen número de marxistas tanto de inspiración izquierdista como derechista–. En ella Marx ha comparado las modernas *coaliciones* de obreros con las comunas de la burguesía medieval, subrayando el

hecho histórico de que *también la clase burguesa comenzó su lucha contra el orden social feudal con la formación de coaliciones*. Ya en su escrito polémico contra Proudhon encontramos la siguiente referencia, hoy verdaderamente clásica, sobre esta cuestión:

"En la historia de la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase, derroca al feudalismo y la monarquía, para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requirió mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó su lucha con coaliciones parciales contra los señores feudales.

"Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía desde la comunidad urbana (comuna) hasta su constitución como clase. Pero cuando se trata de tomar buena nota de las huelgas, coaliciones y otras formas de las que los proletarios se sirven para culminar ante nosotros su organización como clase, los unos son presa de verdadero espanto y los otros hacen gala de un desdén trascendental" (*Miseria de la filosofía*, cap. 2, § v).

Lo que aquí expresa teóricamente el joven Marx a mediados de los años cuarenta, cuando aún es reciente su evolución al socialismo proletario, y repite sin mayores variaciones años después en su exposición de los diversos estadios evolutivos de la burguesía y del proletariado en el *Manifiesto comunista*, vuelve veinte años después a expresarlo una vez más en la conocida *Resolución del Congreso de Ginebra de la Asociación Internacional de Trabajadores concerniente a los sindicatos*. Allí se dice de éstos que ya en su anterior evolución, y sin ser conscientes de ello, más allá de sus tareas cotidianas inmediatas de defensa de los salarios y de la jornada de trabajo de los obreros contra las incesantes acometidas del capital, "*habían llegado a convertirse en puntos verdaderamente culminantes de la organización de la clase obrera, de manera similar a como las municipalidades y comunidades medievales lo habían sido para la burguesía*", de tal modo que en el futuro *habrían de obrar ya de manera plenamente consciente como puntales de la organización del conjunto de la clase obrera*.

La comuna revolucionaria [II]*

Para comprender la posición tardía de Marx respecto de la *comuna revolucionaria de los obreros parisinos* en su auténtico significado, hay que partir de la inicial visión marxiana de la relación histórica existente entre las formas de organización de la moderna lucha de clases proletaria y las de la lucha burguesa de clases, anterior a aquélla en el tiempo. Al celebrar Marx esta nueva comuna –resultante de la lucha de la clase productora contra la explotadora y capaz de destruir en un acto revolucionario la anterior máquina estatal burguesa– como la forma al fin hallada para llevar a cabo la emancipación del trabajo, no se proponía en absoluto, a diferencia de lo que han hecho algunos de sus seguidores después de su muerte e incluso en nuestros propios días, señalar *una forma determinada de organización política*, llámese la *comuna revolucionaria* o el *sistema revolucionario de consejos* como única forma válida patentada de la dictadura revolucionaria de clase del proletariado. En la frase inmediatamente anterior alude expresamente a la "diversidad de interpretaciones que se han hecho de la comuna y la diversidad de intereses que en ella se veían expresados" y, en consecuencia, al carácter *extraordinariamente dúctil* de la forma política representada por esta nueva modalidad de gobierno. Precisamente esta *ilimitada ductilidad* de las nuevas formas de poder político creadas por los *communards* de París en el ardor de la lucha y por las que éste vino a diferenciarse de la "clásica evolución del gobierno burgués" –del poder estatal cen-

* "Revolutionäre Kommune II", en *Die Aktion*, XXI, 1931, núm. 3-4, pp. 60-64.

tralizado de la moderna república parlamentaria– constituye para Marx el supuesto previo más importante de la posibilidad de utilización en última instancia de esta forma, manteniéndose rigurosamente fiel a los verdaderos intereses de la clase obrera, como palanca incluso para derrocar los fundamentos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases, el dominio, en suma, estatal y clasista. La *constitución revolucionaria comunal* acaba convirtiéndose así, en determinadas condiciones históricas, en la forma política de un *proceso de evolución*, es decir, expresado más claramente, de una *acción revolucionaria* cuyo objetivo esencial no consiste ya en *el mantenimiento de una determinada forma de dominio estatal*, ni en *la consecución*, tampoco, *de un nuevo tipo "superior" de estado*, sino, mucho más, en la definitiva creación de los presupuestos materiales para la disolución de todo tipo de estado. "*Sin esta última condición, la constitución comunal no pasaría de ser una imposibilidad y un error*", dice Marx en este contexto con toda la claridad deseada.

Con todo, sin embargo, entre la caracterización marxista de la Comuna de París como la "*forma política*" al fin hallada para la autoemancipación económica y social de la clase obrera y el énfasis que al mismo tiempo pone en subrayar que lo apropiado de la comuna revolucionaria que se propone este fin radica, de manera fundamental, en la indeterminación y ambigüedad de esta forma política, es decir, en su *carencia de forma*, no deja de existir una *contradicción* irresuelta. Sólo en un punto parece estar totalmente clara la posición a la que Marx se adhirió en esta época bajo la impresión de determinadas teorías políticas con las que fue tomando contacto e incorporando a su concepción política inicial y como reacción práctica, en no escasa medida, a la poderosa experiencia de la Comuna parisiense. En tanto que en el *Manifiesto comunista* de 1847-1848 y en el *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores* de 1864 habla de la necesidad de la conquista del poder político por el proletariado, en las experiencias de la Comuna de París aprendió claramente que "la clase obrera no puede limitarse, sin más, a apoderarse de la máquina estatal en su organización actual, volviéndola a poner en movimiento de acuerdo con sus propios fines, *sino que debe aniquilar revolucionariamente la máquina estatal burguesa con que se ha encontrado*". Desde entonces y, muy especialmente, desde que a partir de 1917 Lenin hizo culminar estas manifestaciones en el plano teórico –en su escrito *El estado y la revolución*– y en el práctico –con la Revolución de Octubre– convirtiéndose así en el

nuevo intérprete de esta teoría marxista del estado, aún no falseada, dichas manifestaciones han sido aceptadas como elemento nuclear y medular de la teoría política del marxismo, globalmente considerada.

Ahora bien, no deja de resultar evidente que con esta determinación puramente *negativa* de la esencia del nuevo poder estatal revolucionario del proletariado, de acuerdo con el cual dicho poder *no* puede ser "la máquina estatal ya organizada, asumida, sin más, por la clase obrera y puesta en movimiento de acuerdo con sus propios fines" del anterior estado burgués, no se dice, en realidad, nada *positivo* acerca del *carácter formal* de este nuevo poder estatal proletario. ¿En virtud de qué, hemos de preguntarnos, representa precisamente la "comuna", en su forma específica, tal y como Marx la definió en su *Guerra civil* y veinte años después volvió Engels a describirla en su detallada introducción a la tercera edición de dicha obra, "la forma política" al fin hallada de gobierno de la clase obrera? ¿Cómo llegaron Marx y Engels, los ardientes admiradores del *sistema centralista de la dictadura burguesa revolucionaria edificado por la Convención de la gran Revolución Francesa*, a considerar como "forma política" de la *dictadura revolucionaria del proletariado* precisamente la "*comuna*", es decir, algo total y evidentemente opuesto a aquel sistema?

En realidad, un análisis medianamente riguroso de los programas políticos y de los objetivos planteados por ambos fundadores del socialismo científico, tanto en la época *anterior al alzamiento de la Comuna de París* como también *después* del mismo, evidencia lo insostenible de la tesis de que la forma de dictadura proletaria elaborada en 1871 por la comuna de París resulta en cierto modo conciliable con dichas teorías políticas. Más bien parece, por el contrario, que en este punto concreto le correspondía la verdad histórica al gran contrincante de Marx en la Primera Internacional, Mijail Bakunin, cuando acerca de la posterior adhesión por parte del marxismo a la Comuna de París se expresa en los siguientes términos no poco burlones:

"La impresión que causó este alzamiento comunista fue tan poderosa, que incluso los *marxistas*, cuyas ideas habían sido arrojadas totalmente por la borda en virtud, precisamente, de dicho alzamiento, se vieron obligados a quitarse el sombrero ante él: *es más, contra toda lógica y en contra de sus más íntimos sentimientos hicieron suyo el programa y los objetivos de la comuna*. Era un *travestie* cómico y forzado. Pero no tenían más remedio que hacerlo, de lo contrario habrían sido repudiados y abandonados por todos, tan

fuerte era la pasión que esta revolución había despertado en todo el mundo." (Citado según Brupbacher, *Marx y Bakunin*, pp. 114-115.)

Las ideas revolucionarias de los *communards* parisinos de 1871 derivaban en parte del programa federalista de Bakunin y Proudhon, en parte del cúmulo de ideas jacobinas sobrevivientes bajo el nombre de *blanquismo*, pero sólo en una medida muy escasa del *marxismo*. Cuando veinte años más tarde Friedrich Engels decía que los *blanquistas*, que figuraban en mayoría en la Comuna parisiense, se habían visto obligados por la fuerza de los hechos a proclamar en lugar de su propio programa de "centralización dictatorial rigurosa de todo el poder en manos del nuevo gobierno revolucionario" justamente lo contrario, es decir, *la libre federación de todas las comunas francesas con la Comuna de París*, estaba aludiendo a una contradicción harto similar a la que había surgido entre la teoría política hasta entonces representada por Marx y Engels y su incondicional reconocimiento de la comuna como "la forma política al fin hallada" del gobierno de la clase obrera. Cuando en su escrito *El estado y la revolución* Lenin expone la evolución de la teoría marxista del estado, tal y como si ya en 1852 Marx hubiera dado a su abstracta formulación –formulada en el *Manifiesto comunista* de 1847-1848– de la tarea política del proletariado revolucionario en el período de transición el contenido concreto de la *destrucción y aniquilación* del viejo poder estatal burgués por parte del proletariado victorioso, está incurriendo en un error. Contra esta tesis leninista puede esgrimirse incluso el propio testimonio de Marx y Engels, que declararon repetidas veces que fueron precisamente *las experiencias de la Comuna de París de* 1871 lo que les procuró la *prueba* incontrovertible de que "*la clase obrera no podía limitarse, sin más, a apoderarse de la máquina estatal en su organización actual, volviéndola a poner en movimiento de acuerdo con sus propios fines*". El propio Lenin revela el salto lógico que en este punto incurre su exposición del proceso evolutivo de la teoría marxista revolucionaria del estado en virtud, precisamente, de ese *salto extremo de todo un período de veinte años* que, sin más, efectúa en su análisis del conjunto de escritos y consideraciones de Marx y Engels sobre este tema. Análisis extraordinariamente exacto, por lo demás, en el plano histórico y filológico. Del *18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) pasa directamente a la *Guerra civil en Francia* (1871), olvidando –o pasando por alto–, entre otras cosas, que incluso en el *Manifiesto inaugural de la Primera Internacional* de 1864, Marx había sinteti-

zado el "programa político" global de la clase obrera en la siguiente frase lapidaria: *"Conquistar el poder político es ahora, por tanto, la gran tarea de la clase obrera"*.

No obstante, ni siquiera *después de 1871*, una vez hecha suya de manera mucho más clara y unívoca, a raíz de las experiencias de la Comuna de París, la necesidad inexcusable de la aniquilación de la máquina estatal burguesa y de la edificación de la dictadura de clase del proletariado, se decidió a postular como *forma política* de dicha dictadura proletaria *una forma de gobierno del tipo de la Comuna revolucionaria de París*. Únicamente toma posición, según parece, a favor de este punto de vista en el momento histórico preciso en el que en su *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la guerra civil en Francia,* escrito con sangre y fuego, se enfrenta en nombre de esta primera organización del proletariado revolucionario, contra la reacción triunfante, es decir, a favor de los heroicos luchadores y de las víctimas de la comuna. En atención a la *esencia* revolucionaria de la Comuna de París sofocó la crítica que desde sus supuestos teóricos debería haber planteado a esta *forma* histórica específica de la misma. Si a pesar de todo aún avanzó un paso más, llegando a celebrar la forma política de la constitución comunal revolucionaria como la "forma al fin hallada" de dictadura proletaria, no es ello cosa que pueda ser explicada en virtud, simplemente, de la obvia *solidaridad* de Marx respecto de los obreros revolucionarios de París, sino, sobre todo, de un objetivo secundario realmente importante. Con este *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores*, escrito por él inmediatamente a raíz de la gloriosa lucha y de la derrota de los *communards* de París, Marx no se proponía únicamente acercar el marxismo a la comuna, sino, sobre todo, y al mismo tiempo, acercar la comuna al marxismo. Si se pretende comprender adecuadamente su sentido y alcance, este singular escrito no debe ser leído tan sólo como un documento histórico clásico, como un canto épico y elegíaco a un tiempo, sino asimismo como *un escrito polémico y comprometido de Marx contra su más próximo enemigo, un enemigo contra el que ya entonces se hallaba empeñado en una serie de luchas sin cuartel que pronto habrían de llevar a la Primera Internacional a su desmoronamiento definitivo*. Este objetivo tan declaradamente partidista hizo que Marx no apreciara en su escrito con la necesaria exactitud histórica ese coherente movimiento revolucionario del proletariado francés que comenzó en Lyon y Marsella en 1870 *con los alzamientos comunales* y culminó en 1871 *con el*

alzamiento de la Comuna de París. Este objetivo le obligó también a presentar la constitución comunal revolucionaria, a la que saludó como la "forma política al fin hallada" de la dictadura de clase proletaria, al modo de un gobierno *centralista*, violentando así su esencia.

Ya en Marx y Engels, y todavía más en Lenin, encontramos, pues, que el carácter esencialmente federalista de la Comuna de París es dejado a un lado. Aunque Marx no puede menos de dar cuenta, en su breve interpretación del *Esquema de constitución comunal panfrancesa* elaborado por la Comuna de París, de los rasgos inequívocamente federalistas de esta constitución, no deja, sin embargo, de subrayar premeditadamente el hecho (por otra parte en modo alguno negado, como es obvio, por federalistas del tipo de Proudhon y Bakunin) de que por medio de esta constitución "*no sólo no debería ser destruida la unidad de la nación, sino que más bien debería ser, por el contrario, reorganizada*". Suscribe las "*escasas, pero importantes funciones*" que hasta en una constitución comunal como ésta siguen correspondiéndole a un "*gobierno central*". Y añade que de acuerdo con el plan de la comuna, estas funciones "*no deberían ser abolidas, como se ha afirmado falsamente, sino que, por el contrario, deberían ser encomendadas a funcionarios comunales, es decir, a funcionarios rigurosamente responsables*". Sobre esta base explica después Lenin que en los estudios de Marx sobre el intento de la comuna "*ni siquiera resulta perceptible una huella de federalismo*". "Marx es centralista y en los escritos suyos que acabamos de citar no viene contenida la menor desviación respecto del centralismo." Completamente cierto, pero precisamente por eso –y aunque Lenin se olvide de aludir a ello en este punto– esta exposición marxiana de la Comuna de París es todo menos una caracterización históricamente válida de la constitución comunal revolucionaria a la que aspiraban los *communards* parisinos y que llegaron a realizar en los primeron momentos.

Con el fin de obviar en la medida de lo posible el carácter federalista y anticentralista de la Comuna de París, tanto Marx y Engels como sobre todo Lenin, han subrayado la dimensión negativa de la Comuna, es decir, su idea de *la destrucción del viejo poder estatal burgués*. En lo tocante a este punto no hay disputa alguna entre los revolucionarios. Marx, Engels y Lenin han insistido, con toda razón, en la necesidad de cifrar el motivo determinante del carácter proletario y revolucionario de la forma de poder político representada por la Comuna en su *esencia social* como realización de la dictadura de clase del proletariado. Frente a sus

oponentes "federalistas" han insistido una y otra vez en que *la forma federal y descentralizada de estado es, en sí, tan burguesa como la centralista propia del moderno estado burgués*. De todos modos, no deja de resultar perceptible en ellos un error harto similar al que con tanta energía combatieron siempre en sus enemigos, en la medida en que a pesar de su postura de reserva respecto del carácter "federalista" de la constitución comunal no dejaron de conceder excesiva importancia a *ciertas diferencias formales existentes entre la Comuna de París y la constitución estatal parlamentaria u otras formas de gobierno propias de la burguesía*. Por ejemplo, a la *sustitución del ejército por la milicia, a la unificación efectuada entre los poderes legislativo y ejecutivo y a la responsabilidad y posibilidad de destitución de los funcionarios "comunales"*. Con ello han dado lugar a una considerable confusión conceptual, que no sólo ha reportado graves daños en lo tocante a *la postura de los marxistas respecto de la Comuna de París, sino asimismo, y sobre todo, de cara precisamente a la ulterior posición de la línea marxista revolucionaria respecto del nuevo fenómeno histórico del estado consiliar revolucionario*.

Si ver, al modo de Proudhon y Bakunin, en la forma "federalista" una superación del estado burgués es desde todo punto de vista inexacto, no lo es menos creer, como hacen hoy algunos marxistas partidarios de la comuna revolucionaria, es decir del sistema revolucionario de consejos, influidos por las explicaciones confusionistas de Marx, Engels y Lenin, que un diputado con mandato breve, revocable en todo momento, y de funciones perfectamente delimitadas, o un funcionario estatal vinculado mediante contrato privado y con un "salario" ordinario, constituyen una institución menos burguesa que la de un parlamentario electo. Es totalmente erróneo por su parte creer que hay algún tipo de constitución "comunal" o "consiliar" en virtud de la cual y por cuya puesta en práctica al estado regido por el partido proletario revolucionario pueda resultarle factible la eliminación del carácter, consustancial a todo estado, de instrumento de opresión clasista. Toda la teoría de Marx y Engels acerca de la "*muerte del estado en la sociedad comunista*", heredada de la tradición del socialismo utópico y perfeccionada sobre la base de la experiencia práctica de las luchas proletarias de clase de su época, pierde su sentido revolucionario si, con Lenin, se piensa que hay un estado en el que la minoría deja de oprimir a la mayoría, de tal modo que antes bien es "la mayoría del propio pueblo" la que "oprime a sus propios opresores" y que *semejante estado de dictadura proletaria puede convertirse, por su propia naturaleza, en el realizador de la*

verdadera democracia, es decir, de la democracia proletaria, con lo que ya puede ser considerado como "un estado en proceso de desaparición".

Urge llamar nuevamente la atención con toda claridad acerca de las dos *enseñanzas básicas* de la auténtica teoría proletaria y revolucionaria, que a causa de su *temporal adecuación* a las exigencias prácticas de fases de la lucha como las del *alzamiento de la Comuna de París de 1871* y la *de la revolución rusa de octubre de 1917* han acabado por caer en el peligro de perder toda su vigencia. La auténtica *meta final* de la lucha proletaria de clases no es un determinado *estado*, por "democrático", "comunal" o "consiliar" que sea, sino la *sociedad* comunista sin clase y sin estado, cuya forma de conjunto no es la representada por tal o cual poder político, sino por esa "*asociación en la que el libre desarrollo de cada cual es condición inexcusable para el libre desarrollo de todos*". (*Manifiesto comunista.*)

Hasta ese momento, dicho estado sólo *se diferenciará* del estado burgués, en el período de transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en comunista, *en virtud de su esencia de clase y de su función social, pero no de su forma política*, tanto si la clase proletaria puede "*conquistar*", con mayores o menores variaciones, el aparato estatal anterior, de acuerdo con la ilusión de los reformistas, como si, de acuerdo con la teoría marxista revolucionaria, sólo puede apropiárselo verdaderamente a base de "*aniquilar*" sin residuos la forma anterior, "*sustituyéndola*" *por una nueva forma, constituida revolucionariamente.* En este contenido social de la *forma política* y no en tal o cual peculiaridad artificialmente elaborada o implantada en momentos o circunstancias harto especiales radica *el "verdadero secreto" de la comuna revolucionaria, del sistema revolucionario de consejos y de cualquier otra forma histórica de realización del gobierno de la clase obrera.*

Economía y política en la España revolucionaria *

Quien quiera calibrar con realismo el trabajo positivo llevado a cabo por el proletariado revolucionario en Cataluña y en otras regiones de España deberá abstenerse de enjuiciar sus logros tanto a la luz de unos ideales puramente abstractos como a partir de los resultados alcanzados por otros movimientos revolucionarios en circunstancias radicalmente distintas. No cabe la menor duda de que, en sus resultados tangibles, ni siquiera en las industrias catalanas, donde podemos estudiarla en forma más evolucionada, puede decirse que la colectivización se haya aproximado a la imagen ideal que de la misma nos ofrece la teoría socialista y comunista. Y esta distancia aumenta si comparamos dicha realidad con los elevados sueños de varias generaciones de obreros revolucionarios sindicales y anarquistas desde los días de Bakunin.

Entre las conquistas de la primera fase de la revolución española, iniciada por la rápida respuesta de los obreros revolucionarios a la acción de Franco y de sus aliados fascistas, nacionalsocialistas y democráticoburgueses, y que ahora está llegando al final, y lo que ocurrió en Rusia con posterioridad a octubre de 1917, sea el llamado "comunismo de guerra", sea la fase, inmediatamente posterior, de la nueva política económica, no existe la menor analogía histórica. Desde la caída de la monarquía, en 1931, el poder político no estuvo ni un solo momento, en todo el transcurso del movimiento revolucionario, en manos de los obre-

* "Economics and politics in revolutionary Spain", en *Living Marxism*, 1938, vol. 4, núm. 3, pp. 76-82.

ros o de algún partido u organización que pudiera hablar en nombre de la vanguardia revolucionaria de los trabajadores. Esto es cierto no sólo a nivel nacional sino también regional; y vale incluso para las condiciones que prevalecieron en el bastión sindicalista de Cataluña durante los meses que siguieron a julio de 1936, cuando el poder del gobierno se había vuelto temporariamente invisible y la nueva y todavía indefinida autoridad ejercida por los sindicatos no alcanzó un preciso carácter político. Sin embargo, la situación surgida en aquellos momentos no quedaría adecuadamente descrita con el calificativo de un "dualismo de poderes". Sus causas determinantes eran, en primer lugar, la escisión consumada entre la sustancia (económica) del estado, que había pasado a disposición de los obreros, y su envoltura (política); en segundo lugar, los conflictos internos entre las fuerzas de Franco y las de los "leales", entre Madrid y Barcelona, y, por último, el hecho decisivo de que la función principal del aparato burocrático y militar de cualquier estado capitalista –cual es, la represión de los trabajadores– resultaba ya impracticable frente a un proletariado armado.

Discutir acerca de si en los siete últimos años de evolución revolucionaria ha habido "situaciones objetivas" –en octubre de 1934, en julio de 1936 y en mayo de 1937– en las que una clase obrera unida en la acción hubiera podido apoderarse del poder estatal, sin haber llegado a hacerlo por escrúpulos teóricos o por debilidad interna de sus posiciones revolucionarias, no deja de ser un empeño inútil. Puede que así ocurriera en julio de 1936, cuando los obreros y milicianos sindicalistas y anarquistas de Barcelona se hicieron con los depósitos de armas del gobierno y se armaron con el material de guerra ocupado al aplastar el golpe fascista, pero sólo en un sentido paralelo al de los acontecimientos de julio de 1917, cuando los obreros y soldados revolucionarios de San Petersburgo se lanzaron a la calle al conjuro de los lemas bolcheviques: "*Todo el poder para los consejos*" y "*Abajo con los ministros capitalistas*". Así obligaron al vacilante comité central del partido bolchevique a anular su inicial negativa a tomar parte en un movimiento revolucionario "prematuro" y a convocar al pueblo y a los soldados a una manifestación armada "pacífica".

Frente a quienes hoy, al cabo de veinte años, ponen como ejemplo la decisión revolucionaria de la dirección bolchevique de 1917 frente a la indecisión caótica, caracterizada por las vacilaciones y divisiones internas, de los anarquistas y sindicalistas españoles entre 1936 y 1938, no deja de ser necesario recordar que

en las negras jornadas de 1917, tres meses antes de la victoria de la Revolución de Octubre, Lenin y el partido no estaban tampoco en condiciones de evitar– o transformar en victoria– una situación que S. B. Krassin (antiguo bolchevique que ocupó más tarde cargos importantes en el gobierno de la Unión Soviética y que en aquellos momentos trabajaba como gerente de una empresa industrial) caracterizaba con las siguientes palabras:

"Durante dos días, las llamadas masas, sobre todo soldados y buen número de *holigans* deambularon sin rumbo por las calles, disparándose entre sí, a menudo por miedo, huyendo a la primera alarma y sin la menor idea de lo que estaba ocurriendo."[1]

Incluso mucho después, iniciada ya la glorificación del victorioso bolchevismo, pero cuando todavía era posible una moderada "autocrítica" en las altas jerarquías del partido dominante, recordaba el comisario del pueblo Lunacharski los acontecimientos de julio en estos términos:

"Hemos de reconocer que el partido no sabía cómo abrirse camino a través de tantas dificultades. Las manifestaciones de los mencheviques y socialrevolucionarios le obligaron a exigir algo que éstos eran orgánicamente incapaces de acometer. Y cuando –como era previsible– se negaron,[2] el partido no sabía qué hacer. Dejó a los manifestantes en la arena, sin plan alguno, dando tiempo al enemigo para reorganizar sus fuerzas, en tanto que las nuestras se descomponían y nos encaminábamos, con los ojos abiertos, hacia una derrota temporal."

Tampoco las consecuencias inmediatas de lo que, análogamente al reproche hecho tantas veces a los sindicalistas españoles de falta de dirección revolucionaria, podemos calificar como *la incapacidad del partido bolchevique para conquistar el poder en una situación objetivamente revolucionaria*, fueron distintas para los bolcheviques y para los anarcosindicalistas de 1934, 1936 y 1937. Contra Lenin se hizo circular la acusación comprometedora de que desde su llegada a Rusia todos sus actos y, especialmente, la manifestación armada de julio, eran secretamente dirigidos por el Estado mayor alemán. El cuartel general bolchevique fue arrasado, la imprenta cerrada, Kaménev, Trotski y otros muchos dirigentes fueron detenidos. Lenin y Zinóviev debieron refu-

[1] Esta y la siguiente cita han sido tomadas del libro de J. Bunyan y H. H. Fisher, *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*, Stanford University Press, 1934.

[2] Los bolcheviques exigían un gobierno menchevique y socialrevolucionario sin ministros burgueses.

giarse en la clandestinidad, en la que Lenin aún vivía cuando casi dos meses después se vio obligado a prevenir a sus camaradas contra el peligro de comprometer la independencia revolucionaria del partido apoyando al gobierno frentepopulista de Kerenski en su lucha contra el alzamiento contrarrevolucionario del general Kornílov.

No sería, pues, correcto hacer objeto a los obreros españoles y a sus dirigentes revolucionarios sindicalistas y anarquistas del reproche de haber desaprovechado la ocasión de conquistar el poder, bien a escala nacional, bien solamente en Cataluña, en circunstancias que un partido verdaderamente revolucionario, como el de los bolcheviques rusos, no hubiera desaprovechado. No es posible dar a la política seguida por los bolcheviques en julio de 1917 el calificativo de "prudente y realista política revolucionaria" y, al mismo tiempo, acusar de "falta de previsión y decisión revolucionaria" a la misma política cuando es practicada, en circunstancias muy similares, por los sindicalistas españoles. En tal caso debería aceptarse la afirmación hecha hace más de doscientos años por Pascal, de acuerdo con la cual "lo que es verdad a este lado de los Pirineos es mentira al otro".

Esto no equivale a negar que las acciones revolucionarias de los obreros catalanes fueron efectivamente frenadas por su tradicional abstinencia política. Ni siquiera las más radicales medidas económicas dictadas por ellos en el momento en que parecían ser los dueños absolutos de la situación –y como tal se consideraban– dieron lugar a resultados similares a los provocados por las medidas económicas y políticas de la dictadura bolchevique, que llenaron de furia y espanto a sus enemigos del interior y de todo el mundo burgués. En las crónicas burguesas sobre la España revolucionaria apenas percibimos el desasosiego con el que los observadores extranjeros daban cuenta del presunto "horror" de la revolución bolchevique en la época del *cordon sanitaire*. (Hasta el antiguo marxista revolucionario Karl Kautsky se hacía eco entonces –y soy de la opinión de que efectivamente convencido de ello– de la noticia de que los bolcheviques habían coronado sus medidas de expropiación "socializando las mujeres de la burguesía".) En comparación con tales exageraciones, en las crónicas del corresponsal del *Times* (londinense) sobre las colectivizaciones no dejamos de encontrar incluso cierta dosis de humor y de risueña confianza en el "individualismo" del pueblo español:

"La llegada del gobierno central trajo nueva vida a Barcelona. Bajo el peso de la colectivización, la gran ciudad había comen-

zado a adormecerse. En España, donde todo el mundo quiere ser el señor de sí mismo, la felicidad no puede ser colectivizada. Un propietario de hotel incapaz de trabajar como camarero en el establecimiento que antes era suyo, prefiere trabajar –de camarero– en otro sitio. De un conocido actor que interpretaba un papel principal en la escena, pero muy secundario a la hora de cobrar, se cuenta que deseaba ser sustituido por el tramoyista: 'Como ganamos lo mismo hoy me encargaré yo de los decorados y él que salga a escena.' Descubrir a catedráticos del conservatorio tocando el segundo violín en la orquesta se ha convertido en una de las diversiones –diversión un tanto amarga– de los asistentes a las sesiones de cine y espectáculos."

Incluso en la crónica, escrita un mes después en tono mucho más hostil, por el corresponsal en Barcelona del *New York Times*, puede encontrarse una sugestiva descripción de la vida de los obreros en "las industrias colectivizadas de España", completada, para los lectores interesados en la estabilidad del estado y en la especulación bolsística, con una tranquilizadora observación –documentada con el ejemplo de la industria de confección –acerca de lo limitado del radio de la colectivización, "dado que los republicanos prefieren el control estatal al control obrero e intentan proteger los intereses extranjeros en España". En tono similar es descrito a los lectores del número del *Evening Standard* correspondiente al 7 de marzo de 1938 el "hombre fuerte" de España (el ahora depuesto ministro de defensa del gobierno leal Indalecio Prieto) como un "simpático propietario de periódicos, entrado en carnes y con gran papada, muy aficionado a las angulas", un hombre cuyo "valor" es reconocido incluso por Franco y que mantiene relaciones amistosas con Juan March, el financiero del alzamiento franquista.

El hecho de que la CNT y la FAI se hayan visto por fin obligadas, en virtud de experiencias muy amargas, a deponer su tradicional estrategia de abstencionismo político ha hecho ver a todos los revolucionarios –con excepción de algunos grupos anarquistas desesperadamente sectarios– *la íntima relación existente entre la acción económica y la acción política en todas las fases de la lucha de clases del proletariado, y muy especialmente en la fase revolucionaria.* Ésta es la enseñanza más importante de la revolución española, episodio final de la ola revolucionaria desencadenada a raíz de la primera guerra mundial. Su importancia aumenta, por otra parte, sobremanera, si pensamos en la fundamental diferencia existente entre el movimiento de clase de los obreros españoles y las formas

de la lucha política de clases en Europa y en los EE. UU. durante los últimos tres cuartos de siglo.

La validez de esta enseñanza no es debilitada por la relativa moderación de las actuales exigencias de la CNT. No cabe la menor duda de que en la proposición de abrir un "nuevo período constitucional, acorde con las aspiraciones de las masas, en una república socialista, democrática y federal" no hay nada con lo que el gobierno frentepopulista no pueda estar de acuerdo, ni aún en el supuesto de seguir practicando su anterior política burguesa. Tampoco la creación de un "Consejo nacional de economía sobre una base política y sindical en la que la socialdemocrática UGT y la sindicalista CNT estuvieran fuertemente representadas" podría transformar la vieja tendencia, marcadamente burgués-reformista, del gobierno en una nueva tendencia proletario-revolucionaria. En este punto se evidencia una vez más la gran similitud existente entre la táctica actual de los sindicalistas y la postura de los bolcheviques inmediatamente antes e incluso después del putsch de Kornílov. De ser cierta esta analogía, de sernos posible demostrar que hasta un partido revolucionario de tan marcada superioridad y experiencia políticas como el partido que hizo la revolución de octubre sólo pudo lograr su objetivo en virtud de una intuición histórica totalmente distinta a la que poseía anteriormente, ¿cómo podríamos exigir un rendimiento tan sobrehumano y suprahistórico a un grupo de proletarios revolucionarios tan poco politizados ahora y tan carentes, por tanto, de experiencia política, en un momento en el que la contrarrevolución del Kornílov ibérico no solamente no se ha derrumbado todavía, sino que se extiende victoriosamente y ataca el corazón industrial de España, la última fortaleza de las fuerzas antifascistas y anticapitalistas, la provincia proletaria de Barcelona?

Desde el punto de vista de una sobria investigación histórica existen pruebas suficientes de que la dirección bolchevique de 1917 no estaba exenta de la falta de previsión y de las vacilaciones humanas inherentes a toda acción revolucionaria. Incluso después de la victoriosa culminación de esa pieza maestra de estrategia política ejecutada por los bolcheviques durante el episodio de Kornílov en agosto y septiembre de 1917 –meses en los que de acuerdo con las sagaces instrucciones de Lenin se esforzaron por "*luchar contra las tropas de Kornílov tanto, por lo menos, como Kerenski*", sin ayudar, no obstante, a éste, y procurando, por el contrario, "*evidenciar su debilidad*"– partía Lenin del supuesto de

que después de la derrota de Kornilov la debilidad del gobierno provisional resultaba tan evidente que cabía pensar en una prosecución pacífica de la revolución sustituyendo a Kerenski por un gobierno socialrevolucionario y menchevique, responsable ante los *soviets*. En este gobierno no habrían de participar los bolcheviques, aunque, de todos modos, "renunciarían a exigir la transmisión inmediata del poder a los obreros y campesinos pobres y a aplicar, con tal fin, métodos revolucionarios". Hay que añadir, sin embargo, que al proponer Lenin esta táctica en septiembre de 1917, en su conocido trabajo *Sobre los compromisos*, no se vanagloriaba, como hoy vemos que hacen Stalin y los anarquistas enemigos del estado en la ultracapitalista Holanda, de impecable honradez revolucionaria. Lo cierto es que esta pequeña porción de historia real muestra lo poco justificados que están los mezquinos sucesores de Lenin al criticar los logros de los sindicalistas en la Cataluña revolucionaria, incluso haciendo abstención del conocido doble significado de la "ayuda" que los comunistas y el estado ruso han prestado a los obreros españoles en la propia España y en el comité de "no intervención".[3]

Sobre el trabajo constructivo que con grandes esfuerzos y heroicos sacrificios se ha ido llevando a cabo en España en los lugares donde ha logrado prevalecer el programa anarcosindicalista de "colectivización" sobre los imperativos socialdemócratas y comunistas de "*nacionalización*" e "*intervención estatal*" ha caído una profunda sombra. Todo este trabajo ha sido, no obstante, meramente preparatorio. Su desarrollo ulterior y su supervivencia dependen estrechamente del progreso del movimiento revolucionario y, sobre todo, de la decisiva derrota de la contrarrevolución de Franco y de sus poderosos aliados fascistas y semifascistas. A pesar de todo, en momentos como los actuales, en los que la derrota del tan alabado nuevo ejército republicano ha arrojado tal luz sobre la debilidad interna del gobierno de Negrín que Indalecio Prieto, el representante más destacado de las fuerzas fascistas y capitalistas en el gobierno frentepopulista, ha tenido que ser depuesto de manera harto poco gloriosa, haciéndose inevitable un pronunciado "giro a la izquierda" del gobierno, una victoria conseguida a última hora por las fuerzas revolucionarias y

[3] Citamos una frase del *Pravda* del 17 de diciembre de 1936 claramente expresiva respecto de las intenciones de los "amigos stalinistas en una España bolchevizada": "La purificación de todo tipo de elementos trotskistas y anarcosindicalistas ha comenzado ya en Cataluña. Será llevada a cabo con tanta energía como en Rusia."

proletarias en Barcelona aumentaría no poco la importancia histórica inmediata y el significado práctico del gran experimento de una colectivización auténticamente proletaria, es decir, alentada y sostenida por los propios obreros y por sus sindicatos.

Sin semejante giro favorable, la exposición de la *colectivización* catalana –efectuada de manera imparcial e impresionante en un pequeño libro[4] publicado por la CNT y la FAI, cuyas líneas esenciales sirven de base a nuestro propio análisis y crítica de las experiencias españolas– no podría aspirar a méritos superiores a los reflejados por Marx, Engels, Lissagaray y otros autores en sus escritos sobre los experimentos económicos de la Comuna revolucionaria de los obreros parisinos de 1871. Ambos forman parte del pasado histórico, al igual que los intentos de los obreros revolucionarios italianos de 1920, aniquilados luego por las hordas de un Mussolini pagado por los aterrorizados propietarios y capitalistas, o que los intentos, no menos perecederos, acometidos por la vanguardia obrera de Alemania y Hungría entre 1918 y 1923. No mayor importancia práctica para la ulterior "edificación socialista" –tal y como ha sido llamada– en la Unión Soviética les ha correspondido a los resultados, mucho más amplios y conocidos, alcanzados por los obreros rusos entre 1918 y 1920, es decir, en un período de auténtica experimentación comunista. Bien pronto fueron rechazados por los bolcheviques como una forma negativa del comunismo, un comunismo que se había visto obligado a adoptar una línea extraña por necesidades de la contienda y de la guerra civil. De este modo el "comunismo de guerra" ha acabado por convertirse en un simple y mal recordado episodio del pasado histórico y no olvidemos que este "comunismo de guerra" era un movimiento mucho más positivo que el de la nueva política económica en sus diversas formulaciones y en todas las demás variantes de una política, seguida por los diversos grupos de la burocracia posleninista y estalinista, a la que ya no cabe calificar de proletaria y socialista, y todo ello en un país que aún hoy pretende estar situado, con su edificación del "socialismo en un solo país", en la cumbre de la clase obrera internacional.

Ya antes de este viraje en la política económica bolchevique, el 4 de diciembre de 1919, es decir dos años después de la toma del poder, Lenin había aludido, ante el Primer Congreso de comunas agrícolas, a los resultados de la lucha que se libraba para rea-

[4] Cf. *Collectivisations. L'oeuvre constructive de la révolution espagnole. Recueil de documents,* Éditions CNT-FAI, 1937.

lizar el comunismo en los siguientes términos: "El comunismo es el estadio más alto del socialismo, el momento en el que los hombres trabajan porque han comprendido la necesidad del trabajo para el bien común. Sabemos que actualmente no podemos edificar ningún sistema socialista, ojalá sea edificado en la época de nuestros hijos o de nuestros nietos."

"Al servicio de la historia de la revolución" es el lema del libro sobre la revolución española que citábamos arriba. Tanto para su editor como para nosotros, obreros revolucionarios en un mundo sombrío, sacudido por una crisis, en el que todas las formas del "viejo" movimiento obrero socialista, comunista y anarquista están en decadencia, dicho lema significa que de los éxitos y fracasos históricos debemos extraer las necesarias enseñanzas para el futuro y encontrar las vías y medios para la realización de los objetivos de la clase obrera revolucionaria.

La colectivización en España *

Ya en un número anterior[1] procuramos refutar un error fundamental al que se debe que la singular importancia de esa nueva fase de la revolución española iniciada el 19 de julio de 1936 haya quedado oculta y a los ojos de la *clase* obrera internacional. A pesar del creciente volumen de la bibliografía sobre la cuestión española, carecemos todavía de un informe verdaderamente completo sobre lo que, según nuestra concepción, constituye el contenido real de las luchas revolucionarias actualmente en curso en España. No esperamos, por supuesto, semejante información de la pluma de esos autores de orientación progresista para quienes la lucha de clases, de intensidad aún hoy creciente, la guerra y la guerra civil no son sino expresión de la lucha ideológica entre el principio "fascista" y el "democrático". De todos modos, el contenido real de esta lucha espiritual –como se llama– tampoco es aclarado por los historiadores aparentemente objetivos, que en estos momentos dejan a un lado el aspecto propiamente de guerra civil de la actual evolución española (por no hablar de los conflictos mucho menos visibles entre los diversos grupos del frente popular leal) considerándolos, simplemente, como una fase subordinada de la lucha entre los diversos grupos de poder imperialistas, que, en su opinión, constituye *el* contenido esencial del conjunto de procesos políticos que se desarrollan actualmente a escala mundial. Ante la superficialidad tanto "idealista" como "realista" de los historiadores burgueses, el lec-

* "Collectivization in Spain', en *Living Marxism,* 1939, vol. 4, núm. 6, pp. 178-182.

[1] Se trata del ensayo precedente.

tor proletario ha de seguir contentándose con el iluminador informe acerca de los primeros siete meses de "colectivización" en la España revolucionaria publicado por los propios obreros españoles con el fin de romper la conspiración de silencio y deformación que tanta sombra ha arrojado sobre el aspecto verdaderamente revolucionario de los más recientes acontecimientos españoles.[2]

Por primera vez desde los intentos socializantes en la Unión Soviética, Hungría y Alemania a raíz de la primera guerra mundial, la lucha revolucionaria de los obreros españoles aquí descrita muestra un nuevo tipo de transición del modo de producción capitalista al colectivo, un nuevo tipo que, si bien aún no totalmente perfeccionado, no por ello ha dejado de ser realizado de acuerdo con una extraordinaria diversidad de formas. El hecho de que todas estas conquistas de la clase obrera en el camino hacia una economía colectiva libre hayan sido reducidas a la nada en el período de transición, tanto a impulsos del exterior, es decir, por el avance de la contrarrevolución, como desde dentro, por los presuntos aliados en el frente antifascista, no resta la menor importancia a esta experiencia revolucionaria. Mediante una opresión declarada o –más a menudo– bajo el pretexto de la "necesidad superior" de una dirección disciplinada de la guerra, los obreros se han visto obligados a renunciar a los frutos de su lucha. Las conquistas revolucionarias del primer momento fueron sacrificadas voluntariamente, en no escasa medida, por sus iniciadores, en un intento estéril de ayudar al objetivo básico de la lucha común contra el fascismo.

Los esfuerzos de los obreros españoles en el frente social y económico no resultarán, sin embargo, totalmente inoperantes. La gigantesca desnutrición de la Comuna de París de 1871 y luego de la revolución consiliar de Hungría y Baviera así como la más lenta y menos evidente autoliquidación del originario contenido revolucionario del socialismo soviético ruso no han acabado, ni mucho menos, con la importancia de este gran intento de creación y prueba de un nuevo tipo de estado en la transición hacia el socialismo. De manera similar puede decirse que la definitiva liquidación de las medidas colectivizadoras en la España actual –llevada a cabo tanto por partidarios como por enemigos– no disminuye lo más mínimo la importancia de esa nueva y libre

[2] Informe publicado en Barcelona en 1973. [Véase nota núm. 4 del artículo anterior.]

forma de producción colectiva por primera vez ensayada aquí a gran escala. De ahí que el estudio de este movimiento, de sus conceptos y métodos, de sus éxitos y fracasos, y el consecuente conocimiento de sus puntos fuertes y débiles sea de importancia duradera para aquel sector del proletariado internacional con conciencia de clase y ánimo revolucionario, al que el libro va dirigido. Por otra parte, esta exposición de la colectivización de la industria en las provincias españolas más avanzadas autorizada por las organizaciones obreras dominantes en Cataluña (la sindicalista CNT y la anarquista FAI) tiene una importancia teórica general como fuente histórica de primer rango. Los editores han cifrado su tarea en "*dejar hablar lo más posible a los propios revolucionarios españoles*". En este volumen encontramos "junto a algunos breves esbozos destinados a completar el cuadro general, una serie, sobre todo, de documentos originales: actas de expropiación, informes de los sindicatos, resoluciones, estatutos, etc., así como informes elaborados por los propios miembros activos del movimiento revolucionario, reportajes e interviús sobre las diversas ramas de la industria y las diferentes localidades". Este carácter de auténtica fuente no es, en efecto, meramente superficial en el estudio en cuestión, sino que informa todo su estilo, así como también el talante y la disposición que viene a expresar, constituyendo, por lo tanto, un documento de máximo valor humano, por una parte, y fiel a las exigencias de objetividad, por otra. Estos informes y narraciones de hombres sencillos de la ciudad y del campo, que en momento alguno resultan secos ni aburridos, y en cuyo pathos, jamás borrado por ninguna pedante reelaboración, se refleja al mismo tiempo la voz de la revolución española, "la acción del proletariado, tal y como éste es", confiere a la obra juntamente con sus componentes documentales, el carácter de una intensa veracidad. Resulta –en este caso– casi innecesario que los editores insistan, al final, expresamente en que "en este libro nadie encontrará cantos de alabanzas ni detracciones, exageraciones ni solemnes aseveraciones". "Nos hemos limitado a ceder la palabra al obrero español, para que cuente al mundo lo que ha hecho con el fin de obtener y defender su libertad y bienestar."

De las cuatro partes del libro, la primera se ocupa del carácter general de la "nueva economía colectiva", dando al mismo tiempo al lector, con una visión de conjunto de la "economía catalana", los elementos necesarios para comprender la sobresaliente posición de Barcelona en el conjunto de la economía española,

así como el papel decisivo que ha venido, en consecuencia, a corresponderle al obrero industrial catalán en las luchas sociales protagonizadas por la clase obrera española. En la segunda parte se exponen, por ramas industriales, los métodos y resultados del trabajo colectivo. Las secciones tercera y cuarta ofrecen una descripción por sectores geográficos, ciudades y pueblos, de la génesis y funcionamiento actual de una economía colectiva más o menos plenamente realizada.

A diferencia de algunos otros "decretos de socialización" de la reciente historia europea, el decreto de colectivización promulgado por el Consejo de Economía catalán el 24 de octubre de 1936 –íntegramente impreso en la obra que comentamos– vino a ser, en realidad, una legalización *a posteriori* de una nueva transformación ya plenamente efectuada en la mayor parte de la industria y del transporte. "No contiene ningún tipo de iniciativa especial que se salga del marco creado por el movimiento espontáneo de los obreros." No ha habido a este respecto laboriosas investigaciones de ninguna clase acerca de las "tareas y límites de la colectivización", ningún gremio consultivo convocado *ad hoc* y desprovisto de autoridad práctica del género de la tristemente célebre "Comisión especial permanente" de la Revolución francesa de febrero de 1848 y su heredera histórica, la "Comisión socializadora" alemana de 1918-1919. El movimiento obrero español de cuño sindicalista y anarquista, preparado insistente e infatigablemente en una discusión sostenida durante largos años tanto en las grandes ciudades como en los más apartados rincones del campo, tenía una completa claridad respecto a sus fines económicos y una idea acerca de los primeros pasos a dar con vistas a la consecución de estos fines mucho más realista de lo que el llamado movimiento obrero "marxista" del resto de Europa ha demostrado tener en circunstancias similares. Conviene, sin embargo, insistir en lo poco intenso de su preocupación por asegurar política y jurídicamente las nuevas relaciones económicas y sociales creadas de acuerdo con su iniciativa. Pero ni siquiera este error inicial, que posteriormente tan sólo en parte pudo ser subsanado, resultaba evitable dado el estado de cosas existente. En aquellos momentos, y a excepción del Comité de milicias antifascistas creado por los propios miembros del movimiento obrero, no existía en toda Cataluña autoridad ni parlamento. Tampoco existían grandes capitalistas a los que expropiar. Buena parte de las grandes empresas pertenecían al capital extranjero. Sus representantes se habían revelado, al igual que los grandes propie-

tarios locales, como partidarios más o menos declarados de los generales rebeldes. Unos y otros se habían dado a la fuga a raíz del fracaso del alzamiento franquista en Barcelona y eso los que no habían abandonado ya antes, como Juan March y Francisco Cambó, la patria, una patria abandonada a la guerra civil. De ahí que la ofensiva de los obreros catalanes contra el capital descrita en este trabajo se asemeje más bien, en esta su primera fase, a una lucha contra un enemigo invisible: los directores de los grandes ferrocarriles, de las sociedades de transporte urbano, de las compañías navieras con sede en el puerto de la Barceloneta y los propietarios de las fábricas textiles de Terrassa y Sabadell habían desaparecido. Constituía verdaderamente una excepción la presencia de alguna persona en los abandonados edificios y en las oficinas de las grandes sociedades monopolistas como por ejemplo ocurrió cuando la incautación de los tranvías de Barcelona, en que los obreros respetaron la vida y la libertad de quienes encontraron allí.

De este modo pudo instalarse el proletariado catalán a su gusto en las empresas y despachos abandonados por los antiguos propietarios. Una vez consumada su toma por parte de los obreros, las "empresas colectivizadas" siguieron funcionando de manera totalmente similar a las "sociedades anónimas de la economía capitalista". "Reunidos en asamblea general los obreros proceden a elegir el 'consejo', en el que han de estar representadas todas las fases de la actividad de la empresa: producción, administración, servicios técnicos, etc.", en tanto que la continua comunicación con el resto de la industria queda asegurada mediante la asistencia de los representantes de las centrales sindicales a las sesiones de los consejos; "en cuanto a la dirección de la empresa, es encomendada a un director elegido, en el caso de las empresas más importantes, con el acuerdo del consejo general de la rama industrial correspondiente y, a menudo, al anterior propietario, gerente o director de la empresa socializada".

Tal similitud externa no implica, por supuesto, que la "colectivización" no hubiese cambiado nada esencial en el anterior modo de producción de las empresas industriales y comerciales. Lo único que muestra es la relativa facilidad con que las profundas transformaciones en la producción, administración, pago de salarios, etc., a las que en el escrito que nos ocupa se alude permanentemente, pueden ser llevadas a cabo sin grandes cambios de orden formal u organizativo, tan pronto como la resistencia de los antiguos detentadores del poder económico pueda ser, al me-

nos durante algún tiempo, totalmente paralizada, como felizmente ocurrió, por una serie de circunstancias, en el caso a que nos referimos, de tal modo que a los obreros armados les era posible pasar del desempeño de sus deberes bélicos, puramente militares, a la prosecución y reorganización de la producción, tarea para la que durante el período anterior tan frecuentemente se habían preparado en sus sueños, de naturaleza tan "utópica" y fantástica, como algunos decían.

Estos obreros habían ido preparándose incluso para la tarea más difícil del socialismo, es decir, para la *colectivización de la agricultura*, elaborando su propio programa, totalmente realista, y procurando purificarlo de apresuramientos, exageraciones y desaciertos psicológicos. La resolución del Congreso de la CNT celebrado en Madrid en junio de 1931 sobre la colectivización del suelo, propagada y detalladamente explicada a partir de ese momento en todo el país por los propagandistas anarquistas y sindicalistas durante las diversas y cambiantes fases del movimiento revolucionario –reprimido una y otra vez, y una y otra vez ascendente–, procuró en julio y agosto de 1936 a los obreros agrícolas y a los pequeños arrendatarios de todos los pueblos, entregados por completo a su propia iniciativa y no sujetos ni frenados por autoridad de ningún tipo, una directriz práctica de acuerdo con la cual orientar su acción. La resolución de la asamblea general de obreros agrícolas catalanes y el reglamento y proyectos de organización elaborados para el año agrícola de 1936-1937 en y por los diversos distritos y comunas ilustran perfectamente las formas concretas de resolución de esos problemas por parte de los propios productores agrícolas.

Del análisis sobre la puesta en práctica de la colectivización en las más importantes ramas industriales: transporte, textiles, alimentación, etc., que llena la segunda parte del libro, sólo podemos ocuparnos revisando algunos de sus rasgos fundamentales. En cada uno de estos capítulos podemos captar tanto el proceso de cristalización de la nueva organización social creada para cada una de las ramas industriales, como los primeros frutos de los importantes logros alcanzados gracias a esta gran iniciativa económica y social del movimiento obrero libertario en la retaguardia de la guerra civil, logros desde el punto de vista de los obreros y también –y muy especialmente– relativos al sostenimiento y aumento de la producción. En sus páginas no leemos únicamente datos reveladores acerca de la eliminación de condiciones laborales inhumanas, del aumento de salarios y de la disminución

de horarios de trabajo, de las diversas e innovadoras formas de compensación de las diferencias salariales entre obreros y empleados, obreros especializados y peones, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, a cuya ejecución se ha procedido, del *salaire unique* y del *salaire familial*. Vemos asimismo cómo en cada rama industrial van pasando a primer plano, en medida creciente de semana en semana, los problemas relacionados con el aumento y perfeccionamiento de la producción.

Tomamos nota de la fundación de ramas industriales totalmente nuevas, como la de la industria óptica, efectuada por la propia revolución. Vemos, asimismo, cómo las ramas de la producción especialmente afectadas por la escasez de materias primas extranjeras o no decididamente ineludibles para el inmediato abastecimiento de la población, son dedicadas a la cada día más urgente fabricación de material bélico; y podemos enterarnos también de cómo las capas obreras más pobres de la ciudad y del campo, que sólo ahora habían logrado liberarse de su vieja e ilimitada miseria, renuncian voluntariamente a sus recién ganadas conquistas en el orden del tiempo libre y de los medios de vida, con esta misma finalidad, así como también con el objeto de cooperar a la manutención y cuidado de las víctimas de la guerra y de los fugitivos que piden masivamente asilo en la zona republicana.

Pero estos méritos negativos de abnegación y renuncia a los que tan a menudo se ha reducido el reconocimiento de los gigantescos esfuerzos realizados por los obreros españoles en los últimos años no son, para nosotros, lo más destacable. Mucho mayor es la importancia que, sin discusión alguna, le corresponde al papel que durante este primer período de colectivización ha desempeñado ese *tipo peculiar de sindicatos* característico de España y, sobre todo, de Cataluña y Valencia, condenado hasta hace bien poco por las *trade unions* inglesas y las poderosas agrupaciones sindicales marxistas de Europa central y oriental como una forma utópica, y en el mejor de los casos condenada al fracaso, del movimiento obrero. Estas formaciones sindicales antipartidistas y anticentralistas se han formado exclusivamente a partir de la actividad autónoma de las masas obreras. La totalidad del trabajo no ha sido llevada a cabo por funcionarios prominentes sino por la propia élite de los obreros de la rama industrial correspondiente. Esta élite consciente, elegida durante la revolución por los trabajadores en los comités de acción –dentro o fuera del marco de los sindicatos– es la que ha hecho básicamente posible, me-

diante su iniciativa y su trabajo ejemplar, duradero y solidario, los logros esenciales del nuevo período revolucionario. Esta enseñanza histórica de la revolución española será de un valor duradero para la organización y táctica del movimiento revolucionario.

Los éxitos del proletariado español revolucionario, tan asombrosos dado el cúmulo de dificultades con que ha tenido que enfrentarse, únicamente pueden ser explicados en virtud de su posición decididamente antiestatal y no frenada por ningún tipo de obstáculos ideológicos y organizatorios. Esto explica también que –contrariamente a lo usual en esta clase de procesos en Europa– la colectivización revolucionaria haya sido aplicada desde un principio y del modo más natural tanto a *las empresas ya estatalizadas o municipales* como a las privadas. Ejemplos de ello son el monopolio estatal del petróleo y las empresas públicas.

La descripción –un tanto exaltada por lo demás– de la rápida "colectivización total de las barberías" y de la "regulación social de la venta ambulante" llevada a cabo, con no menos éxito, en Barcelona, testimonian la fuerza creadora de la revolución incluso en un dominio cuya mera existencia está en contradicción con ella. No es mucho, sin embargo, lo que de realmente nuevo se dice acerca de la solución de problemas secundarios de la revolución proletaria tan difíciles como los planteados por la artesanía y el comercio. El lector encontrará las aportaciones más valiosas a su solución no en las secciones del libro específicamente dedicadas a ello, sino en otras, donde el tratamiento del tema es más indirecto. Salen a la luz, por ejemplo, a propósito de los problemas más importantes de la socialización agrícola, y en los detallados informes de las partes cuarta y quinta del libro, donde se estudia más o menos a fondo el conjunto de la producción y los modos de vida de las ciudades más pequeñas y de las zonas agrícolas.

El carácter no teórico sino eminentemente descriptivo de estas dos últimas secciones no permite dar, en esta breve nota, ni siquiera una idea medianamente acabada de tal o cual vertiente de su rico contenido. En cada uno de estos catorce apartados, aparentemente esquemáticos, se ofrece una exposición en la que, incidiendo sobre todos los problemas esenciales de la sociedad humana, quedan reflejados los rasgos más o menos típicos pero siempre característicos de la nueva evolución vital, cristalizados a partir de las diversas condiciones y circunstancias específicas que en cada lugar ha ido implantando el desarrollo general del país.

La exposición versa, en principio, sobre un centro textil, Terrassa, próximo a la capital, de avanzado nivel industrial. De sus 40 000 habitantes, 14 000 son obreros, de los cuales 11 000 están afiliados a la sindicalista CNT y el resto a la socialdemocrática UGT. A través de diversos estadios intermedios llegamos hasta los más pequeños pueblos y aldeas de Cataluña, Aragón y La Mancha, alejados, en su primitivismo y pobreza, de todo tipo de cultura industrial y ciudadana, pero también poderosamente animados por el nuevo soplo de vida. "Hemos podido observar a cada paso", añaden los editores en este punto de su informe, "que en las ciudades pequeñas y en las aldeas menos pobladas se han hecho grandes y auténticos progresos revolucionarios, más importantes incluso que los alcanzados en las ciudades de población abundante."

Esta loa a la sencillez y a la pobreza no deja de estar en singular contradicción con las ideas marxistas del movimiento revolucionario, pero resulta perfectamente característica de esa otra forma de movimiento obrero que en las trincheras de la guerra civil española y en la heroica resistencia de la sufrida población de Madrid, Barcelona y Valencia ha venido a continuar temporalmente la derrotada lucha de la clase obrera del resto de Europa. El aspecto aquí descrito alcanza su punto culminante en el informe dedicado al pueblo de Membrilla, situado en la escasamente poblada provincia de La Mancha. Desde tiempos inmemoriales los obreros han vivido en él sin el menor confort moderno, material o cultural. Desde 1920, sin embargo, estaban organizados sindicalmente y figuran entre los primeros que se acogieron a la nueva forma de vida del comunismo libertario. Haciendo alusión a este experimento, el libro se cierra con la siguiente afirmación, sin duda no poco patética: "Membrilla es quizá la población más pobre de España, pero es también la más justa."

SEXTA PARTE

Fascismo y contrarrevolución (1932-1946)

Con el exilio americano, el compromiso político de Korsch deja de tener historia externa. Frustrado en su deseo inicial de afirmarse académicamente, pero demasiado íntegro para diluir su intransigencia revolucionaria y su marxismo (que es uno de los motivos principales del fracaso de su intento de inserción en el mundo de la cultura oficial) Korsch es consciente de su propia marginación. Su único contacto con el mundo político obrero se produce a través de la mediación de las revistas editadas por Paul Mattick, International Council Correspondence *(1934-1937),* Living Marxism *(1938-1941),* New Essays *(1942-1943) y otras publicaciones de la izquierda radical. Es perfectamente consciente de su escasa gravitación política, pero no por eso desiste. Con frecuencia cada vez mayor aparecen en la reflexión korschiana temas de política mundial (de "geopolítica", como se decía) que amplían la óptica eurocéntrica, aunque los acontecimientos ocurridos en Europa tienen ya un valor ejemplar.*

Un espacio central conservan los temas del fascismo y la contrarrevolución. En dos direcciones: como reconsideración de los fenómenos históricos que precedieron al nacionalsocialismo (Preludio a Hitler, *1940), análisis de su estructura* (Estructura y práctica del totalitarismo, *1942 y* Notas sobre la historia, *1942), pero también y sobre todo como investigación del fenómeno global de la "contrarrevolución" que vincula al fascismo con la degeneración del estado stalinista* (¿Revolución para qué? *1941, y* ¿Restauración o totalización?, *1946).*

Tesis para la crítica del concepto fascista de estado *

I. Exposición

> El estado moderno es también en su forma una máquina esencialmente capitalista, estado de los capitalistas, el capitalista omniabarcador ideal (Engels).

1. El estado fascista en un estado moderno. No significa un regreso a estructuras preburguesas. El estado corporativo no tiene nada que ver con el "estado de las capas". El fascismo como contrarreforma.

2. El concepto fascista de estado se basa en la negación de la idea del estado de la primera burguesía. Significa desencanto frente a los ideales políticos del liberalismo y del socialismo en todas sus versiones. Se apropia de la crítica de la restauración, del marxismo y del sindicalismo (Proudhon-Sorel) a las instituciones y a los ideales políticos de la primera época burguesa.

3. No contradice esto sino que precisamente a esto responde la consciente creación de un nuevo mito del estado. El fascismo une en el sentido de Pareto una praxis estatal directa, sobria, desilusionada, funcional al objetivo (ejercida mediante una élite) con una mitología estatal absolutamente irracional (representada por el pueblo, por la raza y por la masa).

II. Crítica inmanente

> El monopolio produce la competencia, la competencia produce el monopolio[...] La síntesis tiene lugar de tal manera por la cual el

* "Thesen zur Kritik des faschistischen Staatsbegriffs", en *Gegner*, VI, 1932, núms. 4-5, p. 20.

monopolio puede mantenerse entrando constantemente en la lucha competitiva (Marx).

1. Como el pasado sobre la base de la competencia y bajo la forma del parlamentarismo y de la democracia, así también ahora sobre la base del monopolio y bajo la forma de la constitución corporativa, la conciliación actual de las contradicciones internas capitalistas fracasa contra el inevitable estallido de grupos de interés e intereses particulares. En lugar del "capitalista omniabarcante ideal" se da la monopolización del poder* estatal por parte de la gran burguesía monopolista.

2. La constitución del "capitalista omniabarcante ideal" sobre base nacional contrasta con la tendencia directamente internacional del capital en la fase actual. Así se explica la transformación actual del fascismo en "mercancía de exportación", la ampliación de la contradicción Italia-Francia en la contradicción Europa-América.

3. La pretensión monopolista de la autoridad estatal fascista entra en competencia con las viejas potencias autoritarias, en particular con la pretensión autoritaria del catolicismo independiente de ella.

III. Crítica trascendente

Pero la lucha de una clase contra la otra es una lucha política (Marx).

1. La reestructuración fascista no significa revolución económica, ruptura radical de las viejas relaciones de producción y liberación de nuevas fuerzas productivas. Ésta es la diferencia principal entre fascismo y bolchevismo, aparte de las diferencias de posibilidades materiales y orden de grandeza.

2. El estado fascista significa la cohesión del poder económico y político de la burguesía contra el proletariado, por lo tanto no la superación del estado clasista, sino la constitución del estado clasista en la forma del estado clasista.

3. La nueva forma de la unión del poder de clase económico y político de la burguesía en el "estado total" fascista exige nuevas formas de unión de la acción económica y política del proletariado.

Sobre el nuevo programa del American Workers Party *

La primera cuestión a plantear a propósito de la afirmación de los principios de un partido obrero revolucionario es si tal programa rompe realmente, y en qué medida, con la actual organización capitalista de la sociedad. En el AWP [American Workers Party] no falta la *voluntad* subjetiva de realizar tal ruptura. Rechaza no sólo las formas hasta ahora existentes del orden social burgués y su fundamento económico sino también las formas precedentes y futuras del *New Deal* rooseveltiano, comprendidos la inflación, el "crédito social" y el "socialismo de estado"; reconoce que el fascismo es simplemente un intento de salvar al estado capitalista y a la propiedad, y pone al desnudo en el interior de la administración Roosevelt las tendencias al fascismo claramente emergentes. Rechaza el tradicional concepto norteamericano de "política" y la sustitución del movimiento político real por el movimiento electoral parlamentario. Proclama un nuevo tipo de estado bajo la forma de un estado obrero fundado en consejos obreros, entendido como instrumento democrático para resolver las contradicciones del sistema capitalista y para efectuar la transición a la sociedad comunista. Toma posición por un internacionalismo incondicional del movimiento obrero y se separa de la internacional comunista porque esta organización está "completa y mecánicamente" controlada por el partido ruso y al servicio de los cambiantes intereses oficiales de la Unión Soviética, de modo que la identidad de sus tareas con las tareas inme-

* "On the new program of the American Workers Party, en *Living Marxism. International Council Correspondence*, núm. 4, 1935, pp. 15-25.

diatas de la lucha internacional de la clase obrera no se encuentra ya garantizada en todo momento e incondicionalmente. En su análisis económico la plataforma del AWP asume decididamente la posición según la cual, aunque la actual crisis mundial pueda ser provisoriamente "superada", la *declinación del sistema capitalista* no es ya reversible, y considera a la crisis actual como "*el comienzo del fin de la actual forma de sociedad*". Sostiene haber reconocido la naturaleza del inminente cambio revolucionario y tener la capacidad de llevar correctamente a cabo la lucha de la clase proletaria e instaurar una libre democracia obrera.

Sin embargo, el actual proyecto de programa *no* contiene la ruptura con el orden social capitalista y todos sus desarrollos ulteriores, presentes y futuros. También en la *parte económica del programa* hay un vacío impresionante por cuanto no presenta ningún intento de ajustar las cuentas con el concepto de economía planificada, y todavía menos se preocupa de indicar de modo claro el carácter fundamentalmente capitalista-fascista de las grandes palabras que se pronuncian hoy y de todas las pretensiones acerca de la denominada economía planificada. El proyecto habla de "economía planificada" sólo en dos puntos. En uno se da por descontado que existe una "economía planificada socialista" y que ella se está abriendo camino en la Unión Soviética; y si bien en el parágrafo siguiente se mencionan de manera expresa los "compromisos" impuestos a Rusia también en la esfera económica y se afirma la imposibilidad de construir una economía socialista sólo en la Unión Soviética, no hay una sola explicación acerca de por qué y en qué medida el carácter *ilimitadamente socialista* de la economía planificada rusa puede concordar con estos compromisos e imposibilidades, y en qué consiste tal carácter. En el otro pasaje, que revela una falta de claridad casi evocadora de la "planificación económica" rooseveltiana e hitleriana, leemos que el futuro estado obrero que surgirá de la revolución victoriosa está destinado "a emprender el gran proyecto de la reconstrucción social mediante la economía planificada de la nueva sociedad". A este insatisfactorio tratamiento del concepto de economía planificada puede añadirse la manera ambigua en que, inmediatamente después, en la sección sobre "socialización", se exige solamente la expropiación de todos los "monopolios en la industria y en la agricultura". Considerando el carácter monopolista de toda la propiedad capitalista, esto puede, por una parte, significar la socialización completa. Por otra parte, permanecen abiertas muchas puertas a la limitación de la "socia-

lización" a los denominados monopolios, análogamente al "programa de socialización" de la socialdemocracia alemana y austríaca desde 1918 hasta 1933, o incluso a las propuestas todavía más diluidas del "socialismo" neosocialista de la posguerra (el *Plan d'action* de De Man).

Por eso precisamente en la parcialidad y ambigüedad de las demandas económicas se hace manifiesto que la realización de este programa podría requerir, en lugar del ataque revolucionario al capital en su *totalidad*, solamente ataques parciales. Igualmente la carencia de claridad teórica en la base de estas exigencias está *probada* por la forma en que es definida (en el último parágrafo del capítulo I) la "contradicción central" del sistema capitalista y su "solución":

"La contradicción central es clara sin posibilidad de error; es la contradicción entre un aparato productivo [¡!] físicamente en condiciones de satisfacer con amplitud todas las necesidades fundamentales de los hombres, de liberar para siempre a los hombres del hambre, de asegurar por ello a la humanidad en su conjunto una vida plena y creativa, y un sistema de relaciones sociales que impida que este aparato productivo opere efectivamente, que oriente sus operaciones no a la satisfacción de las necesidades humanas sino a la realización de ganancias para individuos e instituciones privadas. De esta contradicción y de las irreconciliables divisiones que crea derivan las muchas otras contradicciones que devastan a la sociedad moderna."

Lo que aquí se proclama no es la fundamental contradicción marxista y revolucionaria entre las *fuerzas* productivas y las *relaciones* de producción y (lo que es exactamente idéntico a esta contradicción económica) *la contradicción y lucha* histórica, social y práctica entre la clase poseedora (interesada en mantener las actuales relaciones de producción) y la clase proletaria no poseedora (interesada en subvertir las actuales relaciones de producción), una clase que, según Marx, es *"ella misma la más grande fuerza productiva"*. Aquí se afirma en cambio, según el estilo de Stuart Chase y de otros apóstoles modernos de la economía capitalista planificada, que incluso hoy, en el capitalismo mismo, se ha iniciado una nueva época en que la "producción de la miseria" podría ser sustituida por la "producción de la abundancia" con sólo no usar capitalistamente mal, sino humanamente, el actual aparato productivo. ¡Como si el modo de producción capitalista no fuese acaso simultáneamente producción de la "abundancia" y producción de la "miseria", y una a través de la otra! ¡Como si la

raíz del mal capitalista estuviese no en la producción misma y en el hecho de que el capitalismo *frena las fuerzas productivas* (o sea en la represión capitalista de las fuerzas productivas que podrían ser liberadas en el modo de producción socialista y que también ahora, en la lucha de clase proletaria, se están rebelando contra las relaciones de producción capitalista), sino sólo en una dirección errada y evitable de esta producción, en el uso indebido del aparato productivo disponible y en una *distribución* equivocada! La contradicción fundamental de la sociedad capitalista no es entre el aparato productivo disponible y las relaciones de producción. Más bien es todo este *aparato productivo* material (el equipamiento técnico de las industrias), todo este enorme aparato con su capacidad lo que en tiempo de paz, incluso en períodos de *boom*, no es plenamente usado y permanece inutilizado durante la crisis; este aparato (si se toman en consideración aunque sea sólo las "condiciones normales" de la guerra) está todavía hoy completamente adaptado a las relaciones de propiedad capitalistas. Esta adaptación vale también para los trabajadores asalariados y para la masa ahora rápidamente en aumento de aquellos que están provisoria o crónicamente desocupados.

Así como en la división capitalista del trabajo los trabajadores productivos son asimilados del modo más exacto a sus medios de producción, el "trabajador parcial" a su "instrumento" y el fabril a un simple apéndice de la máquina, así el ejército creciente de los *desocupados*, en su conocidísima condición de *ejército industrial de reserva* del capital en época de paz y todavía más en su nueva condición (ahora importante) de *ejército militar de reserva del capital en guerra*, constituye por sus funciones un componente exactamente determinado del aparato del actual modo de producción capitalista. Todo el que tome como punto de partida los medios de producción actualmente existentes debe por lógica no sólo renunciar a la revolución proletaria a favor de una *reforma* capitalista, sino también, por último, capitular ante el fascismo. La actual capacidad productiva en su forma capitalista, así como es calculada por los teóricos tecnócratas y por Stuart Chase, está dada por la existencia de los medios de producción, por el enorme aparato productivo capitalista actual. Frente a las tormentas a que está sujeto el mercado mundial a consecuencia de la crisis, frente a las devastaciones de una *competencia* "no regulada" y, *last but not least*, frente a las inevitables rebeliones de los *trabajadores* oprimidos y explotados y la creciente masa de *subtrabajado-*

*res** dejados sin trabajo en tiempo de paz "de manera programada", aquella capacidad productiva sólo puede ser protegida mediante el *estado fuerte*. Por medio de éste, la base técnica del capitalismo es protegida en todas las circunstancias, en la guerra y en la paz, y defendida por todos los medios ordinarios y extraordinarios de todos los ataques de los trabajadores así como también de los de los diferentes capitalistas y grupos capitalistas particulares. Éste es hoy el sentimiento de la burguesía, incluso allí donde sufre las consecuencias del fascismo. Y éste es el sentimiento de una gran parte, siempre creciente, de personas y de pueblos, aun en el interior de las categorías de los trabajadores y de los subtrabajadores desocupados. El sofisma que está en la base de todo esto, la engañosa ilusión de que el estado fuerte de un Hitler, de un Mussolini o de un Roosevelt puede resolver realmente este problema, y el carácter inadecuado de este objetivo estático y evolutivo pueden ser esclarecidos sólo si la contradicción fundamental es tomada no desde el lado material en la relación entre *medios productivos (aparato) y relaciones de producción*, sino desde el lado humano, en la relación entre *las fuerzas productivas* que están potencialmente presentes en la población trabajadora y las *actuales relaciones de producción capitalistas* (que están en plena correspondencia con el aparato productivo). La moderna clase trabajadora se ha desarrollado no sin los medios capitalistas de producción sino con ellos y a través de ellos, hasta el actual nivel de su fuerza productiva económica e histórica-social-práctica. En la creciente claridad de su conciencia ella es ya separable de aquellos medios de producción y puede ser de nuevo unida a ellos ideológicamente en nuevas formas socialistas (esta moderna clase trabajadora representa la "fuerza productiva más fuerte" que en su desarrollo entra en contradicción cada vez más revolucionaria con las rígidas relaciones de producción, de propiedad, capitalistas, de distribución, con el estado, con su derecho y con todas sus ideologías.

Su estado, el estado proletario de los trabajadores, es el *estado fuerte* que hoy los fascistas y los tecnócratas y stuartchasistas semifascistas sueñan de manera confusa, pero que se hace real cuando se libera de los cepos a aquella más fuerte fuerza produc-

* Si bien no es usual, se prefiere la traducción literal de *underworkers* en lugar de usar "subproletarios" porque el sentido habitual de este concepto no responde al sentido empleado por Korsch, siguiendo así el criterio del traductor de la versión italiana. [T.]

tiva revolucionaria constituida todavía hoy por la propia clase proletaria, haciendo saltar aquellos cepos que todavía hoy están constituidos por el mismo capitalismo, y resolviendo violentamente en la revolución proletaria internacional las cada vez más agudas contradicciones existentes entre capital y clase proletaria.

No es mi intención decir que el significado auténtico de la teoría marxista sobre la contradicción fundamental de la economía capitalista haya sido mal comprendido por los autores del programa. Hay "materialistas" marxianos que consideran la teoría marxista del "*carácter productivo del propio proletariado*" como una desviación "idealista" del maestro del materialismo. Este proyecto de programa en general está muy lejos de una visión restringida de este tipo. Todavía menos es mi intención fundar toda esta crítica sobre la única expresión "aparato productivo". Pero todo el pasaje citado arriba, que ocupa una posición decisiva en el programa, está saturado hasta en el estilo de aquellas ideas sólo aparentemente revolucionarias, en realidad superficiales, que hoy son difundidas por los conciliadores voluntarios e involuntarios de la contrarrevolución fascista, sobre la posibilidad de un *New Deal* formulado sobre la base de la simple transformación de la distribución y de algunos elementos de "economía planificada" en el actual sistema de producción. Incluso en las partes del programa donde se acentúa, con una precisión hasta ahora nunca alcanzada por ningún programa socialista, la importancia particular de los obreros de la industria y en especial de los "obreros de la industria de base" para los cuales la solución revolucionaria es la única vía de salida, dictada por su propia condición de vida, incluso ahí se define como objetivo de esta acción la creación de una situación en la que "las fábricas funcionen para servir a las necesidades de la sociedad y no para producir ganancias a individuos y empresas privadas. Esto y solamente esto desbloqueará las plantas fabriles, ahora cerradas por la sobrecarga de las deudas del capital y por la imposibilidad de encontrar compradores solventes para las mercancías." Este objetivo aparentemente revolucionario de los obreros de la industria de base puede hoy, en la situación de crisis, ser asumido también por el capitalista amenazado de quiebra, y en Alemania vemos cómo Hitler grita: "¡El bienestar general está antes que el bienestar privado!".

El "parlamentarismo" de la AWP

En la crítica a la parte *política* del proyecto de programa parto de la idea (a la que he llegado estudiando el programa y la prensa del AWP) de que en su estadio actual el AWP no es todavía un partido directamente revolucionario sino que está simplemente orientado a convertirse en "un movimiento obrero revolucionario estadounidense". Ello resulta evidente también en la división externa del programa, donde los objetivos del partido son tratados de manera absolutamente separada de los *medios y métodos* que piensa usar en el presente y en el inmediato futuro durante su "lucha por el poder". El segundo capítulo, que trata del "objetivo del AWP", es seguido inmediatamente por un tercer capítulo que critica a otros partidos obreros y que, en realidad, debería constituir un apéndice al final del programa; y es apenas en el cuarto capítulo que tenemos la respuesta a la pregunta: "¿cómo luchará por el poder el AWP?". El significado de esta neta separación entre el denominado "objetivo último" (las cuestiones del programa máximo, las cuestiones del programa de principios) y las denominadas "tareas actuales" o "consignas transitorias" (cuestiones del programa mínimo, cuestiones del programa de acción) es bien claro para cualquiera que conozca el movimiento marxista a través de la historia de los partidos obreros europeos del período prebélico. Un partido semejante es (en el mejor de los casos) revolucionario en la teoría y en el significado que atribuye a sus acciones actuales y a su recíproca interconexión; es también revolucionario en su *tendencia* práctica, más o menos dirigida hacia el "objetivo final". En cierta medida puede también en su práctica actual desempeñar el papel que el *Manifiesto comunista* de 1847-1848 había en un tiempo asignado a los comunistas, al decir que ellos "representan en el movimiento actual el futuro del movimiento", o (lo que simplemente concreta la misma cosa a partir de dos direcciones diferentes y en otra forma) que ellos representan en el movimiento nacional también lo internacional y en el movimiento político también lo económico y social sobre lo cual se funda el primero. Sin embargo, tal partido no está todavía en condiciones –ya sea por causas objetivas del desarrollo externo o bien por causas subjetivas de su propio desarrollo– de combinar conjuntamente sus diversas actividades, distribuidas sobre diferentes campos de acción y a distintos intervalos de tiempo, de coordinarlas con todas las otras acciones de la clase proletaria en la totalidad coherente de una *única* acción revolucionaria.

Allí donde existe semejante situación –y que esto vale para el AWP, por su carácter y su posición en el interior del actual movimiento obrero norteamericano está claramente probado, a mi parecer, por este proyecto de programa– sería incorrecto partir de una ideología totalmente revolucionaria y "pura" y considerar la diferencia existente entre las consignas finales y las demandas actuales del programa como otras tantas "contradicciones" e "incoherencias", o negar al partido en cuestión un carácter "revolucionario" en razón de las limitaciones de sus tareas prácticas inmediatas. El crítico de un programa de este tipo, en particular el crítico externo, debe más bien partir de la falta de conexión y del carácter provisorio de tal programa como de un dato de hecho. Debe limitarse a indicar los casos en que, como resultado de esta división (dentro de ciertos límites inevitables) entre objetivos futuros y medios y métodos actuales de la lucha, el *desarrollo revolucionario* del partido, orientado en sus acciones por este programa, es obstaculizado y puesto en peligro. El crítico puede protestar cuando la teoría revolucionaria degenera en mera ideología, en cobertura ideológica de una práctica oportunista de hecho. Puede también mostrar que, en ciertos casos, como resultado de la posición particularmente "revolucionaria" del partido sobre una cierta forma de actividad proletaria, la fuerza efectiva de esta actividad proletaria es en realidad debilitada y su futuro desarrollo revolucionario bloqueado, mientras con una actividad aparentemente menos revolucionaria, acompañada por un máximo de intensificación de la actividad actual se mantiene mucho mejor abierta la vía para un ulterior desarrollo realmente revolucionario.

El punto de partida para una crítica de este tipo, que no es ideológicamente doctrinaria sino revolucionaria de modo realista, es ofrecido por la posición asumida en el programa sobre la cuestión del *parlamentarismo* por una parte y sobre la cuestión de los *sindicatos* por otra.

Todos los errores cometidos en el primer período de desarrollo de los partidos marxistas en Europa y puestos en evidencia por la realidad son recogidos conjuntamente con enciclopédica globalidad en la posición del programa acerca de la *participación en las elecciones*. No es cuestión de criticar las decisiones adoptadas por el partido en este campo de la táctica. Una sobria exposición de las simples razones de conveniencia que en los Estados Unidos actuales hacen de la participación en las elecciones una necesidad ineludible, aunque transitoria, incluso para un partido proletario

y tendencialmente revolucionario, sería suficiente si no para refutar todas las objeciones de principio que podrían ser dirigidas contra tal decisión táctica al menos para privarlas de relevancia a nivel práctico. En lugar de esto, el proyecto de programa toma desde el comienzo una posición que es totalmente contradictoria (y no se trata en absoluto de una contradicción *dialéctica*, derivada de la relación entre tareas inmediatas y objetivo final, sino de una contradicción simple y directa, que nace de un modo de pensar y de hablar incoherente y confuso). Además, en la última parte, donde finalmente después de haberle dado largas al asunto se toma la decisión práctica, se agrega a esta decisión oportunista una *justificación* ideológica y apologética, ilusoria y "*revolucionaria*", con la cual se engañan a sí mismos y engañan a los demás. Al hacer esto el programa no se ha decidido simplemente por la actividad parlamentaria del partido sino que ha asumido también aquel monstruo totalmente irreal del denominado "*parlamentarismo revolucionario*" cuya inconsistencia ha sido probada por la precedente experiencia de todos los partidos marxistas en Alemania y en todos los demás países europeos antes y después de la guerra. Desde el final del período en que el parlamento constituyó para la revolución burguesa misma un instrumento de lucha y no todavía un mero instrumento para coordinar los diversos intereses de clase en competencia en el interior de la burguesía, en la época, por consiguiente, *en que la revolución proletaria estaba en sus inicios*, no ha existido nunca en ninguna parte una cosa semejante ni existirá de ningún modo en los Estados Unidos actuales y futuros, que están ahora entrando en la etapa de la lucha final entre revolución y contrarrevolución, democracia y fascismo, socialismo y capitalismo.

Dada la importancia de la cuestión, delinearé de modo bastante detallado los diversos estadios a través de los cuales en este programa un principio revolucionario, que desde el comienzo es formulado de manera ambigua, es trasmutado en una vacía frase revolucionaria.

Desde el segundo capítulo (que no se ocupa de la práctica actual, sino sólo del "objetivo" del partido) tropezamos con algunas importantes formulaciones referentes a los supuestos "objetivos comunes de todos los partidos políticos" (como si –en particular desde el punto de vista de la meta final revolucionaria– pudiese en verdad existir semejante carácter común de los partidos proletario y capitalista, aunque sea por un solo momento). El programa mismo describe detalladamente, en dos secciones especia-

les, "la naturaleza de la dictadura capitalista" como el dominio de una minoría y la técnica mediante la cual la clase capitalista impone este dominio a la gran mayoría de la población con todos los medios de la represión, directos e indirectos.

Esta exposición está contrabalanceada en la sección siguiente titulada *Tareas específicas de un partido revolucionario*. En esta ocasión, si las palabras tienen un sentido, es radicalmente rechazada la acción parlamentaria como posible medio para realizar aunque fuese una pequeñísima parte de estas tareas específicas. Este rechazo comienza –todavía débilmente– con la observación de que el AWP, *como* los partidos capitalistas, se orienta ciertamente hacia la conquista y la consolidación del poder estatal, pero *a diferencia* de los partidos capitalistas considera esta medida "simplemente como un paso esencial [¡!] para modificar sustancialmente la organización íntegra de la sociedad". Quiere realizar esto "*no penetrando en el poder estatal, en la presidencia o en el congreso*, sino deshaciéndose enteramente de la actual base del poder estatal". La exposición que precede culmina en la conclusión de que, en las condiciones dadas de dictadura política del capital, fundada en el carácter económico y de clase de la organización capitalista, sería utópico para los trabajadores creer en la posibilidad de apoderarse del poder estatal por la vía parlamentaria. Para este fin la clase obrera tiene necesidad más bien de otros instrumentos. La acción unitaria de las organizaciones revolucionarias de la clase obrera: los consejos obreros, que llevan adelante la lucha por el poder "por todos los medios".

Pero toda la claridad teórica que parece alcanzada con estas formulaciones, no sólo en lo que respecta a una acción en el remoto futuro sino tendencialmente también para la acción presente del partido obrero revolucionario, deviene ilusoria con las afirmaciones del cuarto capítulo. Aquí encontramos, en la penúltima parte dedicada al "frente único", la desconcertante inversión de la relación existente entre un auténtico frente único de los trabajadores y la conquista y el ejercicio revolucionario del poder a través de los consejos obreros; es decir, el frente único no es indicado como fase preparatoria de los consejos obreros sino al contrario "los *denominados consejos obreros*" (¿por qué sólo denominados?) son indicados simplemente como "la forma más desarrollada del frente único". Pero esta pequeña discrepancia entre el cuarto capítulo y el segundo desaparece completamente ante la amplitud de la catastrófica caída que ocurre en la última parte de este capítulo, en la última parte de todo este programa. Una vez

más en esta sección, que lleva por título *Participación en las elecciones*, pero esta vez de manera mucho más circunspecta y reservada, el "movimiento a través de las elecciones" es indicado como "en última instancia [¡!] no [¡!] la forma [¡!] más importante [¡!]" del movimiento político de masas en su conjunto. Esta reserva sirve ahora simplemente para introducir la observación pomposa de que "esto no significa que el AWP descuidará los métodos tradicionales de la política estadounidense". Por el contrario (el dique está ya roto y el contenido de la presa tanto tiempo retenido vuelve a correr impetuoso en el viejo curso habitual), él "participará en todas partes y en cualquier posible ocasión en las elecciones locales, estatales y federales, y luchará por ganar las elecciones".

Para justificar esta táctica vienen ahora, una tras otra, todas aquellas bien conocidas pseudorrazones ideológicas que en Alemania y en otras partes han sido una y otra vez privadas totalmente de fundamento. Desde las que afirman las posibilidades "revolucionarias" de la lucha electoral como tribuna para propagandizar los objetivos y programas del partido y para denunciar las maniobras engañosas y mistificatorias de los opositores, hasta concluir con la argumentación acerca de las "posiciones estratégicas" en que serán colocados los diversos miembros del partido elegidos a través de los comicios, en apoyo de la organización y de las luchas de los trabajadores, para romper el control capitalista sobre el estado y denunciar públicamente la política fraudulenta del gobierno. Se observa cómo la "teoría revolucionaria" de la parte fundamental del programa de partido y en particular la solemne promesa de no "poner el pie en puestos de responsabilidad estatal, en la presidencia o en el congreso" está aquí de hecho reducida a pura ideología de cobertura, que permite al partido llevar adelante fielmente "los métodos tradicionales de la política estadounidense" aun por su propia cuenta.

La política sindical del AWP

También en la *cuestión de los sindicatos* hay una contradicción entre la posición teórica del AWP, tal como es proclamada explícitamente en el programa, y su práctica de hecho, tal cual es mostrada por el desarrollo precedente y todavía en curso del partido y que tiene expresión al menos indirecta en las posiciones concretas asumidas en el programa acerca de las cuestiones de la orga-

nización y de la táctica sindical estadounidense actual. En su práctica y en todas las cuestiones concretas, el AWP, que en el pasado "ha actuado sobre todo en los conflictos económicos de la escena obrera estadounidense", reconoce aún hoy el significado peculiar y autónomo de las luchas económicas y sociales de la clase obrera y renuncia expresamente no sólo a un control "mecánico" sino de hecho también a toda otra forma de control sobre las organizaciones sindicales así como a la subordinación de sus fines particulares a los "más altos fines" de la "política" aplicada por el "partido". En su posición teórica sobre la cuestión de los sindicatos, sin embargo, toma posición por la teoría que en el mejor de los casos (Lenin) es *revolucionario-jacobina* y en el peor (socialdemocracia alemana y otros partidos marxistas de la época prebélica) simplemente *burguesa*: la del primado de la política sobre la economía y de la lucha política sobre la sindical. Mientras reprocha con justicia a la socialdemocracia estadounidense por trazar una línea de demarcación demasiado neta y arbitraria entre la lucha obrera política y la económica; por dejar la conducción de la segunda completamente en manos de la burocracia ultrarreformista de la AFL y por apoyar en todos los casos en el interior de los sindicatos las medidas reaccionarias de la burocracia de derecha contra las tendencias progresistas existentes en ellos, sin embargo en la formulación de principios de su proyecto de programa el propio AWP cae en la unilateralidad opuesta. Se podría decir que en el movimiento obrero estadounidense de la época actual el partido socialista repite el *desarrollo efectivo* y el AWP la *ideología* de la socialdemocracia alemana de la época pre y posbélica, en la que no obstante la verdadera relación entre partido y sindicatos se reflejaba de modo invertido.

Rompiendo netamente con el carácter mostrado precedentemente, el AWP vuelve a ser hoy, sobre todo, un partido "político". Por esta razón desea no sólo impartir una orientación estrechamente política a todas sus actividades sino subordinar, de modo extraordinariamente abstracto, todas las demás actividades de la clase trabajadora a esta actividad política del partido. Todas las otras organizaciones de clase del proletariado en lucha aparecen, como consecuencia, también en este nuevo programa, bajo el nombre genérico de "organizaciones de masas" (que deben ser conquistadas por el partido). También los sindicatos, que en realidad representan una (autónoma y peculiar) forma fundamental (de organización de la clase proletaria) no sustituible por el partido, son subordinados a este punto de vista teórico. En el pro-

yecto de programa que estamos analizando, los sindicatos son por cierto tratados como extremadamente importantes, pero son siempre considerados al mismo nivel que las otras "organizaciones de masas" (agricultores, negros, obreros profesionales y desocupados), por medio de las cuales el partido, predominantemente concentrado sobre sus propias y más restringidas tareas políticas, trata de extender y reforzar su influencia de modo indirecto. Aunque en este contexto la importancia superlativa de los obreros industriales y especialmente de los obreros "de las grandes oficinas, fábricas, establecimientos y minas de las industrias de base" sea correctamente acentuada, sin embargo inmediatamente después, con un "idealismo" desconcertante, la *conquista* precisamente de estos importantísimos sectores obreros es prácticamente equiparada a la tarea puramente ideológica de su atracción meramente teórica hacia el partido. El programa, en efecto, dice que el AWP busca apoyarse en "doble sentido" en estos obreros industriales. Quiere conquistarlos como miembros, obtener su confianza y alcanzar posiciones decisivas en sus organizaciones; pero aunque tal progreso entre los obreros industriales fuese escaso, el AWP trata de "hacer de las necesidades y de la posición histórica de estos obreros el *punto de vista* de su propia orientación teórica". Este giro de expresión "idealista" no recuerda sólo de modo sospechoso los estilos de un partido puramente electoral que sin embargo se preocupa por ubicar las necesidades y las condiciones de vida de las amplias masas de votantes "en el centro de su propia orientación". Muestra también muy claramente la insuficiencia de una actitud puramente formal como ésta, de parte del partido político del proletariado en relación con todas las actividades de la lucha de clase proletaria que "no están todavía" conformadas políticamente.

Naturalmente el AWP, con esta profesión de lealtad al *primado de la política sobre la economía* y a la superioridad de la lucha conscientemente política del *partido* sobre todas las otras formas menos desarrolladas de la lucha proletaria por la emancipación, ha deseado ser leal a la concepción revolucionaria de la relación entre economía y política, partido y sindicatos, que desde la época de Lenin y Trotski es considerada como la auténtica posición marxista sobre la cuestión del sindicato. El AWP quiere a su vez repetir la gran batalla que Lenin, al comienzo del siglo, libró en Rusia y en escala internacional contra los "economicistas", y reubicar en el lugar de honor aquella famosa frase del *Manifiesto* que afirma que en última instancia "toda lucha de clase es una lucha

política". De modo absolutamente correcto el AWP pone al desnudo, tras la aparente defensa de los sindicatos por el partido socialista, la alianza de hecho de todos los elementos reaccionarios –no de los progresistas– *del partido y de los sindicatos*, y quiere contraponer a esta *alianza de todos los elementos reaccionarios* bajo la "hegemonía" de la burocracia sindical *la alianza* de todos los elementos progresistas del conjunto del movimiento obrero bajo la guía del partido revolucionario. Una auténtica combinación de la lucha económica y de la lucha política y de toda otra forma de actividad de la clase trabajadora en un todo único con la lucha directamente revolucionaria es el objetivo necesario de todo revolucionario proletario, ya sea que conciba esta alianza a la manera "comunista-leninista" –como unificación de todas las formas aisladas de lucha en la lucha política revolucionaria– o a la manera "sindicalista", como una extensión e intensificación de la acción directamente económica en el conjunto de una *lucha directamente revolucionaria y social*. Sobre este punto no hay gran diferencia entre las dos tendencias que hoy están en competencia y conflicto entre sí. El propio Marx, que llamó a toda lucha de clase "lucha política", definió en el mismo idéntico sentido a la política como "una economía concentrada". La coincidencia de las dos concepciones sobre la relación de la lucha económica con la política emerge sin embargo en la práctica sólo en el momento en que, en la acción revolucionaria directa de los consejos obreros, política y economía, de hecho, se funden. Hasta ese momento la pretensión a la hegemonía postulada por ambas tendencias, tanto por la "política" de los marxistas-leninistas como por la "económica" de los sindicalistas, contiene una unilateralidad que restringe y debilita la lucha de clase práctica del proletariado. La identidad que está presente en el inicio de la lucha de clases política y económica de los obreros puede ser completamente realizada sólo en el pleno desarrollo de la lucha directamente revolucionaria. No puede ser producida con antelación mediante una "subordinación" meramente formal de las "organizaciones de masas sindicales" al punto de vista de un partido revolucionario como tampoco mediante un rechazo no menos formal de toda la "política", en el otro campo. Y el *daño* que resulta inevitablemente de semejante formalismo afecta al fin de cuentas –como está demostrado claramente sobre todo por el destino de la socialdemocracia alemana– no sólo y ni siquiera más gravemente a los sindicatos y a las posibles formas de organización, que serían "politizadas" y "guiadas" por el partido sobre la base de su ideología "revolucio-

naria", sino al partido mismo. Como ocurrió en un tiempo con la socialdemocracia alemana, también hoy en el AWP, tras la pretensión ideológica del primado del partido sobre los sindicatos se esconde en realidad la tendencia práctica opuesta a someter la propia teoría revolucionaria al predominio de las organizaciones de masa sindicales y a su práctica, orientada a los propios intereses, de ningún modo a los revolucionarios. El germen de esa futura capitulación se oculta, por ejemplo, tras la declaración general del partido contra toda "política general de sindicalismo doble" y tras la afirmación, igualmente general y agregada a esta declaración como su única explicación, de que "toda división del movimiento sindical abre la vía al fascismo". Este pasaje puede ser aplicado a la política del partido comunista –una política que es descrita inmediatamente después de modo mucho más concreto–, con sus sindicatos rojos existentes en el papel ligados a la línea de la dirección del partido. Aunque también en esta política sindical del partido comunista el error más fatal (un punto que el programa descuida completamente) consistió en el hecho de ser una táctica sin principios, diferente para países distintos y continuamente oscilante en el tiempo, y por lo tanto una táctica que no asumía una coherente política de *división* de los sindicatos, ni una política de *conquista* de los mismos sindicatos.

¿Cómo puede un partido revolucionario proletario en Estados Unidos, un partido que está en armas contra el enraizado reformismo de la burocracia de la AFL y que al mismo tiempo debe rechazar las nuevas tendencias semifascistas de la administración de Roosevelt, transformar el movimiento sindical en un instrumento de la política estatal, un partido que proclama como nuevo estadio de desarrollo a alcanzar mediante acciones de frente único la formación de consejos obreros revolucionarios, cómo puede semejante partido resignarse de modo tan enfático a proyectar también en el futuro las organizaciones sindicales ahora existentes? En realidad se revela aquí, en este primer retroceso práctico del AWP frente a las enormes dificultades de sus tareas revolucionarias proclamadas teóricamente, la inevitable tendencia de desarrollo de un partido político que, en lugar de insertarse como parte precisa, con importantes tareas parciales, en el movimiento de la clase obrera existente, pasa al frente con una pretensión "teórica" de totalidad, en nombre de una teoría "revolucionaria" que, en las relaciones dadas, inevitablemente se transforma en una glorificación ideológica de una práctica mucho más limitada. Tras ella puede cumplirse mucho más rápidamente el

proceso de reducción del partido proletario revolucionario a partido de oposición burgués, y su destrucción final a través del Mussolini y del Hitler norteamericano.

Observaciones sobre las tesis concernientes a la próxima crisis mundial, la segunda guerra mundial y la revolución mundial *

Al analizar estas tesis será oportuno dejar totalmente a un lado los primeros tres parágrafos (es decir las tesis 1 y 2 y el primer parágrafo de la tesis 3). Ellos contienen, en efecto, además de afirmaciones indemostradas (la afirmación de que la próxima crisis mundial coincidirá "probablemente" con la segunda guerra mundial), impresiones subjetivas del autor o bien una lista de los puntos a esclarecer y definir en las tesis mismas. Sólo en la última frase de esta parte ("Mientras hasta este momento nos hemos limitado a elaborar explicaciones acerca de las causas de las guerras capitalistas", etc.) nos encontramos con algo que sirve de real introducción al análisis de la Gran Guerra iniciado inmediatamente después.

Con esta omisión la estructura de las tesis se hace clarísima: en la *primera parte* (conclusión de la tesis 3) es discutida la prehistoria y la historia de la actual crisis, comenzada durante la Gran Guerra; en la *segunda parte* (tesis 4 y 5) son tratados los desarrollos ulteriores producidos después de la "transición de la fase aguda a la fase depresiva de la crisis" y las perspectivas de una nueva crisis mundial coincidente con la segunda guerra mundial. Sigue luego, como *tercera parte* (tesis 6), la exposición de las ventajas y de las "dificultades" planteadas por el nuevo estado de cosas y por las tendencias que revela en lo que respecta a la revolución

* "Discussion on the above thesis on the next world crisis, the Second World War and the world revolution", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, mayo de 1935, núm 8, pp. 13-22; ahora en *New Essays*, vol I, pp. 41-54.

obrera mundial, junto a una visión retrospectiva de la "apatía" que se apoderó del movimiento obrero en el pasado inmediato, de las causas de esta apatía y de la nueva y previsible superación de tales causas.

Este resumen esquemático de las tesis pone de manifiesto una particularidad suya: la total ausencia en este análisis de la situación global del movimiento obrero de nuestro tiempo, de una mínima alusión a la *actual crisis económica mundial* –que no sólo perdura desde 1929 sino que en ciertos aspectos directamente se ha profundizado y exasperado– y hasta en cierto sentido, la falta de referencias al "*presente*" en general. No es, en efecto, en relación con la crisis actual, sino más bien con referencia a las "crisis posbélicas" o a las grandes crisis mundiales de nuestro tiempo –de las cuales la actual crisis constituye entonces sólo un ejemplo particular–, que se afirma (en el último parágrafo de la tesis 3) que ellas han mostrado, por una parte, el obstáculo que significa el sistema de los estados nacionales basados en el trabajo asalariado y el capital, y también, por otra parte, hasta qué punto los esfuerzos hechos para someter una vez más las fuerzas productivas a la relación de producción trabajo asalariado-capital y al proceso capitalista de acumulación, volviéndolas a meter en la bolsa de los estados nacionales, fueron "coronados por el éxito". Del mismo modo, en el último parágrafo de la tesis 3, las "crisis posbélicas (1921, 1929)" son en verdad definidas, por una parte (en relación con el actual "período de depresión" que siguió, en el ciclo de la "larga onda", al "período de ascenso" de 1895-1913), como una "crisis del sistema"; pero la idea de la crisis final que esa expresión parece sugerir es de inmediato abandonada por la otra, en favor de la subsecuente "expectativa" de que también la próxima crisis mundial tenga el mismo carácter. En la frase siguiente (tesis 4), la "fase aguda" de la crisis se ha convertido ya en una cosa del pasado, habiendo sido llevada a término, según se dice, la transición a la fase "depresiva" destinada a dar paso, dentro de pocos años, a un "breve período de respiro".

Asimismo, todo lo que en estas tesis se dice a propósito de la situación, de las tareas, de las perspectivas y de las dificultades del movimiento obrero de nuestro tiempo, se refiere siempre no al *presente*, sino más bien a la "próxima crisis mundial", a la "segunda guerra mundial" (fin de la tesis 5), y a la consiguiente aproximación a la segunda "situación revolucionaria mundial". Las tesis no tratan para nada del presente real, omitido por absolutamente incierto e indeterminado, sino más bien de un *futuro*

directamente calculado –sin ninguna base manifiesta– con absoluta certeza, en términos de años, fijándose 1940 como el año del estallido de la crisis. En realidad, el autor de estas tesis podría como máximo afirmar, a la luz de sus demasiado genéricas disquisiciones precedentes que, mientras tenemos motivos específicos positivos para ubicar el desencadenamiento de la crisis mundial en torno a 1940, de las tendencias generales actualmente evidenciadas por el desarrollo económico no emerge nada que pueda hacer pensar lo contrario. Pero aun prescindiendo de esos específicos defectos en la formulación y en la fundamentación de diversos asertos, es precisamente *su sustancial abstracción del presente real y la ficticia actualización de una situación "igualmente" revolucionaria en el futuro* lo que mina por la base el valor práctico-materialista de estas tesis. En lugar de ello encontramos, en cambio, por un lado, un puro idealismo y un *subjetivismo idealista* que afirma su punto de vista "contra la realidad objetiva", y por otro, como su complemente inevitable, aquel *objetivismo seudomaterialista* que habla de la necesidad de determinados procesos históricos de manera genérica, olvidando determinar su punto de vista a través "del examen de la cuestión".

Así, mientras estas tesis demuestran con mucha fuerza, desde el lado *objetivo* y con una formulación incisiva y a veces nueva y original, el *nexo* existente entre fenómenos –hasta aquí siempre tratados como eventos aislados– como *la crisis mundial, la guerra mundial y la revolución mundial,* o sea *capital y estado,* en la moderna sociedad monopolista, las tareas prácticas que de este nexo objetivo se derivan para la clase obrera son, sin embargo, proclamadas de manera solamente abstracta. A este respecto el autor se limita a la repetición de una única expresión –"revolución mundial"–, que luego, desde este lado *subjetivo,* permanece no obstante absolutamente indeterminada y carente de contenido. Lo único que llegamos a saber de positivo es que la actividad revolucionaria obrera debe ser hoy necesariamente una acción a nivel mundial llevada adelante directamente según un plan unitario, y que la preparación organizativa e ideal debe proceder inmediatamente en esta dirección (tesis 2, 3, 4, 6). Y es sólo esta "revolución mundial" directa la que merece, dice, la calificación de "revolución de la clase obrera", porque toda tentativa parcial –como las producidas en el período posbélico y que se resolvieron, *tanto en la victoria como en la derrota,* en un desastre para la revolución– no puede sino llevar a una desaparición de la historia de la clase obrera como clase determinante de los desarrollos futuros de la

humanidad. Toda revolución circunscrita desde su inicio y en sus desenvolvimientos posteriores a un solo país contiene inevitablemente, según se afirma, "el germen de la contrarrevolución", y esto vale de modo particular para la revolución "rusa" de 1917. (Pero prescindiendo de esta última, el autor conoce muchas otras, una "serie" íntegra de revoluciones nacional-políticas [. . .] cuya identidad histórico-geográfica permanece sin embargo en la más absoluta oscuridad.) Incluso el intento del trotskismo de suplantar a la verdadera revolución mundial con un sucedáneo ideológico, mediante la interpretación de la serie de revoluciones nacionales del presente período como "revolución permanente", es decididamente rechazado. Y todas aquellas corrientes minoritarias que se planteaban, en el pasado reciente, como trascendentes en relación con un movimiento obrero ligado a la más mezquina de las cotidianeidades, son sin excepción lapidadas como "utopías" que dejaban inalterados, suministrándoles simplemente una ulterior cobertura ideológica, los concretos movimientos interiores al capital de los asalariados de entonces. De este modo, la revolución mundial "obrera" proclamada en estas tesis queda como un puro sueño del futuro del cual no hay ninguna traza en el pasado y en el presente, por ahora, dentro del movimento y del desarrollo real de la clase obrera (si se prescinde de algunos *intentos* emprendidos a fines de la primera guerra mundial pero entretanto completamente anulados y "caducos", entre los cuales sobresale el "heroico" intento de los revolucionarios rusos de presentar su revolución como la incipiente revolución mundial). Si bien en la tesis 2 se hace al comienzo, junto a la comprobación del estado de postración y de agotamiento de todas las energías revolucionarias del ciclo 1850-1917, una alusión a ciertos, aunque débiles, *síntomas de despertar* y de agrupamiento de energías de tipo nuevo, todavía al final de la tesis se sigue afirmando concisamente que la acción revolucionaria de la clase obrera deberá, en su conjunto, recomenzar desde el principio. Y este estado de cosas, si por una parte es señalado como "dificultad" (la única verdadera "dificultad" planteada por la "nueva situación"), por otra es celebrado como el momento del corte neto del "cordón umbilical entre revolución burguesa y revolución proletaria", y por consiguiente como punto cero de la acción revolucionaria de los obreros que pueden, de hoy en adelante, reconstruir desde sus cimientos sobre bases correctas las líneas de su estrategia como movimiento.

Aclaremos, ante todo, que esta afirmación es desmentida por

los hechos. Mientras en las tesis se afirma, entre otras cosas, que ninguno de los viejos y fracasados líderes puede ya alardear de sugerir a los obreros "cuál es su verdadera misión histórica", la amarga realidad demuestra desdichadamente lo contrario: ellos pueden no sólo alardear de semejante cosa sino también practicarla –como de hecho lo hacen–, y los obreros prestarle oídos, tanto en otros países como en Alemania, que está poco a poco olvidando el golpe sufrido por las viejas conducciones socialdemócrata y comunista después de su capitulación ante la "revolución nacional y socialista de Hitler". En segundo lugar, esta misma liberación "negativa" de los obreros de todas las influencias externas que los han distraído hasta hoy en sus *ex hypothesi* "fuertes" (es decir todavía completamente *indefinidos y desarticulados*) fines significaría al mismo tiempo también la "liberación" de su historia anterior, incluidas todas las experiencias de lucha adquiridas, y la regresión de la clase obrera de la determinación conquistada en su desarrollo precedente hacia su estado inicial (constituido por su mera existencia económica como clase oprimida y explotada en el seno de la sociedad capitalista) de "clase en sí". Es así imposible comprender cómo podría olvidar de golpe toda su historia y pasar sin retroceder nuevamente "ante la magnitud de sus propios fines" de esta condición de absoluta libertad, vale decir de absoluta negación, simplemente en virtud de "la proximidad de la segunda guerra mundial" y de la "segunda situación revolucionaria a nivel mundial" a que da lugar, a la suprema realidad y determinación de esa directa y total revolución obrera efectivamente proletaria, genuinamente de clase y verdaderamente mundial. Sólo por esta última, dice el autor, vale todavía la pena –después de las amargas experiencias del pasado– comprometer las fuerzas proletarias, sin cuyo pleno logro toda nueva acción militante de los obreros sólo está destinada a provocar una recaída en una nueva y peor apatía. De hecho, no es tanto la incitación a la acción (es decir a la acción directamente revolucionaria a nivel mundial de los obreros en relación con la nueva crisis bélica mundial "alrededor de 1940") cuanto el espantoso castigo que predice en el caso de una caída en el vacío de esta última admonición lo que constituye la verdadera sustancia de las perspectivas expresadas en estas tesis. [. . .] El autor deja por ello completamente indeterminado si estas nuevas "luchas revolucionarias a nivel mundial" del futuro próximo conducirán a la "emancipación de los obreros" o bien a una "ampliación internacional" de los nuevos instrumentos (fascistas) de dominio, y

la única perspectiva concreta abierta por sus tesis es, una vez más, un oscuro presagio: la alternativa (que no sabe de qué fuerzas depende exactamente) entre el "libre despliegue de las fuerzas productivas" y su todavía más riguroso (fascista) disciplinamiento.

Llegamos aquí a un punto en que se hace imperativo atacar no sólo el contenido subjetivo-práctico de estas tesis sino simultáneamente también su contenido *teórico-objetivo*, es decir el análisis teórico que formulan del desarrollo histórico y de las tendencias objetivas que se evidencian en él. Surge aquí, en efecto, la cuestión de si no está ya implícita en el nexo objetivo entre crisis mundial, guerra mundial y revolución mundial, que estas tesis establecen dos veces (una vez *retrospectivamente* para la primera crisis bélica mundial de 1913-1919 y otra, *prospectiva*, para la inminente nueva crisis bélica mundial del futuro próximo), una suerte de capitulación ante el violento ataque del adversario fascista, un ataque que hoy es advertido obviamente como irresistible. De tales capitulaciones, estados de ánimo derrotistas e ideologías de la prisión, desgraciadamente está hoy lleno el conjunto del movimiento obrero europeo, comprendidas sus corrientes revolucionarias, y una posición semejante en el autor de estas tesis no nos sorprendería en absoluto.

Si se examina desde este punto de vista crítico el contenido teórico objetivo del presente trabajo, todo aparece, desde un principio, en perfecto orden revolucionario. Se trata, en efecto, de un ataque a las posiciones del enemigo, y no de una capitulación, cuando se individualiza como "implícita en el ciclo industrial" la "eterna [¿?] alternancia de guerra y paz" que *aparentemente* (y no, como se afirma en la tesis, con una adaptación demasiado exagerada a las ideas del adversario, "en sí") "procede en otros contextos", y cuando se ve en la "guerra moderna" una forma específica de crisis capitalista. Por cierto, esta concepción nueva y revolucionaria es más bien en las tesis presupuesta como un estado de cosas ya obvio antes que fundada y demostrada, y la *caracterización de la guerra como una forma de crisis capitalista que en su propio curso se desarrolla como crisis todavía más aguda* presenta en esta forma no suficientemente mediada un aspecto todavía metafórico y mistificador. Pero para eliminar este último residuo de aparente mistificación de la ecuación guerra y crisis es suficiente llegar a la simple y de ningún modo metafórica observación de que el específico modo de producción de la guerra moderna –un modo de producción que no produce productos y medios de

producción sino destrucción y medios de destrucción– no representa sino una normal manifestación de la producción capitalista. El modo de producción capitalista contiene en sí, desde siempre, a todos sus niveles de desarrollo ambos géneros de producción, el de la creación y el de la destrucción de los productos. Juntos constituyen, en efecto, los dos inseparables componentes de la producción capitalista en su específica forma social de "producción de mercancías", es decir producción no simplemente de productos, sino de productos como mercancías, sobre cuya íntima dialéctica está basado este modo histórico de producción. La especificidad de la forma actual de capitalismo está constituida por el hecho de que hoy tienden cada vez más a desaparecer hasta ciertos residuos de distinciones formales entre las dos formas fenoménicas de producción capitalista (la denominada producción pacífica "normal" y la otra –en realidad no menos normal– para la guerra y de guerra), en un proceso de recíproca asimilación que pone así de manifiesto la íntima identidad de estos dos, igualmente legítimos, sectores de la producción capitalista. En una época en que incluso una parte de la producción pacífica "normal" consiste en la destrucción en masa, consciente y programada, de productos, de medios de producción, de fuerzas productivas y de productores, en que hasta en tiempo de paz el peso relativo de la denominada "industria de guerra" supera ampliamente y en medida rápidamente creciente el de todo otro sector productivo, y en que todo sector individual de producción es considerado –y al aproximarse la guerra, por lo tanto, también prácticamente administrado– como un mero departamento subalterno de una única industria bélica unitaria, en semejantes condiciones, parece perfectamente lógico afirmar que ni siquiera en el pensamiento es ya distinguida de los otros sectores de la producción capitalista de mercancías una *guerra* convertida ya, en los fines y en el modo de existencia, en indiferenciable de la industria de guerra y de paz. Hecha esta precisión, aquella afirmación paradojal de las tesis según la cual la guerra misma debería considerarse una mera forma especial de *crisis periódica* –en condiciones de desarrollar de manera todavía más expeditiva la tarea específica de toda crisis que es la de destruir el valor ya no reinvertible–, se hace entonces no sólo comprensible sino directamente una obvia comprobación de un dato de hecho. Aún más todavía, así se explica también por qué en el proceso de preparación de la guerra actualmente en curso se plantean en el interior de la crisis los presupuestos para una nueva crisis, en la medida

en que la "superproducción" que es típica de toda crisis se manifiesta aquí en la forma de un incremento desmesurado de la producción de "materiales de destrucción y de destrucción propiamente dicha". Esta agudización de la crisis en una nueva crisis en el interior de la crisis misma es, en efecto, la inevitable tendencia que emerge ya sea en la guerra como en la paz, una tendencia que quedó claramente de manifiesto en la Gran Guerra y que, a causa del ulterior desarrollo de las formas capitalistas de producción (en su recién revelado doble modo de existencia como formas genuinas de producción y formas de destrucción, ambas ligadas recíprocamente de modo de constituir, en las relaciones capitalistas, el indivisible conjunto que representa la concreta realidad de la producción capitalista de mercancías), ha venido fortaleciéndose y está destinada, en el futuro, a fortalecerse aún más. El actual desarrollo del modo capitalista de producción está así llevando, en un solo e idéntico proceso, tanto a la nueva *crisis* como a la nueva *guerra*, y a la *combinación* de ambas en una nueva *crisis bélica mundial* que, para la clase de los verdaderos productores oprimidos y explotados en época de guerra y de paz, *constituye el presupuesto objetivo para una nueva situación revolucionaria a nivel mundial*. La magistral (a pesar de su brevedad) clarificación de esta situación objetivamente revolucionaria constituye un verdadero desarrollo –importante incluso prácticamente en sus consecuencias para la preparación y la conducción de la lucha revolucionaria de los obreros– de nuestra comprensión de la revolución proletaria.

También se trata de un ataque revolucionario a las posiciones del enemigo y no de una capitulación, cuando la línea de neta separación trazada por la vieja teoría marxista entre economía y política, capital y estado, es tendencialmente borrada, mientras se pone en evidencia la conversión del "estado" de mero capitalista "ideal" en el actual "capitalista total" y la fusión del ciego sujeto "capital" con el "estado" (garante como órgano especial en un "*sujeto-total capital unitario*"). *La lucha contra el estado capitalista* se ha convertido, en efecto, en un componente de la lucha de clases proletaria mucho más directamente que en el pasado, cuando el movimiento obrero socialista, prisionero (como las tesis lo exponen admirablemente) en la falsa alternativa entre reforma social y revolución (solamente) política, había perdido de vista por completo la totalidad concreta de la lucha socialrevolucionaria de la clase obrera. En este sentido, es una crítica revolucionaria que golpea el corazón no sólo del enemigo actual sino también de los

falsos amigos de ayer y de hoy del movimiento obrero, la afirmación hecha en las tesis de que a través de la conquista del poder por parte del nacionalismo hitleriano no sólo "ha triunfado la revolución política y la única reforma social posible" contra los obreros, sino que al mismo tiempo se ha puesto también de manifiesto el carácter contrarrevolucionario (en sus consecuencias) de ambos objetivos aparentemente progresistas de las organizaciones obreras del pasado.

Junto a estos duros ataques, verdaderamente revolucionarios, y junto a todas las formas viejas y nuevas de despersonificación del estado capitalista y del poder económico hay también sin embargo, en estas tesis, una serie de formulaciones que vuelven vaga y ambigua la lucha actualmente posible para los obreros alemanes, la lucha contra la única despersonificación actual del dominio de clase capitalista en Alemania. Es bastante peligroso, por las consecuencias que puede tener sobre el despliegue revolucionario de la ofensiva proletaria en la actual fase histórica, afirmar de manera lapidaria –como se hace en estas tesis– que la nueva forma monopolista de capital y de estado libera hoy de la tarea de obtener "al menos el más alto grado [¡!] de desarrollo [¡!] de las trascendentes [¿?] fuerzas productivas en el interior del sistema dado". A este propósito debe también recordarse la tesis precedente, en la cual se declaraba ya superada la actual crisis económica y se anunciaba la transición a la fase depresiva que, después de un "breve período de respiro", desembocaría rápidamente en la "próxima crisis mundial"; es también digna de tenerse en cuenta la forma peculiar en que, más adelante, es señalada como otra y en realidad más probable perspectiva de desarrollo del actual estado de cosas a nivel mundial, junto al *completo despliegue*, por obra de la revolución proletaria, de las fuerzas productivas actualmente prisioneras de la inadecuada envoltura nacional, también el simple "*todavía más duro disciplinamiento*" de estas fuerzas productivas mediante la extensión de la tiranía fascista a escala internacional. Se observa perfectamente que estas tres formulaciones –la *crisis* como cosa ya del pasado, la liberación de aquellas tareas cuyo continuo cumplimiento conforma según la teoría marxista el verdadero contenido material del desarrollo histórico-universal íntegro, y que hoy son sin embargo llevadas a término por un fascismo victorioso por ahora en escala nacional, pero susceptible de una posterior extensión a escala *internacional*– estas tres formulaciones juntas dejan entrever una perspectiva de desarrollo histórico en la cual aparece como realizable un tipo

de conexión entre crisis mundial, guerra mundial y revolución mundial absolutamente diferente, y más aún exactamente opuesta, a la presente en la conciencia subjetiva del autor de estas tesis y que quisiera lanzar como consigna de la lucha del proletariado revolucionario. En lugar de la ruptura de los vínculos capitalistas y del libre desarrollo de las fuerzas productivas, aquí aparece presentada como más probable la eventualidad de su máximo desarrollo (*obtenido* mediante la violencia del fascismo victorioso sin la ruptura de su presente forma capitalista) primero en el plano nacional y seguidamente, de manera eventual, también en el internacional, a través de su ulterior "disciplinamiento". Lanzando su ataque primero a nivel nacional y expandiéndose luego a escala internacional, el fascismo cumple su "tarea histórica" en la medida en que muestra a la sociedad capitalista, amenazada por un lado por la revolución social y por otro por su propia disolución, una vía de salida heroica y le impone optar por esta vía. En esta perspectiva, sin embargo, la revolución social del proletariado deja de ser una necesidad general del desarrollo de la sociedad humana para convertirse en el asunto privado de una clase aislada o directamente sólo de una banda de agitadores judíos o de miembros de otras minorías raciales.

La ambigüedad introducida en las tesis por esta formulación concerniente a las posibilidades *económicas* de desarrollo social actualmente dadas es luego fortalecida por una –igualmente ambigua– fórmula *política: "El sujeto-estado capital quiere asegurarse el monopolio de la lucha de clases"*. Esto puede significar, y de hecho significa en su sentido más obvio e inmediato, que el estado fascista suprime todas las formas históricamente dadas de lucha de clases entre obreros asalariados y capital. La "eliminación de todos los organismos de clase de los obreros" es la primera medida del estado fascista. A la más que correcta observación contenida en esta primera frase quedaría sólo por agregar, desde el punto de vista de una clara concepción marxista basada en el factor de la lucha de clases, una afirmación posterior que eche luz sobre el cambio aportado por esta "monopolización" por parte del estado fascista al otro frente de la lucha de clases tradicional de la sociedad capitalista, *la lucha de clase del capital contra los obreros asalariados*. Esta afirmación debería demostrar cómo el estado fascista –íntimamente ligado al gran capital aunque situado, formalmente, por encima del capitalista individual– continúa, en una forma más amplia y firme, llevando adelante "por cuenta del estado" aquella lucha de clases "monopolizada" contra los obreros.

Finalmente, una concepción que se atuviese a los principios de una idea verdaderamente dialéctica –es decir práctico-materialista y auténticamente revolucionaria, en sentido marxista– debería aquí añadir que el estado fascista, a causa del perpetuamiento, de la expansión y del endurecimiento de la lucha de clases que ha "monopolizado", viene a encontrarse simultáneamente él mismo expuesto a la persistente –más aún, en continua expansión– y exasperada *lucha de clase de los obreros*. Pero en lugar de esta concepción de clase dialéctica y revolucionaria, tras la fórmula de la "monopolización de la lucha de clases por parte del estado fascista" entrevemos otra concepción, como las frases inmediatamente siguientes nos lo confirman. El autor de las tesis está convencido de que en esta "monopolización de la lucha de clases" en sus dos formas antagónicas de lucha del trabajo asalariado contra el capital y de lucha del capital contra el trabajo asalariado, el estado fascista está teniendo (al menos temporalmente y a escala nacional) efectivamente *éxito*.

Según lo sostenido en las tesis, el estado fascista está asumiendo la tarea de integrar "orgánicamente" la parte de capital representada por el trabajo asalariado en el contexto estatal y de reorganizar a la clase capitalista adaptándola a las exigencias de la nueva "economía política" nacional, exactamente de la misma manera en que la asumiría un estado obrero surgido de una verdadera revolución obrera, en la medida en que permaneciese limitado al contexto nacional por propia decisión o forzado por las circunstancias. Aquí se declara expresamente que entre tales diferentes formas y grados de fusión de estado y capital como las constituidas por una parte por el "capitalismo de estado bolchevique", y por la otra por la "intervención sistemática" fascista y por la "economía dirigida" nacionalsocialista, *no hay una diferencia sustancial*. En realidad, esta ausencia de distinción entre desarrollos que operan históricamente en dirección opuesta, así como toda la valoración adialéctica –que constituye el sostén teórico de la primera– de las posibilidades económicas y políticas del estado fascista o nacionalsocialista, sustancialmente internas al marco capitalista, hacen así que sean monstruosamente y, para la preparación de la reacción proletaria, peligrosamente sobrevaluadas las conquistas históricas y la capacidad de conquista, y por consiguiente también la fuerza ofensiva y defensiva de la contrarrevolución nazifascista hoy triunfante. Para comprender hasta qué punto se lleva esta sobrevaluación, basta pensar que un monopolio de la lucha de clases como el que, según estas tesis, ha con-

quistado hoy el nacionalsocialismo de Hitler y el fascismo mussoliniano, no osó reivindicarlo ni siquiera el dictador revolucionario Lenin para su "estado obrero y campesino" en el curso del "comunismo de guerra". En los debates producidos en aquella época, antes de la transición a la NEP, en torno al futuro carácter de los sindicatos ruso-soviéticos, lo máximo que Lenin se animó a sugerir fue en esencia que los sindicatos se limitasen en el futuro a la lucha de clase cotidiana por la salvaguardia de los intereses inmediatos de los obreros en el interior del sistema estatal y económico soviético y renunciasen así a la intensificación revolucionaria de esta lucha, desde el momento que la ulterior expansión de la revolución se había convertido en la tarea inmediata del estado soviético. En el curso de la posterior evolución del socialismo y del capitalismo de estado ruso, bajo las formas de la NEP o de la neo-NEP, les fue nuevamente negado a los sindicatos, como es sabido, hasta este derecho a la lucha de clase cotidiana por la defensa de los intereses inmediatos de los trabajadores que Lenin había al comienzo garantizado. El actual capitalismo de estado stalinista se ha conferido a sí mismo, precisamente como lo ha hecho el estado dictatorial de Hitler y Mussolini, el "monopolio de la lucha de clases". Pero en un caso como en otro (y en el segundo caso, aunque fuese solamente a causa de la posición incomparablemente más débil de estas "dictaduras" contrarrevolucionarias capitalistas debido a la reivindicación de la ganancia por parte del capital privado con que debe ajustar cuentas, mucho menos que en la dictadura leninista-stalinista) esta "monopolización" ideológica de la lucha de clases en manos del estado no ha sido nunca realizada, ni siquiera temporariamente, ni siquiera en el interior de las fronteras nacionales. Precisamente como, según el principio del marxismo revolucionario, el socialismo proletario no puede ser construido en "un solo país" –ni total ni parcialmente, y tampoco de manera temporaria–, con base en el mismo principio, la lucha de clases, en sus dos manifestaciones antagónicas, no puede ser eliminada "en un solo país", o transformada en un simple componente de las funciones de dominio económico y político de un estado carente de contradicciones en el ámbito nacional. A las dos tareas del poder económico y estatal fascista que estas tesis consideran asumibles en el interior de las fronteras nacionales, el propio autor les pone un límite. En el único pasaje en que piensa "dialécticamente", es decir de un modo verdaderamente materialista y práctico-revolucionario, el autor declara que "el sujeto-estado capital", en la medida en que funciona como

cártel general de reglamentación de los precios "*exaspera al mismo tiempo* [¡!] *la competencia internacional* [. . .]" que se ha convertido, para los estados, en una cuestión de importancia vital ("Ocaso de la autarquía"). Como consecuencia de ello, la nueva forma monopólica no sólo no ha detenido la marcha cíclica de la economía mundial sino que no ha llegado ni siquiera a sustraer su propia esfera de influencia a la " 'ley natural' del capitalismo".

Pero incluso prescindiendo del hecho de que el límite puesto -aquí en forma directamente geográfica- a las posibilidades del fascismo de cumplir las tareas económicas y políticas planteadas por la actual situación mundial, es luego considerado, en última instancia, como no del todo insuperable, y aun dejando de lado que más bien es explícitamente admitida la posibilidad de su superación a través de la extensión a nivel internacional de los instrumentos fascistas de dominio, esta introducción final de la manera dialéctica de ver las cosas llega demasiado tarde. Del mismo modo en que la *reglamentación del mercado interno* por parte del sujeto-estado capital fascista se expresa dialécticamente en escala *internacional* en una exasperación de la competencia que tiene rápidas repercusiones también en el mercado interno, así el supuesto "cumplimiento" de las tareas económicas y políticas por parte del fascismo viene produciendo desde el inicio, en el interior del propio proceso de producción nacional, nuevas y cada vez más agudas contradicciones. Y llegado este punto habría sido correcto insertar un análisis verdaderamente marxista, es decir materialista-práctico, de las combinaciones presentes y futuras de crisis mundial, guerra mundial y revolución mundial, y proclamar la lucha actual del proletariado en cada país y en escala internacional contra la presente forma *hic et nunc* del dominio capitalista, en todas sus expresiones, como el único verdadero contenido de la "revolución mundial" proletaria.

Preludio a Hitler *

La política interna alemana 1918-1933

Como el período en cuestión comienza y termina con una revolución, nuestra tarea no será el estudio de los problemas particulares –por importantes que sean– que surgen y se resuelven de día en día, de año en año en el desarrollo normal de una unidad política. Nuestra preocupación principal es más bien el problema de fondo del poder mismo. La cuestión crucial con que tuvo que enfrentarse la llamada República de Weimar durante la mayor parte de su existencia fue si esa república existía realmente y cuál era su real estructura política.

Desde un punto de vista formal, el problema parece fácil de resolver. Cuando el Imperio fue finalmente derrotado y su jefe, el Káiser –o más exactamente la casi veintena de reyes, archiduques y duques que habían sido el soberano colectivo de la Alemania imperial– abdicó formalmente, el pueblo alemán, después de un período relativamente breve de tumultos y conflictos, se dio una nueva constitución republicana, por medio de sus representantes electos en Weimar, en agosto de 1919. Esa Constitución siguió en vigor hasta el advenimiento del nazismo, y en cierto sentido es válida aún hoy porque el poder estatal fue tomado por el partido nazi en forma perfectamente legal. Hitler fue nombrado canciller, es decir primer ministro, por el presidente de la república, el mariscal Hindemburg, el 30 de enero de 1933. Fue confirmado en ese cargo por la grandísima mayoría del Reich-

* "Prelude to Hitler. The internal politics of Germany: 1918-1933", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, vol. v, 1940, núm. 2, pp. 7-14.

stag, es decir del parlamento, y por una cantidad de plebiscitos casi unánimes. El mismo procedimiento se observó más tarde, cuando después de la muerte de Hindemburg en 1934 se abolió el cargo de presidente y Hitler en su nueva posición de "Führer y canciller" unió en su persona y por lo tanto en el cargo de canciller, los poderes de la presidencia y la cancillería. También la transferencia de todos los poderes legislativos del parlamento al Führer, incluyendo el poder de modificar ulteriormente la propia Constitución, fue realizada en forma perfectamente legal. Esos poderes fueron formalmente delegados por el parlamento en el gabinete de Hitler con dos "actos de autorización" presentados al primer y al segundo Reichstag de 1933 e invariablemente aceptados por mayorías mucho más amplias que los dos tercios impuestos por el artículo 76 de la Constitución de Weimar.

Este registro formal del desarrollo constitucional no da, sin embargo, una respuesta real al problema de fondo de ese intermedio de catorce años entre dos revoluciones y dos guerras mundiales que fue la República alemana. Hay incluso ciertas dudas sobre si en el continuo fluir y en la lucha incesante entre fuerzas progresistas y fuerzas reaccionarias, revolucionarias y contrarrevolucionarias, hubo alguna vez una condición tangible o una situación suficientemente estable para poder describirla como la República alemana o un gobierno fundado sobre la Constitución de Weimar.

Para los fines de una interpretación realista, la historia de los catorce años que preceden a la victoria del nazismo debe dividirse en por lo menos cinco períodos completamente diferentes.

El primer período es el representado por la lucha en favor o en contra de los llamados consejos obreros, que duró desde noviembre de 1918 hasta agosto de 1919. Éste fue –según un observador inglés particularmente inteligente y agudo– "el período crítico para Alemania y Europa. Fue el estado formativo y creativo para una nueva Alemania y Europa" (George Young, *The New Germany,* Londres y Nueva York, 1920). Mirando hacia atrás, podemos decir que fue aquélla la última ocasión para la supervivencia de una auténtica democracia en condiciones de monopolio y capitalismo de estado en rápido ascenso en la Europa posbélica.

La forma del poder en este período inicial puede describirse bajo varios aspectos: según la opinión entonces generalmente aceptada, el poder tanto legislativo como ejecutivo estaba en manos del llamado Consejo de comisarios del pueblo, que derivaba

su autoridad de otras y más democráticas instancias de la organización revolucionaria del Consejo de los obreros y de los soldados. Los seis miembros de las dos fracciones del Partido socialdemocrático que formaban el llamado Consejo de comisarios del pueblo se consideraban, sin embargo, como una anticipación del gabinete del futuro parlamento. En realidad esos comisarios fueron sustituidos ya en febrero de 1919 por un gabinete de coalición y por un presidente elegido por la Asamblea nacional, reunida en enero. El "gabinete de coalición" así creado, que debía volver a presentarse varias veces en el curso de la República alemana, representaba a los tres partidos que habían sido los únicos en aceptar sin reservas la nueva forma estatal de república parlamentaria de modelo occidental. Los tres partidos eran: los socialdemócratas moderados, el Centro católico y el nuevo Partido democrático. Contra ellos estaban por un lado los dos partidos monárquicos que se diferenciaban del partido conservador y del nacional-liberal prebélicos tradicionales sólo por el cambio de nombre, por el otro los nuevos partidos revolucionarios surgidos de la guerra y del consiguiente derrumbe del viejo régimen. Los nuevos partidos eran el ala izquierda del Partido socialdemócrata, es decir el Partido socialdemócrata independiente, y la Liga Espartaco que acababa de asumir el nombre de Partido comunista.

La forma real del poder no se conformó, sin embargo, en este momento a ninguno de los dos esquemas teóricos. En este período no hubo ninguna autoridad generalmente aceptada ni en la forma de un gobierno revolucionario de las clases trabajadoras ni en la de un gobierno efectivo por parte del parlamento. Al transitorio eclipse de todos los poderes de estado, en noviembre siguió una lucha violenta por el poder entre el movimiento revolucionario de los consejos por un lado y la forma de poder contrarrevolucionaria en secreto ascenso, por el otro, que puede ser mejor descrita como un "poder de los cuerpos francos". Esa realidad de hecho no cambió con la promulgación formal de la nueva Constitución republicana, llevada a cabo el 11 de agosto de 1919. Fue un trágico destino de la República alemana el que su primer gobierno oficial prefiriera apoyarse cada vez más pesadamente en el poder de los militares. Después de una primera tentativa fallida de encontrar apoyo efectivo en lo que quedaba del viejo ejército imperial, se volvió en busca de ayuda y alianza a las organizaciones militares de reciente constitución (los cuerpos francos) que más tarde se unirían a todos los ataques reacciona-

rios contra el gobierno constitucional y representarían de hecho el primer núcleo importante de la futura organización militar del poder contrarrevolucionario nazi.

Veamos ahora el segundo período de la República de Weimar que se inició con la derrota del primer ataque reaccionario contra el nuevo estado precisamente por parte de esos poderes que éste había autorizado e incluso ayudado a crecer para los fines de su propia defensa. Se trata del putsch monárquico del burócrata Kapp, originario de la Prusia oriental, o más bien del general del ejército von Lüttwitz, amigo íntimo del primer ministro socialdemócrata de la guerra Noske. El ejército marchó sobre Berlín atravesando la Puerta de Brandenburgo y el gobierno, aterrorizado, huyó a Stuttgart, donde lo alcanzó la Asamblea nacional. A pesar de eso, la empresa de Kapp fracasó completamente por dos razones sumamente distintas. En primer lugar, él había confiado simplemente en la acción militar y había descuidado la tarea de construir una nueva organización política y una nueva ideología política, experiencia que fue aprovechada por los putschistas que vendrían después. También las empresas posteriores mejor preparadas durante mucho tiempo fueron derrotadas hasta que finalmente se aprendió de la experiencia a construir ese moderno movimiento contrarrevolucionario, tremendamente eficiente y temerariamente desprejuiciado, que daría el golpe de gracia a la República de Weimar en 1933.

La segunda y mucho más importante razón del fracaso de Kapp no fue de índole técnica. La masa de los trabajadores alemanes, a los cuales apeló el gobierno, se levantó en una huelga general unánime en defensa de la república y de la democracia. Fue una especie de segunda revolución, aunque no en la dirección de un radicalismo creciente, como el de la Convención jacobina de 1792 o el de la revolución de Octubre rusa que siguió a la primera revolución de febrero de 1917. Fue por el contrario un repliegue de los sueños utópicos del primer intento de noviembre de 1918 a los objetivos realistas del movimiento socialista que se había desarrollado en los cincuenta años anteriores. Esta vez los trabajadores lucharon por lo que querían realmente y obtuvieron aquello por lo que habían combatido. Hasta entonces la Constitución de Weimar había tenido una existencia precaria. El gobierno republicano oficial había sido a duras penas tolerado por quienes lo sostenían, es decir el ejército reaccionario y los cuerpos francos ultrarreaccionarios. Ahora se había conquistado cierto grado de estabilidad. Marzo de 1920, antes que agosto de

1919, es la fecha de nacimiento de la Constitución alemana. Aun así, sin embargo, no era una república triunfante sino una república moderadamente militante, como se vería más adelante en la débil reacción de la opinión pública contra el asesinato del ministro católico Erzberger en 1921 y del ministro democrático Rathenau en 1922. La protesta republicana se agotó en vacías demostraciones de plaza y culminó en un Estatuto para la protección de la república que nunca fue aplicado en forma constante.

Una discusión detallada de la política exterior de la República de Weimar está más allá de los objetivos de este trabajo. Propongo, por lo tanto, pasar rápidamente por la nueva profunda crisis de 1923, causada principalmente por la presión de coerciones exteriores: el tratado de Versailles, el problema de las reparaciones, la ocupación del Ruhr, el separatismo, el putsch de Hitler en la cervecería de Munich, la sublevación revolucionaria de los obreros alemanes contra la amenaza hitleriana y las expediciones militares guiadas por generales neutrales o simpatizantes con Hitler contra todos los movimientos antihitlerianos de las varias partes de Alemania.

De este caos surgió una nueva fase de la República alemana, el gobierno parlamentario de la llamada "era Stresemann".

Los nueve gabinetes que se sucedieron en seis años, de 1925 a 1929, tuvieron una composición política muy variada, yendo del llamado bloque burgués que comprendía a la derecha nacionalista a un gobierno encabezado por un canciller socialdemócrata. Sin embargo todos ellos estaban de hecho dominados por el liderazgo indiscutido de un único y permanente ministro de Relaciones Exteriores. Stresemann representaba a los estratos del capital industrial alemán que habían resuelto aceptar por el momento la forma republicana del estado como un dato de hecho y aceptar las condiciones de las reparaciones del tratado de Versailles con una política del cumplimiento "táctico" minuciosamente elaborada. Al mismo tiempo, la imposible carga impuesta a la nación alemana después de la crisis de 1923 por el llamado plan Dawes fue gradualmente aligerada hasta que el plan Dawes pudo ser sustituido por el plan Young de 1929 que reducía las obligaciones de Alemania a pagos anuales decrecientes de 2 500 millones a 1 500 millones hasta 1988. Fue en la violenta campaña por el plebiscito contra la aceptación de este plan que las nuevas fuerzas contrarrevolucionarias guiadas por Hitler dieron la mano por primera vez a las viejas fuerzas reaccionarias del nacionalismo y conservatismo tradicionales, anticipando así la acción de los dos

socios desiguales de 1933. La política de cumplimiento y conciliación de Stresemann prevaleció todavía contra esos elementos de perturbación, preparando el camino para la anulación definitiva de todos los pagos por las reparaciones que debía ser obtenida de la conferencia de Lausana de 1923, un año antes del ascenso de Hitler al poder.

Durante esa "era Stresemann" –y sólo en ese período– se puede hablar de la existencia de una República de Weimar. Fue un período de clima político excepcionalmente bueno, de prosperidad económica y con una situación internacional relativamente tranquila. Fue un período de paz para el mundo y para Europa en particular gracias a los pactos de Locarno. Alemania ingresó en la Sociedad de las Naciones, y bajo la guía de los Estados Unidos y del ministro de Relaciones Exteriores francés Briand más de sesenta naciones aprobaron con el pacto Kellogg la proscripción de la guerra como instrumento de política nacional.

La estabilidad mostrada por la República alemana en esos seis años fue más apariencia que realidad. No estuvo expuesta a ninguna amenaza real. La república sobrevivió ciertamente, pero sólo durante la "baja estación". Toda apariencia de estabilidad desapareció cuando el clima económico y político cambió bajo la presión de la crisis mundial iniciada en 1929. Describiré ese cambio citando un reciente artículo del historiador inglés G. P. Gooch:

"La República de Weimar fue estólidamente destruida por especuladores norteamericanos. La tempestad económica atravesó el Atlántico y estalló en Europa en 1930. En Alemania el número de desocupados se duplicó, los bancos quebraron, las antiguas empresas cerraron. En las elecciones de septiembre, los nazis saltaron de 12 a 107 diputados: sólo fueron superados en número por los socialistas."

A partir de ese momento se inició lo que debe ser considerado como la decadencia y la caída de la República de Weimar o mejor dicho, el ascenso y la victoria de la contrarrevolución llegada a su plena madurez.

Sería un error considerar a los tres gobiernos que se sucedieron durante la "era Stresemann" (los gobiernos de Brüning, von Papen y Schleicher) como gobiernos republicanos y parlamentarios. Ninguno de esos gobiernos pudo contar nunca con una mayoría en el parlamento. Una moción de censura que fue aprobada al final del gobierno de von Papen en 1932 (cuando von

Papen tenía ya en el bolsillo el decreto presidencial de disolución del Reichstag, pero no logró leerlo antes de la votación) mostró que de los 600 miembros del Reichstag sólo 40 estaban dispuestos a sostener al gobierno.

Todos los gobiernos de la República alemana posteriores a septiembre de 1930 representaban un régimen presidencial antes que un gobierno parlamentario. Gobernaban con decretos de emergencia antes que con el procedimiento parlamentario normal. Ese enorme aumento del poder de emergencia estaba naturalmente en flagrante contradicción con el espíritu de la Constitución aun cuando quizás no fuera contra su letra, en cuanto se basaba formalmente en el artículo 48 de la Constitución, que autorizaba al presidente "en caso de grave perturbación de la seguridad y del orden público a tomar todas las medidas necesarias para restaurar la seguridad y el orden público y, si es necesario, a intervenir con ayuda de las fuerzas armadas".

Antes de tratar ese fatal período durante el cual fueron completamente destruidos todos los principios del poder republicano y parlamentario y los derechos encarnados en la Constitución, debemos aclarar que, con todos sus abusos, ese recurso indiscriminado al artículo 48 no era una praxis del todo nueva. Gobernar con ley marcial y decretos de emergencia fue habitual en Alemania durante la presidencia del socialdemócrata Ebert de 1919 a 1924. Y no hubo abuso del poder de emergencia en el período posterior 1930-1933 y después, del cual no se pueda hallar un precedente en aquella primera fase (el número de decretos emitidos con el artículo 48, § 2, por el gobierno del Reich en los primeros cinco años de la República es de 135. A éstos deben sumarse los decretos emitidos con el artículo 48 por los gobiernos de los estados individuales, el número infinito de medidas de emergencia puestas en vigor por las autoridades civiles y militares antes de agosto de 1919 y los 110 decretos emitidos con "los actos de autorización" de octubre y diciembre de 1923.) La tan adecuada deposición del gobierno socialista de Prusia por un *Reichskommissar* por parte de von Papen en junio de 1932 tiene su precedente en las *Reichsexecutionen* de octubre y noviembre de 1932 contra los gobiernos socialistas que habían intentado combatir la amenazada marcha de Hitler sobre Berlín con la organización de milicias obreras en Sajonia y Turingia. No fue novedad ni siquiera que las impopularísimas medidas económicas de Brüning y von Papen fueran decretadas por el gobierno sobre la base del artículo 48 con la justificación formal de que "según las

declaraciones de los dirigentes de los partidos no es previsible la aprobación por parte del parlamento". El mecanismo del artículo 48 había sido utilizado en apoyo de una legislación financiera y económica normal ya en 1923 y 1924 bajo la presidencia de Ebert. Hasta los actos de autorización de Hitler en 1933 tienen un precedente en los de Stresemann en 1923.

Aunque toda la historia de la República alemana desde 1918 hasta 1933 puede ser descrita como la historia del crecimiento de la ley marcial y del poder de emergencia, hay importantes diferencias entre el primer período y el segundo. Ante todo, hubo aquella fase intermedia de 1924 a 1929 durante la cual la aplicación del artículo 48 se hizo cada vez más rara y finalmente fue incluso abandonada. El regreso a esas toscas improvisaciones de rápida intervención después de un período de relativa estabilidad da por sí mismo un nuevo significado a la aplicación del mismo método en la última fase. Otra diferencia surge si se considera la función principal cumplida por el artículo 48 antes de 1924 y después de 1929. En el primer período sirvió principalmente para investir a las autoridades existentes de poderes extraordinarios para suprimir lo que con razón o sin ella se consideraba una amenaza o un peligro para el orden republicano recientemente creado. Ésa fue ciertamente la época en que todas las fuerzas que más tarde hubieran podido oponerse a la victoria de la contrarrevolución fascista fueron reprimidas del modo más enérgico, con un uso privilegiado del poder ejecutivo tanto civil como militar, con tribunales especiales y suspensión de la administración ordinaria en los tribunales cada vez que un crimen podía ser perdonado en nombre de un pretendido interés nacional. Y aun cuando el criminal era incriminado formalmente, se salvaba de la condena porque el asesinato político por parte de la derecha era siempre protegido por la poderosa mano de las organizaciones semilegales o totalmente ilegales, pero oficialmente toleradas, del nuevo ejército reclutado secretamente.

El último período del gobierno de emergencia con Brüning tuvo un carácter completamente distinto. Esta vez la actividad legislativa ordinaria del parlamento fue completamente sorteada por la legislación hecha de decretos de emergencia. Hubo una constante ruptura con todo el régimen genuinamente parlamentario y un intento deliberado de sustituirlo por el principio de una dirección autoritaria.

El artículo 48 llegó a ser la parte más importante de la Constitución de Weimar (la proporción entre los decretos de emergen-

cia basados en el artículo 48 y los actos de la normal legislación parlamentaria subió de 5 contra 95 en 1930, a 42 contra 35 en 1931 v a 59 contra 5 en 1932). Después de cinco años de no aplicación del artículo 48, el canciller Brüning, el 16 de julio de 1930, presentó todo su programa de reconstrucción financiera en forma de dos decretos basados en el artículo 48, y cuando una mayoría del Reichstag revocó sus decretos, disolvió el propio Reichstag y promulgó los decretos sobre la misma base antes de las nuevas elecciones. El artículo 48 fue utilizado al final hasta para sostener todo el balance del año parlamentario 1932, el último año de la República de Weimar.

No nos ocuparemos en detalle de esas últimas fases de la República alemana que precedieron a su derrocamiento final por parte de la provisoria combinación de la vieja reacción militarista y nacionalista por un lado y de las nuevas e incomparablemente más prepotentes, temerarias y eficientes fuerzas de la contrarrevolución nazi por el otro. Un estudio más profundo de las diversas fases de este período no haría sino corroborar ulteriormente el resultado final ya alcanzado con nuestra relación. Se vería que desde los oscuros comienzos hasta la clara conclusión todos los procesos internos de la República alemana no pueden contraponerse al proceso nazi posterior, sino que deben ser considerados como su primera fase preparatoria.

Las principales tesis sostenidas en esta relación son las siguientes. He tratado de contestar dos errores comunes: 1] que haya existido una "República alemana"; 2] que haya habido una "revolución alemana". En antítesis a estos dos errores, afirmo que la llamada "República alemana" que llenó el vacío entre la vieja Alemania imperial del Káiser y la nueva Alemania nazi de Hitler fue siempre una "república sin republicanos"; que la llamada "revolución alemana" que según se supone tuvo lugar en los primeros cinco años después de la guerra, no fue ni una revolución social de la clase proletaria ni una revolución democrática que destruyera los viejos poderes reaccionarios. Se trató de una "revolución sin revolucionarios."

Pero si bien nunca hubo una revolución real, se puede demostrar que hubo –y todavía hay– una verdadera contrarrevolución. Las fuerzas que conquistaron el estado alemán para la dictadura nazi en 1933 nacieron y crecieron simultáneamente con el desarrollo de aquel sistema político que generalmente se presumía que fuese un estado republicano moderno. Aunque el nazismo no era ni socialista ni democrático, sin embargo, nutriéndose de los

errores y de las omisiones de los llamados "políticos del sistema" obtuvo a la larga el apoyo de la mayoría de la nación. Resolvió tanto en el campo político como en el económico una cantidad de problemas concretos que habían sido descuidados o frustrados por el comportamiento no socialista de los socialistas y por el comportamiento no democrático de los demócratas. Así, una cierta parte de las tareas que "normalmente" hubiera llevado a cabo un movimiento auténticamente progresista y revolucionario, fueron cumplidas en forma distorsionada, pero a pesar de ello realista, por la victoria transitoria de una contrarrevolución no socialista y no democrática, sino plebeya y antirreaccionaria. Y no es cosa del pasado. La contrarrevolución nazi iniciada en Alemania en 1918-1933 continúa hoy a nivel de toda Europa.

La contrarrevolución fascista *

¿Qué esperanza tenemos nosotros, los marxistas revolucionarios, sobrevivientes de una época ya pasada, herederos de las más avanzadas teorías, ilusiones e ideologías, qué esperanza nos ha quedado de asistir a una reversión revolucionaria del impetuoso movimiento contrarrevolucionario del fascismo imperante? Los destinos de Francia han probado finalmente que el viejo slogan marxista de la "revolución mundial" asumió en nuestra época un nuevo significado: nos encontramos en medio de una revolución mundial no socialista y proletaria sino ultraimperialista y fascista. Así como en el pasado toda gran derrota –la derrota de Francia en 1871, la de Rusia, Alemania y Hungría en 1905, 1917, 1918– desembocaba en una verdadera revolución, hoy toda derrota desemboca en una contrarrevolución fascista. Además de esto, la actual guerra se ha convertido ella misma en un proceso revolucionario, en una guerra civil con una tendencia predominante inequívocamente fascista. Así como en una carrera de caballos, aunque no sabemos cuál será el caballo vencedor sabemos sin embargo que quien vencerá será un caballo, así en esta guerra, cualquiera sea el partido ganador, el resultado será siempre un gigantesco paso adelante hacia la fascistización de Europa, si no del mundo entero (europeo, americano y asiático) en el futuro.

* "The Fascist counter-revolution", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, otoño de 1940, núm 2, pp. 29-37; ahora en *New Essays*, vol. V, pp. 29-27.

I

Para el marxista "ortodoxo" actual, aparentemente existen dos fáciles maneras de tratar este difícil problema. Formado en la escuela de Hegel, podría decir que todo lo que es, es racional, y que, por una de esas astucias "dialécticas" en que se complace la historia, el socialismo ha sido realizado por la revolución social implícita en la victoria del fascismo. Así, Hegel mismo ha seguido en un principio la estrella naciente de la revolución francesa y ha abrazado después la causa de Napoleón, terminando finalmente por aclamar al estado prusiano surgido de las guerras antinapoleónicas de 1812-1815 como la realización de la "idea" filosófica y como la "razón de estado" correspondiente al nivel dado de su desarrollo histórico.

O bien nuestro marxista podría, por ejemplo, no querer ir por ahora tan lejos como para reconocer a los aliados fascistas de Stalin como los genuinos promotores del socialismo de nuestra época. Se contentaría, entonces, con presentir que la victoria del fascismo, la economía planificada, el capitalismo de estado y la abolición de todas las ideas e instituciones de la tradicional "democracia burguesa" nos llevarán a los umbrales de la verdadera revolución social y de la auténtica democracia proletaria (casi de la misma manera en que, según la doctrina de la iglesia primitiva, el advenimiento definitivo de Cristo debía ser precedido inmediatamente por el advenimiento del Anticristo, tan semejante en las acciones y en el aspecto a Cristo como para hacer extremadamente difícil su desenmascaramiento).

Razonando así, nuestro marxista ortodoxo no sólo se adheriría a la doctrina de la iglesia sino que se alinearía también con los precedentes instituidos por los socialistas utópicos y por los marxistas revolucionarios mismos. El burgués ex ministro Guizot, progresista moderado, no fue el único que se dejó confundir por los oropeles revolucionarios del golpe de estado de Luis Napoleón en 1851 y estalló, oyendo las noticias, en el grito alarmado: "¡Éste es el triunfo completo y final del socialismo!". Hasta los dirigentes más representativos del socialismo francés, como P. J. Proudhon, fueron víctimas de la trampa de la actitud violentamente antiburguesa del imperialista revolucionario, y es precisamente de Proudhon un famoso opúsculo basado en la tesis de que el golpe de estado del 2 de diciembre constituía un "ejemplo de revolución social".[1]

[1] Véase Pierre J. Proudhon, *Oeuvres complètes*, vol. VII, París, 1868.

En efecto, son muchos los aspectos bajo los cuales los productos contrarrevolucionarios de 1848 pueden ser comparados con el movimiento contrarrevolucionario –infinitamente más serio y más extenso– que domina hoy la escena política del viejo continente, después de las experiencias de la revolución rusa, de la revolución alemana y de las demás revoluciones europeas surgidas en el oleaje posterior a la primera guerra mundial. Todos los partidos y todas las tendencias políticas debieron afrontar un cierto período de extravío antes de adaptarse a una situación totalmente modificada. El propio Marx se sintió inclinado a creer, no obstante su profundo desprecio por el mediocre aventurero imperialista, en el significado revolucionario del golpe de estado contrarrevolucionario y describió paradójicamente el éxito histórico de los dos años de derrota revolucionaria de 1848-1849 como un avance del proceso revolucionario que "no se abrió paso con sus conquistas directas tragicómicas, sino, por el contrario, engendrando una contrarrevolución cerrada y potente, engendrando un adversario en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario".[2]

Y hasta después del fatal acontecimiento reafirmó su absoluta convicción de que "la caída de la república parlamentaria encierra ya en germen el triunfo de la revolución proletaria".[3] Esto es exactamente lo que los comunistas alemanes y sus amos rusos dijeron ochenta años después, al saludar el advenimiento del nazismo en Alemania como una "victoria del comunismo revolucionario". Esta ambigua actitud de Proudhon y Marx hacia la contrarrevolución fue retomada diez años después por Ferdinand Lasalle, discípulo directo de Marx y el mayor exponente del entonces jovencísimo movimiento socialista alemán, cuando se manifestó dispuesto a colaborar con Bismarck en los tiempos en que aquel inescrupuloso estadista acariciaba la idea de ganar a los obreros para la causa imperialista a través de la aparente introducción del sufragio universal y de algunas otras ideas tomadas en préstamo de la revolución de 1848 y del Segundo Imperio. Lasalle no vivió lo suficiente como para ver la política aplicada por Bismarck a fines de la década de los años setenta, cuando, some-

[2] Véase Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*. [K. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1977, tomo I, p. 125.]

[3] Véase Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. [*Obras escogidas*, cit., t. I, p. 312.]

tidos los liberales y el partido católico ultramontano, desempolvó su viejo sueño de edificar una suerte de "socialismo *tory*", basado en la persecución y en la represión despiadada del genuino movimiento obrero socialista. No hace falta recordar aquí la general conversión de los internacionalistas al nacionalismo y de los socialdemócratas proletarios al parlamentarismo democrático burgués durante y después de la primera guerra mundial, cuando hasta viejos marxistas como Paul Lensch llegaron a aceptar la guerra del Káiser como la única realización posible de los sueños de la revolución socialista y la voltereta de los socialistas fue glorificada por ellos mismos como una "revolucionarización de los revolucionarios". Existía una fracción "nacional-bolchevique" del partido comunista mucho tiempo antes de que hubiese un partido nacionalsocialista hitleriano. Ni la alianza militar "seria y duradera" estrechada por Stalin y Hitler en agosto de 1939 constituye una novedad para los que siguieron el desarrollo histórico de las relaciones entre la Rusia soviética y la imperial, republicana e hitleriana Alemania en el curso de los últimos veinte años. El tratado de Moscú de 1939 había sido precedido por los tratados de Rapallo de 1920 y de Berlín de 1926. Entretanto, en Italia, Mussolini había ya proclamado abiertamente su nuevo credo fascista mientras Lenin reprochaba a los comunistas italianos por no haber sabido ganar para su causa revolucionaria a esta "impagable personalidad dinámica". Ya en 1917, durante las negociaciones de paz de Brest-Litovsk, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht habían advertido sobre ese terrible peligro para la revolución proletaria, diciendo que un "socialismo ruso basado en las reaccionarias bayonetas prusianas sería la peor desventura para un movimiento obrero revolucionario".

Este episodio histórico parecería testimoniar la existencia de un error de fondo en la teoría marxista tradicional de la revolución social y en su aplicación práctica. Si, en efecto, es indudable –y hoy lo es más que nunca– que el análisis marxista del funcionamiento del modo capitalista de producción y de su desarrollo histórico es fundamentalmente correcto, es también verdad que la teoría marxista aparece, en su forma tradicional, como incapaz de dar razón de los nuevos problemas que surgen en el curso de un desarrollo contrarrevolucionario no meramente ocasional y temporario, sino profundamente enraizado en la realidad histórica en la que tiene origen.

II

La laguna más grave –por lo demás históricamente comprensible– de la concepción marxiana de contrarrevolución es la carencia de una concepción de ella como fase normal del desarrollo social. Como los liberales burgueses, Marx consideraba a la contrarrevolución como una "anormal" perturbación temporaria en medio del desarrollo regular del proceso histórico. (Análogamente, los pacifistas de hoy consideran la guerra como una anormal interrupción del normal estado de paz, y físicos y psiquiatras veían hasta hace poco la enfermedad, y especialmente la enfermedad mental, como un estado anormal del organismo.) Hay, sin embargo, entre la aproximación marxiana y la típica del liberal burgués esta importante diferencia: el hecho de que parten de una idea completamente diferente de normalidad. El burgués liberal considera las condiciones existentes o al menos sus características de fondo como el estado normal de cosas, y todo cambio radical como su anormal interrupción; para él no tiene importancia si la perturbación del estado de cosas existente deriva de un verdadero movimiento progresista o de un intento reaccionario de tomar en préstamo el fulgor revolucionario para fines en realidad conservadores. Él teme a la contrarrevolución tanto como a la revolución y ello precisamente por su semejanza con la verdadera revolución. Es por esto que Guizot llamó al golpe de estado "triunfo completo y final del socialismo" y que, por ejemplo, Hermann Rauschning describe hoy el advenimiento del nazismo como una "revuelta del nihilismo".

Frente a la concepción burguesa, la teoría marxiana posee una neta superioridad proveniente del hecho de concebir la revolución como un proceso absolutamente normal. Algunos de los mejores marxistas, incluidos los mismos Marx y Lenin, han afirmado oportunamente que la revolución es el único estado normal de la sociedad. Y así es, en efecto, en presencia de las condiciones históricas objetivas sobriamente descritas por Marx en su *Prólogo* (1859) de la *Contribución a la crítica de la economía política*.

Marx no aplicó, sin embargo, el mismo principio histórico y objetivo al proceso de la contrarrevolución, conocido por él sólo en su forma embrionaria. Así es como no vio y muchos continúan sin verlo tampoco ahora, que importantes fenómenos contrarrevolucionarios, como el fascismo y el nazismo actuales, tienen, no obstante sus violentos métodos revolucionarios, mucho más que ver con la *evolución* que con el verdadero proceso revolucionario.

Es cierto que en sus discursos y en su propaganda tanto Hitler como Mussolini dirigen sus ataques generalmente contra el marxismo y el comunismo revolucionario; así como es cierto que antes y después de su ascenso al poder han trabado una violentísima lucha para extirpar toda tendencia marxista y comunista de la clase obrera; pero también es verdad que esto no constituye el contenido principal de la contrarrevolución fascista. En sus resultados concretos, el intento fascista de renovar y transformar el estado tradicional de la sociedad no ofrece una alternativa a la solución radical a la que aspiran los comunistas revolucionarios. La contrarrevolución fascista tenía más bien el objetivo de sustituir a los partidos socialistas y a los sindicatos reformistas, y en esto ha sido coronada por el éxito más pleno.

La ley histórica que está en la base de los acontecimientos actuales, la *ley de la contrarrevolución fascista madura de nuestro tiempo*, puede ser formulada del modo siguiente: después del completo desgaste y de la derrota de las fuerzas revolucionarias, la contrarrevolución fascista intenta realizar con nuevos métodos revolucionarios y de una forma ampliamente diferenciada aquellas tareas sociales y políticas que los denominados partidos y sindicatos reformistas habían prometido cumplir, sin lograrlo a pesar de ello en las condiciones económicas dadas.

Una revolución estalla solamente a un determinado nivel del desarrollo histórico. "Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta ese momento. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas. *Y se abre así una época de revolución social.*" [4]

Y Marx destacaba aún, en cierto sentido hasta exagerando, el principio objetivista de su teoría materialista de la revolución según la cual "ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella".[5] Esto es, dentro de ciertos límites, ciertísimo: hemos visto al socialismo evolucionista agotar sus recursos y al viejo sistema capitalista basado en la libre competencia naufragar, junto con toda

[4] Véase Karl Marx, *Prólogo* (1859) a *Contribución de la economía política*. [*Obras escogidas*, cit., t. I, p. 344.

[5] *Ibidem*.

su superestructura política e ideológica, en la depresión crónica y en la decadencia. En ese momento parecía que no había otra vía abierta que no fuese la transición general a otra forma de sociedad, más desarrollada, a efectuarse a través de la revolución social de la clase proletaria.

Pero los acontecimiento de los últimos veinte años han demostrado que había también otra posibilidad abierta: la transición a un nuevo tipo de sociedad capitalista, que no podía ya ser llevada a término por los medios democráticos y pacíficos del socialismo o del sindicalismo tradicionales, fue realizada por un movimiento contrarrevolucionario y antiproletario, sin embargo objetivamente progresivo e ideológicamente anticapitalista y plebeyo, que había aprendido a emplear para sus restringidos fines evolucionistas los métodos universales empleados durante las revoluciones precedentes. (Más precisamente, tanto Hitler como Mussolini aprendieron mucho de la escuela del bolchevismo ruso.) Así se vio que la revolución de la sociedad capitalista no había alcanzado su límite histórico extremo mientras lo habían, en cambio, alcanzado las clases dominantes y los socialistas reformistas, aquellos que se habían autodesignado "médicos de cabecera del capitalismo enfermo". A la fase de las pacíficas reformas democráticas siguió otra fase evolucionista –en sus contenidos sociales, no obstante la forma política revolucionaria– de desarrollo: la de la transformación fascista.

La razón decisiva por la que la formación capitalista no murió después de la debacle de la primera guerra mundial es que los obreros no hicieron la revolución. Como dijo uno de los más acérrimos enemigos del fascismo,[6] ésta es una contrarrevolución contra una revolución que no se produjo. La sociedad capitalista no se derrumbó y entró en cambio en una nueva fase revolucionaria bajo el régimen contrarrevolucionario del fascismo porque no fue destruida por una victoriosa revolución obrera y porque, en realidad, no había desarrollado todas las fuerzas productivas: las dos premisas, subjetiva y objetiva, igualmente indispensables para que se diera el pasaje de una formación social a otra más elevada.

Desde este punto de vista, todas las cómodas ilusiones sobre un hipotético significado revolucionario más profundo de la temporaria victoria de la contrarrevolución, que tan frecuentemente pregonaban los viejos marxistas, deben ser completamente aban-

[6] Véase Ignazio Silone, *La scuola dei dittatori,* 1938.

donadas. Si la contrarrevolución tiene un modo social y es, sin embargo, en lo que respecta a los contenidos efectivos, más bien una particular fase histórica de la evolución de un sistema social dado, entonces no puede ser considerada como una revolución disfrazada, ni se puede ya, por consiguiente, saludarla como inmediato preludio de la verdadera revolución y como una fase intrínseca del propio proceso revolucionario. Si ella constituye, en efecto, una fase particular de la totalidad del proceso de desarrollo, no por esto debe ser forzosamente revolucionaria, aun siendo, en determinadas condiciones históricas, un pasaje obligado para determinadas formas de sociedad. De hecho, su forma hasta ahora más amplia y más importante –la actual renovación y transformación en sentido fascista de Europa– se presenta como una transición de la forma privada y anárquica del capitalismo a un sistema monopolista o capitalista de estado basado en un capitalismo planificado y organizado.

III

Sería una locura total, y para quien tenga un mínimo de trato con los grandes descubrimientos de Marx en el campo de las ciencias sociales una recaída absoluta en un tipo de pensamiento prematerialista y precientífico, esperar que el progreso histórico del capitalismo competitivo hacia la economía planificada y el capitalismo de estado pueda ser detenido por alguna fuerza en el mundo. Y menos aún puede ser derrotado el fascismo por aquellos que, después de cien años de vergonzosa aquiescencia y de total abandono de los ideales originarios, quisieran hoy evocar el espíritu de la infancia del capitalismo con su fe en la consigna *liberté, égalité, fraternité* (libre cambio), intentando, sin embargo, al mismo tiempo imitar subrepticia e ineficientemente la liquidación fascista de los últimos residuos de aquellas primitivas ideas capitalistas. La lucha contra el fascismo no puede ser realizada adoptando sus propios métodos y contraponiendo a su ideología la histórica celebración del 14 de julio de la revolución francesa.

En contraste con el espíritu artesanal y pequeñoburgués del primer socialista utópico, el socialismo científico y proletario toma su impulso de la afirmación de que el futuro sería de la gran industria y de las máquinas y de que el proletariado debía encontrar un remedio a los males de la época industrial sobre la base del posterior desarrollo de las nuevas fuerzas industriales.

Análogamente, los exponentes actuales del socialismo científico y proletario deben tratar de encontrar un remedio a las distorsiones del capitalismo monopolista y de la dictadura fascista sobre la base del propio capitalismo monopolista, o del capitalismo de estado. Ni el libre cambio (que después de todo no era por cierto para los obreros tan libre) ni los otros elementos de la tradicional democracia burguesa –libertad de prensa, de palabra, de comunicación– podrán ser restablecidos; ni existieron nunca, por lo demás, para la clase oprimida y explotada. En lo que concierne a los obreros, el fascismo representa sólo una forma distinta de servidumbre, desde el momento en que para ellos no existe una diferencia sustancial entre el modo a la "*New York Times*" y el modo nazi de publicar diariamente todas "las noticias aptas para ser impresas", en un mundo dominado por el privilegio, la coerción y la hipocresía. Desde el punto de vista de los principios no hay ninguna diferencia entre los ochenta o más voceros de las gigantescas "corporaciones" capitalistas –que desde la radio norteamericana recomiendan a las legiones de silenciosos oyentes el uso del Ex-Lax, el Camel y los productos alimenticios Neighborhood, en medio de un torrente de música, de guerra, de beisbol, de crónicas locales y de piezas teatrales– y la voz suave del señor Goebbels que recomienda los armamentos, la pureza de la raza y el culto al Führer sobre un fondo también compuesto de música, de noticias deportivas y de todo el lastre apolítico que los oyentes puedan digerir.

Sin embargo, esta crítica de los métodos ineptos y sentimentales del actual antifascismo no implica en absoluto que los obreros deban hacer abiertamente lo que la burguesía hace bajo las apariencias de una denominada lucha antifascista: es decir, plegarse a la victoria del fascismo. El asunto consiste en que es necesario combatir al fascismo no con sus mismos métodos sino en su propio terreno. Quien esto escribe considera que dicha afirmación constituye el núcleo racional de lo que es a veces místicamente enunciado por Alpha [H. Langerhans] en su artículo íntegramente basado en las "tropas de asalto" como vanguardia de la lucha antifascista.* Alpha preveía luego que, hasta en el caso de que la guerra de posiciones localizada emprendida durante los

* Korsch se refiere aquí al artículo de Heinz Langerhaus, "El carácter histórico de la guerra y la tarea de la clase obrera", publicado en *Living Marxism. International Council Correspondence*, núm. 1, primavera de 1940; ahora en *New Essays*, vol. V-VI, pp. 44-58.[F.]

primeros siete meses del actual conflicto desembocara en una guerra mundial fascista generalizada, ésta no sería una "guerra total" en el sentido de una desenfrenada liberación de las fuerzas productivas existentes para fines destructivos, por cuanto los intereses monopólicos de los grupos y capas privilegiadas actuarían de freno imprimiendo al conflicto el carácter de una guerra monopolista. Y esto a causa del temor ante el efecto emancipatorio que una movilización total de las fuerzas productivas estaría destinada a ejercer, incluso aunque estuviese reducida a fines destructivos, sobre los obreros o, en las actuales condiciones de total mecanización de la guerra, sobre las tropas de asalto que desarrollan el verdadero trabajo en este tipo de guerra.

Este argumento de Alpha puede tener una aplicación todavía más amplia y convincente. Entretanto, podemos por el momento prescindir (aunque deberemos volver sobre ello) de la peculiar restricción del argumento a las "tropas de asalto" y a las específicas condiciones de la guerra. Toda la distinción tradicionalmente operada entre guerra y paz, producción y destrucción, ha perdido en los últimos años mucho de aquella apariencia de verdad absoluta que tenía en una fase precedente a la moderna sociedad capitalista. La historia de los últimos diez años ha mostrado cómo, incluso después de la puesta fuera de la ley de la guerra por obra del *American Kellog Pact*, en un mundo ebrio de aparente prosperidad, la paz se ha diluido definitivamente. Desde un comienzo el marxismo ha sido siempre bastante crítico frente al grosero simplismo de aquellos que hacían un corte neto e inmediato entre producción para el uso y producción para la ganancia. En el capitalismo, la única forma de producción para el uso es la producción para la ganancia, y para Marx, al igual que para Smith y Ricardo, el trabajo productivo es aquel trabajo que produce una ganancia para los capitalistas, aunque incidentalmente pueda también servir para satisfacer ciertas necesidades humanas. No existe la posibilidad de establecer una ulterior distinción entre una utilidad "buena" y una utilidad "mala", entre una utilidad constructiva y una utilidad destructiva. La defensa que Goebbels hace de la "productividad" del trabajo empleado en los armamentos en Alemania frente al incremento del trabajo "útil" empleado en los Estados Unidos para producir cosméticos, no representa para los marxistas una novedad. Marx, que describía la clase obrera en su lucha revolucionaria como la mayor de las fuerzas productivas, no habría vacilado en reconocer a la propia guerra como una acción productiva, y a las fuerzas des-

tructivas de la moderna guerra mecanizada como parte integrante de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista actual. También él habría por lo tanto individualizado, como Alpha, en las "tropas de asalto" –portadoras tanto de una actividad "destructiva" en la guerra como "productiva" en la industria (en la industria de los armamentos como en las otras industrias que son también industrias bélicas)– a los verdaderos obreros, a la verdadera vanguardia revolucionaria de la moderna clase obrera. Y, por lo demás, está históricamente demostrado que el soldado (el mercenario a sueldo del señor) fue el primer trabajador asalariado moderno.

Así, la vieja contradicción marxista entre fuerzas productivas y relaciones de producción dadas, hace su reaparición tanto en la guerra como en las actividades pacíficas del moderno fascismo. Y con ella reaparece también el viejo antagonismo entre los obreros, que como clase tienen interés en conseguir la plena utilización y el pleno desarrollo de las fuerzas productivas, y las clases privilegiadas que tienen el monopolio de los medios materiales de producción. Hoy es más evidente que nunca que el monopolio del poder político consiste, en realidad, en el poder de dominio y de control sobre el proceso social de producción, y ello actualmente significa el poder de limitar y frenar la producción –tanto la producción industrial pacífica como la destructiva de la guerra– y de organizarla en armonía con los intereses de los grupos monopolistas. Incluso el interés "nacional", que se suponía constituyese el fundamento de la actual guerra fascista desatada por Hitler y Mussolini, es desenmascarado por la propia guerra –y lo será todavía más por la futura paz– como un interés, en última instancia, de la clase capitalista y monopolista internacional. Mucho más claramente que al final de la primera guerra mundial se hará evidente que esta guerra es realizada por ambas partes –por los fascistas al ataque y por los "demócratas" a la defensiva– como una lucha contrarrevolucionaria unitaria dirigida a aplastar a los propios obreros y soldados que han sido obligados, con su trabajo en la paz y en la guerra, a preparar y a combatir en esta guerra suicida.

¿Qué esperanza queda ahora a los antifascistas que se oponen a la presente guerra europea y que se opondrán a la inminente guerra entre hemisferios? La respuesta es que, como la vida no se detiene en el momento del estallido de la guerra, del mismo modo tampoco se detiene el trabajo material de la moderna producción industrial. Los fascistas conciben hoy muy correctamente

el conjunto de su economía –su sucedáneo de una verdadera economía socialista– en términos de una "economía de guerra" [*Wehrwirtschaft*]. Es así tarea de los obreros y de los soldados hacer de modo que este trabajo no sea ya cumplido en el interior de las normas restrictivas impuestas al trabajo humano por la actual sociedad capitalista, monopolista y opresiva. Esto debe ser asumido de la manera prescrita por los particulares instrumentos dados, es decir de la manera prescrita por las fuerzas productivas disponibles en el actual estadio del desarrollo industrial. De este modo, tanto las fuerzas productivas como las destructivas de la actual sociedad –como bien lo saben los obreros y los soldados– sólo pueden ser realmente utilizadas si se emplean *contra* aquellos que detentan actualmente su monopolio. La total movilización de las fuerzas productivas presupone la movilización total de la máxima fuerza productiva que es la propia clase obrera revolucionaria.

DISCUSIÓN

ALGUNAS CUESTIONES CONCERNIENTES AL ARTÍCULO DE KARL KORSCH "LA CONTRARREVOLUCIÓN FASCISTA" *

Por Heinz Pächter

[. . .] La pregunta que querría ante todo plantear a Korsch –después de la lectura de su contribución– es sustancialmente ésta: ¿sobre qué base Korsch formula la ley histórica fundamental, "la ley de la contrarrevolución fascista madura de nuestro tiempo"? Por un lado, ella me parece una manipulación intelectual basada en la premisa marxiana de que una sociedad debe llegar a su completa maduración antes de morir; por el otro, ella redefine una "contrarrevolución" sobre el análisis de un movimiento ya admitido de manera anticipada como una contrarrevolución. Si el capitalismo no ha perecido porque los obreros no se han rebelado y, además, porque contenía en sí las premisas de una ulterior evolución, ¿debemos entonces entender que los obreros no se han rebelado *a causa* de esta ley marxiana? ¿Y es por esto que Korsch llama al fascismo contrarrevolución, definiendo a esta última en términos de este proceso evolucionista?

* Publicado a continuación del ensayo de Karl Korsch, "La contrarrevolución fascista", en las páginas 37-41 del mismo número de la revista.

Como bien se ve, mis dudas están inspiradas en un insuficiente conocimiento o en una insuficiente fe en la validez del sistema marxiano. Pero es precisamente a la gente como yo que Korsch debe convencer, y es en este sentido que para él es tal vez necesario, aunque penoso, escuchar la voz de la ignorancia.

La impresión que he extraído de este análisis es que se trata de una interpretación planteada como si hubiese una ciencia basada en premisas tan aceptables (relativamente hablando) como las de nuestros procedimientos experimentales en el campo científico. Aunque haya en el análisis muchos puntos apreciables, la sistematización me parece bastante difícil de captar. Y la conclusión me parece desconcertante y vaga. No es la primera vez que escucho la afirmación de que la guerra constituye en ambos frentes una guerra contrarrevolucionaria unitaria en función antiobrera, [. . .] pero me quedan todavía más bien oscuros los siguientes puntos "teóricos": Korsch amplía el horizonte de los argumentos de Alpha para subrayar que el obrero debe combatir al fascismo [. . .] imponiendo, casi, un ilimitado desarrollo de las fuerzas productivas para fines destructivos (desde el momento que la producción de un obrero empleado en la industria bélica no difiere de la de cualquier otro obrero y hasta el soldado debe ser considerado como un verdadero obrero). Korsch pone de manifiesto cómo la propia contradicción marxista entre fuerzas productivas y controles de la producción –vale decir la función de freno que los segundos ejercen sobre los primeros– es reencontrable en la guerra y en la paz, y cómo la lucha contra el fascismo implica la ruptura de este *freno tanto en el primero como en el segundo caso*.

¿Qué significa esto? En este punto debo confesar mi extravío. Una interpretación literal de todo argumento que lamente el hecho de que la guerra no sea bastante total [. . .] lleva a conclusiones que mi mente prefiere rehuir.

RESPUESTA

Por Karl Korsch

No tengo nada que objetar a la descripción realizada por mi crítico del ensayo en cuestión como un intento de presentar una interpretación de un movimiento contemporáneo como si "hu-

biese una ciencia basada sobre premisas tan aceptables (relativamente hablando) como las de nuestros procedimientos experimentales en el campo científico" Éste es, en efecto, el objetivo de todo análisis crítico marxista.

No obstante, en la discusión de lo que él llama los dos aspectos de mi pensamiento, creo que mi crítico cae en la misma trampa por él tendida, cometiendo el error fundamental de erigir una especie de muralla china entre los aspectos objetivos y los subjetivos de la teoría marxista de la revolución (de la cual mi ensayo intentaba ser en cierto sentido una continuación desde el punto de vista de la elaboración teórica). Es, en efecto, absolutamente cierto que Marx define a veces sus términos en un lenguaje demasiado objetivista como, por ejemplo, cuando afirma que "ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella". En efecto, de esta afirmación un marxista ortodoxo podría extraer la conclusión de que en todos los casos en que los obreros no se han embarcado en una lucha revolucionaria, no obstante la presencia de precisos estímulos para la lucha, la explicación de este hecho debe buscarse en la necesidad económica objetiva. Sería entonces posible "zurcir" las dos aparentemente contradictorias afirmaciones contenidas en mi análisis (o sea que la sociedad capitalista no desapareció después del colapso de la primera guerra mundial porque no fue destruida por una victoriosa revolución obrera y porque no había desarrollado, de hecho, todas las fuerzas productivas que cabían dentro de ella) a través del nexo conceptual sugerido, a título de prueba, por mi crítico cuando afirma que "los obreros no se han rebelado *a causa* de esta (objetiva) ley marxiana".

Pero todas estas sofisticadas manipulaciones intelectuales se hacen enteramente superfluas si basamos nuestra teoría no sobre una repetición verbal de algunas frases aisladas de Marx sino sobre el conjunto íntegro de su teoría. Como he puesto de relieve en mi reciente libro sobre Marx* y como lo consideraba Lenin en su crítica de la interpretación "objetivista" de Marx suministrada por Struve, Marx exponía la historia social bajo dos puntos de vista: objetivamente como desarrollo de la produc-

* Korsch alude aquí a su *Karl Marx*, publicado dos años antes en Inglaterra. En todo lo que se refiere a la discusión historiográfico-filológica de este texto de Korsch, véase la *Nota filologica* de Götz Langkau que precede la edición italiana. Véase K. Korsch, *Karl Marx*, Bari, Laterza, 1969, pp. XXX-XXXIX.[E.]

ción material, y subjetivamente como historia de la lucha de clases. Para Marx no existía contradicción entre estos dos grupos de términos, ni veo por qué debería existir para nosotros por el hecho de que usamos los nuevos conceptos científicos de Marx no como prescripciones dogmáticas sino como nuevos instrumentos de imparcial análisis empírico de los hechos históricos. Correctamente interpretado, el marxismo no es otra cosa que una guía crítica para la investigación científica y para la acción revolucionaria. Diga lo que diga un futuro historiador o filósofo acerca del grado de madurez revolucionaria alcanzado por la sociedad capitalista en tiempos de Marx o en nuestro tiempo, no hay duda que desde el punto de vista científico de la teoría revolucionaria marxiana son los obreros quienes deben, en última instancia, probar con su actividad consciente la objetiva (económica) madurez de una fase histórica dada para una revolución proletaria triunfante.

Lo mismo vale también, como he tratado de demostrar en mi artículo, para la contrarrevolución. Un movimiento contrarrevolucionario no está en condiciones de prevalecer de modo serio y duradero si falta la objetiva posibilidad de un posterior desarrollo evolucionista de un tipo determinado de sociedad, aun cuando se le hayan cerrado ya del todo las vías tradicionales análogas a las seguidas, por ejemplo, por los denominados partidos y sindicatos reformistas. Por otro lado, una contrarrevolución puede triunfar solamente después del completo agotamiento de las fuerzas revolucionarias. La contrarrevolución es, por así decir, simultánea a una potencial revolución verdadera: una y otra se tornan posibles cuando las formas tradicionales de evolución han perdido su eficacia. En la situación objetivamente revolucionaria que entonces surge cuando la sociedad parece paralizada en una especie de absoluta *impasse,* las fuerzas que trabajan por una verdadera solución revolucionaria de la crisis existente, o triunfarán sobre las fuerzas del *status quo* o bien serán enfrentadas en la batalla por las nuevas fuerzas emergentes de las condiciones revolucionarias mismas, las fuerzas de la contrarrevolución.

Pero, dirá mi crítico, ¿cómo hace el marxista para saber que el actual movimiento fascista es un movimiento contrarrevolucionario? ¿No pega *de manera anticipada* la etiqueta de contrarrevolucionario a un movimiento histórico todavía inexplorado, y no suministra luego una definición de "contrarrevolución" basada sobre el análisis del mismo movimiento, derivando así de hecho

toda su "ley" por vía inductiva de la única frase "de nuestro tiempo"?

Confieso ver tantas y tales razones para describir al actual movimiento nazi y fascista como una "contrarrevolución" que tengo serias dificultades para comprender plenamente la objeción de mi crítico. En primer lugar, no existe otro modo de formular una definición (científica o no) de un término, que la de definirlo, aunque está fuera de discusión que al formular sus definiciones el científico no procede a tontas y a locas sino que en cambio (como bien lo ha expresado Henri Poincaré) lo hace "guiado por la experiencia". Partiendo de este principio pienso que, cuando se establece una diferencia entre verdadera revolución y contrarrevolución, no puede ser de ningún modo puesta en duda la legitimidad de la definición de la "contrarrevolución" como un movimiento que, o es dirigido contra un movimiento revolucionario precedente o, en una situación histórica crítica (objetivamente revolucionaria), se orienta a prevenir una revolución inminente. Es indudable, además, que los movimientos encabezados por Hitler y por Mussolini representan precisamente ese tipo de movimiento. Como dijo el propio Hitler en 1923, en el tribunal al que fue llamado a declarar por el fracasado putsch de Munich: "Si yo defiendo hoy la parte del revolucionario, es la de un revolucionario contra la revolución."

Con el permiso de mi crítico querría ahora citar, para dilucidar mejor este punto, un pasaje de un artículo publicado en el número 2 (invierno de 1939) de *The Modern Quarterly*, donde yo escribía:

"Más que en ningún otro período precedente de la historia y en una escala mucho más vasta, nuestra época es una época no de revoluciones sino de contrarrevoluciones. Esto es cierto tanto si por este término relativamente nuevo entendemos una reacción consistente a un proceso revolucionario precedente, con algunos italianos y sus precursores ideológicos en la Francia prebélica, como si lo describimos esencialmente como una 'revolución preventiva'. Se trata de la reacción de la clase capitalista unida contra todo lo que queda hoy de los resultados de aquella primera gran insurrección proletaria en una Europa postrada por la guerra, cuya culminación fue la Revolución de octubre de 1917. Simultáneamente, ella abarca una serie de medidas 'preventivas' por parte de la minoría dominante contra los nuevos peligros revolucionarios claramente perfilados en los recientes acontecimientos de Francia y de España, y presentes un poco en todas

partes de Europa, comenzando por la Rusia 'roja' para terminar en la Alemania nazi."*

En los dos años que han transcurrido desde el momento en que ha visto la luz este escrito hasta hoy, la experiencia histórica ha suministrado ulteriores razones para describir nuestro tiempo como una época de contrarrevolución y para deducir de su análisis científico las leyes históricas de la contrarrevolución moderna. Sin embargo, quiero revelar a mi crítico el secreto de mi modo de extraer las conclusiones: a través de un intenso estudio de épocas anteriores de grandes transformaciones sociales he encontrado en efecto, en remotísimas épocas históricas, muchos sorprendentes ejemplos de acontecimientos que parecen bastante similares a los que vinculan la *actual* contrarrevolución de Hitler, Stalin y Mussolini, a la profunda crisis del sistema capitalista existente y a la amenaza, que ya dura desde hace veinte años, del estallido de un verdadero movimiento revolucionario, convertido a veces en realidad. Un estudio más profundo de aquellas variadas formas históricas de desarrollo revolucionario y contrarrevolucionario me parece extremadamente útil a los fines de una comprensión menos superficial de los fenómenos y de las leyes del ciclo revolucionario-contrarrevolucionario de nuestra época. No pienso, sin embargo, que una teoría científica de la revolución (o bien de la contrarrevolución) de nuestro tiempo extraería una ventaja del hecho de ser aplicada a las transformaciones sociales de todas las épocas y de todas las naciones. Más bien, se diluiría en ellas y perdería de ese modo todo su valor científico y práctico. Así, lo que mi crítico se inclina a considerar como una deficiencia científica de la aproximación marxiana (cuyo acento está puesto en la estrecha especificidad histórica) me parece que constituye precisamente su mérito científico, su difícil y rigurosa sobriedad materialista y su mayor gloria.

Por último, mi crítico considera "incomprensible" todo argumento que lamente el "hecho de que la guerra no sea bastante total" [. . .] No obstante, admite la posibilidad de que, en el fondo, mis afirmaciones al respecto puedan haber querido decir alguna otra cosa [. . .].

Temo, desgraciadamente, tener que desilusionar aquí a mi correcto y amable opositor [. . .] y debo más bien replicar que estoy

* Se trata del artículo titulado "State and counter-revolution," pp. 60-70 de la citada revista [E.]

más que nunca dispuesto a asumir todas las responsabilidades implicadas por una afirmación semejante.

Naturalmente, estamos todos de acuerdo en considerar a la guerra, hasta en su forma más madura ("guerra total"), como un típico componente del sistema capitalista, que en todo futuro sistema socialista digno de este nombre será recordado sólo como una ya lejana atrocidad de un bárbaro pasado. Pero a los fines de la discusión actual debemos insistir en el hecho de que no hemos todavía alcanzado este glorioso objetivo del futuro y continuamos viviendo, en cambio, en una época signada por la victoria de la contrarrevolución fascista. En esta época, los obreros han sido privados de todo su anterior derecho de rechazar la colaboración en la producción capitalista en tiempo de paz. En esta época el buen consejo dado a los propios obreros (encima del uniforme de soldado) de negar su colaboración en la guerra capitalista y de volver los poderosos medios bélicos modernos contra la misma clase dominante, sigue siendo sólo una frase vacía. Sin embargo, la citada frase asume un significado realista si es leída junto con las otras frases que ponen en evidencia la incapacidad del capitalismo contrarrevolucionario de desarrollar plenamente las fuerzas gigantescas de la moderna producción industrial (incluso para fines destructivos, aunque esto parezca "incomprensible" a mi crítico). Para captar el significado de las otras afirmaciones debemos recordar los argumentos usados en tiempos prefascistas por los obreros revolucionarios y por sus dirigentes teóricos en su crítica "materialista" del sistema capitalista existente. Desde el punto de vista materialista del socialismo científico no basta atacar al sistema capitalista sobre la base del hecho de que el socialismo es mejor que el capitalismo (o bien que la paz socialista es mejor que la guerra capitalista). El argumento más inteligente de los socialistas contra el capitalismo era que la clase dirigente se mostraba cada vez más incapaz de emplear y de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad hasta en su existente forma capitalista. Ellos estaban acostumbrados a admitir que el capitalismo había cumplido en el pasado una tarea histórica progresista, pero insistían en que durante su posterior desarrollo el capitalismo se había vuelto incapaz de continuar y de seguir cumpliendo hasta ésta, su restringida misión histórica.

Es fácil ver la importancia de esta argumentación en una discusión sobre la guerra capitalista y, más particularmente, en una discusión sobre la actual guerra fascista. En todas las fases anteriores de la sociedad capitalista, la guerra ha sido siempre una de

las formas indispensables del progreso capitalista. Si se puede demostrar que en la actual fase monopolista y capitalista de estado la guerra no tiene ya sino relativamente una función progresista, los soldados y los obreros deberán extraer de este evidente fracaso de la clase dominante la enseñanza de dedicarse y abocarse solamente a sus específicos intereses.

No obstante el posible incremento posterior de la violencia y de la atrocidad que traerá aparejada antes de terminar, esta segunda guerra mundial puso ya al desnudo la escasa voluntad, tanto por parte de las denominadas potencias totalitarias como de las potencias "democráticas", de desencadenar las furias de esa "guerra total" antes considerada por ellas como la panacea universal para todos los males y las dificultades del capitalismo. El gran secreto de la presente guerra –un secreto celosamente custodiado tanto por los agresores fascistas como por las "víctimas" democráticas– consiste en el hecho de que una guerra totalmente desprovista de restricciones daría lugar a un gigantesco desarrollo del poder social y político en posesión de los obreros uniformados y, por consiguiente, de la clase obrera en general. Al revelar este secreto un análisis marxista de la contrarrevolución fascista no "lamenta el hecho de que la guerra no sea bastante total" para los fines de la revolución social, sino que indica solamente la nueva *impasse,* de la cual el capitalismo no puede salir ni siquiera en su actual rejuvenecida forma fascista y contrarrevolucionaria.

¿Revolución para qué?*

"Sucio de fango de la cabeza a los pies y sudando sangre por todos los poros" un marinero emerge de este lado del Atlántico para relatar una historia misteriosa de intriga y conspiración, de espionaje y contraespionaje, de traición, tortura y asesinato. Se trata de una historia verdadera, de una atendible rendición de cuentas de hechos concretos, aunque la mayor parte de ellos rememoren sucesos novelescos. La diferencia reside en el hecho de que no se trata de hechos aislados que parecen increíbles sólo porque no caben en las hipótesis habituales de la experiencia cotidiana. El libro de Valtin revela todo un mundo de hechos bien conectados que conservan su intrínseca calidad de irrealidad aun después que se ha establecido que no se trata de cosas inventadas. Es un verdadero mundo subterráneo que se mueve bajo la superficie de la sociedad actual. Sin embargo, a diferencia de los distintos mundos subterráneos del crimen, es un modelo coherente con sus tipos de acciones humanas y sufrimientos, situaciones y personalidades, fidelidades y traiciones, sublevaciones y cataclismos.

La pretensión de los editores y reseñistas de que *Out of the night* es "diferente de cualquier otro libro" y "un hito en la historia de la literatura" bien puede estar justificada, aunque en un sentido muy distinto. Probablemente nunca ha ocurrido que

* Comentario crítico al libro de Jan Valtin, *Out of the night: Revolution for what?*. [*La noche quedó atrás: ¿Revolución para que?*. Existen innumerables ediciones en español], "A Critical Comment on Jan Valtin's *Out of the nigth*", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, 1941, vol. 5, núm. 4, pp. 21-39.

un hombre de treinta y seis años con una "cara increíble de muchachito" (anotación del editor) haya relatado una historia tan horrible, que no narra sus aventuras individuales, sino una parte importante de la historia mundial; ni siquiera acontecimientos ocurridos hace mucho tiempo, sino cosas sucedidas hace apenas unos días y que pueden proseguir en forma muy similar aún ahora.

El título del libro es absolutamente desorientador. ¿Quién salió de la noche? ¿Cuándo, dónde y por qué comenzó el nuevo día? ¿Qué derecho tienen los editores a decir que este Valtin es "un símbolo de esperanza en esta hora de tinieblas, un símbolo de una generación que ha regresado de un largo viaje por el desierto para reconstruir de nuevo la civilización"? Su carrera de espía de la OGPU y de la Gestapo, que se movía entre la una y la otra como espía del espía, hasta que también eso se volvió absolutamente imposible, podría simbolizar solamente el desenlace de la lucha competitiva entre el nazismo alemán y el bolchevismo ruso en una especie de ambigua alianza. ¿Cuántos de los lectores que hoy, después de haber sido compañeros de ruta del bolchevismo, se sienten exaltados en la creencia de que han regresado –como Valtin– de un largo viaje por el desierto para reconstruir la civilización ("defender la democracia"), ¿cuántos son conscientes del hecho de que, para ellos, como para su héroe, nada ha cambiado salvo la situación externa? Al igual que Valtin, ellos nunca habían imaginado la posibilidad de que un día de agosto de 1939 las dos potencias mundiales enemigas del fascismo y del bolchevismo descendieran a pactos después de los cuales ninguna de las dos tendría ya necesidad de los servicios particulares que ellos habían prestado a cambio de una "seguridad" o "protección" que, en el mundo tal cual es, deriva del vínculo con una organización de poder, sagrada o no (esto vale para los servicios particulares prestados por profesores y otros intelectuales exactamente igual que para los servicios de espías, falsificadores, asesinos y otras bajas prestaciones).

Por parte del propio Valtin, no hay mayor esfuerzo por ocultar esa triste situación. Desde ese punto de vista, él supera todavía por un buen tramo –a pesar de todo lo que hemos dicho y diremos de él– a algunos de sus fervientes admiradores del Frente para la defensa de la democracia (antes "Frente popular") de los intelectuales norteamericanos arrepentidos. Si bien él también se inclina ante la democracia norteamericana –ley del país de su último refugio– no disimula su fe fundamentalmente distinta. Más

bien revela claramente el estado mental al que había llegado cuando, después de algunos años de tormentos en el campo de concentración nazi, realizó finalmente el gesto bien preparado de repudiar el comunismo y aceptar el programa de *Mein Kampf*. No pretende haber hablado del todo en contra de su verdadera convicción interior cuando explicó a sus torturadores las razones de ese paso. "Muchas de las cosas que dije no eran mentiras: eran conclusiones a las que yo había llegado mediante la búsqueda interior y la reflexión favorecida por los millares de horas de soledad" (p. 657). Aun ahora, residente en los Estados Unidos, comenta el internacionalismo revolucionario de su juventud con un tono muy similar al de cuando todavía debía probarle al inspector Kraus en el campo de concentración su reciente conversión al "sano nacionalismo" (p. 5, p. 659). Al firmar el acta de lealtad hacia el nazismo resultó convincente porque explicó a sus torturadores que de muchacho se había unido al Partido comunista por los mismos motivos que habían empujado a otros jóvenes a las filas del movimiento de Hitler (p. 657). Si hubiera tenido la posibilidad de elegir, sus preferencias hubieran ido desde el principio en dirección al más francamente violento de los dos movimientos antidemocráticos de la posguerra. Registra fielmente la sensación que experimentó cuando, siendo un muchacho de apenas catorce años, vio por primera vez "a un hombre perder la vida". El hombre era un oficial verdegris que salía de una estación rodeada de amotinados durante la revuelta de los marineros de Bremen el 7 de noviembre de 1918.

"Fue lento para entregar las armas y las charreteras. Hizo sólo el gesto de sacar la pistola cuando los tuvo encima. Cápsulas de arma de fuego volaron por el aire sobre él. *Fascinado, yo contemplaba un poco distante*. Después los marineros se volvieron para regresar a su camión. Yo ya había visto personas muertas. Pero la muerte por violencia y la furia que la acompañaba eran algo nuevo. El oficial no se movía. Me asombré de cuán fácilmente se podía matar a un hombre. Me alejé pedaleando en mi bicicleta. Estaba lleno de un extraño sentimiento de poder" (p. 10). Escenas similares debían ocurrir todavía varias veces en los quince años siguientes y, aunque ya no fuera un espectador inocente, Valtin continuaba invariablemente contemplando la escena un poco distante, "fascinado" y "lleno de un extraño sentimiento de poder" (hubo una sola gloriosa excepción, que veremos más adelante). Nuevamente se sintió "fascinado" cuando escuchó en 1931 el primer discurso del capitán Goering: "Traté de quedarme frío,

traté de tomar apuntes sobre lo que me proponía decir después que hubiera terminado el capitán Goering, pero pronto renuncié. *El hombre me fascinaba*" (p. 243).

No hay, pues, mucho "evangelio para la democracia" en esta historia de un impenitente adherente a una fe antidemocrática. La fuga de Valtin hacia el país de la "democracia" es una mera circunstancia exterior. No había espacio para él entre el martillo fascista y el yunque comunista. Él no simboliza, por lo tanto, la historia sentimentalizada, sino la historia real de quienes después del tratado ruso-alemán de 1939 y sobre todo después de la caída de Holanda, de Bélgica y de Francia se encontraron en una trampa y todavía buscaron desesperadamente una salida. Es hipócrita y autodestructivo vender esta triste pero verdadera historia de Valtin al público norteamericano como un informe alentador sobre la redención de un pecador proveniente del nazismo y el comunismo antidemocráticos.

Igualmente ridículo es que se nos pida que creamos que este libro es "ante todo una autobiografía y como tal debe ser leído", como lo hace el boletín de enero del club del libro del mes. La razón por la que el libro de Valtin fue publicado en este país con la aprobación del FBI, por la que fue elegido como libro de febrero por el club del libro del mes, por la que ascendió al primer lugar en la lista de best-sellers (excluidas las novelas), por la que ha sido publicitado por radio, reproducido parcialmente en dos números de *Life* y publicado en resumen en el número de marzo del *Reader's Digest*, no es su calidad literaria sino su utilidad para los fines de la propaganda bélica contra la Alemania nazi y su virtual aliada, la Rusia comunista. También nosotros pensamos que el libro tiene algunos méritos desde el punto de vista literario. Hay una genuina calidad épica en la historia relatada en los capítulos 18 y 19 ("Capitán soviético") y en todas las partes del libro que tratan de barcos, puertos y gente de mar. Hay además en todo el libro una notable dosis de esa cualidad del autor que impresionó hasta a su torturador nazi cuando le dijo: "Usted tiene una *Weltkenntnis*". Hay otras partes del libro, incluyendo la patética historia de "Firelei", que traicionan un esfuerzo lírico excesivo. A esta altura, el reseñista quisiera suspender el juicio porque a menudo es difícil trazar una línea entre la emoción genuina y la expresión melodramática del sentimiento. Lo que nos interesa es, en cambio, la cuestión de la importancia política del libro.

¿Qué contribución aporta al conocimiento de aquel gran mo-

vimiento revolucionario de las clases obreras europeas que desorganizó todo el sistema tradicional de poderes y privilegios, al punto de que hasta su derrota final dio origen a una nueva y aparentemente más formidable amenaza para el sistema existente: la incontrolable crisis económica, la revolución fascista y la nueva guerra mundial? ¿Qué nos enseña este libro sobre los errores que llevaron al fracaso y a la autodestrucción de los movimientos revolucionarios de las últimas dos décadas y qué se puede aprender de él para evitar errores análogos en el futuro?

Antes de intentar una respuesta, deberíamos preguntarnos cuánta ayuda para la comprensión de los grandes problemas políticos podemos esperar de un libro de este tipo. Sería irracional esperar muchas valoraciones políticas de un hombre que tenía catorce años cuando fue arrastrado en el torbellino de la Revolución alemana y más tarde pasó la mejor parte de su existencia en el estrecho aislamiento del conspirador y espía profesional, sin contar el período de tres años pasado en una prisión norteamericana y los cuatro años de prisión en el campo de concentración nazi. Exceptuados los contactos con seres humanos reales que tuvo en barcos y puertos durante sus numerosos viajes por los siete mares, hubo un solo y breve período en su larga vida de revolucionario –de mayo a octubre de 1923– en que tuvo oportunidad de participar en alguna lucha efectiva junto a las masas. Ese período culminó y concluyó con la participación en la famosa insurrección de la organización militar del Partido comunista en Hamburgo, en octubre de 1923. A continuación abandonó el escenario para otro período de viajes por el exterior, prestando servicios extemporáneos al partido, y no regresó a Europa y a Alemania, ni siquiera por períodos breves, hasta comienzos de 1930. Sólo entonces se le confía un trabajo más importante bajo el control directo de círculos restringidos de la Comintern; sólo entonces se le dio la oportunidad de observar acontecimientos y procesos desde un punto de vista más amplio que el del agente secreto ligado a una tarea específica y para él sin sentido. Su desgracia fue que mientras tanto el movimiento comunista internacional había perdido todo el significado autónomo que tenía antes. Había sido transformado en un simple instrumento del gobierno ruso. Y en ese papel no cumplía ya ninguna función política sino que estaba reducido a actividades organizativas y conspirativas. Las secciones nacionales de la Comintern (los partidos comunistas de los diversos países) habían sido virtualmente transformadas en secciones destacadas del servicio secreto ruso.

Sólo de nombre eran dirigidas por sus líderes políticos; de hecho, eran controladas por los diversos agentes de la OGPU. Así en la primera parte de la carrera de Valtin hubo un movimiento político del cual él sólo vio detalles casuales; en la segunda parte, todo lo que había quedado del anterior carácter político del Partido comunista era mera apariencia y presunción de un auténtico movimiento político.

Esta síntesis de la historia personal de Valtin explica la utilidad y los límites de su contribución a la historia política de la revolución. Él no entiende mucho –ni siquiera hoy– el por qué del carácter tan distinto que en sus primeras fases mostró el movimiento obrero comunista en Alemania y en otros países europeos. Él acepta su carácter conspirativo posterior como el carácter inevitable de un movimiento revolucionario. Tan trágica incomprensión deriva, en su caso, de la particular convergencia de varias causas: su extrema juventud en la fase formativa del Partido comunista de 1919-1923; las condiciones particulares del "frente del mar" y especialmente en Hamburgo, que en muchos sentidos anticiparon una fase muy posterior de la evolución general del partido; su índole impetuosa, entusiasta, temeraria que desde el principio lo destina para el papel de "revolucionario de profesión" en el sentido leninista del término; su particular utilidad como "verdadero marinero" en un campo que era de importancia excepcional tanto para la política revolucionaria internacional como para los objetivos específicos de la política de poder rusa. Todo eso contribuyó a privarlo de la experiencia "normal" de la lucha de clase mucho antes de que la fractura entre las masas obreras y un restringido círculo secreto se convirtiera en el rasgo característico del movimiento comunista en todo el mundo. Cuando adhirió al partido en mayo de 1923, fue inmediatamente asignado a tareas "especiales" como miembro de una de las brigadas "activistas" en el puerto de Hamburgo, como jefe militar y como "correo" para el intercambio de mensajes entre los conocidos líderes del partido alemán y sus consejeros militares rusos. Fue por puro instinto y buena suerte que no quedó involucrado en las primeras actividades de aficionados de los grupos terroristas entonces introducidos en la política revolucionaria alemana por los agentes secretos enviados de Rusia con ese fin.

Es fácil demostrar cuán poco entendía Valtin verdaderamente de las peligrosas ambigüedades de las interferencias "comunistas" rusas en la lucha revolucionaria de los trabajadores alemanes. Todavía hoy él cree en la mayor parte de las historias románticas

que entonces circulaban de boca en boca sobre los importantes "generales" que habían sido enviados secretamente por el gobierno soviético para darle una resolución militar a la insurrección programada. Es cierto que había sido enviado un cierto número de oficiales soviéticos, que habían aconsejado a los dirigentes del partido alemán y que eran efectivamente responsables de proyectos fantásticos como el asesinato del general von Seeckt, jefe del ejército, en manos de los grupos T del infame Felix Neumann, qüien más tarde entregó a todo el grupo de las unidades T y a sus jefes secretos, los oficiales rusos, a la policía alemana. Pero también es cierto que los oficiales rusos habían llegado a Alemania con una función doble. Mientras el gobierno soviético asistía al partido alemán en la preparación de la insurrección, estaba comprometido simultáneamente en negociaciones secretas con el mismo general von Seeckt al que sus emisarios chekistas proyectaban asesinar. Esas negociaciones con la camarilla militarista y reaccionaria –precursora del nazismo en la República de Weimar– se conducían con la perspectiva de preparar una alianza ruso-alemana contra Inglaterra y contra Francia, que en aquella época había invadido los territorios de Renania y el Ruhr. Las negociaciones llevaron a una serie de acuerdos militares y prepararon el camino para el tratado efectivamente concluido entre Alemania y Rusia en la primavera de 1926.

Todos los oficiales rusos que habían sido juzgados y condenados a muerte y a largos años de prisión en el llamado proceso de la Cheka en Leipzig en 1924 fueron devueltos a Rusia poco después. El procedimiento diplomático fue cubierto por el arresto y proceso por parte de la GPU en Moscú de algunos estudiantes, por otra parte desconocidos, acusados de espionaje. Los estudiantes fueron condenados y después canjeados por el "general" Skoblevsky (alias Helmut, alias Wolf) y los demás oficiales rusos capturados en Alemania. Registrando su propia versión de los hechos, Valtin todavía cree ingenuamente en la historia difundida entonces por los gobiernos alemán y ruso y ampliamente aceptada por los obreros. Feliks Dzerzinski, el "jefe supremo de la GPU" –nos relata– había preparado secretamente la acción contra los estudiantes alemanes obligando así a las autoridades alemanas a restituir a los oficiales rusos que habían conspirado contra la vida de von Seeckt y casi habían logrado organizar una subversión revolucionaria del estado alemán.

Nos hemos detenido con cierta amplitud en esta cuestión particular no para destacar la ingenuidad de la narración de Valtin,

sino con el objeto más importante de mostrar la distorsión que sufre toda la historia de la lucha de clase cuando es contemplada desde el restringido punto de vista del "experto" técnico, del conspirador y espía de profesión. La deformación está presente en todo el relato que hace Valtin de aquellas primeras fases en que el Partido comunista era todavía en mayor o menor medida un movimiento político auténtico, una expresión verdadera de la lucha de clase en curso.

Desdichadamente no es posible hacer la misma objeción al relato que hace Valtin de las fases sucesivas del movimiento comunista. En ese período la deformación de un genuino movimiento político en mera organización conspirativa había llegado a ser un *hecho histórico*. Después de 1923, de 1928, de 1933 y finalmente después de 1939 el llamado "Partido comunista" se convirtió en lo que Valtin presumía que había sido siempre: un mero instrumento técnico en manos de una dirección secreta, pagado y controlado exclusivamente por el gobierno ruso, completamente al margen de cualquier control de sus miembros o de la clase obrera en su conjunto.

Así, la mayor parte del libro de Valtin ofrece una validísima descripción de las distorsiones reales que sufre necesariamente un movimiento revolucionario alejado de su propio fin originario y de sus propias raíces en la lucha de clases. No cabe duda de que Valtin ha dado una descripción realista de ese proceso histórico y de su resultado final. Ha presentado los hechos sin reservas, aparentemente sin proteger a otras personas y protegiéndose muy poco incluso a sí mismo. Ha anotado los rasgos característicos de personas, hechos y lugares con raro talento de memoria y de minucioso detalle. Nos ha revelado así la historia completa y desde adentro de un complot inmenso, cuyos detalles –según un procedimiento cuidadosamente pensado y rígidamente observado– eran conocidos sólo por un limitadísimo número de personas directamente implicadas, la mayor parte de las cuales ha muerto en el intervalo sin escribir sus memorias. Así, en su relación concreta, él delinea hasta la amarga conclusión el mecanismo de uno de los procesos que contribuyeron a la derrota completa del movimiento más revolucionario de nuestra época y al transitorio eclipse de todos los movimientos obreros independientes en un crepúsculo de desesperación, pérdida de conciencia de clase y cínica aceptación del sustituto contrarrevolucionario de una auténtica revolución obrera.

No puede decirse, sin embargo, que Valtin haya presentado la

historia de la degeneración del movimiento comunista en modo muy fecundo para aquellos de sus lectores que estuvieran políticamente interesados. Debemos completar su relato con dos añadidos. Debemos indicar el sutil proceso por el cual los primeros gérmenes de la futura descomposición fueron introducidos en el movimiento revolucionario, y debemos tratar de comprender todo el proceso histórico que desde aquellos imperceptibles comienzos llevó a la actual corrupción total de un movimiento otrora revolucionario.

Las masas del Partido socialdemócrata sabían poco de qué cosa se trataba cuando en su Congreso de Halle del otoño de 1920 aceptaron, junto con las otras veinte "Condiciones para la admisión en la Internacional comunista", la necesidad de una "actividad ilegal" secreta además de las actividades normales de un partido revolucionario. Habían hecho alguna experiencia de "acción ilegal" durante el período 1914-1918, y creado una organización secreta de consejos obreros y finalmente de consejos de obreros y soldados para poner término a la guerra y organizar la revolución socialista. Estaban habituadas a períodos en que se suprimían todas las actividades legales de los partidos revolucionarios (con excepción de la esfera parlamentaria, entonces todavía formalmente respetada), se perseguía a sus dirigentes, se destruían sus instituciones y en consecuencia por un cierto tiempo todo el partido era "obligado a pasar a la clandestinidad". Así en los debates de 1920 esas masas pensaron que no se trataba de otra cosa que de ese elemento indispensable para cualquier auténtica acción revolucionaria, elemento presente incluso en las condiciones más normales de la lucha de clase (por ejemplo en la organización de una huelga normal). Sospecharon que los exponentes de la derecha contrarios a esas veintiuna condiciones tramaban malignamente contra esa forma insustituible de mantenimiento del movimiento revolucionario en los momentos críticos inmediatamente anteriores a su victoria definitiva o posteriores a sus transitorias derrotas. Por eso no estuvieron en condiciones de entender las advertencias de los comunistas radicales de izquierda que, siguiendo la tradición de Liebknecht y Rosa Luxemburg, ponían el acento de la espontaneidad de la acción de masas revolucionaria de la base contra la supremacía de una dirigencia incontrolada desde el vértice. No preveían –ni podían preverlo en base a su experiencia histórica– que desde aquel momento una parte siempre creciente, y finalmente toda su organización y política, táctica y estrategia, su elección de aliados y adversarios, sus convicciones

teóricas, lenguaje, costumbres, de hecho todo su comportamiento, dependerían de las órdenes secretas recibidas de agentes a menudo sospechosos, quienes a su vez las recibían de jefes desconocidos, sin la más mínima posibilidad de influencia o control por parte de los miembros (lo cual fue conocido en los círculos comunistas con el hermoso nombre de "centralismo democrático").

Ya al año siguiente, el "putsch de marzo" dio la primera evidencia del mal que desde aquel momento debía minar el sano crecimiento del movimiento revolucionario de los obreros alemanes. Fue el primero de una larga serie de eventos en que la élite de los más fieles y valerosos obreros fue sacrificada por una empresa alocada que no se basaba en un movimiento espontáneo desde abajo y ni siquiera estaba justificada por una situación crítica del sistema económico y político. Fue programada y llevada a la derrota por una organización paramilitar secreta. El mismo juego se repitió en condiciones similares e invariablemente con las consecuencias más desastrosas en todas las fases sucesivas hasta que se realizó efectivamente el objetivo último implícito en aquel método desde el principio. Fue empleado no para sublevar a los obreros sino para apartarlos de la lucha decisiva contra las fuerzas del nazismo que avanzaba porque –como dijo Manuilski en la undécima sesión del Comité ejecutivo de la Comintern en 1932– "no es verdad que el fascismo del tipo del de Hitler represente el principal enemigo". Cuando este juicio fue pronunciado, sin embargo, la idea conspirativa de la revolución había cumplido casi todo su curso, aun cuando todavía debía haber una continuación. El período del llamado "Frente popular", inaugurado después de 1933, abrió nuevas fases hasta que el Partido comunista alcanzó aquella extrema degradación que ilustra el miembro "comunista" del *staff* del City College de Nueva York, conspirativo al punto de ponerse guantes cuando ayudaba a editar e imprimir el periódico comunista de la unversidad para no dejar huellas, porque tenía "un extraordinario miedo a ser descubierto" (véase el testimonio de Mr. Canning en el *New York Times* del 3 de marzo de 1941).

Una última objeción que podría hacerse al cuadro de degeneración del Partido comunista ofrecido por Valtin es que él no discute la manera cómo el concepto de Lenin de revolución conspirativa es vinculado estrechamente a otras partes de la teoría leniniana, es decir con su concepto de partido y estado, con su idea del papel de las distintas clases e incluso de naciones ente-

ras en el "desarrollo desigual" de la revolución proletaria, finalmente con su teoría de la "dictadura del proletariado". Aquí nuevamente una limitación del libro se debe menos a la limitada perspectiva técnica del autor que al hecho de que ninguno de aquellos grandes conceptos políticos de la teoría leninista ejerció la mínima influencia sobre la acción y las omisiones registradas en este libro. En las últimas fases de la Comintern, a las que este libro está especialmente dedicado, todos los términos altisonantes de la teoría original habían degenerado ya desde mucho antes en frases vacías sin ninguna incidencia sobre el comportamiento práctico de los conspiradores "revolucionarios". Todo lo que la gente descrita por Valtin necesitaba de las teorías leninistas era la desenvuelta aceptación de un uso ilimitado de todas las formas de violencia contra el poder existente así como contra los críticos proletarios de la dirección que se presumía infalible, que habían sido descritos por Lenin y fueron finalmente descritos con términos siempre nuevos y cada vez más venenosos como "agentes de la burguesía en las filas de la clase proletaria", "agentes de la contrarrevolución", del "socialfascismo", del "trotskismo", etcétera.

Ya no había relación alguna entre las distintas formas y grados de violencia aplicados y las diversas tareas a cumplir en las diversas etapas del proceso revolucionario. De hecho el relato acrítico de Valtin podría ser usado para demostrar una *relación inversa* por la cual el uso de la violencia se hacía incontrolado cuanto más el movimiento perdía su carácter original revolucionario convirtiéndose en un simple servicio de espionaje dependiente y a sueldo de la política de potencia exterior e interior del gobierno de Stalin en Rusia. Por ejemplo, el uso indiscriminado del sabotaje había sido condenado por los primeros comunistas de acuerdo con todos los demás partidos marxistas. Más tarde –como nos lo revela en forma impresionante Valtin– todas las modalidades concebibles de sabotaje fueron habitualmente utilizadas habiendo dejado desde mucho antes de implicar algún problema teórico. Todavía la famosa "purga" de los miembros inconformistas del partido era originalmente aplicada en forma de medidas disciplinarias que culminaban en la expulsión del partido; fue más tarde que se transformó en metódico asesinato de la personalidad política y finalmente en asesinato propiamente dicho de individuos y grupos enteros, miembros y no miembros del partido, dentro y fuera de Rusia (el asesinato de Trotski por parte de la GPU en México es el ejemplo más macros-

cópico de un procedimiento casi "normal" que escasamente interesó a un público más amplio mientras se mantuvo limitado a la extinción de revolucionarios de ayer o de hoy).

Concluyendo, una palabra contra la gente que quiere minimizar la importancia del libro de Valtin subrayando que el autor nunca fue "un comunista importante". Es por el contrario importante que este feroz ataque contra los actuales usurpadores del nombre del comunismo revolucionario provenga no de una persona de posición elevada en el partido, sino de uno de aquellos trabajadores comunes que siempre fueron usados malamente y sacrificados a los fines más elevados de los dioses. He ahí un símbolo adecuado de la forma en que llegará el golpe final contra el poder contrarrevolucionario implantado en la Rusia de Stalin: la rebelión de las masas.

La lucha obrera contra el fascismo *

La "democracia" –así se autodefine el tradicional grupo dirigente de la actual sociedad capitalista– está librando una batalla ya desesperada contra las fuerzas del fascismo (nazismo, falangismo, vanguardismo, etcétera) a la ofensiva. Los obreros observan. Ellos parecen repetir lo que sus predecesores, los obreros revolucionarios del París de 1849, decían a propósito de la lucha final entre los representantes de la democracia liberal autoderrotados y el jefe fascista *ante litteram* del nuevo imperialismo napoleónico, Luis Bonaparte, liquidándola (según la interpretación de Marx y Engels) como "*une affaire pour Messieurs les bourgeois*".

El arcano que se oculta tras las batallas verbales entre "totalitarismo" y "antitotalitarismo" y la mucho más importante lucha diplomática y militar entre el Eje y el grupo anglonorteamericano de potencias imperialistas es la comprobación histórica de que el más acérrimo y el peor enemigo de la democracia no es hoy *Herr* Hitler sino la "democracia" misma.

No se trata aquí de un problema de "personalidad desgarrada" ni mucho menos de una cuestión explicable mediante el recurso a las grandiosas categorías psicoanalíticas de Freud tales como "complejo de inferioridad" o "complejo de Edipo". No se trata aquí tampoco de un conflicto entre vieja o joven generación o bien, como supone la señora Lindbergh, entre "las fuerzas del pasado y las fuerzas del futuro".

* "The worker's fight against Fascism", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, núm. 3, invierno de 1941; ahora en *New Essays*, vol. V, pp. 36-49.

Los verdaderos factores que se ocultan tras las frases altisonantes son individualizables –volviendo a Marx– únicamente en la base material de todos los conflictos ideológicos, es decir en la estructura económica de la sociedad contemporánea o en la *impasse* a que ha llegado el capitalismo moderno en su actual fase de desarrollo histórico.

Ambigüedad de la democracia

No debemos, sin embargo, saltar de inmediato a las conclusiones. Antes de explicar las razones históricas de las ambigüedades de la "democracia" en su presente "lucha" contra el desafío fascista debemos ocuparnos más de cerca del fenómeno mismo, demostrando cómo la laceración en que se debate la "democracia", aun no debiendo entenderse ni en sentido psicológico, ni antropológico, ni cósmico, tiene sin embargo su base material de existencia en lo que, por razones de forma estilística, continuaremos llamando la "conciencia de clase" de las capas dirigentes a la sociedad actual.

No nos detendremos a discutir sobre las formas más sobresalientes en que se manifiesta esta condición: una guerra mundial entre dos partes, ambas capitalistas, del único gran poder capitalista que gobierna hoy el mundo, y la abierta división de cada una de las dos partes en lucha en facciones recíprocamente opuestas. No obstante que en nuestra época, verdaderamente "china", cada partido y cada facción se esfuerza sobre todo en "salvar la cara" escondiéndola y tomando en préstamo consignas de sus adversarios, sin ninguna pretensión de "ofrecer alguna solución", es ya patente que las mismas divisiones surgidas en ocasión de la caída de Noruega, de Holanda y de Bélgica, existen y se desarrollan en variadas formas tanto en las "democracias" beligerantes como en las denominadas neutrales. Esto basta, por sí solo, para probar que la presente "guerra" es, en sustancia, una "guerra civil" y será decidida en el futuro, así como lo ha sido hasta ahora, no por la fuerza militar y tampoco por la fuerza económica de las naciones en lucha, sino por la ayuda que las fuerzas fascistas a la ofensiva recibirán de sus aliados en el interior de los países "democráticos". Los parágrafos siguientes tratarán, en cambio, del modo menos macroscópico en que este conflicto invade la "conciencia" de cada grupo, de cada institución y, en algunos casos, de cada miembro de la presente sociedad "democrática".

Hoy la opinión pública norteamericana odia y teme el creciente peligro del fascismo y, mientras sigue con interés cada vez mayor las variadas formas –más o menos oficiales– de caza de los "caballos de Troya" y de los fantasmagóricos representantes de la "quinta columna", se está preparando para levantar un muro en defensa de las tradiciones democráticas amenazadas por el progresivo avance de la guerra nazi en Europa, en África y en Asia. Simultáneamente, una parte creciente de esta misma opinión pública está secretamente convencida de que la aceptación de los métodos fascistas en el campo económico y en el político traería múltiples ventajas materiales no sólo para la denominada *élite* sino también para las grandes masas populares, y promovería hasta los denominados intereses culturales e ideológicos "superiores". Existe, por consiguiente, entre los norteamericanos la tendencia a considerar las propias instituciones y los ideales por los que están dispuestos a "combatir", como una especie de *faux frais* de producción, de gestión de los asuntos en una guerra moderna. La mayor parte de los norteamericanos no han considerado jamás a los métodos "democráticos" como instrumentos en condiciones de asegurar el buen funcionamiento de una importante empresa privada o, lo que es lo mismo, de un sindicato organizado de una manera análoga. Se preferiría, en sustancia, tener el barril lleno y la mujer ebria, vale decir aplicar los nuevos métodos de maravillosa eficiencia de la manera más ventajosa posible, conservando al mismo tiempo, de algún modo, el mayor número posible de las tradicionales "amenidades" democráticas.

Es fácil ver cómo este apego más o menos platónico a la gran tradición democrática, no obstante el reconocimiento de la mayor conveniencia material del empleo de los métodos fascistas, ofrece muy escaso respaldo a las esperanzas de un triunfo de la democracia en tiempos de verdadera e incontrolable crisis. Y, en efecto, un número creciente de importantes representantes, de famosos "expertos" y de fidelísimos amigos de la democracia comienza a preguntarse cada vez más insistentemente si su inflexible adhesión a los "valores fundamentales de la tradición democrática norteamericana" no ha degenerado ya en un *hobby* costoso, que la nación no puede permitirse si no tal vez por muy poco tiempo. (Hasta qué punto esta sensación está generalizada lo han demostrado claramente las respuestas, todas demasiado rápidas, de la mayor parte del público norteamericano "democrático" al reciente folleto de Anne Lindbergh.)

En lo que concierne, por lo tanto, a determinados campos, in-

cluso hasta los más enconados opositores de la inhumanidad de los principios fascistas admiten la superioridad innegable de las conquistas totalitarias: esto es válido tanto en lo referente al espléndido trabajo hecho por la propaganda nazi como en lo relativo al ataque desatado por Hitler contra las plagas *incurables* de la moderna sociedad democrática, como la permanente desocupación masiva y los conflictos salariales y obreros en general. Comoquiera que sea, es indudable que la mayor parte de los norteamericanos está tácitamente convencida de la necesidad, en coincidencia con la guerra, de la adopción generalizada de los métodos fascistas.

Una pitonisa económica

El testimonio más impresionante de la íntima convicción de la actual democracia acerca de la aplastante superioridad de los métodos fascistas nos es ofrecido por un documento oficial, publicado en junio de 1939 por el *National Resources Committee*.[1] A él haremos amplia referencia cuando encaremos el tema principal de la presente investigación; pero por el momento dejaremos de lado los notables descubrimientos hechos por el doctor Gardiner C. Means y su *staff* respecto del actual estado de la economía norteamericana para ocuparnos exclusivamente de los pronósticos indirectamente anticipados en la introducción y en la conclusión acerca de las probabilidades de supervivencia de los principios democráticos.[2]

Los autores del informe toman como punto de partida la ya comprobada "incapacidad" del presente sistema económico de explotar plenamente sus enormes recursos:

"Los recursos son desperdiciados o empleados de manera sólo parcialmente productiva, dado que las distintas partes de la organización no funcionan armónicamente entre sí. O no han sufrido un proceso de readecuación a las nuevas condiciones porque los individuos no saben o no pueden encontrar su campo específico de actividad, porque los recursos materiales no son utilizados, o bien no se encuentran los hombres capaces de utilizarlos productivamente y porque la tecnología más eficiente no es empleada o se obstaculiza su empleo."

[1] Edición a cargo del Superintendent of Documents, Washington, VII.
[2] Véase pp. 1-5, 171.[Todas las citas de los parágrafos siguientes se refieren, si no hay una indicación diferente, a estas páginas. Las cursivas son de Karl Korsch. E.]

El informe intenta evaluar, por lo tanto, y describir la "inmensidad de los estragos" provocados por esta incapacidad tanto en el curso de la depresión como en los años anteriores a ella. Basándose en las estimaciones registradas, en las pérdidas causadas, en el curso de la depresión, el monto nacional de la inactividad de hombres y máquinas habría sido equivalente, en el período 1929-1937, a un valor de "200 mil millones de dólares en bienes y servicios". Esta extrarrenta habría sido suficiente para proveer a cada familia del país de una casa nueva de 6 000 dólares, o para financiar cinco reconstrucciones sucesivas de la red ferroviaria íntegra, o para "renovar toda la planta agrícola e industrial de la nación".[3] Incluso en el año inmediatamente anterior a la depresión, es decir en 1929, tanto la producción como la renta nacional habrían podido ser incrementadas en el 19% simplemente poniendo a trabajar a los hombres y a las máquinas inactivos, aun sin la introducción de técnicas productivas más avanzadas.[4]

Los autores proceden luego a considerar el "impacto" de este desperdicio sobre la comunidad, reflejado en el desarrollo de un "sentimiento de frustración social" y en "justificadas inquietudes y conflictos sociales". Un primer resquebrajamiento de las convicciones democráticas de los autores se transparenta, sin embargo, en el párrafo siguiente, en el que pasan a discutir sobre la "tremenda circunstancia" y el "gran desafío" que precisamente este desperdicio de recursos y de mano de obra representan hoy para la nación norteamericana. El "gran desafío" a la democracia asume súbitamente los rasgos siniestros de una agobiante tragedia:

"Mientras continúen subsistiendo estas circunstancias, la democracia norteamericana corre serios peligros. La ocasión de mejorar el *standard* de vida es tan grande y la frustración derivada de la incapacidad de aprovecharla es tan real que, a falta de una solución democrática, se buscarán otros medios; y el tiempo disponible para encontrar una solución democrática no es ilimitado."

Y su verdadera opinión acerca de las posibilidades de encontrar una "solución democrática" a esta grave cuestión surge ya del lenguaje con que "formulan el problema" emergente de los resultados de sus investigaciones:

[3] Véase *ibid.*, p. 27

[4] Véase el informe *America's capacity to produce*, de la Brookings Institution, p. 422 y 423.

"Este problema, el problema de fondo que el gobierno se encuentra hoy en la obligación de afrontar en el campo económico, puede ser formulado de la manera siguiente: ¿cómo explotar plenamente nuestros recursos preservando, *sin embargo, al mismo tiempo,* los valores fundamentales de nuestra tradición de libertad y de democracia? ¿Cómo poder ocupar a nuestros desocupados, cómo explotar plenamente nuestras plantas industriales, cómo extraer ganancias del empleo de la moderna tecnología, haciendo *sin embargo en todo esto* del individuo la fuente del valor y de la satisfacción individual el objetivo fundamental de la sociedad? ¿Cómo obtener una eficiente organización de los recursos conservando *no obstante, al mismo tiempo*, el máximo de libertad de la acción individual?"

El mismo sentimiento de derrota invade todo este documento oficial, en otros aspectos muy apreciable. En lugar del intento de reivindicar para los principios democráticos la capacidad material si no de conducir a una expansión de las fuerzas productivas de la comunidad económica norteamericana, al menos de restaurar los buenos tiempos idos del capitalismo, está aquí presente sólo la aspiración sentimental a una política que no sea del todo incompatible con la conservación más o menos verbal de los últimos residuos de una tradición "democrática" y "liberal", aun siendo tan eficiente como los métodos fascistas cuya "conveniencia económica" no es nunca puesta en discusión. Así, todo el orgulloso intento de conquistar un nuevo mundo de prosperidad y de pleno uso de los recursos y de la mano de obra por parte de la democracia norteamericana es degradado en una sentencia a propósito del resultado de la inminente lucha entre democracia y fascismo, que en su siniestra ambigüedad compite con el famoso oráculo de la sacerdotisa de Delfos: "Si Creso no logra conquistar la tierra más allá del Halys, destruirá un gran imperio." Así decía el antiguo oráculo, y así le hace eco el oráculo moderno: "Si el actual gobierno de Estados Unidos no logra conquistar la posibilidad de resolver el problema de la deficiente utilización de los recursos y de la desocupación en masa, destruirá una importante forma de gobierno."

Un nuevo terreno de lucha

De las observaciones precedentes resulta claro que los obreros tienen perfecta razón en pensarlo dos veces antes de prestar oí-

dos a las generosas invitaciones –que les llegan desde todas direcciones– a dejar de lado por un momento sus acusaciones contra el capital y dedicarse en cuerpo y alma a la lucha contra el enemigo común. Los obreros no pueden participar en la "lucha de la democracia contra el fascismo" por la simple razón de que semejante lucha no existe. Luchar contra el fascismo significa, para los obreros de las naciones hasta ahora democráticas, luchar antes que nada contra la ramificación democrática del fascismo en el propio país. Para iniciar una verdadera lucha contra la nueva y más represiva forma de capitalismo que se oculta en los diversos pseudosocialismos que les son hoy ofrecidos, ellos deben antes liberarse de la idea de que el actual capitalismo pueda todavía "invertir el rumbo" y retornar a asumir el viejo rostro prefascista, aprendiendo a combatir al fascismo *en su propio terreno*. Ésta es una perspectiva completamente diferente de la popular, pero de hecho suicida, de quienes consideran que el fascismo debe ser combatido adoptando sus mismos métodos.

El abandono del terreno en el cual se ha desarrollado en el pasado la lucha de clase obrera contra el capitalismo y la individualización del nuevo terreno de lucha presuponen la plena comprensión de un hecho histórico que no deja de ser tal sólo porque ha servido de base teórica para las reivindicaciones fascistas. Este hecho histórico puede ser hoy descrito, como primera aproximación, negativa o positivamente, en cada uno de los siguientes modos: fin del mercado, fin del capitalismo competitivo, fin del *homo oeconomicus*; triunfo de la burocracia, del dominio administrativo, del capitalismo monopolista; era de los planes quinquenales rusos, de las batallas italianas por el grano, de la germana Wehrwirtschaft; triunfo del capitalismo de estado sobre la propiedad privada y sobre la iniciativa industrial.

Los primeros en identificar la tendencia hacia este tipo de evolución fueron los representantes del joven movimiento socialista, en su crítica al milenarismo de los apóstoles burgueses del libre cambio. Esta crítica, no obstante, es luego casi absolutamente olvidada por los socialistas posteriores, completamente absorbidos por el intento de adaptar sus teorías al ala avanzada de la burguesía, y cuando fue finalmente desempolvada, en torno a los comienzos de este siglo, estaba ya destinada –como podemos verlo hoy– a servir de instrumento no de la revolución socialista sino de la contrarrevolución rastrera. Y veremos de inmediato que hoy ni siquiera los más avezados defensores de los sueños

tradicionales de la economía burguesa están ya en condiciones de negar el hecho consumado.

La comunidad corporativizada

Para comprobar y definir concretamente en sus detalles esta afirmación general, volvamos pues al documento antes discutido que suministra, a nuestro juicio, la más amplia, confiable y al mismo tiempo dramática prueba de lo fundado de semejante afirmación. Cuando este informe gubernamental sobre *The structure of the American economy* fue hecho conocer al público norteamericano suscitó una enorme sensación, sobre todo por el hecho de que sus cuidadas estadísticas demostraban cómo incluso las estimaciones más arriesgadas quedaron en realidad muy por debajo de los valores efectivos alcanzados por el proceso de concentración de la economía norteamericana. Tomando como base las estadísticas suministradas y comentadas en los capítulos VII y IX y en los apéndices 9-13 del informe –que actualizan las cifras publicadas en 1930 por Berle y Means en *The modern corporation and private property*– las cien principales compañías industriales del país en 1935 ocupan el 20.7% de toda la mano de obra industrial y reúnen el 32.4% del valor de los productos de todas las plantas industriales y el 24.7% de todo el valor agregado en la actividad manufacturera.

Si bien se dan casos en que estas grandes "corporaciones" abarcan casi todo un determinado sector industrial (acero, refinación de petróleo, goma y manufactura del tabaco), las industrias manufactureras no pueden, por término medio, competir con el grado mucho más alto de concentración alcanzado por los ferrocarriles y y por los servicios públicos. Cerca de la mitad del total de doscientas " 'corporaciones' no financieras mayores", enumeradas en el informe, está constituida por ferrocarriles y servicios. Los ferrocarriles comprendidos en esta lista operaban, en 1935, sobre el 90% de toda la red ferroviaria del país, mientras las compañías eléctricas nombradas controlaban el 80% de toda la producción eléctrica, la mayor parte de los servicios telefónicos y telegráficos de Estados Unidos y una gran parte de las telecomunicaciones de Nueva York, Chicago, Filadelfia, Boston y Baltimore. No menos impresionantes son las cifras relativas a las cincuenta "mayores corporaciones financieras", representadas por treinta bancos, diecisiete compañías de seguros y tres *trust* de in-

versiones, dotada cada unidad de un capital de más de 200 millones de dólares. Los treinta bancos detentan juntos el 34% de todo el capital bancario del país (a excepción del perteneciente a los Federal Reserve Banks) mientras las diecisiete compañías de seguros de vida controlan el 81.5% del capital del sector en su conjunto. También se puede encontrar un grado igualmente alto de concentración en el campo de las actividades gubernamentales: las veinte "mayores unidades gubernamentales" emplean en conjunto el 46% de toda la mano de obra ocupada por el gobierno, excluyendo los programas de ayuda a los desocupados, y la mayor de ellas, el gobierno federal, es por amplio margen la más grande "corporación" del país. Baste pensar que solamente las oficinas postales ocupaban, en 1935, un número de personas casi igual al del mayor monopolio privado.

Pero todas estas cifras sólo cuentan la mitad de la historia de la concentración de la economía norteamericana. Mucho más indicativos son la caída del número total en las mayores categorías industriales y un análisis del incremento de la importancia relativa de las grandes "corporaciones" que pasaron del control de un tercio del capital de todas las corporaciones no financieras en 1909 al control de más del 54% de todo el capital en 1933. Y el cuadro de conjunto comienza a asumir contornos bastante más precisos cuando el informe se esfuerza por demostrar el grado tremendo de correlación que une "a los grupos dirigentes de la mayor parte de las corporaciones más grandes en la que podría ser denominada *comunidad corporativizada*". Éste es, en verdad, un cuadro capaz de liberar de sus ilusiones hasta a los más ingenuos sostenedores de aquel "espíritu de libre iniciativa" que se debe proteger "por todos los medios, incluida la guerra" de la siniestra amenaza del "totalitarismo". Hay muy poca diferencia entre la "coordinación" económica lograda, aunque no siempre, a través de los decretos políticos del nazismo, del fascismo y del bolchevismo triunfantes, y esta nueva "comunidad corporativizada" creada por un proceso lento pero continuo a través del sistema de los "directorios conjuntos", a través de la actividad de las principales instituciones financieras, mediante firmas al servicio, desde el punto de vista práctico (si bien no legal u oficial), de las máximas corporaciones, por la vía de los "*intercorporate stockholdings*" y un gran número de otros expedientes económicos.

Luego de un esmerado estudio del funcionamiento de todas estas estratagemas, el informe llega a su punto saliente revelando que directamente 106 de las antedichas 250 mayores corporacio-

nes industriales y financieras y casi los dos tercios de sus capitales variadamente "asociados", son controlados por no más de "ocho grupos económicos más o menos claramente definidos". (Pero hasta esta estimación puede sólo constituir, como revelan los propios autores, una aproximación por defecto, en cuanto no ha sido hecho ningún análisis de los "capitales de las 'corporaciones' menores que caen bajo la misma esfera de influencia, si bien no sería difícil nombrar algunas". Otras y más importantes lagunas serán discutidas más adelante.) Para dar una idea del significado de este hecho, es suficiente el análisis de algunos datos concernientes a cada uno de los ocho gigantes económicos de los que acabamos de hablar.

1] *Morgan-First National:* comprende 13 corporaciones industriales, 12 compañías de servicios, 11 de los mayores ferrocarriles o sistemas ferroviarios (que controlan el 25% de toda la red ferroviaria del país) y 5 bancos. Capital (en millones de dólares) por sector:

Industrias	3 920
Servicios	12 191
Ferrocarriles	9 678
Bancos	4 421
Total	30 210

2] *Rockefeller:* controla seis compañías petroleras (que ocuparon el lugar de la disuelta Standard Oil Co.), dotadas en su conjunto de un capital de 4 262 millones de dólares (equivalente a cerca de la mitad del capital total en la industria petrolera), y un banco (el *Chase National,* el más grande banco del país, dotado de un capital de 2 351 millones de dólares).

3] *Kuhn, Loeb:* controla los 13 mayores ferrocarriles o sistemas ferroviarios (22% de toda la red ferroviaria del país), una gran compañía de servicios y un banco. Capital total: 10 853 millones de dólares.

4] *Mellon:* controla cerca de 9 corporaciones industriales, un ferrocarril, dos compañías de servicios, dos bancos. Capital total: 3 332 millones de dólares.

5] *Chicago Group:* controla, sobre la base de "directorios conjuntos", 4 corporaciones industriales, 3 compañías de servicios, 4 bancos. Capital total: 4 266 millones de dólares.

6] *Du Pont:* comprende 3 corporaciones industriales de primer plano y un banco. Capital total: 2.628 millones de dólares.

7] *Cleveland Group:* la rama principal controla a través de la Cleveland-Cliffs Iron Co. las cuatro compañías de acero nominalmente independientes, otras dos corporaciones industriales y un banco. Capital total: 1 404 millones de dólares.

8] *Boston Group:* comprende 4 corporaciones industriales, 2 compañías de servicios, un banco. Capital total: 1 719 millones de dólares.

Al interpretar esta lista el lector debería tener presente que está muy lejos de ser completa. Como hemos visto, los autores han considerado, por principio, sólo las correlaciones existentes entre las 250 mayores corporaciones no financieras y financieras. Pero también dentro de estos límites, muchas corporaciones que tienen "una relación bastante estrecha con uno u otro de estos grupos" han sido omitidas por motivos técnicos. Por ejemplo, el gigante económico *International Paper and Power Corporation,* estrechamente ligado tanto al grupo Boston como al grupo Rockefeller, no ha sido incluido ni en uno ni en otro grupo. Diez igualmente importantes eslabones de vinculación entre los ocho grandes grupos económicos son luego considerados en el apéndice, pero sólo de manera bastante sumaria.

Pero aun con estos límites, *la comunidad corporativizada* tal como es descrita en este informe aparece como una potente concentración de poder económico y por consiguiente también político. El informe no niega la importancia de los controles que la comunidad corporativa "ejerce sobre la política de las mayores corporaciones, influenciando por su intermedio la economía norteamericana íntegra". Ni se niega su significado directamente político a nivel del conjunto de la sociedad norteamericana, desde el momento que algunos de los "controles ejercidos por la comunidad corporativizada" operan –como los ejercidos por los grupos organizados, como es el caso de las grandes asociaciones de capital y trabajo, o de las organizaciones de campesinos, o de las de consumidores– a través del gobierno. Sin embargo, dice el informe, "con esto no se quiere en modo alguno afirmar que estas agregaciones de capital actúen como una unidad gobernada por dictaduras individuales u oligárquicas. El contenido social y económico de las relaciones que las vinculan es mucho más sutil y diferenciado." No sería fácil determinar exactamente qué grado de sutileza y de diferenciación separa el ejercicio democrático de un poder incontrolado del ejercicio dictatorial del mismo poder; por eso debemos entonces remitirnos al juicio de nuestros expertos, cuando nos aseguran que la comunidad corporativizada exis-

tente en Estados Unidos hoy no es una dictadura, sino sólo una "concentración de la dirección económica en pocas manos".

El fin del mercado

La descripción del grado de concentración alcanzado por el capitalismo norteamericano no puede, por sí sola, responder a la pregunta crucial acerca de la persistencia o no de la conformidad de la actual estructura económica norteamericana a los principios tradicionales del capitalismo "democrático" y sobre la distancia real que todavía la separa de los tipos nazi, fascista y bolchevique de economía. La historia reciente ha mostrado cómo una forma "totalitaria" de gobierno puede ser impuesta a una economía relativamente atrasada, como la española, la italiana y la rusa, o a una economía capitalista altamente concentrada, como la que existía en Alemania antes del nazismo. Y sería, por lo demás, sólo "teóricamente" posible imaginarse un tipo de desarrollo en el cual una economía capitalista altamente concentrada mantuviese de manera inalterada toda la estructura interna del capitalismo del siglo XIX.

La opinión que trasunta otra parte más significativa, según creo, del informe del doctor Means es que esta posibilidad "teórica" no se haya sin embargo traducido en realidad y que, por el contrario, la transformación externa de la estructura de la economía norteamerica haya sido acompañada por un cambio todavía más profundo de su estructura interna y de su política efectiva.

La economía norteamericana hoy ya no extrae sus impulsos decisivos de la competencia de las empresas individuales en un mercado incontrolado ("libre"), sino que se ha convertido, en su conjunto, en un sistema manipulado. Los bienes son todavía producidos como mercancías; aún existe algo semejante a los "precios" y subsisten los tres "mercados" capitalistas: mercancías, trabajo y títulos. Sigue habiendo, pues, incluso algunos importantes sectores en los cuales "el precio de un artículo puede todavía actuar, en cierto modo, como un regulador de la producción". "La proporción de algodón y de grano plantados en las haciendas de Arkansas varía de año en año con la modificación de la relación de los precios y refleja la operación de los mercados como influencia organizada." Pero fuera de estos sectores –productos agrícolas y títulos cotizados– que por otra parte se van restrin-

giendo cada vez más, la gran masa de los "precios", comprendidos los salarios, no es ya establecida en el mercado libre, sino manipulada mediante decisiones administrativas que son sí influenciadas en variada medida pero no estricta y directamente determinadas –como en el pasado– por las condiciones del mercado. Esto parece evidente, por ejemplo, en lo que se refiere al precio de venta al por mayor de los automóviles y de los utensilios agrícolas, fijados y modificados una y otra vez por los respectivos dirigentes industriales sobre la base de decisiones puramente "administrativas".

El lector debería tener cuidado de distinguir aquí entre aquellos elementos interiores a la organización "administrativa" de la producción que existen ya desde hace tiempo y sólo han asumido una importancia diferente y el otro aspecto que es completamente nuevo y sigue siendo ignorado casi de modo absoluto por los más tradicionalistas en materia económica.

El mero hecho de que el gobierno administrativo sustituya al mecanismo del mercado en la coordinación de las actividades económicas en el interior de una empresa individual no representa una novedad para un marxista. Es cierto que incluso este hecho asume una importancia nueva en el actual proceso de concentración cuando, como en el caso de la mayor empresa norteamericana, la AT and T, un solo sistema administrativo coordina la actividad de más de 450 000 personas. Igualmente cierto es que ha habido un gran incremento de la proporción en la cual las actividades económicas de la comunidad productiva son coordinadas administrativamente (a nivel de las diversas empresas) respecto a la proporción en que continúan siendo coordinadas a través del cambio de los precios y de la interacción en el mercado de una multiplicidad de vendedores y de compradores independientes.

Pero el problema decisivo a los fines de la comprensión del proceso que en los últimos tiempos ha minado el tradicional carácter democrático de la sociedad norteamericana sigue siendo la determinación del grado real de cambio aportado por estos fenómenos evolutivos al conjunto de la estructura y al modo de operar de la actual economía norteamericana. El gran mérito de los autores de este informe consiste precisamente en el hecho de que han analizado a fondo este problema decisivo, extrayendo conclusiones de una claridad impresionante: de sus investigaciones resulta, sin sombra de duda, que la economía norteamericana se ha transformado, en su conjunto, "en una economía cuya polí-

tica no es ya determinada por la competencia impersonal sino por las decisiones de tipo administrativo".

Los autores del informe son muy conscientes de la importancia de las conclusiones a que han llegado, y no se cansan de describir en términos impresionantes el "significado del gran papel desempeñado por los precios administrados" que aparece como "inherente a la economía moderna" formando ya "parte integrante de la estructura de la actividad económica". E insisten en que "sea cual fuere el papel desempeñado por la administración de los precios a comienzos de siglo, no hay duda de que hoy ese papel es dominante".[5]

Extremadamente interesante –aunque por desgracia no podemos detenernos en ella– es la descripción detallada suministrada por el informe de los miles de métodos y expedientes mediante los cuales los precios, aparentemente fijados por la ley de la oferta y la demanda, son de hecho manipulados y controlados por una definida "política de precios" de los estratos dirigentes de la "comunidad corporativizada". Estos controles pueden emanar de uno o más centros de poder; en lo que respecta a la política del trabajo, por ejemplo, "los hilos son generalmente manejados por la corporación y por un sindicato que se dividen más o menos equitativamente los campos decisionales, mientras algunos aspectos del conjunto del sector siguen siendo de competencia del gobierno, como ocurre en el caso de los niveles laborales mínimos o de la reglamentación de los servicios públicos, o bien caen en la esfera de influencia de algunos compradores dominantes o de abastecedores de materias primas o de servicios, etcétera". Estos controles pueden, por lo tanto, ser directos e inmediatos o indirectos e intangibles, pudiendo operar también solamente "a través de la creación de un clima de opinión como trasfondo para el desarrollo de una política determinada".

El tipo de imposición puede ser completamente informal o bien emanar de un organismo oficial como resultado de decisiones formalmente adoptadas pero no siempre concretamente aplicadas. El poder decisional deriva siempre, de todos modos, de tres fuentes principales: la posesión de uno o más "factores productivos", la posesión de capital líquido y, cosa todavía más importante, la posición respecto de una organización en funcionamiento.

Lo que en todo caso es siempre tenido en cuenta es que la

[5] Véase *The structure of the American economy*, pp. 116, 145, 155, 333 y ss.

nueva "estructura de control", que surge de estas variadas formas de administración independiente del mercado, es 1] enteramente hija de nuestros tiempos, y 2] está destinada a durar a largo plazo.

Los controles en escala nacional así ejercidos sobre precios y mercados por parte de los dirigentes de la comunidad industrial superan por amplio margen, en cuanto a importancia, a los bien conocidos controles externos al mercado hasta ahora ejercidos por las instituciones financieras mediante la gestión de los fondos de inversión, base de la denominada supremacía del capital financiero. En efecto, como lo han mostrado recientes investigaciones no incluidas todavía en este informe, la mayor parte de las más grandes empresas están hoy en condiciones de "autofinanciarse" y no dependen ya del apoyo de las organizaciones crediticias. Los controles estrictamente "privados" ejercidos por los administradores de la comunidad corporativizada son incluso más importantes que las formas, viejas y nuevas, de control externo del mercado practicadas por el gobierno (a nivel federal, estatal y local) a través de la política fiscal, la protección de la propiedad y la imposición de contratos, entre otros recursos.

No se puede continuar considerando la influencia ejercida sobre el mercado por algunos poderosos grupos de presión como una intervención transitoria y "extraordinaria" sobre las actividades económicas normales; ello es tan poco anómalo como la influencia de los grupos de presión de Washington sobre el Congreso de los Estados Unidos. La constitución de la comunidad corporativizada se ha convertido en la verdadera constitución de los Estados Unidos.

Queda la cuestión del funcionamiento de este nuevo sistema. ¿Cómo pueden los "precios administrados", modificados de tanto en tanto, sustituir la flexibilidad prácticamente ilimitada de los precios del mercado, tanto en la reacción a las diversas fases del ciclo industrial (prosperidad y depresión) como frente a los cambios estructurales determinados por el progreso tecnológico? El doctor Means y su *staff* se inclinan a asumir una actitud muy optimista respecto del funcionamiento del nuevo tipo de los precios administrados. Ellos no dejan por cierto de ver determinadas "distorsiones violentas" producidas, en el curso de la última depresión y de la sucesiva "recuperación", por el diferente comportamiento de los dos tipos de precios coexistentes en el sistema económico norteamericano:

"Entre 1929 y 1932, el índice de los precios al por mayor sufrió

una merma notable, pero esta merma era el resultado de la media estadística entre la violenta caída de los precios determinados por el mercado y la leve o inexistente rebaja de los precios 'administrados'. En el sucesivo período de recuperación –1932-1937– esta distorsión fue en gran parte eliminada (¿surgieron tal vez otras? – K.) por el gran incremento de los precios de mercado y por el relativamente escaso aumento de la gran masa de los precios administrados."

Sin embargo, los autores del informe no imputan esta irregularidad al nuevo fenómeno de administración de los precios y dan desgraciadamente como descontado que el mercado, aunque "teóricamente" capaz de actuar como influencia organizadora, perdió no obstante "prácticamente" tal prerrogativa. Por otra parte, demuestran –según ellos de manera inequívoca– que el grado de flexibilidad resultante de la reglamentación administrativa de la masa de los precios de las mercancías, del trabajo y de los títulos "parece suficiente como para permitir el gradual reordenamiento de las relaciones entre los precios y reflejar las graduales modificaciones de la demanda, de las disponibilidades de recursos y de las técnicas productivas, *si el nivel de la actividad económica es mantenido dentro de ciertos límites constantes*". Así, para los autores del informe, las serias distorsiones en la estructura de los precios resultantes de la diferente sensibilidad de estos últimos a las influencias depresivas reflejan el papel de desorganizador más que de organizador desempeñado por el mercado.[6]

Esta afirmación podríamos hacerla nuestra, desde el momento que estamos también nosotros convencidos –si bien desde un punto de vista diametralmente opuesto– de la imposibilidad de conservar o restaurar las formas tradicionales de la economía capitalista. Nos parece, no obstante, una indebida admisión partir del presupuesto, como se hace aquí, de que las actuales estructuras de la sociedad "democrática" están en condiciones de garantizar ese nivel "dentro de ciertos límites constantes" de actividad económica que parece indispensable para el buen funcionamiento del conjunto del mecanismo económico. Lo que es cierto es que los autores del informe no nos dicen cómo sería posible esto (¿quizás porque esperan que un futuro dictador venga pronto a eliminar las incurables contradicciones todavía existentes en el interior de la sociedad norteamericana?) y la única suge-

[6] *Ibid*, p. 152.

rencia que nos llega de ellos a ese respecto es un patético llamado a "una creciente comprensión del problema por parte de los dirigentes de la industria, del trabajo, de los campesinos y de la política en general, así como de otros representantes de la opinión pública".

El punto de vista obrero

No nos proponemos discutir la "tarea" de los obreros. Los obreros han cumplido durante demasiado tiempo las tareas de los demás, que les fueron impuestas en nombre de altisonantes ideales como los de humanidad, progreso humano, justicia, libertad, y así sucesivamente. Y uno de los aspectos más consoladores de esta terrible situación en que nos encontramos hoy es precisamente el hecho de que hayan desaparecido al menos algunas de las ilusiones que la clase obrera había arrastrado hasta aquí como herencia de su participación en la lucha revolucionaria de la burguesía contra la sociedad feudal. La única "tarea" de los obreros, así como la de toda otra clase, es la de pensar en sus propios intereses.

En este sentido, lo primero que los obreros pueden hacer es aclararse bien las ideas acerca del hecho de que el viejo sistema del "libre cambio", de la "libre competencia" y de la "democracia" está ya muerto, y en su puesto se ha colocado un nuevo sistema que puede ser indiferentemente definido con los términos de "capitalismo monopolista", "capitalismo de estado" o "estado corporativo" (para usar un término alusivo al nombre dado a la nueva forma totalitaria de sociedad surgida en Italia hace veinte años, después del triunfo del fascismo). Por cierto existe una diferencia entre las formas europeas de estado totalitario y la "comunidad corporativizada" norteamericana, pero se trata de una diferencia concerniente sobre todo a la relación entre estructura y superestructura, que está invertida: mientras en las primeras, en efecto, se puede decir que la superestructura totalitaria ya consumada suple –en países como España o Italia– las carencias de la base económica todavía retrasada, en la segunda nos encontramos frente a una "base económica" plenamente desarrollada de un sistema totalitario desprovisto aún, sin embargo, de la superestructura política e ideológica adecuada.

En cuanto al "monopolio", no hay duda que su desarrollo transcurre al mismo paso que el avance de la concentración capitalista, pero el término mismo ha cambiado de significado desde

que el sistema monopolista se ha convertido en predominante respecto de los mecanismos competitivos residuales. Una observación hecha por el joven Marx en su crítica a Proudhon ha sido recientemente aceptada por un número creciente de economistas burgueses, y ahora ya es universalmente reconocido que, como dice Marx, "la competencia produce el monopolio y el monopolio produce la competencia". Así, los términos "monopolio" y "competencia" han sido recientemente redefinidos como relativos a los "elementos de una situación" más que a la situación misma que, como totalidad, no es ni enteramente monopolista ni enteramente competitiva. En cierto sentido se puede decir que hoy todas (o casi todas) las ganancias son esencialmente ganancias monopolistas, así como la gran masa de los precios está constituida por precios monopolistas. El monopolio se ha transformado, de excepción que era, en la norma de la actual economía.

Es pues perfectamente correcto describir el proceso histórico aquí discutido como una transición del capitalismo competitivo al monopólico; pero el término monopolio se ha convertido, a causa de la generalización del sistema económico que existe bajo ese nombre, en un término puramente descriptivo y ya incapaz de suscitar cualquier forma de indignación moral.

Análogamente, no hay en realidad nada de malo en hablar de la economía norteamericana como de un "capitalismo de estado". No obstante, esta definición no es igualmente ajustada, en el caso de la sociedad norteamericana, como lo es en lo que respecta a los modelos políticos de los sistemas europeos. En efecto, a pesar de los especiales poderes coercitivos de que están investidas únicamente las autoridades políticas, son las decisiones administrativas emanadas de las diversas empresas económicas controladas por el estado las que ejercen la influencia verdaderamente determinante del gobierno sobre el funcionamiento de la economía norteamericana. Y son ellas las que constituyen, junto a todas las demás formas de control externo del mercado y a los restantes mecanismos de control interno al mercado, el esqueleto de la "estructura de control" del actual sistema económico. Para indicar los diversos tipos de control externos al mercado –ya sea que éstos emanen de entes gubernamentales como de otros tipos de organizaciones (financieras, obreras, campesinas, uniones de consumidores, etcétera), además de las firmas o de los grupos industriales privados– los autores del informe emplean indistintamente los términos "administración", "disposiciones administrativas", etcétera. No hay duda de que la posición del gobierno se refor-

zará considerablemente en caso de guerra pero ni siquiera esto sería motivo suficiente para denominar al actual sistema económico norteamericano "capitalismo de estado", desde el momento en que es algo que se producirá en todos los países beligerantes, sean ellos retrasados o plenamente desarrollados, "competitivos" o "monopolistas", basados en un sistema productivo carente de homogeneidad o altamente concentrado.

Lo segundo que los obreros podrían hacer, una vez experimentada y plenamente comprendida la importancia de la transformación sufrida por las estructuras fundamentales de la economía capitalista, sería volver a poner en discusión el patrimonio de ideas revolucionarias y de clase hasta aquí celosamente (y dogmáticamente) custodiado. Cuando Marx describía a la sociedad capitalista como esencialmente una "producción de mercancías", este término implicaba, para él –e, intencionalmente, para todos aquellos que fuesen capaces de entender la peculiar jerga "dialéctica" de la vieja filosofía hegeliana– la totalidad de la represión y de la explotación a que son sometidos los obreros en una sociedad plenamente desarrollada, y la lucha de clases en todas su formas, cada vez más duras, hasta la destrucción revolucionaria del capitalismo y su sustitución por una sociedad socialista. Esto es todavía perfectamente válido a condición de que sea traducido a un lenguaje más claro y abierto, pero el acento puesto por Marx sobre la "producción de mercancías" comprendía algo diferente y, esta vez, algo que podría tal vez haberse convertido en inadecuado respecto de la lucha obrera contra las dos especies de "estado corporativo" existentes hoy en los países fascistas y en los denominados democráticos.

El acento puesto sobre el principio de producción de mercancías, es decir de producción para el intercambio, para un mercado anónimo y en continua ampliación, equivalía, al mismo tiempo, a una acentuación de las funciones positivas y progresivas que el capitalismo debía cumplir expandiendo la moderna sociedad "civilizada" en escala mundial y, como decía Marx, transformando el mundo entero en un gigantesco mercado para la producción capitalista. La gran empresa que semejaba ser realizada por la humanidad misma había dado origen a todo tipo de ilusiones: todos los problemas parecían solucionables, todas las contradicciones y los conflictos parecían transitorios y al alcance de la mano el máximo de felicidad para el máximo número de hombres.

Los obreros compartieron, junto con otras minorías oprimidas

y con otros estratos progresistas de la sociedad –judíos, negros, pacifistas, etcétera–, una amplia franja de aquellas ilusiones de la producción de mercancías y de su expresión política, las ilusiones de la democracia. Y precisamente sobre tales ilusiones se basaban todos los tipos de "reformismo" y de "revisionismo" que distrajeron las energías obreras de sus objetivos revolucionarios. Pero ahora el fascismo, con su intrusión en el sagrario de la tradicional democracia, ha destruido finalmente la fuerza mistificadora de aquellas ilusiones.

La lucha por Gran Bretaña y por la democracia y los objetivos de guerra de la clase obrera*

Prolegómenos a una discusión política

I

El mejor medio para descubrir cuánto camino ha sido recorrido desde el momento de la caída del movimiento obrero en la tormenta de la primera guerra mundial es plantear la cuestión de los objetivos de guerra de la actual clase obrera internacional. En 1941 no ha quedado ningún rastro de la equívoca simplicidad con que en 1914 la minoría consciente de los partidos socialdemócratas redujo el problema del comportamiento a adoptar ante la guerra a la elección entre una completa traición y una rígida fidelidad al deber revolucionario de la oposición incondicionada a la guerra capitalista. El glorioso ejemplo de Liebknecht en Alemania, de los bolcheviques en Rusia y de otros grupos marxistas europeos suscitó admiración en todas partes, y la política opuesta seguida por el ala derecha y por el denominado "centro marxista" no fue nunca completamente aceptada por las masas, aunque fueron necesarios un enorme sufrimiento y una aplastante derrota militar para agotar la paciencia de los obreros socialdemócratas alemanes. Pero incluso en la cumbre de su irritación, la gran mayoría de los obreros no estaba preparada para ir más allá de la admiración por el nuevo ejemplo de coherencia revolucionaria suministrado por los bolcheviques rusos, y no se unieron a los pequeños grupos de obreros conscientes reunidos en torno al *Spartakus-Bund* [la Liga Espartaco] y a los comunistas de los consejos que intentaron, en Alemania, transformar la resistencia revolucionaria contra la guerra capitalista en un verdadero

* En *Living Marxism. International Council Correspondence*, núm. 4, primavera de 1941; ahora en *New Essays*, vol. V, pp. 1-6.

derrocamiento del estado y del sistema de producción capitalistas. En su práctica concreta la mayoría de los obreros alemanes no hizo nada por impedir ese gigantesco fraude con el cual el grupo dirigente conservador de la socialdemocracia y de los sindicatos transformaron su patriotismo beligerante en la falsa democracia de la República de Weimar, en el falso pacifismo de la Sociedad de las Naciones. Esto contribuyó de manera determinante a la instauración de una atmósfera que propició, en el curso de los quince años posteriores, el vigoroso crecimiento del nuevo poder antidemocrático y antipacifista del fascismo. Fue así que el socialismo nacionalista de los socialdemócratas de 1914 desembocó en el nacionalismo de 1933.

La primera enseñanza que se puede extraer de esta breve recapitulación de la actitud históricamente asumida por la clase obrera frente a la guerra es sin más una enseñanza negativa, una admonición para evaluar más realistamente las intrínsecas dificultades que la cuestión de la línea correctamente proletaria presenta en este campo. Ante el espantoso desaliento que siguió al relativo optimismo de la última generación de revolucionarios respecto de esta tarea, vale la pena subrayar que la mayor parte de las dificultades hoy lamentadas existía ya en 1914-1918, y encontró luego su expresión en la confrontación entre las poderosas organizaciones obreras desprovistas de una política verdaderamente proletaria y las consignas revolucionarias de una minoría consciente que carecía en absoluto de poder de gestión. Ninguno de estos dos polos extremos se puede decir que encarnase en absoluto la política de guerra de la clase obrera alemana; no podemos decir, a posteriori, cuál de los dos estaba más próximo a la táctica recomendada por Marx y Engels en el caso de una guerra europea. Los desarrollos sucesivos, tanto en la Rusia soviética, donde el ala izquierda había vencido, como en Alemania, donde había sido derrotada, muestran claramente que la clase obrera europea no había desarrollado a nivel de masas una política que la pusiese en condiciones de transformar la guerra capitalista en una revolución proletaria, o al menos de impedir la restauración del dominio burgués de la clase, que se hizo todavía más despótico con la victoria de la contrarrevolución fascista.

II

Ninguna de las consignas revolucionarias de la primera guerra mundial puede encontrar una inmediata aplicación a los proble-

mas mucho más complejos que la actual situación, extremadamente intrincada, implica. En 1941 no hay ya necesidad del esfuerzo consciente de los obreros para efectuar aquella "transformación de la guerra capitalista en una guerra civil" que los slogans más agresivos de 1914 presentaban como el objetivo final de la clase obrera. La presente guerra ha sido desde el comienzo (más aún, desde las fases preliminares, desde la fase de las protestas contra la agresión japonesa en Manchuria y desde las sanciones contra la conquista italiana en Etiopía hasta la fase de la "no intervención" en España) una verdadera guerra civil, tanto a nivel europeo como a nivel mundial.

No sabemos mucho de los movimientos subterráneos que rompiendo la capa de plomo del fascismo podrían eventualmente emerger en condiciones de particular tensión y de derrota en Alemania, Italia, Rusia, Japón y otros estados totalitarios. Pero hemos tenido amplias oportunidades de estudiar, ya sea antes o después del hecho, la situación precedente a la agresión de Dinamarca, de Noruega, de Holanda y de Bélgica, además de la caída de Francia, y no tenemos razones para creer que, con el estallido de la guerra o bien con el "milagro de Dunquerque", las tendencias abiertamente filonazis favorables a una "solución de compromiso", hasta ese momento representadas por los grupos de Cliveden y de Chamberlain en Inglaterra, hayan sido en verdad completamente ganadas por los deseos de quienes consideran que sólo la guerra puede servir a los fines superiores de la nación. (Admitamos que alimentamos una invencible desconfianza hacia todas las formas de "unión sagrada" desde los tiempos de la primera guerra mundial.) En fin, seamos perfectamente conscientes de las fuerzas ocultas que agitan subterráneamente las aguas de la actual política norteamericana y podremos por lo tanto afirmar sin temor a equivocarnos que en todos los países "democráticos" la clase dirigente está hoy profundamente dividida. En este sentido, todas las victorias hitlerianas pueden ser consideradas como el resultado de una guerra civil: hoy hay dos Noruegas, dos Holandas, dos Francias, y cuando retorne la "paz" (precedida o no de una invasión alemana) habrá también dos Inglaterras.

En semejante situación ninguna consigna que invoque una política autónoma de guerra de la clase obrera podría hoy escapar a la misma ambigüedad que caracteriza la actual política de la clase dominante. "¡Abajo la guerra imperialista!" era un objetivo de guerra plausible para la clase obrera mientras la guerra represen-

taba la forma suprema de voluntad unitaria de la burguesía nacional de sobrevivir y expandir su poder a través de la lucha conjunta contra la competencia enemiga de las otras burguesías nacionales y contra la amenazante revuelta proletaria. Pero este slogan ha perdido toda su originaria fuerza revolucionaria hoy que se adapta tan perfectamente a las tendencias pacifistas y aislacionistas de un sector de la burguesía. "¡Derrotar al propio país!", la más insidiosa de las armas de la guerra proletaria, blandida por los derrotistas revolucionarios en la Rusia y en la Alemania de 1914, se ha convertido últimamente en la práctica política de un no despreciable sector de la burguesía que prefería la victoria del fascismo a la pérdida de su supremacía económica y política. Pero, no obstante la ambigüedad a la que no puede hoy escapar ninguna exposición de los objetivos de guerra de la clase obrera, ello no es una buena razón para pasar de una política de guerra rígida y autónomamente proletaria a cualquier sucedáneo "interclasista". Es la experiencia más dolorosa de nuestro tiempo ver a aquellos inveterados dirigentes obreros (que por casi treinta años insistieron continuamente en la necesidad, para los obreros, de sacrificar su autonomía de acción en nombre de la "patria", y por la defensa de un ala hipotéticamente "progresista" de la burguesía contra las fracciones hipotéticamente más reaccionarias de la misma clase burguesa) exhumar nuevamente hoy su viejo juego, modificando ligeramente la fraseología, y granjearse –y éste es el verdadero drama– el consenso de muchos socialistas ex revolucionarios. Tanto los viejos profesionales como los desencantados recién llegados piden a los obreros que suscriban uno u otro tipo de programa intervencionista, antifascista o de defensa prioritaria de la democracia, aduciendo las derrotas y las frustaciones sufridas en el pasado por todo grupo firmemente decidido a conservar intacta hasta el final la autonomía obrera. La extrema futilidad de esta "demostración histórica" ha sido mostrada más arriba: la derrota obrera durante la guerra y en el período inmediato posbélico no derivó tanto del fracaso de los intentos de la minoría revolucionaria como, desgraciadamente, de la política de la mayoría dirigente. Los sacrificios de los obreros alemanes en el período 1914-1918 no bastaron para salvar a la patria de la derrota, ni las renuncias hechas en nombre de la "democracia" de Weimar evitaron su completo naufragio; así como, por lo demás, la aceptación por parte de los obreros de la política internacionalista burguesa de la Sociedad de las Naciones no sirvió para preservar la paz.

III

El afligido llamado dirigido desde todas partes a los obreros –a fin de que se unan, incluso para salvarse a sí mismos, a la lucha común por la defensa de la "democracia" contra los criminales asaltos del fascismo– tiene en común con muchos otros slogans actuales el hecho, por otra parte nada nuevo en esta época de sucedáneos, de presuponer la necesidad, para conquistar algo, de hacer algo completamente distinto.

Así, por ejemplo, la consigna del ala intervencionista de la burguesía norteamericana: "¡Defendamos América ayudando a Gran Bretaña!", parece comunicar la idea de que aún dando por descontado que el supremo objetivo para los norteamericanos sea defender los Estados Unidos, no son ya suficientes para lograrlo los métodos simples y directos recomendados por el programa "América ante todo", sino que resulta en cambio necesaria una intervención activa en la actual guerra al lado de Inglaterra. No estamos en condiciones de juzgar los respectivos métodos de los dos planes desde un punto de vista estrictamente estratégico, pero dudamos fuertemente de que en la base de la división entre los sostenedores de las dos diferentes consignas haya reales razones estratégicas. Más que expresar dos diferentes modos de promover los intereses comunes de la burguesía norteamericana en su conjunto (y mucho menos los intereses del pueblo norteamericano), ellas expresan, en efecto, los diferentes intereses materiales y las consiguientes filosofías políticas de dos fracciones bien definidas de la burguesía de los Estados Unidos, o dos diferentes modos de concebir el futuro desarrollo del imperio norteamericano en expansión. Es en este conflicto interno de la clase dirigente que un sector –la fracción intervencionista en lucha contra la fracción aislacionista– intenta fortificar aún más su posición mediante otro llamamiento que, a los fines de la presente discusión, puede ser resumido en esta consigna: "¡Defendamos la *democracia* defendiendo a Gran Bretaña!". (Aquí se descubre, implícitamente, también el objetivo de otro slogan que pedía a los obreros defender sus propios derechos defendiendo a la democracia. El credo del actual "socialismo" intervencionista se quita la máscara y se muestra como realmente es: un miserable sucedáneo, análogo al del actual "comunismo" stalinista, exclusivamente preocupado en defender la política de poder para un estado particular.)

Pero en la ingeniosa estratagema utilizada para hacer del ac-

tual imperio británico el campeón internacional de la lucha por la democracia (¡y, por consiguiente, de la lucha por el socialismo!) hay una fisura, puesta a luz por la reciente discusión en torno a la oportunidad o no de anunciar oficialmente los objetivos de la guerra británica.

La verdadera amistad es siempre recíproca; si la lucha por Inglaterra es considerada una lucha por la democracia, el gobierno británico debería entonces aceptar abiertamente y con palabras inequívocas las obligaciones implícitas en la etiqueta de defensor mundial de la democracia, anunciando con claridad sus objetivos democráticos de guerra.

Esto no sería demasiado complicado. (Es bueno observar que hasta ahora nadie ha pedido al gobierno británico algo más que una solemne declaración verbal, y que nadie ha puesto como condición al apoyo de los amigos de la democracia y de los obreros una inmediata medida práctica, como la largamente postergada "democratización" del dominio británico en la India.)

Sin embargo, para hacer aceptables las argumentaciones de un gobierno que hasta ahora no ha traicionado nunca su particular adhesión a la causa del avance democrático, los amigos de la democracia enfocaron la cuestión desde otro ángulo, (¿es que podía esperarse, por lo demás, que afrontasen alguna cuestión de frente?), concediendo que para los ingleses el supremo objetivo debía ser la victoria de Gran Bretaña. Pero este objetivo, sostenían ellos, no podía ser alcanzado, en las condiciones dadas, mediante una lucha puramente militar; su realización presuponía la potente movilización de todas las fuerzas progresistas mundiales; ésta, a su vez, podía producirse sólo sobre la base de la solemne proclamación, por parte de los ingleses, de un programa de guerra verdaderamente democrático.

Pero incluso de este modo la exigencia de un anuncio de los objetivos de guerra ingleses no prevaleció sobre la oposición de quienes veían en ella un posible elemento de ruptura de la aparente unidad de la opinión pública inglesa (y norteamericana). Es fácil ver que la verdadera manzana de la discordia era otra. Todo el debate sobre la oportunidad o no de un abierto anuncio de los objetivos de guerra ingleses es sólo una expresión ideológica de una división completamente distinta en el interior de la burguesía británica (y norteamericana). El gobierno conservador inglés sabe perfectamente que una importante fracción de la clase dirigente norteamericana se preocupa no tanto por la falta de democracia en el actual ordenamiento británico como desgraciada-

mente por lo contrario, y quiere estar segura de que los objetivos de guerra ingleses no asuman un carácter demasiado "democrático"; ello pondría en peligro los principios autoritarios sobre los que se funda el sistema capitalista denominado democrático. La clase dirigente de los países de capitalismo desarrollado no se escinde ya en conflictos de carácter general como el existente entre "progreso democrático" y "política de poder" en sentido conservador; los conflictos de la burguesía conciernen cada vez más a cuestiones mucho más concretas y materiales.

No obstante las opuestas ilusiones de pequeños grupos de políticos idealistas absolutamente impotentes, el destino final del imperio británico en su actual lucha desesperada contra la agresión fascista no depende del éxito de la presente batalla ideológica a nivel mundial entre los principios "democráticos" y los principios "fascistas"; ni será decidido por la superioridad militar o tecnológica de una de las formaciones en lucha sobre la otra. El éxito depende en la presente guerra en primer lugar del grado de división interna de la propia clase dominante inglesa que, después de una tregua temporaria, vuelve a oponer a los instigadores prebélicos del apaciguamiento con los sostenedores de Churchill en la polémica en torno al anuncio de los objetivos de guerra ingleses. Y, en última instancia, será decidido por las repercusiones que la dura lucha entre grupos capitalistas antagónicos –librada hoy tanto en el frente como en el interior de los diversos países– producirá en el tercer campo: el campo hasta ahora inmóvil de la clase proletaria. No dudamos en afirmar que si el hipotético fin supremo de la humanidad –la derrota de Hitler y el aniquilamiento del fascismo– se logra, ello no podrá ocurrir sino a través de la lucha autónoma de la clase obrera por sus más elementales, más específicos y más concretos objetivos de clase. Ni Gran Bretaña, ni la "democracia", sino la clase obrera es el campeón mundial de la lucha revolucionaria de la humanidad contra el flagelo del fascismo.

Guerra y revolución *

La relación entre guerra y revolución se ha convertido en uno de los problemas más importantes de nuestra época, así como en una de las fuentes de mayor confusión, en un momento en que los antiguos no intervencionistas y pacifistas aclaman en voz alta la guerra, el nacionalsocialismo invoca el Reich y la paz y los apóstoles comunistas de la guerra revolucionaria renuncian al uso de la violencia como instrumento político, ya sea nacional como internacional.

Mientras sería absolutamente carente de sentido ponerse a discutir sobre la guerra y la paz en general, un cuidadoso análisis histórico muestra que la guerra como hoy la conocemos es un factor presente en la sociedad burguesa moderna desde sus orígenes en los siglos XV y XVI, y que más bien ha constituido uno de los factores principales de su desarrollo. Esto no significa, naturalmente, que la guerra y las demás formas de violencia colectiva no puedan ser gradualmente reglamentadas y por último eliminadas totalmente de la vida de la sociedad humana. Pero preferimos no adentrarnos en especulaciones tan abstractas y proyectadas hacia el futuro; nuestro interés está aquí casi absolutamente concentrado en la relación existente en la actualidad entre guerra y revolución y en las diversas tendencias antagónicas y complementarias que se pueden encontrar en las fases precedentes de su desarrollo histórico.

Mientras para la mayoría de las fases históricas de los últimos

* "War and revolution", en *Living Marxism. International Council Correspondence*, núm. 1, otoño de 1941, ahora en *New Essays*, vol. VI, pp. 1-14.

cuatro siglos es expresamente admitida por casi todos los estudiosos del tema la existencia de una estrecha relación entre formas definidas de guerra y de cambio social, hay por lo menos dos períodos históricos para los cuales no se encuentra semejante consenso general. Ellos constituyen al mismo tiempo la palestra favorita de los estudiosos que se deleitan con análisis de la guerra no estrictamente empíricos (estratégicos, políticos, económicos y sociales) sino más bien estéticos, filosóficos, religiosos o, más vagamente, morales. A estos últimos pertenece la famosa descripción de la guerra (y del estado) del Renacimiento italiano como "obra de arte", elaborada por el historiador alemán Jacob Burckhardt. Otro ejemplo está dado por la frecuente glorificación de las guerras de la fase prerrevolucionaria del siglo XVIII como acontecimiento de importancia única en la historia de la civilización humana en su totalidad. No obstante su característica inclinación contrarrevolucionaria, este tipo de historiografía tiene la ventaja, para nuestros propósitos, de estar relativamente libre de las peculiares supersticiones de los siglos XIX y XX. Ocurre así que precisamente esta extraña especie de "historiadores al revés" fue capaz de poner en evidencia toda una serie de fenómenos, de otro modo omitidos, que revisten particular importancia para el estudio de la guerra y de la revolución.

La primera de las dos aparentes "excepciones" a la tesis principal sostenida en el presente ensayo está constituida por la fase madura del Renacimiento italiano concluida con las invasiones francesa, española y alemana, que comenzaron en el último decenio del siglo XV y privaron a Italia por más de tres siglos de un desarrollo político autónomo. Y, en verdad, hay a primera vista una muy escasa unidad entre las numerosas guerra libradas entre los jefes de bien equipados y bien pagados ejércitos profesionales al servicio de los distintos príncipes, repúblicas y papas, y los incesantes desórdenes internos que no salían nunca de la fragmentariedad de aquel microcosmos político.

En lugar de un característico hilo conductor encontramos aquí una desconcertante masa de nexos superficiales. La guerra era ampliamente usada tanto para fines internos como externos, y las luchas civiles se decidían frecuentemente en los campos de batalla contra el enemigo externo. Sin embargo, esta temporaria superposición de guerra y de discordias civiles era de naturaleza ocasional y generalmente no tenía consecuencias ni para los mercenarios que libraban las batallas extremadamente incruentas de

este período ni para los súbditos de las facciones en lucha. "Una ciudad podía rebelarse centenares de veces –señalaba un observador contemporáneo– sin ser nunca destruida. Los habitantes podían conservar su propiedad íntegra y su único temor era que se les hiciese pagar tributo."

No obstante esto, todos los desconexos elementos mencionados fueron reordenados y convertidos en piezas de un audaz diseño intelectual por un gran hombre político. Maquiavelo, que analizó las discordias y los conflictos bélicos de su tiempo –políticamente de importancia muy relativa–, al mismo nivel en el cual Platón y Aristóteles habían sistematizado la igualmente restringida experiencia de su época. Maquiavelo pensaba que la conjura revolucionaria desde abajo, o, a falta de ello, una acción revolucionaria del "príncipe" desde arriba, eran capaces de realizar la unificación estable de la nación italiana en torno a un gobierno burgués moderno, fuese republicano o monárquico.[1] Este grandioso sueño del gran pensador político no se convierte en realidad. Sus bases fueron barridas –precisamente como ha ocurrido, en nuestros días, con un plan revolucionario todavía más grandioso elaborado por otro genio político– por la adversidad de las condiciones externas y por un imprevisto giro de los acontecimientos. La escena de la gran acción histórica se desplazó del mundo mediterráneo de las comunas de Maquiavelo a las grandes monarquías asomadas al Atlántico, así como hoy se está desplazando de la Europa dividida en estados nacionales históricamente superados a los más amplios campos de batalla de una guerra mundial. Sin embargo, el razonamiento de Maquiavelo era perfectamente válido respecto de los hechos históricos en los cuales se fundaba. Hasta un pensador más realista, que no entreviera en las caóticas y fragmentarias relaciones entre guerra y guerra civil en la Italia del siglo XV una base capaz de constituir un soporte materialista para las especulaciones políticas de vasto aliento de Maquiavelo, debería sin embargo reconocer en ellas los primeros elementos rudimentarios de esa esencial unidad de guerra y revolución que las fases siguientes de la moderna sociedad burguesa presentan en su forma más madura.

Pero, por el momento, todo el desarrollo es bloqueado, con sus sueños visionarios y sus modestas realizaciones, no sólo en lo que

[1] Estos dos aspectos del esperado evento son discutidos con total imparcialidad en las dos obras principales de Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El príncipe*.

concierne a Italia sino también a nivel europeo, por el impetuoso avance de una nueva era. En esta nueva fase la guerra alcanza, tanto por su intensidad como por su íntima conexión con lo que hoy conocemos como el preludio histórico a las revoluciones políticas y sociales de los siglos XVII y XVIII, cumbres nunca más superadas, ni siquiera por las guerras del siglo XX, en las guerras religiosas iniciadas con la Reforma y culminadas con la guerra de los Treinta años, que exterminó a un tercio de la población europea de lengua alemana. En esta guerra hicieron su primera aparición todas las enormidades de las guerras "ideológicas" de la época actual y por dicha razón ella fue denunciada, por hombres como Tomás Moro y Erasmo, con la misma vehemencia con la que hoy son denunciadas las monstruosidades de la "guerra total". Hasta Francis Bacon retrocedió horrorizado ante las consecuencias que tendría para la estabilidad política y cultural la tendencia iniciada por las guerras de religión de "poner la espada en manos del bajo pueblo". Él consideraba este hecho como "una cosa monstruosa", que debía ser dejada más bien "a los anabaptistas y a otras furias".[2] Esta retracción de un cierto sector de la intelligentsia de los aspectos violentos y plebeyos de un movimiento fundamentalmente progresista es típica de todas las épocas revolucionarias. Un fenómeno característico de nuestra época es, en efecto, que un descubrimiento tardío de la violencia anexa a la lucha revolucionaria por el socialismo y a sus repercusiones contrarrevolucionarias ha enajenado, a los fines objetivamente progresistas (que, sin embargo parecen alcanzables sólo a este precio), las simpatías de muchísimos "filántropos".

Se ha especulado mucho, y muy superficialmente, acerca de la razón por la cual la primera y catastrófica fase de desarrollo de la moderna guerra ideológica llega a tan rápido fin precisamente cuando parecía haber alcanzado su punto crítico. Es obviamente puro misticismo suponer, como se ha hecho otras veces, que los hombres, en los momentos extremos –como la época inmediatamente anterior al ascenso al trono de Augusto o alrededor del fin de la guerra de los Treinta años, en 1648– se hayan "echado atrás al borde del precipicio".[3] Y tampoco es históricamente atendible la tesis, frecuentemente formulada, según la cual –co-

[2] Véase Francis Bacon, *On unity of religion*, en *Essays*, vol. III.
[3] Véase Hoffman Nickerson, *The armed horde, 1793-1939*, Nueva York, 1940, p. 35.

menzando a partir de la mitad del siglo XVII– la furiosa pasión de las guerras de religión se habría gradualmente aplacado, dando paso a una nueva y más tolerante actitud respecto de las diferencias religiosas. Es mucho más prudente remitirse al juicio de un docto estudioso, que sostiene que en este nuevo período "el demonio del sectario fanatismo religioso fue exorcizado" no "por la gracia de una iluminación religiosa más profunda" sino más bien "por un espíritu de cínica desilusión".[4]

A despecho del indudable progreso registrado en el siglo XVIII, gracias a una relativa limitación de los excesos bélicos de la época precedente,[5] sólo los cerebros más retrógados pueden ver hoy a este siglo XVIII prerrevolucionario como una absoluta bendición, como un verdadero "tiempo de Alción" o como el único "intervalo de lucidez" en la triste historia de la locura humana.[6] Si éste fue un "intervalo de lucidez" en lo que concierne a las atrocidades inmediatas de la guerra, desde un punto de vista más general el precio de este breve intervalo entre dos épocas dinámicas es predominantemente de carácter negativo. La aparente moderación de la guerra derivaba del hecho de que no era ya usada como instrumento de política eclesiástica y no había todavía comenzado a ser empleada como instrumento de política nacional: en el período de más de cien años que pasó a la historia con el nombre de Iluminismo ella se había transformado, en efecto, en una verdadera institución, perfectamente adecuada a las exigencias de la potencias en condiciones, en aquella época, de hacer uso de esta "peculiar institución". Como socialistas, no podemos compartir la admiración hasta hace poco tiempo tributada a una época en que la guerra era, sí, un "deporte de los reyes", pero en el sentido de que estaba anclada a una conducción artesanal y anticuada que derivaba directamente de la inmadurez de las condiciones productivas de la época. Hoy vivimos en un tiempo en que, hasta en el campo económico, la fuerza motriz del denominado "iluminado interés personal" de los productores autónomos de mercancías no es ya aceptada como un suficiente sustituto del control social de la producción; ¿cómo podemos pues aceptar como modelo de perfección un período en el cual este

[4] A. J. Toynbee, *A study of history*, vol. IV, Londres, 1939, p. 143.

[5] Según Toynbee, "el horror de la guerra fue reducido en el siglo XVIII a un mínimo al que no nos hemos aproximado, hasta ahora, en ningún otro capítulo de nuestra historia occidental".

[6] Véase Hoffman Nickerson, *op. cit.*, p. 63.

mismo espíritu de "iluminado interés personal" era todavía ingenuamente aplicado a todos los campos de la vida social y política?

Nos basta solamente estudiar con mayor esmero la vívida descripción de las guerras "civilizadas" del siglo XVIII, suministrada hoy por tardíos admiradores de la "época sin entusiasmo", para descubrir la bastante prosaica verdad que se oculta tras todas estas poéticas metáforas: la limitación de una época todavía entorpecida en su desarrollo por las "bajas cifras, la pobreza y las leyes de honor".[7] En la esfera estrictamente económica, estas "leyes de honor" estaban representadas por los residuos de las reglas de las corporaciones medievales, y en la esfera militar propiamente dicha por una especie de código caballeresco extraído del Medioevo y mantenido artificiosamente con vida para dar forma a los contenidos, ya íntegramente burgueses [. . .] resumidos por la fórmula: *libertad, igualdad, propiedad,* y *Bentham,* elevada a la dignidad de ley universal aplicable a todas las instituciones y a todas las fases del desarrollo humano. A este propósito es invocado hasta el curioso espíritu paradójico del viejo Mandeville: "Vicios privados, virtudes públicas" escribía Mandeville en 1706; "fueron la avaricia y el cálculo los que hicieron más humana la guerra", le hace eco el famoso historiador burgués en 1933.

Pero incluso en aquella época de extrema reducción del horizonte y de la intensidad de la guerra, la relación entre guerra y revolución se mantiene inalterada, desde el momento en que fue también un tiempo en que se habían liquidado todos los vestigios de los procesos revolucionarios. La relativa declinación de la guerra está estrechamente vinculada a una declinación similar del proceso revolucionario. Por otra parte, los acontecimientos de la época posterior muestran que precisamente este período del siglo XVIII, tan aparentemente pacífico y bien equilibrado, llevaba en embrión los gérmenes de nuevas y violentas guerras y revoluciones destinadas a conmocionar las relaciones sociales europeas y americanas. Desde el punto de vista de la psicología, del psicoanálisis y de la denominada "psicología de masas" actual, parece curioso que los historiadores y los sociólogos continúen todavía tratando como inexistentes las formas y fases de las fuerzas motrices de una época dada que no aparecen en la superficie, sino que son temporariamente reprimidas en el inconsciente o des-

[7] Interesantes a este respecto son las observaciones hechas por el famoso historiador italiano Guglielmo Ferrero en su reciente libro *Guerra e pace.*

viadas hacia otros canales por un proceso de "sublimación social".[8] Todas las formas más conocidas en que la "Edad de la Razón" intentó delimitar y civilizar la guerra eran, en efecto, otras tantas formas de preparación para aquella explosión sin precedentes –la revolución francesa– en que mostraron su plena madurez las nuevas formas, lentamente acumuladas, del modo de conducción burgués de la guerra (y de la producción).

A lo largo de los tres siglos de desarrollo y de maduración del moderno modo burgués de conducción de la guerra, la esencial unidad de guerra y revolución no aparece nunca quebrada. Más precisamente, el tan glorificado período del iluminismo, más que una victoria de la moral y de la razón humana sobre las pasiones incontroladas de las revolucionarias guerras de religión, constituyó una detención transitoria de este desarrollo histórico impetuoso debido a la imposibilidad para ambas partes de ganar la batalla decisiva. Un sector importante de la población concientizó el hecho de haber comenzado a preocuparse más por la posibilidad recientemente abierta de adquirir riquezas materiales que por la lucha por el triunfo de la verdadera religión. Las grandes fuerzas revolucionarias de la nueva clase burguesa, que habían hecho su primera aparición sobre la escena histórica en medio de la furia de las guerras de religión, no fueron ni debilitadas ni destruidas por el advenimiento del denominado iluminismo, sino solamente reprimidas, y precisamente por ello adquirieron esa formidable fuerza de choque más tarde liberada en la revolución francesa.

Las fases del desarrollo histórico de guerra a revolución desde 1789 hasta 1941 no requerirían, en sí, una explicación detallada.

Pero es un dato de hecho que los ingenuos europeos y norteamericanos, que hasta ayer habían creído honestamente en las declaraciones contrarias de la propaganda nazi, se sienten heridos de muerte cuando les es recordado que la moderna "guerra total" no es de ningún modo una diabólica invención de la revolución nazi sino un genuino producto, en todos sus aspectos incluso ideológicos, de la democracia misma, y de modo particular el

[8] Para una crítica de esta actitud –un poco nebulosa en la forma pero correcta en la sustancia– véase Denis de Rougemont, *Love in the Western world*, Nueva York, 1940, vol. v, *Love and war*, p. 233 y *ss;* del mismo autor, véase también *Passion and origin of Hitlerism*, en "The Review of Politics", vol. III, núm. 1, enero de 1941.

fruto de la guerra de independencia norteamericana y de la revolución francesa. Como ellos la mayor parte de la opinión pública, tanto en los países democraticos como en los totalitarios, no quiere tomar conciencia de este dato de hecho tan obvio de la recientísima historia de nuestra sociedad puesto en evidencia, por lo demás, muchas veces y en términos inequívocos, por todos los expertos historiadores y militares.[9] Y es precisamente éste el problema. El secreto de que continúa estando rodeada la guerra moderna parece constituir la intrínseca y necesaria condición de existencia de la propia sociedad actual. "Nosotros no conocemos la guerra": esto significa, entre otras cosas, que, no conociéndola, no la podemos tampoco controlar. Si la conociésemos no aceptaríamos más los dictados de una sociedad que se funda sobre aquellas imperfectas y fragmentarias formas de planificación que son compatibles con la conservación de la propiedad privada y del trabajo asalariado; un pleno conocimiento y, consiguientemente, un control consciente de la guerra por parte de los directos interesados, presupone la sociedad de productores libres asociados que sólo puede ser instaurada por una verdadera revolución social. Pero en tal sociedad no tendríamos ya necesidad de la guerra. Aparece así con claridad que el asombroso cúmulo de pura ignorancia, y la no menos sorprendente incapacidad de pensar resuelta, clara y realistamente respecto de la guerra, no son el resultado de la insuficiencia de nuestra preparación política general sino que forman parte de las características esenciales de una sociedad presocialista y constituyen la propia esencia de la guerra.

Toda la teoría y la práctica de la conducción burguesa de la guerra en el curso de los últimos 150 años está dominada por la idea de la "guerra total". La guerra total fue inventada y practicada por primera vez en amplia escala por los 14 ejércitos de ciudadanos organizados y puestos en pie de lucha en la hora más oscura de la nueva república francesa, con el fin de defender la revolución de una formación de enemigos internos y externos. Éste era el significado de la famosa *levée en masse* que fue decretada por la

[9] Para un análisis sumamente actualizado y objetivo del gradual ascenso, supervivencia e (hipotético) descenso del ejército de masas y de los demás instrumentos de la moderna guerra total, véase el antes citado libro de Hoffman Nickerson. Para un magistral tratamiento de la misma materia en forma condensada, véase el capítulo sobre "The impact of democracy and industrialism upon war", en la obra citada de Toynbee, vol. IV, pp. 141-151.

ley del 23 de agosto de 1793 y que, por primera vez en la historia, pone todos los recursos de una nación beligerante –hombres, víveres, trabajo, industria, todo el talento del pueblo y su renovado entusiasmo– al servicio de la guerra revolucionaria. Fue, en verdad, dentro de los límites del grado de desarrollo teconológico e industrial de ese momento, una "conscripción universal" y una verdadera "guerra total". Si prescindimos por un momento de la abismal diferencia de lenguaje –entre un período en que el espíritu revolucionario de la clase burguesa era genuino y vigoroso y la actual fase en que ya ha comenzado la decadencia de la burguesía–, lo que leemos en los discursos de la Convención Nacional y en el propio decreto revolucionario podría realmente haber sido escrito ayer. [. . .]

Pero incluso el punto más alto que haya sido nunca alcanzado en la historia de la conducción burguesa de la guerra, la guerra total revolucionaria, mostraba los signos fatales de una intrínseca ambigüedad. Esta guerra para la defensa de la revolución y para la liberación de todos los pueblos oprimidos fue, inevitablemente, concebida y conducida desde el comienzo como una guerra nacional del pueblo francés contra países extranjeros. De guerra de defensa se transformó pronto en guerra de conquista y la prometida liberación de los pueblos oprimidos degeneró en mero pretexto propagandístico para la anexión de sus territorios. De modo que la guerra revolucionaria terminó por ser dirigida indiscriminadamente contra todo país, libre o no, que no se alinease al lado de la república francesa en su lucha mortal contra las coaliciones de sus enemigos. Es característico que los primeros pasos hacia la "guerra de expansión revolucionaria", es decir hacia el uso de slogans revolucionarios como instrumentos bélicos, no proviniesen de los radicales jacobinos sino de la fracción moderada de la Gironda, que aspiraba ya secretamente a cerrar más que a expandir y a intensificar ulteriormente el proceso revolucionario. Después fueron sin embargo los revolucionarios jacobinos quienes llevaron a fondo, con toda su espantosa energía, la nueva política de guerra y de conquista que al comienzo habían aceptado con renuencia como puro instrumento de su política revolucionaria interna. Un proceso análogo debía generarse (casi bajo las formas de un *recurso histórico*), después de un amplio intervalo de tiempo pero en una situación sumamente similar, en la política interna y externa de la revolución rusa de 1917. Actualmente, el viejo slogan girondino de la guerra revolucionaria constituye una de las principales armas ideológicas de la propa-

ganda nazi, no obstante la reciente transformación de la guerra nazi en un ataque indiscriminado tanto contra las "decadentes democracias burguesas" de occidente como contra el nuevo régimen totalitario de la Unión Soviética.

Este tipo de desarrollo es el resultado del proceso, madurado en el curso del siglo XIX, de disolución gradual del originario contenido revolucionario de la guerra total burguesa y de debilitamiento de aquella tremenda fuerza de choque puesta de manifiesto en la época de las guerras revolucionarias y napoleónicas del ciclo 1792-1815. El largo período de gradual disolución y de decadencia de las denominadas guerras nacionales europeas del siglo XIX puede ser subdividido, según el mariscal Foch, en las tres siguientes fases:

"La guerra deviene nacional en primer lugar por la conquista y la consolidación de la independencia de los pueblos. Típicas de este propósito son las guerras de los franceses en el período 1792-1793, de los españoles en 1804-1814, de los rusos en 1812, de los alemanes en 1813 y de Europa en 1814. En este estadio la guerra nacional produce aquellas gloriosas y potentes manifestaciones de pasión popular que se conocen bajo el nombre de Valmy, Zaragoza, Tarancón, Moscú y Leipzig.

"La guerra nacional fue después empleada como instrumento para la consecución de la unidad de una raza o de una nacionalidad. Ejemplos de este tipo son las guerras realizadas por los italianos y por los prusianos en 1866 y 1870. Y fue siempre en su nombre que el rey de Prusia, después de haberse convertido en emperador de Alemania, planteó pretensiones también sobre las provincias alemanas de Austria.

"Pero si la guerra continúa hoy siendo nacional es sólo para garantizar beneficios económicos y provechosos acuerdos comerciales.

"Después de haber sido el medio violento por el cual los pueblos conquistaban para sí un puesto en el mundo que los hacía naciones, la guerra es ya ahora solamente un medio al que ellos recurren para enriquecerse."[10]

¡He aquí una descripción verdaderamente brillante de las fases sucesivas a través de las cuales debía pasar la guerra burguesa en estrecha analogía con la simultánea declinación de las tendencias y de las conquistas revolucionarias de la clase dominante burguesa! Y podemos todavía observar la falacia de la confusión

[10] Véase Ferdinand Foch, *Les principes de la guerre*, París, 1903, pp. 245-246.

usualmente operada por los pacifistas entre los períodos de paz relativa y las fases de genuino progreso humano. En efecto, el último período de paz gozado por Europa en el curso de la denominada "era colonial" (1879-1914) no fue, como observa Denis de Rougemont, sino un período de profunda decadencia cultural.

"La guerra estaba sufriendo una descalificación general, basada en la comercialización de la sangre. [...] Para decirlo brevemente, la guerra colonial no era más que una prolongación de la competencia capitalista con el fin de descargar sobre el país entero los gastos que las grandes empresas industriales no querían asumir."

La consecuencia más escandalosa de este estado de cosas fue el fracaso de la conducción de la guerra revolucionario-napoleónica, clausewitziana, competitivo-capitalista y nacional burguesa, en la primera guerra mundial de 1914-1918. Esta guerra, la coronación de la prolongada era nacionalista en su ocaso, no fue ya librada entre naciones individuales sino entre grupos extremadamente heterogéneos de naciones. Ella demostró que la vieja forma competitiva de conducción de una desenfrenada guerra total no era capaz ni de llevar a la victoria ni de garantizar una verdadera paz al concluir las acciones beligerantes. Hasta las repercusiones revolucionarias de la ruina provocada por la guerra y la imposibilidad para los países desarrollados de Europa central de reencontrar la paz parecen confirmar, más que poner en discusión, la idea de una decadencia ahora irrefrenable de las estructuras tradicionales de la sociedad capitalista occidental.

Tampoco se puede afirmar que la relación entre guerra y revolución haya dado un salto cualitativo en los episodios bélicos de la posguerra. Desde un punto de vista puramente formal, se podría sostener que el significado revolucionario de la guerra se ha acentuado, en los últimos 25 años, en el sentido de que la distinción, anteriormente bastante rígida, entre guerra y guerra civil, ha mostrado una tendencia a diluirse hasta disolverse casi completamente. Mientras en el curso de la primera guerra mundial el propósito de "transformar la guerra capitalista en guerra civil" era todavía considerado un slogan absolutamente impracticable por la mayoría de los propios obreros socialistas, veinte años después la guerra civil española, surgida como una genuina guerra civil, se transformó luego en un ensayo general de la presente guerra entre países totalitarios y democráticos, en una guerra que ha signado incluso, con su carácter fuertemente ideológico y

político, el punto de fusión hasta ahora más alto entre los dos tipos de conflictos. Así, toda la evolución trazada en la presente investigación parece haber tenido un curso circular: la última fase de la sociedad burguesa aparece caracterizada por un retorno a las guerras ideológicas de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, un análisis más cuidadoso revela que este "comerse la cola" de la relación entre guerra y revolución es más aparente que real. Mucho más adecuada a la realidad es la afirmación –tal vez reductiva y paradójica, pero amargamente correcta– de que en la presente época no sólo la guerra sino hasta la "guerra civil" habrían perdido su originario carácter revolucionario, habiendo cesado hace tiempo de ser sinónimo de revolución.

Además, no es en modo alguno cierto que este nuevo carácter pseudorrevolucionario de la actual conducción totalitaria de la guerra, que ha suscitado tanta impresión en todo el mundo, esté destinado a durar. Antes bien, como lo demuestra la reciente extensión de la guerra a Rusia, es tal vez más probable que ocurra lo contrario. Como es, por lo demás, plausible, esperar que la actual tendencia del régimen nazi a reforzar su posición relativamente débil a nivel de la competencia capitalista a través de una campaña por la reconstrucción totalitaria de todo el sistema social existente sea completamente abandonada en el curso de los futuros desarrollos bélicos. La guerra totalitaria volvería a ser, entonces, una normal guerra capitalista realizada, por ambas partes, sobre una base francamente nacionalista. Por cierto, también en este caso, la continuación de la guerra daría siempre lugar a un profundo cambio en la estructura social dada, pero ello no por la acción consciente de las partes beligerantes sino –independientemente de los "objetivos" declarados por su propaganda ideológica– por la fuerza de circunstancias imprevistas. (Como podría ser, por ejemplo, la acción de una nueva clase revolucionaria no representada en los consejos de guerra actuales). Y es precisamente de la cuestión de si es previsible este tipo de desarrollo de la actual crisis que queremos ocuparnos en la parte conclusiva de esta investigación.

Las diferencias principales entre la actual forma "totalitaria" y las viejas formas de la guerra total burguesa no derivan, como se querría hacernos creer tanto por parte de la propaganda nazi como por parte de sus pretendidos antagonistas democráticos, del hecho de que la sociedad burguesa haya entrado hoy en una nueva fase de su ascenso revolucionario. Sin embargo, estas diferencias son la expresión de un cambio real de las estructuras y

del desarrollo del sistema burgués. Como ya se ha visto, la guerra ha sido siempre para la burguesía un complemento indispensable de la conducción normal de los negocios. Y el gran estratega militar del siglo XIX, el general Carl von Clausewitz, agregaba a su famosa descripción de la guerra como una "continuación de la política por otros medios", la observación de que la guerra tiene, aún, "una relación todavía más estrecha con el comercio, que se presenta también él como un conflicto de intereses y de actividades humanas, y que la política misma debería ser considerada como una especie de actividad industrial en escala ampliada".[11] Él describía la guerra de la primera parte del siglo XIX como "una suerte de competencia comercial llevada a sus últimas consecuencias y sometida a las leyes de la conveniencia". Es así que eran defendidos, en una época en que la producción capitalista estaba todavía dominada por la competencia de los productores de mercancías aparentemente independientes, "los grandes intereses de la nación", que eran por consiguiente los intereses comunes de la clase capitalista y, más en particular, los de los grupos dirigentes. Del mismo modo, también los más recientes métodos de estrategia bélica total aplicados en forma más o menos perfecta por ambas partes representan una forma más madura de conducción de los viejos negocios capitalistas: como decía Marx, las nuevas formas de producción aparecen en primer lugar en las formas de conducción de la guerra y después en la producción pacífica. Así, la actual guerra total anticipa las nuevas formas económicas a las que se llegará luego, a través de la transición de *todos* los países capitalistas a un modo de producción que ya no se basará en el mercado y en la competencia de los productores privados sino en la planificación –estatal o no– de todas las actividades económicas. Y es principalmente por esto que la guerra actual, lejos de ser una "repetición" del conflicto de los años 1914-1918, se diferencia de él de manera tan profunda.[12]

[11] Véase Carl von Clausewitz, *Vom Kriege*, 1832, vol. II, en particular los capítulos 3 y 4.

[12] Véase Clement Greenberg y Dwight MacDonald, "10 propositions on the war", en *Partisan Review*, vol. VII, núm. 4, julio-agosto 1941, p. 271. No obstante la seriedad de su intento de echar luz sobre este importante problema de nuestro tiempo, el carácter de la "diferencia" entre la presente guerra y la conducción bélica del pasado, los autores no llegan a darle una interpretación que supere el subjetivismo de los "anhelos" y de la "deseabilidad" o no referidos a fenómenos como fascismo, democracia, etcétera. Para uno de los autores, por ejemplo, la novedad principal de la actual guerra deriva del hecho de que en la Alemania de hoy existiría "un nuevo género de sociedad".

Esto es demostrado, por ejemplo, por la menor importancia del papel que le corresponde en esta guerra a la "horda armada". Según fuentes habituales dignas de fe, sólo un tercio del ejército alemán esta constituido aun nominalmente por la infantería la cual, entre otras cosas, ha dejado hace tiempo de desempeñar sus funciones tradicionales, ya ahora confiadas a los profesionales de sus cuerpos acorazados y de la aeronáutica.[13] La mayor parte de sus operaciones militares han sido desarrolladas, hasta la campaña rusa, por contingentes sorprendentemente exiguos de "tropas de asalto" seleccionadas y han registrado un número de caídos relativamente bajo.

Otro rasgo característico de la presente guerra totalitaria, que indica la declinación general del ardiente espíritu competitivo del capitalismo premonopolista, es la notable disminución de aquella oleada de entusiasmo suscitada por las guerras nacionales del siglo XIX y prolongadas hasta la primera fase de la guerra de 1914-1918. No obstante la intensificación de los esfuerzos propagandísticos, no hay, en la actitud de la opinión pública general de nuestros días, nada que recuerde siquiera lejanamente la fuerte pasión ideológica de las guerras de la época anterior.

En fin, aunque la sucesión de las guerras del último siglo y, en el caso de la primera guerra mundial, el propio curso del conflicto, pusiesen en evidencia una creciente extensión del principio de planificación más allá de los tradicionales límites del campo militar, solamente ahora asistimos a la plena aplicación de este principio a la movilización completa de todos los recursos de una sociedad que ha superado ampliamente todos los niveles precedentes de desarrollo técnico e industrial. La novedad no está aquí representada por la idea del "plan universal" de *por sí*, sino por el hecho de que en su aplicación nada es dejado a la iniciativa individual y a la lucha competitiva. Otra novedad la constituye el hecho de que esta vez los principios de la "economía de guerra" estaban ya en vigor en el tiempo de paz precedente. Todo el sistema industrial de naciones como Alemania o Rusia ha sido metódicamente subordinado con anticipación a las exigencias de una guerra que habría de comenzar sólo muchos años después.[14]

[13] Véase Hoffman Nickerson, *op. cit.*, p. 397.

[14] Curiosamente, la primera formal adopción del principio de la "guerra total" en la Europa posbélica no fue decretada ni en la Rusia soviética ni en la Alemania nazi. Una ley para la movilización de todas las fuerzas y los recursos de la nación con fines bélicos fue presentada en la Cámara de diputados francesa bajo el pa-

Bajo todos estos aspectos, la "guerra total" nazi difiere profundamente de las formas precedentes de estrategia militar que constituían un reflejo del espíritu predominantemente competitivo de las primeras fases de desarrollo del capitalismo. La guerra actual surge así como una forma de guerra totalmente nueva: una guerra total del capitalismo monopolista y del capitalismo de estado.

El desarrollo económico, que ha destruido gradualmente la función primitiva de la guerra como instrumento de la revolución burguesa, ha creado las premisas objetivas para un nuevo movimiento revolucionario. El problema de la guerra y de la revolución burguesa asume un nuevo aspecto con el surgir de un movimiento autónomo de la clase obrera contra cuya amenaza la burguesía fue obligada a desempeñar una función represiva. Este fundamental cambio de las condiciones históricas ha hecho cada vez más difícil poder juzgar si determinada forma de guerra, o incluso la guerra en absoluto, ha conservado o no un significado positivo para la revolución del siglo XX.

En primer lugar, debe decirse que en todas las ocasiones en que, en el curso de los últimos dos o tres decenios, la clase obrera se ha empeñado en una lucha enraizada en sus intereses de clase, la revolución social de los obreros no ha extraído nunca ningún beneficio de las funciones positivas que una guerra revolucionaria se considera debe desarrollar para la emancipación de una clase oprimida. En lo que concierne a la revolución bolchevique en Rusia, sus "guerras revolucionarias" constituyen un capítulo de su historia particularmente infeliz, trágicamente cerrado con el mensaje radiofónico del 31 de julio de 1941, mediante el cual Stalin demostró haber dejado de tener al socialismo y a la clase obrera como puntos de referencia de su política. Desde el momento en que –en aquel día histórico– Stalin pidió a los diversos pueblos de la URSS que defendieran su estado nacional en el interior del Imperio ruso, y que desplegaran "las cualidades" más íntima y tradicionalmente rusas, las tremendas fuerzas liberadas por la revolución de 1917 se convirtieron en el instrumento de una ambigua defensa del *status quo* capitalista en Europa y en América contra las, igualmente ambiguas, invocaciones con que "amenazaban" las fuerzas totalitarias del nazifascismo.

trocinio del dirigente socialista Paul Boncour, y fue aprobada por gran mayoría, no obstante la oposición de los comunistas, el 3 de marzo de 1927.

¿Cómo debe ser entendida la tesis paradójica de la pérdida por parte de la guerra, el poderoso instrumento de la pasada revolución burguesa, de todo significado positivo para la revolución socialista de nuestra época? Ciertamente, el movimiento histórico del siglo XX no está separado por ninguna muralla china de los del pasado. Si es verdad que la guerra ha desempeñado un importante papel en los cambios revolucionarios precedentes, es difícil ver cómo habría podido perder hoy del todo esa función progresista. La respuesta debe ser buscada en las discutidas ambigüedades implícitas desde un comienzo en la guerra y en la revolución burguesa. No hay duda de que las guerras revolucionarias y nacionalistas de los siglos XVIII y XIX fueron pasajes obligados a través de los cuales debía por fuerza transcurrir aquel proceso que llevó a la instauración del dominio de clase de la burguesía. Pero no obstante su ardiente pasión revolucionaria, los ciudadanos-soldados desarrollaron un trabajo que, mucho más que con el aspecto genuinamente emancipador y democrático de la revolución, tenía que ver con su efecto simultáneamente represivo. Es una injustificada generalización histórica referirse a la moderna guerra de masas como a un producto directo de la revolución francesa en su conjunto. Un examen más atento revela que ella deriva de una particular fase suya, y exactamente de aquel movimiento histórico en que la agresión conjunta de la Vandea desde el interior y de los regímenes reaccionarios desde el exterior imponen la sustitución de los principios democráticos del comienzo de la revolución por los autoritarios y violentos de la dictadura revolucionaria del partido jacobino.

En segundo lugar, el ulterior desarrollo de la conspiración universal y los otros rasgos típicos de la "guerra total" del siglo XIX, no se produjeron tanto en la democrática Francia como en el antidemocrático estado prusiano. Esto no fue, como se ha dicho, una ironía de la historia, sino la lógica consecuencia del hecho de que la exaltación del uso de la fuerza condecía mejor con el objetivo de los gobiernos reaccionarios de Europa central, los cuales rebajaron sus "guerras de liberación" a instrumento de la redescubierta independencia nacional de sus estados parroquiales ante el imperio francés, rehusándose sin embargo, al mismo tiempo, a garantizar a los propios pueblos verdaderas instituciones democráticas. En las décadas sucesivas, cuando la nueva forma de guerra de masas alcanza su más alto grado de desarrollo con la guerra de secesión norteamericana y las tres guerras prusianas de expansión, fue todavía el nacionalismo burgués más avieso, en

lugar de la democracia, el punto de apoyo de estas guerras cada vez más violentas y sanguinarias.

Desde aquel momento en adelante hasta 1914 todas las guerras capitalistas e imperialistas debieron enfrentarse, más o menos violentamente, con un nuevo adversario: el movimiento internacional de la clase obrera. Fue sólo bajo el choque de la guerra mundial y de la crisis económica y política que a ella siguió, que dos minorías del interior del partido socialista alemán redescubrieron el valor "positivo" de la guerra para la revolución socialista. Una de estas minorías condujo a una parte de los obreros alemanes a un intento fallido de revolución y se refugió luego en las actividades filorrusas del partido comunista. La otra, en cambio, aceptó la guerra misma como genuina realización de las aspiraciones sociales de los obreros, anticipando así la guerra "revolucionaria" hoy trabada, tanto contra la Unión Soviética como contra el capitalismo democrático, por las fuerzas contrarrevolucionarias del nacionalsocialismo.

El significado de la guerra para el futuro movimiento revolucionario de la clase obrera es hoy demasiado oscuro e incierto. Sea cual fuere el éxito de la actual guerra "total", está claro que para los obreros esta guerra "revolucionaria" no constituye otra cosa que un empeoramiento de sus condiciones de explotación y de opresión. No obstante todo el tumulto que suscita, esta lucha intestina de la clase dominante no es ya –como lo han sido las precedentes guerras capitalistas– una forma y una parte necesaria del progreso histórico; antes bien, ella arrasa directamente con los menores cambios de la estructura económica y política existente que son necesarios para hacer funcionar el viejo sistema. La guerra capitalista ha agotado todas sus potencialidades revolucionarias.

La lucha por el nuevo orden social no se desarrolla en los campos de batalla de la guerra capitalista: la acción decisiva de los obreros comienza precisamente donde la guerra capitalista termina.

Notas sobre la historia *

Las ambigüedades de las ideologías totalitarias

"A mí no me ha ocurrido nada: soy yo el que le ha ocurrido al mundo." Por inadecuada que sea para describir la impresión sobre el mundo de un escritor políticamente insignificante, esta paradójica afirmación de G. B. Shaw ayuda a explicar un tipo de desviación de los conceptos tradicionales de la historia que tiende a crearse actualmente bajo el impacto de la llamada revolución totalitaria. Sin duda en los países no totalitarios existe la impresión de que "Adolfo Hitler le ha ocurrido al mundo". Por otra parte ése es también el espíritu con que una banda totalitaria victoriosa podría considerar su propia relación con el resto del mundo.

Indicios en esta dirección pueden descubrirse en el lenguaje mismo del movimiento nazi contemporáneo. "Espacio" o "espacio vital" no denotan un territorio cualquiera en el que se vive, sino más específicamente aquellos territorios fuera del actual dominio nazi que a su debido tiempo pertenecerán a su imperio. Por eso hubo un *Studen-Raum* y un *Donau-Raum* pero nunca un *Elb-Raum* ni un *Rhein-Raum* dado que esos territorios pertenecían de todos modos al imperio alemán. Tampoco el "mundo" conservó su tradicional connotación geográfica. Para el verdadero hitleriano indica el mundo en que vive y se mueve el imperio nazi y que a su debido tiempo se convertirá en la realidad en lo que es ya en su esencia: una parte de la Gran Alemania, de los Estados Unidos de Europa dominados por los nazis o de esa área más o

* "Notes on history. The ambiguities of totalitarian ideologies", en *New Essays*, 1942, vol. 6, núm. 2, pp. 1-9.

menos extensa que finalmente será suficiente para el "espacio vital" de la raza germánica, hoy todavía indeterminado.

Debemos poner atención para no sobrevalorar éste o cualquier otro momento de la ideología del totalitarismo de hoy. En contraste con la convicción de muchos estudiosos de la historia alemana reciente, la ideología del nacionalismo no ofrece claves para la comprensión de sus fines. A diferencia de otras ideologías, no revela ni siquiera las realidades sociopolíticas de determinada situación histórica o las necesidades genuinas de una clase social definida.

Cualquier apariencia de coherencia que pueda descubrirse entre la patente insensatez y las frases sin sentido reunidas en *Mein Kampf* y la política actual del gobierno nazi, no responde a un orden lógico sino que es resultado de la más arbitraria correlación entre hechos e ideas. Los slogans siempre cambiantes del nazismo no reflejan más que las fluctuantes condiciones de la situación inmediata o de la tarea del día. No son ni siquiera pragmáticos sino absolutamente oportunistas. Sus propias contradicciones no expresan, como ocurre con las otras ideologías, los conflictos reales y las luchas de una sociedad determinada. Nacen más bien de la tentativa consciente de esconder los conflictos existentes bajo el velo de conflictos inventados y completamente ficticios.

Tampoco sirve describir la ideología nazi como una sistemática negación y redefinición de todos los valores en el sentido de Nietzsche. Es cierto que uno de los rasgos más impresionantes del nazismo en los últimos diez años ha sido la absoluta irreverencia hacia las doctrinas tradicionales del estado, del derecho y de la economía y de todos los demás tabúes prácticos y teóricos del pasado que hubieran podido de alguna manera obstaculizar su fin último de conquista y eficiencia. Sin embargo, ese trabajo destructivo ha sido un medio antes que un fin, y un asunto de praxis antes que una parte expresamente aceptada en la ideología oficial nazi.

La línea principal del pensamiento nazi no es ni tradicionalista ni modernista, ni conservadora ni nihilista. El nazismo es esencialmente un movimiento contrarrevolucionario y tiene en sí todas las incertidumbres, las medias verdades y la naturaleza mixta de la larga secuencia de movimientos contrarrevolucionarios que en los últimos ciento cincuenta años han estorbado el progreso "normal" de la sociedad europea, tal como ha sido y es concebida por las distintas líneas de herencia de la filosofía de la historia de

la Revolución francesa. No debemos dejar que nos distraigan las ocasionales aproximaciones a un genuino concepto activista de la historia presente en los discursos pronunciados con fines particulares por uno u otro de los principales ideólogos nazis. No debemos, por ejemplo, dejarnos sugestionar por las frases pseudonietzschianas con que en el primer Congreso nacional de los historiadores de la nueva Alemania en 1937 en Erfurt, el presidente del Instituto de Historia trató de elevar al público al nivel del acontecimiento histórico. "Como el cantor Tirteo" –dijo el doctor Frank– "el historiador debería estar a la cabeza de su pueblo en marcha y dar testimonio de la eternidad del pueblo contra el ir y venir de los individuos."

Imperialismo viejo y nuevo

Otro paso, y muy importante, hacia una ruptura con respecto a la concepción tradicional de la historia se encuentra en la obra de Karl Haushofer. Constituiría una extrema simplificación considerar las teorías "geopolíticas" de Haushofer y de su escuela como una simple continuación de las tendencias imperialistas de la época presente representada, entre otros, por el historiador alemán Treitschke y por el inglés Seely. Esas tendencias estaban más o menos vinculadas con las ideas tradicionales de la época iniciada por la Revolución francesa. El problema principal era entonces el de crear las condiciones para una explotación ilimitada del mercado mundial; el resultado inevitable fue atraer a todas las naciones, hasta a las más "bárbaras", a la órbita de la civilización occidental. La burguesía, decía el *Manifiesto comunista* de 1848, "obliga a todas las naciones, so pena de su extinción, a adoptar el modo de producción burgués, a introducir lo que llamamos 'civilización', es decir, a volverse burguesas ellas mismas. En una palabra, crea el mundo a su imagen."

Como hemos escrito en otra parte (cf. "Los historiadores mundiales de Turgot a Toynbee", en *Partisan Review*, septiembre de 1942), el sueño de una expansión cosmopolita del modo de producción y del consiguiente dominio de un mundo enteramente "civilizado" por parte de la clase burguesa occidental ha sufrido varios golpes serios antes del advenimiento del totalitarismo. Lejos de transformar a toda la tierra habitada en una enorme colonia del Occidente capitalista, la expansión mundial de la técnica, de la ciencia, de las instituciones políticas y económicas, del na-

cionalismo y de los métodos de guerra occidentales ha creado simplemente nuevas armas que los pueblos de China Japón, India, el mundo árabe del Asia oriental y del norte de África han podido volver contra el agresor occidental. Por eso, desde el comienzo del siglo XX ha surgido un nuevo tipo de expansión imperialista que ha encontrado su aplicación más eficaz en la teoría y la práctica de la agresión totalitaria.

Las nuevas técnicas del imperialismo, inventadas casi simultáneamente en Oriente y en Occidente, son muy distintas de los métodos aplicados por el imperialismo de viejo cuño del siglo XIX que sus admiradores describen un poco nostálgicamente como una forma "democrática" de expansión imperialista. La diferencia no consiste, sin embargo, en un aumento de la violencia: la violencia incontrolada ha sido típica de todas las fases históricas de la colonización capitalista. La novedad de la política totalitaria consiste simplemente en el hecho de que los nazis han extendido a pueblos europeos "civilizados" métodos reservados hasta entonces a los "indígenas" o a los "salvajes" que vivían fuera de la llamada civilización.

La gran diferencia entre el viejo y el nuevo imperialismo se expresa ideológicamente en el fracaso de la "misión civilizadora" otrora atribuida a la conquista de las llamadas zonas "no desarrolladas" de la tierra por los propios imperialistas o por lo menos por quienes sin demasiada energía se oponían a su política realista. Si bien esa pretensión ideológica de los filántropos, educadores, historiadores liberales y otros ideólogos humanitarios nunca estuvo plenamente justificada, sin embargo no era del todo descabellada con respecto al resultado objetivo de la carrera de competencia colonial característica de las políticas exteriores del siglo XIX. Hay un vestigio de verdad incluso en la conocida afirmación de que los ingleses "conquistaron su imperio en un momento de distracción". Fue a causa de los mercados, del comercio, de los privilegios y para la defensa más eficaz de las posiciones económicas ya conquistadas que el estado británico ensanchó el área de su dominio político. También es cierto que este viejo tipo de expansión capitalista no llevó a una forma muy segura de dominio permanente. Ya un cuarto de siglo antes de la Declaración de independencia norteamericana el filósofo francés Turgot comparó las colonias con "frutos que están pegados al árbol hasta que están maduros". En base a esta idea ampliamente aceptada después de la pérdida de las colonias americanas entre los políticos y los historiadores ingleses, se volvió axiomático que "todo

imperio conquistado es efímero". También hoy cierta confianza ideológica en la misión educativa de la colonización capitalista resiste en algunos sectores de la intelligentsia radical de los países no totalitarios. Como dice Bertrand Russell en su discusión crítica de la fase más reciente de la política inglesa en la India, las ventajas de un nivel de civilización más alto, que inicialmente están todas de parte del conquistador, disminuyen inevitablemente con el paso del tiempo. Para ser gobernado, el país conquistado debe ser unificado. Así, tarde o temprano surgirá un movimiento de liberación que finalmente llevará al derrocamiento del poder del conquistador basado en el "prestigio y el engaño" más que en una fuerza real.

Cualquiera sea la aplicación limitada que pueda haber tenido para la colonización británica y otros tipos de colonización del siglo XIX, la teoría antes expuesta no se aplica ya al nuevo colonialismo de potencias mundiales totalitarias como Rusia, el Japón, Alemania. Estas potencias ni siquiera simulan apuntar a la expansión mundial de su tipo particular de "civilización". Han aprendido a prevenir los peligros que, según la teoría tradicional, amenazan la permanencia de cualquier conquista capitalista y expansión colonial. Se puede estar seguro de que no unificarán sino que dividirán ulteriormente las regiones europeas y extraeuropeas de su dominio imperialista. Lejos de comunicar sus superiores capacidades industriales y militares a sus súbditos coloniales, siquiera en la modesta medida en que eso ocurre o más bien se permitió involuntariamente que ocurriera por parte de los anteriores gobiernos imperialistas, no rehúyen el intento de desindustrializar incluso a los países plenamente desarrollados de Europa y de otros continentes en provecho de la minoría conquistadora. No cabe duda de que su política se basa en una concepción completamente nueva del proceso histórico mismo y de la parte que en ese proceso debe tener su acción absolutamente libre de trabas.

Aspectos revolucionarios y contrarrevolucionarios del totalitarismo

No es seguro hoy, como les parecía hace algunos años a los admiradores acríticos de los triunfos totalitarios, que los nazis sean capaces de vivir con la falta de prejuicios de su programa original. Fue relativamente fácil aplicar los nuevos métodos de conquista totalitaria a países que se habían quedado atrás en el pro-

ceso hacia formas totalitarias, tendencia general que es posible individualizar más o menos claramente en la política externa e interna de todas las grandes potencias del mundo, al menos desde la primera guerra mundial. Más difícil se demostró alcanzar los mismos impresionantes éxitos en condiciones más competitivas. El monopolio de los nazis sobre la guerra y sobre la política totalitaria fue roto cuando intentaron someter a Rusia en junio de 1941 y cuando, algunos meses después, la entrada del Japón en la guerra transformó lo que hasta ahí había sido sustancialmente un asunto europeo en conflicto verdaderamente mundial. Desde entonces, en distintas ocasiones, en el tono general de la política nazi, ha aparecido un espíritu mucho menos confiado. Parecería que en el último período la conducta misma de la guerra ha revelado cierta tendencia a recaer en las formas de la primera guerra mundial.

En medio de una colisión sin precedentes de fuerzas imperialistas, en que la parte más débil trató de ampliar su poder de conquista con un ataque simultáneo a toda la estructura interna de la sociedad actual, en los objetivos mismos del nazismo aparece una fatal ambigüedad. Después de haber jugado con la idea de una revolución social mundial, los nazis parecen querer evitar los riesgos y las consecuencias de su plan original. Con eso demuestran las limitaciones intrínsecas de un movimiento contrarrevolucionario comparado con una auténtica revolución.

La filosofía de la historia del nazismo

El análisis anterior revela que las evidentes ambigüedades observadas en las manifestaciones ideológicas del nazismo se basan en el carácter igualmente ambiguo de su acción histórica. A pesar de las apariencias, el totalitarismo en su forma actual todavía no se ha liberado de las concepciones tradicionales de una época histórica ya pasada. Los nazis han abandonado las ideas de una fase ascendente de la edad capitalista sólo para caer en un concepto de la historia no dinámico, fatalista y pesimista, expresado en la última fase pretotalitaria por *La decadencia de Occidente* de Spengler. Cualquier estudioso de los discursos de Hitler en los últimos veinte años se ha dado cuenta de la desesperación fatalista que constituía el fondo permanente de sus declaraciones, aun en los momentos en que trataba de incitar a sus seguidores a las gestas más resueltas y audaces.

Este aspecto tétrico de la filosofía de la historia del totalitarismo actual es elaborado a fondo por los viejos y nuevos ideólogos de los mitos y de las doctrinas nazis, de Moeller van den Bruck y Rosenberg a Juenger y Steding. Está presente como trasfondo inconfundible también en las manifestaciones de los representantes extremadamente activos del nazismo como el profesor Haushofer.

El nacionalsocialismo no rompió con esa larga tradición de los historiadores por la cual, desde la inauguración revolucionaria del actual sistema de la sociedad europea, el "hacer historia" se ha transformado gradualmente en un proceso objetivo en el que la historia ya no es hecha sino en cambio sufrida y aceptada pasivamente por los hombres. Una contribución importante a esa transformación fue aportada en el siglo XIX por la filosofía idealista de Hegel y, después de él, por la filosofía materialista de Marx. Cuando Marx y Engels rompieron con los sueños no científicos de las precedentes generaciones de socialistas y anarquistas, abandonaron también el gran concepto activista de la historia que Marx en su juventud había resumido en la famosa frase: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo pero de lo que se trata es de transformarlo." En su desarrollo ulterior, el llamado socialismo científico de los partidos marxistas debía perder hasta los últimos vestigios de un credo revolucionario mientras que, por otra parte, algunos de los presuntos elementos no científicos y utópicos resultaron bastante científicos y realistas cuando fueron vueltos contra sus detractores "científicos" por la contrarrevolución nazi.

El paso final en la eliminación de todos los elementos activistas de la filosofía de la historia del siglo XIX fue dado por la propia clase dominante burguesa. Como todas las demás "filosofías", también la filosofía de la historia recordaba todavía demasiado el período revolucionario del pensamiento burgués y por eso fue finalmente abandonada y sustituida por un sistema de ciencias históricas altamente especializadas y por lo tanto totalmente despojadas de cualquier contenido revolucionario.

La decadencia definitiva de la concepción burguesa de la historia fue alcanzada con el panhistoricismo contemporáneo, que ha encontrado su formulación clásica en la obra de Spengler.

La edad del panhistoricismo

Cuando soñamos que soñamos
estamos a punto de despertar
Novalis

Al parecer, en la actualidad hemos llegado a una concepción de la historia completamente histórica y completamente distanciada. Sabemos que cualquier enfoque de la historia, cualquier término aplicado a ella y cualquier resultado de la investigación revela algo no sólo de la actitud del escritor, sino también de su tiempo y de su posición particular en las luchas económicas, políticas y culturales en curso. No podemos dejarnos tomar el pelo por la ocurrencia de un escritor ultramoderno según la cual el historiador "debería mantenerse afuera lo más posible" ni por la salida más inteligente de que para el historiador es más importante olvidar que recordar. Sabemos que hace más de un siglo Hegel dijo que "el pensamiento es después de todo el epitomista más incisivo".

Tampoco debemos dejarnos desviar por la demanda igualmente paradojal de un conocido profesor de Harvard de que un historiador "debe comenzar con un prejuicio declarado hacia los hechos de la historia". La crítica socialista nos ha convencido hace tiempo del frágil carácter de la llamada "objetividad" de la historia y de la economía y de todas las demás ciencias históricas de la burguesía.

Sólo bajo el impacto de la contrarrevolución totalitaria el mismo principio crítico fue adoptado por cierto número de resueltos defensores de la naturaleza imparcial de todo verdadero pensamiento científico, mientras que al mismo tiempo y por la misma razón algunos defensores de una filosofía y una ciencia estrictamente partidarias perdieron mucho de su entusiasmo sobre la inevitable división en clases y partidos en los campos de la teoría y de la cultura. Podemos incluso sonreír ante la invitación a introducir cierto número de prejuicios en la historiografía de un período muy complicado. Sabemos que ninguna suma de prejuicios introducidos conscientemente puede rivalizar con la fuerza de los prejuicios completamente inconscientes presentes en las teorías económicas y políticas que fueron adoptadas durante toda la época burguesa. Un buen ejemplo lo ofrece la confianza implícita de los economistas burgueses en la inevitabilidad de la forma

particular de producción de mercancías que prevaleció en las primeras fases de la época burguesa.

Para decirlo brevemente, no hay en la producción historiográfica de ayer, hoy y mañana nada que no pueda ser explicado y comprendido como el resultado de una época particular en el espíritu completamente histórico de su generación. Para nosotros depende enteramente de las condiciones dadas de un período definido si la "historia" es tratada como una historia providencial de la creación o como una historia profana de la civilización y –en este segundo caso– si su objeto es definido como Civilización (en singular y con C mayúscula) o bien como una serie de civilizaciones coordinadas; si es considerado estadísticamente como una repetición de los mismos procesos esencialmente idénticos o dinámicamente como un "desarrollo"; si el desarrollo en cuestión es concebido como un movimiento externo de objetos visibles y tangibles en el espacio y en el tiempo o bien como un desarrollo considerado "interno" en el tiempo; si se piensa que se mueve hacia arriba o hacia abajo o en un mismo nivel, en línea recta o en espiral o en ciclos, si procede de lo simple a lo complejo o viceversa; si es considerado como una cooperación armoniosa de grupos e individuos o bien como una lucha de hombre contra hombre, de naciones, razas, o clases.

Además, depende de los hechos históricos de una época determinada si la historia es tratada en forma optimista como un desarollo progresivo o bien en forma pesimista como una declinación de la cultura; como un proceso continuo o como una serie de avances y recaídas alternados, de períodos orgánicos y críticos, de prosperidad y crisis, de paz y de guerra. También el resultado del proceso histórico puede ser concebido como ciego destino o como evento creado por el hombre; como producto del pueblo como un todo o impuesto a una masa renuente por una minoría selecta de grandes hombres, de genios, dictadores o locos; como un crecimiento inconsciente o un movimiento mecánico; como un caos sin sentido o la revelación de un gran orden cósmico,

Depende igualmente de las condiciones dominantes la cuestión de si el historiador se acerca a su tema con actitud dogmática o crítica; con método racional o místico; si considera su trabajo como un reflejo pasivo del proceso histórico objetivo en la mente de un observador externo o bien como un producto colateral de su activa participación en el movimiento histórico mismo.

Además, es el carácter objetivo de una época dada el que deci-

de qué campos estarán comprendidos en la investigación histórica y cuáles de ellos serán privilegiados. La historia puede ser representada como un proceso religioso o político o económico o cultural; puede ser tratada como una historia de la ciencia y de la técnica, del comportamiento humano, de las instituciones sociales y de las ideas. Puede ser considerada como un proceso cósmico en el cual el desarrollo de la sociedad humana en el "tiempo histórico" es sólo un episodio breve y en cierta medida despreciable. Más aún, todo el desarrollo de la naturaleza y de la sociedad humana puede ser representado como una encarnación del espíritu o de la "idea" por sí en su camino hacia la autorrealización última. Finalmente, esa interpretación espiritual de la historia puede todavía invertirse y la historia puede ser considerada como un conflicto nunca resuelto entre las fuerzas productivas de la sociedad y las sucesivas formas de su aplicación efectiva.

Hacia una nueva función del conocimiento histórico

Esta visión histórica de la edad presente no es sólo el término final de una prolongación del pasado. Contiene al mismo tiempo la base para un enfoque completamente nuevo que puede ser descrito alternativamente como el rechazo final del concepto fetichista de la historia o como la historificación última de todas las actividades humanas y de todos los campos de investigación social.

Mientras estamos habituándonos lentamente a considerar al historiador y su trabajo tan históricos como la historia misma, ésta parece perder importancia. Ya no hay una historia en general, así como ya no hay un estado en general, una economía, una política o una ley en general. Hay sólo un tipo definido, específico de historia, propio de una época particular, de una particular estructura de la sociedad o de una civilización particular. Eso no significa que la historia se reduzca a mera ideología; más bien participa de la naturaleza mixta (mitad material, mitad ideológica) de "instituciones" como la ley, la iglesia y el estado. Como tal ha sido tratada en la *Filosofía del derecho* de Hegel, donde la "historia del mundo" se discute junto con la familia, la sociedad civil y el estado como uno de los atributos de lo que el filósofo llama *die Sittlichkeit*, que de hecho, sin embargo, es la estructura particular de la civilización burguesa moderna.

Sobre la base de este nuevo enfoque, la idea fetichista de que el desarrollo del mundo ocurre en la historia es sustituida por la afirmación relativista de que toda forma particular de historia es parte intrínseca de una determinada estructura de sociedad, y cambia de forma y de contenidos en correspondencia con las transformaciones que tienen lugar en las esferas económicas, políticas, etc. de la sociedad a la que pertenece. Y tal como podemos imaginar una futura estructura de la sociedad en que no sólo la teoría del estado sino el estado mismo dejará de existir sin haber sido sustituido por otro estado, así podemos imaginar un tiempo en que no habrá historia. Algo semejante debe haberle ocurrido a los egipcios y a las demás civilizaciones orientales cuando pasaron de su fase dinámica de génesis y crecimiento a una menos dinámica en que intentaron, con mayor o menor éxito, proteger a su sociedad de la amenzadora destrucción creando un estado universal. Según las teorías de Spengler y A. J. Toynbee, dicha transformación está presente *in nuce* en toda forma existente de civilización, incluyendo a nuestra orgullosa civilización occidental.

El resultado último del nuevo enfoque de la historia, aquí considerado, no es una pérdida total sino más bien una aplicación distinta del conocimiento teórico adquirido hasta ahora por los estudios históricos. Cuando toda forma teórica y práctica de tratar los hechos sociales llegue a basarse, entre otras cosas, en una plena consideración de sus aspectos particulares, condicionados por el tiempo, una ciencia independiente (o filosofía) de la historia *per se* será considerada superflua, como desde hace tiempo se considera superflua una ciencia comprensiva de la "naturaleza" *per se*. Como las ciencias físicas contemporáneas están cada vez más ligadas a sus aplicaciones en la industria y en la tecnología, así la historia teórica se fundirá finalmente con su aplicación práctica a las tareas concretas que deben ser resueltas por individuos asociados en el marco de una forma determinada de sociedad.

Estructura y práctica del totalitarismo*

Si hubieran escuchado a cada uno de ellos, observó un enterrador mirando un campo de batalla, ninguno hubiera debido morir.

Michelet

Estas notas se ocuparán menos del contenido efectivo del libro en cuestión[1] que de su contribución a la lucha antitotalitaria a la que se enfrenta la actual generación. La parte informativa del libro contiene datos de primera mano sobre casi todos los aspectos importantes del nacionalsocialismo, con excepción de los temas de la cultura y la educación, el mercado agrícola y la situación alimenticia y el financiamiento de la guerra (pp. 221, 349) que son dejados de lado deliberadamente. Se basa casi exclusivamente en fuentes alemanas. Sus *Notas* contienen más de novecientas referencias a un número ligeramente inferior de temas. Sólo esta característica bastaría para asignar al libro de Neumann un lugar importante en la actual literatura sobre el totalitarismo.

¿Por qué Behemoth?

Parece de mal augurio que el autor haya elegido titular su libro con el nombre de uno de los monstruos de la escatología judeo-babilónica. En primer término, el dominio de *Behemoth* sobre la tierra no es una plaga mayor que el dominio de *Leviathan* sobre el mar, y el dominio de ambos permanecerá intacto hasta el día del juicio. En segundo lugar, el título del libro no sugiere la

* "The structure and practice of totalitarism", en *New Essays*, 1942, vol. 6, núm. 2, pp. 43-49.

[1] Franz Neumann, *Behemoth, The structure and practice of national socialism*, Nueva York, 1942, pp. XVII y 532. [Hay edic. en español.]

idea de una investigación científica sobre las características esenciales del llamado "nuevo orden" del totalitarismo. Más bien nos induce a esperar un nuevo aporte a esta tendencia común de la literatura antinazi que pinta toda de blanco a la sociedad prenazi y todo de negro al nazismo, sin siquiera preguntarse hasta qué punto la victoria del totalitarismo fue preparada por las fuerzas y las tendencias ya actuantes en las fases precedentes de la sociedad capitalista, monopolista, imperialista. "Llamar Behemoth al sistema nacionalsocialista" significa, en las palabras del propio autor, describirlo como "un dominio de la ilegalidad y de la anarquía que ha 'fagocitado' los derechos y la dignidad del hombre y está por transformar el mundo en un caos."

Veremos más adelante que ésta es en efecto la actitud última del autor con respecto al tema de su estudio. Sin embargo lo que lo salva es el hecho de que no por eso cierra los ojos frente a la continuidad de las tendencias presentes en la actual sociedad nazi y a su preludio histórico, la llamada democracia de Weimar. En una sección introductiva analiza las razones del colapso de la República de Weimar y vuelve sobre este tema en una serie de capítulos sucesivos titulados "Racismo en Alemania (prenazi)", "Democracia e imperialismo", "Status político de la economía en la República de Weimar", "La dictadura de Brüning y el cártel", "Fracaso de la planificación democrática", "La clase obrera bajo la democracia de Weimar". En todos estos capítulos, así como cuando discute una serie de otras cuestiones específicas, se refiere a un proceso que en una ocasión describe con mucha agudeza, como el desarrollo del nacionalismo en el "caldo de cultivo" de la República de Weimar (p. 413).

El lector, sin embargo, debe estar atento para no dejarse desviar por tales explosiones críticas. Éstas están contrabalanceadas por al menos otros tantos testimonios de las realizaciones positivas de Weimar, y su intención real no es rechazar sino restaurar, en forma críticamente purificada, la respetabilidad violentamente destruida de los proyectos y de las realizaciones de los políticos de Weimar. Volveremos sobre este punto más adelante. Por el momento, es suficiente con llamar la atención del lector sobre el hecho de que el autor tiende a describir el sistema nazi como "el sistema de la democracia de Weimar, ordenado y puesto bajo control autoritario" cada vez que reivindica para el régimen de Weimar una parte de las notables realizaciones del nazismo, como su elaborado sistema de *seguridad social* (pp. 432-433) y el éxito de su *economía de guerra*. Por eso, en la página 351 leemos la

siguiente afirmación extraordinaria: "La contribución del partido nacionalsocialista al éxito de la economía de guerra es nula. No ha proporcionado ningún hombre de relieve y tampoco ha aportado una sola ideología o idea organizativa que no estuviera ya plenamente desarrollada bajo la República de Weimar." Como todos saben, una de las causas principales de la victoria de Hitler fue el hecho de que la República de Weimar no había sido capaz de garantizar la seguridad social a las masas trabajadoras. Es igualmente sabido que el éxito actual de cualquier contribución ideológica a la economía de guerra que pueda haber estado "plenamente desarrollada bajo la república de Weimar" se debe a la extraordinaria eficiencia que no fue alcanzada bajo el régimen prenazi y ni siquiera durante los primeros años del propio régimen nazi.

¿Cómo podemos explicar tan sorprendentes afirmaciones por parte de un escritor indudablemente bien informado? Para responder, debemos ocuparnos más detalladamente de algunas características del enfoque metodológico del autor y de la forma en que su concepción política influye sobre sus resultados teóricos. Al hacerlo no queremos objetar, en principio, la llamada intrusión del espíritu de parte en las investigaciones científicas de este tipo. En el actual conflicto total de fuerzas irreconciliablemente opuestas, la pretensión de un distanciamiento completo se vuelve puramente formal. En estas condiciones aparece como un triste comentario a la totalidad de la derrota del movimiento socialista tradicional el hecho de que a lo largo de nueve años enteros desde 1933 no haya habido ningún intento destacado de la parte derrotada de reabrir la lucha, aparentemente ya decidida, en el campo del pensamiento teórico. En la medida en que el análisis crítico de la sociedad totalitaria de Neumann representa una tentativa de llenar este deplorable vacío de la corriente literatura antinazi, nada tenemos que decir en contra de su orientación socialdemocrática. Si bien no estamos de acuerdo con su punto de vista particular, nos alegramos de que finalmente se haya emprendido este impostergable trabajo.

La mentalidad jurídica

La primera observación a formular con respecto a los métodos aplicados en el libro es que desdichadamente el autor está dominado hasta un punto extraordinario por lo que comúnmente se

describe como mentalidad jurídica. En este sentido su ataque crítico al nazismo nos recuerda vivamente aquellos dos *Manifiestos* con los cuales en 1850, para decirlo con las palabras de Marx, "Las dos facciones derrotadas de la Montaña, los socialdemócratas y los democráticosocialistas, se esforzaron por demostrar que, aunque el poder y el éxito nunca hubieran estado de su parte, ellos sin embargo habían estado siempre de parte del derecho eterno y de todas las demás verdades." La única diferencia es que, siguiendo el cambiante espíritu de los tiempos, la preocupación principal del autor no es ya el principio de la justicia eterna, sino el del derecho positivo. Se lamenta de que "la posición del partido en el estado nazi no puede ser definida en los términos de nuestra [!] jurisprudencia tradicional" (p. 74), y de que "nadie sabe de dónde derivar los derechos constitucionales del *jefe*" (p. 84). Repetidamente sostiene que "el nacionalsocialismo es incompatible con cualquier *filosofía política racional*" (p. 463). No sólo le falta una "teoría política racional" sino también una "*antirracional*", y eso por la sencilla razón de que "*una teoría política no puede ser no-racional*" (p. 464). En forma similar, niega "la existencia de la *ley* en el estado fascista", porque, según dice, "la ley sólo es concebible si se manifiesta en el derecho general, pero la verdadera universalidad no es posible en una sociedad que no puede prescindir del poder" (p. 451). Por último, plantea una observación no menos importante: el sistema político nazi no es un *estado* (p. 467), y "es dudoso que el nacionalsocialismo posea un *aparato coercitivo unificado*" (p. 468).

"El propio término '*capitalismo de estado*' es una *contradictio in adjecto*", y "el concepto de capitalismo de estado no puede ser analizado desde el punto de vista económico" (p. 224). Suponiendo que a pesar de todas esas deficiencias jurídicas Alemania salga victoriosa de la guerra actual, comoquiera que sea posible, el autor se pregunta cómo podrá un futuro gobierno alemán "*justificar* su propia influencia en Europa central" (p. 182).

Por ulteriores ilustraciones de este singular modo de razonar de la mentalidad jurídica nos referimos a la prueba jurídica ofrecida por Neumann sobre la continuidad de la existencia del "*trabajo libre*" en la Alemania nazi después de la completa destrucción del derecho tanto a la contratación colectiva como a la individual (pp. 337-340) y a la bella conclusión de que el "criterio individual" que sustituye al del "derecho general" en el período del capitalismo monopolista, aunque destruya la única forma de existencia de la "ley" concebible (p. 541), sin embargo al mismo

tiempo no destruye "*el principio de la igualdad ante la ley*" porque "el legislador se encuentra ante una situación individual" (p. 455).

Ideología contra historia

Un buen tercio del libro (pp. 37-218) está dedicado a un análisis de las ideologías legales y políticas del movimiento nazi. Es sumamente difícil comprender el objeto de este análisis ideológico para los fines de la teoría del autor. Parecería que el tema real del trabajo está cubierto en forma suficiente por la segunda parte del mismo, que trata de la "nueva sociedad". Todos los aspectos posibles del sistema nazi, incluyendo su estructura legal y política, se discuten plenamente en esa segunda parte de su análisis. La única forma en que un estudio independiente de los lemas ideológicos, que en su lenguaje constituyen la "estructura política del nacionalismo", podría agregar nuevo interés al libro sería con un análisis histórico del desarrollo y las funciones de sus varios elementos. Tal parece haber sido, en parte, la intención del autor. Ésta parte de una descripción bastante convincente de las varias fases del proceso histórico a consecuencia del cual los ambiguos principios (medio democráticos, medio "colectivistas") de la República de Weimar fueron sustituidos por una serie de nuevos principios sucesivamente predominantes en las distintas fases del estado nazi. Muestra la interesante operación por la cual cada fase de la ideología nazi era sustituida por una ideología completamente distinta apenas había cumplido su función. Así la ideología del "estado totalitario" fue arrojada por la borda en 1934 para dejar lugar a la nueva ideología del "estado movimiento". Del mismo modo, la "teoría racial" que había justificado la "liberación"de los alemanes de la supremacía extranjera y la incorporación de territorios europeos ampliamente habitados por alemanes fue después rechazada y sustituida por las nuevas teorías del "espacio vital", de la "geopolítica" y del "imperio de la raza", cuando al modificarse las condiciones impusieron la reconquista de territorios indudablemente no alemanes como Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Yugoslavia.

Sin embargo, sólo una pequeña parte de la discusión del autor sobre el "modelo político" del nazismo es presentada de este modo auténticamente histórico. Aunque el mismo autor afirme que todo lo que podemos aprender de las ideologías recíprocamente contradictorias y rápidamente cambiantes del nazismo es

que todas son igualmente insignificantes, después él mismo pasa a considerarlas "la mejor clave de sus fines últimos" (p. 37) y a basar su propio análisis del modelo político del nacionasocialismo en diversos elementos de su ideología. Como Proudhon cierta vez describió su propio método pseudohegeliano como un procedimiento en base al cual "la historia se relata no en la secuencia del tiempo sino en la secuencia de las ideas", así Neumann anuncia que las categorías que se propone desarrollar en su estudio de la ideología nazi "no corresponden necesariamente a etapas definidas en el desarrollo de la ideología nacionalsocialista, aunque para algunas hay coincidencia" (p. 38). Así se pierde, confundiendo a los lectores, en una larga discusión sobre ideas lógica y efectivamente sin ningún significado, y bastante a menudo ocurre que en ese proceso él mismo queda sin darse cuenta fascinado por una idea absolutamente fascista.

Los retornos a los orígenes

La verdadera significación de la teoría del *Behemoth* queda clara en las partes segunda y tercera del libro, donde el autor expone al desnudo la acción de las fuerzas materiales y sociales que en su opinión determinan la estructura y el desarrollo de la sociedad nazi. Es aquí que chocamos con lo que a primera vista parece ser una contradicción inexplicable.

Hablando de la "nueva economía" del nacionalsocialismo, el autor se revela como un orgulloso defensor del carácter totalmente capitalista de la sociedad nazi. Libra una dura lucha contra todos los teóricos que antes y después de la victoria del nazismo en Alemania describieron el "nuevo" sistema totalitario como un sistema de bolchevismo con camisa parda, de capitalismo de estado, de colectivismo burocrático, como el dominio de los administradores, en suma como "una economía sin economía" (p. 222). En su resuelta defensa del carácter capitalista del fascismo no respeta ni siquiera al profeta máximo de toda la herejía, el más importante economista del partido socialdemocrático, Rudolf Hilferding (p. 223). Neumann demuestra que a pesar de la transición de la libre competencia al dominio monopolista y a una creciente interferencia del estado, la actual economía alemana ha mantenido las características esenciales de una auténtica economía capitalista. Esa economía se basa, ahora como antes, en la propiedad privada de los medios de producción garantizada por el estado,

donde la única diferencia reside en el hecho de que esa garantía auxiliar de la propiedad privada no es ya el contrato sino un acto administrativo del gobierno (p. 260). Aun cuando haya adoptado los nuevos rasgos de una "economía monopolista" y, en parte, de una "economía dirigida", la economía alemana actual sigue siendo una economía capitalista. "Es una economía capitalista privada, regimentada por el estado totalitario" (p. 261).

Pese a la importancia en aumento del poder del estado totalitario es todavía el motivo del beneficio lo que mantiene unido el mecanismo. El único rasgo distintivo de la actual situación es que en un sistema completamente monopolista ya no es posible realizar los beneficios y retenerlos sin el poder totalitario.

"Si el poder político totalitario no hubiera abolido la libertad de contrato, el sistema de los cártels hubiera sido destruido. Si el mercado de trabajo no fuera controlado con medios autoritarios, el sistema monopolista correría peligro; si las materias primas, los suministros, el control de los precios y las agencias de racionalización, si las oficinas de crédito y de cambio estuvieran en manos de fuerzas hostiles a los monopolios, el sistema del beneficio caería. El sistema ha llegado a estar tan altamente monopolizado que por su naturaleza debe ser hipersensible a los cambios cíclicos, y tales perturbaciones deben ser evitadas. Para obtener esto, es necesario el monopolio del poder político sobre el dinero, sobre el crédito, sobre el trabajo y sobre los precios" (p. 354).

El autor tiene en cambio una opinión completamente distinta sobre los desarrollos correspondientes en la estructura política y social del estado nazi. Cabría esperar que el estado, que ha sido un instrumento indispensable de la sociedad de productores libres (capitalistas) desde sus primeros comienzos, se convierta en un instrumento aún más importante de la clase dominante en el período de su pleno desarrollo. En cierto sentido es lo que el propio autor dice cuando subraya la creciente dependencia del mecanismo monopolista del capitalismo actual del poder político. Sin embargo, agrega que la utilidad particular del estado nazi para los fines del actual sistema monopolista deriva del hecho de que ese estado ya no es tal en el sentido tradicional del término, sino que es más bien un estado en disolución. Las asombrosas realizaciones de la nueva economía alemana –la abolición del desempleo, el aumento de la producción, el desarrollo de industrias de materiales sintéticos, la completa subordinación de la economía a las necesidades de la guerra, el sistema de racionamiento antes y durante esa guerra, el éxito del control de los precios–

todos estos resultados de la economía nazi universalmente aclamados fueron alcanzados precisamente en el período en que, según la paradojal teoría de Neumann, el estado alemán ya no poseía las características esenciales de un estado, y su clase dominante antes unida se había disuelto en una cantidad de "clases dominantes" independientes, formadas por los sectores dirigentes del partido, el ejército, la burocracia y la industria.

Una explicación parcial de todo esto puede encontrarse en el hecho de que el autor no está dispuesto a aplicar el concepto marxiano de estado a esa forma de gobierno que precede al actual estado nazi. Según su concepción, la burocracia de la República de Weimar no ayudó ni favoreció los objetivos del capitalismo monopolista. Por el contrario, éstos fueron frenados y controlados por la supuesta tendencia de toda burocracia pública a "servir al bienestar general" (p. 79) y, en particular, por las fuerzas de la democracia política representadas por el Partido socialdemocrático y los sindicatos (p. 260). "La instrumentalización completa del estado por parte de los dominadores industriales sólo podía llevarse adelante en una organización política donde no hubiera control desde abajo, donde faltaran organizaciones de masas autónomas y libertad de crítica" (p. 261).

Esta actitud teórica del autor tiene una implicación práctica de extrema importancia. Si la causa principal del actual estado de cosas insatisfactorio es el colapso de aquel sistema de controles y equilibrios, mediante el cual las fuerzas insaciables y salvajes del capitalismo monopolista eran controladas y frenadas en una época en que todavía existía un estado "real", lo primero que hay que hacer después de la victoria para destruir el flagelo del nazismo es restaurar la auténtica democracia política de la República de Weimar. Sin embargo, como las condiciones han cambiado, eso sólo no será suficiente. "Las críticas marxistas y nacionalsocialistas del liberalismo y de la democracia han obtenido en verdad al menos esto" –dice el autor en la página 475 en un inesperado tributo de último minuto a sus dos principales antagonistas–. "La democracia política por sí sola no será aceptada por el pueblo alemán."

¿Restauración o totalización? *

I

El libro de Trotski sobre Stalin, el hombre y su influencia *(Stalin. An appraisal of the man and his influence*, Nueva York, 1946) es mucho más que una simple contribución a la historia de la Revolución rusa por parte de un autor que se ha destacado al escribir la historia casi tanto como al hacerla. Sin embargo, desde este punto de vista el último trabajo de Trotski no está a la altura de su anterior obra maestra sobre las revoluciones de 1905 y 1917. Una mera biografía de esa "mediocridad aunque no nulidad" que es Stalin no habría podido alcanzar –aun cuando hubiera sido terminada por el propio autor– la significación de esas obras que tratan de grandes eventos históricos y de la acción de masas revolucionarias. De hecho, esta última gran obra de Trotski ha quedado incompleta sólo en su forma literaria. Su verdadera conclusión ha sido dada por la historia misma, cuando la *piolette* del sicario de Stalin se clavó en la cabeza de Trotski en Coyoacán, en agosto de 1940. Si aceptamos la descripción que hace Trotski de su diaria batalla contra las fuerzas que crearon a Stalin y que están hoy focalizadas en su posición, no podría haber símbolo más adecuado del conflicto permanente entre "la idea" y "la máquina surgida de la idea, pero convertida en fin en sí misma", que ese violento fin de la interminable controversia entre los dos jefes aspirantes a la herencia de Lenin en la prolongación de las convulsiones de la Revolución rusa.

* Apuntes sobre la biografía escrita por Trotski sobre Stalin y sobre el problema revolucionario de nuestro tiempo: "Restoration or totalization? Some notes on Trotsky's biography of Stalin and on the revolutionary problem of our time", en *International Correspondence*, 1946, vol. 1, núm. 2, pp. 10-13.

Si tuviéramos que resumir en pocas palabras la importancia principal del libro de Trotski y la enorme masa de material incluida en él, deberíamos definirlo como un gran libro sobre la revolución y los revolucionarios, una "escuela para revolucionarios" antes que un ensayo de cultura histórica. La impresionante cantidad de conocimientos efectivamente contenida en este último intento de Trotski de reivindicar la verdadera naturaleza de la revolución rusa contra más de veinte años de distorsión y falsificación cada vez más flagrantes, sólo adquirirá su plena importancia en el futuro, cuando se restablezca gradualmente la verdad histórica sobre todos los hechos relevantes, los documentos y las personalidades de la gran revolución. La verdad histórica sobre la revolución será descubierta entonces por una serie de historiadores críticos exactamente como, después del derrumbe final del mito napoleónico en la segunda mitad del siglo XIX, se descubrió la verdad sobre Danton, Robespierre y las corrientes aún más a la izquierda de la gran Revolución francesa, gracias al trabajo de varias generaciones de estudiosos de la historia. Actualmente, pocas personas, fuera de las filas cada vez más reducidas de las distintas facciones trotskistas, tendrán deseos y capacidad de verificar página por página, documento por documento, con los hechos y los argumentos presentados por Trotski en su cuidadosa refutación, la versión oficial de la *Historia del Partido comunista de la Unión Soviética* escrita por Stalin en 1938. Para el lector medio es casi necesario tener constantemente ante los ojos la crueldad física de la piqueta del emisario de Stalin para contrarrestar la imagen de una cierta "crueldad moral" inevitablemente creada por la permanente ostentación de la abrumadora superioridad de Trotski sobre el "práctico" de mentalidad restringida, que no era ni orador ni estudioso ni tribuno y sin embargo se las arregló para "sobrevivir" a todos sus competidores en aquella ignominiosa lucha por la dirección que se inició antes de la muerte de Lenin y hoy todavía no ha terminado. Naturalmente, ni siquiera a "Pero"* le era posible mantener completamente fuera del cuadro esa odiosa confrontación entre el escritor y su objeto. Sin embargo, ha hecho lo posible por evitar las citas propias y la autoglorificación sin fin y la increíblemente venenosa difamación del rival y enemigo que recorre en cambio la *Historia* del Partido ruso de Stalin. Trotski afirma que debe "admitir", retrospectivamente, la justicia de la Oposición de 1926-1927 y la

* Seudónimo de Trotski.

"superioridad intelectual y política de los representantes de la Oposición con respecto a la mayoría del Politburó", tal como aparece con plena evidencia en cada línea de los documentos de la Oposición. En lugar de confrontar las relaciones de Stalin con Lenin con las de Svérdlov o bien, en gran número de casos, comparar el comportamiento de Stalin en una situación histórica específica con el del propio Lenin. Así, cuando trata de responder a la pregunta particularmente importante de "¿qué hizo realmente Koba (Stalin) en 1905?" cita un discurso pronunciado por Stalin después de los hechos del 22 de enero ("viernes de sangre") y lo compara con las palabras escritas por Lenin en la misma ocasión. Dice Stalin: "Tendámonos la mano recíprocamente y apretémonos en torno a los comités de nuestro partido. No podemos olvidar ni por un minuto que sólo los comités del partido pueden ofrecernos una guía válida, sólo ellos iluminarán nuestro camino hacia la tierra prometida . . .". En cambio, he aquí las palabras dirigidas en esos mismos días a las masas derrotadas por Lenin desde la lejana Ginebra: "¡Desahogen la ira y el odio acumulados en sus corazones en los siglos de explotación, sufrimiento y dolor!"

Esta forma de confrontación sirve incidentalmente para aclarar lo que hemos dicho antes sobre la significación real de la obra de Trotski como un gran libro sobre la revolución y los revolucionarios. Cada acción o falta de acción, cada palabra o documento escrito son puntualmente relacionados con el contenido entero de una situación dada y con la decisión concreta que se debía adoptar en esa situación. De este modo, hasta unas pocas palabras como las citadas, escritas por Lenin en el exilio en 1905 en un artículo de un colaborador suyo, revelan el poder de las fuerzas que estaban entrando entonces en la lucha mortal que todavía no se ha decidido ni siquiera hoy, después de un período de más de cuarenta años.

II

A pesar del inagotable valor pragmático de tan detallado análisis de una masa impresionante de fenómenos y procesos revolucionarios, este gran libro de Trotski no ofrece un balance desprovisto de ambigüedades del proceso histórico en su conjunto. Es sorprendente ver cómo el autor, precisamente cuando se libera de la paralizante obligación de discutir el curso de la revolución rusa en los términos de la biografía de un individuo particular y

se acerca a un análisis teórico del proceso global, parece recaer en la vieja concepción esquemática impuesta al pensamiento de todos los teóricos revolucionarios del siglo XIX por el impacto de las grandes revoluciones (burguesas) de los siglos XVII y XVIII. Según esa concepción, toda revolución, con excepción tal vez de la última y plenamente victoriosa revolución mundial de la clase proletaria, debía pasar por una secuencia de fases más o menos definidas en que el primer movimiento progresivo de la fase ascendente debe a continuación replegarse, en una especie de ciclo, en una fase descendente. Después del momento cumbre, concebido según el esquema de la dictadura capitalista de Cromwell o Robespierre, venía el "Termidor" o el primer ataque de los representantes de una nueva clase que querían conducir a una rápida conclusión el proceso revolucionario. Este primer ataque, disfrazado todavía de formas revolucionarias, era seguido por una serie de otras fases que debían conducir, con o sin una ulterior postergación con intervención de un período de grandes guerras, a una "Restauración" final. Esta última era concebida no como un simple regreso al régimen prerrevolucionario sino como resultado final de la revolución y nuevo equilibrio de las fuerzas de la nueva sociedad surgidas de la revolución y reconocidas oficialmente.

También las perspectivas de la llamada revolución socialista de 1917 y de las tentativas de extenderla ulteriormente, en última instancia a nivel mundial, eran concebidas en esta forma por todas las facciones del Partido bolchevique ruso y, de hecho, por la grandísima mayoría de los partidos y movimientos revolucionarios de Europa y del mundo entero. La cuestión más apremiante después de Octubre para la propia facción victoriosa y para todos sus opositores dentro y fuera de Rusia (y para algunos de ellos sigue siéndolo) era la cuestión de si y cuándo llegaría el Termidor de la revolución rusa. El propio Trotski, que durante demasiado tiempo en verdad había seguido hablando del Termidor como de una amenaza del futuro, cambió de idea en 1935 y ubicó el comienzo del Termidor ruso hacia la mitad de la década de 1920. Sin embargo, aun en el cuidadoso análisis teórico de la "reacción termidoriana" contenido en este último libro, escrito un año antes de Pearl Harbour, no encontramos una respuesta clara a la pregunta obvia de cómo –si hubo verdaderamente un Termidor y la burocracia termidoriana triunfó solamente con el apoyo de los restos subsistentes de la antigua burguesía y de los estratos de una nueva minoría privilegiada económicamente de

reciente aparición– el desarrollo de las conquistas sociales progresistas no fue continuado hasta su lógico paso siguiente con el derrocamiento de la propia burocracia termidoriana. Por cierto no basta con decir que "evidentemente la burocracia no destruyó a la vanguardia proletaria, no se liberó de las complicaciones de la revolución internacional y no legitimó la filosofía de la desigualdad para capitular delante de la burguesía, volverse su esclava y acaso ser rechazada por los burócratas del estado". La verdadera pregunta es cómo después de haber paralizado a las últimas fuerzas subsistentes de una posible resistencia proletaria y haber destruido por lo tanto el frágil equilibrio de las fuerzas de clase en conflicto, sobre las cuales se había basado hasta entonces su poder, la burocracia termidoriana estaba todavía en condiciones de mantener su posición de dominio en lo que había llegado a ser –según las propias palabras de Trotski– "una lucha directa por el poder y sus beneficios".

No es éste el lugar de dar en detalle una respuesta positiva a este gran problema de nuestro tiempo. Sólo podemos indicar la dirección en que debe buscarse una respuesta. Lo que ocurrió de hecho en Rusia después de 1927 ya no se puede comprender en los términos tradicionales del "ciclo" revolucionario. Hasta esa fecha la analogía podía aplicarse al menos con cierta apariencia de justificabilidad. La primera fase de la revolución de Octubre (o la segunda, si consideramos como primera a la fase que va de febrero a octubre de 1917) había llegado realmente a su ápice y procedido hacia su "Termidor" no más tarde de 1920 o 1921. Después de la destrucción de la vanguardia revolucionaria en Kronstadt y el pasaje de lo que más tarde se llamó "comunismo de guerra" de los primeros años heroicos a la NEP o neo-NEP, todo el ímpetu de la primera fase revolucionaria bolchevique se había agotado de hecho antes de 1927 o 1928. Sin embargo no hubo ningún derrocamiento de la burocracia "termidoriana" ni ningún proceso continuo hacia una "Restauración". La verdadera razón de esta "anomalía" la sugiere Trotski sólo vagamente y de inmediato desaparece ante el acento mucho más fuerte puesto en una cantidad de otras razones, muy heterogéneas, cuando dice que el poder burgés en aquella época se había "demostrado obsoleto en todo el mundo". Lo que había ocurrido era –para decirlo en términos tradicionales– que muchos años después del Termidor el momento regresivo del desarrollo revolucionario hacia una explícita y completa restauración burguesa se vio envuelto en un nuevo y en cierto sentido no menos revolucionario proceso mun-

dial. "El poder burgués" no se había demostrado "obsoleto", sino que había alcanzado una nueva vida y un poderoso rejuvenecimiento con su transición del capitalismo del siglo XIX al totalitarismo del siglo XX. Este proceso de transición fue y sigue siendo llevado adelante en diversas formas en los países capitalistas más altamente desarrollados de América y Europa, así como en los "nuevos" (para Occidente) países asiáticos. Sus resultados más originales y de mayor alcance no han sido alcanzados por las hazañas contrarrevolucionarias de Mussolini, Hitler y sus aliados menores. Se iniciaron con la revolución de Lenin y de Stalin, y por eso también de Trotski, en Rusia, y han sido llevados adelante en forma mucho menos ambigua por esa segunda fase de la revolución totalitaria en Eurasia determinada por los tres planes quinquenales de 1928-1941 y por la segunda guerra mundial de 1941-1945. El inesperado fracaso de todos los intentos de liquidar esa guerra y de crear un nuevo tipo de equilibrio, estabilidad y –quizás– nuevo bienestar para el sistema capitalista sin recurrir cada vez más en mayor medida a métodos totalitarios o a una nueva guerra explícitamente totalitaria, revela, al mismo tiempo, la razón por la cual la primera gran revolución anticapitalista del siglo XX no ha terminado ni en el socialismo ni en la restauración, sino en una totalización potencialmente mundial.

SÉPTIMA PARTE

El cambio de función del marxismo

Esta parte final se diferencia de las precedentes porque con la serie de escritos que cubren el lapso de veinte años (1930-1950) delinea la coherencia de desarrollo del pensamiento político korschiano, hasta su síntesis.

Los primeros dos ensayos, De la política obrera burguesa a la lucha de clase proletaria *(1930), y* Para la historia de la ideología marxista en Rusia *(1932), se ubican todavía en el horizonte de la polémica e historización crítica del marxismo europeo alemán y ruso. Con* Sobre el nuevo programa del American Workers Party *(1935), el discurso se amplía no sólo geográficamente sino también problemáticamente, para concluir con las reflexiones de Marx teórico proletario pero político jacobino:* El marxismo y las tareas actuales de la lucha de clase proletaria *(1938);* La posición de Marx en la revolución europea de 1848 *(1948); y las* Diez tesis sobre el marxismo hoy *(1950).*

Una advertencia sobre las Diez tesis. *Escritas y difundidas en 1950 como esquema de una conferencia en Zurich (por lo cual a menudo se las llama también las* Tesis de Zurich) *en ocasión del viaje de Korsch a Europa, dode dictó conferencias en Hannover, Berlín, Basilea y Zurich, nunca fueron publicadas por el autor. Aparecieron publicadas por primera vez en francés en la revista* Arguments *en 1959 y luego en el original alemán en* Alternative *en 1965.*

Colocadas aquí al final de la colección de los escritos políticos de Karl Korsch, no deben ser entendidas como formulación definitiva del resultado último del itinerario del autor. Como se recuerda en la Introducción, *expresan de manera extremada el proceso crítico y autocrítico del marxismo de Korsch. El lector que haya seguido todo el desarrollo del autor no tendrá que esforzarse para captar detrás de la drasticidad formal de las tesis la riqueza y problematicidad de la sustancia que las ha dictado.*

De la política obrera burguesa a la lucha de clases proletaria *

Nada muestra de modo tan estridente los enormes cambios ocurridos en los últimos treinta años en el ser y en la conciencia, en la ideología y en la praxis del movimiento proletario, como el radical cambio de juicio, por parte de quien piensa con su propia cabeza y se deja enseñar por la experiencia realizada por todas las tendencias del movimiento obrero clasista, sobre aquel debate acerca de la teoría y la praxis del movimiento socialista que en los anales de la historia del partido se conoció con el nombre de "Debate sobre Bernstein". El marxista Eduard Bernstein tenía en su haber importantes trabajos teóricos y prácticos, había sido discípulo personal de Friedrich Engels, amigo y maestro de Karl Kautsky, quien era cinco años menor que él, director del órgano del partido en el exterior (el *Sozialdemokrat* de Zurich) durante las leyes antisocialistas, coautor de hecho del programa de Erfurt de 1891 considerado por mucho tiempo obra de Kautsky. Cuando expresó por primera vez abiertamente desde su exilio londinense sus ideas "herejes", surgidas del estudio del movimiento obrero inglés, sobre la real relación entre teoría y praxis en el movimiento socialista alemán y europeo de ese entonces, sus intenciones y puntos de vista fueron mal entendidos y mal interpretados

* Para el octogésimo cumpleaños de Eduard Bernstein, 6-I-1930: "Von der bürgerlichen Arbeiterpolitik zum proletarischen Klassenkampf", en *Kampf-Front*, órgano del DIV (Deutscher Industrie-Verband), VI, 11 de enero de 1930, núm. 2. Una versión con leves modificaciones de forma y sin los últimos párrafos apareció en *Gegner* el 20 de marzo de 1932, con el título "Ausgang der Marx-Orthodoxie".

en ese momento y durante mucho tiempo, tanto por amigos como por enemigos.

En toda la prensa burguesa y en la literatura especializada, su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* fue saludado con himnos de júbilo y colmado de alabanzas. El dirigente del Partido nacional socialista recién fundado, Friedrich Neumann, declaró textualmente en su periódico: "Bernstein es nuestra posición más avanzada en el campo de la socialdemocracia". Más que en el ideólogo socialimperialista, que estaba en la extrema izquierda del liberalismo burgués, en amplios círculos de la burguesía liberal se afirmó una gran confianza en que este primer radical "revisionista" del campo marxista se separaría también formalmente del movimiento socialista y llegaría al movimiento reformista burgués.

Estados de ánimo similares correspondían a esas esperanzas burguesas en el campo del movimiento socialdemocrático, del partido y del sindicato. Cuanto más claro tenían los vértices del movimiento socialdemocrático que la "revisión" bernsteiniana del programa marxista no era otra cosa que la expresión de la tendencia actuante en la praxis desde mucho antes, por la cual el movimiento socialdemocrático se había transformado de movimiento revolucionario de lucha de clase en un movimiento social y político de reformas, tanto más se guardaban muy bien de revelar al exterior ésa su verdadera naturaleza interna. Cuando Bernstein concluyó su libro aconsejando al partido que podía "atreverse a aparecer como lo que es", un viejo y astuto demagogo de la dirección en una carta privada publicada más tarde, le dirigió confidencialmente una amistosa advertencia: "Mi querido Ede, esas cosas se hacen, pero no se dicen." En sus manifestaciones exteriores todos los portavoces teóricos y prácticos de la socialdemocracia alemana e internacional, los Bebel y los Kautsky, los Viktor Adler y los Plejánov, o como se llamaran, se opusieron a la criminal revelación del secreto tan celosamente custodiado. En el congreso de Hannover de 1899 se instituyó un tribunal inquisidor oficial con un debate de cuatro días iniciado con un informe de seis horas de Bebel. Bernstein se salvó por poco de la expulsión formal del partido pero por mucho tiempo fue atacado ante los afiliados y los electores, en la prensa y en las asambleas del partido, en los grandes congresos oficiales del partido y del sindicato. A pesar de la separación cada vez más clara entre la teoría y la práctica, a pesar de la victoria incluso formal del revisionismo bernsteiniano en los sindicatos y por fin, inexorable-

mente, en el partido mismo, literalmente hasta el último minuto –justamente hasta la estipulación de la "paz social" de 1914 y el subsiguiente pacto de colaboración de trabajo de 1918– se mantuvo la ficción de un partido de clase proletario revolucionario anticapitalista y antiestatal.

Los representantes teóricos y prácticos de la dirección socialdemócrata y del aparato sindical vinculado a ella tenían sus buenos motivos para ese doble comportamiento frente al primer intento serio y honesto de formular teóricamente los objetivos reales y los medios de la política obrera burguesa efectivamente practicada por ellos. Así como hoy los representantes del aparato del Partido comunista en Rusia y en todas las secciones nacionales de la Internacional comunista tienen necesidad, para encubrir el carácter real de su política, de la *piadosa leyenda* de la progresiva "construcción del socialismo en la Unión Soviética" y del carácter "revolucionario", garantizado sólo por ella, de la política y táctica generales puestas en práctica permanentemente por todas las direcciones comunistas de todos los países, así entonces los astutos demagogos de la dirección socialdemócrata y de los vértices del aparato tuvieron necesidad, para enmascarar sus verdaderas tendencias, de la piadosa leyenda de que el movimiento por ellos dirigido debía por el momento, ciertamente, limitarse a una simple acción del estado burgués y de la economía capitalista por medio de formas de todo tipo, pero que en su "objetivo final" el movimiento se orientaba hacia la revolución social, la caída de la burguesía y la abolición del orden económico y social capitalista. Pero los demagogos de la dirección socialdemócrata y sus abogados "teóricos", al insistir intencionalmente en la separación entre el trabajo cotidiano reformista y el "objetivo final" revolucionario, no sólo contribuyeron a generar los peligros evidenciados por el ataque de Bernstein de una progresiva deformación reformista y burguesa del movimiento socialista. Inconscientemente y contra su voluntad actuaron en el mismo sentido, por un considerable período de tiempo, también aquellos teóricos revolucionarios radicales que –como Rosa Luxemburg en Alemania, y Lenin en Rusia– en sus intenciones subjetivas querían promover precisamente la tendencia opuesta. Si uno mira hacia atrás aquellas primeras batallas de corrientes dentro del movimiento obrero alemán, sobre la base de las experiencias recientes de las últimas tres décadas, es casi trágico comprobar cuán profundamente prisioneros estuvieron también Lenin y Rosa Luxemburg de la ilusión de que el "bernsteinismo" representaba

solamente una desviación provisoria del movimiento socialdemócrata y con qué fórmulas objetivamente insuficientes trataron también ellos de conducir la gran batalla histórica contra la deformación burguesa de la política del partido y de los sindicatos.

Rosa Luxemburg cerraba en 1900 su escrito polémico contra Bernstein titulado *¿Reforma social o revolución?* con la fatal profecía falsa de que "la teoría de Bernstein ha sido el primero pero también el último intento de dar una base teórica al oportunismo". Ella pensaba que el oportunismo "había avanzado tanto" teóricamente con el libro de Bernstein y en la práctica con la toma de posición de Schippel sobre la cuestión del militarismo, que "ya no quedaba nada". Bernstein había declarado enfáticamente "aceptar casi íntegramente la praxis actual de la socialdemocracia" y al mismo tiempo revelaba despiadadamente la total insignificancia práctica de la fraseología revolucionaria entonces corriente del "objetivo final" declarando explícitamente que "el fin último –cualquiera que sea– para mí es nada, el movimiento es todo", y mientras Rosa Luxemburg con singular ceguera ideológica, dirigía su contrataque crítico no contra la praxis socialdemócrata –que coincidía con la teoría de Bernstein–, sino contra la teoría del propio Bernstein que sólo expresaba en forma verídica el carácter real de esa praxis. Ella veía el rasgo discriminante del movimiento socialdemócrata con respecto a la política reformista burguesa no en la praxis sino explícitamente en ese "objetivo final" que se agregaba a esa praxis como mera ideología y muy a menudo como fraseología solamente. Ella declaró patéticamente que "el objetivo final socialista es el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués, que conduce a todo el movimiento obrero de un fatigoso trabajo de remiendo para la salvación del orden capitalista a una lucha de clase contra ese orden para su abolición."

Ese "objetivo final" general que, según las palabras de Rosa Luxemburg, debía ser *todo*, a través del cual el movimiento socialdemócrata de entonces se distinguía de la política reformista burguesa, se reveló de hecho, en la historia real subsiguiente, aquella *nada* que Bernstein ya había predicho observando fríamente la realidad.

Una confirmación convincente de esta realidad histórica, para quienes todavía no han aprendido de los hechos de los últimos quince años, surge de las declaraciones explícitas hechas al respecto en las distintas manifestaciones "marxistas" de homenaje

de los últimos tiempos por parte de los interesados directos. Ejemplo de ello es el memorable banquete celebrado en 1924 en honor del septuagésimo cumpleaños de Kautsky por parte de los notables del marxismo socialdemócrata reunidos en Londres para celebrar el sexagésimo aniversario de la "Asociación obrera internacional". Allí el histórico "debate" entre la ortodoxia "revolucionaria" kautskiana y el reformismo "revisionista" de Bernstein halló su epílogo armónico en esas "expresiones de amistad" recogidas por el *Vorwärts*, pronunciadas por Bernstein, de setenta y cinco años, en honor de Kautsky, de setenta, y en la subsiguiente ceremonia simbólica del abrazo. "Cuando Bernstein terminó y los dos ancianos –cuyos nombres han llegado hace mucho a ser venerables para otra generación, la tercera generación– se abrazaron y permanecieron abrazados por algunos segundos ¿quién hubiera podido sustraerse a la emoción, quién lo hubiera querido?" Y todavía en este sentido en 1930 Kautsky, de setenta y cinco años, escribe en el socialdemócrata *Kampf* de Viena en honor de los ochenta años de Bernstein: "Desde el punto de vista de la política del partido, nosotros somos desde 1880 hermanos siameses. También éstos pueden pelearse a veces. Y nosotros lo hemos hecho por momentos ampliamente. Pero aun en esos períodos no se podía hablar del uno sin tener ante los ojos al otro."

Sólo por este ejemplo histórico se ve bastante claramente el trágico equívoco con que aquellos radicales de izquierda alemanes que intentaron conducir la lucha contra el aburguesamiento práctico y finalmente también teórico del movimiento obrero socialdemócrata con la consigna "Objetivo final contra la praxis reformista cotidiana", en realidad sólo sostuvieron y favorecieron un proceso histórico de desarrollo llevado adelante por Kautsky y Bernstein con distintos papeles. Lo mismo vale –*mutatis mutandis*– para otra consigna con que en el mismo período el marxista ruso Lenin intentó trazar en su país y a nivel internacional la línea divisoria entre política obrera burguesa y política "revolucionaria". Como Rosa Luxemburg era en su conciencia subjetiva la más encarnizada adversaria del bernsteinismo y había solicitado expresamente, en la primera edición de *¿Reforma social o revolución?*, la expulsión de Bernstein del partido, así también Lenin era subjetivamente un enemigo mortal del "renegado" Bernstein y de todas las desviaciones herejes presentes en su libro "ávido de fama"; desviaciones de la doctrina pura y no falsificada del programa marxista "revolucionario". Pero exactamente como la Luxemburg y los socialdemócratas radicales de izquierda, también

el socialdemócrata bolchevique Lenin se sirvió para esa lucha contra el revisionismo de una *plataforma exclusivamente ideológica,* sin individualizar la garantía del carácter "revolucionario" del movimiento obrero en su carácter real, en particular económico, de clase, sino explícitamente sólo en la *dirección subjetiva de esa lucha por parte del partido político revolucionario guiado por una teoría marxista correcta.**

Lo que para Rosa Luxemburg era el "objetivo revolucionario " histórico, para Lenin era su "partido revolucionario". Lenin distingue, en forma particularmente tosca en sus primeros escritos, inaccesibles hasta hace poco tiempo en lengua alemana, pero en forma menos tosca todavía en sus últimas obras, *entre dos presuntas especies esencialmente distintas de la lucha de clase.* Una es la acostumbrada "lucha de clase" en el ámbito del estado burgués, de la economía burguesa y de todas las demás relaciones y confrontaciones burguesas. La otra es la "lucha de clase revolucionaria" conducida hasta la fase del pasaje del capitalismo al comunismo, hasta la caída de la burguesía y su aniquilación total, bajo la dirección del Partido socialdemócrata o bien –según la última versión– comunista.

Dicha así, la cosa puede parecer aceptable. Hay lucha de clases y lucha de clases, y no todo lo que se autodefine como "lucha de clases" es la lucha revolucionaria con miras a la caída de la burguesía y la subversión de todo el sistema económico y social capitalista y su sustitución por la sociedad comunista sin clases y sin estado. Esto lo saben hoy por amarga experiencia todos los proletarios tanto de Oriente como de Occidente que tienen conciencia de clase.

Sin embargo, en realidad detrás de la distinción leninista entre lucha de clase en sentido corriente y lucha de clase "socialdemócrata" hay algo más. Considerando sobre todo la lucha obrera económica o sindical *una mera política obrera burguesa,* en la medida en que no es dirigida por un partido revolucionario socialdemócrata o bien (según la última versión) comunista, Lenin desplaza el signo del carácter revolucionario del movimiento obrero de su *ser* real a la *conciencia* ligada a él y que (¡se presume!) guía al movimiento, precisamente como hemos visto más arriba a propósito de la contraposición de movimiento y objetivo final que tanto gustaba a Rosa Luxemburg así como a Kautsky y

* Termina aquí el texto publicado en *Gegner.* Prosigue el texto aparecido en *Kampf-Front.*

demás "marxistas ortodoxos" pseudorrevolucionarios de la época. Ni siquiera Lenin vio el momento revolucionario de la lucha de clase en *cada acción real del proletariado desde el principio y en todas sus expresiones de específica contraposición a la burguesía, a su estado y a todas las relaciones burguesas y en la autónoma conciencia de clase del propletariado* emergente de esta contraposición de la acción real y determinada por ella. Lenin trató en cambio el carácter "revolucionario" de la lucha de clase como algo que se puede añadir, o más bien que se debe añadir en un segundo momento "desde afuera". Sobre esto se basa toda la específica doctrina *leniniana del partido y de la dictadura,* toda la llamada *"bolchevización de los partidos"* con que los epígonos de Lenin en los últimos años han sofocado progresivamente toda conciencia proletaria autónoma real y todo movimiento auténtico del proletariado en los partidos sometidos a ellos. Y aun cuando en la Rusia soviética actual de Stalin todavía no ha tenido lugar la fase ya iniciada en Occidente de la *abierta capitulación al bernsteinismo,* si allí prosigue todavía por un breve período la *ortodoxia tradicional marxista "revolucionaria" socialdemócrata* en la forma caricaturesca llevada al extremo del llamado "stalinismo-leninismo-marxismo", sin embargo también allí el engañoso velo de la ideología socialista y comunista está cada vez más gastado y sutil, y la "política obrera" seguida por Stalin y por los suyos en el estado gobernado por ellos, aparece cada vez más claramente como una política *completamente burguesa en su contenido de clase.*

Como resultado final del "debate sobre Bernstein", iniciado con el cambio de siglo en todo el movimiento socialdemocrático oriental y occidental, y continuado en varias formas hasta hoy, tenemos *la victoria total del realismo crítico de Bernstein sobre la tendencia ideológica dogmática de sus adversarios en la ortodoxia marxiana, de Kautsky a Bebel, de Rosa Luxemburg a Lenin.* Y hoy la clase obrera que reúne su fuerza de clase sobre una nueva base, en condiciones nuevas, para nuevas e inevitables batallas, deberá cuidarse de vincular una vez más el contenido vital de su acción actual a esas formas ideológicas anquilosadas desde hace mucho en fórmulas sin vida, con las cuales ya ayer y anteayer las diversas corrientes de la llamada ortodoxia marxista "revolucionaria" han tratado en vano de detener y conjurar la deformación reformista y burguesa de su "política obrera". La lucha de clase del proletariado, despierta a una nueva vida del sopor de su última gran derrota histórica, debe dejar que *los muertos entierren a sus muertos, para llegar finalmente a su auténtico contenido.*

Contribución a la historia de la ideología marxista en Rusia*

Abordaremos aquí un ejemplo particularmente claro de aquella sorprendente *contradicción* que, en una forma o en otra, puede ser encontrada en todas las fases del desarrollo histórico del marxismo. Ella puede ser caracterizada como la contradicción entre la *ideología* marxista por una parte, y por otra el *movimiento* histórico real, oculto en cada momento detrás de aquel disfraz ideológico.

Diversamente que en Occidente, donde la teoría marxista surgió en el período conclusivo de la revolución burguesa y condujo a que se expresara una tendencia real ya existente hacia la superación de los fines del movimiento revolucionario burgués, es decir la tendencia de la *clase proletaria* –ella misma producida por el desarrollo capitalista y proyectada más allá de éste–, en la Rusia precapitalista de los años sesenta el "marxismo", asumido al comienzo con curiosidad por toda la intelligentsia progresista como la última moda europea, era una ideología acogida del exterior. Y con sorprendente profundidad se demostró cómo también para esta ideología marxista tenía validez aquel *principio crítico materialista* que Marx y Engels habían enunciado en el período revolucionario del *Sturm und Drang* de los años cuarenta como un principio general para el juicio de todas las ideologías históricas. La historia real corrige la unilateralidad dogmática con la que ya los propios Marx y Engels, pero sobre todo sus epígonos más o menos "ortodoxos", habían hecho valer este principio crítico

* "Zur Geschichte der marxistischen Ideologie in Russland", en *Gegner,* VI 1932, núm. 3, pp. 9-12; una versión ligeramente más amplia fue publicada en *Living Marxism*, 1938, vol. 4, núm. 2, pp. 44-50.

siempre solamente contra las ideologías adversarias y eventualmente también contra las opiniones desviantes de la "verdadera enseñanza" en cada momento canonizada, en el interior de la escuela marxista. El principio crítico materialista del marxismo se ha mostrado válido aun contra la propia ideología marxista:

"No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. [. . .] y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción."

Si se prescinde de todos los disfraces ideológicos bajo los cuales las diversas generaciones y las diversas corrientes del marxismo ruso en lucha entre sí han llevado a la conciencia y combatido el conflicto desatado en el desarrollo histórico real de su país, permanece el desnudo hecho determinado de que el marxismo ruso en todas sus fases de desarrollo y en todas sus corrientes desde un principio en adelante, no ha sido otra cosa que la *forma ideológica para la lucha material por el logro del desarrollo capitalista en la Rusia zarista feudal.* La sociedad burguesa ya plenamente desarrollada en el oeste tenía necesidad para su afirmación histórica en el este de un nuevo ropaje ideológico, puesto que para el logro de sus objetivos materiales no podía servirse aquí una vez más de aquellas ilusiones y de aquellas autosugestiones con las cuales, en su primera fase heroica de afirmación en Occidente, se había ocultado a sí misma el contenido limitado en sentido burgués de sus luchas de desarrollo y había mantenido su propio vigor a la altura de la gran tragedia histórica. Y la ideología marxista recibida de Occidente pudo rendir este servicio a la revolución burguesa en Rusia porque ella –al contrario de la ideología rusa local del populismo revolucionario– a partir de sus peculiares condiciones históricas de nacimiento, presuponía la civilización capitalista como fase de tránsito históricamente siempre necesaria para la realización de la sociedad socialista.

Sin embargo, para poder desplegar tal papel de ayuda ideológica a la naciente sociedad burguesa en Rusia, la enseñanza marxista tuvo necesidad de algunas modificaciones también en su contenido ideológico-teórico. Aquí está la raíz de las concesiones teóricas, de otra manera difícilmente comprensibles, que Marx y Engels en los años setenta y ochenta hicieron a la ideología del

populismo ruso, el cual por su naturaleza era del todo inconciliable con la teoría marxista, y que encontraron su última expresión sintetizadora en la famosa profecía contenida en el prefacio a la segunda traducción rusa del *Manifiesto comunista* de 1882:

"El *Manifiesto comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa –forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra– pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

"La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: *si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.*"

En estas frases de Marx y en las numerosas expresiones similares de Marx y de Engels que se encuentran en el mismo período en su correspondencia, en particular en las cartas al teórico populista ruso Nikolái-on, en la carta a Vera Zasúlich y en la respuesta a Mijailovski, viene ya anticipado en un cierto sentido todo el posterior desarrollo del marxismo ruso y sobre todo la contradicción que cada vez más se abrió entre la ideología y el real contenido histórico de este desarrollo.

Aun cuando Marx y Engels, y de manera similar más tarde el marxista Lenin (en situaciones ulteriormente desarrolladas, pero análogas), agregan la cauta condición de que, sólo juntamente con una revolución obrera determinada por ella en Occidente, la revolución rusa puede pasar inmediatamente del estadio precapitalista al estadio socialista saltando el estadio del desarrollo capitalista; aun cuando en los decenios sucesivos desaparece sin dejar trazas el "mir" ruso, al cual Marx todavía en el año 1882 había asignado, en determinadas condiciones, un importantísimo papel futuro, sin embargo no sólo al marxista ortodoxo Lenin, sino también a Marx y a Engels se pueden remitir los actuales ideólogos de la teoría "marxista-leninista" de la "construcción del socialismo en un solo país", en su abuso del marxismo como cobertura ideológica de un desarrollo que en su tendencia real es capitalista.

También Marx y Engels, en efecto, estaban dispuestos bajo determinadas condiciones a transformar su teoría crítico-materialista "marxista" a favor de un movimiento revolucionario en Oriente con oportunas modificaciones en el mero disfraz ideológico de un movimiento revolucionario presuntamente socialista, pero en su sustancia real limitado en sentido burgués.

Se inicia así ese característico *cambio histórico de función*, por el cual el marxismo "recibido" por los revolucionarios rusos se ha transformado en el sucesivo desarrollo de expresión teórica de un movimiento revolucionario proletario socialista en ideología "socialista" de un movimiento de construcción burguesa capitalista. Se inicia la metamorfosis también teórica, para esto necesaria, de la doctrina marxista originaria, recibida más o menos "ortodoxamente" en el curso de una recíproca compenetración y fusión de elementos ideológicos populistas y marxistas, ya de hecho a partir de la época de los mismos Marx y Engels y con su consciente y activa colaboración. Con sus concesiones al populismo revolucionario ellos querían permitir la temporaria reelaboración de su teoría "marxista" en un *mito* revolucionario y puesto que la "revolución rusa" por ellos esperada en aquella época y la "revolución obrera" en Occidente, provocada por aquélla, de hecho no se verificaron en los años ochenta, dieron en realidad el primer paso hacia la permanente transformación de su teoría revolucionaria en una mera ideología en última instancia frenadora y perjudicial para el real desarrollo revolucionario.

Es un espectáculo singular cómo este proceso histórico de la degeneración ideológica de la teoría marxista en Rusia fue abriéndose paso en todas las fases siguientes del desarrollo hasta nuestros días. Ya en aquellas apasionadas controversias sobre las *perspectivas del desarrollo capitalista en Rusia*, que cubren la fase de los años noventa hasta el desencadenamiento de la revolución rusa y que encontraron su más importante condensación teórica en la obra económica fundamental de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de 1899, la teoría marxista en el fondo no fue más presentada por nadie como expresión teórica de un movimiento proletario socialista. Como es natural, no por los llamados "marxistas legales" quienes, de manera análoga a los teóricos mencheviques del Partido socialdemócrata ruso del período sucesivo y del marxismo socialdemócrata en los países occidentales, conservaron en la teoría, en intacta "pureza", fragmentos más o menos considerables de la doctrina marxista, pero en compensación abandonaron en su práctica todas las consecuencias del

principio marxista que iban más allá de los objetivos burgueses. Pero nada distinto ocurrió con las otras dos tendencias que por ese entonces, en una o en otra forma, trataron de unir el reconocimiento de la transitoria necesidad del desarrollo capitalista en Rusia con una real negación y lucha contra las condiciones creadas por tal desarrollo. Esto se verificó de modo especial con Nikolái-on, un *narodniki* formado marxísticamente, quien al comienzo de los años noventa pasó de la teoría populista ortodoxa de la *imposibilidad del capitalismo en Rusia* a la teoría populista modificada en sentido marxista de la *imposibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia*. Y lo mismo ocurrió, por otra parte, con su gran adversario histórico, el marxista ortodoxo V. I Lenin y todo el movimiento del marxismo bolchevique nucleado en torno a él que pretendía ser rigurosamente ortodoxo en la teoría y en la práctica.

Si observamos retrospectivamente, desde el punto de vista de nuestra experiencia hecha hasta hoy, las controversias teóricas de aquella fase de desarrollo teórico, es posible captar un nexo muy claro entre la teoría populista de la "imposibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia", tal como en ese período era representada por Nikolái-on y era combatida por los marxistas de todas las tendencias, desde los "legales" hasta los "revolucionarios", y por otra parte las dos teorías, en apariencia diametralmente opuestas, que hoy se contraponen en el campo del marxismo soviético ruso como "stalinismo" dominante y "trotskismo" de oposición. Tanto la tesis neoleninista hoy dominante de Stalin sobre la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país, como también, paradojalmente, la tesis contrapuesta a este "nacionalsocialismo" staliniano del internacionalista Trotski sobre la revolución "permanente" (vale decir de la revolución que a través de la realización de los objetivos revolucionarios burgueses en el área rusa y contemporáneamente europea y mundial pasa de inmediato a la realización del socialismo), se fundan sobre la misma ideología de una negación *neo-narodnike* de la posibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia.

Pero aun el más ortodoxo entre los marxistas ortodoxos, el más tenaz e históricamente el más decidido representante del marxismo ruso, Lenin, ha finalmente concluido la lucha exasperada que condujo tanto en el período prerrevolucionario contra el narodnikismo de Nikolái-on y contra la teoría de Parvus y de Trotski de la revolución permanente, como también después de

Octubre contra la idealización "socialista", hecha por los teóricos del llamado "comunismo de guerra", de una tendencia en realidad todavía para nada socialista; y Lenin concluyó esta lucha con una elección, en un momento decisivo, contra la realidad por el mito y con éste por la definitiva ideologización de la teoría marxista en Rusia.

No fue por cierto sólo el epígono leninista, Stalin, sino el marxista ortodoxo Lenin, quien por vez primera, en el momento crucial de la historia del desarrollo revolucionario, cuando con el pasaje a la NEP limitó de manera prácticamente decisiva a los objetivos burgueses la tendencia hasta ese entonces incierta de la revolución rusa, preparó contemporáneamente la indispensable *integración ideológica* para el cumplimiento de tal limitación. Y fue el marxista ortodoxo Lenin quien, cuando el viraje de los años 1920-1921, enunció con plena conciencia, en contraste con todas sus precedentes posiciones, el nuevo mito marxista del carácter en sí socialista del estado soviético y de la posibilidad, con esto garantizada desde el punto de vista de los principios, de la realización de la sociedad socialista en la Rusia soviética.

Con esta degeneración de la originaria teoría revolucionaria de Marx y de Engels en una *religión de estado* oficial, en la justificación ideológica de un *estado* capitalista en su tendencia de desarrollo efectivo y represivo hacia el movimiento revolucionario del proletariado, *la historia de la ideología marxista en Rusia ha alcanzado su provisional conclusión.*

Pero más allá de esta comprobación, se plantea no obstante el problema más general y más profundo de entender en qué relación está dicho particular desarrollo histórico del marxismo en Rusia *respecto al desarrollo histórico general del marxismo.* No solamente en Rusia, sino también en el Occidente, y bajo otras formas el marxismo en su más reciente desarrollo se ha transformado siempre más de teoría y práctica revolucionaria en pura ideología que sólo es reconocida de palabra por el movimiento práctico, pero negada en los hechos.

Si por consiguiente a un marxista europeo occidental se le ocurriera hipócritamente alzarse de hombros sobre el "carácter ideológico del marxismo ruso" o tranquilizarse de manera optimista con el hecho de que en Occidente las cosas no van todavía tan mal, sería necesario arrojarle al rostro aquello que una vez Karl Marx dijo a los lectores alemanes a propósito de las condiciones, por él descritas en *El capital,* de los trabajadores industriales y los peones agrícolas ingleses: *De te fabula narratur!*

El marxismo y las tareas actuales de la lucha de clases proletaria *

> Dejad que los muertos entierren a sus muertos. La revolución proletaria deberá al final llegar a su propio cumplimiento.
>
> *Karl Marx*

De Karl Marx puede decirse lo que Geoffrey Saint-Hilaire dijo de Darwin: su destino y su gloria fue el haber tenido sólo precursores antes que él y sólo discípulos después de él. Naturalmente, toda la vida tuvo a su lado a un amigo y genial colaborador, Friedrich Engels. En la generación siguiente surgieron los exponentes-tipo de las corrientes "revisionista" y "ortodoxa" del partido marxista alemán, Bernstein y Kautsky, y, junto a estos pseudosabios, verdaderos estudiosos del marxismo como el italiano Antonio Labriola, el francés George Sorel y el filósofo ruso Plejánov. En una fase sucesiva pareció haber una restauración aparentemente completa de los elementos revolucionarios del pensamiento marxista, por mucho tiempo olvidados, por obra de Rosa Luxemburg en Alemania y Lenin en Rusia.

En el mismo período el marxismo fue abrazado por millones de obreros en todo el mundo como guía para su acción práctica. Hubo una impresionante secuela de organizaciones: desde la secreta Liga de los comunistas de 1848 y la Asociación obrera internacional de 1864 hasta la creación de los poderosos partidos socialdemócratas a escala nacional en todos los países europeos importantes y la coordinación de sus escasas actividades internacionales en la llamada Segunda internacional del período precedente a la primera guerra mundial. Depués de su caída, ha intentado su propia resurrección en forma de un Partido comunista militante a escala mundial.

* "Marxism and the present task of the proletarian class struggle", en *Living Marxism*, 1938, vol 3, núm. 4, pp. 115-119.

Sin embargo, en todo este período no hubo un crecimiento interno correspondiente de la propia teoría marxista más allá de las poderosas ideas presentes en el primer esquema de la nueva ciencia revolucionaria que había elaborado Marx.

Muy pocos marxistas hasta el final del siglo XIX se preocuparon por este estado de cosas. Aun cuando los primeros ataques de los llamados "revisionistas" provocaron lo que un sociólogo burgués radical –Thomas G. Masaryk, más tarde primer presidente de la república checoslovaca– llamó una "crisis del marxismo" científica y filosófica, los marxistas consideraban la situación existente en su campo como una simple batalla entre la fe marxista "ortodoxa" y una conjurable "herejía". El carácter ideológico de esta identificación total de una doctrina ya establecida con la lucha revolucionaria de la clase obrera se ha reforzado ulteriormente con el hecho de que los representantes principales de la ortodoxia marxista de ese tiempo –incluidos Kautsky en Alemania y Lenin en Rusia– negaban tenazmente la propia posibilidad de que una verdadera conciencia revolucionaria pudiera tener origen en los propios obreros. Según ellos, los objetivos políticos revolucionarios debían ser introducidos en la lucha de clases económica "desde el exterior", es decir a través de los esfuerzos teóricos de pensadores burgueses radicales "dotados de toda la cultura de su tiempo" como lo eran Lassalle, Marx y Engels. Así, la identidad de una doctrina de extracción burguesa con todas las verdaderas luchas revolucionarias presentes y futuras de la clase proletaria asumía el carácter de un verdadero milagro. Aun aquellos marxistas radicales que más se acercaron al reconocimiento de un desarrollo espontáneo de la lucha de clases proletaria más allá de los fines restringidos perseguidos por las burocracias dirigentes de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos existentes, nunca se cuidaron de negar esta armonía prestablecida entre la doctrina marxista y el movimiento proletario efectivo. Como dijo Rosa Luxemburg en 1903 y el bolchevique Riazánov repitió en 1928: "cada nuevo y más alto nivel de la lucha de clases proletaria puede pretender del inagotable arsenal de la teoría marxista una nueva arma requerida por el nuevo nivel de lucha para la emancipación de la clase obrera".

Está fuera de las intenciones de este artículo discutir los aspectos más generales de esta peculiar teoría de los marxistas sobre el origen y el desarrollo de su teoría revolucionaria, una teoría que, en resumidas cuentas, consiste en una negación de la posibilidad de una cultura de clases proletaria autónoma. La recordamos en

este contexto sólo como una de las muchas contradicciones que debieron digerir aquellos que, en estridente contraste con el principio crítico y materialista de Marx, trataron al "marxismo" como a una doctrina sustancialmente completa y ahora inmodificable.

Una ulterior dificultad de esta actitud casi religiosa hacia el marxismo nace del hecho de que la teoría de Marx nunca fue aceptada como un todo por ningún grupo o partido socialista. El marxismo "ortodoxo" nunca fue más que una actitud formal, con la cual el grupo dirigente del Partido socialdemócrata alemán en el período que precedió a la primera guerra mundial se ocultó a sí mismo el deterioro continuo de su propia práctica, en un tiempo revolucionaria. Fue sólo esta diferencia de método la que dividió a la forma disfrazada de "ortodoxa" de aquella aparentemente revisionista que adaptaba la doctrina marxista tradicional a las nuevas "necesidades" del movimiento obrero, provenientes de las modificadas condiciones del nuevo período histórico.

Cuando en medio de la tormenta y de las tensiones de la lucha revolucionaria de 1917, en previsión de una "revolución proletaria internacional claramente madura" Lenin se propuso la tarea de reafirmar la *teoría marxista del estado y las tareas del proletariado en la revolución,* se contentó solamente con una mera defensa ideológica de una interpretación que se presumía ortodoxa de la verdadera teoría de Marx. Partió de la premisa de que el marxismo revolucionario había sido completamente destruido y abandonado ya sea por la minoría oportunista como por la mayoría explícitamente social-chovinista de todos los partidos "marxistas" y sindicatos de la tardía Segunda internacional. Él declaró abiertamente que el *marxismo había muerto y proclamó una "restauración" integral del marxismo revolucionario.*

No hay duda de que el "marxismo revolucionario" tal como ha sido restaurado por Lenin ha conducido a la clase proletaria a su primera victoria histórica. Este hecho debe ser destacado no solamente contra los detractores pseudomarxistas del comunismo "bárbaro" de los bolcheviques sino también contra el socialismo "refinado" y "culto" de Occidente. Debe ser destacado también contra los actuales beneficiarios de la victoria revolucionaria de los trabajadores rusos que han pasado gradualmente del marxismo revolucionario de los primeros años a un credo no ya comunista, sino meramente "socialista" y democrático llamado estalinismo. Al mismo tiempo, a escala internacional, una mera coali-

ción "antifascista" de los frentes únicos, frentes populares y frentes nacionales ha sustituido gradualmente a la lucha de clases revolucionaria dirigida por el proletariado contra todo el régimen político y económico de la burguesía tanto en los estados "democráticos" como en los fascistas, tanto en los filorrusos como en los antirrusos.

Frente a estos desarrollos sucesivos de la obra de Lenin, ya no es posible permanecer apegados a la idea de que los viejos principios revolucionarios restaurados del marxismo, los cuales habían sido sostenidos por Lenin y Trotski durante la guerra y en el período inmediatamente siguiente, hayan llevado a un auténtico renacimiento del movimiento proletario revolucionario que en el pasado había sido asociado al nombre de Marx. A decir verdad, por un cierto período limitado pareció que el verdadero espíritu del marxismo revolucionario se había trasladado a Oriente. Las estridentes contradicciones que pronto aparecieron en la política del partido revolucionario en el poder en Rusia, tanto en el campo económico como en el político, fueron consideradas como simple resultado de la triste situación por la cual la "revolución proletaria internacional", firmemente aguardada por Lenin y Trotski, no había madurado. Sin embargo, a la luz de los hechos posteriores, no hay duda de que en última instancia el marxismo soviético como teoría y práctica se ha escindido del destino de aquel marxismo "ortodoxo" de Occidente, del cual había nacido y del cual se había dividido sólo en las condiciones extraordinarias de la guerra y de la siguiente explosión revolucionaria en Rusia. Y cuando finalmente en 1933, con la indudable victoria del nacionalismo en el centro tradicional del socialismo revolucionario internacional, se hizo claro que "el marxismo no había mantenido lo que había prometido", aquel juicio se adaptaba tanto a la iglesia oriental comunista como a aquella occidental socialdemócrata; las dos facciones separadas estaban unidas por último en la derrota común.

Para tornar comprensible el significado verdadero y las amplias repercusiones de esta importantísima lección de la historia reciente del marxismo, debemos hacer remontar el doble carácter de la "dictadura revolucionaria de la clase proletaria", vuelto extremadamente evidente en los recientes acontecimientos tanto en la Rusia estalinista como a escala mundial, a una duplicidad originaria que aparece en los diferentes aspectos de la propia obra de Marx como *teórico proletario y líder político* en el movimiento revolucionario de su tiempo.

Por una parte, ya en 1843 él estaba en estrecho contacto con las manifestaciones más avanzadas del socialismo y comunismo francés. Con Engels fundó el Deutscher Arbeiterbildungsverein en Bruselas en 1847 y emprendió la creación de una organización internacional de comités de asociación proletaria. Poco después, ambos se unieron a la primera organización internacional del proletariado militante, el Bund der Kommunisten, a pedido de la cual redactaron el famoso *Manifiesto* que proclama al proletariado como "única clase revolucionaria". Por otra parte Marx, como editor de la *Neue Rheinische Zeitung* durante la explosión revolucionaria de 1848, expresó preponderantemente las demandas más radicales de la democracia burguesa. Se esforzó por mantener un frente unido entre el movimiento revolucionario burgués en Alemania y las formas más avanzadas de lucha por objetivos directamente socialistas, que ya entonces estaban actuando en los países industriales más avanzados de Occidente. Escribió su más brillante y poderoso artículo en defensa del proletariado parisino luego de su aplastante derrota en junio de 1848. Pero sólo llevó adelante en su período las demandas específicas del proletariado alemán hasta pocas semanas de su supresión definitiva por obra de la contrarrevolución victoriosa de 1849. También entonces definió la situación obrera en una manera de todas formas abstracta, reimprimiendo en las columnas de la *Neue Rheinische Zeitung* las conferencias económicas sobre *Trabajo asalariado y capital* que había pronunciado dos años antes en el Arbeiterverein de Bruselas. Análogamente, en sus colaboraciones de los años cincuenta y sesenta en la *New York Tribune* de Horace Greeley, en la *New American Ciclopaedia* supervisada por George Ripley y Charles Dana, en publicaciones cartistas en Inglaterra y en periódicos alemanes y austríacos, Marx se reveló principalmente como portavoz de las políticas democráticas radicales que –esperaba él– hubiesen dirigido al fin una guerra del Occidente democrático contra la reaccionaria Rusia zarista.

Una explicación de este aparente dualismo se encuentra en el *modelo jacobino* de la doctrina revolucionaria que Marx y Engels habían adoptado antes de la revolución de febrero de 1848 y a la que permanecieron fieles, en conjunto, aun después que el éxito de aquella revolución hizo naufragar sus precedentes y entusiastas esperanzas. Aunque se dieron cuenta de la necesidad de tácticas adaptables a condiciones históricas nuevas, su teoría de la revolución –aun en su forma materialista última y más avanzada– mantuvo el carácter peculiar de un período transitorio durante el

cual la clase proletaria estaba todavía obligada a llevar adelante su propia emancipación pasando a través del estadio intermedio de una revolución de carácter preponderantemente político.

Es cierto que los resultados políticos revolucionarios de la guerra económica dirigida por las trade union y de las otras formas de sostén de los intereses inmediatos y específicos de los trabajadores fueron siempre más importantes para Marx en sus últimos años, como lo demuestra su papel dirigente en la organización y dirección de la Internacional Working Men's Association en los años sesenta y sus contribuciones a los programas y a las tácticas de los diveros partidos nacionales en los años setenta. Pero también es cierto, como se ve claramente por las decenas de batallas dirigidas en la Internacional contra los seguidores de Proudhon y Bakunin, que Marx y Engels no abandonaron nunca realmente sus primeras convicciones sobre la importancia decisiva de la política como la única forma consciente y plenamente desarrollada de la acción de clase revolucionaria. Hay sólo una diferencia de lenguaje entre la cauta declaración de la "acción política" como medio subordinado al fin último de la "emancipación económica de la clase obrera" contenida en las Normas de la AIT de 1864 y la abierta proclamación en el *Manifiesto* de 1848 de que "toda lucha de clases es lucha política" y de que "la organización de los proletarios como clase" presupone su "organización en un partido político". Así Marx, desde el principio hasta el final, definió su concepto de clase en términos últimamente políticos y en los hechos, si no en las palabras, subordinó las múltiples actividades realizadas por las masas en su cotidiana lucha de clases a las actividades realizadas en su interés por sus líderes políticos.

Esto aparece todavía más claramente en aquellas raras y extraordinarias situaciones en las cuales Marx y Engels en sus últimos años fueron nuevamente llamados para evaluar con tentativas concretas una revolución europea. Véase la reacción de Marx en la Comuna revolucionaria de los obreros parisinos de 1871. Véase también la actitud positiva, aparentemente incoherente, de Marx y Engels hacia las tentativas absolutamante idealistas de la revoluciónaria Narodnaia Volia de provocar con la acción terrorista la explosión de una "revolución política y por lo tanto también social" en las atrasadas condiciones de la Rusia zarista de los años setenta y ochenta. Como he mostrado en detalle en un anterior artículo (*Living Marxism,* marzo de 1938), Marx y Engels no sólo estaban dispuestos a considerar la próxima explosión revolucionaria en Rusia como una señal para una revolución europea

general de tipo jacobino por la cual (como dijo Engels a Vera Zasúlich en 1883) "si llega el 1789, seguirá también el 1793". Saludaron efectivamente la revolución rusa y paneuropea como una revolución obrera y punto de arranque de un desarrollo comunista.

No tiene sentido, por lo tanto, la objeción planteada por los mencheviques y por otras escuelas del tipo tradicional occidental de la ortodoxia marxista, según la cual el marxismo de Lenin era de hecho sólo el retorno a una forma juvenil del marxismo de Marx, más tarde superada por una forma más madura y materialista. Es absolutamente cierto que justamente la semejanza entre la condición histórica predominante en Rusia a principios del siglo XX y las condiciones prevalecientes en Alemania, Austria, etc., en vísperas de la revolución europea de 1848 explica el hecho de otra manera inexplicable de que la fase más reciente del movimiento de nuestro tiempo haya podido ser representada en la forma paradojal de un retorno ideológico al pasado. Sin embargo, como hemos demostrado más arriba, el marxismo revolucionario tal como ha sido "restaurado" por Lenin estaba en su contenido puramente teórico mucho más de acuerdo con el verdadero espíritu de todas las fases históricas de la doctrina marxista que aquel marxismo socialdemócrata del período precedente que, después de todo, a pesar de su "ortodoxia" proclamada a viva voz, había sido sólo una forma mutilada y disfrazada de la teoría marxista, que banalizaba su real contenido y deterioraba su vigor revolucionario. Es por esta razón que el experimento de Lenin de la "restauración" del marxismo revolucionario confirmó de la manera más convincente la absoluta futilidad de cualquier tentativa de deducir la teoría de la acción revolucionaria no de sus propios contenidos sino de cualquier "mito". Ha demostrado sobre todo la perversión ideológica de la idea de sustituir las deficiencias de la acción presente con un imaginario retorno a un pasado edulcorado. Mientras semejante renacimiento de una ideología ya muerta puede ser de ayuda quizá por un cierto período, como lo ha demostrado la revolución rusa, para ocultar a los artífices del Octubre revolucionario los límites históricos de sus esfuerzos heroicos, esto terminará necesariamente no ya por reencontrar el espíritu de aquel primer movimiento revolucionario, sino por hacer que su fantasma todavía siga viviendo. Ha tenido como hoy una nueva forma marxista revolucionaria de represión y explotación de la clase proletaria en la Rusia soviética y una forma igualmente nueva y "marxista revolucionaria" de

aplastar los auténticos movimientos revolucionarios en España y en todo el mundo.

Todo esto demuestra claramente que el marxismo hoy podría ser "restaurado" en su forma original sólo transformándolo en una mera ideología que sirva a un fin completamente distinto y a toda una gama de fines políticos cambiantes. En este preciso momento sirve como defensa ideológica para el entierro del papel antes dominante del partido en el poder y para el ulterior refuerzo del *liderazgo* personal casi fascista de Stalin y de sus agencias adaptables a todo. Al mismo tiempo, sobre la escena internacional, la llamada política "antifascista" de la Comintern "marxista" ha venido a desempeñar en las actuales batallas entre las variada alianzas de las potencias capitalistas exactamente el mismo papel de su antagonista, la política internacional "anticomunista" y "antimarxista" de los regímenes de Hitler, Mussolini y de los señores de la guerra japonesa.

Está claro que todas las críticas formuladas hasta aquí contemplan sólo las tentativas ideológicas de los últimos cincuenta años, llevadas a cabo para "preservar" o "restaurar" para fines inmediatos una "doctrina marxista revolucionaria" completamente edulcorada. Nada en este artículo está dirigido contra los resultados científicos alcanzados por Marx y Engels y por algunos de sus seguidores en diversos campos de la investigación social, que de muchos modos valen todavía hoy. Sobre todo nada en este artículo está dirigido contra aquello que en un sentido muy extenso puede ser llamado el movimiento marxista, es decir revolucionario autónomo de la clase obrera internacional. En la investigación de lo que está vivo y puede ser revitalizado en el mortal estado actual del movimiento obrero revolucionario, parece haber buenos motivos para un "retorno" a aquella apertura práctica y no meramente ideológica, con la cual la primera Asociación obrera internacional marxista (al mismo tiempo proudhonista, blanquista, bakuninista, tradeunionista, etc.) recibió en sus filas a todos los trabajadores que adherían al principio de una lucha de clases proletaria autónoma. Como había sido enunciado en la primera de sus tesis de estatutos redactadas por Marx: "la emancipación de la clase obrera debe ser conquistada por la propia clase obrera".

Una aproximación no dogmática al marxismo *

Los documentos aquí reunidos no deben entenderse como una contribución a la discusión en favor o en contra del marxismo que desde hace muchos meses tiene lugar en esta revista. Es inútil discutir puntos controvertidos de una teoría social –y precisamente de las teorías sociales que a menudo se describen como religiones –si esa discusión no es parte de una lucha social real. La teoría social en cuestión debe poder referirse a varias posibilidades de acción para el partido, el grupo o la clase. Las diversidades de opinión pueden referirse a los objetivos sociales, las cuestiones de táctica, las formas organizativas, la identificación del adversario, del aliado, del neutral o incluso el plan (cuando existe) trazado en base a una u otra evaluación de la situación social dada o en desarrollo. El resultado de una discusión materialista de este tipo debe en todo caso modificar el comportamiento efectivo no de un individuo o de un pequeño grupo de personas, sino de un verdadero "colectivo", de una masa social (cf. Brecht: el pensamiento es un comportamiento). En este sentido materialista ni siquiera es seguro que la particular teoría social llamada marxismo haya sido alguna vez objeto de discusión en este país.

A muchas personas se les ha preguntado alguna vez por qué son o no son marxistas, precisamente como se les hubiera podido preguntar por qué creen o no creen en Dios, en la ciencia, en la

* Publicado en *Politics*, mayo de 1946. Hemos seguido aquí la versión alemana de E. Gerlach, que ahora puede verse también en *Politikon*, octubre-noviembre de 1971, pp. 8-11.

moral, en la doctrina racista, en la guerra, en la paz o en la amenaza de destrucción de la civilización por la bomba atómica. Incluso ha habido algunas tentativas filosóficas e interpretativas de responder a la pregunta: "¿qué pensó verdaderamente Marx?".

Demasiado espacio ha ocupado por último la cuestión –la más insensata de todas– de tratar de aclarar qué variante particular de las teorías de Marx, Engels y las sucesivas generaciones hasta Lenin, Stalin o Leóntiev, es la versión más ortodoxa de la doctrina de Marx; o bien –a un nivel más alto– cuál de los métodos aplicados en diversos momentos por Hegel, Marx y los marxistas, debe ser considerado en realidad el método "dialéctico" correcto.

En contra de esa concepción abolutamente dogmática, que ha esterilizado a la teoría marxista revolucionaria en casi todas las fases de su desarrollo centenario en Europa y frustrado desde el principio el intento de difundir el marxismo en los Estados Unidos, proponemos aquí la revaloración del elemento crítico, pragmático y activista que pese a todo nunca ha estado completamente ausente en la teoría social de Marx y ha hecho de esta teoría, en los breves períodos de su predominio, el arma más eficaz en la lucha de la clase proletaria.

Los documentos que damos a continuación son, en parte, el resultado de un intento anterior de retomar precisamente este elemento componente del marxismo, intento que quien escribe realizó con un grupo de colaboradores en Alemania al principio de la década del treinta, antes de que fuera momentáneamente interrumpido por la violencia antimarxista del gobierno de Hitler.

Dos de los cuatro documentos se remontan a un intento anterior, emprendido en 1894 y en 1902 por marxistas no dogmáticos como Lenin y Sorel. El grupo de 1931 los utilizó como modelos y puntos de partida cuando emprendió su nueva tentativa de desdogmatizar y reactivar la teoría de Marx.

El párrafo de Lenin de 1894 (documento núm. 3) se dirigía contra un escrito en el que el entonces "marxista" (y después burgués) Piotr Struve había atacado la teoría económica y sociológica del conocido teórico populista Mijailovski. El interés particular del documento consiste en el hecho de que Lenin –crítico materialista del "subjetivismo" idealista de los populistas– está en situación de tener que extender con la misma pasión su crítica materialista al "objetivismo" abstracto y muerto de Struve. Para comprender a fondo el argumento de Lenin, recordemos la frase que provocó su cólera. Struve considera errónea la tesis de Mijailovski de que "no hay tendencias históricas insuperables, que

como tales deben valer como punto de partida y límite vinculador a una adecuada actividad de la personalidad y de los grupos socialistas". Lenin capta inmediatamente el contenido no revolucionario de la observación de Struve sobre Mijailovski. "Éste es el lenguaje de un objetivista –dice Lenin– no de un marxista (materialista)." Y a partir de allí Lenin empieza a señalar las diferencias importantes que distinguen las concepciones de los objetivistas de las de los marxistas (materialistas).

El documento núm. 4 intenta explicitar el carácter no dogmático de la oposición de Lenin a la versión objetivista de la doctrina marxista tradicional. Con ese fin y a través de una serie de otros experimentos de desdogmatización y desbloqueo de determinadas partes de la teoría marxista, el grupo de 1931 hizo intentos similares.

Las seis tesis reproducidas como documento núm. 2 nacen, según Sorel, del proceso de "deducción de los elementos de una rigurosa ciencia histórica de la teoría del materialismo histórico". En esta reformulación crítica del materialismo histórico por parte de uno de los modernos intérpretes del marxismo orientados del modo más decidido en sentido científico y prágmático, el punto menos relevante es la importancia particular que otorga Sorel al papel de los conceptos jurídicos y de la profesión jurídica. Lo que verdaderamente cuenta es el intento de aclarar las distintas conexiones que existen entre los conceptos generales de la teoría materialista, entre los cuales el derecho y sus explotadores profesionales son solamente uno de los muchos ejemplos posibles. Extremadamente importante es en cambio la forma en que Sorel ha traducido lo que hasta entonces debía aparecer para muchos historiadores como una determinación autoritaria de reglas para la historiografía, como positiva inspiración para una investigación científica autónoma. (Es posible que se hubiera podido tener otra impresión con un conocimiento mejor de la aplicación notablemente libre hecha por Marx con frecuencia del nuevo "método crítico y materialista". Sin embargo, ya en las manos de la primera generación de doctos marxistas de la época en que apareció el trabajo de Sorel, la nueva arma de la lucha de clases había perdido mucha de su fuerza crítica. Y no es ningún secreto que desde entonces el marxismo revolucionario ha sido suplantado completamente por las influencias "estabilizadoras" que se expresaron teóricamente en el desarrollo de la vieja y la nueva ortodoxia: desde Kautsky hasta Stalin. Por lo tanto fue preciso repetir una vez más la operación de Sorel.)

Hemos agregado por último un documento que debería dar al "método dialéctico" lo que Lenin y Sorel proporcionaron al materialismo histórico. Las tesis sobre Hegel y la revolución del documento núm. 1 fueron escritas en Alemania en ocasión del centenario de la muerte de Hegel en 1931. Se enfrenta al nudo de dificultades que caracteriza el problema de la dialéctica de Hegel y su uso (modificado o no) por parte de Marx y Engels en una dirección completamente distinta. Aquí no se ve a la dialéctica como una especie de superlógica, es decir una serie de reglas que los individuos aplican en el proceso de pensar, exactamente como la lógica formal, con la única diferencia de que la dialéctica se distingue de la lógica como las matemáticas "superiores" de las reglas más simples, y en efecto superadas desde hace mucho, que aún se enseñan en nuestras escuelas como "matemáticas elementales". Es tratada en cambio como un conjunto de fenómenos característicos que pueden observarse desde afuera en el sucederse y el desarrollo de los pensamientos en un determinado período histórico.

El primer resultado no dogmático de esta forma distinta de considerar la dialéctica es que el estudio de la dialéctica no nos convierte en revolucionarios, sino que, por el contrario, es la transformación revolucionaria de la sociedad la que actúa entre otras cosas sobre el modo como los hombres de determinado período tienden a producir e intercambiar sus pensamientos. La dialéctica materialista es pues el modo como en un determinado período revolucionario, y durante las varias fases de ese período, clases sociales, grupos e individuos particulares, crean y asumen nuevas palabras e ideas. Es la búsqueda de las formas, a menudo desusadas y sorprendentes, como vinculan sus pensamientos y los de otros, colaboran en la disolución de sistemas cerrados existentes y los sustituyen por otros sistemas más flexibles, o, en el mejor de los casos, por ningún sistema, sino por un nuevo movimiento del pensamiento libre, sin impedimentos, que recorra rápidamente las cambiantes fases de un proceso más o menos continuo o discontinuo.

De las tesis 2 y 3 se desprende que no hay motivo para dar importancia al hecho de que tanto Marx como Engels, después de una primera crítica enérgica y repudio de la vieja "dialéctica" hegeliana, hayan regresado, en una fase posterior de su desarrollo y en un estado de ánimo de desilusión y parcial fracaso, a una aceptación con escasas modificaciones de ese mismo método filosófico que, en el mejor de los casos, reflejaba la revolución bur-

guesa de una época pasada. Aquí, como en otros aspectos, el desarrollo sin obstáculos de la teoría de Marx no lleva hacia atrás, hacia las viejas ideas y filosofías, sino hacia adelante, hacia una aplicación científica y activista, no dogmática y autoritaria, de la formulación marxiana, así como de otras formulaciones teóricas de las experiencias colectivas de la clase obrera.

La posición de Marx en la revolución europea de 1848 *

> Puede decirse que sólo la contrarrevolución en Alemania demuestra la plena existencia histórica de la revolución.
>
> *Veit Valentin*
>
> *Historia de la revolución alemana 1848-1849*, II, 1931

Así como en ocasión de la primera guerra mundial en 1914-1918, durante la segunda y hasta nuestros días se ha formulado la acusación contra los alemanes de no ser democráticos. No solamente los alemanes de Hitler, sino todos los alemanes; no solamente ahora, sino desde siempre; no solamente en las manifestaciones exteriores, sino en su naturaleza.

Desde el punto de vista histórico esta acusación no contiene nada que no haya sido dicho hace cien o ciento cincuenta años por todos los buenos europeos en Alemania, ininterrumpidamente y en las formas más diversas. Son los grandes representantes idealistas de una educación progresista del género humano y de una nueva concepción de la historia como desarrollo hacia la libertad, la belleza, la razón, la comprensión universal y la paz eterna. A esta primera generación de Lessing, Kant, Klopstock, Schiller, que vuelven a vincularse al iluminismo inglés y francés y que desarrollan sus ideas e inspiraciones de una manera autónoma y grandiosa, sigue la generación de los pensadores inmediatamente influenciados por el extraordinario advenimiento de la gran Revolución francesa. En sus sistemas, según una frase de Hegel, "la revolución es aceptada y expresada en la forma del pensamiento". Este desarrollo filosófico que duró ininterrumpidamente en Alemania hasta 1840 era en realidad una continuación en el campo espiritual a través de Waterloo y Versailles, de aquel proceso histórico mundial a través del cual los tribunos, los

* "Marx Stellung in der europäischen Revolution von 1848", en *Die Schule*, III, 1948, núm. 5, pp. 165-174. [E.]

estadistas y los generales de la Revolución francesa, los Brissot, los Danton, los Robespierre y Napoleón no solamente han constituido en Francia la moderna sociedad burguesa, sino que también le han creado, fuera de los confines franceses, sobre el continente europeo un ambiente contemporáneo correspondiente. Y a esta generación de pensadores y poetas alemanes, manifiestamente alcanzada en profundidad por el espíritu de la Revolución francesa, ningún crítico del oeste o del este le podría imputar como un vergonzoso abandono del espíritu de la moderna democracia el hecho de que algunos de sus mejores representantes hayan compartido más tarde junto con el entusiasmo también la decepción, extendida después de la victoria de la revolución tanto en Francia como en los otros países europeos.

La sociedad burguesa surgida de la revolución estaba en contradicción en su realidad desnuda con las elevadas ideas que sus participantes y sus entusiastas espectadores se habían hecho de sus resultados, y estaba también en contradicción con el heroísmo ilimitado, con el sacrificio, con el terror, con la guerra civil y las batallas de pueblos que habían sido necesarios para hacerla nacer. No hay nada de que asombrarse, por lo tanto, si también nosotros en Alemania, el país más tocado de cerca por la Revolución francesa, comprobamos junto a la entusiasta adhesión a las ideas de 1789 y 1793 aquel terrible contragolpe que se verificó en todas partes de una manera crítica y negativa como romanticismo político, legitimismo, exaltación de ideas e instituciones medievales, irracionalismo de principio, "teoría orgánica del estado" y "escuela histórica", en contra de las mismas ideas que poco antes habían sido aceptadas con el entusiasmo más grande por algunos de los principales representantes de este nuevo movimiento. Juzgando las manifestaciones de esta época, que justamente han sido vistas de nuevo últimamente con particular predilección como prueba de la naturaleza radicalmente antidemocrática del espíritu alemán, es preciso no olvidar que éste era el período en el cual en Francia reinaba la Restauración de los Borbones, en Inglaterra continuaba reinando una tendencia que ya al principio de la Revolución se había manifestado contraria a las ideas de ésta hasta la era de la reforma 1830-1848. En el continente, la Santa Alianza, constituida por todas las potencias europeas excepto Turquía y apoyada también por Inglaterra, sofocaba violentamente toda difusión ulterior de las ideas y de los movimientos que tenían su origen en la Revolución francesa. Sobre esta base histórica es necesario examinar la cuestión ulterior: de qué

fuerzas provenía el impulso para la renovación y el desarrollo de los principios democráticos en el continente europeo desde 1830, qué dificultades particulares debía superar y a qué involuciones específicas se veía obligado el desarrollo democrático a causa de este estado de las cosas. Solamente así se puede comprender cómo en Alemania se ha llegado a no alcanzar hasta el final del siglo una clara, completa, irreversible y firme victoria de la democracia.

Si en Francia a la Revolución ha seguido la Restauración, a los nuevos movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 la dictadura bonapartista y si finalmente también hacia el final del siglo, a la aparente victoria de los republicanos en el asunto Dreyfus ha seguido un contramovimiento de la reacción militarista, monárquica y clerical, mucho más fuerte y profundo, que bajo muchos aspectos anticipaba el fascismo alemán, en Alemania el débil y en definitiva insuficiente desarrollo de las fuerzas democráticas aparece no ya como un fenómeno específicamente alemán, sino como una forma particular de un desarrollo europeo general.

Sólo en comparación con aquellas revoluciones europeas que causaron en Inglaterra y en Francia en los siglos XVII y XVIII, en decenas de duras luchas, un cambio total del estado y de la sociedad, las revoluciones de los siglos XIX y XX aparecen como una forma modesta y deformada de "la" revolución. También Karl Marx, que algunos años más tarde habría de criticar con agudeza destructora esta adhesión ideológica de los revolucionarios del siglo XIX a las gloriosas tradiciones del pasado, ha estado influenciado continuamente, durante su participación en la revolución alemana de 1848, por aquellas mismas ideas tradicionales. Él no ha comparado esta única revolución democrática del siglo XIX con el programa de una revolución social o socialista que rebasa los objetivos burgueses, como podría haberse esperado después de su alejamiento operado anteriormente a través de una dura lucha de desarrollo de la posición francamente burguesa hacia la revolución de sus años de aprendizaje político. Él se ha contentado en cambio con poner en cada ocasión como ejemplo a esta nueva revolución burguesa el modelo de la gran y gloriosa Revolución francesa de 1789 y particularmente su fase jacobina de 1793-1794.

Como ejemplo entre muchos citamos aquí algunas frases de la *Neue Rheinische Zeitung* del 11 de diciembre de 1848, que muestran de un modo particularmente claro este carácter de la crítica de Marx a la revolución de 1848. Marx ha exaltado ante todo en

este artículo la grandeza histórica de las revoluciones de 1848 y 1789; no fueron "revoluciones ni inglesa, ni francesa, fueron revoluciones de estilo europeo. No representaban el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo régimen político; eran la proclamación de un régimen político para la nueva sociedad burguesa". "Nada de eso", continúa, "ocurrió en la revolución de marzo en Prusia [. . .]. Lejos de ser una revolución europea, no fue más que una apagada resonancia de la revolución europea en un país atrasado [. . .]. La revolución prusiana de marzo no fue siquiera una revolución nacional alemana; desde el primer momento fue una revolución provincial prusiana. Las insurrecciones de Viena, Cassel, Munich y otras insurrecciones provincianas se desarrollaban a la par y le disputaban la preminencia. [. . .] La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento [. . .]; era un estrato del viejo estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio [. . .], sin iniciativa, sin fin en sí misma y sin fe en el pueblo, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía prusiana cuando, después de marzo, tomó el timón del estado prusiano."

Con toda esta crítica destructiva hacia las formas débiles o insuficientes de las luchas revolucionarias que se encontraban delante de sus ojos, las consignas concretas con las cuales Marx ha tratado de intervenir en este movimiento no superan el marco de una gran revolución democrática, de una revolución como lo había sido la francesa del siglo XVIII. Marx consideraba que su tarea era la de contraponer a las acciones del movimiento actual, que retrocedía delante de sus propios fines, aquellas palabras de orden más audaces de una época pasada, como la reivindicación de la república "única e individida", del "armamento del pueblo", de

la "dictadura revolucionaria" y del "terror". Ya aquí Marx embestía contra obstáculos casi insuperables. Todas las reivindicaciones ahora mencionadas provenían del arsenal de la Revolución francesa de 1789. Eran atributos de un movimiento cuyo éxito había consistido en la creación de la sociedad burguesa. Sin embargo, justamente por este motivo todas estas reivindicaciones, debido al aburguesamiento de la sociedad europea, que se había producido ampliamente durante este tiempo, habían caído en tal descrédito entre la alta burguesía y una parte de la pequeña burguesía, que el mismo Marx no podía propagarlas públicamente, ni siquiera en formas suavizadas. Así abre Marx su propaganda en favor de las consignas menos aterrorizantes entre aquellas jacobinas citadas arriba, en la *Neue Rheinische Zeitung* del 6 de julio de 1848 con la prudente declaración: "No formulamos la utópica pretensión de que se proclame apriori una república alemana única e indivisa." Aparta toda la cuestión del campo de la acción actual al campo del desarrollo futuro, afirmando que "la unidad alemana, como también la constitución alemana, sólo pueden nacer como resultado de un movimiento". Y luego, no obstante el tono cada vez más duro, estas consignas más radicales de la lucha revolucionaria por los objetivos democráticos fueron tratadas por Marx con la más grande prudencia en el "Organ der demokratie"* dirigido por él. Aunque esta renuncia a un apoyo abierto de todo el programa de la democracia revolucionaria haya sido entonces para Marx sólo una táctica escogida provisionalmente, sin embargo en un examen histórico aparece también en esta táctica un momento de aquella contradicción sustancial que caracteriza toda la posición de Marx hacia la revolución de 1848.

Marx renuncia a oponer a la realidad de la revolución burguesa una utopía socialista del futuro. Pero trata continuamente de imponer a este nuevo movimiento revolucionario de su tiempo las formas de una acción pasada, formas muy poco relacionadas con las condiciones actuales. Trata de elevar la revolución democrática de su tiempo a un nivel más alto y olvida que este nivel "más alto" es en realidad solamente un nivel histórico, que ya había sido alcanzado una vez en una época pasada del movimiento revolucionario en su conjunto.

El contraste entre las condiciones presupuestas por Marx y aquellas reales históricas de la revolución de 1848, que él había vivido y en la cual había participado, se hace más agudo justa-

* Tal era el subtítulo de la *Neue Rheinische Zeitung*.

mente en los puntos donde con una observación no histórica parece principalmente fundada su crítica de las debilidades de esta revolución y su contenido real se queda bastante más atrás que sus pretensiones. En esto vuelve sobre todo la política provincial y limitada a cada estado de los diversos jefes nacionales y locales verificable en todas parte y en contraste con eso, el grandioso internacionalismo con el que Marx trataba continuamente la relación de la revolución prusiana y alemana con el movimiento contemporáneo de toda Europa.

También desde un punto de vista puramente cuantitativo, el órgano de la democracia alemana dirigido por Marx ha dado informaciones más extensas sobre la revolución en Francia, Austria, Polonia, Bohemia, Italia, Hungría que cualquier otro periódico alemán. La *Neue Rheinische Zeitung* no exigía solamente Alemania para los alemanes, exigía también Polonia para los polacos, Bohemia para los bohemios, Hungría para los húngaros, Italia para los italianos.

El vergonzoso abandono de la revolución polaca por parte del gobierno prusiano; su débil condescendencia frente a la presión inglesa y rusa en el asunto Schleswig-Holstein; la represión de la insurrección de junio de los trabajadores parisinos por parte de la misma burguesía revolucionaria, represión muy decisiva para el destino de toda la revolución europea; la derrota por otra parte fatal de la revolución austríaca en Viena; las consecuencias de la quiebra de la gran manifestación cartista en Inglaterra, todos estos fracasos y derrotas son tratados en la *Neue Rheinische Zeitung* como tantas otras derrotas de la revolución alemana y de toda la revolución europea. Descubría al mismo tiempo la contradicción trágica entre los presuntos intereses nacionales checos, húngaros, austríacos y prusianos, con la cual las diversas secciones de la única revolución europea actuaban de una manera suicida no sólo hacia los propios intereses comunes revolucionarios, sino también hacia los propios intereses reales nacionales. Austríacos contra bohemios, alemanes, austríacos, húngaros contra italianos, bohemios contra Viena y por fin austríacos, bohemios, rusos contra Hungría considerada la última y más grande esperanza del movimiento revolucionario. Así se entrelaza la sangrienta cadena hasta la conclusión violenta de la guerra revolucionaria fratricida con la victoria general de la contrarrevolución europea.

Pero también en la presentación detallada y profundizada que de todas estas concatenaciones ha sido hecha en la *Neue Rheinische*

Zeitung, resalta aquel aspecto demasiado abstracto y no histórico que caracteriza también en este punto la política sostenida por Marx. El internacionalismo heroico con el que Marx quería superar estos "retrocesos" nacionales hace abstracción del dato de hecho que este fortalecimiento de las conciencias y de los contrastes nacionales acaecido en los últimos cincuenta años, ahora tan nocivo para la acción revolucionaria unida, era por su parte un producto de las pasadas victorias parciales del principio burgués. Por lo tanto, estos contrastes no surgen de cualquier parte (por ejemplo de la "sangre" o del "suelo") sino del desarrollo histórico de la misma sociedad burguesa, que está en su base, que ha hecho imposible a la revolución del siglo XIX una simple repetición de la extensión internacional según el viejo modelo jacobino y napoleónico.

Como había sido efectivamente el caso para la gran Revolución francesa, así también ahora en las nuevas condiciones históricas del siglo XIX, Marx vio en la guerra revolucionaria impuesta por un ambiente hostil el medio universal para la superación de todas las dificultades internas y externas de la revolución europea. Y como ya en las tres grandes coaliciones de las potencias europeas, que a lo largo de los siglos XVIII y XIX habían combatido a la Francia revolucionaria, la influencia rusa había tenido una importancia siempre mayor, así ahora que el centro del movimiento revolucionario se había trasladado ulteriormente hacia el este, la Rusia zarista era evidentemente enemigo natural de toda la revolución europea. Marx se ha atenido nuevamente por decenios a esta definición de Rusia como el mayor enemigo de la democracia europea. Ha hecho de ella un pilar central de la política exterior democrática desarrollada en este período y consecuentemente aplicada a todos los conflictos europeos. Cuando después del golpe de estado de Napoleón III pareció que el zarismo compartía por un cierto período esta posición con el dictador francés, también en este período, según Marx, el verdadero y mucho más peligroso enemigo externo de la democracia europea no era la "inmunda figura" del aventurero imperialista que había ejecutado la condena a muerte de la República francesa pronunciada sobre sí misma por la burguesía francesa con la represión de los trabajadores parisinos en junio de 1848, sino "aquella potencia bárbara cuyo jefe está en Petrogrado y cuyas manos están en cada gobierno europeo". Boustrapa* tuvo un papel en esta con-

* Sobrenombre de Napoleón III.

cepción aunque más no fuera como aliado o agente de la gran potencia reaccionaria que estaba detrás. Síntesis de dos golpes frustrados y uno logrado en Boulogne, Estrasburgo y París con los cuales el pretendiente bonapartista había llegado al poder, recorriendo un camino que también en su forma exterior anticipaba el itinerario de Hitler.

Las tesis aquí esbozadas por Marx sobre la persistente importancia, aun en el siglo XIX, de la guerra revolucionaria no eran en absoluto una fantasía. Guerras externas han desempeñado un papel importante también en la revolución de 1848. Si guerras y guerras civiles no se habían ligado en una única unidad efectiva en Prusia, como en Italia, Austria, Hungría, sin embargo la interrupción de la guerra danesa para la "liberación" de Schleswig-Holstein con el armisticio del Mälmo había suscitado también en Prusia decepción y desengaño en todas las corrientes del movimiento revolucionario de entonces, más grandes quizá que cualquier revés en el desarrollo de la política interna. La gran importancia que una ininterrumpida conducción de esta primera guerra revolucionaria habría podido tener para el desarrollo sucesivo del movimiento de entonces está demostrada también indirectamente por el hecho de que esta "misión incumplida" de la revolución alemana ha sido retomada en el período siguiente de la contrarrevolución guillermina y bismarckiana y que esta nueva guerra danesa, junto con las guerras de 1866 y 1870, ha producido en Europa un desarrollo en parte efectivamente progresista.

Tampoco la "guerra revolucionaria contra Rusia" era en absoluto una consigna tomada arbitrariamente desde fuera e introducida en el desarrollo de la revolución europea, como podría tender a creerse sin un conocimiento más preciso de la situación política y diplomática de la época. Hoy es sabido que en el mismo período en que la *Neue Rheinische Zeitung* reclamaba la guerra revolucionaria contra Rusia, el zar de todas las Rusias ya había ofrecido al príncipe de Prusia la ayuda de sus ejércitos para una violenta restauración del régimen despótico. Un año más tarde, los ejércitos rusos salvaron la reacción austríaca destruyendo los ejércitos revolucionarios de Kossuth en Hungría. Una guerra defensiva con vistas a enfrentar esta amenaza general contra la revolución europea, llevada adelante en forma conjunta por la República francesa, Prusia-Alemania, el Reino de Italia y de Cerdeña, Hungría y la Polonia en rebelión contra el zarismo, habría tenido un importante significado para un ulterior desarrollo del movimiento revolucionario de ese momento (como lo explica

el historiador marxista Arthur Rosenberg, muerto recientemente en la emigración, en su instructivo libro *Democracia y socialismo*,* publicado en 1938). Habría llevado la revolución a los territorios occidentales de Rusia, disolviendo la artificiosa unidad del Reino habsbúrguico y posibilitando a las naciones por éste oprimidas un desarrollo nacional autónomo. Habría impedido la victoria de la dictadura bonapartista y la solución pequeñoalemana-granprusiana bismarckiana de la cuestión germana. Habría asegurado por decenios el desarrollo democrático de la política interior y exterior de Europa y preparado el camino para la futura unión federal de todos los estados europeos.

A partir de lo expuesto resalta sin embargo nuevamente sobre este punto la irrealidad de toda la posición de Marx con respecto a la revolución europea de 1848. Aquí podemos preguntarnos: ¿por qué Marx, que en el decenio precedente había elaborado un nuevo modo de ver y que sólo pocas semanas antes de la explosión de la revolución de febrero y marzo había dado al incipiente movimiento socialista de los trabajadores las líneas teóricas de fondo, por qué justamente él hizo este gran sacrificio? ¿Por qué renunció a todo sostén de las ideas y de los intereses obreros en la revolución democrática si quería sustituir el programa, por cierto aún entonces utópico, de una revolución social de la clase obrera solamente con otra mitología de revolución igualmente irrealista?

Es cierto que ya en el *Manifiesto comunista* de febrero de 1848 no estaba prevista una presencia autónoma de los "comunistas" en ningún país europeo, ni siquiera en la avanzada Francia. Sin embargo, Marx y Engels rebasaron notablemente en su práctica el límite del contorno clasista previsto en el *Manifiesto*, haciendo recaer por completo en el campo ideológico la preparación teórica de los obreros incesantemente reclamada por el *Manifiesto* para la "lucha contra la misma burguesía que tiene rápido inicio después de la caída de las clases reaccionarias en Alemania". Esto no era sólo una consecuencia de la renuncia a la organización propia. Si la Liga de los comunistas demostró ser, como explicó Engels más tarde, una palanca demasiado débil frente al movimiento de las masas populares en acción, esto no fue para ellos un resultado inoportuno, por el contrario, contribuyeron también a dicho resultado, como lo han demostrado recientes investigaciones.

* Publicados en español por Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 86, México, 1981. [E.]

Cuando Marx inició finalmente a mediados de abril de 1849 por primera vez la discusión de cuestiones obreras específicas en la *Neue Rheinische Zeitung*, justificó el hecho de haber descuidado hasta entonces tales problemas con la razón de que se había debido "sobre todo" seguir "la lucha de clases en la historia cotidiana y demostrar empíricamente, con los materiales históricamente existentes y con los que iban apareciendo todos los días, que con el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron vencidos, al propio tiempo, sus adversarios". Pero precisamente esto era lo que no había hecho Marx. Él había usado el material histórico suministrado por las luchas de clases cotidianas del período revolucionario, no para deducir la derrota de la burguesía por el contraste entre burguesía y proletariado y el "sojuzgamiento" de la clase obrera. Por el contrario, ha demostrado solamente que la burguesía europea fracasó porque ya no estaba en condiciones de crear juntamente con la prosecución sin límites de sus propios intereses de clase también un desarrollo progresivo de toda la sociedad. Sin embargo, de esto resultaba principalmente que progresos políticos y sociales similares, si todavía podían tener lugar en adelante, debían ser dirigidos de otras maneras, no por parte de la burguesía, sino en contra de ella. Este papel fue asumido de hecho luego por la dictadura bonapartista en Francia y por la llamada "revolución desde arriba" en Prusia. Aquí ya no es posible exponer detalladamente la posición que Marx y Engels asumieron frente a estas nuevas formas del desarrollo político y social en el período posrevolucionario. Comprobamos también que la tesis según la cual la política de la contrarrevolución bonapartista y bismarckiana debe ser vista como una mera continuación del desarrollo revolucionario precedente encontró un gran consenso en el período posterior no sólo en los historiadores burgueses, sino también en marxistas y otros teóricos socialistas, y no precisamente entre los peores. Ya Proudhon en su escrito *La révolution sociale démontrée par le coup d'état* de 1852 y el propio Marx en sus análisis de la Revolución francesa y alemana escritos en el mismo período apoyaron de una manera relevante esta tesis. Similares interpretaciones distorsionadas de acciones y desarrollos contrarrevolucionarios fueron también ensayadas desde entonces en muchas otras ocasiones.

Los peligros resultantes de una similar y ambigua concepción de la revolución están ilustrados por la disputa que surgió entre Marx y Lassalle en este punto en los años sesenta y que un poco

más tarde condujo a una ruptura definitiva de Marx con Liebknecht por una parte y con Schweitzer por otra.

El conflicto de las dos corrientes consistía en el hecho de que Lassalle y Schweitzer querían deducir de las posibilidades "revolucionarias" de las contrarrevoluciones arriba mencionadas el derecho del revolucionario a obrar eventualmente aun en forma directa con el poder contrarrevolucionario, mientras que según Marx el partido obrero habría debido reconocer por cierto francamente, en un caso similar, el carácter objetivamente progresista de las concesiones hechas a los trabajadores por la reacción en su lucha con la burguesía, pero no habría debido abandonar jamás su autonomía con cualquier pacto con la reacción. O bien, como ha expresado este pensamiento Engels de una manera muy bella y poética en su estudio sobre *La cuestión militar y la clase obrera alemana* en 1865: *Mit gêru scal man geba infâhan, or widar orte.* [Es precisò recibir regalos con la espada, punta contra punta.]*

Nos parece por otra parte una tarea urgente, especialmente después de las experiencias más recientes, romper con la ambigua interpretación de la relación entre revolución y contrarrevolución, que en última instancia anula todas las diferencias; es preciso determinar los límites entre las dos, apoyándose en la caracterización del "socialismo revolucionario" del *Manifiesto comunista* de 1848 en modo tal para excluir del concepto de revolución a aquellos que reprochan a la burguesía el producir un proletariado revolucionario antes "que un proletariado en general".

* Palabras de un antiguo *lied* en alto-alemán antiguo.

Diez tesis sobre el marxismo hoy*

1

No tiene ya sentido plantear la pregunta acerca de en qué medida es en la actualidad teóricamente válida y prácticamente aplicable la doctrina de Marx y Engels.

2

Todas las tentativas de restaurar la doctrina marxiana como un todo y en su función originaria de teoría de la revolución social de la clase obrera constituyen en la actualidad utopías reaccionarias.

3

No obstante ello, para bien o para mal, elementos importantes de la doctrina marxiana conservan todavía hoy su validez con funciones y perspectivas diversas. También estímulos importantes de la práctica del movimiento obrero marxista de un tiempo

* *Zehn Thesen über Marxismus huete* (1950). Redactadas y difundidas en 1950 como esquema de una conferencia pronunciada en Zurich (por lo cual son designadas también como *Tesis de Zurich*) en ocasión del viaje de Korsch a Europa donde pronunció conferencias en Hannover, Berlín, Basilea y Zurich precisamente, nunca fueron publicadas por el autor. Aparecieron por primera vez impresas en francés en la revista *Arguments*, en 1959, y luego en su original alemán en *Alternative*, t. VIII, 1965, núm. 41, pp. 89-90

se han introducido en las diversas prácticas actuales de pueblos y de clases.

4

El primer paso para la reconstitución de una teoría y de una práctica revolucionaria consiste en romper con la pretensión del marxismo de monopolizar la iniciativa revolucionaria y su dirección teórica y práctica.

5

Marx es hoy sólo uno de los muchos precursores, fundadores y proseguidores del movimiento socialista de la clase obrera. Igualmente importantes son los llamados "socialistas utópicos", desde Thomas Moro hasta nuestros días. Igualmente importantes son los grandes rivales de Marx como Blanqui o irreductibles adversarios como Proudhon y Bakunin. No menos importantes son, finalmente, desarrollos ulteriores tales como el revisionismo alemán, el sindicalismo francés y el bolchevismo ruso.

6

Puntos particularmente críticos del marxismo son:

a] la dependencia práctica de las condiciones políticas y económicas poco desarrolladas de Alemania y los demás países de la Europa centro-oriental donde adquirió importancia política;

b] adscripción incondicionada a las formas políticas de la revolución burguesa;

c] aceptación incondicionada de la situación avanzada inglesa como modelo de desarrollo futuro para todos los países y condición objetiva preliminar para el pasaje al socialismo. Además de esto:

d] las consecuencias de sus repetidas tentativas, convulsas y desesperadas, por destruir estas condiciones.

7

De estas condiciones resulta:

a] la *sobrestimación* del *estado* como instrumento determinante de la revolución social;

b] la identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con la revolución social de la clase obrera;

c] el problemático desarrollo ulterior de esta primera forma de la teoría marxiana de la revolución con el injerto artificioso de una teoría de la revolución comunista en dos fases y desarrollada en parte contra Blanqui, en parte contra Bakunin, teoría que tacha del movimiento actual la emancipación de la clase obrera, desplazándola hacia un futuro indeterminado.

8

Es aquí donde se insertó el desarrollo leniniano o bolchevique del marxismo; y es en esta forma como el marxismo fue transportado a Rusia y a Asia. Contemporáneamente se ha realizado la transformación del socialismo marxista de teoría revolucionaria a ideología que puede ser puesta y ha sido puesta al servicio de los más diversos objetivos.

9

Desde este punto de vista deben ser críticamente entendidas las dos revoluciones rusas de 1917 y de 1928; desde este punto de vista deben ser determinadas también las diversas funciones que el marxismo desempeña hoy en Asia y a escala mundial.

10

La posibilidad por parte de los trabajadores de determinar la producción y la propia vida no surge recuperando las posiciones abandonadas de la llamada libre competencia, abolida por los mismos propietarios monopolistas de los medios de producción, sobre los mercados nacionales internos y sobre el mercado mundial. Dicha posibilidad sólo puede ser el resultado de la intervención planificada de todas las clases hoy exclusivas en la producción, tendencialmente regulada en todas partes de manera monopolista y planificada.

Índice de nombres